SOÑARÉ QUE TE SUEÑO

ANA FORNER



zafiro

Índice

Portada
Dedicatoria
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo
Biografía
Notas
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Dedicado a mi familia, mi núcleo, y a todas/os mis lectoras/es.
Espero que lo disfrutéis tanto como yo al escribirlo.

Agradecimientos

El día en que decidí embarcarme en la maravillosa aventura de escribir, cambié mi vida y también, sin pretenderlo, la de mi familia. Quiero agradecerles a mis hijos y a mi marido su infinita paciencia cuando les hablo entusiasmada de mis historias, que entiendan que a veces necesite estar a solas y que se impliquen en mi proyecto como si fuera el suyo. Os quiero muchísimo.

A mi padre deseo agradecerle su entusiasmo diario y su apoyo constante, sus charlas y sus consejos, y a mi madre, que siempre esté dispuesta a ejercer de abuelita para que yo pueda cumplir los plazos y darle a las teclas sin parar. Gracias de corazón.

Mil gracias a Juliana, la supervisora de partos del Hospital Universitario de La Fe, por atenderme y aclararme con infinita paciencia todas mis dudas, por permitirme que me adentrara en este mundo tan fascinante y por contarme sus experiencias.

A mis compañeras García de Saura e Iris T. Hernández quiero agradecerles su apoyo diario, que creyeran en mí cuando yo dejé de hacerlo y que me animaran a terminar esta historia cuando la dejé con ochenta mil palabras. Ellas, aparte de mis colegas, son mis amigas y mis consejeras. Os quiero.

A mis chicas, Emma, Aroa, Patricia, Silvia y Montse, con las que tanto me río y quienes continuamente me muestran su apoyo y su cariño; sois lo más de lo más.

A Judith y a Noelia, siempre listas para solucionarme todas las dudas legales que puedan surgirme; mil gracias chicas.

A Tiaré, mi sevillana del alma, que da vida a mis palabras y a la que tanto quiero; está siempre ahí, lista para todo, y es capaz de hacerme reír y llorar a la vez de emoción.

Por supuesto, a mi mellis preciosa, Ma McRae, que me dio su apoyo desde el minuto cero y me demostró que no hace falta conocer en persona a la gente para quererla. Gracias por todo, mellis. *I love you!*

Evidentemente, a todas vosotras, mis chicas de los buenos días, que a diario estáis ahí apoyándome, con las que me río y hablo, y a las que casi siento que conozco. Gracias, porque sin duda sois mi mayor premio y lo mejor de esta aventura.

Desde luego, a mi editora, Esther Escoriza. Gracias a ella estoy aquí, ya que, cuando ningún editor me cogía el teléfono ni aceptaba mi manuscrito, ella lo hizo y me brindó la mayor oportunidad de mi vida. Ella, con sus consejos y sus ideas, me lleva de la mano por este camino tan maravilloso. Gracias, jefa.

Y a todas las que os sumergís en mis historias y elegís uno de mis libros para pasar un buen rato, mil gracias.

Capítulo 1

Estoy tumbada sobre la cama escuchando *Qué bonita la vida*,[1] de Dani Martín, pero... ¿de verdad es bonita?

Tengo todo lo que cualquier chica podría desear: ropa, zapatos, bolsos, joyas; conozco a toda la gente importante de Madrid; vivo en un palacete donde me lo dan todo hecho... pero me falta lo esencial, que me quieran y se preocupen por mí. Carezco de unos padres que me hagan sentir que soy el centro de su universo, que se sienten conmigo y me cojan de la mano mientras les cuento lo que pienso, lo que me preocupa o simplemente cómo me ha ido el día, y me sobra su desprecio, su indiferencia y su frialdad.

Seco mis lágrimas con rabia. Ojalá dejara de dolerme de una vez; a estas alturas ya debería estar acostumbrada, pero sigo esforzándome día a día por arrancarles una sonrisa sincera o un gesto de cariño, aunque me dé continuamente contra una pared.

El repiquetear de los tacones de mi madre llega hasta mi habitación y salto de la cama como impulsada por un resorte. Sé que tengo los ojos enrojecidos, pero, como ahora nadie nos ve y no tenemos que fingir que somos la familia perfecta, no creo ni que se moleste en preguntarme qué me sucede. Cuadrando los hombros, me armo de valor y, con toda la decisión de la que soy capaz, me encamino hacia su despacho, desde donde me llega el sonido de su voz, tan fría y elegante como lo es ella.

—Mamá, ¿puedo pasar? —pregunto asomándome ligeramente.

Su despacho y santuario muestra la debilidad que siente por las piezas exclusivas. De paredes blancas, el único punto de color lo da el Monet que preside la estancia. Los muebles, también blancos, son piezas únicas fabricadas según sus deseos y, sobre su mesa, el portátil y la tableta, todo Apple, por supuesto, junto a un carísimo jarrón de cristal tallado a mano lleno de flores de variados colores, que cada dos o tres días Juana, nuestra sirvienta, se encarga de renovar.

—¿Qué quieres? Tengo mucho trabajo, así que, si no es importante, déjalo para otro día. —Su voz, carente por completo de cariño, me paraliza momentáneamente; no porque sea una novedad, sino por ese poder que tiene para hacer que mi seguridad se esfume en un segundo.

—Para mí lo es —musito sin atreverme a pasar.

—Entra —sisea con fastidio dejando su iPhone a un lado—. ¿Qué es eso tan transcendental que no puede esperar?

—Mamá, ¿podríamos discutir el tema del colegio? Ya sé que tanto papá como tú lo hacéis por mi bien, pero preferiría ir a un instituto público; además, con lo mal que se me dan las matemáticas, ¿por qué habéis elegido un bachillerato de ciencias? No entiendo por qué os empeñáis en que continúe por esa línea, cuando sabéis que yo soy más de letras; no voy a poder sacarlo —murmuro intentando que mi voz suene lo más firme posible—. Mamá, me gustaría que, por una vez, tuvierais en cuenta mi opinión. Tengo casi diecisiete años y ya no soy ninguna

niña, creo que tengo derecho a decidir sobre mi futuro.

—¿Era esto lo que no podía esperar? —Su mirada y su voz me paralizan, pero, como puedo, aguanto el tipo sin desviar la mirada mientras la veo entrelazar sus largos dedos sobre el elegante escritorio—. Mira, Olivia, eres una niña te pongas como te pongas, y tu futuro lo decidimos nosotros, que para eso somos tus padres. El bachillerato de ciencias es el que más opciones te da, así que, si no te aclaras con las matemáticas, estudia más; al fin y al cabo, es lo único que tienes que hacer... y, respecto al instituto, no hay discusión posible: irás al colegio María Inmaculada y no creo que eso sea algo que tú debas cuestionar —sentencia sin levantar el tono de voz—. Además, sólo por curiosidad, ¿puedes explicarme por qué quieres ir a un instituto público? —me pregunta enarcando una ceja.

—Estoy un poco cansada de relacionarme siempre con la misma gente; necesito un cambio de aires, y el instituto Juan Ramón Sánchez tiene muy buen nivel. Encima está cerca de casa y podría ir dando un paseo.

—Si quieres pasear, puedes hacerlo cuando quieras, y esa gente, como tú la llamas, son tus amigas de toda la vida y van a ir también a ese colegio. Además, al instituto ese irá todo tipo de personas. ¿Qué necesidad tienes de ir allí? Una chica como tú desentonaría seguro.

—Por favor, mamá, no seas tan clasista —la recrimino sin darme cuenta y maldiciéndome casi al instante.

—¿Clasista o realista, Olivia? —me demanda endureciendo la mirada—. Porque la realidad es que ellos están abajo y nosotros, arriba; no veo por qué tenemos que mezclarnos. —Sus preciosos ojos azules refulgen de rabia, una rabia helada dirigida en exclusiva a mí.

—Ni que estuviéramos en el Titanic —susurro intentando controlar la impotencia que siento.

—Por lo menos, entonces, lo tenían claro, no como ahora. Mira que eres ingenua... Por mucho que te moleste, nosotros no somos como ellos, *tú* no eres como ellos —me recalca con altivez—. Lo que tendrías que hacer es dejar de ser tan desagradecida y valorar la educación y la vida que te estamos damos.

—Mamá, no pretendo ser...

—Mira, Olivia —me corta levantándose de la silla—: tengo trabajo y no voy a discutir más contigo. La decisión está tomada; estudiarás un bachillerato de ciencias y lo harás en el colegio María Inmaculada. Y cambiando de tema, recuerda que esta noche cenamos con los Márquez y su hijo Javier; no lo conoces, ¿verdad?

—No he tenido esa suerte —contesto con ironía sin poder morderme la lengua.

—No te excedas —me advierte—. Le he dicho a Juana que te prepare la ropa, con el *look* apropiado, en tu habitación; esta noche te pondrás el vestido de Andrew GN con las sandalias plateadas de Jimmy Choo, y no te cargues mucho de maquillaje, sabes que lo aborrezco.

La miro derrotada; estoy harta de mis padres y de la forma en que manejan mi vida, estoy cansada del control que ejercen sobre mí y, sobre todo, estoy hasta el gorro de que nunca tengan en cuenta mi opinión. ¿Por qué no puedo ir al instituto público? ¿Por qué no puedo vivir como cualquier joven de mi edad? Nunca salgo de noche, sino es para asistir a fiestas, desfiles o estrenos, y mi guardarropa está lleno de ropa de marca carísima, cuando lo único que deseo es vestirme con vaqueros, una camiseta de los Rolling Stones o de cualquier grupo de rock y unas Converse. Quiero tener amigos, hacer botellón, ir a conciertos, bailar hasta las tantas y ser joven, porque para ser adulta tendré toda la vida y, en cambio, voy a cenar con los amigos de mis padres y, para más inri, me tocará soportar al pijísimo de su hijo. Seguro que tiene todo el pelo engominado y lleva chaleco y mocasines. ¡Genial!

Llego a mi cuarto con los ánimos por los suelos. ¡Otra vez a un colegio de chicas y, encima, de monjas! «¿Podría ser peor?», refunfuño mientras me tumbo sobre la cama y miro el techo. Suena mi teléfono y veo que es Teresa, mi mejor amiga.

—Dime —contesto con tristeza.

—Tíaaa, ese tono no me gusta nada de nada; no ha ido bien, ¿verdad?

—Pues no, ni lo ha pensado.

—Mejor, yo también iré al María Inmaculada y quiero que vengas; aunque ahora estés triste, ¡ya verás, será estupendo!

—Seguro... Oye, no me malinterpretes, sabes que contigo iría al fin del mundo, pero, sé sincera, ¿no estás un poco cansada de estudiar siempre en colegios privados y, encima, sólo de chicas? ¿No te gustaría ir a un instituto público, donde no importara lo que tuvieras o quién fueras?

—Pues no... me gustó estudiar en el Calton College y sé que ahora me gustará el María Inmaculada; además, vamos casi todas a ese colegio. ¿Qué te pasa? Neniii, estás muy rara últimamente...

—No lo sé; estoy un poco agobiada, no te preocupes —contesto con tristeza, luchando con las lágrimas que pugnan por salir.

—¿Quieres que vayamos al cine esta noche? Es el estreno de *Siempre tú* y mi mami tiene invitaciones; estará lleno de prensa y será fenomenal. Así te animas un poco. ¿Qué te parece?

Al cine, dice... yo lo que quiero es hacer botellón e irme de marcha, pero mejor omito el comentario.

—No puedo; esta noche tengo una cena con los amigos de mis padres.

—¡Qué estupendo! Pues nada, ¿nos vemos mañana?

—No lo sé; ya te llamaré, chao.

—Chao, besitosss.

Cuelgo y pienso en Teresa, mi mejor amiga y la hija perfecta según mi madre. Ella está feliz con su vida. Le encanta ir de compras por todas las tiendas del barrio de Salamanca, preferiblemente por las más caras; se muere por acudir a los desfiles y a los actos benéficos y, si hay prensa, mejor; y le fascinan las exclusivas: siempre que su madre da una, ahí está ella, guapísima y felicísima por aparecer en la portada de cualquier revista.

En cambio, yo soy todo lo contrario. Si por mí fuera, me compraría la ropa en *outlets*. Además, odio ir a los actos benéficos o a cualquier evento donde haya prensa... por no hablar de las exclusivas, por ahí sí que no paso; de hecho, soy casi una desconocida para los periodistas de este país... pero, a pesar de lo diferentes que somos, Teresa es mi mejor amiga.

Miro la hora en mi carísimo reloj: son las ocho y, si no quiero llegar tarde y ganarme una buena bronca, tengo que empezar a arreglarme. Pongo la radio, en la que está sonando *Mi nuevo vicio*,[2] y me dejo ir mientras me ducho y la voz de Paulina Rubio va levantándome el ánimo; lo que daría por bailar esta canción en una discoteca, pero sé que es un imposible y lo relego al rincón de los deseos.

Con el final de la canción, comienzo a secar mi rubia melena como sé que le gusta a mi madre, marcando las puntas y dándole volumen, a pesar de que yo prefiero llevarlo liso; total, cuando termine la noche, las ondas habrán desaparecido y volveré a tenerlo lacio. Mientras en la radio suena *Me encanta*,[3] de las *Nancys Rubias*, empiezo a maquillarme, resaltando mis ojos azules e imaginándome con sombras ahumadas, mientras me contoneo al ritmo de la música. Lo que daría por poder maquillarme de esa forma, ponerme una minifalda indecente, unos tacones

de escándalo y bailar hasta las tantas, pero, en cambio, aquí estoy, peinada y maquillada como si tuviera veinte años más de los que tengo y a punto de cenar con los pijísimos de sus amigos.

Resignada a la noche que me espera, comienzo a vestirme con las prendas elegidas por mi madre y por Cora, nuestra *personal shopper*. El vestido es precioso, como todo lo que tengo, pero una chica de mi edad se lo pondría para asistir a un acto especial, no para una mera cena. Bicolor, con el cuerpo blanco e incrustaciones en el cuello y en los hombros en negro, a juego con la falda, consigue que visualmente parezca que lleve una camiseta con minifalda. Las sandalias le dan un aire desenfadado y, al mismo tiempo, sofisticado al *look,* que complemento con unos simples pendientes de aro, conjuntados con unos brazaletes plateados.

Una vez lista, me miro en el espejo antes de salir de la habitación y, a pesar de mis quejas, no puedo negar que me gusta lo que veo. Mi larga melena rubia cae como una cascada sobre mi espalda, y mi cuerpo de mujer queda de manifiesto gracias a este vestido que se ajusta a él, resaltando todas mis formas. Pero ¿qué más dará cómo vaya si no voy a salir de casa? Tras coger aire profundamente, salgo dispuesta a enfrentarme a otra cena, en la que los «-ísimos» acompañarán cada una de las palabras.

Llego al salón, donde todavía no hay nadie, y me siento erguida en el sillón, situado delante de la ventana, a esperar a los Márquez y a su hijo. «Menuda noche me espera», pienso cogiendo de nuevo aire profundamente y soltándolo despacio, pero hago buena cara cuando entran mis padres y me levanto para que mi madre dé el visto bueno.

—¡Estás ideal, Olivia! Ese vestido te queda divino. Cuando Cora me lo mostró, supe de inmediato que sería perfecto para ti.

—Gracias, mamá. Es precioso, como todo lo que elegís —digo sonriendo y mirándola con admiración. Ella sí está ideal, hasta con un saco estaría perfecta. Nunca en mi vida he conocido a una mujer más guapa que mi madre; sus formas, su manera de moverse, de hablar, siempre tan elegante, tan en su papel, tan en el papel de Mercedes. Tiene cuarenta y siete años y, aparte de ser guapísima, es una profesional del protocolo y las relaciones institucionales, algo en lo que se ha volcado, relegándome a mí a un segundo, tercer o décimo plano. La pena es que no entienda de relaciones afectivas, por lo que, tanto ella como mi padre, son prácticamente unos desconocidos para mí.

—Buenas noches, Olivia —me saluda mi padre sacándome de mis pensamientos y dándome un frío beso. En todo el día no lo he visto, pero eso no es ninguna novedad; hay veces en las que no coincido con él durante días, a pesar de vivir en la misma casa. Es casi como un desconocido con el que comparto techo y con quien ceno ocasionalmente.

—Buenas noches, papá —murmuro ofreciéndole mi mejilla.

Llaman a la puerta y a los pocos minutos oigo voces acercándose al salón mientras mis padres, los anfitriones perfectos, se adelantan para recibirlos, tan educados y estupendos como sólo ellos pueden ser. Me dispongo a desempeñar mi papel de hija perfecta, siguiéndolos unos pasos por detrás.

El tal Javier, que tendrá mi edad, es tan pijo como lo había imaginado. Va vestido con pantalones chinos, una camisa bicolor y mocasines, y lleva el pelo todo engominado, con la raya al lado. ¡Diossss, quiero llorar! En lo único que he fallado es en el chaleco, pero, claro, hace calor, seguro que en invierno lo usa. ¿Cuándo podré conocer a un chico con pantalones de esos cagados o como se llamen, pendientes y con el cuerpo todo lleno de tatuajes? Para desgracia mía, y por suerte para mi madre, jamás.

—¡Olivia, cariño! Estás preciosísima —me saluda Cuqui, quien, a pesar de estar forrada de

dinero, tiene nombre de perro... o eso me parece a mí.

—¡Hola, Cuqui! Muchas gracias, tú también estás guapísima —le contesto antes de darle dos besos sin apenas rozarla y contando mentalmente los «-ísimas» que llevamos en una conversación de pocas palabras. Seguro que, de aquí a que finalice la noche, me habré descontado. La última vez llegué a cuarenta y cinco antes de perder la cuenta.

—¿Conoces a mi hijo Javier? —me pregunta con unas intenciones más que evidentes, mirando con una sonrisa cómplice a mi madre. «¡Ay, Señor! ¡Que pretenden emparejarnos!», pienso con horror. ¡Esto ya es lo que me faltaba!

—No, nunca habíamos coincidido —le digo con una sonrisa, para luego darle dos besos al tal Javier tras las pertinentes presentaciones, mientras Juana entra en el salón cargada con la bandeja de bebidas.

Miro las copas de vino y los cócteles, y me relamo. ¡Humm! Lo que daría por tomar un sorbito, pero sé que, como osara hacer tal cosa, estaría castigada de por vida, así que me conformo con un simple refresco mientras veo cómo Javier mira lo mismo que yo y se decanta, finalmente, por otro refresco... «¡Pringadillo!», pienso con simpatía a la vez que nuestras miradas se encuentran y nos sonreímos con complicidad.

—¡Olivia! Ven a sentarte con nosotras, cielo —me invita mi madre con ese tono tan dulce que, por desgracia, reserva en exclusiva para cuando estamos rodeados de gente.

Sonriendo, me acerco a ellas, que se encuentran sentadas en los blancos y mullidos sillones de delante de la ventana, momento que aprovecha Cuqui para hacerme un tercer grado. Quiere saberlo todo sobre mí y deben de gustarle mis respuestas por la sonrisa de oreja a oreja que pone y las miraditas con mi madre, que está más que encantada; esto parece una entrevista para nuera y me temo que voy encabezando la lista de las nueras ideales idealísimas de la muerte.

Para alivio mío, y tras un interrogatorio que ya quisieran practicar los de la Interpol, por fin Juana anuncia que la cena está servida y pasamos al comedor, donde la mesa, elegantemente vestida y decorada con centros florales a juego con la vajilla, luce espectacular, mientras en la chimenea una docena de velas perfumadas, lo último de Lladró, da un toque cálido a la estancia, impregnándola con su elegante fragancia. Todo un alarde de nuestra posición y, sobre todo, del buen gusto de mi madre, que seguro que ha dedicado un tiempo considerable, dentro de su apretada agenda, para elegir con Juana el menú, el mantel, las flores y las velas.

Me siento frente a Javier y le doy conversación, ya que es lo que se espera de mí, e inicio la típica charla que se da en cualquier cena o evento. Gracias a mis padres, sobre todo a mi madre, soy una experta en mantenerlas y en introducir un tema para animar el ambiente. Javier me sorprende gratamente, pues, a pesar de su aspecto pijo hasta el aburrimiento, es majísimo y comparte muchos de mis gustos, por lo que la cena se me pasa volando, para asombro mío.

Estamos terminando de tomar café cuando vuelve a sorprenderme al dirigirse a mi padre.

—Alfredo, ¿me permitiría que invitara a su hija a salir un rato a pasear o al cine?

Me quedo clavada en mi silla como una espectadora de un partido de tenis, puesto que mi mirada va de Cuqui a mi madre, que sonríen exultantes, para volar a mi padre y, de nuevo, a ellas.

—Claro, Javier, pero cuídala bien y, por favor, no regreséis tarde.

—Divertíos, hija, y no te preocupes por la hora, Javier —interviene mi madre mirando a mi padre—; déjalos disfrutar, Alfredo, que son jóvenes.

—Está bien, anda, id a pasarlo bien —nos anima sonriendo.

De cara a la galería, somos la familia perfecta. Mi padre, un político en auge, candidato a

presidente del Gobierno, enamorado de su mujer y muy protector con su hija, y mi madre, una mujer de éxito, tolerante y cariñosa; todo puro teatro que deja de serlo cuando el último de los invitados sale por la puerta y la realidad se impone con dureza.

Sé que sólo me permiten salir con él porque es de buena familia y su padre, colega del mío. No obstante, aprovecho la situación y, tras coger mi *clutch* y retocarme el maquillaje, regreso al salón, donde me espera Javier. Nos despedimos de todos con los dos besitos de rigor y, tras decirnos lo fenomenal que lo hemos pasado y lo genial que ha estado todo, salimos a la calle, respirando por fin.

—¡Joder! Qué coñazo de cena —suelta sonriendo.

—¡Y que lo digas! Bueno, ¿y qué quieres hacer? —le pregunto un poco incómoda, pues apenas lo conozco.

—¿Qué te apetece hacer a ti?

—Mejor no preguntes...

Me mira sin entender nada e insiste.

—Oye, Olivia, no te conozco, pero, por lo que he visto esta noche, te gustan tan poco como a mí este tipo de reuniones, así que, dime, ¿qué quieres hacer?

En ese momento, pasa por delante de nosotros un grupito de chicas de mi edad y las miro embelesada; van vestidas como me gustaría a mí y hablo sin pensar.

—Quiero ser ellas —murmuro siguiéndolas con la mirada.

—¿Cómo? —me pregunta riendo.

—Nada... —farfullo avergonzada, intentando que olvide lo que acabo de expresar.

—No, dime por qué has dicho eso —insiste poniéndose serio.

Lo miro y, puesto que me cae bien, decido sincerarme un poco con él.

—Me gustaría poder vestirme como esas chicas y salir de marcha como van a hacer ellas seguramente.

—¿Y para hacer eso tienes que ser ellas? Oye, Olivia, puedes tener y hacer lo que quieras, el truco es saber cómo.

—No te entiendo —murmuro completamente perdida.

—¿De verdad quieres hacer lo que has dicho?

—Por supuesto.

—¡Eso está hecho! —me suelta guiñándome un ojo y luego empieza a teclear en su teléfono —. ¡Hola, Montse! ¿Dónde estás?... ¿Puedes ir a tu casa ahora?... Genial... Nos vemos allí... — Cuelga y me mira sonriendo, como si estuviera tramando algo—. ¿Nos vamos?

—¿Adónde? —pregunto con desconfianza.

—A vestirte como esas chicas y a salir de marcha como querías. ¿Qué te parece?

—¿Me estás tomando el pelo? —planteo emocionada de repente.

—¿Tengo pinta de hacerlo? —me demanda parando un taxi y subiendo a él—. ¿Vienes o no?

¡Madre mía! ¿Está loco o qué? Pero no lo pienso más y me subo al taxi entusiasmada como una niña. ¿De verdad vamos a hacerlo?

El taxista conduce con fluidez a través de Madrid y, antes de que pueda darme cuenta, está estacionando en la dirección que le ha dado Javier. Bajamos y nos dirigimos a un bloque de edificios donde, en el quinto piso, está esperándonos una chica, que supongo que tendrá nuestra edad, con una sonrisa.

—Pasad —nos dice invitándonos a entrar.

De pronto cuestiono mi decisión. «¿Qué hago aquí? ¿Me he vuelto majareta?», me pregunto

quedándome plantada en el rellano.

—¡Hola, Montse! Te presento a Olivia; es amiga mía y esta noche va a salir con nosotros. ¡Venga, Olivia! ¿Qué haces ahí parada? —me pregunta Javier accediendo al piso—, ¡entra!

Titubeante, entro en esa casa que tan poco tiene que ver con la mía, donde la tal Montse me recibe con una cálida sonrisa.

—¡Hola, Olivia! —me saluda con simpatía dándome dos besos—. ¡Llevas un vestido precioso! Corrígeme si me equivoco, colección verano 2016, Andrew GN, sandalias Jimmy Choo y bolso Carolina Herrera... pero ¿tú de dónde sales?, ¿de una revista de moda o qué? ¡Vas monísima!

—Gracias —le digo sonriendo. Ella sí va monísima; lleva una minifalda con una camiseta a juego y unas sandalias que son mi sueño hecho realidad, además de un montón de brazaletes que llama rápidamente mi atención.

—Montse quiere estudiar diseño y es una admiradora de las grandes marcas. ¿Se nota, verdad? Además, si vieras las joyas que diseña, te quedarías muerta. —Dirigiéndose a ella, prosigue—: Mi amiga, lo que quiere, es ir vestida como tú. ¿Podrías prestarle algo de tu ropa? Tiene tu talla más o menos, si no me equivoco.

—Estás de coña, ¿verdad? —me pregunta sin dar crédito a las palabras de Javier.

—No, no lo estoy. Te propongo una cosa: yo te presto mi ropa y tú, la tuya. ¿Qué te parece? —le pregunto sonriendo. «¡Que diga que síii!»

—¡Joderrr! Ven conmigo... ¿En serio vas a prestarme tu ropa?

—Sólo si tú me prestas la tuya.

Me lleva directa a su habitación y abre su armario, que miro casi reverenciándolo con los ojos haciéndome chiribitas. Ahí están los *shorts* vaqueros que siempre me han gustado y los cojo sin pensarlo; los combino con una camiseta blanca de tirantes monísima con motivos étnicos y unos botines de ante marrón. Parezco Sonia Carbonero, la periodista deportiva de la 8, a excepción de que ella es morena y yo, rubia. Si mi madre me viera con estos pantalones, diría que voy completamente indecente, pero, por suerte para mí, no lo hará... ¡y bien que voy a disfrutarlos!

Sonrío a la imagen del espejo. ¡Uauuu! Por fin voy vestida como a mí me gusta. Montse tiene ropa chulísima. Me giro para darle las gracias y la veo vestida con mi ropa. ¡Madre mía!, está preciosa y tan alucinada como lo estoy yo.

—¡Olivia! ¡Qué pasada de vestido! —suelta admirándose en el espejo—. Te prometo que iré con muchísimo cuidado para no estropeártelo. ¡Gracias por prestármelo!

—Lo mismo te digo, ¡me encanta todo lo que tienes!

—Yo mataría por ver tu armario; si todo es como esto, debe ser una pasada.

—Pues sí; en cambio, yo mataría por tener ropa como la tuya.

—¡Chicasss! ¿Ya estáis o qué? —nos pregunta Javier entrando en la habitación.

¡Madre del amor hermoso! ¡Por todos los santos! La mandíbula no me llega al suelo de milagro; él también se ha cambiado y no tiene nada que ver con el Javier que he conocido. Lleva unos vaqueros rotos con una camiseta, ¡y las Converse que tanto me gustan! Además, se ha mojado el pelo, quitándose la gomina, y parece otro.

La verdad es que está imponente. Tiene el pelo tan oscuro como sus ojos; medirá metro noventa y, a través de la camiseta, se adivinan unos músculos bien definidos... y, aun así, nada se remueve en mi interior. ¿Seré frígida? Porque no es normal que, con dieciséis años, nunca me haya gustado nadie. ¡Ni un beso señor mío me han dado!, pero si soy más pura que las monjas.

—Si nuestras madres nos vieran ahora, les daría un ataque —me comenta riendo y sacándome de mis pensamientos.

—Suerte que no lo harán —contesto guiñándole un ojo.

—¡Estás preciosa! Y tú, Montse, ¡menudo cambiazo! —le dice riéndose y haciendo que dé una vuelta sobre sí misma. Tiene una risa contagiosa y me río con él.

—Gracias, ¡me siento como Cenicienta!

Entre risas, nos dirigimos al pub en el que están sus amigos. Me los presenta a todos y simpatizo en seguida con ellos, aunque tengo tantas ganas de conocer a gente nueva que hubiera congeniado hasta con un marciano.

—¿Te vienes a la barra a pedir algo? —me pregunta Montse.

—Claro, estoy muerta de sed.

Llegamos a la barra mientras suena *Mi nuevo vicio*[4] y tengo que frenarme para no ponerme a gritar como una loca de pura emoción. ¡Dios mío de mi vida, no puedo creerlo! Hace unas horas era un imposible y ahora estoy en un pub, vestida como siempre he anhelado y a punto de probar mi primera bebida alcohólica, algo realmente triste si se tiene en cuenta que tengo dieciséis años y que la mayoría de las chicas de mi edad están cansadas de beber y salir por la noche, pero más vale tarde que nunca y, con mi botellín de cerveza y seguida por Montse, volvemos donde están Javier y los demás.

Bailo, río y bebo, pasándomelo de miedo, sintiéndome por primera vez como la chica de dieciséis años que soy.

—Olivia, tenemos que irnos —me avisa Javier.

—No lo dirás en serio, ¡venga ya! —replico sin dejar de bailar.

—Oye, cógelo con calma, ¿vale? Si quieres que tus padres te dejen volver a salir conmigo, tienes que ser prudente y no cabrearlos. Son las dos y media de la mañana y aún tenemos que volver a casa de Montse para cambiarnos. Recuerda: podemos tener lo que queramos, pero con cabeza.

Lo miro y sé que tiene razón, así que me despido de todos y, junto con Montse, regresamos a su casa.

—¿Y tus padres, Montse? ¿Estarán en casa? —le pregunto con curiosidad ya en el taxi.

—¡Qué va! Son dueños de un restaurante y llegan muy tarde los fines de semana, por eso Javier siempre se cambia en mi casa y, a partir de ahora, tú también, si quieres.

—¿De verdad? ¡Me encantaría! ¡Esta noche lo he pasado genial!

—Pues los domingos, si te apetece, solemos reunirnos a las cuatro de la tarde en el Bora. Es una sala donde hacen monólogos y mola un montón; puedes venir antes a mi casa a cambiarte.

—¿Tú iras, Javier? —pregunto esperanzada y casi suplicante. Conozco a mi madre y, como él no venga a recogerme, no me dejará salir.

—Claro. Si quieres pasaré a por ti a las tres y media.

—Sois lo peor. Si yo tuviera tu ropa, Olivia, sería la más feliz del mundo.

—Posiblemente, pero no es sólo la ropa, es toda la situación. Tengo una vida que no me gusta y, dentro de ella, está toda esta ropa; supongo que de ahí viene mi rechazo.

—Montse, tú y yo hemos hablado muchas veces sobre este tema —interviene Javier—, y Olivia vive algo similar en su casa. —Me mira y prosigue—: Recuerda que, de momento, podemos tenerlo todo; tus padres están encantados de verte conmigo, al igual que los míos contigo, y tú has tenido la noche que querías; vamos a aprovecharnos todo lo que podamos.

—Amén —contesto sonriendo.

Llegamos a casa de Montse y nos disponemos a cambiarnos. Le devuelvo con pesar su ropa y me pongo de nuevo mi vestido, al igual que Javier, y pronto volvemos a ser los mismos chicos formales y pijísimos de antes. Tras despedirnos de Montse, subimos a un taxi para regresar a casa y a nuestra realidad.

Me acuesto sintiéndome más feliz de lo que nunca me había sentido. Me duermo al instante... y sueño.

Capítulo 2

Estoy en una casa humilde de piedra; el fuego caldea el ambiente, huele a humo y a hierbas. Es mi casa y hay mucho amor en ella. La tripa me ruge; tengo un hambre atroz, pero estoy acostumbrada a ello.

—Madre, tengo que hablar con usted —susurro con un nudo en la garganta. Está sentada delante del hogar, hilando la lana de los corderos para tejernos los escarpines, y la miro con ternura.

—¿Qué pasa, hija?—me pregunta sin levantar la vista de su labor.

—Me voy a Madrid, si a usted y a padre les parece bien. Rosa, la hija de doña Ana, se marcha también. Allí hay muchas familias adineradas que necesitan emplear criadas; ganaré dinero y podré ayudarlos.

—Eso está muy lejos, hija mía —me dice mirándome con tristeza.

—Lo sé, madre, pero, en estos tiempos de penurias, es lo mejor que puedo hacer; ustedes necesitan dinero y allí lo ganaré. Es una buena oportunidad. Volveré, se lo prometo.

Mi hermana pequeña se acerca a mí llorando; tiene diez años y va vestida con ropa tan vieja y raída como la mía.

—Marcela, ¡no te vayas! —me pide suplicante.

—Tengo que hacerlo, mi niña —le digo abrazándola—. Madre... ¿qué dice usted?

—Hija, tienes dieciséis años; eres toda una mujer y ni padre ni yo podemos decirte qué hacer. Sólo te pido que, estés donde estés, seas honrada y no nos avergüences.

—Nunca lo haré, se lo prometo —le aseguro, y rompo a llorar, abrazada a ella y a mi hermana.

Sus delgados brazos me envuelven y me dan el mismo cariño y amor que siempre me han dado. Mi madre es una mujer mayor y está enferma; por suerte están mis hermanos Antonio, Josefa y Catalina, que viven muy cerca de aquí, para echar una mano en todo lo que se precise, y mi hermanita Candela, que todavía vive con nosotros.

—¿Cuándo te irás? —me pregunta Candela entre lloros.

—Manuela, la hermana de Rosa, está a punto de dar a luz, y ella quiere estar presente en el parto para ayudarla y conocer al bebé. Supongo que, cuando nazca, nos iremos —le explico secándome las lágrimas.

—Es un largo viaje, hija. ¿Cómo lo haréis? —La voz temblorosa de mi madre me araña el alma, pero sé que debo irme.

—Hay una diligencia que sale de Aínsa hacia Madrid. —Me muero de pena sólo de pensar en dejar a mi familia, pero somos demasiado pobres y es la única forma de poder ayudarlos.

—Te haré un vestido para tu viaje, para que vayas guapa a esas casas ricas —me dice Candela, secando mis lágrimas mientras yo seco las suyas.

Como todas las niñas de su edad, asiste casi todos los días a casa de Remedios, la costurera del pueblo, donde aprende a coser, planchar y hacer ropa, aunque dentro de poco, cuando alcance la pubertad, dejará de hacerlo para ayudar en el campo durante el día y sólo podrá dedicarse a la costura o al hilado por la noche, como hago yo y todas las jóvenes de mi edad...

Despierto llorando y mojando las sábanas, con el olor del humo y las hierbas aún presentes en mis fosas nasales y, a pesar de los lloros, que no puedo frenar, todavía puedo sentir dentro de mí todo el amor que había en esa casa.

Desde que murieron mis abuelos no había vuelto a sentirme querida, y este sueño me ha hecho revivirlo. «Pero no era yo, ¿verdad?», pienso mientras me incorporo secándome las lágrimas y deseando no haber despertado tan pronto. A pesar de que estoy completamente espabilada, me acuesto otra vez en un intento frustrado por dormirme de nuevo y seguir soñando... pero me resulta imposible volver a conciliar el sueño y, con reticencia, me levanto de la cama y me dirijo hacia la moderna cocina, toda de acero y mármol, donde, tras ojear la abarrotada despensa repleta de comida ecológica y repostería casera hecha por Juana, opto por una magdalena de calabaza y un vaso de leche de avena.

Me siento en la barra y pienso en toda la comida que hay aquí y en el hambre que tenía Marcela, y mi mente recuerda cada momento del sueño vivido. A pesar de llevar un rato despierta, todavía tengo las sensaciones a flor de piel. ¿Qué ha sido eso? ¿Vivían así antes? ¿Y por qué lo he soñado?

Demasiadas preguntas para ninguna respuesta; estoy frustrada y confusa y, puesto que todavía es temprano, me pongo unos *leggins* con una camiseta y salgo a la calle a dar un paseo. Odio correr, pero me encanta caminar a paso rápido; me ayuda a pensar y hace que olvide mis problemas. Además, disfruto de la tranquilidad que ofrece la ciudad a estas horas; no hay tráfico y puedo oír claramente el trinar de los pájaros.

Camino durante una hora y, cuando vuelvo a casa, continúo sin tener respuesta a ninguna de mis preguntas, pero por lo menos estoy más sosegada.

—Buenos días, Olivia. ¿Puede saberse de dónde vienes? —me pregunta mi madre mirándome de arriba abajo.

A pesar de lo temprano que es, va impecablemente vestida; desde que tengo uso de razón, no recuerdo haberla visto nunca despeinada o vestida de forma inapropiada.

—Buenos días, mamá. No podía dormir más y he salido a caminar un poco; voy a ducharme —le contesto con dulzura, intentando arrancarle un gesto de cariño o una simple sonrisa.

—Espera un momento. ¿Adónde vas con tanta prisa? Quiero que me cuentes qué hiciste ayer con Javier —me dice sentándose en el sillón e invitándome con una mano a que me coloque a su lado.

Me sorprende que muestre curiosidad por mi vida y, aunque supongo que la posición social de los padres de Javier tiene mucho que ver con este repentino interés por mí, no voy a desaprovechar este momento de confidencias tan inusual entre nosotras y que tantas veces en mi vida he echado de menos.

—Pues nada, fuimos al cine y luego a tomarnos un café en una terraza. Lo pasamos tan bien que me ha invitado a salir esta tarde; le he dicho que sí, si te parece bien —murmuro mintiendo y sintiendo remordimientos de inmediato.

—¡Qué maravilla! ¡Por supuesto que sí! Javier es ideal y puedes salir con él siempre que

quieras.

—Bueno, voy a ducharme —digo levantándome.

—Claro... anda, ve y dúchate —me contesta distraída, fijando su atención en el móvil, que acaba de sonar.

A las tres y media Javier pasa a recogerme y, después de los saludos y la típica conversación de cortesía con mis padres, nos subimos al taxi hacia casa de Montse. Por el camino, hablamos de ellos, porque, si los míos apenas me prestan atención, los suyos tampoco se quedan atrás, y hablarlo, aunque sea bromeando, nos ayuda. Además, el compartir situaciones familiares tan similares hace que estemos muy en sintonía.

Llegamos a casa de Montse y vuelve a alucinar con mi ropa. Llevo un vestido blanco de Adolfo Domínguez, con el cuerpo ceñido y la falda con vuelo, y unas bailarinas rosa chicle a juego con el bolso de Carolina Herrera... sus ojos se abren desproporcionadamente.

—¡Olivia! ¡Qué pasada! ¡Me encanta!

—Todo tuyo —le digo, bajando la cremallera y dándoselo; yo ya sé qué voy a ponerme y voy directa a su armario a cogerlo.

Es un vestido floreado de manga corta, ayer ya lo vi y me encantó, y lo combino con un cinturón finito marrón a conjunto con unas sandalias y un bolso bandolera. ¡Me chifla! Cotorreamos como si nos conociéramos de toda la vida y, entre risas, nos dirigimos al Bora a disfrutar de los monólogos.

Me río como nunca, tanto que termina doliéndome la boca. ¿Cómo no había visto nunca un espectáculo de este tipo? Cuando finaliza, decidimos quedarnos un rato más; todavía es pronto y pedimos otra ronda de cervezas.

—Cuidado, Olivia. Cuando llegues, tus padres aún estarán despiertos y no puedes llegar mareada... no bebas más —me aconseja Javier en un susurro para que sólo yo pueda oírlo.

—¿Cómo puedes ser tan responsable? —Me tiene alucinada. Puede comportarse como el más loco de todos, exprimiendo a tope cada segundo, pero sin dejar de controlarlo todo a la vez.

—Porque me gusta mi vida y, si tú llegaras borracha a casa, el responsable sería yo y podrías ponerme en un aprieto. Pídete un refresco ahora, ¿vale?

—Está bien, aguafiestas —acepto sonriendo y dejando la cerveza.

Pasamos la tarde entre risas. Empiezo a conocerlos a todos y son geniales. Observo la complicidad existente entre Javier y Toni, y las continuas miraditas que se dedican entre ellos, pero nadie parece extrañarse y no seré yo quien lo haga. Cada cual, con su vida, que haga lo que quiera. A las ocho, y entre besos, me despido de todos hasta septiembre, puesto que mañana me marcho a Marbella, nuestro lugar habitual de vacaciones.

—Gracias, Javier —le digo sinceramente cuando llegamos a mi casa.

—¿Por qué, tontita? —me pregunta con esa risa suya tan contagiosa.

—Por hacer mis sueños realidad.

—Eran fáciles de realizar; los tenías al alcance de tu mano, sólo que no sabías cómo.

—Aun así, si tú no hubieras aparecido, no hubiera sabido cómo hacerlo. En septiembre, cuando vuelva, ¿me invitarás a salir de nuevo?

—Si tú quieres, por supuesto; todos mis amigos están encantados contigo, y yo más que nadie.

—¿Tú? ¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Porque me viene cojonudo que mis padres piensen que nos gustamos y estamos juntos.

—¿Aunque no sea cierto? —digo enarcando una ceja.

—¿Qué más da? Ellos no tienen por qué saberlo.

—Entonces... ¿no te gusto? —le pregunto poniéndole a propósito en un aprieto.

—Olivia, eres genial, en serio, pero no quiero atarme a nadie de momento. Sólo tenemos dieciséis años y... —Está poniéndose de todos los colores y pasándolo tan mal que tengo que cortarlo.

—¡Eyyy! Que era una broma. Oye, no te lo tomes a mal... tú también eres genial, pero no eres mi tipo —le aclaro sonriendo y haciéndome la interesante.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no soy tu tipo? —me pregunta de repente curioso.

—No lo sé, pero te veo más como un amigo, un primo o un hermano —contesto antes de confesarle que me temo que soy frígida.

—¡Hombre! Muchas gracias, aunque la verdad es que tú tampoco eres mi tipo —me dice haciéndose el interesante él ahora.

—¿Ah, no? ¿Y quién es tu tipo? —demando levantando una ceja.

—No lo tengo claro todavía —murmura rehuyendo mi mirada.

—Bueno, pues, hasta que lo sepas, tú serás mi chico. ¿Qué te parece?

—Cojonudo —acepta tendiéndome la mano.

Se la cojo y forjamos una alianza que sólo nosotros conocemos, una alianza que nos permitirá llevar, de momento, la vida que ambos deseamos. Ya veremos qué nos deparará el futuro.

Capítulo 3

Después de un verano aburrido hasta decir basta, por fin hoy regresamos a Madrid.

Si tuviera que resumir mis vacaciones, sería algo así como un verano idéntico al del año pasado, que en su día fue idéntico al anterior y así sucesivamente. Lo único positivo del verano es mi grupito de amigas de Marbella, a las que conozco desde pequeña. Con ellas he ido a la playa y a tomar algo por las tardes, pero, de salir por la noche, nada de nada. Como siempre, mis padres se han cerrado en banda, exceptuando, por supuesto, las fiestas soporíferas a las que he tenido que asistir con ellos. La única noche en que lo pasé realmente bien fue cuando Ricky Martin dio un concierto y mis padres me permitieron ir, con mis amigas y con ellos, evidentemente, y sólo lo hicieron porque estaba hasta los topes de prensa y la foto de familia unida y perfecta era beneficiosa para la carrera de mi padre.

Cojo mi teléfono y llamo a Javier. Después de todo el verano leyendo sus comentarios en WhatsApp y viendo las fotos que colgaban, estoy deseando salir otra vez con ellos.

—¡Hola, forastera! ¿Qué pasa?—me pregunta con su risa contagiosa de siempre.

—¡Holaaa! Pues nada, que estoy en los Madriles por fin y me muero por que me invites a salir, soy así de facilona... ¡qué le vamos a hacer! —bromeo, riéndome feliz por estar hablando de nuevo con él.

—Y a mí me encanta que lo seas. Hemos quedado para ir a comer al restaurante de los padres de Montse, ¿te apuntas?

—¡Claro! ¿A qué hora pasarás a recogerme?

—¿A las doce?

—Genial, ¡nos vemos!

Cuelgo y sonrío dichosa. Conocer a Javier ha supuesto un soplo de aire fresco en mi anodina vida y, entusiasmada, salgo de mi habitación en busca de mi madre, que se encuentra en su despacho rodeada de papeles; a pesar de tener la puerta entreabierta, llamo y espero que me autorice a pasar.

—Adelante, Olivia. ¿Qué necesitas? —me pregunta sin levantar la vista de su tableta.

«¿Unos padres de verdad?», pienso de inmediato, pero es un pregunta que nunca formularé en voz alta.

—Javier me ha propuesto ir a comer, ¿te parece bien que vaya?

—Por supuesto. Además, ibas a comer sola: yo tengo un almuerzo con los colegas del despacho y tu padre no volverá hasta tarde.

—Pues, entonces, genial —digo sonriendo y admirándola en silencio.

—¿Qué vas a ponerte? —me demanda, dejando un momento la tableta y mirándome con sus preciosos ojos azules, e inmediatamente pienso en cómo me gustaría que me quisiera.

—Había pensado en el vestido rosa de Emporio Armani y las sandalias beige y rosa de Roger

Vivier. ¿Qué opinas?

—Ideal, ese vestido es precioso y resaltará el tono dorado de tu piel, y, ahora, déjame, que tengo trabajo —me dice con indiferencia volviendo a sus papeles.

—Vale, luego te veo —murmuro dolida.

A veces me siento como una muñeca entre sus manos: me viste, me alimenta y me educa, pero nunca es mi madre, y éste es el ejemplo más claro: ahora que ya está decidido el *look,* poco más tiene que decirme.

Me ducho y me visto tal y como hemos acordado. Cuando salgo de mi habitación, mi madre ya se ha ido y, a pesar de estar acostumbrada a su indiferencia, continúa doliéndome como siempre. ¿Por qué no me quieren mis padres? Creo que no soy mala hija: siempre acato sus órdenes; saco buenas notas, menos en mates, que me cuestan la vida; me visto según sus gustos y, si exceptuamos mi relación con Javier, nunca los había desobedecido... y, aun así, soy un estorbo para ellos.

A las doce pasa Javier a recogerme y nos saludamos con cariño después de todo el verano sin vernos. Con tristeza, me doy cuenta de que me siento más cercana a él que a mis propios progenitores.

—Pero, bueno, Olivia, ¡qué guapísima estás! Como diría mi madre, estás *idealísima* —me dice bromeando e imitando el tono de Cuqui.

—Tú sí que estás *idealísimo*; me encantan tus mocasines y ese pelo tan repeinado que llevas —replico guasona, haciendo que suelte una tremenda carcajada.

—Pues aprovéchate, que, en nada, va fuera. ¿Nos vamos? —susurra para mí.

—Nos vamos.

Salimos de mi casa entre risas y bromas y nos subimos a un taxi. Por el camino no dejamos de charlar sobre nuestras vacaciones. Si las mías han sido soberanamente aburridas, las de Javier no se han quedado atrás; suerte que han terminado por fin.

Llegamos a casa de Montse y nos saludamos entre risas y aspavientos, ella por mi modelito y yo, por el suyo, y, como siempre, intercambiamos nuestra ropa. Babeo frente a su armario; mis ojos no dan abasto con todo lo que quiero ponerme y al final elijo unos *shorts* blancos combinados con una fina camisa azul marino de manga corta, con unas sandalias de cuña azules y rojas. ¡¡¡Me encantaaa!!! Mi bronceado resalta con estos tonos y me encuentro superfavorecida.

—Montse, me gusta toda tu ropa; no tienes ni idea de lo que daría por tenerla —comento admirándome en el espejo.

—Y yo, por la tuya... Este vestido es monísimo, por no hablar de las sandalias, ¡son un escándalooo! —exclama maravillada ante el espejo, volviéndose para mirarme—. ¡Qué guapa, Olivia! ¡Espera! Ponte este colgante, te quedará chulísimo con esa camisa.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunto recordando cuando Javier me contó que diseñaba joyas.

—Sí, ¿te gusta?

—Montse... es precioso, de verdad.

—Quédatelo, te lo regalo.

—Muchas gracias —le digo abrazándola. Nunca me hacen regalos y gestos como el suyo me llegan al alma.

—¡Venga, tardonas, que llegamos tarde! —nos reclama Javier entrando en la habitación. Él también se ha cambiado y, como yo, parece otra persona.

—Oye, Montse... cuando tus padres te vean así vestida, ¿qué dirán?

—Nada, mis amigas y yo nos intercambiamos ropa continuamente y están acostumbrados —contesta sonriendo.

Salimos de su casa y nos dirigimos a pie al restaurante de sus padres, que está a unas cuantas manzanas. Cuando llegamos, me quedo con la boca abierta. Me encanta: es pequeñito y está pintado de alegres colores, pero no es eso lo que llama mi atención, lo que realmente me gusta es el patio trasero, que tanto me recuerda a la casa que tenía mi abuela en su pueblo. Era igual a éste, lleno de plantas, y sonrío al recordarlo mientras llego hasta él y a mis amigos, que ya están sentados esperándonos y, entre besos y abrazos, me doy cuenta de que no sólo he echado de menos a Javier y a Montse, los he extrañado a todos.

Me siento al lado de Javier y en dos segundos tengo una copa de sangría fresquita en la mano.

—Toma, bebe, que hace calor —me dice Toni tendiéndome la copa.

—Qué buena —le digo tras probarla; nunca había bebido sangría y me gusta ese puntito dulzón.

—Pero no bebas mucho, que entra muy fácil y, cuando te quieras dar cuenta, irás dando tumbos —me aconseja Javier, como siempre tan responsable.

—Sí, papá —bromeo sonriendo y poniendo los ojos en blanco.

—Venga, Javier, déjala disfrutar un poquito, ¡no seas aguafiestas! —remata Clara —. Toma, bebe tú también —le propone tendiéndole una copa.

—Clarita, Clarita, que nos conocemos y de aquí salimos a rastras —suelta Javier entre risas.

—Con mis padres cerca, no creo. ¿Qué os jugáis a que, dentro de poco, nos sirven únicamente refrescos y agua? —nos pregunta Montse llenando su vaso.

Sus padres se acercan un momento a nuestra mesa para charlar con nosotros y mi amiga se levanta para saludarlos con afecto mientras yo alucino viendo cómo su padre bromea con ella haciéndole cosquillas y su madre le comenta lo guapa que está.

Aquí hay amor de verdad, como el que sentí cuando soñé con Marcela, y me pregunto cómo me sentiría si mis padres fueran así, si me quisieran y fuéramos una familia de verdad, y de repente siento ganas de llorar, pero disimulo y, tragándome mis sentimientos, sonrío cuando Montse me llama para presentármelos.

—Olivia, ¿qué haces? —protesta Javier en voz baja cuando, tras volver a mi sitio, me bebo de un trago toda la copa de sangría en un claro intento por ahogar mis penas.

—¿Has visto eso? —le pregunto alzando la voz sin darme cuenta. A mi madre le daría un ataque mi falta de autocontrol, seguro.

—¿El qué? —plantea extrañado ante mi reacción.

De repente los tengo a todos pendientes de mí.

—Nada —murmuro llenando mi copa de nuevo y dando otro largo trago.

—Olivia, lo que sea que te haya puesto triste, puedes contárnoslo. Somos tus amigos y, si hay que ir a dar un par de guantazos a quien sea, aquí nos tienes a todos listos para empezar a soltar sopapos a diestro y siniestro —me dice Toni guiñándome un ojo y quitándome el vaso.

—Pues empieza por mis padres, por no haberme querido nunca —le confieso en un susurro.

—Lo siento —dice Montse abrazándome mientras Clara me coge de la mano.

—Tú no tienes la culpa, la culpa es únicamente suya.

—Ellos se lo pierden, Olivia; algún día se arrepentirán —me asegura Javier con seriedad.

—¿Tú crees? —le pregunto con tristeza, segura de que no llegará ese día para mí.

—Estoy seguro, ya lo verás.

—Además, nos tienes a nosotros —subraya Clara—, que te queremos muchísimo.

—Propongo un brindis —dice Montse levantándose y alzando su copa—: por nosotros, por nuestra amistad y porque, pase lo que pase, siempre estemos juntos.

—Has olvidado una cosa —apuntilla Javier alzando su copa.

—¿Cuál?

—Pase lo que pase siempre cuidaremos los unos de los otros; lo sabes, ¿verdad, Olivia? —me pregunta mirándome con seriedad—. Puedes contar conmigo siempre.

—Lo sé —murmuro.

Y alzando su copa, todos se suman a lo dicho por Javier, emocionándome y consiguiendo que me sienta parte de un núcleo, el núcleo que me falta en casa.

Voy a llevarme el vaso a los labios cuando siento mi cuerpo arder, como si de pronto alguien hubiera abierto las compuertas de una presa de lava, e instintivamente dirijo la mirada hacia ese foco de calor y me encuentro con un par de ojos verdes que me observan fijamente, paralizándome y dejándome sorda y ciega a nada que no sea él. Me falta la respiración y entreabro ligeramente la boca en un intento de dar a mis pulmones el aire que necesitan, mientras mi corazón inicia un galope frenético dentro de mi cuerpo.

Sentado en la mesa de enfrente tengo al hombre más guapo que he visto en mi vida mirándome fijamente. No puedo respirar, no puedo moverme, sólo puedo mirarlo mientras dentro de mí se desata una verdadera tormenta y mi sangre se vuelve espesa, caliente y burbujeante. «¿Es esto el deseo?», me pregunto mientras su mirada descarada abandona mis ojos y recorre con lentitud mis labios hasta llegar a mis pechos, donde se detiene.

Mi respiración se agita; siento mis pezones endurecerse con su mirada, pidiendo a gritos algo que ni yo misma entiendo, pero deseando más, y entonces sus ojos en llamas vuelven a aprisionar los míos y siento cómo los músculos de mi vagina se contraen.

Me siento de nuevo percibiendo mi cuerpo temblar. Veo cómo empiezan a llegar platos a la mesa; oigo de fondo a mis amigos, hablando de sus vacaciones y de sus salidas nocturnas, mientras unos platos se vacían y llegan otros, y, a pesar de mis intentos por picotear algo y participar de su conversación, apenas soy capaz de coordinar dos frases seguidas sin volver mi mirada a ese hombre que me observa como si fuera de su propiedad.

—¡Olivia, vamos! ¿A qué esperas? —me apremia Clara.

El sonido de su voz me devuelve a la realidad y, con reticencia, aparto mi mirada de la suya, dirigiéndola a mis amigos, que están empezando a levantarse. «¿Nos vamos ya? ¿Por qué?», me pregunto, entrando inexplicablemente en pánico por tener que alejarme de él.

—Oye, ¿pasa algo? —me pregunta Javier mirándome con suspicacia.

—Nada, vámonos —susurro intentando controlar la voz y que mi cuerpo obedezca las órdenes de mi cerebro, algo realmente complicado cuando me tiemblan hasta las pestañas.

«Voy a arder, seguro», pienso mientras paso por delante de su mesa... y, aunque no quiero volver a mirarlo, bastante lo he hecho ya, acabo haciéndolo y sonriéndole con timidez.

—¿Lo conoces? —me pregunta Javier a mi espalda, obligándome a retirar la mirada y dejar de sonreír como una pánfila.

—¿Yo? ¡Qué va! —contesto sin demasiada convicción, acelerando el paso y deseando que no empiece a hacer de padre.

En la puerta están esperando todos nuestros amigos y, girándome por última vez, entrelazo mi mirada con la suya antes de salir seguida por Javier, que nos mira a ambos con el ceño fruncido.

Pasamos la tarde en el Bora y, a pesar de que procuro divertirme, estoy inquieta, no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Quién será? Daría lo que fuera por coincidir de nuevo con él, por saber cosas de su vida, por besarlo y por sentirlo dentro de mí... y entonces, ruborizada de la cabeza a los pies, me doy cuenta de un detalle importantísimo y que hasta ahora había pasado por alto... no soy frígida, definitivamente y para alivio mío, no lo soy.

Llego a mi casa a las ocho y media y, para variar, mis padres no están. Seguro que andarán de cena en casa de algún político colega de mi padre o de algún cliente famosísimo de mi madre, pero, como siempre, han olvidado comunicarme sus planes o preocuparse por mí. Así que, intentando ignorar mis sentimientos, me dirijo directa a la cocina, donde en la barra, y acompañada por Juana, ceno una ensalada de pollo con tomate.

Mañana es mi primer día en el colegio María Inmaculada y, a diferencia de mis amigas, que están deseando ir, yo estoy deseando salir corriendo. Me ducho y me acuesto; veo, de reojo, mi nuevo uniforme preparado sobre la silla, pero decido ignorarlo. Cierro los ojos y sueño de nuevo...

Capítulo 4

Estamos a mitad de julio y hace un calor de mil demonios. Estoy en el huerto que tenemos en la parte trasera de nuestra casa, donde criamos animales y cultivamos un poco de todo, desde patatas, tomates, calabacines y calabazas hasta árboles frutales o hierbas medicinales con las que mi madre prepara sus remedios.

Continuamente cuestiono mi decisión de irme a la ciudad, porque, a pesar del duro trabajo en el campo, el hambre y la pobreza, la tierra y mi familia son mi vida, lo que conozco y lo que quiero.

Estoy sudada, hambrienta y cansada; me duele la espalda y tengo las manos llenas de heridas, pero no debo quejarme. Mi padre y mi hermano se encargan de las tareas más duras desde la salida del sol y, aun así, nunca les he oído una sola queja, así que continúo en silencio con mi labor.

Me incorporo para aliviar el dolor de espalda y anudarme mejor el pañuelo de la cabeza; tengo el pelo pegajoso y me pica, pero hago caso omiso. A mi lado y bajo este sol abrasador, también está mi hermana Catalina, embarazada de su primer hijo, al que no llegaré a conocer, y siento de nuevo ganas de llorar, al pensar en todo a lo que voy a renunciar.

—¡Marcela! ¡Marcela! Manuela está de parto, Rosa me envía a decírtelo —me llama Candela corriendo hacia mí.

—¿Yaaa? —pregunto secando el sudor de mi frente—. ¡Padre! ¡Tengo que irme!

Sin esperar respuesta por su parte, me marcho corriendo, seguida de mi hermana pequeña.

Llego y veo que Inés, la partera, ya está aquí. Está ofreciéndole vino a Manuela, que se retuerce de dolor en la cama, y, sin esperar instrucciones por su parte, preparo toallas limpias para el bebé y me lavo las manos. A pesar de que casi ninguna partera lo hace, ella insiste en que, a una vida nueva, se la recibe con las manos limpias y, después de toda una mañana trabajando en el campo, yo también agradezco la sensación del agua fresca sobre mi piel.

Me dirijo al hogar para preparar una infusión de hierbas que prevenga las fiebres y calme el dolor de la pobre Manuela. Con ella en la mano me acerco a la cama, donde Inés la está palpando y, tras ayudarla a tomársela, me coloco a su lado.

—Inés, ¿va todo bien? —pregunto en un susurro.

—Sí; ven, quiero que la palpes. Es necesario hacerlo para saber la evolución del parto y la posición del bebé.

A pesar de que lo he hecho muchas veces, me tiembla todo el cuerpo y me encomiendo a santa Lutgarda, abogada de las parturientas, y le rezo una oración mientras voy palpando a Manuela.

Dentro de la casa hace calor y siento las gotas de sudor deslizarse por mi espalda y mis pechos, pero trago saliva y continúo la exploración guiada por su voz. Con cuidado, voy

introduciendo mis dedos lentamente hasta llegar a la cabecita del bebé; palpo con mimo y siento esa pequeña vida entre mis manos. De nosotras depende que pueda ver la luz del sol o que muera al intentarlo.

—¿Qué estás tocando?

—Su cabeza... sí... su cabeza —repito maravillada como cada vez que lo hago.

Inés continúa con sus explicaciones y la escucho con atención, como vengo haciendo desde hace un tiempo. Tengo mucho instinto y siempre me llama para echar una mano. Me gusta ser útil, a pesar de que sufro mucho cuando, después de partos interminables, muere un bebé o la madre, pero es algo que, desgraciadamente, y a pesar de todos nuestros cuidados y esfuerzos, ocurre con frecuencia.

Todos están nerviosos. Manuela no puede más y, finalmente, tras muchos dolores, nace su hijo, un niño grande y robusto.

Cojo al bebé entre mis brazos y lo envuelvo en una toalla; lo limpio con agua calentita y le hablo con cariño, mientras Inés termina con Manuela. Dentro de la casa huele a sangre o, por lo menos, yo puedo olerla, pero es sangre proveniente de la vida y motivo de alegría.

Llego a mi casa al anochecer, exhausta, pero contenta. Espero que, cuando le llegue el momento a Catalina y yo no esté, Inés se encuentre por la zona para atenderla, ya que confío plenamente en ella y en sus conocimientos.

—Hola, padre. —A pesar de que ya es tarde y lleva en pie desde que ha amanecido, todavía está faenando con los animales.

—Hola, hija. ¿Cómo fue el parto de la Manuela?

—Bien, padre. Ha tenido un niño robusto.

—Estarán contentos. Haces cara de cansada; entra en la casa y toma algo, pero no tardes, necesito que me ayudes con los animales.

—Claro, padre, no tardaré.

Mi madre me prepara algo de cena y la tomo mientras le cuento el parto de Manuela. Mi hermana Candela se une a nosotras y, cogiéndome de la mano, me dice afligida:

—Ahora que ha nacido el niño, ¿te irás?

—Sí, bonita, nos iremos en una semana.

—Tengo algo para ti —me anuncia en un hilo de voz.

¡Mi niña! ¡Cuánto la quiero! Mi madre delegó en mí su crianza para poder trabajar en el campo junto a mi padre y mis hermanos de sol a sol, así que, con ocho años, llevaba el peso de la casa y criaba a mi hermanita de dos. Por tanto, más que una hermana, es como una hija para mí.

La veo venir hacia mí cargada con ropa. Sé que está conteniéndose para no llorar, al igual que estoy haciendo yo.

—Toma: he cosido durante noches enteras para tenerlo a punto. —Me tiende una camisa blanca con una falda azul; son muy bonitas y la miro sin saber qué decir... ¡Claro que habrá pasado noches enteras cosiendo!

—¡Cariño! Muchas gracias, son preciosas —digo abrazándola.

—Te echaré mucho de menos, Marcela.

—Y yo a ti; eres mi niña y siempre te llevaré en mi corazón. ¡Ea! ¡Deja de llorar, que no me voy para siempre! —le pido intentando levantarle el ánimo, a pesar de que yo misma no puedo dejar de hacerlo.

—Hija, yo también te he hecho algo; no sé si podrás llevarlo allí, pero toma, para que en los

inviernos fríos te calientes —me comenta tendiéndome una manta y unos escarpines hechos con la lana de los corderos.

Me siento sobrepasada y, abrazándolas, lloro desconsolada...

Es el día de mi partida y me levanto al alba con el canto del gallo. Quiero despedirme de mis vírgenes y me encamino por el sendero que nace desde la iglesia de San Martín para hacer el recorrido que me llevará a mis tres ermitas; necesito encender una vela en cada una de ellas, para rogarles por mi viaje y pedirles por mi regreso.

Hago el trayecto en silencio, acompañada por el sonido de las ramas de los árboles movidas por el viento, el canto de los pájaros y el crujir de las ramitas al ser pisadas. El sendero está repleto de hojas y musgo que lo cubren todo, como si de un manto de la naturaleza se tratase, y respiro profundamente, llenando mis pulmones de aire puro. Echaré de menos esta paz, este silencio; ansiaré cada día mi regreso a casa y, el día que lo haga, realizaré este mismo trayecto para encender de nuevo una vela a san Juan y a san Pablo, a la Virgen de Fajanillas y a la Virgen de La Peña, y así darles las gracias por guiarme en mi camino de vuelta.

Enciendo una vela en cada una de ellas, rezo una oración y, en silencio, desciendo por el sendero. Tengo el pueblo frente a mí; el viento agita mis faldas y lo observo por última vez: las casas de piedra, con sus altísimas chimeneas decoradas con los espantabrujas, el paisaje abrumador, sus colinas, el águila sobrevolando mi cabeza... y siento como si me arrancasen el alma, dejándome desprovista de ella.

Llego a mi casa y me despido entre lloros de mi familia y vecinos. En la puerta me espera la vieja maleta de mis padres —donde llevo unas pocas mudas, alpargatas y la ropa que tanto mi madre como Candela me regalaron— y mi hermano junto a su carro, para llevarnos a Rosa y a mí a Aínsa, el pueblo desde donde saldrá la diligencia que nos llevará a Madrid.

El viaje a la ciudad es largo y agotador; aparte de nosotras, viaja más gente, y lo hacemos apretados. A los caminos con curvas cerradas y fuertes desniveles se le suma el polvo, siendo a veces tan intenso que nos impide respirar con normalidad. Por fin llegamos a la capital, cansadas, sucias y doloridas. Tenemos poco dinero y decidimos invertirlo en una habitación de una modesta posada para descansar y asearnos un poco antes de ir a ofrecer nuestros servicios como criadas.

Nos levantamos temprano. Me duele todo el cuerpo, pero callo y, después de limpiarnos como buenamente podemos, nos vestimos. Me pongo la falda y la camisa hecha por Candela, con las alpargatas. Los escarpines los utilizaré en invierno, si me lo permiten en la casa donde sirva. Cubro mi abundante cabello con un pañuelo y, tras preguntar a la casera hacia dónde debemos dirigirnos, salimos de la posada en dirección a los barrios de Buenavista y Chamberí.

Lo hacemos a pie, preguntando cómo llegar, pues nunca hemos estado en Madrid. Apenas nos queda dinero y no queremos malgastarlo, y de esa forma nos hacemos una idea de la vida en la ciudad. Hoy es día de mercado y, asombrada, veo la cantidad de puestos que hay. Venden carne, pescado, verduras de todo tipo, frutas, huevos, flores, frutos secos, animales vivos y muertos, pan y dulces; los niños venden periódicos al grito de «¡prensa, prensa!», mientras el barbero ofrece sus servicios.

Miro hambrienta y embelesada cada uno de los puestos; tanto Rosa como yo estamos en ayunas, pero trago saliva y continúo caminando, alimentándome únicamente de los maravillosos olores y rehuyendo el tufillo proveniente de los carros llenos de estiércol. Recojo mi falda para

evitar que se ensucie con las hortalizas y frutas que se encuentran pisoteadas y esparcidas por el suelo, mientras, fascinada, intento abarcarlo todo con la mirada. Veo a criadas recorrer las paradas con sus impolutos uniformes, seguidas por quien supongo será el cochero, cargado con cestas de mimbre a rebosar de comida; a labriegas como nosotras con el cesto medio vacío mirando más que comprando; a señoras elegantemente vestidas; a zagales de aspecto hambriento esperando un descuido del comerciante para hurtar alguna pieza de comida; a mendigos suplicando una limosna... a gente de todo tipo en un único escenario.

Salimos del bullicioso mercado y llegamos a una ancha avenida. Oigo los cascos de los caballos a su paso por nuestro lado. Las señoras y señoritas adineradas pasean en sus carruajes, ataviadas con bonitos ropajes y cubriendo su cabello con elegantes sombreros a juego con sus vestidos y sombrillas, y mis ojos, que nunca en la vida han visto ropa tan hermosa, recorren asombrados cada detalle de su vestimenta.

Llegamos al barrio de Buenavista, lleno de palacetes y hoteles, que es como llaman aquí a las casas señoriales, y en uno de ellos nos recibe altivamente una criada ataviada con un vestido gris con el cuello y los puños blancos a juego con los guantes, la cofia y el mandil.

—Buenos días. ¿Qué se les ofrece? —nos pregunta levantando la barbilla.

—Nos gustaría saber si precisan de criadas —murmuro con humildad, bajando la mirada.

—Pasen —dice haciéndose a un lado—, síganme...

Miro la casa intentando abarcar todos los detalles; huele a limón y cera. Una grandiosa escalinata conduce a los pisos de arriba y es lo más elegante y bonito que he visto nunca. La luz entra a raudales a través de los grandes ventanales vestidos con pesados cortinajes, recogidos con cordones de hilo de oro; los muebles de madera rojiza atesoran vajillas y juegos de café de plata antigua muy ornamentada; cuadros enormes decoran las paredes; las puertas llegan del suelo al techo, y el brillante suelo repiquetea a nuestro paso. ¿De verdad hay gente que vive así? Deben de ser tan felices... ojalá mis padres y hermanos pudieran verlo...

Llegamos a la cocina a través de la escalera de servicio. Cuatro enormes fogones ocupan toda la pared frontal, en los que se están guisando verdaderas maravillas, a juzgar por los olores que desprenden, y, en el suelo, dentro de un enorme capazo, está el carbón listo para ser usado; una bancada ocupa todo el lateral derecho, repleto ahora de comida, cazuelas y todos los menesteres necesarios para cocinar y, en el lateral izquierdo, veo una pila y una despensa junto a la ventana, donde se encuentra una mesa con seis sillas. La fresquera supongo que estará en el sótano de la casa o en la bodega, pero me abstengo de preguntar y me mantengo en silencio, observándolo todo.

Los fantásticos efluvios de la comida inundan mis fosas nasales, haciendo que mi estómago ruja de nuevo. Me duele de lo hambrienta que estoy, pero lo ignoro y vuelvo a tragar saliva. Veo cómo la criada que nos ha abierto se acerca a hablar con otra que está supervisando lo que se está cocinando; nos mira y se acerca a nosotros con aire de superioridad... «¡Pues sí que tienen aires en esta casa!» pienso bajando la mirada al suelo.

—¿Qué saben hacer ustedes? —nos pregunta con altivez y, a pesar de que no entiendo de rangos, sé cuándo estoy delante de alguien superior a mí.

—De todo: guisar, lavar, planchar, coser, limpiar... —murmuro.

Nos mira otra vez de arriba abajo en silencio, como si valorara si somos apropiadas para cubrir el puesto o no, pero lo somos, lo sé.

—Se encargarán de las tareas de limpieza de la casa, echarán una mano en la cocina y servirán la comida si así se precisa. Aquí no estamos en el campo y existe un protocolo a la hora

de servirla; si no saben cómo hacerlo, pregunten. Doy por hecho que son personas educadas, con modales y competentes. Trabajarán los siete días de la semana, a excepción de un par de horas que librarán los domingos por la tarde. Las quiero limpias y con el uniforme impoluto. Compartirán habitación y cobrarán dos reales al día y, lo más importante, las quiero sordas, ciegas y mudas a lo que vean en la casa... Son criadas, no lo olviden; nunca juzgarán ni opinarán sobre las decisiones de los señores y, como osen tomarse algún tipo de libertades, serán despedidas por mí en el acto. ¿Lo tienen claro?

Espera que seamos educadas y tengamos modales, dice... pero ¿esta mujer qué se cree?, ¿que estamos asalvajadas? A educada, no me gana nadie, pero, a pobre, tampoco, así que opto por callarme y me limito a asentir.

—Acompáñenme —nos ordena mientras sale de la cocina—. Tienen una jofaina con agua en su habitación; límpiense y háganse el pelo; lo quiero recogido y sin ningún mechón fuera.

Camina erguida, sin mirarnos en ningún momento, hasta llegar a la puerta de una habitación, donde se detiene.

—Ésta será su habitación; a su cargo queda, por supuesto, la limpieza de la misma. Entren —nos ordena abriendo la puerta—; en unos minutos les traerán los uniformes.

Obedecemos y nos quedamos en medio de la habitación, observándola. Es muy sencilla y austera. Compuesta por dos camas con sendas cruces colgando de la pared y una mesita central sobre la que descansa un candelabro, sólo dispone de un pequeño armario donde guardar las pocas pertenencias que poseemos y una jofaina donde poder lavarnos. No hay más, ni lo precisamos tampoco.

Con lo que nos pagarán, y si no gasto nada, en unos años podré volver a casa y entregárselo a mis padres, y así aliviar la carga familiar; es lo único que me interesa y por lo que estoy aquí; todo lo demás carece de importancia.

Nos recogemos el pelo en un moño bajo bien tirante con la raya en medio y nos vestimos con los mismos uniformes que llevan todas las criadas de la casa: un vestido gris con el cuello y los puños blancos, a juego con la cofia y el mandil almidonado. ¡Qué elegante me veo! Nunca en mi vida he tenido ropa como ésta y parezco otra, ¡incluso me veo bonita!

—¡Caramba, Rosa! ¡Míranos! ¡Si parecemos señoritas! —bromeo girando sobre mí misma, riendo.

—¿Has visto qué vestido más suave? ¡Si nos vieran nuestras madres! —me dice riendo conmigo y cogiéndome de las manos.

—No nos reconocerían, ¿verdad?... ¡Ea!, vamos a la cocina, a ver qué se le ofrece a doña educada —le comento guiñándole un ojo—, no sea que nos despida por retrasarnos.

—¡Será posible! Si mi madre la llega a oír, le da un pasmo. ¡Con lo orgullosa que está de nosotros! ¡Será perr...!

—¡Calla! —la interrumpo antes de que se embale—. No digas palabrotas, que te veo venir y, como te oiga, te pone de patitas en la calle en dos segundos. Y ahora... ¡humo! A arrimar el hombro, que a eso hemos venido —le digo abriendo la puerta de nuestra habitación.

Llegamos a la cocina, donde hay mucho ajetreo. Por lo que oigo, hoy ha llegado el señorito de un viaje de negocios en el extranjero y hay una comida familiar para celebrarlo.

—¡Vosotras! ¿Qué hacéis ahí paradas como un pasmarote? Venid aquí a preparar las bandejas de comida, ¡rápido!

Doña educada imparte órdenes a diestro y siniestro y, a excepción de su voz, sólo se oyen los sonidos propios de una cocina. Miro por el rabillo del ojo y, en total, somos dos chicas más

Rosa y yo, y mi mirada regresa a esta mujer que tiene pinta de no tener un buen sentimiento en el cuerpo ni por equivocación.

—¡Tú! —me grita haciendo que dé un respingo. «¿Habré hecho algo mal?», me pregunto levantando levemente la cabeza. ¡Ay, Señor, qué miedo me da esta mujer!—. Ve con María; llevarás la fuente de la carne... y fíjate cómo lo hace ella, recuerda que no estás en el campo.

Asiento sin poder contestarle mientras ayudo a distribuir la comida en preciosas bandejas de plata. «¿Y si no sé hacerlo?», me pregunto mientras pongo la bandeja en el pequeño montacargas que llega hasta la planta baja, donde se encuentra el comedor. Junto a María y a través de la escalera de servicio, llego hasta allí y la cojo de nuevo. La boca se me hace agua; llevo demasiadas horas sin comer y esto es peor que una tortura. Cuando llegamos a la puerta del comedor, María pasa delante de mí e inicia el recorrido por una parte de la mesa, mientras yo hago lo propio por la otra.

Hoy más que nunca agradezco el duro trabajo en el campo; mis brazos están fuertes y, a pesar de que la bandeja tiene un peso considerable, la cargo sin apenas esfuerzo... con la mirada gacha, pues me muero de vergüenza. La agarro con fuerza, por miedo a que se me caiga y pierda el empleo que tanto necesito. Temo hacer algo inapropiado y quedar en evidencia delante de los señores y, sobre todo, no estar a la altura, así que no pierdo de vista a María, e imito cada uno de sus movimientos. Y, a pesar de que voy sobrellevando la situación, siento como si todos los ojos estuvieran puestos en mí. Acerco la bandeja al siguiente comensal y cometo la equivocación de mirarlo; no son todos los ojos, son sus ojos.

Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Supongo que tendrá mi edad o pocos más a lo sumo, y, durante unos segundos, me pierdo en la profundidad de sus iris con mi rostro teñido por el rubor.

—¿Es usted nueva en la casa? —me pregunta haciendo que toda la mesa quede en silencio.

—He empezado hoy —contesto en un susurro.

—Bienvenida, entonces —me dice cogiendo un trozo de carne y dejando de prestarme atención.

A mí me tiembla todo el cuerpo y, como puedo, termino de servir la comida.

Capítulo 5

Oigo de fondo el despertador, pero quiero ignorarlo; me aferro al sueño, que se va desvaneciendo y se aleja de mi mente, y al final estoy completamente despierta, mirando al techo... ¡otra vez! ¡He vuelto a soñar con Marcela! Pero ¿quién es? Porque en el sueño era yo la que trabajaba en el campo, la que ayudaba a la partera, la que oraba en las ermitas pidiendo por mi regreso y la que se derretía al verlo. ¡Pero si todavía siento el sonrojo en mi cara! ¿Y ese hombre?, ¿quién será? Era tan... todo.

Me incorporo y, al igual que cada vez que sueño con ella, me siento confusa. ¿Por qué experimento lo mismo que esa mujer mientras duermo? ¿Soy yo en una vida anterior? En el sueño no puedo verle la cara, pero conozco cada fibra de su ser y sus sentimientos son los míos... y éstos persisten con fuerza en mi interior, a pesar de estar despierta.

—Señorita Olivia, no se duerma, que es su primer día de colegio —me advierte Juana entrando en mi habitación, hablándome con más cariño del que ha empleado mi madre en toda su vida—. No se retrase, que le he preparado magdalenas de chocolate para el desayuno.

—Humm, qué buenas, Juana. ¡Muchas gracias! ¡Me encantan!

—Ya lo sé, señorita, por eso las he hecho; me da a mí que no le gusta mucho ese colegio al que la manda su señora madre.

—Ay, Juana, ¡que no quiero ir allí! —me quejo enfadada.

Conozco a Juana desde que tengo uso de razón y, a pesar de que se niega a tutearme, es con la única persona con quien mantengo una relación de cariño sincero en esta casa.

—Ya verá como no es tan malo y termina gustándole.

—Ése es justo el problema: ya sé que no será malo, lo que ocurre es que estoy harta de que mi vida transcurra en línea recta... una línea rectísima, trazada por mis padres, que no termina nunca, donde no hay curvas, ni baches, ni atajos, ni túneles. ¡No hay nada! —replico molesta.

—¡Ay, qué exagerada es! Sus padres no son todopoderosos, sólo el Altísimo puede decidir cuándo podemos coger un atajo o cuándo nos encontraremos con baches, túneles o curvas, y, ante eso, señorita, su señora madre poco podrá hacer. Siga mi consejo y viva feliz con todo lo que se le ofrece, porque el día que menos lo espere su vida dará un giro de ciento ochenta grados y, entonces, nada volverá a ser lo mismo.

—¿De verdad eso puede pasarme a mí? Vuelvo a ir a un colegio de señoritas, *únicamente* —digo recalcando la última palabra—, con todas mis amigas de toda la vida y, si con eso no fuera suficiente, ¡de monjas! Una puñetera línea recta es mi vida, Juana, y ni el Altísimo puede cambiar eso —suelto levantándome para dirigirme a la ducha.

Estoy que me salgo y será mejor que me meta bajo el chorro de agua antes de que empiece a blasfemar en presencia de mi querida Juana, quien, como dice ella, es católica, apostólica y romana... y no más, porque no hay.

Me seco el pelo liso, dejándolo suelto, y, tras verme con el uniforme puesto, alucino. La camisa blanca es demasiado ceñida y marca todas mis curvas, y la falda, sin caer en la vulgaridad, es más corta de lo que debería. Me subo los calcetines hasta la rodilla y sonrío a mi reflejo. ¡Este uniforme es muy sexi! Me desabrocho los dos botones del escote, más por rebeldía que por provocar a alguien, y, blasfemando de nuevo por tener que ir a un colegio de monjas y sólo de chicas, me encamino a la cocina, donde me espera Juana con el desayuno listo y su charla incesante.

Durante el trayecto al colegio vuelvo a pensar en Marcela. ¿Cómo podría averiguar si existió de verdad? Porque, a estas alturas, dudo de que sea un sueño cualquiera; es algo más. Sólo tengo que averiguar de qué se trata, pero, antes de lo que me gustaría, el taxi está estacionando delante del centro escolar.

Bajo y, durante unos minutos, me dedico a observarlo todo. Es imponente. A través de una enorme puerta de rejas negras, se accede a un frondoso y cuidado jardín lleno de bancos y, al fondo, dos edificios, uno enorme y otro más pequeño, que supongo que será la vivienda de las religiosas. A pesar de que estoy impresionada, la cara de disgusto me delata al ver entrar a mis futuras compañeras. Conozco a cada una de las alumnas de este centro y siento como si aún estuviera estudiando en mi colegio anterior y los capítulos de mi vida fueran idénticos unos a otros.

—¡Olivia! ¡Olivia! —Me giro y veo a Teresa corriendo hacia mí—. Nenita, ¡te estaba esperando!

—¿Para qué? —pregunto extrañada.

—¡¿Para qué va a ser, neni?! Para entrar juntas a clase; ya lo hicimos con tres años y vamos a volver a hacerlo ahora. ¡Qué ilusión! ¿No es genial?

Mi Teresa es un cielo, yo jamás hubiera pensado algo así. Con una sonrisa de culpabilidad, me cojo de su brazo y reanudamos la marcha.

—¡Por supuesto! ¡Anda, vamos, que llegaremos tarde! —propongo guiñándole un ojo y accediendo al recinto.

Llegamos a nuestra aula y se me cae el alma a los pies. ¡Mierda! La clase está casi al completo y sólo quedan libres las mesas de la primera fila. «¡Nooo! ¿Por quéee? ¡Esto ya es lo que me faltaba! ¿Qué será lo próximo?», me pregunto frustrada sentándome de mala gana en la mesa situada al lado de la ventana y justo enfrente de la del profesor. «¡Estupendo, Olivia!», me digo maldiciéndome.

Estoy enfadada y centro toda mi atención en la ventana, ignorando todo lo que ocurre a mi alrededor. Estoy demasiado ocupada pensando en Marcela y en ese atractivo hombre como para prestar atención a nada más, cuando siento la mirada de alguien sobre mí, exactamente como se sintió Marcela mientras servía la comida, y giro la cabeza despacio, temiendo lo que voy a encontrarme; entonces mi mirada se topa con unos increíbles ojos verdes que me observan con intensidad, haciendo que mi corazón deje de latir momentáneamente para, a continuación, iniciar un ritmo frenético dentro de mí. ¡Es él! Es el hombre que vi ayer en el restaurante de los padres de Montse... Pero ¿qué hace aquí?

No puedo articular palabra, tengo el cerebro embotado y soy incapaz de alejar mi mirada de la suya, mientras mi interior arde de nuevo con ferocidad. Sólo cuando él retira sus ojos de mí, me doy cuenta de que había dejado de respirar y me obligo a hacerlo otra vez, volviendo mi atención a la ventana sin poder creer que lo tenga tan cerca.

—Buenos días a todas; me llamo Roberto Arribas y, aparte de su tutor, seré su profesor de

matemáticas y de física y química.

Guarda un momento de silencio para atraer la atención de la clase, aunque realmente no hace falta, la tiene toda; de hecho, estamos tan calladas que, si cayera un alfiler, se oiría. Disimuladamente, miro de reojo a mis compañeras, que hacen la misma cara de alucinadas que yo... ¿Este tío bueno va a ser mi tutor y mi profesor? «Creo que acabo de encontrarme con mi cambio de ciento ochenta grados», pienso de repente feliz y, por una vez, tengo algo que agradecerles a mis padres.

—Mi propósito es que terminen el curso cumpliendo los objetivos académicos, pero, si además consigo que les gusten mis asignaturas, habré cumplido entonces mis objetivos personales.

Su voz firme resuena en toda la estancia y tengo que obligarme a cerrar la boca y controlar la expresión, pues mi mandíbula amenaza con llegar al suelo y rebotar varias veces contra él, y entonces mi cerebro procesa lo que está diciendo... ¿De verdad pretende que me gusten las mates? «Éste no me conoce, no hay persona más negada para los números que yo, pero... ¡a Dios pongo por testigo que nunca volveré a suspender! No cojo un rábano, o lo que sea que cogiera Vivien Leigh, porque no lo tengo a mano, pero la intención es lo que cuenta», me digo mientras oigo embelesada cada una de sus palabras. ¡Madre mía, qué bueno está! ¿Las monjas han contratado a este monumento? ¿Habrá hecho voto de castidad él también? ¿Será monje? No, no tiene pinta de eso, más bien tiene pinta de diablo. Lleva unos vaqueros oscuros con una camisa blanca que se ajusta demasiado bien a su cuerpo, marcándole todos los músculos, y esta vez soy yo la que lo mira descaradamente sin percatarme de mi gesto. ¡Qué bestialidad de hombre!

—Necesito saber en qué nivel están y para eso voy a ponerles una prueba; no cuenta para nota, pero me ayudará a hacerme una idea del nivel de la clase, así que guarden sus libros. —Se dirige de nuevo a su mesa y por ello lo tengo a escasos centímetros de mí.

Pero ya no puedo mirarlo, porque de pronto tengo náuseas. ¿Ha dicho una prueba? ¿En serio? Quedaré a la altura del betún. En todo el verano no he dado un palo al agua en mates... ¡mierda! Veo con angustia cómo saca de su maletín sus pruebas y mi tortura, y, durante unos segundos, sus ojos se encuentran con la míos, que lo miran con angustia.

—Coja uno y pase el resto a sus compañeras. —Su voz profunda llega hasta mis entrañas, pero soy incapaz de articular palabra y cojo en silencio los dichosos folios para hacer lo que me pide.

Miro los ejercicios sin verlos realmente. Tengo un problema con las mates: me bloqueo, me pongo nerviosa y soy incapaz de hacer una simple resta; es como si olvidara hasta los conceptos más básicos. Mis padres se han gastado un dineral conmigo, pero nadie ha conseguido que las mates se me den bien y mucho menos que me gusten. Para mí son como una especie de tortura personal que se intensifica con los años.

Cojo aire profundamente y me obligo a enfocar la mirada en los ejercicios, logrando que poco a poco tengan algún sentido en mi cabeza, pero realmente no tengo ni idea de cómo resolverlos. ¿De verdad tengo que saber hacer esto? El tiempo pasa despacio mientras observo de reojo cómo mis compañeras van terminándolos mientras yo ni siquiera he comenzado, y me obligo a resolver alguno.

—Señoritas, vayan finalizando. De atrás hacia delante, vayan pasando las pruebas, por favor.

Miro otra vez por la ventana. He dejado más de la mitad de los ejercicios en blanco y, los que he resuelto, no habrá por dónde cogerlos. ¡Menuda impresión va a llevarse de mí! En todo caso, cuanto antes lo sepa mejor; de hecho, creo que en la ESO me aprobaron las mates por compasión

o previo pago de mis padres, porque otra explicación no le veo.

Suena la campana anunciando el cambio de clase. Nos toca alemán y sé que voy a aburrirme soberanamente, pues es un idioma que he hablado con mi madre desde pequeña, pero lo prefiero mil veces al bochorno de no saber hacer los problemas de mates. Adjunto mi prueba a la de mis compañeras y se las tiendo a él rehuyendo su mirada; no puedo con tanta intensidad. Además, con él me siento tímida e inexperta; bueno, inexperta soy, pero tímida, eso sí que no, y, en cambio, con él pierdo la capacidad de expresión y puedo ruborizarme de la cabeza a los pies... Pensará que soy una niñata, seguro.

La clase de alemán se me hace lenta y tediosa, y me dedico a pensar en Marcela y en Roberto. Sin darme cuenta, paso de un tema al otro, entremezclándolos; los dos me inquietan por igual y me siento perdida, sin saber por dónde cogerlos. Por fin suena la campana que da por finalizada la clase.

—¡Ya era hora! ¡Venga, chicas, rapidito! —nos apremia Adriana saliendo como un rayo por la puerta seguida por Bianca hacia la cafetería, en un intento de evitar la cola que fijo que se va a formar.

—Yo no quiero nada; adelántate tú si quieres. Os espero en los bancos que hay en el jardín —le digo a Teresa.

—¿Y eso, neni? ¿No te apetece nada?

—Sí, ¡que me dé el aire! —respondo dirigiéndome a la salida.

Llego al jardín, donde apenas hay alguien, y me siento en un banco y cierro los ojos, disfrutando del silencio y sintiendo la calidez del sol sobre mi rostro. Necesito tranquilizarme y hago un par de respiraciones profundas en un intento de recobrar la calma... «Va a ser mi profesor —me tortura mi subconsciente mientras el sonido de las voces de mis amigas va intensificándose—. El tío que ayer me devoraba con la mirada va a ser mi profesor de mates. Y, ahora, ¿cómo se supone que debo tratarlo, cuando ayer no dejé de mirarlo durante toda la comida y lo rematé sonriéndole como una pánfila? Tierra, trágame, y bien hondo si puede ser.»

—¡Madre mía con Roberto! ¿Habéis visto qué guapo es? ¡Está como un queso! Qué lástima que sea nuestro profe... —oigo decir a Teresa con ese tono pijito tan suyo, y medio sonrío sin abrir los ojos.

—¡Y que lo digas! ¡Es guapísimo! —contesta Bianca.

—¿Y qué más da que sea nuestro profesor? Éste no se me escapa, seguro; olvidaos de él, que lo quiero para mí sola. ¡Menudo polvazo tiene!

Abro los ojos de repente y miro a Adriana. ¡Zorrona!, y además de verdad. Desde que a los catorce años perdió la virginidad, se ha acostado con cada tío que se le ha puesto a tiro, pero decido callarme y no entrar al trapo. Que diga lo que quiera; si ella supiera que ayer casi me lo ligo... y entonces todo desaparece de mi campo de visión para centrarme en él, que está junto a Lucía, nuestra profesora de alemán, haciendo la guardia del patio. ¿Cómo que tierra, trágame? Lo retiro, más bien ¡tierra, elévame hasta tirarme encima de él!

¡Señor mío Jesucristo! Pero ¿de dónde ha salido un monumento así? Abro la boca desmesuradamente, cerrándola luego de golpe por miedo a que se me desencaje la mandíbula, mientras mis ojos inician un lento recorrido por su increíble cuerpo; de espalda ancha y cintura estrecha, es su trasero lo que capta toda mi atención, y aprieto las manos imaginando que las tengo sobre él, deseándolo con todas mis fuerzas y boqueando como un pez... cuando de repente se vuelve y me pilla de pleno.

Debería apartar la mirada, sí... posiblemente debería hacerlo, sólo un poco más y lo hago...

«¡¡¡Deja de mirarlo ya!!!», me ordeno, pero una cosa es lo que debería hacer y otra cosa lo que mi cuerpo revolucionado desea y, durante unos instantes, me deshago en sus ojos deseando fundirme entre sus brazos... pero entonces, tensando su cuerpo, deja de mirarme para centrarse en lo que Lucía, que va colgada de su brazo, le está contando.

¡Madre del amor hermoso! «¿Voy a sentirme así cada vez que me mire?», me pregunto con la respiración agitada mientras oigo de fondo a mis amigas todavía hablando de él.

—Voy a por un café, ¿alguna quiere algo? —pregunto como si no acabara de tener un orgasmo visual. Necesito alejarme de él cuanto antes y centrarme de una puñetera vez.

—A Roberto, desnudo en mi cama —suelta Adriana tan tranquila—, para follármelo y requetefollármelo sin parar.

—Joder, Adriana... pero ¿tú no estás con Mario? ¿Qué quieres hacer, un trío o qué? —le pregunto enfadada.

—Pues, ahora que lo dices, no estaría nada mal.

—Mira que eres perra... —le escupo sin poder evitarlo.

—Tú lo que necesitas es echar un buen polvo de una vez, que falta te hace.

—Qué sabrás tú —musito marchándome.

Siento latigazos de calor a lo largo de toda la espalda expandiéndose por mi cuerpo, tensándolo, y noto su mirada fija en mí. Mi parte tímida e inexperta me pide que salga corriendo a esconderme debajo de la primera piedra que encuentre, mientras que una vocecilla, la que va vestida de demonio con un traje de cuero rojo, me grita que me vuelva y le guiñe un ojo, que lo provoque y no deje de hacerlo hasta tener su lengua enredada con la mía y su cuerpo aprisionando el mío, pero la triste realidad es que soy más de echar a correr; soy una pava, eso es lo que soy, una pava inexperta que no sabe cómo afrontar este tipo de situaciones. De todas formas, él es mi profesor y hacer eso sería meternos a ambos en serios problemas, así que... mejor si me mantengo alejada de él y pongo fin a tanta miradita que no lleva a ningún sitio.

Llego a la cafetería y, tras hacer la cola pertinente, me pido un café. Luego no regreso con mis amigas; me saturan, sobre todo Adriana. Cada vez me siento más alejada de ellas y más cercana a Javier y sus amigos, así que salgo fuera del edificio y, apoyada en la pared y con el sol calentando mi cuerpo, me tomo el café en silencio, mirando al frente sin dejar de pensar en él. Tengo esos ojos verdes grabados a fuego en mi mente.

—¿Qué hace aquí sola?

Esa voz... mi corazón deja de latir momentáneamente mientras vuelvo despacio la cabeza y mis ojos se encuentran con esa mirada tan increíble en la que me perdería para siempre.

—Está a punto de finalizar el tiempo de descanso —señalo como única explicación, intentando que mi voz suene lo más firme posible y, sobre todo, procurando no sonrojarme, algo en lo que fracaso estrepitosamente, pues siento mi cara arder hasta límites vergonzosos.

—Necesito hablar con usted a solas; venga directamente a mi despacho cuando terminen las clases —me ordena con autoridad.

Oigo de fondo la campana que marca el final del descanso y veo cómo mis compañeras comienzan a entrar en el edificio, pero yo sólo puedo verlo y oírlo claramente a él; está esperando una contestación y me obligo a centrarme y responder.

—No sé si podré —farfullo sin poder creerme lo que le he dicho. Bueno, sí, sí lo sé: la verdad es que me aterroriza estar a solas con él y su intensidad; además, no quiero escuchar nada de lo que tenga que decirme: si es sobre lo de ayer, sobran las palabras, y si es sobre la prueba de hoy, aún sobran más.

—No se lo estoy pidiendo —me replica mirándome con determinación y ocupando por completo todo mi campo visual con su cuerpo.

—Lo intentaré —susurro bajando la mirada, ruborizándome todavía más si eso es posible.

—Lo hará, si quiere entrar mañana en clase —sentencia con autoridad, fulminándome con la mirada.

Sin esperar una respuesta por mi parte y dando por sentado que iré, se encamina hacia el edificio principal, dejándome hecha un flan, apoyada en la pared.

—Tíaaa, ¿estabas hablando con Roberto? —me demanda Teresa llegando hasta mí.

—Sí, y no digas nada.

—¿Qué quería? —me pregunta, haciéndome a un lado para que nadie pueda oírnos.

—Hablar conmigo cuando terminen las clases —le anuncio con todo mi apuro reflejado en mi rostro.

—¿Para qué?

—Joder, Teresa, ¿tú qué crees? Habrá corregido las pruebas y habrá flipado con la mía; dime que tú tampoco sabías hacer ningún ejercicio —le pido suplicante, incapaz de contarle lo de ayer, sin saber cuál de las dos situaciones es peor.

—¡Neni! ¿No has hecho ninguno? —me pregunta con lástima. Ella, al igual que todas mis amigas, sabe el problema que tengo con las mates.

—He hecho unos cuantos, pero mal; me daba vergüenza dejarlos todos en blanco... ¡Joder, Teresa!, y, ahora, ¿qué hago?

—No te preocupes, neni, ya verás como no pasa nada.

—Claro... anda, vamos —digo suspirando.

Las siguientes horas resultan una tortura, pero pasan más rápido de lo que me gustaría, mientras en mi cabeza no dejo de imaginar posibles situaciones y reproducir conversaciones entre ambos que seguro que no van a producirse, y entonces suena la temida campana que indica el final de las clases por hoy.

Salgo del aula nerviosa como pocas veces lo he estado en mi vida, temerosa de verme a solas con él, deseando que le haya surgido una reunión de última hora o que un terremoto sacuda el colegio para poder evitarme este momento tan bochornoso, pero... mi gozo en un pozo, porque ante mí tengo la placa que indica que he llegado a su despacho... «Roberto Arribas». Llamo y, con el corazón desbocado y amenazando con salirse por mi garganta, espero a que me autorice a entrar.

—Adelante.

Suspiro resignada y abro la puerta lentamente hasta encontrarme con su mirada. Está sentado detrás de su mesa; me impone verlo y me quedo de pie en medio de su despacho, en silencio.

—Siéntese, Olivia —me ordena con seriedad—. ¿Podría explicarme esto, por favor? —me pregunta cogiendo mi prueba y poniéndola frente a mí.

Me sostiene la mirada, evitando que desvíe la mía, y olvido todas las excusas que he ido pensando durante estas últimas horas, manteniéndome en silencio, incapaz de decir nada y, despacio, bajo la vista hasta mi prueba, viendo de nuevo los números bailar frente a mí. Para mayor humillación, sé que en estos momentos no sabría hacer una simple resta llevando.

—¿Está tomándome el pelo o es la forma que tiene de llamar la atención? —me pregunta con dureza ante mi absoluto silencio.

—Es lo que hay —respondo encogiéndome de hombros sin saber qué añadir.

—¿Es lo que hay? ¿Es lo único que piensa decir? —replica enfurecido por mi respuesta.

Lo miro suspirando; sé que no va a dejarlo pasar y decido sincerarme.

—No entiendo las mates, son superiores a mí; me bloqueo y no sé por dónde cogerlas.

—Pero los ejercicios que les he puesto son de 4.o de ESO y apenas ha resuelto unos cuantos... mal hechos, por cierto. ¿Puede decirme cómo pudo aprobar las matemáticas? —plantea con incredulidad.

—Eso tendría que preguntárselo a mis anteriores profesores —murmuro. No pienso decirle lo que pienso, que lo deduzca él solito si quiere.

—No voy a aprobarla si no lo merece; yo no regalo notas —masculla entre dientes.

—Nunca he pedido que lo hicieran —respondo con firmeza, alzando el mentón con orgullo.

—Pues búsquese clases de refuerzo o lo que quiera, porque, así, no va a poder seguir mi ritmo —me contesta con la misma firmeza con la que yo le estoy hablado.

—He perdido la cuenta de las veces que he ido a clases de refuerzo, pero nadie ha logrado que pueda entender su asignatura —susurro desinflándome.

—Entonces, ¿por qué ha elegido la opción de ciencias? —me demanda sin entender nada, con el ceño fruncido.

Eso mismo me pregunto yo, qué puñetas hago aquí, pero omito el comentario. ¿Qué voy a decirle? ¿Que no tengo ni voz ni voto en algo tan importante como es mi futuro?

Nos miramos en silencio; él, pensativo, como si estuviera sopesando una idea, y yo, incómoda, sin saber muy bien qué hacer o decir para no fastidiarla más.

—¿Y si le diera yo clases? Tendría que hablar antes con la directora y con sus padres para que me dieran su autorización, pero... si lo hacen... ¿vendría?

—Claro... —digo titubeante. ¡Clases particulares con él! ¡Los dos solos! ¡Ay, Señor, que me da algo!

—Espere un momento, la directora está libre ahora. Regreso en un minuto.

Sale de su despacho y me deja sola, momento que aprovecho para mirarlo todo con curiosidad. Sobre una silla está su maletín, pero, a excepción de eso, no hay nada personal: ninguna foto ni nada que pueda darme una idea de si tiene o no pareja.

Vuelve a entrar y se sienta de nuevo frente a mí, mirándome con determinación. Me intimida la fuerza y decisión que desprende su mirada, y me ruborizo otra vez, para humillación mía.

—He hablado con la directora y le parece bien mi propuesta. Vendría todos los días a las ocho y trabajaríamos hasta las nueve. Voy a valorar hacerle una adaptación curricular; no es algo habitual en bachiller, pero, si está en el nivel de la ESO, deberá seguir trabajando ahí hasta que sea capaz de seguir el ritmo de la clase.

»Le prepararé una autorización para que la firmen sus padres. En caso de que no lo acepten, quiero hablar con ellos; es importante que busque ayuda si quiere aprobar, porque no pienso aprobarla si no lo merece.

Mis padres, dice... con lo ocupados que están, van a perder el tiempo hablando con él... pero, antes de poder contestarle, llaman a la puerta y entra Lucía, mi profesora.

—¡Hola, Roberto! ¿Comemos juntos? —le pregunta en alemán sin ni siquiera mirarme.

—Estoy ocupado, otro día —le contesta también en alemán. «¡Vaya, qué tío más completo!», pienso alucinada, mirándolo con la boca abierta y cerrándola en el acto.

—¿Cenamos, pues? Tengo muchas cosas que contarte —insiste con dulzura haciéndole morritos.

—No me gusta oír conversaciones privadas y hablo alemán igual o mejor que ustedes, así que, si no quieren que me entere de lo que no debo, esperen a que me marche —suelto en

perfecto alemán, en una salida de tono completamente inapropiada, enfadada y celosa como nunca había estado en mi vida. ¿Sale con ella? No puedo creerlo...

Mi profesora me mira sin dar crédito; mi pronunciación es perfecta y, por cierto, mucho mejor que la suya. Además, los he puesto a los dos en evidencia, pero me da igual; en estos momentos son los celos los que hablan por mí.

—¿Es usted alumna mía? —me pregunta en español achinando los ojos.

—Olivia Sánchez, primer curso, clase B —respondo con altivez, recordándome un poco a mi madre y asqueándome al instante; por nada del mundo quiero parecerme a ella.

—No se exceda, Olivia —me reprende fríamente Roberto—. Aquí tiene la autorización; puede irse y, recuerde, mañana antes de entrar en clase quiero saber la respuesta.

—Hasta mañana —me despido, cogiéndole la autorización de un tirón.

Salgo del despacho furiosa, sin mirarlos ni a él ni a Lucía. Pero ¿qué me pasa? «Desde luego, alguien debería darme un par de bofetones bien dados para hacerme entrar en razón —me fustigo mientras salgo del colegio como una bala—. Soy una niñata; un par de miraditas y voy y me creo... ¡Niñata! Eso es lo que soy, ¡una niñata!», me reprendo parando un taxi y subiéndome en él. Ahora sí que no voy a ser capaz de mirarlo. ¡Tierraaa, trágame!

Capítulo 6

Cojo mi móvil y veo que tengo dos mensajes de Teresa. Seguro que está muriéndose de curiosidad. «¡Qué cotilla es la pobre!», pienso sonriendo mientras marco su número.

—Cuéntame, neni —me pide emocionada—. ¿Qué quería el Bombonazo?

—¿Bombonazo? ¿Ahora lo llamáis así? —pregunto riendo.

—Cosas de Adriana, pero es verdad, está para comérselo enterito.

—¡Teresa!

—¿Quéee?

—Cállate, anda.

—Neni, que no quieras decirlo no quiere decir que no lo pienses —insiste riéndose—, y haz el favor de contármelo todo, que no sabes cómo está sufriendo mi vena cotilla.

—¿No podías esperar hasta mañana, verdad? —le pregunto alargándole la agonía.

—¿Y para qué quieres que espere? ¡Venga! ¡Suéltalo de una vez!

—Me ha dicho que él no regala ni vende notas y que, si quiero aprobar, que me espabile...y ahora viene lo fuerte...

—¿Quéee?

—Me ha propuesto darme clases particulares todos los días, de ocho a nueve. ¿Qué te parece?

—¡Nooo! ¿De verdad? ¡Ostras, Olivia, qué suerte tienes! ¡Eso es megagenial!

—No te pases; estará muy bueno y todo lo que quieras, pero, sólo con pensar que todos los días voy a tener una hora extra de mates, ya estoy acojonada... ¡y encima con él! ¿Cómo voy a concentrarme con semejante monumento al lado?

—¡Ay, pobrecita! Si te parece, te tendré lástima...

—Lo digo en serio, Teresa. No sabes lo mal que lo paso cuando me bloqueo, y temo bloquearme más al tenerlo a mi lado. ¡Es el doble de presión!

—Déjate de bobadas, neni, y disfruta de las vistas —contesta riéndose.

—Las vistas son impresionantes, eso no te lo discuto. —Me río con ella, liberando toda la presión que siento—. De todas formas, necesito la autorización de mis padres.

—Te la darán con tal de que apruebes.

—Eso pienso, ya te contaré mañana. ¡Chao!

—Hasta mañana, neni. ¡Chaooo!

Llego a mi casa y, para variar, mis padres no están. Juana me ha preparado la comida y como sin apetito mientras me hace compañía sin dejar de charlar conmigo, pero me cuesta seguir el hilo de la conversación, pues mis pensamientos los ocupa él por completo. «Para una vez que me gusta un tío, tenía que ser mi profesor...», me digo sin dejar de marear la comida, incapaz de tragar, y finalmente desisto. Tengo deberes y no se me ocurre una forma mejor de olvidarme de

él que estudiando, y funciona... hasta que llego a las mates. ¡Arggg! Si es que no sé por dónde cogerlas y, al final, me rindo. ¡La que le espera conmigo!; ya puede esforzarse si pretende hacerle entender a mi cerebro de mosquito todo esto.

Veo que, en el grupo del WhatsApp, Montse está proponiendo ir al Bora a tomar algo y me apunto en el acto, así que salgo disparada de mi casa dispuesta a reírme y pasar un buen rato.

Llego y veo a Javier, Montse, Clara y Toni sentados en la terraza, y los saludo feliz y ansiosa por hablarles de mi nuevo colegio y, sobre todo, de él. Ellos, a excepción de Javier, que va a un colegio privado como yo, estudian juntos en un instituto público... y, a pesar de que en un principio me moría por ir, ahora no lo cambiaría por nada del mundo.

—Te encantaría, Olivia, ¡es una pasada! —me dice emocionada Montse mientras no deja de contarme maravillas de sus nuevos compañeros y profesores.

—No más que mi profesor de mates, ése sí es una pasada —contesto riendo.

—¿Está bueno?

—Clara, fliparías. En serio, ¡está buenísimo!

—Olivia, es tu profesor. No te compliques, ¿vale? —me advierte Javier, como siempre tan responsable.

—Ya sé que es mi profesor, pero, que yo sepa, mirar no está prohibido. ¡Para eso están los ojos! Además, ¿tú siempre haces lo correcto?

Veo cómo cruza una mirada con Toni y me responde con seriedad.

—Siguiendo mi código de conducta, sí, aunque no coincida con el del resto.

—Me resulta difícil seguirte cuando te empeñas en hablar en clave —me quejo cruzándome de brazos—. Oye, ¿estás intentando decirme algo?

—No —responde con rotundidad.

—Muy bien.

—No te enfades.

—¿Por qué habría de hacerlo? —contesto ya enfadada, retándolo con la mirada.

Clara intenta relajar el ambiente hablándonos de un chico que conoció hace unos días y con el que ha empezado a salir, pero yo ya no estoy de humor. No entiendo por qué no confía en mí, cuando yo me he abierto a él desde el principio. Después de una hora con ellos, me levanto dispuesta a irme.

—¿Te marchas ya? —me pregunta Montse.

—Sí, tengo que hablar con mis padres. Además, se está haciendo tarde. ¡Nos vemos! —me despido evitando mirar a Javier.

Tras subirme a un taxi, me marcho a mi casa con una mala sensación. Está claro que algo le preocupa y no entiendo por qué no confía en mí. De todas formas, yo también tengo mis problemas y pronto me olvido de él para pensar en Roberto y en su propuesta. Necesito hablar con mis padres y que acepten su oferta, pero, cuando llego, aún no han hecho acto de presencia y decido llamarlos.

—Dime, Olivia —me responde mi madre sin un ápice de emoción en la voz.

—Mamá, ¿vais a venir a cenar?

—No. Hemos tenido un día muy ajetreado y tu padre me ha invitado a tomar algo, que te prepare algo Juana.

—Mamá, necesito que me firmes una autorización.

—Una autorización, ¿para qué? —pregunta con desconfianza.

—Ya sabes que se me dan fatal las mates y hoy nuestro nuevo profesor nos ha hecho una

prueba para ver el nivel en el que estábamos... y me ha salido bastante mal. No cree que pueda seguir el ritmo de la clase y se ha ofrecido a darme clases particulares en el colegio, eso o buscarme otro profe por mi cuenta, pero me ha recalcado que él no regala ni vende notas. —Es importante que mi madre tenga claro que a él no va a poder comprarlo.

—¡Será insolente! Pero ¿quién se cree que es insinuando eso? —me plantea ofendida.

Suspiro. ¡Como si no nos conociéramos! Estoy segura de que no aprobé por mí misma, pero prefiero callarme.

—Mamá, por favor, necesito esas clases. Estoy harta de ir tan perdida con las mates y, si voy a tener que estar en ciencias, más me vale empezar a enterarme... ¿Firmarás la autorización? —pregunto cruzando los dedos.

—Déjala sobre el mueble de la entrada; te la firmaré cuando llegue.

—Gracias, mamá. —Cuelgo y suelto todo el aire que había estado conteniendo.

La odio. Se ofende con Roberto por preocuparse por mi formación y ella, en cambio, no ha tenido un momento en todo el día para llamarme y preguntarme qué tal mi nuevo colegio, ni siquiera ahora se ha dignado hacerlo. Toda mi vida le es completamente indiferente; nunca se ha preocupado por mí, y lágrimas de rabia e impotencia se deslizan por mis mejillas.

No quiero pensar más, me acuesto y sueño otra vez...

Nos levantamos al amanecer y nos vestimos en silencio. No me importa madrugar, pues estoy acostumbrada a hacerlo, y estoy deseando que Dolores me pida que sirva el desayuno para volver a verlo. Desde ayer, no he podido olvidarlo: sus ojos, su cara, su sonrisa, su voz... Sé que no debería fijarme en él; es el señorito y yo sólo una criada que no tiene dónde caerse muerta, pero, aun así, no puedo evitar desearlo.

La casa está en silencio a excepción de la cocina, donde hay bastante ajetreo a pesar de lo temprano que es. El hogar está encendido y veo a María amasar el pan mientras Luisa prepara mermelada de fresa.

—Buenos días. ¿Podemos ayudaros? —pregunto solicita.

—Las ordenes aquí las da Dolores, pero, mientras llega, amasad vosotras el pan y yo podré hacer los bollos, vamos muy retrasadas hoy —me contesta María con frialdad.

—Buenos días. —Oigo a mi espalda la voz de Dolores y la sangre se hiela en mi interior, paralizándome momentáneamente.

—Buenos días —contestamos todas al unísono, mientras suena una campana.

—Tú —me dice señalándome con el dedo—, deja eso. ¿Has oído el sonido de esa campana? Proviene de la habitación de la señora, fíjate en esa pared. —Veo que en un lateral hay varios números y la campana que suena es la que lleva el número cuatro—. Cada vez que suene, irás a ver qué se le ofrece. Ahora, coge unos cuantos limones y córtalos por la mitad.

Cojo tres; no sé si son muchos o pocos, ni para qué los quiere, pero no dice nada y doy por hecho que son suficientes y, mientras voy cortándolos, la observo de reojo. Lleva el pelo blanco recogido en un moño bajo como nosotras, pero su uniforme, a diferencia del nuestro, es un vestido negro sin cofia ni guantes ni mandil.

—Date prisa, niña, no puedes echar toda la mañana en ese menester. Ponlos en la bandeja que tienes a tu derecha y sígueme.

Sin darme opción a réplica, sale de la cocina con la espalda tan erguida y unos aires tan de señorona que ni la mismísima reina podría igualarla. Me afano en poner los limones en la

bandeja y darle alcance, pero camino unos pasos por detrás de los suyos; me da miedo y no quiero ir a su lado.

—Todas las mañanas ayudarás en la cocina hasta que se levante la señora. Tú serás la encargada de atenderla: le llevarás los limones, la peinarás, la ayudarás a vestirse y limpiarás su habitación. No quiero ver ni una mota de polvo sobre los muebles; también pondrás diariamente flores frescas en su dormitorio. ¿Lo tienes claro? —me pregunta sin ni siquiera volverse para mirarme—. Luego limpiarás la habitación del señor y, finalmente, la del señorito. Nunca olvides que eres una criada, así que mucho cuidado con propasarte. Recuerda que te quiero sorda, ciega y muda, ¿me oyes? —me demanda, y esta vez sí se vuelve para clavar sus ojos grises y avispados en los míos. Esos ojos... hay tanta frialdad y ¿maldad? en ellos...

—Claro —susurro bajando la mirada, evitando que vea lo ruborizada que estoy con tan sólo pensar que tengo que limpiar la habitación del señorito.

Mientras me ha ido soltando la retahíla de todo lo que tengo que hacer, hemos llegado al primer piso a través de la escalera de servicio; aquí están las habitaciones de los señores y del señorito, y ahora nos encontramos frente a la de la señora. Dolores llama a la puerta y, cuando nos da paso, accedemos a su habitación. ¡Dios mío de mi alma!

Entramos en un pequeño gabinete de paredes doradas y cortinas de encaje blanco, presidido por una chimenea de mármol sobre la que cuelga un ornamentado espejo y, enfrente de la misma, un mullido sofá que invita a sentarse relajadamente para mirar por la ventana al calor del fuego. Sobre la elegante mesa que hay delante del mismo, descansa un libro abierto y, a su lado, un juego de café de plata.

Desde allí accedemos, a través de una doble puerta, al dormitorio de la señora, donde una enorme cama con dosel de madera muy trabajada capta toda mi atención. ¡Qué maravilla poder dormir ahí! Enfrente, un precioso tocador sobre el que hay colocadas las polveras, los frasquitos de esencia, los peines de concha, las horquillas y peinetas de la señora y, a su lado, un increíble biombo. Las cortinas, los tapices, las pinturas... todo me deja sin aliento y, de nuevo, pienso en lo felices que deben de ser viviendo así, sin carencias, sin hambre, sin frío, y rodeados de toda clase de lujos.

—Buenos días, señora. ¿Cómo ha descansado esta noche? —pregunta dulcemente Dolores... ¿Y esa dulzura? ¿Dónde la tenía escondida? Porque mira que es seca con nosotras...

—¡Ay, Dolores! Hoy me he levantado con el alma en los pies —contesta quejosa—. Esta jovencita, si no me equivoco, es nueva en la casa. ¿Cómo te llamas, niña? —me pregunta mirándome fijamente. Está sentada en medio de la cama y su camisón es más lujoso que todo lo que yo pueda tener.

—Marcela, señora, para servir a Dios y a usted —contesto mirando al suelo con el cuenco de limones todavía entre mis manos.

—Deja los limones sobre el tocador y acércale la bata a la señora; la tienes en el biombo. ¡Venga, date prisa, niña! —me apremia Dolores.

Cojo la bata y la acaricio disimuladamente; no entiendo de telas, pero ésta es tan suave y elegante que se desliza con delicadeza entre mis dedos. Está llena de lazos y encajes, es preciosa. Si viste así para dormir, ¿cómo lo hará cuando salga de paseo?

—Ayúdame a ponérmela, niña. Dolores, prepara la habitación de mi hija Beatriz. Vendrá a quedarse unos días con nosotros hasta que su marido regrese de viaje. No quiero que esté sola en esa casa con el embarazo tan avanzado.

—¡Qué alegría tener a la señorita de nuevo aquí! ¿A qué hora llegará? —pregunta con voz

melosa.

—Supongo que por la tarde. Voy a preparar una cena en su honor, así que quiero que lo dispongas todo como es debido. He invitado también a cenar a los marqueses de Alcaraz y a su hija, la señorita Cayetana. ¿Te acuerdas de ella, verdad? Es muy amiga de Beatriz; a ver si Juanito se anima de una vez y la corteja.

A pesar de todas las indicaciones de Dolores sobre estar ciega, sorda y muda, tengo todos los sentidos puestos en esta conversación, pues necesito saberlo todo sobre Juan, mientras observo cómo la señora se sienta en el tocador y empieza a frotarse los codos con los limones. ¿Para qué hace eso?

—¡Niña! Peina a la señora.

El «¡niña!» me hace reaccionar de inmediato. ¿Se supone que debo hacerle el pelo? Porque, exceptuando moños bajos y trenzas, poco más sé hacer; para trabajar en el campo no se precisa de más.

—Recógele el pelo, ¡y esmérate! Vamos a ver de qué eres capaz —me dice Dolores achinando maliciosamente los ojos, como si hubiera leído mis pensamientos.

Estoy por decirle que no sé hacerlo, pero me muerdo la lengua, no vaya a ser que me despida. Además, de pequeñita me gustaba peinar a mis hermanas y se me daba bien, así que algo bueno saldrá de todo esto. Por añadidura, quiero quedarme y oír más de esta conversación, necesito saberlo todo sobre él.

—Dolores, quiero que sientes a la señorita Cayetana junto a Juanito, a ver si, dándole un empujoncito, conseguimos que siente la cabeza. Estoy harta de sus amoríos y a esta niña siempre le ha hecho gracia mi hijo.

—No se preocupe de nada, señora, lo dispondré todo como desea. ¿Qué quiere que preparemos para la ocasión?

—Había pensado, de primero, una sopa con verduras, yemas e higadillos; luego un plato de pescado, merluza si puedes encontrarla en el mercado, y, para terminar, ternera con patatas. De postre, natillas, que le gustan mucho a Beatriz.

—¿Y el café? ¿Dónde desea que se sirva?

—En la salita, así podremos hacer un poco de tertulia.

Oigo de fondo la conversación de la señora mientras me afano en su peinado y los celos me consumen. ¿Por qué tiene que emparejarlo? Como si él no fuera suficientemente adulto como para elegir a su pareja... que nunca sería yo, por supuesto, me recuerda mi parte sensata, devolviéndome de golpe a la realidad.

—Pero ¡qué maña tienes, niña! De ahora en adelante, quiero que me peines tú —me comenta mirándose coquetamente en el espejo desde todos los ángulos cuando lo doy por finalizado—. Y, ahora, ayúdame a vestirme.

Desde que he oído a la señora comentar sus planes casamenteros, ardo de celos; yo misma estoy asombrada por mi reacción. ¿Quién soy yo para juzgar a nadie? «Una simple criada», me digo, así que, en medio de una tormenta de sentimientos encontrados, empiezo a vestirla siguiendo las indicaciones de Dolores, pues me pierdo entre tanta tela y encaje, y, cuando termino, el resultado es espectacular, aunque el remate final son las joyas. ¡Menudos pedruscos!, deben de pesar como losas.

—Está preciosa, señora —murmuro olvidando las órdenes de Dolores.

—Gracias, niña.

Y dejando una estela de perfume a su paso, veo en silencio cómo sale de la habitación

seguida por Dolores.

Capítulo 7

Suena el despertador y, como siempre cuando Marcela aparece, intento aferrarme al sueño; como ella, yo también quiero saber más. Todavía puedo oler el perfume de la señora, sentir el tacto del raso entre mis dedos y ahogarme con sus celos, tan similares a los que sentí yo misma ayer con Roberto y Lucía. Sus sentimientos y su historia empiezan a ser tan similares a la mía que me estremezco. «¿Es mi subconsciente o hay algo más?», me pregunto mientras me meto en la ducha.

Llego a la cocina para tomar el desayuno y sólo está Juana.

—Buenos días, Juana —la saludo sonriendo.

—Buenos días, bonita. Siéntese, que le pongo el desayuno en dos minutos.

—¿Y mis padres?

—Su padre se marchó hace un rato y su madre acaba de hacerlo.

—Ayer no los vi —le confieso con tristeza.

—Pero, a mí, sí, ¿verdad?

—Sí —murmuro esforzándome para no llorar.

—Pues ya está; quien no está, no se encuentra. ¡Ale, a desayunar!

Sé que Juana no aprueba la relación que mis padres mantienen conmigo, pero ella nada puede hacer al respecto e intenta, a su manera, suplir su ausencia.

—Te quiero, Juana —musito con cariño.

—Y yo a usted, bonita, y ahora deje de decirme esas cosas, que sabe que soy de lágrima fácil.

Desayuno con Juana haciéndome compañía y, cuando acabo, me marcho al colegio con los nervios a flor de piel. «Es mi profesor, es mi profesor, sólo eso», me recuerdo, como también recuerdo mi salida de tono de ayer y me hundo en el asiento del taxi deseando desaparecer.

Llego pronto y me dirijo a su despacho; llamo y espero a que me autorice a entrar.

—Adelante —dice con voz firme.

—Aquí tiene la autorización —le anuncio con voz neutra llegando hasta su mesa e intentando no mirarlo directamente a los ojos, avergonzada a más no poder por el numerito que le monté ayer.

—Muy bien. Mañana la espero a las ocho en el aula de refuerzo.

No contesto y, dando media vuelta, me voy sintiendo de nuevo su mirada sobre mi cuerpo.

Las horas pasan lentamente entre una clase y otra y, por fin, suena la campana. Salimos al jardín y nos sentamos en el mismo banco de ayer. Voy riendo y bromeando con mis amigas, pero por el rabillo del ojo no dejo de buscarlo; a pesar de todas las veces que me he repetido que es mi profesor y que debo tratarlo como tal, me resulta imposible y mis ojos traicioneros lo buscan anhelantes... y al fin lo veo con Lucía. Hoy también le toca la guardia del patio. ¡Bien!

Verlo me acelera, me emociona, me excita; convierte el simple hecho de venir al colegio en

algo emocionante. Miles de sensaciones bullen dentro de mí, pero prefiero ser sensata y fingir que no lo he visto y continuar charlando con mis amigas, aunque me cuesta la vida hacerlo. Están hablando de ir el próximo sábado a cenar y al estreno de no sé qué película y, a pesar de que tengo claro que no voy a apuntarme, finjo interés mientras me freno continuamente para no buscarlo.

Finaliza el tiempo de descanso y nos dirigimos a clase; tenemos física y estoy impaciente por verlo. Además, espero que nos ponga una de esas pruebas que tanto le gustan, para demostrarle que no soy un caso perdido y que no me han regalado todas las notas. Cuando llegamos, Roberto ya está esperándonos y, a pesar de que me muero de ganas, evito mirarlo; temo encontrarme con esos ojos verdes que me calientan la sangre y me hacen desear locuras que no debo ni siquiera imaginar con él.

—Silencio, por favor —nos ordena con voz firme—. Al igual que hice ayer en clase de matemáticas, voy a entregarles una prueba de física para comprobar su nivel. Como les dije, no puntuará, pero sí me servirá para valorar el nivel de clase y evitarme futuras sorpresas.

¡Joder! Eso va por mí seguro, pero hoy no se llevará ninguna: a pesar de que no voy sobrada, me defiendo, y con eso me vale.

Se acerca a su mesa y vuelvo a tenerlo a escasos centímetros de mí. Me hierve la sangre y eso que no me he atrevido a mirarlo siquiera y, cuando me tiende las pruebas, centro mi mirada en sus manos y mi cabeza loca las imagina de repente recorriendo mi cuerpo, ¡madre mía! Pero ¿qué me pasa? Respiro profundamente, intentando alejar todos esos pensamientos calenturientos que, por supuesto, no debería tener, y tiendo a mi compañera el resto de pruebas para centrarme en la mía. ¡Bien!, esto sí sé hacerlo. Empiezo con el primero y, uno a uno, voy resolviéndolos todos; puede que no estén perfectos, pero por lo menos no es el desastre de ayer.

Cuando acabo, miro a mis compañeras. Muchas han terminado como yo, pero otras todavía están trabajando y dirijo mi mirada hacia él. ¿Qué tiene que me atrae de esa forma? Está concentrado corrigiendo algo y alucino con lo guapísimo que es. ¿Qué hubiera pasado si en el restaurante me hubiera pedido que me quedara? Alejo rápidamente esos pensamientos, qué más da... no lo hizo y fue lo mejor que pudo pasar; de lo contrario, ahora estaríamos en una situación bastante complicada.

—Vayan terminando.

Lo ha dicho sin levantar la mirada del papel; no puedo apartar mis ojos de él y de sus manos, y pienso en cómo me gustaría ser ese boli para sentirlas envolviendo mi cuerpo. ¡La madre que me parió!

Mi compañera me entrega las pruebas de todas las de mi fila y se las doy junto con la mía, y esta vez es él quien evita mirarme, decepcionándome... pero ¿es lo mejor, no? Además, seguramente me lo estoy imaginando todo y mira así a todas las chicas; con lo guapo que es, seguro que tiene a todas las mujeres que quiera tras él y no va a complicarse la vida con una colegiala.

Acaba la clase y nos toca mates. Definitivamente, los martes van a ser mi día preferido de la semana, ¡dos horitas seguidas con él!

Sacamos el libro y empieza a explicar. Tiene una forma de hacerlo tan simple, sin palabras rebuscadas ni explicaciones complicadas, que me sorprendo al darme cuenta de que estoy completamente embelesada y atenta a cada una de sus palabras y, a pesar de que no entiendo nada, en boca de él todo cobra un sentido y un orden. ¡Joder, es la caña!

Saca a Teresa a la pizarra. La noto nerviosa, pero Roberto está tan relajado y transmite tanta

tranquilidad que Teresa resuelve perfectamente el ejercicio. La sigue Bianca y, después, Nuria, y todas terminan riendo con sus comentarios. Las envidio, yo también quiero salir a la pizarra y que bromee conmigo; creo que es un sentimiento compartido por toda la clase. Nos tiene a todas comiendo de la palma de su mano, pero sólo yo lo tendré para mí solita todas las mañanas. ¡Estoy impaciente por que llegue mañana!

—Tíaaa, ¡qué majo es! —me dice en un susurro Teresa cuando Roberto se marcha—. Me muero de envida cada vez que pienso que todas las mañanas vas a estar con él.

—Ya lo sé, yo estaba pensando lo mismo. ¡Teresa, creo que por primera vez voy a entender las mates! ¿Has visto qué bien explica?

—¿Y tú has visto lo bueno que está? ¡Está como un queso!

—¿Crees que estoy ciega? Pero no tengo una cita, va a darme clases —le recalco, aprovechando para recordármelo a mí misma.

—Da igual, te envidio muchísimo.

—Lo sé, yo también lo haría —afirmo acompañando el comentario con una carcajada.

Paso el resto del día pensando en él y, al igual que ayer, me acerco un rato al Bora con mis amigos; la excepción es que hoy sí ceno con mis padres, pero es una cena en la que ellos hablan de su trabajo y de lo megageniales que son, y yo me limito a escucharlos y a darme prisa en terminar para poder levantarme e irme a mi habitación.

—Papá, mamá, si os parece bien, voy a acostarme; mañana empiezo las clases antes y tendré que madrugar.

—Me lo contó tu madre ayer. Espero que esta vez saques provecho; ya va siendo hora de que espabiles, Olivia. Las matemáticas son fundamentales y necesitas una buena media para poder acceder a una carrera de ingeniería.

«¿Cómo?, ¿este hombre qué se ha fumado?», me pregunto mirándolo con los ojos abiertos como platos.

—Papá, no voy a hacer ingeniería, de ningún tipo —sentencio con los pelos como escarpias. ¿Ya han elegido la carrera que debo estudiar sin ni siquiera consultarme?

—¿Preferirías Derecho o Ciencias Políticas? —remata mi madre—. Tienes tiempo para pensarlo.

—Ninguna de esas. ¡Venga, mamá! No me digas que también vais a decirme en qué he de trabajar en el futuro.

—¿Y en qué habías pensado? —pregunta mi padre volcando toda su atención en mí.

La verdad es que nunca lo había meditado, pero de repente lo sé: quiero sentir lo mismo que sintió Marcela cuando ayudó a nacer al hijo de Manuela.

—Quiero ser matrona —digo con rotundidad.

Mis padres me miran flipando y, de pronto, ella estalla en una sonora carcajada.

Ahora la que la mira flipando soy yo; ni siquiera recuerdo la última vez que la vi reírse así.

—Mamá, no le veo la gracia, de verdad.

—Ay, Olivia, qué cosas tienes —me dice intentando recuperar la compostura.

—Voy a estudiar eso, id haciéndoos a la idea —asevero con firmeza, cada vez más segura de que eso es lo que quiero.

—Con nuestro dinero, no —replica mi padre con dureza.

—Entonces iré a la universidad pública —digo, retándolos por primera vez en toda mi vida.

Estoy metiendo la pata, pero me da igual. Además, tengo el dinero que me dejaron mis abuelos en herencia cuando murieron, una cantidad muy muy elevada de la que podré disponer a

la mayoría de edad.

—Mientras vivas en esta casa, acatarás nuestras órdenes —suelta mi madre fríamente.

—Claro que sí, mamá —contesto levantándome; prefiero dejarlo estar, no voy a empezar una guerra tan pronto, ya tendré tiempo—. Voy a acostarme. Buenas noches.

—Hablo en serio, Olivia: olvida esa tontería de ser matrona.

Yo ya estoy saliendo por la puerta. Me acuesto y sueño de nuevo...

Abro las ventanas para dejar que la brisa fresca de la mañana renueve el aire de la habitación de la señora y me pongo con lo mío. Hago la cama, limpio el polvo, cambio las flores y me llevo el juego de café a la cocina. ¡Qué maravilla poder vivir así! De la habitación de la señora paso a la del señor y, cuando termino, y con el corazón atronando furioso dentro de mí, accedo a la del señorito. Llamo antes de entrar para asegurarme de que no hay nadie, y me quedo clavada en medio de la habitación; es muy sobria, pero a la vez muy elegante, muy de hombre.

Mi mirada intenta abarcarlo todo. No he podido quitármelo de la cabeza desde ayer, sus ojos, su voz... y ahora estoy en su habitación, cerca de su cama. Dejándome llevar por mis deseos, cojo su almohada y la huelo... ¡humm!

—Seguro que no huele tan bien como tú. —Reconocería esa voz grave entre un millón, a pesar de haberla oído solamente una vez, y, con un movimiento brusco, alejo la almohada de mi cara.

—¿Se le ofrece algo al señorito? —susurro muerta de vergüenza y utilizándola como escudo.

—Por supuesto, pero no creo que estés dispuesta a dármelo. —Sonríe y me ruborizo. ¿De qué habla? ¿Qué necesita?

—Estoy aquí para servirlo, dígame qué precisa —murmuro con nerviosismo.

—Qué inocente y dulce eres; no me digas esas cosas, que puedo tomarte la palabra —susurra con voz profunda acercándose a mí—. ¿Sabes que eres muy bonita?

Entonces entiendo el significado de sus palabras y retrocedo sin dejar de mirarlo.

—Tranquila, no voy a hacerte nada, sólo necesito esto. —Acercándose peligrosamente a mí, coge un cuaderno de la mesita de noche—. ¿Ves, chiquilla? Sólo quería esto, tranquila. —Su mirada es tan cautivadora que me pierdo en sus ojos—. ¿Servirás hoy el desayuno?

—No lo sé —murmuro bajando la mirada, roja como la grana.

—Ojalá lo hagas. Buenos días. —Dicho esto, se da la vuelta y sale de su habitación, dejándome temblando y con miles de mariposas revoloteando en mi estómago.

Oigo de fondo el despertador, pero mi subconsciente intenta ignorarlo y continuar soñando. Quiero saber si Marcela va a servir el desayuno y qué pasará después entre ellos, pero el sonido de ese trasto es cada vez más potente y acabo despertándome por completo. ¡Nooo! Lo apago de un manotazo y me incorporo enfadada. Tengo todos los sentimientos de Marcela aún dentro de mí; he estado ahí... el olor de la almohada de Juan persiste en mis fosas nasales, al igual que la emoción, el temor y la fascinación que ha sentido Marcela. ¿Qué me está sucediendo? Cierro los ojos aferrándome a cada sentimiento, a cada momento vivido. ¿Estoy experimentando una vida paralela? ¿Es eso posible? Definitivamente, tengo que buscarlo en Internet.

—¡Señorita! ¡Dese prisa o llegará tarde! —me advierte Juana asomando la cabeza por la

puerta—. Recuerde que hoy empieza antes.

¡Claro! ¿Cómo he podido olvidarlo? Me levanto de un salto y me meto en la ducha. De repente estoy nerviosa por estar a solas con él y pronto olvido a Marcela y a Juan, para centrarme únicamente en lo que voy a vivir.

Me lavo el pelo y me lo seco complemente liso. Luego unto mi cuerpo con loción hidratante y me pongo mi colonia habitual, me encanta; es fresca y huele a limpio. Me visto y me dirijo a la cocina a desayunar, pero estoy tan nerviosa que soy incapaz de comer nada y a las siete cuarenta estoy en el taxi camino del colegio, con los nervios de punta.

Llego a las ocho menos cinco y me abre sor María.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, hija.

—Vengo a dar clases de refuerzo con don Roberto.

—Lo sé; la está esperando en el aula.

¿Yaaa? El corazón me late desbocado como un caballo salvaje y tengo la boca completamente seca. Me despido de sor María y camino hacia el aula de refuerzo con el cuerpo temblando. «¡Tranquilízate! ¡¡¡No es una cita!!!», me recuerda a gritos mi parte sensata. Inspiro y expiro, pero, antes de haber logrado mi objetivo, estoy delante de la puerta donde daremos clase y, tras hacer una respiración profunda, llamo y entro.

Lo veo apoyado sobre su mesa con los brazos cruzados y me quedo paralizada durante unos segundos que a mí se me hacen eternos... ¡Oh, Dios! ¡Madre del amor hermoso!

—La clase es aquí dentro —bromea sonriendo.

—Claro —murmuro avergonzada mientras camino directa a la mesa más próxima a la pizarra.

—No se siente, a la pizarra —me ordena poniéndose serio de nuevo.

¡Qué voz! Me gusta cuando me ordena cosas. Ojalá me ordenara que me quitara la ropa; de pronto siento calor y me obligo a dejar de pensar esas burradas y a centrarme en la clase. «Para eso estás aquí, monina», me recuerdo.

—Creo que usted y yo no hemos empezado demasiado bien, ¿verdad? ¿Le parece que lo olvidemos todo y empecemos de cero?

¿Qué quiere que olvide exactamente? ¿Cómo me devoró con la mirada en el restaurante, las miraditas en el colegio o mi salida de tono en su despacho? Pero sé que tiene razón, él es mi profesor y nada de todo eso es correcto.

—Claro, partamos de cero —murmuro en un intento fallido por sonreír.

—Muy bien. He estado pensando que, puestos a retroceder, vamos a ir al punto donde dejó de entender las matemáticas, así que voy a ponerle varios ejercicios, empezando por primero de ESO; no hay prisa, pero no quiero lagunas. ¿Le parece bien?

Asiento. Estoy triste y no tengo ganas de hablar, ¡qué decepción! No tenía una idea clara de lo que ocurriría entre nosotros en estas clases, pero que me pidiera que lo olvidáramos todo era lo último que hubiera esperado.

Comenzamos a trabajar y, como me ha dicho, retrocedemos a primero de ESO. Resuelvo todos los ejercicios bien y pasamos a segundo y a tercero, donde empiezo a trabarme.

—Bueno, ya lo tenemos. Vamos a empezar a trabajar desde aquí —me indica apoyándose otra vez en la mesa, cruzándose de brazos.

No quiero fijarme en ese cuerpo perfecto, ni en sus ojos, ni en sus labios, ni en su barba de un día... pero lo hago, lo hago, lo hago... continuamente.

—Voy a hacerle una adaptación curricular, por lo que, a partir de hoy, usted seguirá un ritmo diferente al de sus compañeras. Le daré ejercicios del tema en el que estemos trabajando y los hará durante las clases. No quiero que preste atención a mis explicaciones, porque necesito que avancemos al máximo para llegar cuanto antes al nivel de sus compañeras. ¿Le parece bien?

—Claro. —Le he oído medio de fondo, porque mi imaginación estaba siendo todo lo morbosa que no ha sido durante dieciséis años.

—Continuemos entonces.

Empieza con sus explicaciones y, tal y como hizo ayer, me deja alucinada por la capacidad que tiene para llegar a mi mente embotada... pero, aun así, cuando me pide que resuelva un problema que acaba de explicarme, me bloqueo de nuevo y no sé por dónde empezar. ¡Mierda!, pero si lo había entendido...

Miro el ejercicio y empiezo a ver bailar los números y, de repente, ya no tiene ni pies ni cabeza.

—Olivia, ¿qué pasa? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Me he bloqueado. Le prometo que lo había entendido cuando lo ha explicado, pero ahora... no sé por dónde cogerlo —confieso avergonzada.

—Le propongo un juego —sonríe y me mata—: usted resolverá la mitad del ejercicio y yo, la otra mitad, explicando cada paso que vayamos dando. ¿Qué le parece? ¿Juega?

—Empiece usted —le pido devolviéndole la sonrisa con timidez.

Tal y como me ha propuesto, comienza a desarrollar el ejercicio, explicando cada paso que va dando, haciendo que parezca pan comido. ¿Cómo no lo entendía?

—Le toca —me dice tendiéndome la tiza.

La cojo, nuestros dedos se rozan y se crea un momento electrizante entre ambos que él rompe de inmediato.

—Adelante, por favor —murmura con voz ronca.

Suspiro y miro cómo ha quedado el ejercicio; pienso cómo ha ido desarrollándolo paso a paso y, de repente, empieza a tener sentido en mi cabeza. Sigo su ejemplo, explicando cada paso que voy dando hasta finalizarlo. Lo miro y está sonriendo.

—Parece que mi juego funciona.

—¿Lo he hecho bien? —pregunto sorprendida.

—Sí, señorita.

Sonrío abiertamente por fin desde que he puesto un pie en esta clase. ¡Lo he hecho bien!

—Juguemos más —le pido, de pronto emocionada con las mates.

—Muy bien, pero, esta vez, empieza usted.

—Vale —contesto con seguridad.

Pone otro ejercicio en la pizarra y comienzo a desarrollarlo en voz alta, explicando igual que antes los pasos que voy dando.

—¿Juega usted sola? —me pregunta de repente con un brillo en la mirada que no sé descifrar —. Por mí, perfecto, también me gusta mirar.

Y de pronto mi mente encuentra un doble sentido a cada una de sus palabras; puede que lo esté imaginando todo, pero, aun así, decido seguirle el juego.

—Y a mí, que miren, pero de momento prefiero que juguemos los dos juntos. —¡Madre mía! ¿Qué me pasa? Me siento descarada y atrevida, pero, al fin y al cabo, estamos hablando de las mates, ¿no? Le tiendo la tiza, sonriendo—: le toca.

Me mira de nuevo de una forma que no entiendo, pero apenas dura un segundo y continúa

desarrollando el ejercicio hasta terminarlo.

—¿Bien? —le pregunto feliz.

—Más que bien; me parece que iremos más rápido de lo que creía. Son casi las nueve, nos vemos luego en clase.

—Se me ha pasado la hora volando —confieso—. Gracias por estas clases, Roberto.

—De nada. Dese prisa o llegará tarde.

Cojo mi mochila y salgo feliz hacia mi aula. ¡Durante esta hora el mundo ha desaparecido para ser las mates, él y yo únicamente! ¡Qué pasada!

Cuando entro en clase, Teresa está esperándome para hacerme un tercer grado. ¡Qué impaciente es!

—¿Cómo han ido esas clases? —me pregunta en un susurro.

—Genial; es una pasada cómo ha conseguido que entendiera un ejercicio en apenas unos minutos. ¡Todavía estoy flipada por haberlo terminado!

—¿Y él?

—Él, ¿qué?

—No sé... ¿Qué tal?

—Tía, que sólo me ha dado clase. ¿Qué esperabas? —murmuro rehuyendo su mirada y dirigiéndome hacia mi mesa.

—Algo más... no séee... más interesante.

—Joder, Teresa, es mi profesor.

Nos callamos cuando entra Lucía y suspiro. Desde que tuvimos ese pequeño desencuentro en el despacho de Roberto, me tiene entre ceja y ceja; por suerte, voy sobrada en su asignatura y no puede suspenderme.

Pasa la hora con una lentitud horrorosa y por fin suena la campana anunciando el cambio de clase. ¡Nos toca mates! ¡Hurra, hurra, bien!

Lo veo entrar por la puerta y contengo la respiración. ¡Madre mía! Babeo mirándolo y, como yo, toda la clase.

—Buenos días —nos saluda mientras se sienta y saca unos folios de su maletín—. Por favor, abran sus libros por la página diez.

Luego, mirándome, me dice en voz baja:

—Tenga, éstos son los ejercicios que quiero que haga durante esta hora. Si tiene alguna duda, hágame un gesto con la mano y, cuando pueda, me acercaré a solucionársela, ¿de acuerdo?

Que me hable así de bajito me pone, y mucho. Hasta ahora, nunca había sentido un interés especial por el sexo ni nadie había despertado esa necesidad en mí, pero, desde que lo conozco, me siento como un volcán a punto de entrar en erupción.

Cojo los folios que me tiende y los miro sin sentir el bloqueo habitual. Empiezo a resolverlos, pensando en cada paso que voy dando, como en el juego de esta mañana, y, cuando me doy cuenta, tengo casi la mitad hechos; estoy embalada y continúo completamente emocionada de saber por fin lo que estoy haciendo.

Todo son ejercicios similares a los de esta mañana y me viene de perlas para reforzarlos. Suena la campana y me queda uno para tenerlos todos listos, así que continúo mientras veo por el rabillo del ojo cómo mis amigas salen en tromba de la clase.

—Olivia, ¿no ha oído la campana?

Está apoyado en su mesa, a escasos centímetros de mí, pero no levanto la mirada. Estoy acabando y no quiero que me desconcentre. ¡Por fin! Cuando nuestras miradas se encuentran, me

pierdo un segundo en él.

—Perdone, Roberto, pero quería acabarlos; aquí tiene —digo levantándome y tendiéndoselos.

—No me ha preguntado nada, ¿no ha tenido ninguna duda?

—No —respondo sonriendo con satisfacción.

—Su prueba de física y química ha salido bien, y hoy me ha sorprendido lo pronto que ha entendido mis explicaciones. ¿Qué le pasó para bloquearse así?

—No lo sé, pero he tenido muchos profesores y nadie ha conseguido lo que usted en un solo día. ¿Sabe una cosa?, puede que incluso llegue a gustarme su asignatura —le digo guiñándole un ojo espontáneamente, ruborizándome en el acto por la intensidad de su mirada y tensándome de forma inconsciente. ¿Va a besarme? ¿Y si no sé hacerlo?

—Dese prisa o se perderá el tiempo del descanso —murmura con la mirada fija en mi boca.

—Claro, nos vemos mañana —susurro mirando la suya como abducida.

—Váyase —masculla dándose la vuelta para dirigirse a su mesa.

Temblando, salgo hacia el jardín en busca de mis amigas.

Paso el resto de la mañana entre clase y clase. Empiezan a complicarse las asignaturas y tengo que concentrarme al máximo, así que dedico la tarde a estudiar y, cuando al fin termino, me conecto a Internet: necesito saber todo lo que pueda sobre vidas paralelas. Este asunto de los sueños comienza a ser serio y devoro con ansia todo lo que aparece, intentando asimilarlo por completo, y, aunque en algunas cosas coincido, mi experiencia no es tan complicada. No creo que mi alma quiera acumular experiencias para crecer, ni creo que sea yo en una vida anterior... es algo diferente y, al final, saturada de tanta información, decido dejarlo y ponerme con algo más terrenal. Voy a enterarme de qué carrera tendré que elegir para ser matrona.

«¡¡¡Gracias, mamá!!!», pienso emocionada. El bachillerato de ciencias es el primer paso para acceder a la carrera de Enfermería. Ahora más que nunca tengo que esforzarme si quiero ayudar a traer vidas al mundo y sentir lo mismo que sintió Marcela, y estoy segura de que algún día lo conseguiré, sabré quién es y por qué sueño con ella.

Capítulo 8

Es jueves, casi ha finalizado la semana y ha pasado volando. Anoche no soñé con Marcela y la echo de menos; necesito saber más cosas sobre ella y Juan, pero hay algo más. Esta mañana, al despertar, lo he hecho sintiéndome querida, como si, mientras dormía, alguien hubiera cuidado de mí, y ese sentimiento, a pesar de estar despierta, persiste en mi interior. Necesito sentirme querida, necesito sentir que alguien se preocupa por mí aunque sea un tanto raro todo este asunto, y me aferro con fuerza a ese sentimiento.

Hoy tengo mi segunda clase con Roberto, pero, a diferencia de ayer, hoy no estoy nerviosa; más bien estoy impaciente y emocionada por verlo de nuevo y continuar con las mates, y a las ocho menos cinco estoy entrando en el aula de refuerzo.

Está sentado corrigiendo algo; levanta la vista y me mira, haciendo que por un instante mi mundo se detenga, pero, antes de que pueda decir nada, me obligo a caminar para quedarme de pie delante de él.

—Buenos días. ¿Comenzamos? —pregunto, soltando mi mochila, con una radiante sonrisa.

—Qué impaciente, me parece que le ha cogido el gusto a mi asignatura. —Sonríe relajadamente y lo hago con él. «A ti sí que te he cogido el gusto, ¡guapetón!», pienso, pero omito ese comentario.

—¿Ha corregido los ejercicios de ayer? —demando un poco nerviosa.

—Sí —me contesta sin dejar de sonreír, recostándose en su asiento.

—¿Y...?

Sonríe abiertamente y me deja sin aliento. ¡Ufff! Cuando sonríe así es aún más impresionante.

—Están perfectos, Olivia, enhorabuena. Le he preparado más ejercicios para casa; cuanto más trabaje, más reforzará los conceptos.

—Claro, por mí no hay problema. —Estoy tan coladita por él que le diría que sí hasta a tirarme en paracaídas.

—Muy bien, comencemos entonces —me propone levantándose de la silla y quedando a escasos centímetros de mí.

Empieza con las explicaciones tal como hizo ayer, pero hoy el tema se complica un poco más y su cercanía no ayuda demasiado a mi concentración.

—¿Jugamos? —me propone de nuevo, con ese brillo especial en la mirada.

—Claro.

—Pero, esta vez, el juego tiene penalizaciones.

—¿Ah, sí? —pregunto enarcando una ceja—. ¿Qué penalizaciones?

—Por cada ejercicio que resuelva mal, recibirá un castigo por mi parte; ya le diré en qué consiste.

—Eso no es justo, yo a usted no podré castigarlo.

Sonríe misteriosamente.

—Es verdad, sólo yo podré hacerlo. ¿Juega? —me pregunta retándome con la mirada.

—Juego —afirmo con rotundidad.

Me mira y siento otra vez esa corriente electrizante entre nosotros, excitándome y tensándome, pero de nuevo rehúye mi mirada y empieza con sus explicaciones con tal claridad y sencillez que rápidamente cobran sentido en mi cabeza.

—¿Lo ha entendido?

—Creo que sí.

—Muy bien, vamos a comprobarlo —me dice mientras empieza a ponerme ejercicios en la pizarra y mi mirada descarada se posa en su increíble trasero.

—Puesto que yo nunca podré castigarlo, seré yo la que elija si empiezo el juego o lo termino, ¿le parece bien? —pregunto subiendo mi mirada por su espalda y siguiendo el recorrido por sus fuertes brazos. «¡Humm!, ¡por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa!»

—Por supuesto... y, dígame, ¿qué elije para este primer problema? —me plantea, devolviéndome de golpe a la realidad.

—Empezar —murmuro mordiéndome el labio.

¿Por qué no es feíllo, antipático o huele mal? ¡No es justo que sea tan perfecto! ¿Cómo voy a concentrarme cuando tengo las hormonas a todo gas? Además, ¿dónde están mis miedos? Me estoy volviendo demasiado atrevida y continuamente olvido que es mi profesor y sólo está dándome clases. «¡¡¡Céntrate, maja!!!», me ordeno mirando el ejercicio que se supone que debo resolver en lugar de estar pensando todas estas burradas.

Por suerte la concentración reduce el estado de excitación de mi cuerpo, a pesar de sentirlo tan cerca de mí que, si me girara, nuestros cuerpos chocarían.

Comienzo a desarrollarlo en voz alta y, aunque tengo que detenerme varias veces por miedo a trabarme, consigo resolver la mitad del ejercicio.

—¿Y bien? —pregunto mirándolo fijamente.

—Perfecto... me toca —me dice con voz ronca, cogiendo la tiza y rozando de nuevo sus dedos con los míos—, pero ahora hay una modificación en el juego.

—¿Cuál? —suelto con desconfianza.

—Puedo hacer trampa y resolverlo mal a propósito; usted deberá valorarlo y, si se equivoca, recibirá otro castigo por mi parte. ¿Continúa jugando?

Su mirada me calienta y noto mis pezones erectos; deben de marcarse a través de la blusa, pero eso no es nada en comparación con mi nivel de excitación.

—Por supuesto —acepto devorándolo con la mirada sin poder contenerme; definitivamente, esto se me está yendo de las manos. «¿Y si lo estoy imaginando todo? Él es mi profesor y yo, una adolescente en plena ebullición», me digo como única justificación. ¿Cómo voy a ser razonable? Que lo sea él, que es el adulto, porque yo no puedo.

—Atenta, pues. —Asiento y respiro profundamente, intentando centrarme.

Sigue con su parte del ejercicio y lo termina. Creo que está mal... hay un paso que no acabo de ver claro, y me concentro al máximo. De repente olvido toda mi excitación y me centro en el desarrollo de la operación, ¡ya era hora!

—Está mal —afirmo sonriendo triunfante.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —pregunta suspicaz.

—Aquí, realmente debería hacerse así. —Tras borrar su desarrollo, lo termino yo

correctamente—. Ahora sí está bien. Tengo una modificación del juego —le digo de repente; es una locura, pero no puedo frenarme.

—¿Cuál? —Esta vez es él quien se muestra desconfiado.

—Si terminamos el tema y no ha conseguido castigarme, seré yo quien lo haga.

—¿Pretende castigarme? —me pregunta carcajeándose con ganas.

¡Uau! ¡Muerta y aniquilada me ha dejado! ¡Qué sonido más sexi!

—Sólo si usted no consigue hacerlo —contesto intentando no babear.

—¿Y cuál será mi castigo? —me pregunta mirándome con intensidad.

—Usted no me ha dicho cómo iba a castigarme a mí, ¿por qué habría de hacerlo yo?

—Porque yo soy el profesor.

—¿Continúa jugando o no? —pregunto excitada sólo con imaginar su castigo.

—Juego, pero, puesto que ahora podrá castigarme, seré yo quien elija si empiezo o termino, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quién comienza ahora? —le planteo con picardía.

—Yo. —Me quita la tiza y empieza a desarrollar el siguiente ejercicio; me concentro de nuevo y veo que esta vez sí lo ha hecho debidamente.

—¿Y bien?

—Está correcto —digo cogiéndole la tiza y rozándole los dedos a propósito—; me toca.

Continúo con el ejercicio; dudo varias veces, pero consigo acabarlo.

—¿Correcto?

—Perfecto.

—Me veo castigándolo dentro de poco, profesor —suelto medio sonriendo.

—No cante victoria tan rápido, Olivia, puedo complicárselo todo lo que quiera; de momento le estoy dando ventaja.

—Lo que usted diga, pero, por ahora, gano yo... y si hubiésemos terminado el tema, ahora estaría castigado.

—Estoy realmente intrigado con su castigo.

—Y yo deseando castigarlo —digo mirándolo fijamente—... y, recuerde, no puede negarse.

Me sostiene la mirada y, sin darme cuenta, dirijo la mía poco a poco hacia su boca; me muero por besarlo... está tan cerca de mí... y siento otra vez esa corriente envolviéndonos.

—Son las nueve, Olivia, debería irse a clase. —Su voz ronca calienta mi sangre y siento mi cuerpo vibrando de deseo por él.

—Sí... debería —murmuro.

Pero soy incapaz de apartar mi mirada de su boca y él no se mueve ni un milímetro. Valoro seriamente si abalanzarme sobre esos labios perfectos y besarlo como nunca he hecho con nadie, pero Roberto rompe el contacto al alejarse de mí.

—Nos vemos en clase —masculla dándome la espalda y dirigiéndose a su mesa.

—Claro —digo, y cogiendo mi mochila me dirijo a la puerta tan excitada que temo que mis piernas, ahora de gelatina, puedan enredarse y caerme de bruces.

Llego a clase casi la última y aún no he terminado de sentarme cuando entra Iris, mi profesora de lengua y la mujer con la voz más dulce que he conocido nunca. Hay una norma establecida en este colegio, y es que, si llegas más tarde que el profesor, te quedas fuera, y hoy he estado a punto de hacerlo.

Saco mis libros e intento concentrarme en cada una de sus palabras, pero tengo la imagen de los labios de Roberto grabada a fuego en mi cabeza y no puedo dejar de imaginar cómo sería

besarlo, sentir su lengua acariciando la mía y sus brazos envolviendo mi cuerpo, cómo sería sentirlo dentro de mí... y un débil gemido escapa de mi garganta. ¡Madre míaaa! Toso y carraspeo roja como la grana, intentando disimular todo lo que puedo... definitivamente, esto se me ha ido de las manos.

Termina lengua por fin y nos toca física con él. Lo veo entrar en clase y siento cómo los músculos de mi vagina se contraen deliciosamente. Me muerdo el labio y evito mirarlo, todavía avergonzada por mi gemido en medio de la clase de lengua.

—Buenos días, señoritas. Antes de empezar con la clase, quería informarles de que este mes celebraremos la semana de María y las familias con varias convivencias.

»El miércoles 14 haremos una excursión a la iglesia de María que está en la sierra. Saldremos a primera hora del colegio y haremos el camino a pie a través de la montaña. Cuando lleguemos, celebraremos una pequeña eucaristía y luego comeremos en un merendero que hay cerca.

»Para el sábado 17, hay programada la convivencia habitual de las familias. Empezaremos temprano con una eucaristía en la capilla del colegio y, al finalizar, nos reuniremos por clases, momento que aprovecharé para conocer a sus padres y explicarles los objetivos del curso. Es una reunión informal, en la que ustedes deben estar presentes también. Pueden aprovechar para enseñarles a sus padres el centro, si alguno no lo conoce, y terminaremos con una comida en el jardín.

»Es un día importante para el colegio; saben la importancia que le dan las religiosas a la familia, y se notifica con tiempo suficiente como para que todas puedan asistir, así que no se admiten excusas.

Estoy espantada. ¡Una convivencia familiar! Mis padres no vendrán seguro y yo me niego a hacerlo sola. ¿Qué hago ahora? Mi mente va a mil por hora pensando en cómo entrarles a mis padres, pero sé que es un caso perdido; si no venían a nada de eso cuando era pequeña, lo harán ahora que soy mayor. ¡Mierda!

—¡Olivia!

Alzo la mirada de golpe y veo a Roberto sentado en su silla. ¿Cuándo se ha sentado, que no me he enterado? También está llamándome y no sé ni cuántas veces lo ha hecho.

—¿Puede saberse dónde estaba? —masculla entre dientes.

—Lo siento —susurro—. ¿Qué quería?

—¡A la pizarra! —me ordena cabreado.

Me levanto y me dirijo a la pizarra pensando en la dichosa convivencia. ¿Y si se lo pido a Juana? Lo descarto tan pronto como lo pienso. ¿Y si digo que me he puesto enferma? Sí... eso sería una buena solución, podría ponerme enferma ese mismo día y...

—¡Olivia!

Me giro de nuevo. ¡Mierda! ¿Qué me habrá dicho?

—Perdón.

—¿Quiere hacer el favor de obsequiarnos con su atención? La clase y yo se lo agradeceremos profundamente.

Siento cómo me ruborizo de la cabeza a los pies. ¡Joder! Tenía que elegir hoy para sacarme a la pizarra. Lo miro levantando la barbilla, sacando todo mi orgullo a relucir.

—Haga el favor de realizar el ejercicio de la pizarra; lo ha visto, ¿verdad?

Pues no, ni siquiera me había dado cuenta. ¿Cuándo lo ha puesto? Lo miro enfadada y centro mi atención en el ejercicio; por suerte sé hacerlo y lo resuelvo fácilmente.

—¿Algo más? —pregunto enojada, pues odio que me dejen en evidencia, aunque sé que todo

ha sido por mi culpa por no prestarle atención.

—Siéntese —me ordena con seriedad mientras se levanta y se acerca a la pizarra.

Empieza con las explicaciones del nuevo tema, pero en estos momentos ni siquiera él puede atraer mi atención. ¡Mierda! ¿Qué voy a hacer ahora? Sin darme cuenta, apoyo los codos en la mesa y me empiezo a frotar las sienes con los dedos, cerrando los ojos y sintiéndome pequeña de nuevo. Otra convivencia, otra excusa, otra vez ir con otras familias. ¡¡No!! Esta vez no: si mis padres no vienen, yo no pienso ir. Me niego, estoy harta de parecer huérfana y tampoco quiero ir con Teresa y sus padres; son un encanto, pero...

—¿Se encuentra bien?

Me giro y lo veo a mi lado; otra vez he perdido el hilo de la clase y me estoy ganando un negativo como una casa.

—Sí, claro —murmuro rehuyendo su mirada.

—Cuando termine la clase, no se marche, quiero hablar con usted.

Asiento sin poder decirle nada. ¡Genial!

Intento por todos los medios centrarme en sus explicaciones, pero me resulta imposible. Me agobia demasiado todo lo referente a mis padres; siempre ha sido así y, mientras mi vida dependa de ellos, continuará haciéndolo, siempre igual, siempre lo mismo...

Acaba la clase y todas mis compañeras se levantan y salen disparadas excepto yo, que me quedo clavada en mi silla. Roberto está de pie, apoyado en su mesa sin quitarme la vista de encima, pensativo... sólo cuando la última de mis compañeras sale de la clase, me dirige la palabra.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta preocupado; por lo menos no está enfadado.

—No le entiendo... —digo intentando zafarme del tema.

—Lo sabe perfectamente. Esta mañana estaba bien y algo ha tenido que suceder en clase de lengua para que esté así... ¡pero si he tenido que llamarla tres veces!

—Estaba distraída, sólo eso. —No pienso decirle nada, todavía tengo la esperanza de poder convencer a mis padres.

—¡Y una mierda! O me lo cuenta usted o se lo pregunto a Iris —me espeta de repente, enfadado por mi falta de confianza.

—Puede hacer lo que quiera. —Yo también estoy enfadada, y me levanto de la silla mirándolo desafiante—. No me pasa nada y, aunque me sucediera algo, no tendría por qué contárselo. ¿Puedo irme ya?

—Márchese —me ordena furioso ardiendo de rabia.

No tiene que repetírmelo dos veces y salgo disparada de clase; al hacerlo, tropiezo con Teresa, que está esperándome fuera.

—¿Qué ha pasado, neni? —me pregunta en voz baja mientras nos dirigimos al jardín.

—Quería saber qué me ocurría.

—¿Se lo has contado?

—No.

—Oye, sabes que puedes estar con nosotros ¿verdad? Mis padres te quieren muchísimo.

Mi Teresa me conoce tanto... ha sabido lo que me sucedía sin tener que decírselo.

—Lo sé, pero tengo la esperanza de convencerlos.

—Si no lo haces, ¿vendrás con nosotros?

—No. Estoy harta de parecer la hija adoptiva de tus padres y justificar siempre a los míos. Si mis padres no vienen, significa que no tiene ninguna importancia esta convivencia, diga lo que

diga Roberto o el centro.

—Olivia, sabes que sí importa.

—Me da igual; o vamos todos o ninguno.

Mi amiga me mira con cara de lástima, siempre es lo mismo con mis padres, desde pequeñas.

—Olvidemos el tema, no quiero hablar más de esto —le pido intentando sonreír. No quiero que nadie me tenga lástima, tengo demasiado orgullo.

Salimos al jardín y nos reunimos con todas nuestras amigas. Lamentablemente, todas son conocedoras de la situación que tengo en casa con mis padres, pero tienen el tacto de no preguntarme nada. Sólo Bianca me coge de la mano y me da un beso. La miro y sonrío, pero es más una mueca que una sonrisa.

Pasa el resto de la mañana y no lo vuelvo a ver... y casi mejor.

Llego a mi casa y, para mi sorpresa, mi madre está en su despacho. ¡Qué raro encontrarla aquí a estas horas! Llamo y espero a que me autorice a entrar.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar, mamá? —pregunto con nerviosismo.

—Adelante.

Entro y la veo sentada consultando su agenda. Como siempre, está guapísima, elegantísima y todos los «-ísima» posibles.

—¿Qué ocurre? —Su voz suena a fastidio, como si le estuviera haciendo perder su valiosísimo tiempo, como de costumbre.

—Mamá, el colegio va a realizar una convivencia familiar el sábado 17. Harán una eucaristía y luego nos reuniremos con nuestro tutor para hablar de los objetivos del curso; podréis conocerlo y ver el centro. Creo que papá no ha estado nunca, ¿verdad? Después comeremos todos juntos en el jardín; será divertido, ¿no crees? —le pregunto esperanzada.

En cambio, ella me mira como si le hubiera propuesto ir a Marte en lugar de ir al colegio.

—Olivia: si tu padre quiere ver el centro, puede ir cualquier día, no necesita ninguna convivencia para eso. Además, sabes que somos personas muy ocupadas y no podemos ir. Ve tú si quieres, con Teresa y sus padres.

—No, mamá. Si vosotros no vais, yo tampoco lo haré.

—Como quieras, sabes que lo único que queremos es que saques buenas notas, por eso vas a ese colegio; todo lo demás carece de importancia.

—Si me preguntan por qué no voy, les diré la verdad.

—No hay problema; no creas que irán todos los padres, parece mentira a estas edades y todavía con esas tonterías de las convivencias. Si tu tutor necesita algo, podemos hablarlo por *e-mail*. Díselo tranquilamente, esas cosas son pequeñeces; ya aprenderás con la edad a darle a las cosas su justa importancia. Y ahora, déjame, por favor, tengo trabajo.

—Claro, mamá.

Salgo del despacho de mi madre con los ánimos por los suelos y odiándola con todas mis fuerzas. Llego a mi habitación, donde me tiro sobre la cama y dejo salir toda la frustración y la pena que, como zarpas en mi garganta, me ahogan, y lloro desconsoladamente. Hay personas que no deberían tener hijos y, entre éstas, están mis padres.

Paso la tarde estudiando y haciendo los deberes y, a la hora de cenar, me acuesto; no tengo hambre ni ganas de verlos. Y, sueño de nuevo...

Capítulo 9

Me afano en limpiar la habitación del señorito; quiero terminar a tiempo y que Dolores me pida que sirva el desayuno para poder verlo de nuevo; además, me ha dicho que ojalá lo haga. Sin embargo, cuando llego a la cocina, me decepciona descubrir que María y Luisa ya están encargándose de eso.

—Come algo, Marcela, debes de estar muerta de hambre —me dice Rosa antes de salir de la cocina—. Te he guardado unos cuantos bollos y tienes leche caliente.

De repente me doy cuenta de que el estómago me ruge y me siento un momento, dispuesta a disfrutar de unos minutos de descanso mientras desayuno. Estoy hambrienta y devoro los bollos con ansia. Nunca en mi vida había probado algo tan delicioso ni tan tierno, y tengo que frenarme para saborearlos y no metérmelos de lleno en la boca.

Mientras me tomo el vaso de leche, observo los tarros de mermelada preparada por Luisa y mis recuerdos vuelan a casa, cuando padre, ocasionalmente, nos traía fresas, higos o cualquier fruta que, por estar demasiado madura, no había podido vender y, junto a madre, la preparábamos... inevitablemente pienso en ellos y en mis hermanos, trabajando de sol a sol, comiendo poco y más veces mal que bien; en las ropas viejas y raídas, y en las pocas comodidades de las que gozan mientras yo estoy aquí sentada en una cocina enorme, saboreando bollos recién hechos y con un vestido que, aunque de criada, es lo más bonito que he tenido en mi vida.

Termino mi vaso de leche y me levanto a regañadientes; no quiero excederme y salgo de la cocina en busca de Dolores.

—¿Buscabas a alguien? —Otra vez esa voz... Juan.

Temo girarme, temo encontrarme con esa mirada que me llega al alma, temo sentir tanto... y permanezco quieta sin volverme, cuando noto sus manos sobre mis hombros y cómo lentamente me da la vuelta, haciendo que quede frente a él y mis temores.

—Mejor si nos miramos, ¿no te parece? Tienes unos ojos preciosos, como un cielo de verano, no me prives de ellos —murmura.

—Gracias —susurro estrujándome las manos y mirando el suelo, avergonzada.

—Mírame, Marcela —me pide cogiendo mi barbilla y alzándola levemente para atrapar mi mirada con la suya—. ¿Por qué me tienes miedo? —me pregunta reteniendo mi barbilla entre sus dedos y acariciándola.

—No le tengo miedo —miento intentando armarme de valor—. ¿Cómo sabe mi nombre? —planteo alejándome de él; su tacto me quema y hace que mis deseos estén más latentes que nunca.

—Por el mismo motivo que tú sabes el mío —responde con seriedad.

—Solamente lo sé porque usted es el señorito, pero yo no soy nadie —farfullo estrujándome

aún más, si eso es posible, las manos.

—Claro que eres alguien —me rebate de repente enfadado—. Te harás daño —murmura dulcemente, separando mis manos y reteniéndolas entre las suyas—. No quiero que me tengas miedo; tranquila, no voy a hacerte nada. Contéstame, ¿buscabas a alguien?

—Sí, a Dolores. ¿Sabe dónde está?

—Claro, ven conmigo.

—No hace falta que me acompañe, dígame dónde está y ya la busco yo, no quiero entretenerlo —balbuceo intentando zafarme de sus manos, que todavía están reteniendo las mías y provocando demasiadas sensaciones dentro de mí que soy incapaz de comprender.

—Me gusta que me entretengas —me contesta sonriendo—. ¿Puedo pedirte una cosa a cambio de llevarte hasta Dolores?

—¿Qué cosa? —pregunto recelosa.

—Cuando estemos a solas, ¿me llamarás por mi nombre? Eso de señorito suena demasiado formal, ¿no te parece? —me pregunta guiñándome un ojo.

El cuerpo me arde. El estar tan cerca de él, su voz, sus palabras y la sensación de sus manos entre las mías, provoca en mí demasiados anhelos que no debo permitirme pensar siquiera, y me aparto bruscamente, envarándome.

—No, señorito, creo que se equivoca conmigo —digo recuperando mi aplomo—. Nunca voy a tutearlo, ni usted va a encontrar en mí algo más que respeto hacia su persona... y le pido por favor que no vuelva a rozarme siquiera. Aunque pobre, soy decente, y ahora, si no se le ofrece nada, le agradecería que me indicase dónde encontrar a Dolores.

—Nunca he dudado de tu decencia ni tampoco te he propuesto nada para que creas lo contrario —me contesta con voz acerada—. Sígueme, te llevaré con ella.

Dando media vuelta, empieza a caminar con decisión sin volver a dirigirme la palabra, mientras yo lo sigo unos pasos por detrás, hecha un mar de dudas. ¿Habré malinterpretado sus palabras y sólo estaba intentando ser amable? De pronto tengo la necesidad de retroceder, de decirle que sí, que lo llamaré Juan cuando estemos a solas, pero las palabras quedan atrapadas en mi garganta, ahogándome. «No... no debo llamarlo Juan, porque, si lo hiciera, me convertiría en una criada que se toma demasiadas confianzas», pienso recordando lo que me dijo Dolores, y no puedo permitirme perder este empleo.

En silencio, llegamos al patio trasero de la casa, donde veo a Rosa haciendo la colada y a Dolores, a su lado, dándole indicaciones.

—Ahí la tienes —me señala con voz grave. Su mirada es dura y la confirmación de su enfado.

—Gracias —murmuro mientras veo cómo se aleja de mí a través del largo pasillo.

Paso el resto de la mañana haciendo la colada con Rosa. Ayer ya quitamos todos los botones, lazos y encajes demasiado delicados para soportar el lavado, y dejamos la ropa en remojo con agua tibia y sosa, así que hoy toca lo peor: frotar y frotar hasta quitar todas las manchas, para después escurrirla y tenderla en los tendederos de madera. Me duelen los brazos por el esfuerzo, pero más me duele el alma; no entiendo cómo, sin conocerlo, ha llegado a meterse tan dentro de mí. Sus palabras y su mirada laten dentro de mi corazón, arañándolo y dejándome con un sentimiento de pérdida que no consigo entender.

—Qué callada estás, jodía. ¿No te han gustado los bollos que te he guardado? —me pregunta Rosa sacándome de mis pensamientos.

—Claro que sí, estaban buenísimos; gracias —contesto intentando sonreír.

—Entonces, ¿puede saberse a qué viene esa cara de duelo?

—Nunca me ha gustado hacer la colada; además... —susurro mirando al cielo—... mira qué nubarrones, la que va a caer, Dios bendito —murmuro haciéndome la señal de la cruz.

—¿Todavía te dan miedo las tormentas? —me pregunta riendo.

—No las soporto. —Me estremezco sólo de pensarlo.

—Pues me temo que va a caer una buena. Deberíamos tender la ropa en el cobertizo, si no queremos tener que volver a hacer la colada.

—Venga, démonos prisa —la apuro. Necesito entrar en la casa cuanto antes; ojalá pudiera esconderme debajo de la cama y cerrar los ojos hasta que todo hubiera pasado.

Justo cuando terminamos de tender la ropa en el cobertizo, empiezan a caer las primeras gotas y, corriendo, nos dirigimos dentro para guarecernos. Llegamos a la cocina, donde María y Luisa ya han acabado de servir la comida y, hambrientas, comemos las sobras de los señores. Está todo delicioso, como todo en esta casa, y lo devoramos en silencio mientras oímos los primeros truenos.

Al caer la tarde, preparamos el salón donde se servirá la cena. Es un día importante para la señora y, bajo la supervisión de Dolores, disponemos la mesa para la ocasión, mientras María y Luisa se afanan en la cocina.

Vestimos la mesa con un mantel adamascado a juego con las servilletas almidonadas. Los bajoplatos de plata antigua, a conjunto con los ornamentados candelabros y los cubiertos, son tan bonitos que los cojo casi reverenciándolos. Por cada comensal, ponemos tres platos de delicada porcelana, cuatro copas de fino cristal y seis cubiertos y, mientras lo hago, pienso inevitablemente en mi casa y en lo poco que precisamos para comer.

Adornamos el centro de la mesa con un bonito arreglo floral y, cuando acabamos, pasamos a la cocina para echar una mano. Hay mucho que hacer y el ritmo es frenético mientras se preparan deliciosos platos y la estancia va impregnándose de maravillosos olores.

—Marcela, deja eso y sube a la habitación de la señora: tienes que ayúdala a vestirse. ¡Arrea! —me ordena Dolores.

A pesar de estar acostumbrada al trabajo duro del campo, hoy estoy tan cansada que el simple hecho de caminar ya me supone un duro esfuerzo, pero callo y, en silencio y casi arrastrándome, me dirijo a la habitación de la señora, donde la ayudo a vestirse y a peinarse.

Para la ocasión ha elegido un traje de seda azul noche con encaje marfil en el escote y en los puños; es muy sobrio y elegante; el toque final, al igual que esta mañana, son las joyas: lleva un aderezo precioso a juego con el vestido. El azul de las piedras me transporta a mi infancia, al color del cielo plomizo en invierno, y el anhelo regresa con fuerza, desgarrándome.

—Puedes retirarte, niña. —La voz de la señora me hace reaccionar, devolviéndome a mi presente.

—Estaré en la cocina, señora —murmuro dejando mis sentimientos en esa habitación y obligándome a ser fuerte.

En silencio, mientras la casa tiembla y se ilumina con cada relámpago, y con los pelos como escarpias y muerta de miedo, llego a la cocina, donde ya está la sopa preparada en soperas de delicada porcelana, lista para ser servida. Veo que Luisa y María todavía están acabando de preparar los segundos platos y albergo la esperanza de que Dolores me pida que sirva la cena.

—Marcela, ve a cambiarte el uniforme y arreglarte ese pelo; servirás la cena junto a Rosa. ¡Venga, date prisa! —me ordena Dolores.

De repente todo mi cansancio desaparece y obedezco con energías renovadas. ¡Voy a volver

a verlo! A pesar de que sé que no debo sentirme así, no puedo evitarlo.

Oigo de lejos el despertador... ¡nooo! ¿Por qué siempre tiene que sonar cuando viene lo más interesante? Necesito saber qué va a suceder ahora, necesito saberlo todo sobre Marcela y Juan y, aunque estoy en mi habitación, juraría que hace un momento estaba entre 1800 o 1900, vestida de criada y a punto de servir la cena, mientras fuera se desataba una tormenta de narices. ¿Cómo puede ser? He hecho la colada con Rosa, he sentido el agua fría entre mis dedos, he tenido miedo de las tormentas y he olido la fragancia de la señora cuando, después de vestirse, se ha perfumado y, sobre todo... he estado con Juan. He oído su voz, sentido su enfado y las miles de sensaciones que provoca en Marcela. «¿Qué está pasando?», me pregunto de nuevo sentándome sobre la cama sin entender nada. Con reticencia, me levanto y voy hacia la ducha, sin poder quitármelos de la cabeza.

Llego al colegio puntual y, cuando entro en el aula, Roberto ya está esperándome.

—Buenos días.

—Buenos días —me contesta, apoyado en la mesa, guapísimo a rabiar como siempre.

Dejo la mochila sobre una silla y me dirijo a la pizarra.

—¿Comenzamos? —pregunto evitando mirarlo y paso a centrar mi atención en la pizarra.

—No hasta que me cuente lo que le sucedió ayer. Soy su tutor y, si ocurre algo en clase, tengo que saberlo.

Me vuelvo hacia él sin dar crédito. ¡Será posible! ¡Tiene más interés en mi vida que mis propios padres!

—En clase no sucedió nada, así que comencemos —contesto cortante.

—No la creo, y no tengo intención de empezar hasta que sepa qué pasó ayer. Tengo una hora entera con usted durante los cinco días de la semana; usted decide si la pasamos mirándonos las caras o dando clase —me dice sentándose tranquilamente.

—¿No le parece excesivo todo esto? Ya le he dicho que estaba distraída.

—¡No me mienta! —me espeta con seriedad, acercándose a mí e intimidándome con su cercanía—. Sé reconocer cuándo una alumna mía está distraída, y usted no lo estaba... más bien estaba preocupada, muy preocupada. He hablado con Iris y me ha dicho que no se percató de nada durante su clase, así que dígamelo usted. ¿Qué pasó desde que se fue de aquí hasta la segunda hora?

—No voy a ir a la convivencia de las familias ni mis padres tampoco. Ya puede empezar la clase —suelto de sopetón.

—¿Cómo? —pregunta extrañado.

—Quería saber qué me sucedía y ya lo sabe; si tiene algún problema, puede enviarles un *e-mail* a mis padres: sus secretarios estarán encantados de atenderlo —expongo con sarcasmo.

—Espero que no lo diga en serio —me reprende con voz acerada.

—No suelo bromear con eso —replico enfadada—. O empieza la clase o me marcho.

—Quiero hablar con sus padres —masculla con el cuerpo en tensión.

Lo miro y me río por no llorar.

—Buena suerte. ¿Empezamos?

—No, hoy no vamos a dar clase. Venga aquí —me pide sentándose sobre la mesa e indicándome que me siente a su lado.

—Ya está bien, quieres —Lo tuteo sin darme cuenta, está empezando a cansarme.

—Siéntate, por favor. En estos momentos esto es más importante que las clases —comenta tuteándome él también.

—¿Eres tan pesado con todas tus alumnas o sólo conmigo? —le pregunto medio sonriendo a pesar de que estoy a punto de echarme a llorar.

—La verdad es que siento debilidad por ti; ven.

Me acerco y me siento en la mesa a su lado, casi rozándolo.

—¿Qué pasa en casa, Olivia? —me demanda con dulzura.

—¿Has oído alguna vez la expresión «pobre niña rica»? Pues ésa soy yo —murmuro sin mirarlo.

Me observa guardando silencio, invitándome a seguir.

—Mis padres nunca me han querido. Me crié con mis abuelos, que vivían en el mismo edificio que mis padres, y a ellos los veía esporádicamente. Cuando había alguna función en el colegio, era mi abuela la que venía a verme y a fotografiarme, la que me decía constantemente lo orgullosa que estaba de mí y la suerte que tenía de tenerme como nieta, la que hablaba con mis profesores y la que me llevaba a clases de ballet o de piano. Fue como una madre para mí... y, mi madre, encantada de poder desentenderse.

»Pero murieron, dejándome sola —susurro con un nudo en la garganta, mientras una lágrima solitaria recorre mi mejilla—. No murieron mis abuelos, murió mi familia al completo, porque eso es lo que ellos eran para mí.

»A mis padres, lo único que les importa es su carrera y ellos mismos; de mí, lo único que les interesa es que saque buenas notas y que no les dé disgustos. ¡Ah!, lo olvidaba: debo ir bien vestida, ser educada y saber relacionarme, eso es imprescindible.

Me sorprende al secarme las lágrimas con una mano; me eriza ese leve contacto, pero evito mirarlo.

—Ya lo sabes —murmuro avergonzada.

—Mírame —me pide con firmeza—. Ellos se lo pierden, Olivia. Eres guapa, simpática, lista y mucho más madura que muchas de las mujeres que conozco; si son incapaces de verlo y de quererte, son ellos los que tienen el problema, no tú. Algún día se arrepentirán.

—Eso decía mi abuela.

—Me hubiera gustado tu abuela.

Sonrío al recordarla.

—El día que te vi en el restaurante, todos se levantaron para abrazarte. ¿Tenía eso algo que ver con tus padres?

Me sorprende que saque ese día a relucir y me sonrojo ligeramente.

—En mi vida, todo tiene que ver con mis padres —balbuceo sin atreverme a mirarlo.

—Algún día dejará de importarte, te lo prometo. Por cierto, quiero su teléfono.

—Pero ¿tú me has escuchado? —pregunto asombrada, mirándolo fijamente.

—Perfectamente, y quiero hablar con ellos. Dame su número, por favor.

—No puedes comentarles nada de lo que te he dicho; mi madre me castigaría de por vida por contar su vida a un desconocido.

—No soy un desconocido, Oli, soy tu tutor, y voy a involucrarlos en tu educación lo quieran o no.

Me hace gracia que me llame Oli; nunca nadie lo había hecho hasta ahora, pero que hable con mis padres es demasiado y suspiro mirándolo derrotada.

—Eres imposible —murmuro.

—Eso dicen —replica con una media sonrisa—. ¿Sabes que, aunque tus padres no vengan a la convivencia, tú sí puedes hacerlo, verdad?

—No pienso ir si ellos no lo hacen. Todas irán con sus padres y yo estoy harta de ir sola o con los padres de Teresa, parezco su hija adoptiva.

—Bueno, mis padres tampoco vendrán —bromea guiñándome un ojo.

—Es un pelín diferente, ¿no te parece? —Y por fin me río.

—Ven, Oli —me pide enlazando mi mirada con la suya.

—No —murmuro sosteniéndosela y conteniendo la respiración, deseando demasiadas cosas que no debería ni pensar.

—Piénsalo, ¿vale?... y, mientras lo haces, ¿qué te parece si damos un poco de clase? —me pregunta sonriendo a la vez que baja de la mesa y me tiende la mano.

—Claro —contesto uniendo la mía a la suya y bajando también. Ese simple contacto es suficiente para hacerme desear más y tensar mi cuerpo.

—Hoy terminamos tema —me anuncia con voz ronca, soltándome la mano y acercándose a la pizarra—. Si te equivocas en algún ejercicio, gano yo y...

—Si no me equivoco, lo hago yo —le digo mirándolo fijamente y percatándome de que continuamos tuteándonos.

No me contesta y empieza a poner ejercicios en la pizarra; está de espaldas a mí y lo miro deseando que no acabe nunca esta hora.

—Adelante, Olivia —me ordena colocándose detrás de mí.

Está tan cerca que casi puedo sentir el calor que emana de su cuerpo y estoy tentada a apoyarme en él; necesito sentir su contacto y, como cada día, percibo esa tensión sexual entre nosotros, esa corriente que nos envuelve y me hace desearlo de una forma irracional... pero me concentro al máximo y resuelvo la mitad del ejercicio.

—Hecho.

—Vaya, tengo una alumna aventajada —me dice antes de empezar a resolver su otra mitad del ejercicio.

Me concentro mirando cómo va realizando el ejercicio; lo está haciendo mal y sonrío.

—No hace falta que sigas, está mal —digo yendo de sobrada.

—¿Dónde? —Medio sonríe al preguntármelo.

—Aquí, ¡pillado! —suelto guiñándole un ojo, pero esta vez no me sonrojo; al contrario, sonrío abiertamente.

Hacemos cuatro problemas más, cada vez más complicados, y al final me olvido de él y de lo que siento; en estos momentos sólo somos las mates y yo. Voy por el último ejercicio; tengo su castigo casi al alcance de mi mano y no sé por dónde cogerlo. ¡Mierda! Me estrujo la cabeza, pruebo de una forma, de otra, pero no, así no es y, al final, enfadada, me giro y le tiro la tiza a la cabeza.

—¡Lo has hecho a propósito! —le grito completamente indignada.

—¿El qué? —me pregunta riéndose abiertamente.

—¿Tú qué crees? Has complicado el ejercicio todo lo que has podido para ganar. ¿Te daba miedo tu castigo? —le pregunto acercándome a él despacio, olvidando que es mi profesor.

—La verdad es que me muero de curiosidad, pero no me gusta que me ganen y, de todas formas, deberías saber hacer esto. ¡Estás castigada! —me dice sonriendo con chulería, sin moverse un centímetro.

—¿Y cuál es mi castigo, profesor? —le pregunto casi pegándome a su cuerpo. Estamos a

escasos centímetros el uno del otro, tan cerca que casi nos rozamos, y la sonrisa socarrona desaparece de su rostro.

Sus ojos verdes, oscurecidos ahora, recorren mi rostro poco a poco hasta posarse sobre mis labios, que entreabro levemente.

—Tienes el doble de ejercicios para casa —murmura con voz ronca sin alejar su mirada de mis labios, y siento el corazón latir desbocado dentro de mí. Tengo su boca a escasos centímetros de la mía; sólo un poco más cerca y nuestros labios estarían pegados y mis pechos rozarían su cuerpo.

Pero de nuevo es Roberto quien, alejándose de mí, rompe el contacto al dirigirse hacia su mesa.

—Aquí tienes, los quiero todos para el lunes —masculla con dureza.

—¡Tres folios por delante y por detrás! ¿Eres consciente de que, aparte de tu asignatura, tengo otras? —me quejo enfadada.

—Soy completamente consciente de todas tus asignaturas; aceptaste el juego y has perdido. —Su voz ha sonado acerada, como si de repente estuviera tan enfadado como lo estoy yo.

—Perderás, Roberto, te prometo que algún día perderás y, entonces, te haré cumplir tu castigo —digo amenazándolo.

—A clase, son casi las nueve —me ordena.

—¿Tú no vienes? —le pregunto olvidando mi enfado y deseando permanecer más tiempo junto a él.

—Adelántate tú, voy en seguida. Olivia, estos ejercicios son para que los hagas en casa; ahora, en clase, te entregaré los que quiero que hagas durante la próxima hora.

Lo miro con cara de querer matarlo y me marcho sin decir nada.

Cuando llega al aula, me da más problemas y lo ignoro a propósito. Me doy prisa para terminarlos cuanto antes y, en media hora, los tengo hechos. Me ha pedido que no atienda a sus explicaciones y he acabado con todo, así que cojo los ejercicios del castigo y empiezo a resolverlos. La media hora pasa volando y, cuando me doy cuenta, está sonando la campana.

—¿Estás haciendo los ejercicios del castigo? —me pregunta en voz baja desde su mesa.

—He terminado los que me has dado aquí —digo tendiéndoselos—. ¿Qué querías que hiciera? No quieres que esté atenta a tus explicaciones, algo tenía que hacer.

—Haberme pedido más.

—Pero ¿aún tienes más? —pregunto sorprendida.

—Sabía que ibas a perder.

—Tus castigos son muy aburridos —susurro.

—¿Los tuyos no lo serán?

—Ya te enterarás.

Su mirada me intimida y me excita y, a pesar de estar en clase rodeados de todas mis compañeras, siento de nuevo esa tensión entre nosotros y esta vez soy yo la que rompe el contacto. Sale del aula y ya lo echo de menos; me he acostumbrado demasiado a él y sé que el fin de semana se me hará eterno.

Paso el resto de la mañana absorbida por las clases; voy cargadísima de deberes y a todos esos debo sumar los que me quedan del castigo. ¡Genial!

Camino a mi casa, conecto el móvil y veo que mis amigos están quedando para ir el sábado a cenar y luego a ToNigth, una disco muy chula que inauguraron hace muy poco. ¡Qué pasada! Espero que Javier quiera salir, porque es la única forma que tengo yo de hacerlo, y le envío un

mensaje para preguntárselo. Me contesta en dos segundos, confirmándome que pasará a recogerme a las nueve. ¡Perfecto!

Paso la tarde del viernes encerrada en mi habitación haciendo todos los puñeteros ejercicios de mates y, cuando termino, ceno en la cocina con Juana; mis padres han salido a cenar con unos clientes importantísimos de mi madre y la verdad es que me da igual; prefiero mil veces cenar en la cocina con Juana a cenar con ellos. Cuando acabo, me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 10

Estoy sirviendo la cena. Juan está sentado al lado de una señorita preciosa con la que no deja de reír, debe de ser la tal Cayetana, mientras yo ardo de rabia. Sólo una vez en mi vida he sentido celos y ha sido esta mañana, cuando he oído los planes casamenteros de la señora, y ahora... ahora estoy cegada por ellos.

—¡Ayyy! —Levanto la vista de inmediato y veo a Beatriz, la hija de los señores, llevarse la mano a su abultada tripa.

—¿Qué pasa, hija? —pregunta la señora con preocupación.

—Llevo desde esta mañana con dolores; supongo que será lo normal con el embarazo tan avanzado.

—¿Tienes dolores y no llamas al médico? ¿Y si estás de parto?

—Por favor, madre, no exagere —contesta con dulzura, sonriendo—; todavía falta mucho, no puedo estar de parto. Tranquilícese, que no quiero que le dé un soponcio.

—Un soponcio me dará como estés de parto. Deberías haber llamado al médico, eso nunca está de más —oigo como la recrimina la señora.

Yo podría decirle si está de parto, pero sé que no debo meterme y continúo sirviendo la cena en silencio mientras el mundo se hace añicos fuera de los muros de esta casa. Tenemos la tormenta encima de nosotros y los truenos se suceden unos a otros, acompañados de rayos que iluminan el salón y haciendo que tiemble la casa a cada segundo. Cojo la bandeja con fuerza; eso o salir corriendo para esconderme debajo de la cama. Se oye otro trueno y doy un respingo. ¡Ave María purísima!

—¿Le dan miedo las tormentas? —me pregunta Juan, sonriendo burlón y avergonzándome ante toda la mesa.

—¿Quiere más carne el señorito? —respondo recalcando lo de «señorito»; pero, éste, ¿qué se cree?

—No, gracias. ¿Y tú, bonita? ¿Te apetece que te sirvan más? —le dirige a Cayetana con zalamería.

—No, gracias; no puedo más —contesta medio ruborizada y deshaciéndose con las atenciones que éste le procura.

—¡Ayyy! ¡Estoy mojada! —grita Beatriz levantándose de repente y cogiéndose la barriga con ambas manos.

—¡Niña! Dile a Dolores que mande al cochero en busca del médico, ¡rápido! ¡Mi hija está de parto! —me ordena la señora con voz firme, levantándose de la silla y acercándose apresuradamente a la señorita Beatriz.

Salgo corriendo del salón sin soltar la bandeja en busca de Dolores, que está en la cocina.

—¡Dolores! ¡Dolores! ¡La señorita Beatriz está de parto! La señora quiere que envíe a

Pedro en busca del médico.

—¡Señor! ¡Ve tú! ¡Corre! Está en el cobertizo, ¡rápido!

—Dolores, si hace falta y hasta que llegue el médico... yo... ayudaba a la comadre de mi pueblo en los partos —la informo casi tartamudeando.

—¿Tú? —pregunta mirándome con sus ojillos maliciosos de arriba abajo—. Anda, vete a buscar a Pedro y déjate de tonterías, y ni una palabra a nadie; a la señora la atenderá un médico, no una criaducha del tres al cuarto. Ahora... ¡humo!

Obedezco enfadada; esta mujer, ¿quién se cree que es? Si yo soy una criaducha, ella no se queda atrás, pero callo y, a la carrera, salgo en busca de Pedro, que se encuentra en el cobertizo atendiendo a los caballos.

—¡Rápido, Pedro! Coge el carruaje y sal en busca del médico, la señorita Beatriz se ha puesto de parto.

—¡Joder! ¿No había otro día para parir? ¿Tú has visto la que está cayendo? —me pregunta enfadado.

—¿Y a mí qué me dices? Yo sólo obedezco órdenes, como tú. ¡Venga, arrea! —contesto molesta.

Tras darme media vuelta, regreso al interior de la casa, empapada y con un firme objetivo: voy a prepararle a la señorita la infusión de hierbas que me enseñó a hacer Inés para prevenir las fiebres. Por suerte en la cocina hay de todo y en unos pocos minutos la tengo lista.

—¿Qué vas a hacer, atontada? ¿Quieres que Dolores te despida? ¿Es que no la has oído? —me pregunta Rosa ante la mirada incrédula de María y Luisa, que se encuentran también en la cocina.

—No me importa —contesto tozuda—; puedo ayudarla y voy a hacerlo. Además, con la que está cayendo, el médico puede tardar horas.

—¡Eres una terca y una mula! ¿Tú has visto qué carruaje tienen? En unos minutos estará aquí el médico y tú, en la calle. ¡Déjalo, leñe! ¿Ya no recuerdas la falta que te hace el parné?

—Rosa, no puedo quedarme de brazos cruzados viendo sufrir a la señorita —objeto con seguridad mientras cuelo la infusión y preparo la bandeja, ignorando lo mojada que estoy.

Nerviosa, llego al saloncito donde han tumbado a la señorita Beatriz; rabia de dolor, cogida de la mano de Dolores y de la señora. Recorro con la mirada la habitación. Los marqueses y su hija ya no están, por lo que doy por hecho que se han marchado, y mis ojos se encuentran con los de Juan, que está junto a su padre delante de la ventana.

—Señora, tómese esta infusión, le ayudará a prevenir las fiebres y le calmará levemente el dolor —murmuro con el corazón atronándome en la garganta, sabedora de que estoy desobedeciendo a Dolores y puedo ganarme un buen disgusto.

—¡Niña! ¡Cómo te atreves! Ya te he dicho que, a la señorita, la atenderá un médico, ¡¡¡no tú!!! —me espeta con rabia Dolores.

—¡No, Dolores! Si eso va a quitarme el dolor, voy a tomármelo. Dámelo —me pide la señorita Beatriz en un quejido, mientras fuera la tormenta arrecia con más fuerza, si eso es posible.

—¿Qué sabes tú de partos? —me pregunta la señora con desconfianza.

—En mi pueblo, era yo quien ayudaba a la comadrona. —Guardo un momento de silencio y prosigo armándome de valor—. Si el médico se retrasara, pueden contar conmigo para lo que precisen —susurro ignorando las palabras de Dolores.

—A mi hija la atenderá un médico —me contesta con altanería la señora—, y ahora retírate

a la cocina.

—Claro, señora —murmuro avergonzada y humillada como nunca en mi vida.

Salgo del salón furiosa. ¡Serán desagradecidos en esta casa! ¿Qué importa que sea una criada, si puedo ayudar a su hija? ¿Acaso prefiere verla retorciéndose de dolor?

—¡Marcela! ¡Espera, por favor! —Oigo a Juan llamarme a mis espaldas y me giro, quedando frente a él.

—Dígame, señorito —contesto mirándolo fijamente mientras la luz del último relámpago ilumina nuestros rostros.

—¿De verdad puedes ayudar a Beatriz? —me plantea con el rostro contraído por la preocupación.

—¿Qué importa si puedo hacerlo? Está claro que el conocimiento y el saber son más valiosos si vienen de la mano de alguien de su clase. Y ahora, si me lo permite, tengo trabajo en la cocina.

—Marcela, yo sí confío en ti —me confiesa cogiendo mis manos entre las suyas.

—Eso no tiene mucha importancia, ¿no le parece? Mire, señorito: soy consciente de que no soy médico, pero puedo asegurarle que he asistido a muchos partos y sé cómo proceder ante ellos. Por mí, pueden esperar a su médico durante horas, pero la cuestión es si el bebé lo hará. —Mi mirada se encuentra con la suya, y veo confianza en ella; de todas formas, poco importa, así que me doy media vuelta y me alejo de él, dejándolo solo en el pasillo, con los relámpagos y los truenos como únicos acompañantes.

Me despierto inquieta, preocupada y enfadada. Esta vez no ha sido el despertador quien me ha arrancado de mis sueños, han sido mis sentimientos. «¿Por qué no confían en mí? He visto morir a demasiados niños para permanecer impasible... pero ¿qué estoy pensando? —me pregunto de repente, incorporándome nerviosa—. ¡Yo no he visto morir a nadie! En mi vida he asistido a un parto y, aun así, sé cómo comprobar la dilatación, cómo palpar para ver la posición del bebé y cómo ayudarlo a nacer, además de los ingredientes utilizados para preparar la infusión que previene las fiebres y calma el dolor; justo hace un momento la he preparado, porque, aunque era Marcela quien lo hacía, una parte de mí estaba con ella. Sé cómo huele y, si cierro los ojos, aún puedo sentir la calidez del vidrio entre mis dedos. ¿Qué me está pasando? ¿Me estaré volviendo loca? Además está Juan y todos los sentimientos que provoca en Marcela, tan similares a los que Roberto provoca en mí; las dos tenemos dieciséis años y ambas relaciones, en el caso de que se dieran, estarían abocadas al fracaso.» De pronto, mi mente acelerada empieza a relacionarlo todo, encontrando demasiadas similitudes... «Pero ¿realmente lo son?», me pregunto mientras entro en la ducha, dejando que el agua me despeje.

Tanto si lo son como si no, hoy más que nunca tengo claro cuáles serán mis pasos en el futuro, hoy más que nunca sé que seré matrona; le pese a quien le pese, voy a ayudar a traer niños al mundo.

Paso todo el sábado volcada con los deberes, ¡qué barbaridad!, y a las ocho, con todo terminado, empiezo a arreglarme. Pienso en Montse y en qué le gustaría ponerse, y opto por un precioso vestido verde esmeralda de cuello *halter,* combinado con unas sandalias doradas y un *clutch* de Jimmy Choo.

Estoy emocionada por salir otra vez con ellos y a las nueve, cuando Javier pasa a recogerme, lo saludo feliz de la vida. Por suerte mis padres no están y podemos irnos pronto hacia casa de

Montse.

—¡Tía! ¡Me encanta! Anda, quítatelo, que estoy nerviosa de ver ese pedazo de vestido. ¡Madre míaaa! —me dice emocionada nada más verme.

Me lo quito entre risas y babeo de nuevo ante su armario. ¡Uau! Hay un vestido negro increíble.

—¡Montse! ¿Tenías este vestido antes? —pregunto sacándolo del armario y casi reverenciándolo.

—No, es nuevo. ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Lo compré pensando en ti; póntelo esta noche, ¡estarás preciosa!

—¿Cómo voy a ponérmelo si tú todavía no lo has estrenado?

—Tontina, si te lo estoy diciendo: lo compré pensando en ti, no en mí. ¡Anda, póntelo, que quiero verte! Aunque es un poco atrevido... tiene mucho escote y no sé si podrás llevar sujetador.

Me lo pruebo y, no, definitivamente tengo que ir sin sujetador, pues tiene un escote de vértigo. Así que, ni corta ni perezosa, me desvisto, me quito el sostén y luego me visto una vez más. Me calzo unos botines con unos taconazos de escándalo y me quedo muerta ante mi reflejo. ¡La madre del cordero! Lo que daría porque Roberto me viera esta noche. Ceñido, con un pronunciadísimo escote y corto hasta lo indecente, es mi sueño hecho realidad. Tras maquillarme con sombras ahumadas, me veo como tantas veces me vi en mi imaginación.

Durante la cena lo pasamos de miedo, como siempre, y a la una y media estamos entrando en ToNigth. No nos piden el carné; la verdad es que todos parecemos más mayores de lo que somos y entramos sin problemas.

Decir que alucino es quedarme corta, muuuy corta. En mi vida había estado en una discoteca y es increíble... ¡lo que me estaba perdiendo, Dios mío! Ir vestida como voy, la música atronadora, las luces y la gente a mi alrededor... hacen que me sienta viva y sonrío feliz. Disfruto de cada segundo, intentando abarcarlo todo con la mirada, y, entre risas, me dirijo a la barra seguida por mis amigos. Ya sé lo que me gusta y me pido un mojito. ¡Qué fresquito y qué rico!

Ya con nuestras consumiciones en la mano, nos dirigimos al centro de la pista, donde bailamos felices olvidándonos del mundo y, aunque intento fingir que no me doy cuenta, es imposible no hacerlo: entre Javier y Toni hay tanta tensión sexual no resuelta que estoy por cogerlos y encerrarlos en una habitación hasta que den rienda suelta a sus sentimientos, pero decido que no es cosa mía y continúo bailando y aparentando que no me entero de nada.

Llevamos casi una hora bailando sin parar; tengo calor y estos tacones están matándome, necesito que me dé el aire y sentarme un poco. Por suerte no soy la única y terminamos saliendo a la megaterraza Javier, Toni y yo.

—Ven, chata, y ponte entre los dos, que hay mucho muerto de hambre por aquí suelto —me dice Toni guiñándome un ojo.

—La tenemos desatada. ¿Tú te crees cómo se nos ha vestido hoy? —le pregunta Javier como si yo no estuviera delante.

—Déjala, hombre; tiene cuerpo para eso y más.

—¿Os dais cuenta de que estoy aquí delante? —pregunto riéndome.

Paseo la mirada por la terraza. Está dividida en dos zonas: una para bailar, con su barra y su disyóquey, y otra más íntima, donde estamos situados, con cómodos sillones y suelo de teca; hay otra barra enfrente de nosotros y... ¡Roberto! Me acelero y casi me ahogo a causa de los nervios. Me giro y, mirando a Toni y a Javier, les pregunto con el corazón en un puño:

—¿Cómo estoy? ¡Rápido! ¿Tengo bien el maquillaje? ¿Y el pelo?

—Sí, hija, y las tetas, de momento, dentro del vestido. ¿Qué te pasa? —me pregunta Toni extrañado.

—Ahora vengo —digo y, levantándome, me dirijo caminando sensualmente, o eso intento, hacia la barra.

Tengo la mirada fija en él y sus ojos se encuentran con los míos. Veo asombro y fascinación en ellos y me excito; estoy cardiaca, pero disimulo y, con todo el aplomo del que soy capaz, llego hasta él.

—¡Hola, Roberto! —exclamo sonriendo.

—¿¡Olivia!? —me pregunta con la sorpresa reflejada en la cara.

—Un día sin verme y ya te has olvidado de mí —bromeo.

—Si mi amigo es capaz de olvidarse de ti, tendremos que llevarlo a urgencias. Me llamo Marcos, encantado de conocerte —me saluda un tío guapísimo, para luego darme dos besos.

—Olivia —me presento yo también.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta otro amigo suyo acercándose a mí—. Por cierto, yo soy Eric.

—No va a tomar nada, porque no va a quedarse —se anticipa Roberto, mirándome con fiereza.

Lo miro extrañada. ¿Por qué está enfadado?

—Joder, tío, vete tú si quieres, ella se queda —contesta Marcos.

—Es mi alumna; ni se te ocurra acercarte a ella, y eso va para todos —les advierte fulminándolos con la mirada.

—Pero ¿tú no dabas clase a niñas de dieciséis años? —pregunta Eric recorriendo descaradamente mi cuerpo con los ojos.

—Las doy, y deja de mirarla, capullo —sisea entre dientes casi mordiéndolo.

—¡Coño! Cuando yo estudiaba, mis compañeras no estaban tan buenas —suelta llevándose el vaso a la boca sin dejar de mirarme.

Roberto me mira traspasándome y, cogiéndome del brazo, me aleja de sus amigos hasta un rincón de la terraza.

—¿Qué haces? —le pregunto enfadadísima, soltándome de un tirón.

—¿Qué coño haces tú? ¿Puedes decirme adónde vas así vestida? ¿Dónde cojones te has dejado la ropa interior? —me increpa echando fuego por la boca—. ¿Y quién te ha maquillado así?

—Pero ¿tú quién te crees que eres? ¡Ni que fueras mi padre! —mascullo con rabia, sintiéndome mal de repente con mi aspecto.

—Si tu padre te hubiera visto así vestida, no hubieses salido de casa.

—Oye, Roberto, sólo he venido a saludarte, pero, si lo sé, ni me acerco.

—¡Tienes dieciséis años, joder! ¡No puedes ir vestida así!

—Así, ¿cómo? ¡Mira que eres hipócrita! Antes de reconocerme, bien que me sonreías, ¡pero si casi has babeado! —lo recrimino tan furiosa como lo está él.

—No he babeado —sisea acercándose peligrosamente a mí.

—Sí lo has hecho —me reafirmo retándolo con la mirada.

—Ve a cambiarte —me ordena con el cuerpo en tensión.

—Ni lo sueñes.

—No pienso repetírtelo.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Mira a tu alrededor, ¿ves a alguna chica vestida con falda hasta los tobillos? ¿O sin maquillar? Roberto, no voy diferente al resto. ¿Qué puñetas te pasa?

—¿Que qué me pasa? —me pregunta apretando los dientes—. Me pasa que eres mi alumna, que tienes dieciséis años y, sobre todo, me pasa que vas medio desnuda.

—En estos momentos no soy tu alumna, y sí, tengo dieciséis años, pero no creo que sea la única de aquí... y eso de que voy medio desnuda es muy relativo, ¿no te parece? ¡Vete a la mierda! —le grito enfadada, para luego darme la vuelta, dispuesta a marcharme.

—¿Qué has dicho? —pregunta en un tono que me acojona, reteniéndome con fuerza por el brazo y haciendo que me gire.

Lo miro suspirando; el viento agita mi rubia melena y me obligo a tranquilizarme.

—Suéltame, Roberto, te estás pasando. Ojalá no te hubiera visto —musito.

Su mano se desliza lentamente por mi brazo desnudo, casi en una caricia, y su mirada busca la mía. De nuevo siento esa corriente tan familiar envolviéndonos y dirijo mi mirada, despacio, hacia su boca, acercándome más a su cuerpo, rozándolo, a un aliento de distancia; ya no está enfadado y percibo el calor que desprende su cuerpo mientras su mano sigue un recorrido tortuoso por mi brazo hasta llegar a la mía, pero, antes de entrelazarla, endurece sus fracciones y se separa de mí.

—Te veo el lunes —masculla dejándome sola, excitada y temblando.

Lo veo llegar a la barra donde están todos sus amigos, que tienen la vista clavada en mí. ¿Qué le pasa? Temblando, me dirijo hasta donde están Javier y Toni, que tampoco se han perdido nada; me hacen un hueco para que me siente entre los dos. Tengo a Roberto y a sus amigos frente a mí, pero los ignoro.

—¿Quién es ése? —me pregunta Javier con seriedad.

—Mi profesor de mates.

—Joder, pues sí que está bueno —suelta Toni sorprendiéndome—. ¿Qué pasa? —le dice a Javier, que lo mira enfadado—. Es la verdad.

—¿Te gusta? —quiere saber Javier.

—Mucho.

—Olivia, es tu profesor, no puedes liarte con él.

—¿Por qué? —demando frustrada.

—Porque va contra las normas y es mucho mayor que tú.

—Dentro de dos años ya no será mi profesor y tengo dieciséis años, legalmente puedo tener relaciones sexuales con quien quiera.

—Pero no con tu profesor. ¡Espera dos años, joder! Vas a meterlo en un lío y a ti también; como tus padres se enteren, te caerá una bien gorda, y a mí por encubrirte.

—Pareces la voz de mi conciencia —lo recrimino enfadada.

—¡Pues escúchala, joder!

—No te quita la mirada de encima —me advierte Toni, que hasta ahora había permanecido en silencio.

—Ya lo sé —le confieso.

—¿Cómo lo sabes si no estás mirándolo?

—Porque lo noto; noto cuándo me mira, el cuerpo me arde.

—Joder, tía, tíratelo; si te gusta, tíratelo —me dice seriamente—. Ya está bien de tanta norma impuesta, estoy harto de lo que se puede hacer y de lo que no.

—¿Cómo puedes aconsejarle eso? —le regaña Javier enfadado.

—Porque, si no lo hace, se arrepentirá toda su vida. Pero ¿tú los has visto cuando estaban juntos? Ahí había mucho sexo contenido, tío. Los dos son adultos, ¿qué más da que sea su profesor?

—Eres un inconsciente, Toni; si los pillan, a ella pueden expulsarla y a él, despedirlo y abrirle un expediente.

Los oigo de fondo. Tengo la mirada atrapada por la de Roberto, que tiene a sus amigos dándole la tabarra, al igual que Javier y Toni están haciendo conmigo. Su mirada abrasadora me excita de nuevo y, sin pensar lo que estoy haciendo, me levanto y me marcho, dejando a Javier y a Toni discutiendo. Me arde la espalda y sé que está siguiéndome.

Me dirijo a un rincón oscuro de la terraza, alejada de las miradas de sus amigos y de los míos, y me doy la vuelta de repente. Está a escasos centímetros de mí. El deseo nos desborda y, sin poder frenar lo que sentimos el uno por el otro, unimos nuestros labios en un ardiente y exigente beso; su lengua busca la mía con rudeza, dejando salir por fin todos los sentimientos durante tanto tiempo reprimidos, mientras sus manos se anclan en mi cintura pegándome a él y haciendo que sienta su potente erección. Gimo en su boca y me restriego instintivamente sobre ella, enredando mis manos en su pelo, besándolo con lujuria y exigiendo de él como él está exigiendo de mí.

Fuera de control, me lleva hasta la pared, donde, con su cuerpo, me aprisiona contra ella, cubriéndome por completo, empujando sus caderas contra las mías y silenciando mis gemidos con sus besos, mientras su mano llega a mi pecho, atrapándolo, llenándose de él y humedeciendo mi sexo, que palpita de deseo hasta dolerme.

—No dejo de repetirme que esto es un error; eres mi alumna y diez años más joven que yo —murmura separándose ligeramente de mí, mirándome con seriedad. Tengo las manos rodeando su cuello y no las aparto por miedo a que se aleje de mí.

—La edad no me importa, Roberto, y dentro de dos años ya no serás mi profesor. ¿Qué más da? —susurro intentando normalizar mi respiración.

—Eres una niña. Oli, sí que importa —murmura apartándose de mí—. Esto no puede volver a suceder, ha sido un error.

—No soy ninguna niña. ¿Y cómo puedes decir que es un error? —le pregunto enfadada.

—¡Porque lo es! —me espeta apretando los puños y alejándose de mí—. Olvida lo que acaba de suceder.

Pero ¿cómo voy a olvidarlo cuando todavía estoy temblando, cuando todavía puedo sentir sus labios sobre los míos y aún perdura dentro de mí la sensación de sus manos sobre mis pechos y su sabor en mi boca? ¿Cómo voy a poder hacerlo cuando mi cuerpo lo reclama a gritos?

Tras un par de respiraciones profundas, llego donde están mis amigos. Roberto y los suyos ya se han ido y me siento de nuevo entre Javier y Toni; están enfadados y yo, triste.

—Javier, quiero marcharme. ¿Dónde está Montse?

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Toni preocupado.

—Nos hemos besado y...

—¿Cómo que os habéis besado? —me corta Javier.

—Ya está bien, ¿quieres? Me gusta muchísimo y quiero estar con él.

—Olivia, pero ¿tú estás loca?

—No, y no te preocupes: él no quiere estar conmigo. Piensa exactamente como tú, así que ahórrate el discursito —replico cabreada.

—Oye, no te enfades, ¿vale? Si te lo digo es porque me importas mucho y no quiero verte

sufrir.

De repente siento remordimientos; si estoy aquí es gracias a él, y que se preocupe por mí sólo demuestra sus buenos sentimientos.

—Lo siento. Vámonos, ¿vale?

—Vamos a buscar a Montse, de todas formas ya es tarde.

Llego a mi casa y, de puntillas, me dirijo a mi habitación. Es tarde y no quiero darles motivos a mis padres para castigarme sin salir. Me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 11

Llego a la cocina enfadada y preocupada a partes iguales. ¿Cómo pueden poner en riesgo la salud de la señora y del bebé de esa forma tan inconsciente?

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Rosa, que acaba de entrar cargada con una cantidad considerable de platos.

—Nada, que mis manos no tienen suficiente categoría para traer a ese bebé al mundo —contesto mientras un trueno amortigua mis palabras, estremeciéndome.

—Te lo dije; reza para que no te despida Dolores.

—Mira, Rosa: he hecho lo que consideraba correcto, ofrecer mi ayuda —le digo cortante. Ahora no estoy para broncas de nadie.

—Ha sobrado casi toda la cena, qué lástima de comida. —Oigo a Luisa a mis espaldas, pero no me vuelvo y sigo mirando a Rosa, enfadada.

—Esta noche se presenta larga y movidita; déjala a la vista, terminarán comiéndosela —le contesta María—. Marcela... has hecho bien.

Me giro para mirarla. No tengo mucha relación ni con ella ni con Luisa, pero siempre estoy dispuesta a dar la mano cuando alguien me tiende la suya.

—Gracias —le contesto sonriendo, agradecida—. Voy a cambiarme o cogeré un resfriado, seguro.

Llego a mi habitación y me quito el vestido mojado; tengo frío y me seco frotando mi cuerpo para entrar en calor, para luego vestirme otra vez, y mi cuerpo se estremece ante la calidez del tejido. Una vez lista, me dirijo al salón para ayudar a quitar la mesa, y ni Pedro ni el médico han hecho acto de presencia todavía.

—No vayas, ya has ofrecido tu ayuda y la han rechazado, no insistas —me recomienda Rosa leyendo mis pensamientos mientras nos dirigimos a la cocina—. Dolores ha pedido que preparemos café; ayúdame y deja de calentarte la cabeza.

—Marcela. —Me giro de repente ante el sonido de su voz... Juan—. Ven conmigo, mi madre puede decir lo que quiera. Prepara lo que necesites, vas a ayudar a nacer a mi sobrino.

No necesito que me lo repitan dos veces y me activo al instante.

—Rosa, pon a calentar agua. María, prepara toallas, y usted y yo vamos a llevar a su hermana a una habitación donde pueda estar más cómoda; ese sillón no es el lugar más apropiado para tener un bebé —ordeno, limpiándome concienzudamente las manos, tal y como me enseñó a hacer Inés, mientras fuera el viento aúlla con fuerza mezclándose con el sonido de los truenos. Su voz, hoy más que nunca, resuena con fuerza en mi cabeza: «A una vida nueva se la recibe con las manos limpias».

Llego de nuevo a la salita donde están todos, pero esta vez la cercanía y el apoyo de Juan me dan fuerzas y entro sintiéndome segura.

—Beatriz, acompáñame a tu habitación, Marcela te ayudará en el parto.

—¡Juan! —grita la señora soltando la mano de su hija y poniéndose en pie—. ¿Cómo te atreves?

—Ni una palabra, madre —ordena con determinación. Su voz retumba en la estancia y su espalda me sirve como escudo para protegerme de la mirada fulminante de Dolores—. Mire el tiempo que hace ahí fuera; hace casi una hora que el cochero salió en busca de don Jaime y todavía no han vuelto. ¿No ve que Beatriz no puede más?

—Lo sé, hijo, pero ya no tardarán...

—Eso usted no lo sabe. No quiero oír ni una palabra, está decidido.

—Opino igual que Juan —secunda don Enrique, el señor, que hasta este momento había permanecido en silencio—. Matilde, si esta señorita puede ayudar a nuestra hija, no veo por qué no ha de hacerlo. Beatriz ya está sufriendo suficiente como para tener que alargarle más la agonía. Adelante, señorita, haga lo que crea más conveniente.

—Gracias —murmuro agradecida.

Entre Juan y don Enrique trasladan a la señora Beatriz a su habitación, ante la fría mirada de la señora y de Dolores.

—Te arrepentirás de lo que has hecho —murmura Dolores sólo para mí—. Cuando termines, prepara tu maleta; te quiero fuera de esta casa cuanto antes.

La miro con altivez por primera vez desde que llegué aquí. Sé que esta noche me he ganado una enemiga, pero no me importa. Por increíble que parezca, ahora sólo me importan el bebé y la señora Beatriz, que ya está acostada en la cama, ayudada por María y Rosa.

—No pienso moverme de aquí; quiero ver si estás preparada para ayudar a nacer a mi nieto —me dice con soberbia la señora, sentándose erguida al lado de la cama—. Reza para que no le ocurra nada ni al niño ni a mi hija.

No le contesto y continúo con lo mío, encomendándome a santa Lutgarda para que todo salga bien.

—Desnúdese, señora. ¿Tiene algún camisón? Así vestida no puede parir.

—Toma, Marcela —me dice María tendiéndome uno junto con las toallas que le había pedido.

—Gracias, María. —Sé que esta noche, aparte de una enemiga, también he ganado una amiga—. Necesito que alguien se quede conmigo por si necesito ayuda.

—Tranquila, yo lo haré —se ofrece sonriendo.

—Y yo —secunda Rosa, sonriéndome y dándome su apoyo.

Entre las tres desnudamos a la señora, le ponemos el camisón y, cuando lo tengo todo listo, la palpo por fin. Me picaban las manos por la necesidad de hacerlo. Sé que debo ser yo quien ayude a nacer a este bebé... lo siento, como si estuviera escrito en las estrellas, sé que debe ser así. Cierro los ojos para concentrarme mejor y pongo todos mis sentidos en lo que voy tocando; está a punto, pero el bebé está demasiado arriba y no termina de colocarse.

—Ayudadme a apretarle la barriga; tenemos que conseguir que el bebé baje y se encaje —les pido cogiéndoles las manos e indicándoles los movimientos a realizar, como hacia Inés conmigo.

—¿Qué hacéis? —nos grita la señora Matilde ante la mirada de espanto de la señora Beatriz —. ¡Dejad de apretarle la tripa así! ¿Estáis locas? ¡Vais a hacerle daño al bebé!

—Señora, nunca le haría daño, no se preocupe, sé lo que hago —le contesto intentando tranquilizarla—. Necesito que, cuando sienta dolor, empuje fuerte hasta que éste finalice, ¿de

acuerdo? —le pregunto a la señora Beatriz.

—No puedo —nos dice quejosa—, me duele demasiado.

—Señora, míreme —le ordeno con firmeza—. Debe hacer un poder... por el bebé; le aseguro que sí puede. Desde el inicio de los tiempos, todas las mujeres han podido, así que usted también, ¡empuje!

—Hasta que no veas sudar las paredes, no parirás, te lo digo yo, que parí cuatro veces —le dice la señora apretándole la mano.

—¡Quiero morirme! —murmura llorando.

—Lo está haciendo muy bien; continúe empujando, por favor. Sé que está exhausta, pero necesito que me ayude, yo sola no puedo. —Siento las gotas de sudor deslizarse por mi espalda y por mi frente; estoy tensa y temerosa, aunque no lo demuestre; nunca había hecho esto yo sola y temo que algo pueda salir mal.

—Marcela, ¿puedes acercarte, por favor? —me pregunta Juan desde el umbral de la puerta.

Estoy sentada de espaldas a él, sudada y tensa.

—Señorito, no puedo moverme de aquí. ¿Qué necesita? —le pregunto con la mirada fija en esa cabecita que lucha por salir—. Venga, señora, un último empujón y lo tenemos. ¡Empuje! ¡Ahora!

«El milagro de la vida», pienso emocionada mientras veo maravillada cómo el bebé nace ayudado por mí hasta tenerlo entre mis brazos. Es una niña pequeñita y con unos potentes pulmones a juzgar por sus llantos.

—Enhorabuena, señora, ha tenido una niña preciosa —le digo cortando el cordón y envolviéndola en una toalla.

—¡Hija! ¡Lo has hecho muy bien! Ahora descansa, corazón —susurra la señora limpiando la frente sudorosa de la señora Beatriz, que está agotada.

—¡Marcela! —Me giro de repente y mi mirada se encuentra de nuevo con la de Juan, que se halla a mi lado mirándome asombrado, como nunca nadie había hecho hasta ahora—. Sabía que lo conseguirías; gracias a ti, mi sobrina está aquí.

—Si su sobrina ha nacido, ha sido gracias a su hermana: ella es la que ha hecho todo el esfuerzo, yo sólo he puesto mis manos. —A pesar de mis palabras, dentro de mí estoy llena de satisfacción por tener a esta criaturita entre mis brazos.

—No te quites méritos —murmura sólo para nosotros mientras sus manos acarician las mías, que sujetan con ternura a su sobrina—. Es preciosa, gracias.

Sus palabras son como un beso, su mirada me envuelve y sus manos cubren las mías alrededor de la niña. Y, aunque fuera los espíritus se empeñan en terminar con el mundo, dentro de la casa, en el pequeño espacio que ocupamos Juan y yo, otros espíritus están haciendo crecer algo más importante, algo único e indivisible a pesar de todo y de todos.

—¡Niña! Acércame a mi nieta, mi hija querrá verla. ¡Juan! ¡No acapares!

Voy a sonreír por la expresividad de la señora, cuando siento cómo éste entrelaza sus dedos entre los míos y nuestras miradas quedan atrapadas de nuevo.

—Deje que le dé un beso a la niña y se la llevo en un minuto, madre. Luego podrá acapararla usted todo lo que quiera —le contesta zalamero, acercándose peligrosamente a mí... estamos tan juntos... sólo este bebé nos separa y puedo sentir la calidez de su cuerpo, haciendo que me sonroje.

—Te estaré esperando en la bodega, acude allí cuando termines —susurra mientras deposita un dulce beso en la frente de la pequeña—. No te retrases.

Sin darme opción a réplica, coge a la criatura de entre mis brazos para acercársela a la señora, alejándose de mí.

El olor de la sangre entremezclado con el del sudor inunda mis fosas nasales; miles de sentimientos bullen dentro de mí, miedos y temores sumados al orgullo de tener a ese bebé por fin entre mis brazos, y Juan... sus manos cubriendo las mías alrededor de esa niña que, sin conocerla, es tan especial para mí; su voz, su mirada y nuestra cita en la bodega... «Pero ¿debo ir? —me pregunto abriendo los ojos de repente y reconociendo mi habitación—. Sólo era un sueño», pienso apesadumbrada. De nuevo he soñado con Marcela y ha sido tan real como siempre. ¿Qué sucederá ahora? ¿Acudirá a su cita en la bodega? Pero Dolores la ha despedido... ¡Mierda! ¿Por qué he tenido que despertarme ahora?

Me levanto a regañadientes. Hoy tengo que acudir con mi madre a un mercadillo solidario. ¡Mi sueño hecho realidad! *Celebrities*, *glamour* y prensa a tutiplén, todo lo que tanto le gusta a mi madre y yo tanto detesto. Me ducho, me visto y me seco el pelo siguiendo sus indicaciones y el resultado, como de costumbre, es espectacular. Llevo unos pantalones anchos con una camiseta básica de Hugo Boss y unas sandalias de Carolina Herrera preciosas. Como complementos, unos pendientes de aro a juego con los brazaletes. Estoy segura de que, si Montse me viera, se volvería loca, porque voy monísima de la muerte.

Llegamos y mi madre se hace con el control de la situación, manipulándome por completo sin dejar de sonreír. Me obliga a posar en el *photocall*, a pesar de saber que lo odio, y sonrío a la prensa con desgana. Por suerte puedo empezar a respirar cuando veo a Javier a lo lejos.

—¡Mamá! Ha venido Javier, ¿puedo acercarme a saludarlo?

—¡Por supuesto! Cuqui y yo estamos encantadísimas de que seáis tan amigos.

—Genial, luego te busco.

Llego hasta Javier sonriendo y lo saludo con un beso.

—¡Mi salvador! ¡Sácame de aquí o moriré asfixiada! —le pido riendo.

—¡Olivia! ¿Qué haces aquí, loquita? —me dice riendo con esa risa tan contagiosa suya, alejándome de todo el bullicio.

—Lo mismo que tú, aburrirme como una ostra. ¿Cómo estás? —le pregunto en voz baja mientras abandonamos el recinto.

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Porque ayer discutiste con Toni por mi culpa. ¿Qué os pasó?

—Nada, no te preocupes —contesta mientras paseamos sin rumbo.

—No quieres que me preocupe por ti, pero tú sí lo haces por mí. Oye, no voy a juzgarte. ¿Por qué no confías en mí? —le planteo sin poder morderme la lengua.

—Estoy con Toni —me confiesa por fin.

—Ahora cuéntame algo que no sepa —replico sonriendo.

—¿Lo sabías? —me demanda asombrado.

—Claro, cariño, esas cosas se notan, al igual que he notado que eres tú quien no quiere hacerlo público. Es por tus padres, ¿verdad?

—Siempre es por ellos. Olivia, si mis padres llegaran a enterarse de que soy gay, no quiero ni imaginar la que se organizaría. Por eso soy tan precavido, porque no puedo soportar mi vida sin Toni y debo ir con cuidado para no meter la pata y que todo se sepa.

—Y Toni no quiere esconderse, ¿no es así?

—Me costó mucho aceptar que me gustaba, pero él nunca se rindió y luchó por mí en todo momento. Él, más que nadie, sabe la situación que tengo en casa, y entre nosotros quedó claro desde el principio que debíamos ocultar nuestra relación... pero últimamente lo encuentro enfadado; siempre está recriminándome que sea tan prudente, pero debo serlo por mi padre. ¿Y si me hicieran una foto comprometida, Olivia? Sería un escándalo y lo pondría en un aprieto. Sabes lo que piensan de los gays en el partido y, si se hiciera público, podría arruinar su carrera.

—Nuestra vida es puro teatro —suspiro frustrada—. Entiendo que Toni esté cansado de esconderse, pero debería tener claro que una fotografía de los dos juntos sería un caramelito para la prensa y el final de vuestra relación. ¿Quieres que hable con él?

—No hace falta, al final lo entenderá, tiene que hacerlo —repite intentando convencerse a sí mismo.

—Claro que lo hará, tranquilo —afirmo procurando sonar convincente.

—Siento no habértelo contado antes.

—¿Lo sabe alguien más?

—Sólo Montse, pero me temo que los demás se lo huelen.

—Gracias por confiar en mí. Te quiero mucho, ¿lo sabes, verdad?

—Y yo a ti, loquita. —Sus brazos me envuelven al igual que sus sentimientos. Puede que no nos queramos de la forma que creen nuestros padres, pero sí de una manera sincera, de esa que sabes que, pase lo que pase, nada cambiará.

Volvemos al recinto ferial y nos mezclamos de nuevo con todos. Es un tostón de campeonato, pero por lo menos estoy con Javier, que me divierte con sus comentarios y la tarde pasa más rápida que la mañana.

Cuando llego a casa, estoy cansada y deseando acostarme para soñar con Marcela. Puede que esté chiflada, pero necesito saber qué va a suceder ahora. Me siento como si estuviera viviendo dos vidas, la suya y la mía, tan diferentes y tan similares a la vez. Me doy una ducha rápida y, sin cenar, me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 12

Está amaneciendo cuando termino con la señora, quien, exhausta, duerme tranquila, y, en medio de un intenso conflicto conmigo misma, me dirijo a mi habitación. «Puede que Juan esté esperándome en la bodega, pero ¿debo ir?» me pregunto abriendo mi maleta y metiendo mis escasas pertenencias dentro de ella.

—Marcela, ¿qué haces? —me pregunta Rosa entrando en la estancia.

—¿Dónde estabas?

—¿Te ha despedido Dolores? —me interroga de nuevo, ignorando mi pregunta anterior.

—Sí, el pago por ayudar a nacer a esa niña ha sido mi despido, y no me lo digas, ya sé que me lo advertiste, pero, mira la hora que es y todavía no han llegado: esa niña iba a nacer de todas formas, con o sin mi ayuda. Suerte han tenido de que estuviera allí.

—Acaban de llegar ahora; al parecer el médico ha tenido una noche de espanto y la tormenta no ha ayudado. Según he podido oír por su boca, has hecho un buen trabajo y quería venir a hablar contigo, pero Dolores se lo ha impedido.

—¿No me digas? Esa mujer manda aquí más que la propia señora; hace y deshace como le viene en gana —replico enfadada, metiendo mis últimas pertenencias en la maleta.

—Cuéntale a la señora que Dolores te ha despedido. Has ayudado a nacer a su nieta, te lo deben.

—A mí no me deben nada. Además, ¿de verdad crees que la señora se pondría en contra de Dolores? Ella es quien lleva el servicio y la casa, y bien ancho que le viene a ella. Mantenerme en la casa sería desautorizarla frente a todos por alguien que acaba de llegar.

—Ese alguien ha traído a su nieta al mundo —me rebate Rosa enfadada.

—Eso no importa. Me marcho —susurro a punto de llorar—. ¡Ea! Dame un abrazo, jodía, que a saber cuándo vuelvo a verte.

—Si tú te vas, yo me voy contigo. Buscaremos otra casa, pero llegamos juntas y nos vamos juntas también. Dame diez minutos y nos largamos, así de paso jodemos un poco a Dolores: poca gracia le hará quedarse sin dos criadas de golpe con un bebé en la casa.

—Pero ¿tú estás loca? Anda, no digas disparates. Tú te quedas aquí, que yo ya me apañaré, no te preocupes.

—¡Que no! Y no me repliques más, que, si tú eres terca, yo lo soy el doble. ¡Ea! Espérame abajo, que en na *voy.*

—Mira que eres zopenca —suelto frustrada.

—Lo que tú digas, pero no voy a permitir que te marches sola, y ahora... ¡humo! —me dice sacándome de la habitación.

Me dispongo a buscar a Dolores para decirle que tanto Rosa como yo nos marchamos, cuando me tropiezo de nuevo con él.

—¿Adónde vas con esa maleta? —me pregunta confuso.

—Estoy despedida, señorito, y ahora, si me lo permite, tengo que encontrar a Dolores —le confieso con un nudo en la garganta.

—¿Cómo que estás despedida? —Sus ojos desprenden furia.

—Dolores me advirtió de que no interfiriera y la desobedecí a sabiendas de lo que podía ocurrir —le revelo mirando al suelo—. Debo irme, señorito; espero que le vaya todo bien.

—Tú no te vas a ningún sitio —me replica enfadado, cogiéndome la maleta con una mano y asiéndome la otra con fuerza para llevarme con decisión hasta la bodega.

Entramos y cierra con rabia.

—Creía que te había dicho claramente que nos veríamos aquí. ¿Te hubieras marchado sin despedirte sabiendo que estaba aquí esperándote?

—Señorito, esto no es correcto; si alguien nos viera, pensaría algo que no es y...

—Si alguien nos viera, pensaría exactamente lo que es. Mírame —me ordena acercándose a mí hasta quedar casi pegado a mi cuerpo, que ha ido retrocediendo hasta llegar a la pared—. Marcela, por favor, no te apartes —murmura con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—Señorito... —Mis palabras quedan ahogadas por sus labios, que me besan posesivos, haciéndolos suyos; sus brazos envuelven mi cintura y me siento pequeña entre ellos—. Juan... ¿qué estás haciendo? —susurro tuteándolo sin darme cuenta.

—Lo que llevo deseando hacer desde que te vi —murmura sin separar sus labios de los míos —. Déjate ir, Marcela —me pide profundizando en el beso. Su ávida lengua se abre paso en mi boca enredándose con la mía y un gemido ronco sale de mi garganta, avergonzándome. ¿Qué estoy haciendo? ¿Así es cómo honro a mis padres?

—No, Juan, apártate, por favor; esto no está bien —farfullo nerviosa intentando apartarme de él.

—Somos adultos y nos gustamos. ¿Qué problema hay?

—¿Qué problema hay? —Mi voz suena incrédula; no puedo creer que me pregunte eso—. ¿De verdad tengo que explícaselo? Usted es el señorito y yo... ¡una criada que no tiene dónde caerse muerta! ¡Ahí tiene el problema! ¿Le parece poco?

—Si a mí no me importa, ¿por qué ha de importarte a ti? —me pregunta acariciando mis labios con sus dedos—. Son deliciosos, como tú; no me prives de ellos —susurra acercándose de nuevo a mí y besándome con dulzura, deshaciéndome.

Su beso es lento, tortuoso; sus manos acarician mi cuerpo levemente, estremeciéndome; su lengua roza la mía otra vez, despertando mi cuerpo hasta ahora dormido, avivándolo... necesito más y olvido todas mis buenas intenciones para corresponderle. Mi cuerpo es suyo y es mi lengua la que sale tímida al encuentro de la suya, son mis manos las que recorren su cuerpo y es su gemido el que sale de su garganta, haciendo que mi cuerpo se estremezca por él.

—¡Marcela! ¿Dónde te has metido? —La voz de Rosa me devuelve a la realidad de golpe y me aparto de Juan con el corazón atronándome en la garganta.

Me despierto con el corazón latiendo desbocado dentro de mí, con miles de sensaciones ahogándome. He sentido cada momento del sueño como si lo hubiese vivido yo misma... ese beso entre ellos ha sido tan intenso como el que nos dimos Roberto y yo hace dos días, las mismas sensaciones, los mismos temores... Además, ha sido el primer beso tanto para Marcela como para mí. «¿Quién eres, Marcela? ¿Y por qué tu historia es tan similar a la mía?», me

pregunto sin cesar, agobiándome por no saber las respuestas. Además, como siempre, el despertador tiene que sonar en el momento menos oportuno. ¿Los habrá pillado Rosa besándose? ¿Se marchará de la casa o Juan lo impedirá? ¡Necesito saberlo!

Miro el despertador y mi realidad se impone con fuerza. Es lunes y voy a ver a Roberto de nuevo, estoy nerviosa. ¿Qué pasará ahora entre nosotros? ¿Cómo debo tratarlo? Y otra vez Marcela irrumpe con fuerza en mis pensamientos. ¿Cómo se sentirá ella después de ese beso con Juan?

Me meto en la ducha y pongo, una vez más, especial interés en arreglarme; quiero estar guapa y provocarlo, que me desee de nuevo. Me hago una cola alta, dejando mi cuello despejado, y desabrocho los primeros botones de mi blusa. Me pongo mi colonia favorita y salgo disparada hacia el colegio.

Llego puntual y, con los nervios de punta, me dirijo al aula de refuerzo.

—Buenos días —murmuro con el corazón en la garganta.

—Buenos días. —Está escribiendo en la pizarra y me contesta sin volverse.

Dejo mi mochila y me acerco a él.

—Aquí tiene los ejercicios de castigo —le anuncio tendiéndoselos y hablándole de usted de nuevo.

—Déjelos sobre la mesa y acérquese —me pide con voz acerada.

¡Joder! ¿Por qué no me mira?

Empieza con sus explicaciones y me cuesta la vida seguirle el ritmo, pero me obligo a centrar la mirada en la pizarra y en los problemas.

—Vamos a ver si lo ha entendido. Resuelva estos ejercicios en voz alta.

Empiezo titubeante. ¡Uf, qué difíciles!, y de repente me doy cuenta de algo.

—Ha explicado los ejercicios de un tema entero; si los resuelvo todos correctamente, estará castigado.

—Hoy no vamos a jugar, limítese a realizarlos correctamente —me contesta con seriedad, marcando claramente los límites entre profesor y alumna.

—Acabo de entregarle tres folios llenos de ejercicios por delante y por detrás, no puede echarse atrás ahora —me quejo retándolo con la mirada—. No haber empezado el juego si no estaba dispuesto a terminarlo.

Me giro dándole la espalda sin esperar su respuesta y empiezo a resolverlos todos. Son complicados, pero, desde que él me da clases, las mates han dejado de ser un problema para mí y las entiendo fácilmente. Uno a uno voy resolviéndolos y, cuando llego al último, sonrío. Tengo su beso al alcance de mi mano y esta vez sí voy a conseguirlo.

Me giro cuando acabo y lo miro triunfante.

—¿No dice nada?

Está detrás de mí; siento su cuerpo en tensión y su mirada me traspasa.

—Están bien —masculla.

—Y usted, castigado.

—¿Y puede saberse en qué consiste mi castigo? —pregunta con el ceño fruncido.

Estamos a escasos centímetros. Guardo silencio y siento nuevamente esa corriente envolviéndonos.

—Tiene que besarme —susurro.

—Ese castigo no guarda relación con las matemáticas, no es válido —me suelta con voz contenida y la mandíbula apretada.

—Este juego no tiene reglas; aceptaste sin saber en qué consistía y has perdido. Bésame.

—¿Vuelves a tutearme? —me pregunta con voz ronca.

—¿Prefiere que le hable de usted? —le pregunto excitada al pensar en sus labios sobre los míos de nuevo y en mis manos enredadas en su pelo.

—Es lo correcto, soy tu profesor —murmura bajando la mirada hasta mi boca.

—Entonces, cállese y béseme —musito.

Se acerca más a mí. Veo deseo en su mirada. Mis pechos rozan su cuerpo y su mano envuelve mi nuca en una leve caricia, mientras su otra mano asciende despacio por mi pierna, levantándome ligeramente la falda. Nos miramos con la respiración agitada y, acercando sus labios a los míos, los hace suyos besándome posesivamente y erizándome por completo. Su lengua se enreda con la mía, arrancándome gemidos de puro placer, mientras su mano inicia un recorrido por debajo de mi falda hasta llegar a mis braguitas; estoy mojada y deseo que me toque, pero soy demasiado tímida e inexperta para decirle lo que quiero... y entonces se aparta otra vez, mirándome enfadado.

—¡Mierda, Olivia!

Lo miro jadeando. Mierda, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Oye, esto no puede continuar. Soy tu profesor, pero hasta yo mismo lo olvido cuando estoy cerca de ti —masculla yendo hacia la ventana, alejándose de mí—. Lo siento, pero no puedo seguir dándote clases a ti sola. Búscate a alguien que me sustituya, porque ésta es la última clase que te doy.

—No puedes hablar en serio —murmuro con un nudo en la garganta—. No quiero que otro me dé clase, tú eres el único que me ha hecho entender las mates.

—Lo siento, Olivia. Seguro que, al final, encuentras a alguien que pueda ayudarte.

—Ya lo he encontrado y eres tú. Te prometo que no volveré a pedirte que me beses.

—¿No lo entiendes? No se trata de ti, se trata de mí. Vete, son las nueve —me dice con rabia dándome la espalda y empezando a recoger sus cosas.

Lo miro a punto de llorar, pero soy demasiado orgullosa para hacerlo y, tras coger mi mochila, salgo del aula de refuerzo sin mirar atrás. Ojalá tuviera dieciocho años. Y, ahora, ¿qué se supone que debo hacer en sus clases? ¿Atender a sus explicaciones? Pero si no sé ni por dónde va...

Llego hecha polvo a clase y me siento; no puedo creer que ya no vaya a darme clases y dirijo la mirada hacia la ventana. Percibo su presencia, pero no lo miro.

—Olivia —me llama con voz tensa—: haga estos ejercicios ahora, son sobre el tema que acabo de explicarle.

—¿Continúa mi adaptación curricular? —pregunto en voz baja.

—Por supuesto.

Cojo los ejercicios y bajo la mirada hacia ellos. Todavía siento la sensación de sus manos recorriendo mi cuerpo y su lengua enredada con la mía, y pensar que no va a volver a darme clases ni volverá a besarme me rompe por dentro, pero alejo mis sentimientos y me centro en resolverlos.

Paso la hora entera trabajando en ellos. Tengo muchas dudas, pero me estrujo la cabeza y no le hago ni una pregunta; en estos momentos soy incapaz de mirarlo sin echarme a llorar. Suena la campana y se los entrego evitando el contacto visual.

Veo cómo abandona la clase y siento ganas de salir corriendo tras él, pero me agarro a la silla, obligándome a quedarme sentada; antes muerta. Nunca estaré con nadie que piense que

estar conmigo es un error, para eso ya tengo a mis padres, y paso el resto del día como un alma en pena. Hasta ahora no me había dado cuenta de que Roberto y sus clases estaban dándome la felicidad.

Son las ocho y estoy en mi habitación cuando entra mi madre hecha una furia.

—¿Sabes quién me ha llamado?

—¿Quién, mamá? —le pregunto alucinada. Voy a hacerme fan de quien haya sido capaz de poner a mi madre en ese estado. Ella, el control personificado, el saber estar hecho mujer, completamente de los nervios.

—Tu tutor, un tal Roberto Arribas —suelta con despecho—. Se ha empeñado en hablar con tu padre y conmigo. Tenemos una tutoría el próximo lunes con él. ¿Has hecho algo que deba saber, Olivia? —me pregunta fulminándome con sus increíbles ojos azules, que arden de rabia.

Recuerdo de golpe cuando le conté mis problemas con mis padres y cómo me dijo que iba a involucrarlos en mi educación. ¡Mierda! ¿Por qué no lo ha dejado correr?

—No lo sé, mamá; supongo que querrá conoceros.

—Conocernos, ¿para qué? Ni que tuvieras tres años. Es un insolente. Le he dicho que, si quería algo, me enviara un *e-mail,* pero se ha empeñado en reunirse con nosotros. ¡Creerá que no tenemos otra cosa que hacer que perder el tiempo en reuniones de colegio! Por tu bien, Olivia, espero que no hayas hecho nada —me dice con odio abandonando mi cuarto.

Dejo salir mis lágrimas libremente, sin molestarme en secarlas. Como si no tuviera suficiente con lo de Roberto, sólo me faltaba mi madre. Necesito hablar con alguien y llamo a Javier.

—Hola, loquita. ¿Qué te pasa?—me pregunta con su habitual buen humor.

—Roberto ya no quiere darme clases —digo en un sollozo.

—¿Y eso?

—Porque nos hemos besado de nuevo. Javier, lo quiero, de verdad, y no quiero que se aleje de mí —farfullo entre lloros.

—¿Lo quieres o lo deseas? Apenas lo conoces, Olivia, no puedes quererlo. El amor no surge tan rápido

—¿Quién ha dicho eso? —le rebato secándome las lágrimas—. ¿No crees en el amor a primera vista? Ya sé que apenas nos conocemos, pero desde el principio sentí una conexión muy fuerte con él; no es sólo deseo, Javier, y estoy segura de que él siente lo mismo por mí.

—Aunque así fuera, está intentando hacer lo correcto: él es tu profesor y tú, su alumna. Déjalo estar, Olivia, y respeta su decisión. Es lo mejor para los dos. Oye, ¿quieres que pase a recogerte y cenamos algo por ahí?

—Es lunes, no creo que mis padres me dejen salir.

—Si vienes conmigo, sí. Cenamos una hamburguesa y volvemos pronto. ¿Qué dices?

—Vale.

—Te recojo en diez minutos.

Cuelgo y salgo en busca de mi madre, que se encuentra en su enorme vestidor.

—Mamá, ¿puedo ir a cenar con Javier una hamburguesa? No tardaré en volver.

—Ve —me contesta cortante sin mirarme, demasiado ocupada eligiendo su *look* como para cederme unos minutos de su valioso tiempo.

—¿Cenas fuera? —le pregunto en un intento de entablar conversación con ella y necesitándola. Necesito a mi madre, necesito que me mire, que me pregunte qué me sucede y que me abrace.

—Sí, voy a cenar con tu padre y unos colegas suyos —me contesta envarada, como siempre

que intento mantener una conversación con ella.

—Ese vestido es bonito —insisto suplicándole con la mirada.

—Lo sé. Voy a darme un baño —me anuncia, y se marcha dejándome en su fantástico vestidor, sintiéndome más sola que nunca.

Javier pasa a recogerme puntual y nos dirigimos a una hamburguesería nueva que han abierto en el centro y, entre bocado y bocado, me desahogo con él. Le hablo de Roberto, de mis padres y de lo sola que me siento en casa; hablar con él me tranquiliza y, cuando vuelvo a casa, me siento un poco más serena y animada.

Me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 13

Lo miro aterrada. Por suerte la voz de Rosa se aleja y suspiro aliviada.

—Tengo que irme —susurro cogiendo mi vieja maleta. Estoy confusa y avergonzada por mi efusiva reacción, y evito mirarlo.

—Te repito que tú no te vas a ningún sitio. Ve a tu habitación; voy a hablar inmediatamente con Dolores —me ordena con determinación.

—Mire, señorito, no quiero más problemas con esa mujer. Además, esto que ha sucedido entre usted y yo es un error y lo mejor será que me marche. —Le hablo de usted a propósito; necesito marcar las distancias y que entienda que esto no va a repetirse, aunque lo desee más que nada en mi vida.

—¿De verdad piensas que es un error? —me pregunta apretando la mandíbula.

—Sí, lo pienso, y usted debería hacer lo mismo. ¿Qué cree que pensarían sus padres si le vieran besándose conmigo? No lo haga más difícil y déjeme ir, Rosa me está buscando.

—Estás loca si piensas que voy a dejarte marchar —me espeta y, abriendo la puerta de la bodega, sale hecho una furia, dejándome hecha un mar de dudas.

Cojo la maleta y me encamino en busca de Rosa, cuando me llega la voz de Juan desde la biblioteca.

—¿Ése es el pago que obtienen esas mujeres por ayudar a nacer a mi sobrina? ¿Quieres explicarme qué hubiera sucedido esta noche si ellas no hubieran estado en la casa? ¿Hubieras sido tú quien hubiera prestado tu ayuda? ¡Contéstame, Dolores! —Su vozarrón llega hasta mí, estremeciéndome.

—Juanito, hijo, no te enfades conmigo; entiende que no puedo aceptar que esa ramplona me desobedezca tan descaradamente. Sólo la he echado a ella, la otra se va porque quiere. —La voz de Dolores suena melosa, pero sé que es todo falsedad; estos pocos días en la casa han sido suficiente para calarla.

—Estás olvidando que fui yo quien fue a buscarla para que ayudara a Beatriz. Esa muchacha se limitó a obedecerme. —Su voz arde de rabia contenida y aprieto el asa de la maleta, agudizando el oído.

—¡Marcela! ¿Qué haces aquí escuchando? ¡Ea! Larguémonos de esta casa. En este sobre está tu parné y el mío; aquí ya no tenemos nada que hacer —dice Rosa tirando de mí.

Sé que tiene razón. Además, si me quedara, Dolores me haría la vida imposible, así que lo mejor que puedo hacer es irme.

Abrimos la puerta y el fresco de la noche golpea mi rostro. Gracias a Dios la lluvia ha cesado, llevándose con ella la suciedad y los malos olores. No nos hemos despedido de nadie de la casa, prácticamente estamos saliendo a hurtadillas, como si hubiéramos cometido un delito, cuando lo único que hemos hecho ha sido prestar nuestros servicios y ayudar como buenamente

hemos podido; pero para ellos somos algo menos que nada y estoy segura de que mañana serán otras criadas las que ocuparán nuestro lugar y nadie se acordará de Rosa y de mí.

—Vámonos, tienes razón, no tenemos nada que hacer aquí —murmuro con los ojos anegados por las lágrimas. A pesar de mis palabras, no quiero marcharme, no quiero alejarme de él, y siento el vacío instalándose en mi interior.

—Y tú, ¿por qué lloras, si puede saberse?

—Porque mira dónde estamos... por culpa de mi tozudez, te he arrastrado conmigo. Lo siento, Rosa, debería haberte hecho caso. —A pesar de que mi llanto es por Juan, también hay mucha verdad en mis palabras.

—Me marcho porque quiero, así que ni una palabra más. ¡Ea, andando!

Me despierto llorando. «No quiero alejarme de él ni quiero servir en otra casa que no sea ésta, pero Dolores me haría la vida imposible si me quedara. Además, ¿qué futuro me espera con Juan, teniendo en cuenta los planes casamenteros de la señora? Sólo sufrimiento», pienso secándome las lágrimas y reconociendo mi habitación de repente. He vuelto a soñar con Marcela y sus sentimientos perduran dentro de mi corazón como si de los míos se tratase, entremezclándose y arañándome el alma... Juan, Roberto, dos hombres tan distintos y tan dentro de mí. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué hará Marcela ahora?

Miro el reloj. Todavía es pronto; no hace ni una semana que empecé mis clases con Roberto y ya han terminado. No he necesitado ni una semana para alejarlo de mí y siento un vacío helado en mi interior, el mismo que ha sentido Marcela hace un momento en mi sueño, y me paralizo... ¿Cómo podemos compartir los mismos sentimientos en el mismo momento con más de cien años de diferencia? ¿Qué clase de locura es ésta?

Me tumbo de nuevo en la cama sin entender nada y cierro los ojos. Y, ahora, ¿qué?

Llego al colegio a las nueve como todas mis compañeras. Teresa me ve hacerlo y se acerca a mí extrañada.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿No tienes clase de mates?

—Roberto ya no podrá darme más clases.

—¿Y eso?

—No me lo ha dicho —respondo sin mirarla. Odio mentirle, pero no puedo contarle nada.

—Bueno, mejor para ti, odias las mates —dice sonriendo.

—Claro —contesto con tristeza.

Desde pequeña, Teresa siempre ha sido mi mejor amiga y la persona con la que lo he hablado todo, mi hombro en el que apoyarme, y su familia, muchas veces, un sustituto de la mía. No obstante, desde que conozco a Javier, siento que me estoy alejando... Nunca encuentro el momento para salir con ella y mis amigas de toda la vida y siento remordimientos. No quiero que perdamos nuestra amistad y, como continúe así, es algo que acabará sucediendo.

—Oye, ¿te parece que vayamos todas a comer al centro cuando salgamos del colegio? Hace mucho que no lo hacemos y, como mañana tenemos la convivencia, no habrá que entregar deberes. ¿Qué opinas?

—¡Genial! Te echo de menos, neni. Siempre estás muy ocupada saliendo con ese Javier, ¡a ver cuándo me lo presentas! —me dice sonriendo con dulzura.

Le sonrío yo también, pero no le contesto. A ella no quiero mentirle como a mis padres, no se lo merece, pero tampoco puedo hablarle de mi realidad con Javier, no lo entendería, ni de lo que

siento por Roberto, no todavía.

Durante el camino a clase, me cuenta miles de cosas: que si su madre va a dar una exclusiva y ella saldrá en ella, la ropa tan maravillosa que va a llevar, blablablá... desconecto y me limito a sonreír.

Las horas pasan volando y suena la campana, dando paso al tiempo de descanso. Salimos al jardín disparadas para coger nuestro banco antes de que otras lo hagan, llegando muertas de risa a él.

Adriana está contándonos su último ligue; tiene treinta y cinco años y lo que nos explica es para morirse. Lloro oyéndola, ¡es un caso! A ella se suma Bianca, que está saliendo con dos tíos a la vez. ¡La madre que las parió! Unas tanto y otras tan poco... Nos reímos con ganas, convirtiéndonos sin pretenderlo en el centro de atención del jardín con nuestras risas escandalosas, pero nos da igual. ¡Qué bien sienta reírse a gusto después de las lágrimas y la angustia de esta mañana!

De repente siento calor y sé que Roberto está mirándome. Supongo que le tocará hacer la guardia del patio, pero evito mirarlo, no puedo. No voy a entrar de nuevo en el jueguecito de las miraditas para que luego se arrepienta y se aleje más de mí, así que continúo riéndome con mis amigas, fingiendo no darme cuenta de nada.

Pasa el tiempo del descanso y estoy con los nervios de punta. He sentido su mirada sobre mí prácticamente todo el descanso y ahora tengo dos horas seguidas con él. ¿Qué quiere de mí?

Llego al aula con mis amigas. Adriana todavía está desatada contándonos anécdotas de su nuevo ligue y me río escandalosamente. ¡Qué capulla es! Pobre hombre, está haciéndoselas pasar canutas y, aunque me da lástima, me muero de la risa sin percatarme de la presencia de Roberto.

—Señoritas, ¿no han tenido tiempo suficiente para sus risas durante el descanso? Hagan el favor de sentarse de inmediato, por favor —nos ordena cabreadísimo.

Me intimida y me siento. ¿Por qué me da la sensación de que el rapapolvo es sólo para mí?

Tenemos física con él, pero, a diferencia de las otras veces, cuando la clase transcurre en un ambiente relajado, hoy la tensión flota en el ambiente. Roberto está que echa fuego por la boca, pero, aun así, lo miro embelesada y pienso cómo sería si me besara con el cabreo que lleva encima.

—¡Olivia! A la pizarra, ¡ya!

Salgo con la espalda erguida y lo miro con indiferencia, a pesar de mis pensamientos calenturientos.

—Desarrolle este ejercicio y, como se equivoque, le pondré un negativo.

Lo miro asombrada, pero le doy la espalda y empiezo con el problema. Sé hacerlo y lo resuelvo sin dificultad.

—¿Algo más? —le pregunto levantando el mentón.

—Siéntese —me ordena.

Saca a varias compañeras más a la pizarra, que se ganan un negativo espectacular por no hacer el ejercicio correctamente y, por fin, finaliza la clase de física. Entonces comienza la de mates y me pongo nerviosa. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Recuerdo que me dijo que no atendiera a sus explicaciones, pero ahora ya no sé lo que desea y, puesto que no entiendo nada de lo que está explicando, me dedico a repasar el último tema que dimos en la clase de refuerzo.

—¡Olivia! Coja su silla y siéntese a mi lado —me ordena con dureza.

Obedezco y me siento junto a él mientras empieza con sus explicaciones. Esta situación es casi peor que dar clases a solas. Estamos demasiado cerca, nuestros cuerpos están casi

rozándose, y el hablar en susurros entre nosotros hace que creemos, sin darnos cuenta, una situación muy íntima.

Me olvido de mis compañeras centrándome en él y en sus explicaciones. Su voz y su cercanía me excitan y, sin percatarme de ello, dirijo mi atención a su boca, a esa boca que me vuelve loca.

—Olivia, te estás distrayendo —me dice con voz ronca, tuteándome.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto mirándolo a los ojos y perdiéndome en ellos.

—Haz el favor de concentrarte, por favor.

Me humedezco los labios sin darme cuenta. No quiero concentrarme, quiero besarlo, quiero que me toque y tocarlo, pero aparto esos pensamientos lascivos de mi mente y obedezco, pero ahora el que está distraído es él: tiene la mirada fija en mí, haciendo que me ruborice, pero, como siempre, rompe el contacto demasiado pronto y termina de explicarme el tema, para luego obsequiarme con una cantidad desorbitada de deberes.

—Los quiero para mañana —me señala con frialdad.

—Mañana tenemos la convivencia —le recuerdo.

—¿Y qué? Vendremos antes al colegio; pasas a mi despacho y me los entregas.

Lo miro enfadada; yo que pensaba que tenía la tarde libre y ha tenido que venir él a fastidiármela.

—¿Algún problema? —me pregunta desafiándome.

—Ninguno. —¿Y ahora qué puñetas le pasa?

Termina la clase y se marcha. ¡Qué dos horas nos ha dado! Suspiro profundamente, intentando relajarme, mientras Geno, nuestra profesora de biología, entra en el aula y nos hace abrir el libro.

Y por fin suena la campana. ¡¡¡A comer!!! Salimos entre risas del colegio y nos dirigimos a Vips a almorzar... ¡ñam, ñam! Llegamos y pronto la conversación gira en torno a estrenos, desfiles y exclusivas. ¡Joder, nada cambia con mis amigas! Por suerte tenemos a Adriana para amenizar la comida; ella y sus ligues son para morirse y lleva todo el día guasona hasta decir basta. Empieza a contarnos la historia de un tío que se ligó; era virgen y el pobre, sin saberlo, en estos momentos está siendo el motivo de que estemos a punto de tener un ataque de risa.

—Os lo juro, iba a ponerse el condón y lo infló tipo globo, ¿os lo podéis creer? Casi me da algo cuando lo vi.

—¿Y qué hiciste? —pregunto llorando de la risa; no es que yo sea una experta, pero, por lógica, hasta ahí llego.

—Enseñarle, monina, enseñarle... hasta que no lo hice un experto, no lo dejé en paz.

—Lo dejarías en coma, ¡pobre chico!

El cachondeo continúa por parte de todas, qué bestias son cuando quieren, y me río con ganas. Hacía mucho que no me reía tanto con ellas, cuando de pronto siento calor y la risa se me congela en la cara. ¡Roberto! No necesito verlo para sentirlo. ¿Está aquí? «No mires, no mires», me ordeno, pero, como de costumbre, mi cuerpo va a la suya y acabo haciéndolo.

Está comiendo con Lucía, mi querida profesora de alemán, y lo miro con dureza. ¿Está con ella? Por eso no quería continuar dándome clases. Me avergüenza mi actitud, ¡qué imbécil pidiéndole un beso! De repente me arrepiento de cada momento con él y del estúpido juego; siempre ha estado con ella, el día que fui a su despacho ya entró para preguntarle si comían juntos. «¡Qué idiota he sido! ¡Idiota, idiota!», me reprendo.

—Chicas, ¡ahí está el Bombonazo con Lucía! —nos dice Bianca entre susurros—. ¿Serán

pareja? —pregunta con una mueca—. ¡Pero si ella es una *desaboría!*

—Si es así, tiene un mal gusto que te mueres —sentencio con cara de asco, mirándolos sin ningún tipo de disimulo.

—Ya te digooo; es demasiado estirada la tía esa, me cae de pena —suelta María, que es igual de pijísima que Teresa.

—Joder, hoy estaba insoportable. Será que Lucía no le echa suficientes polvos; si lo cojo por delante, le pongo una sonrisa permanente en la cara —nos suelta Adriana tan tranquila.

Suspiro; no quiero ponerme en evidencia y me obligo a no hacer caso de nada.

Mis amigas continúan hablando de él; normal, está buenísimo, pero yo me limito a sonreír cuando toca y fingir que paso de su cara. Desde que lo he visto con Lucía, sólo tengo ganas de marcharme; me está poniendo enferma verlo con ella. Por fin acabamos de comer y nos vamos.

Llego a mi casa y me pongo con los deberes que me ha puesto; me lleva toda la tarde terminarlos y, cuando lo hago, estoy molida. No tengo casi hambre y estoy tentada a darme una ducha y acostarme directamente, pero Juana se empeña en que cene y finalmente picoteo algo en la cocina con ella contándome la vida de todas sus sobrinas; que si una se ha separado y tiene dos niños, que mira tú... pobres criaturas, qué culpa tendrán ellos; que si la otra es una cabeza loca que sólo piensa en salir de fiesta; que si la pequeña está saliendo con un chico muy formal, pero que es una lástima porque son demasiado jóvenes y esa relación no cuajará...

A veces hablar con Juana es como ver un programa del corazón en vivo y en directo, pero la quiero tanto que, a pesar de mi cansancio, hago un esfuerzo titánico por mantener la atención y seguir el hilo de la conversación.

Por fin, y después de conocer con pelos y señales la vida de cada una de sus sobrinas, consigo escabullirme a mi habitación y, tras darme la ansiada ducha, me acuesto completamente hecha polvo y sueño de nuevo...

Capítulo 14

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando alguien vuelve a abrirla... Dolores.

—Entren —nos ordena—. El señorito Juan me ha aclarado que fue él quien fue a pedirles ayuda. Ha sido una noche larga para todos, vayan a descansar unas horas —nos manda secamente.

Miro a Rosa sin saber qué hacer; quiero quedarme, pero también sé que solamente me esperan problemas si cruzo el umbral de esa puerta. Debería darme la vuelta y marcharme; sin embargo, una fuerza más poderosa que mi voluntad dirige mis pasos hacia el interior de la casa... hacia él.

Entro y mi mirada se encuentra con la suya; está delante de la enorme escalinata. Su cuerpo desprende furia y miro a Dolores, que rehúye su mirada.

—Denme la maleta, se la llevaré a su habitación —nos ordena con rotundidad llegando hasta donde estamos nosotras.

—¡No, por favor! —contesto con todo el apuro reflejado en la cara.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de la confusión creada; denme la maleta, por favor. —Tiene la mirada clavada en Dolores y hay dureza en ella. No tengo ni idea de qué ha pasado, pero sé que me reportará problemas.

Coge mi maleta y la de Rosa y, sin dirigirnos la palabra, se encamina a nuestra habitación.

Lo seguimos en silencio sin saber muy bien cómo actuar, él... el señorito, está llevándonos la maleta a nosotras, unas simples criadas, ha hecho retroceder a Dolores en su decisión de despedirnos y me ha besado. Esa parte no puedo olvidarla; su beso y mi efusiva respuesta, lo que su recuerdo provoca en mi cuerpo, lo que mi mente y mi corazón desean desde entonces... ¿Qué pasará ahora?

Llegamos a nuestra habitación y lo veo dejar las maletas en un rincón.

—Es usted pan de Dios, señorito; muchas gracias —dice Rosa llena de agradecimiento.

—Ahora descansen. —Sonríe a Rosa un momento, para volver a posar después su increíble mirada sobre la mía, que la rehúye de inmediato.

Todo esto es un terrible error, tiene que olvidarse de mí y yo de él.

Sale y respiro profundamente, relajando mi cuerpo hasta ahora en tensión.

—¿Hemos hecho bien, Rosa? Deberíamos habernos ido.

—¿Y por qué, si puede saberse? Dolores nos ha readmitido, ¿no? Pues ¡ea!, que aquí ganamos buen parné y es un buen trabajo.

—¿Y si Dolores nos hace la vida imposible?—murmuro sentándome en el borde de la cama.

—Cállate ya y no seas angustias. ¡Ya verás como aquí nos va de guinda! Y, ahora, duérmete —me pide Rosa, que ya está tumbada sobre la cama cerrando los ojos.

—¿De verdad vas a poder dormir?

—¿Y por qué no habría de hacerlo? No hemos pegado ojo en toda la noche atendiendo a la señorita Beatriz; además, nos han dado permiso para hacerlo, no veo dónde está el problema.

—Yo no creo que pueda dormirme, estoy demasiado nerviosa. Me marcho a la cocina a ver qué se ofrece —anuncio tras ponerme el uniforme de nuevo y salgo de la habitación, dejando a Rosa medio dormida.

Llego a la cocina y no veo a nadie, así que me encamino a la planta baja en busca de Dolores. Cuando me la cruzo en la escalera junto con otra mujer, va hablando con ella y decido callar, haciéndome a un lado.

—La señorita Beatriz y la niña descansan ahora; espero que tengas buena cantidad de leche... —Se detiene y me mira con dureza—. Marcela, si no vas a descansar como tan amablemente te han ofrecido, ponte con la colada ahora mismo.

—Claro... —murmuro mirándola fijamente. Continúa asustándome tanto como el primer día, pero, a partir de ahora y por mi bien, espero que nunca lo sepa. Sé que estoy en su punto de mira y no quiero parecer débil ante ella.

Me mira por última vez levantando el mentón y, dándome la espalda, se aleja de mí seguida por la que supongo que será la nodriza de la pequeña. Las veo alejarse y con ellas sus voces, y me dirijo al cobertizo para cumplir con sus órdenes.

—¡Marcela! —Me giro y veo a Pedro, el cochero. Es joven y apuesto, además de muy zalamero—. Dime que pasearás conmigo el domingo —me propone sonriendo con confianza.

—¿Yooo? Lo siento, Pedro, pero no creo que pueda —digo frotando la ropa que lleva desde ayer en remojo, sin poder dar crédito a sus palabras.

—¿Y por qué no? ¿No vas a aprovechar las horas libres que tienes? —me pregunta guiñándome un ojo y apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

—Claro que sí, pero había pensado ir a pasear con Rosa —contesto intentando zafarme del asunto; para pasear con él estoy yo ahora, ¡lo que me faltaba!

—¿Y por qué no cambias tus planes? Así podríamos conocernos; además, eres más rebonica que las pesetas y sería un honor pasear a tu lado.

—Anda, anda, no me regales los oídos, ya te he dicho que no puedo.

—No lo estoy haciendo, Marcela, es la verdad. Dime que vendrás conmigo.

—Pedro, la señorita te ha dicho claramente que no puede; deja de holgazanear y ve a preparar el carruaje. Te espero fuera.

Levanto la mirada de repente y veo a Juan en la entrada del cobertizo, ardiendo de rabia y tan apuesto como siempre. Se ha cambiado de traje y ahora lleva uno gris a juego con el chaleco de solapa, camisa blanca y corbatín negro, y dejo de respirar momentáneamente. «¿Qué hace aquí?», me pregunto volviendo a mis quehaceres con el corazón latiendo desbocado como un caballo salvaje dentro de mí.

Veo de reojo como Pedro sale disparado, dispuesto a cumplir con sus órdenes y pongo toda mi atención en la colada, como si mi mundo girara alrededor de este simple quehacer. Tengo las manos enrojecidas y continúo frotando las manchas ignorándolo a propósito, no puedo permitirme ningún pensamiento con él por mucho que lo desee... y menos ahora, con Dolores pisándome los talones.

—Marcela, ¿qué haces aquí? Creía que estabas descansando —me dice llegando hasta mí.

—No lo veo a usted haciéndolo tampoco; no se preocupe, señorito, estoy bien —contesto sin alzar los ojos de mi tarea.

Está de pie delante de mí; siento su mirada sobre mi cuerpo, pero no alzo la mía y continúo

con mi tarea.

—No quiero que salgas a pasear ni con él ni con nadie —murmura con dureza alzando mi barbilla y obligándome a mirarlo—. Eres mía, Marcela. No me importa nada, ¿está claro? —me pregunta entre dientes, temblando de rabia.

—¡No! ¡No lo está! —susurro con voz contenida, levantándome y mirándolo enfadada—. ¡Cuántas veces debo repetirle lo que es obvio! ¡Soy una criada! ¿Acaso le parezco digna del señorito de la casa? Usted debe estar con alguien de su clase, alguien como la señorita Cayetana, a quien su madre en tan buena estima tiene, y no con alguien como yo, una criada con las manos enrojecidas y llenas de durezas por el trabajo duro del campo. Olvídese de mí, señorito.

Me sorprende al cogerme del brazo para llevarme hasta un rincón oscuro del cobertizo. Su cuerpo inmoviliza el mío e intento zafarme de él.

—Estate quieta, Marcela. Ya sé que eres una criada y que yo tengo unas obligaciones que cumplir, sé que a los ojos de los demás nunca podremos estar juntos y que tendré que casarme con alguien como Cayetana a pesar de no sentir nada por ella; todo eso lo sé, no necesito que me lo recuerdes —sentencia con dureza—, pero mis deseos son otros... Los sentimientos no entienden de clases y, aunque entiendo que no es justo para ti, tampoco lo es para mí —murmura con dulzura pasando su pulgar por mis labios entreabiertos—. Sé que no te soy indiferente, tus gestos hablan por ti tanto como lo hacen los míos por mí. Marcela, soy tan esclavo como tú de mis sentimientos y de mi clase social; acepta lo poco que puedo ofrecerte, por favor —me pide con frustración.

Me pierdo en esos ojos marrones que me hipnotizan; en esa cara de rasgos perfectos; en esos labios definidos, y en esos deseos que me ahogan, anhelando decirle que sí, que acepto lo poco que me ofrece, que acepto ser suya sólo ante nuestros ojos, en la oscuridad de un rincón durante unos minutos robados... deseo decir que sí a todo y olvidarme de mis principios, pero, entonces, ¿cómo podría mirarme en el espejo sabiendo que mi vida es una mentira? Porque eso es lo que sería: mentiríamos a todos y nos haríamos daño incluso a nosotros mismos.

—No puedo, Juan —susurro con tristeza—. No puedo aceptar lo que me pides, no sería justo para nadie. Olvídate de mí. —Mis palabras atraviesan mi corazón, dañándolo, pero sé que es lo mejor para ambos.

—No puedo, Marcela, no voy a renunciar a ti.

Dando media vuelta, se aleja de mí con sus palabras cubriendo mi alma como una caricia en mi malherido corazón.

Despierto con las palabras de Juan retumbando en mis oídos, sintiendo cómo, a pesar de mi negativa, mi alma las guarda como un tesoro preciado y siendo consciente de que, a pesar de mi decisión, en algún momento diré que sí, que es cuestión de tiempo que acepte esa forma de vida que mis padres tacharían de inmoral en el acto... «Pero ¿tengo opción? Desde que mi mirada se posó sobre la suya, estuve condenada, sólo es cuestión de tiempo», pienso frotándome los ojos y volviendo de repente al presente. Otra vez... de nuevo he confundido los sueños con la realidad.

—¿Quién eres, Marcela? —murmuro en voz alta—. ¿Por qué sueño contigo? —El silencio me envuelve y suspiro frustrada sin entender nada. Ojalá hubiera una explicación lógica para todos estos sueños que me trastornan de tal manera que juraría que estoy viviendo una vida paralela a la mía.

Miro la hora; tendré que darme prisa si no quiero llegar tarde. Hoy es el día de la convivencia. Me pongo el chándal del colegio, me recojo el pelo en una cola alta y salgo hacia el centro escolar con mi mochila y mis deberes extra, con Marcela y Juan llenando mis pensamientos y entristeciéndome; vivir su vida tan en primera persona me afecta sobremanera y me cuesta sacarlos de mi interior.

Llego antes de las nueve y voy directa a su despacho; llamo y entro sin esperar invitación. Mi interior bulle de sentimientos negativos: tristeza, resignación y, sobre todo, rabia.

Está de pie frente a la ventana y durante un microsegundo mi mirada recorre su cuerpo. Nunca lo había visto con ropa deportiva y mis ojos van directos a esa camiseta que se ajusta demasiado bien a su cuerpo, a esos brazos fuertes, a esas piernas torneadas y, por un momento, me deshago al verlo, pero por suerte pronto recupero la cordura y, con ella, mis sentimientos.

—Aquí tiene —mascullo enfadada tirándolos sobre su mesa.

—Cierra la puerta —me ordena mirándome con dureza.

—No hace falta, me marcho ya —replico tozuda.

—He dicho que cierres —me exige tan molesto como lo estoy yo.

Retrocedo y cierro la puerta; me impone verlo así de cabreado.

—No tengo que darte explicaciones —farfulla apretando los dientes con su magnífico cuerpo en tensión.

—Ni yo te las he pedido —contesto casi mordiéndolo.

—Pero has interpretado las cosas como te ha dado la gana.

—Ni estás conmigo ni lo has estado nunca, puedes hacer lo que quieras.

—Perfecto, me alegra que lo tengas claro.

—Cristalino —suelto dando media vuelta y saliendo de su despacho dando un portazo. ¡Capullo!

En la puerta del colegio hay varios autocares esperándonos para llevarnos al principio del sendero. El camino hacia la iglesia de María es una zona muy frecuentada por senderistas y familias; no todos llegan a la iglesia a pie, porque puede hacerse el recorrido también en coche, pero por supuesto es menos divertido. Yo lo hice varias veces con mis abuelos y guardo muy buenos recuerdos de esas excursiones.

Veo que Roberto va en su coche y con él, Lucía. ¡Genial! Y yo pensando que iría en el autocar con nosotras. ¡Esto es lo que me faltaba hoy! Verlos en plan parejita... ¡qué asco, por favor! Quien sí viene es Enrique, nuestro profesor de deporte, pero que él venga me da igual. Estoy que muerdo, pero finjo no verlos y subo al vehículo con mis amigas, dispuesta a pasar un día fantástico, a pesar de él.

El trayecto hasta la sierra lo hacemos entre risas; bueno, ellas más que yo, que parezco un muermo a pesar de mis intenciones de pasarlo bien. Llegamos al inicio del sendero y cada clase se reúne con su tutor y un par de profesores más. Nosotras vamos con Roberto, Enrique y, cómo no, con Lucía. ¡Qué hartura de mujer! ¡Mira que es cansina, la pobre!

Iniciamos la marcha e intento ir todo lo lejos que puedo de él; por suerte somos treinta alumnas y lo tengo fácil. Estoy desanimada y mis recuerdos retroceden en el tiempo, cuando hacía esta misma ruta con mis abuelos, y hago el camino en silencio recordándolos e intentando evadirme de mis amigas y su charla incesante. ¡Qué manera de darle al pico, por favor! Durante unos segundos estoy tentada a sacar la botella de agua para ofrecerles un poco, tendrán la boca seca seguro. ¡Pedazo de cotorras!

Vamos delante y disimuladamente lo busco; va al final, hablando y riendo con Lucía, y

rápidamente dirijo la mirada al frente ardiendo de rabia.

Llevamos más o menos la mitad del camino hecho: hace mucho calor y, sin dejar de andar, me quito la sudadera... cuando me tuerzo el tobillo. ¡Auuu! ¡Qué daño! Miro al suelo y veo un pequeño hoyo en el camino y mi pie torcido dentro de él. ¡Genial! ¿Y ahora qué hago? Aunque apenas puedo apoyarlo, continúo como puedo; lo siento palpitante y empiezo a caminar cojeando, a pesar de que sé que así no podré llegar hasta la iglesia.

—Olivia, ¿qué te pasa? —me pregunta Teresa haciendo que me detenga.

—Me he torcido el tobillo —murmuro mirando frustrada al frente, mientras mis compañeras nos adelantan sin percatarse de nada.

—¿Y a qué esperas para decirlo? Vamos a buscar a Roberto.

—¡No! Cállate, por favor, no voy a decirle nada.

—Así no vas a poder continuar, cabezota.

—¿Qué pasa aquí? —nos pregunta Roberto.

¡Mierda! ¿Cómo ha llegado tan rápido?

—Olivia se ha torcido el tobillo —se apresura mi querida amiga en aclararle.

—¿Es eso cierto? —me plantea clavando sus penetrantes ojos verdes en los míos, que lo rehúyen.

—Sí, pero no se preocupe —contesto con seriedad.

—No diga tonterías, déjeme verlo.

—No hace falta. Voy a regresar, conozco el camino, lo he hecho varias veces —le digo con convencimiento.

—Olivia, ya está bien; déjeme verlo —me ordena. Creo que voy conociéndolo y estoy cabreándolo, pero no me importa.

—¿Qué pasa, Roberto? —le pregunta Lucía cogiéndolo del brazo con familiaridad. ¡Ufff! ¡Qué pesada es!

—Olivia se ha torcido el tobillo y vamos a regresar, continuad vosotros.

—No digas bobadas, Roberto. Estamos a mitad de camino, da lo mismo retroceder que seguir; podéis llegar a la iglesia y allí pedir un taxi.

—Lucía, el camino es cuesta arriba y, si volvemos, lo hacemos hacia abajo, no es lo mismo. Voy a tener que cargarla y es la mitad de esfuerzo si bajamos.

—Si subimos, Enrique puede ayudarte —insiste.

—Enrique tiene casi sesenta años. Déjalo, Lucía; está decidido —le dice con una paciencia infinita.

Los miro alucinada. Pero ¿esta tía de qué va? ¡Será idiota!

—De verdad, no necesito que me lleve ni que me acompañe; déjelo, en serio, conozco el camino y puedo volver sola.

—Está loca si piensa que voy a dejarla irse sola, y menos con un esguince. Deme su mochila —me ordena.

—¿Para qué? —pregunto completamente perdida.

—No puede llevar dos mochilas —me dice abriendo la mía y cogiendo lo indispensable—. Toma, Lucía, entre tú y Enrique llevad la mochila de Olivia.

—Roberto, no pienso dejar mi mochila —replico tozuda. Ni muerta le dejo a la estúpida esta mis cosas.

—Olivia, esta mochila pesa como un muerto. ¿Se puede saber qué coño lleva ahí?

—Le repito que no hac... —No me deja terminar la frase y me interrumpe cabreado.

—¡Ya está bien! ¡Haga el favor de callarse de una puñetera vez! No va a volver sola y no se hable más —masculla apretando los dientes y bufando como un toro de Miura.

Lo miro fulminándolo con la mirada y, tras dar media vuelta, empiezo a desandar lo andado. Lo dejo con mi mochila, con la suya y con la estúpida esa, que coja lo que le parezca.

Camino como puedo; me duele a rabiar, pero intento apoyar lo mínimo el pie. De pronto me alcanza y me coge del brazo.

—Estás comportándote como una cría —me dice enfadado, tuteándome de nuevo.

—Muchas gracias, yo mejor no te lo digo.

—Para y siéntate —me ordena cortante.

—No tengo tiempo para sentarme; estoy deseando salir de aquí, estoy harta de ver tanto árbol —le espeto empezando a caminar otra vez.

—Tienes un minuto para sentarte o te suspendo todas mis asignaturas —me amenaza hirviendo de rabia.

Lo miro odiándolo con todas mis fuerzas, o eso pretendo, y me siento en el suelo mientras él me quita con cuidado la zapatilla y el calcetín. Su roce es como una caricia sobre mi piel, pero finjo no sentir nada y continúo mirando, obcecada, al frente.

—Creo que tienes un esguince, pero no parece grave —me comenta más calmado, para luego abrir su mochila y sacar una venda y una crema.

No le digo nada; me mantengo en silencio viendo cómo, con gran destreza, masajea mi pie; a pesar del dolor, la sensación de sus manos sobre mi piel está siendo electrizante y desvío la mirada hacia el paisaje, intentando sosegarme. Estamos rodeados de silencio y vegetación, como si estuviéramos solos en el mundo... él y yo únicamente.

—Ya puedes levantarte; ponte la mochila y sube a mi espalda —me indica, sacándome de mis pensamientos.

—No, gracias —contesto enfadada levantándome.

Suspira ruidosamente. Sé que estoy llevándolo al límite, pero me da igual y continúo andando. A pesar del alivio que he sentido cuando me ha puesto la venda, sigue doliéndome con cada paso que doy.

—Eres una cabezota, Olivia. Cuando te canses de hacerte la dura, me lo dices —suelta cortante.

—¿Cabezota yo? Mira quién fue a hablar —exploto—. Yo, por lo menos, no te amenazo si no haces lo que quiero.

—¡Era por tu bien, coño!

No le contesto y continúo caminando; cada vez cojeo más y me maldigo por haber rechazado su ofrecimiento. ¡Maldito orgullo de las narices! Noto como me mira, pero finjo no darme cuenta y sigo andando.

—Toma —me dice tendiéndome la mochila.

Lo miro en silencio, cansada de hacerme la dura.

—Eres la mujer más orgullosa que he conocido en mi vida. ¿Crees que no sé que te duele? ¿Por qué cojones eres incapaz de decirlo? Ponte la puta mochila y sube a mi espalda ya —me ordena con rabia, fulminándome con la mirada.

Me duele demasiado y decido tragarme mi orgullo de una vez. Me pongo la mochila y, acercándome a él, poso mis manos sobre sus hombros, pego mi cuerpo a su espalda y me subo a ella ayudada por sus fuertes brazos. ¡Madre del amor hermoso! Tengo mis pechos contra su cuerpo y mis brazos alrededor de su cuello y, a pesar de que hoy me tiene harta, no puedo evitar

desearlo de nuevo. Lo miro de reojo. ¿Sentirá lo mismo que yo? Tiene las manos en mis piernas y la mirada fija en el sendero mientras reiniciamos el descenso.

Hacemos el camino en silencio. Hoy ha sido un desastre... odio que estemos enfadados, pero, desde que dejó de darme clases, parece que es nuestro estado habitual.

—Gracias —murmuro cerca de su oreja.

—De nada —me contesta sin despegar la mirada del frente.

¿Por qué no me dice nada? ¿Tiene intención de hacer todo el trayecto callado? Y dice que yo tengo orgullo, que por supuesto lo tengo, pero también puede que no tenga la oportunidad de estar tan pegada a él y decido aprovecharme todo lo que pueda.

Le acaricio con disimulo el pecho, fingiendo que cambio la posición de los brazos, y apoyo la barbilla sobre su hombro; su fragancia inunda mis sentidos y estoy tentada de besarle el cuello... es tan sexi. Tiene la espalda tan ancha y los brazos tan fuertes que parece que me lleve sin apenas esfuerzo, a pesar de que no soy precisamente pequeña y debe de estar cansado.

—¿Te duele? —me pregunta por fin.

—Un poco —respondo tan cerca de su oreja que, sin pretenderlo, mis labios la rozan levemente—. ¿Estás cansado?

—No —masculla apretando la mandíbula.

—¿Por qué no paramos y descansas?

—Déjalo, Olivia, estoy bien.

—¿Y soy yo la cabezota? —susurro. ¿Por qué no se gira? ¿De verdad no le afecta que estemos tan pegados? Porque yo lo deseo tanto... y mis deseos me traicionan al rozar su pecho en una dulce caricia.

Lo noto ponerse tenso, pero no dice nada y me siento incómoda de repente. ¿Qué estoy haciendo? Él está con Lucía y estoy poniéndolo en un aprieto.

—Lo siento —digo muerta de vergüenza—, lo he hecho sin querer.

—No lo hagas; no lo sientas, Oli —me pide apretando la mandíbula de nuevo sin dejar de mirar al frente.

Me ha llamado Oli... sólo él lo hace...

—No te entiendo —susurro.

—El que no podamos estar juntos no significa que no lo desee —me confiesa por fin.

—Pensaba que estabas con Lucía —digo medio sonriendo. ¡No está todo perdido!

—No digas tonterías —me contesta cortante.

—Entonces, ¿no estás con ella? —insisto, necesito saberlo.

—Lucía sólo es una amiga.

—Creo que ella no te ve así precisamente.

—No te cae bien, ¿verdad?

—Si ella no me tuviera entre ceja y ceja, posiblemente me caería mejor.

—Oli, le dijiste que hablabas alemán mejor que ella, que es tu profesora. ¿No te parece que te excediste un poco? —me pregunta con seriedad. No ha sonreído ni me ha mirado desde que hemos iniciado el descenso.

—¿Hubiera sido mejor oír toda la conversación fingiendo que no entendía nada? ¿Qué hubiera pensado de mí cuando se hubiera dado cuenta de que lo hablo perfectamente? Además, no habíamos terminado todavía y tuvo la poca educación de interrumpirnos.

—La dejaste en evidencia a propósito; es tu profesora y se merece un respeto por tu parte. Si no quieres que nadie te coja manía, aprende a ser más humilde. Y otra cosa: Lucía es mi amiga

desde hace años y puede entrar en mi despacho siempre que quiera, aunque esté con una alumna.

—Muy bien —contesto enfadada. Acaba de ponerme en mi sitio sin apenas pestañear. ¡Capullo!

No añade nada más y llegamos en silencio al inicio del sendero, donde tiene aparcado su coche. Lo abre y entro sin mirarlo. ¡Me puede! ¡Me puede que la defienda! Además, ¿cómo no se da cuenta de que ella quiere algo más que una simple amistad?

Entra en el vehículo y, sin mirarme, arranca.

—Voy a llevarte al hospital, llama a tus padres —me pide incorporándose a la circulación.

Pero lo ignoro y no hago el mínimo gesto para sacar el móvil.

—Olivia, ¿estás sorda? Te he dicho que llames a tus padres.

—Roberto, limítate a llevarme al hospital y luego márchate —suelto cortante mirando por la ventana.

—¿Tienes ganas de discutir, verdad? —me pregunta sin desviar la mirada del frente y apretando el volante hasta tener los nudillos blancos.

—Esa misma pregunta podrías aplicártela a ti mismo —le espeto rabiosa—, y no me pidas que vuelva a llamar a mis padres; los conozco y sé que no van a venir.

—Aun así, vas a hacerlo si no quieres que lo haga yo —me amenaza.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer cuando lleguemos al hospital.

No me contesta y de nuevo hacemos el trayecto en silencio. Cuando llegamos, bajo del coche y empiezo a caminar sin esperarlo; que haga lo que quiera, que llame a quien le venga en gana y que me deje en paz de una puñetera vez.

—Oli, ya basta por hoy, ¿vale? —me dice alcanzándome y sujetándome por la cadera, haciendo que me detenga; su tono es calmado, pero yo aún estoy enfadada.

Lo miro y quiero decirle que se vaya, pero su mano en mi cadera me arde y soy incapaz de hacerlo.

—Ven, apóyate en mí —me pide con dulzura acercándome a él y haciendo que rodee su cintura con mi brazo. Me sorprende al posar su mano sobre la mía y entrelazar sus dedos con los míos, haciendo que olvide todo mi enfado y mi cuerpo se tense suavemente.

Entramos al hospital cogidos por la cintura y, después de registrarme en el mostrador de la entrada, pasamos a la sala de espera, nos sentamos y le veo sacar su móvil; va a llamar a mis padres, iluso...

—¿Señora Sánchez?... Soy Roberto, el tutor de su hija. Olivia se ha hecho un esguince durante la excursión y estamos en el hospital. ¿Podrían venir usted o su marido? —Guarda silencio y espero expectante su reacción... ¡¿Mi padre?! Él es peor que mi madre...—. Señora, acabo de decirle que su hija está en el hospital, no me importa si tiene trabajo. ¡Su hija debería ser lo primero!... Haga lo que le venga en gana —concluye y le cuelga rabioso. ¡Le ha colgado a mi madre! ¡Va a enfurecerla seguro!

—Lo siento, Oli —me dice mirándome fijamente.

—Ya te dije que era perder el tiempo. No lo sientas, estoy acostumbrada —le comento bajando la vista, avergonzada de mi madre y harta de ver compasión en la mirada de la gente que me rodea por su culpa.

—Yo me quedaré contigo, ¿vale?

—Roberto, no necesito que te quedes. Vuelve a la convivencia, en serio.

—¿Crees que voy a dejarte aquí sola?

—Estoy acostumbrada, no te preocupes. Cogeré un taxi y en casa está Juana, ella cuidara de

mí.

—Yo también puedo cuidar de ti; no te apartes, Oli —me pide cogiéndome de la mano y mirándome fijamente.

Lo miro sin poder entenderlo. ¿Qué quiere de mí?

—Eres mi profesor, limítate a serlo —le digo soltándome sin mirarlo.

A pesar de que no quiero hacerlo, prefiero ser yo la que se aparte a abrirle más mi corazón y, aunque entiendo sus motivos, ya me ha rechazado dos veces, no habrá una tercera, aunque me duela. No quiero que quien este conmigo piense que es un error, y menos él, para eso ya los tengo a ellos.

Le veo apoyar los codos en las piernas y mesarse el pelo, pero no voy a ceder y centro mi mirada en los pacientes que, como yo, esperan en la sala de espera. Por suerte no hay muchos. Ojalá no tarden en llamarme; estoy deseando entrar en la consulta y alejarme de él. Oigo cómo suena su teléfono, lo coge y, a pesar de que sé que es una falta de educación, pongo todos mis sentidos en cada una de sus palabras.

—Dime, Lucía... estoy en el hospital con Olivia... sus padres no pueden venir... oye, no voy a dejarla sola.... claro, luego nos vemos... adiós.

No digo nada y me muerdo la lengua, a pesar de que las palabras me arden en la boca, pero prefiero ser sensata y aplicarme las mías. Soy su alumna. Fin.

—Olivia Sánchez.

Oigo cómo me llaman y me levanto. Él no hace el menor gesto y se lo agradezco, prefiero entrar sola.

Entro a la consulta de trauma y, después de una serie de preguntas por parte del médico para rellenar el informe y tras su exploración, paso a rayos, donde me hacen una radiografía para descartar cualquier tipo de lesión. Gracias a Dios no tengo nada roto y me diagnostican un esguince de tobillo leve, pero, aun así, debo tener el pie en alto durante tres días. ¡Lo que me faltaba! Tres días encerrada en casa. Me vendan el pie, me recetan antiinflamatorios y salgo de la consulta.

Está esperándome. Nuestras miradas se encuentran y avanzo hacia él sentada en una silla de ruedas.

—Apóyate en mí —me dice ayudándome a levantarme—. ¿Qué te han dicho? —me pregunta mientras empezamos a caminar.

—Tengo un esguince de tobillo leve; voy a tener que estar tres días con el pie en alto —murmuro siendo consciente de lo largos que van a ser esos tres días y de cuánto voy a echarlo de menos.

Llegamos al coche, subimos y me quedo en silencio otra vez, sumida en mis pensamientos y evitando mirarlo. Llegamos a mi casa y sólo entonces lo hago.

—Gracias por todo, Roberto.

Me mira y percibo de nuevo esa corriente electrizante entre nosotros. Sin darme cuenta, dirijo la mirada lentamente hacia su boca, pero por suerte recupero la sensatez y bajo del vehículo en silencio.

Entro en casa. Para variar, mis padres no están, pero Juana sí y es ella quien me cuida y mima tal y como haría una madre. Ceno con ella en la cocina y me acuesto antes de que lleguen esas personas que dicen ser mis padres, unos padres que no han encontrado un momento dentro de su apretada agenda para llamarme y saber cómo estoy.

Me duermo y sueño de nuevo...

Capítulo 15

—¿Has visto qué estirada es la nodriza? Menudos aires tiene la jodía —me dice Rosa mientras limpiamos la cocina.

—Niñas, esto va por rangos. Ella es la que está criando a la nieta de los señores, así que siempre nos mirará por encima del hombro. ¿Por qué creéis que Dolores manda tanto aquí? Fue la nodriza de los señoritos —nos aclara María.

—¿De verdad? —pregunto incrédula. No me imagino a la amargada esa amamantando a nadie, pero ahora entiendo que llamara hijo a Juan la noche que nos readmitió.

—Por supuesto, y si vosotras queréis ser una de ellas, sólo tenéis que dejar que os preñen y asunto resuelto. Las señoras no quieren que sus pechos se estropeen y nunca dan de mamar, así que la nodriza es alguien importante en la casa... ya sabéis: el crío se encariña y, si eres lista, puedes llegar a convertirte en ama de llaves y vida resuelta.

—¿Y qué haces? ¿Sales a la calle y te abres de piernas al primero que pasa por delante? —pregunto sin salir de mi asombro.

—Aquí en Madrid puedes acudir a un tal Secundino, que yo sepa, pero seguro que hay más: por unos cuantos reales, te hace un crío casi con seguridad y, si no funciona, pues repites; lo llaman Secundino el Semental.

—No lo dirás en serio... —murmuro alucinada. —¿Qué pasa, aquí en la ciudad no hay moral ni principios? ¿Y qué hacen luego con los pequeños?

—No pueden llevarlos con ellas, así que los dejan en las iglesias o en los orfanatos. Puede sonar duro, pero, cuando se está necesitada, es una opción.

—¿Una opción? —pregunto escandalizada—. Abrirte de piernas a un desconocido, pagarle por hacerte un crío y luego abandonar a tu hijo a su suerte para criar el de otra mujer, eso nunca es una opción, María... No puedo creerlo. Y la nodriza de la niña, ¿también hizo eso? —planteo sin dar crédito; prefiero ser una criada pobre a tener que desamparar a un niño salido de mi vientre.

—No lo sé... puede que esté casada, o puede que no; puede que sus hijos estén con su familia y ella les envíe dinero con regularidad, a saber. Marcela, no me mires así: aunque te espante, es algo habitual.

—Es verdad, no sé por qué te extrañas tanto —secunda Rosa con los brazos en jarras—. ¿No conociste tú a la Josefa, la hija de doña Clementina? Vivían en Boltaña y se dejó preñar para venirse a la ciudad y servir como nodriza.

—Pues no, ni ganas tampoco de conocerla.

—Mira que eres ilusa; eso es algo habitual aquí y en nuestra tierra.

—¡Ni habitual ni leches! —digo secándome las manos y saliendo de la cocina.

Tengo que terminar de limpiar el salón y me dirijo hacia allí cabizbaja, pensando en la

conversación que acabo de mantener, cuando el «toc, toc» de la puerta me saca de mis cavilaciones y, al abrir, me encuentro con un niño de unos ocho años.

—¿Qué se te ofrece, zagal? —pregunto sonriendo.

—Mi padre dijo que esperara, que tenía que hacer un recado, pero de eso hace mucho. El sol ya no está y tengo hambre y estoy cansado. He visto que esta casa es muy grande y bonita, y he pensado que podrían darme algo de cenar —me explica rompiéndome el alma. Tiene la cara llena de mugre, con los surcos que las lágrimas han dejado a su paso, y la ropa tan vieja y raída como la que yo he llevado durante tantos años, así que me siento incapaz de negarle nada.

—¡Corre, entra! Acompáñame... y calladito —le digo cogiéndole la mano y llevándomelo casi a rastras a la cocina.

Una vez allí, cierro la puerta, ante el asombro de Rosa y María.

—Lo siento, no he podido dejarlo en la puerta; miradlo, pobrecito, y decidme si vosotras hubierais tenido corazón para dejarlo en la calle solo a estas horas.

—Marcela, no puede quedarse —me avisa María—. Dolores lo echará seguro cuando lo vea y a ti, con él. ¡Mira que eres zopenca!

—Pues que no lo vea, entonces. ¿Cómo te llamas, niño? —le pregunto arrodillándome para quedar a su altura.

—Pepito —murmura.

—Ven, Pepito, tienes que lavarte. María, ponle algo de cenar, por favor.

—¡Sí, claro! Pero ¿tú estás loca? Oye, que nos vas a meter a todas en un lío.

—Calla, que coma un poco y me lo llevo al cobertizo; no suele ir nadie a excepción de Pedro y nosotras. Puede quedarse allí escondido unos días, hasta que encuentre una solución.

—Yo no quiero saber nada de todo esto; como Dolores se entere, te echará, te lo advierto. Toma, niño, come —le dice poniéndole un plato de sopa que ha sobrado de la cena, y luego sale de la cocina.

—Venga, Pepito, come, que nos vamos —lo apremio—. Rosa, por favor, evita que Dolores entre; dame diez minutos, que el niño se tome la sopa y me lo llevo.

—Marcela, de verdad, mira que te gusta meterte en líos.

—Tú sólo cuida de que no entre.

Pepito nos mira en silencio devorando la comida; está muerto de hambre el pobrecito y, cuando termina, me lo llevo hacia el cobertizo escondido detrás de mis faldas. Estoy a punto de salir al patio cuando me tropiezo con Juan.

—¿Marcela? —me pregunta acercándose a mí, que intento como puedo cubrir con mi cuerpo al zagalillo.

—¿Qué necesita, señorito? —respondo con nerviosismo.

—¿A quién escondes ahí? —Se mueve con rapidez y, en dos segundos, saca a Pepito de detrás de mis faldas.

—Señorito... puedo explicárselo.

—¿Es tu hijo, Marcela? —me demanda apretando la mandíbula.

—¡Nooo! Yo no tengo hijos. El niño ha llamado a la puerta muerto de hambre, su padre lo ha ab... bueno, le ha dicho que vendría a buscarlo y no lo ha hecho, y no he tenido corazón para dejarlo en la calle. Por favor, señorito, es de noche y él es pequeño...

—Marcela, no puedes acoger a todos los niños abandonados de la ciudad —me recrimina con dureza.

—A todos, no, pero a éste, sí; por favor, señorito... —le pido suplicante amparando al niño

entre mis brazos. Desde nuestra conversación en el cobertizo hace unos días, no lo había vuelto a ver y ahora estoy suplicándole por un niño que nada es mío.

—Marcela, ¿te das cuenta de lo que me pides? —me pregunta entre susurros cogiéndome del brazo y alejándome un poco del zagal para evitar que oiga nuestra conversación.

—Lo sé, señorito; sé que lo estoy poniendo en un aprieto, pero necesito que me ayude con este crío.

—¿Estás segura de que lo han abandonado?

—Su padre le dijo que volvería a por él y no lo ha hecho; además, mírelo: está claro que no pueden mantenerlo y lo han abandonado a su suerte.

—Está bien; lo hago por ti, no lo olvides —me dice atrapando mi mirada con la suya y consiguiendo que nos aislemos del mundo durante unos segundos.

—Gracias, Juan —murmuro tuteándolo sin percatarme del gesto.

—¿Vuelvo a ser Juan? —Sus ojos me envuelven acariciándome sin tocarme, como solamente él es capaz de hacer, y me pierdo un momento en ellos.

—No pretendía... gracias, señorito —susurro mirando al suelo, avergonzándome por mi atrevimiento.

—No lo sientas, quiero ser Juan para ti. ¿Lo has pensado? —me pregunta haciendo que mi corazón dé un vuelco—. Marcela, todavía espero una respuesta —añade levantando mi barbilla y haciendo que lo mire—. No soy un hombre paciente; dime que sí, por favor. —Me pierdo en sus ojos y en sus labios y, durante unos segundos, estoy a punto de flaquear.

—Le di mi respuesta hace unos días en el cobertizo —murmuro sin demasiado convencimiento, deseosa de decirle que sí a todo, a pesar de que mi parte sensata me pide a gritos que mantenga mi decisión y me olvide de mis deseos, unos deseos que sin duda avergonzarían a mi familia.

—Esa respuesta no me sirve, piensa en otra. —Su voz grave calienta cada parte de mi cuerpo, haciendo que me sonroje—. Vámonos, muchacho.

—¿Adónde se lo lleva? —pregunto preocupada, volviendo a la realidad.

—Hace unos días, don Jaime, el médico, me comentó que necesitaba un ayudante y creo que lo hemos encontrado —me dice sonriendo al pequeño y revolviéndole el cabello.

—Señorito, este niño no tiene nociones de medicina.

—Ni tiene que tenerlas, de momento. Además, don Jaime y su esposa no tienen hijos y seguro que será bien recibido en esa casa, aunque sea como aprendiz. Vamos, zagal, despídete de la señorita.

«¿Soy yo la señorita?», me pregunto asombrada; nunca me habían llamado así; muchacha, niña, Marcela... pero señorita... nunca.

—Gracias, señorita. ¿Le dirá a mi padre dónde estoy si viene preguntando por mí? —me ruega con los ojos anegados en llanto.

—Claro que sí, bonito. ¡Ea! No llores, que me harás llorar a mí —le digo con un nudo en la garganta—. No te preocupes, que si tu padre aparece por aquí buscándote, le diremos tu paradero —le contesto secando sus lágrimas—. ¿Me das un beso?

—Claro, señorita. —Deposita un dulce beso en mi mejilla, humedeciéndola con sus lágrimas.

—Venga, vámonos —nos apremia Juan.

—Adiós; cuídate, bonito.

Los veo salir por la puerta y respiro aliviada, pues nadie de la casa se ha percatado de nada.

Ojalá don Jaime se apiade y acepte quedarse con él; ese niño es demasiado pequeño y necesita que lo amparen, y los recuerdos regresan con fuerza. Pienso en mis padres y en cómo nos cuidaron y nos hicieron sentir protegidos y amados a pesar de la pobreza, el hambre, el frío y todas las penurias pasadas... A pesar de todo, nunca nos abandonaron y, aquí, ¿qué le ocurre a la gente de esta ciudad? Abandona a sus hijos a su suerte y a sus bebés para criar los de otros... yo nunca haría eso... yo jamás abandonaría a mi hijo.

Los siguientes tres días los paso soberanamente aburrida en mi casa. No vuelvo a soñar con Marcela y la echo de menos; a ella, a su vida y a sus circunstancias, en lo esencial tan similares a las mías. Se ha convertido en alguien importante para mí y, cuando despierto, si no he soñado con ella, me siento incompleta; aun así, la sensación de haber sido querida mientras dormía no me abandona y me aferro a ese sentimiento tan inusual en mi vida.

Vienen a verme mis amigas y Javier y, gracias a esas visitas, se me hace más llevadero. Además, Teresa me trae todos los días los deberes del colegio para que no me retrase tanto y, por lo menos, durante ese tiempo mantengo la cabeza ocupada, olvidándome de Roberto, de Marcela y de mis sueños.

Es lunes y me despierto emocionada por verlo de nuevo, pero estoy inquieta: hoy tiene la tutoría con mis padres. ¿Qué les dirá? Espero que no los cabree mucho, con ellos es mejor estar a buenas. Decido no preocuparme por algo que no está en mi mano y alejo ese tema de mi cabeza mientras me dirijo a la ducha sin dejar de pensar en él, nerviosa como si de una cita se tratara.

Me esmero arreglándome; quiero que me vea bonita después de tantos días sin coincidir con él. Me dejo el pelo suelto, lo cepillo marcando la raya en medio y me hago dos finas trenzas a cada lado, que luego uno en mi coronilla, como si fuera una princesa medieval. Llevo una venda en el tobillo y ando con muletas, pero lo prefiero mil veces a estar más días encerrada en mi casa.

Cuando llego al colegio, Teresa me está esperando en la puerta para llevarme la mochila. Me emociona que siempre esté pensando en mí y le doy un beso tras tendérsela. Juntas, sin dejar de charlar, llegamos a clase. Estoy tan nerviosa que apenas puedo respirar; las manos me sudan y mi corazón late tan rápido que temo que me dé algo, por lo que saco mis libros en un intento vano por tranquilizarme, pero es inútil, pues, antes de conseguirlo, siento que entra y mi cuerpo reacciona instintivamente a su mirada. Levanto la vista y me pierdo en sus ojos y en él. ¿Por qué no se da cuenta de que estamos destinados a estar juntos?

—Buenos días, señoritas. Empecemos la clase —dice rompiendo el contacto.

Repaso los últimos ejercicios mientras él explica a la clase lo que sea que estén dando, pero me resulta difícil concentrarme con el sonido de su voz, ¡cómo lo he echado de menos!, y sin darme cuenta me quedo embelesada mirándolo, absorbiendo cada una de sus palabras y disfrutando de cada segundo.

—Olivia, siéntese a mi lado —me ordena, de nuevo hablándome de usted, mientras se dirige a su mesa.

Obedezco y nuestros cuerpos quedan cerca otra vez.

—¿Estás bien? —me pregunta en un susurro, envolviendo mi mirada con la suya.

—Sí —contesto como puedo—. Empiece, por favor —le pido hablándole de usted y rehuyendo su mirada.

Sé que le ha molestado mi contestación, pero finjo no darme cuenta y me centro en las mates. Me explica un nuevo tema y me concentro al máximo para evitar sentir nada más. Lo entiendo

todo perfectamente; con él es como si se abrieran las ventanas de mi cerebro. Hago un par de ejercicios a su lado, pero ya no jugamos, ya no hay castigos misteriosos ni emoción. Siento su mirada sobre mí, pero no lo miro hasta que no los tengo terminados.

—Están bien —afirmo con convencimiento.

—Eso tendré que valorarlo yo, ¿no le parece? —me señala con seriedad.

—Claro —contesto dirigiendo mi mirada al resto de la clase; están todas trabajando en los ejercicios que les ha puesto y ninguna nos presta atención.

—Tome, aquí tiene más ejercicios, vuelva a su sitio —me indica con dureza tendiéndome un folio lleno por delante y por detrás—. Los quiero listos antes de que finalice la clase.

Los cojo sin contestar y regreso a mi sitio. Paso el resto de la hora enfrascada en los problemas mientras él se centra en el resto de la clase. No volvemos a mirarnos ni a dirigirnos la palabra y, a pesar de mi tristeza, sé que es lo mejor; siempre lo será mientras piense que estar conmigo es un error.

Durante el descanso, salimos al jardín como va siendo una costumbre. Me mantengo en silencio sumida en mis pensamientos mientras mis amigas hablan del fin de semana. Adriana ha ido a una discoteca muy pija del centro, donde van todos los futbolistas, periodistas y famosos que se precien de serlo y, aunque ni muerta iría allí, omito el comentario sin dejar de buscarlo con la mirada.

Lo veo haciendo la guardia con Lucía de nuevo. ¿Por qué siempre le tiene que tocar con ella? Enfadada por verlos juntos otra vez, dirijo mi mirada a Adriana, la menos pija pijísima de la muerte de mis amigas y con la que más me río, centrándome en ella.

—Si mis padres me hubiesen visto, les hubiera dado un ataque. Salí a las seis de la mañana casi a rastras de Joyce, con el rímel corrido, el pelo completamente desecho y los zapatos de las narices en las manos... con lo monísima que iba cuando entré y cómo salí... ¡Me pasé todo el domingo durmiendo! Menuda resaca de los cojones.

—Eres un caso, Adriana. Joyce está lleno de periodistas, ¿y si te hubieran hecho una foto?

—Pues nada, Teresa, hubieran visto a la Adriana más auténtica —contesta totalmente despreocupada.

—Y tus padres te hubiesen castigado de por vida —remata Bianca.

—Eso también, por descontado —concluye guasona con una carcajada.

Me río por su comentario. A veces tengo la tentación de hablarles de Javier, de sus amigos y de mis salidas con ellos; con Adriana lo haría con los ojos cerrados y sé que se apuntaría en el acto, pero Teresa... tengo claro que no lo aprobaría y prefiero callarme; además, cuanta menos gente lo sepa, mejor.

Miro a Roberto y a Lucía de reojo. Como siempre, ella va colgada de su brazo y se ríe apoyando la cabeza en su hombro. Me hierve la sangre al verlos. ¿Cómo puede estar tan ciego? ¿Cómo puede no darse cuenta de que ella está coladita por él? ¡Qué idiota!

—¿Comemos juntas? Así celebramos que Olivia ya está bien —nos pregunta Teresa sacándome de mis pensamientos.

—¡Sí, por favor! Estoy harta de estar en mi casa —contesto deseosa de rodearme de gente después de tantos días de encierro.

—¡Me apunto! Voy a llamar a mis amigos, para animar la comida —nos suelta Adriana guiñándonos un ojo.

—¿Qué amigos? —pregunto suspicaz, olvidándome de repente de Roberto y Lucía, temerosa de la que nos pueda liar.

—Unos que conocí el sábado. ¿Qué os parece?

—Por mí, bien. Llámalos —la anima Bianca.

No necesita oír más y, ni corta ni perezosa, queda con ellos para comer en Vips. ¡Madre mía! ¡Qué miedo da mi amiga! A saber a quién conoció el sábado.

Subimos a clase cuando finaliza el tiempo de descanso y, tras una mañana intensa de deberes y estudio, damos por concluido nuestro día escolar. Entre risas y metiéndonos con Adriana, llegamos a Vips. Veo en una mesa a Gabriel Denis y a varios jugadores del Real, y mi amiga directa hacia ellos. ¿Éstos son sus amigos? ¿Jugadores megafamosos de fútbol? La madre que la parió...

Llegamos donde están ellos y nos presentamos con timidez y, aunque en un principio estamos un poco cortadas y es Adriana la que lleva la voz cantante, pronto nos relajamos y nos dejamos ir. Tengo a mi lado a Gabriel, que es majísimo, y empiezo a charlar con él, cuando de pronto me asalta esa sensación tan familiar y sé quién está mirándome... Roberto. ¿Estará con Lucía? Seguro.

—Tíaaa, ahí está otra vez Roberto con Lucía y no nos quita ojo de encima. Estará flipando al ver con quién estamos —me comenta Teresa en voz baja inocente de la vida, mientras siento el corazón en la garganta. ¡Lo sabía!

—Puede ser, a lo mejor es seguidor del Real. ¿Qué más da? —le digo intentando controlar la voz y evitando mirarlo.

—Está todo el rato observando a Gabriel, y parece muy cabreado; seguro que Roberto es del Real a muerte y Gabriel no estará marcando goles.

—No digas tonterías, Teresa. Gabriel es muy buen jugador, pasa de él —le pido entre susurros; no quiero seguir hablando de Roberto.

Pero me está dando la comida y, al final, sucumbo y lo miro. Sus ojos atrapan los míos y me paraliza la furia que desprende. Está muy muy cabreado; tiene el cuerpo tan tenso que parece que esté a punto de abalanzarse sobre nosotros, y lo miro con dureza y desprecio. ¿Cómo se atreve a cabrearse cuando no deja de salir con Lucía y piensa que estar conmigo es un error? Reparo en su acompañante, está a su lado dándole la tabarra y hablando como una cotorra mientras él pasa olímpicamente de ella, se ve que está demasiado cabreado conmigo para prestarle atención. Decido ignorarlos y centrarme en mis amigos. No voy a dejar que sus celos y ese sentido tan absurdo de la propiedad que tiene sobre mí me amarguen la comida.

Cuando acabamos de almorzar, proponen ir a tomarnos algo y me apunto en el acto. Con Gabriel a mi lado llevándome la mochila, salgo de Vips sintiendo su furia helada sobre mí.

La tarde la dedico a estudiar, poniendo especial interés en las mates. Sé que Roberto no me aprobará si no lo merezco; además, tampoco quiero que lo haga, quiero conseguirlo por mí misma y porque necesito que se sienta orgulloso de mí. Su opinión, a pesar de todo, me importa más que la de cualquier otra persona.

Ceno en la cocina con Juana; mis padres no están, pero eso no es ninguna novedad tampoco.

Me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 16

Paso la noche intranquila pensando en Pepito. ¿Don Jaime habrá aceptado quedarse con él? Anoche esperé hasta tarde, pero no oí llegar a Juan y estoy ansiosa por saber dónde quedó el zagal.

Llego temprano a la cocina, apenas ha amanecido, y empiezo a amasar el pan junto a Luisa. El fuego crepita dentro del fogón y caldea el ambiente, pero no molesta; hace fresco y se agradece. Terminamos de amasar el pan y pasamos a los bollos, mientras el olor a pan recién hecho inunda cada rincón de la estancia. El sonido de la campana proveniente de la habitación de la señora rompe el silencio en el que nos encontramos y, como va siendo costumbre, corto unos cuantos limones y me dirijo a sus aposentos para atenderla y empezar con mi rutina.

—Buenos días, señora —la saludo dejando la bandeja sobre el tocador y acercándole la bata, que se encuentra sobre el biombo. Todavía recuerdo lo nerviosa que me sentí el primer día que entré en este cuarto, acompañada de Dolores, y me doy cuenta de lo tranquila que me siento ahora, cuando todo esto forma parte de mi día a día.

—Buenos días, niña.

—¿Ha descansado bien la señora?

—No he podido pegar ojo pensando en que hoy se marcha Beatriz con la niña; voy a echarlas tanto de menos... —me contesta quejosa sentándose delante del tocador y empezando a frotar sus codos con los limones.

—Siempre puede ir a visitarlas —digo sonriendo y cepillándole el cabello. He notado que le gusta que se lo cepille antes de recogérselo, y durante unos minutos lo hago dándole el gusto—. Ayer vino Marga, la niña que ayuda a Francisca, la modista, y le trajo unas revistas.

—¡Ya era hora! Tengo que renovar mi vestuario para el invierno. Además, necesito varios vestidos para los festejos reales; daremos una cena en honor a los reyes y, ayer, la marquesa de Montalbán me comentó que en su casa se haría otra. ¡Qué emoción, niña! La infanta es divina... Carita de cielo, la llaman; dicen que la reina Isabel está que bufa desde que se enteró de los deseos casamenteros del rey —me confiesa entre risas, olvidando lo afligida que se sentía hace unos instantes.

—¿Por qué? —pregunto intrigada con esta historia que es completamente nueva para mí.

—Pero, niña, ¿en qué mundo vives? —Se vuelve para mirarme sin dar crédito a mi pregunta —. De sobra es conocida la antipatía que la reina Isabel le tiene al duque de Montpensier, a pesar del cariño que profesa a la infanta. ¿No sabías que fue uno de los principales instigadores para su destronamiento? Desde entonces la reina no puede ni verlo.

—No lo sabía. Vivo en un pequeño pueblo donde las noticias llegan tardíamente, si lo hacen, pero esta historia es tan bonita... un rey casándose por amor, como los pobres... —murmuro imaginando mi vida junto a Juan.

—¿Sabes lo que dijo un ministro cuando las Cortes discutían sobre el enlace? —La voz de la señora me devuelve a la realidad, sacándome de mis ensoñaciones.

—No... ¿qué dijo? —pregunto empezando a recogerle el cabello.

—Salió en su defensa y dijo que doña Mercedes estaba fuera de toda discusión: los ángeles no se discuten; comparó a la infanta con un ángel, y no es para menos, esa niña es un ángel.

Sonrío por la efusividad de la señora; acabo de peinarla y empiezo a vestirla. Aún recuerdo el primer día que lo hice; en mi vida había visto un polisón o un corsé, y hoy me manejo con total soltura con ellos. Miro disimuladamente el vestido elegido por la señora mientras la ayudo a ponérselo; es precioso, del color de la grana, a juego con los botines de raso. Toda su ropa es digna de una reina. Luego se perfuma y, con el frufrú que produce la seda cuando anda, sale de la habitación...

Suena el despertador y, a pesar de intentar aferrarme a mi sueño, éste se desvanece poco a poco hasta que finalmente abro los ojos... «Ya sé en qué año viviste, Marcela», murmuro. Por fin puedo ubicar a Marcela en una época concreta... pero ¿existió realmente? Además, hacía varios días que no soñaba con ella y hoy he vuelto a hacerlo. «¿Por qué? ¿Porque ayer vi a Roberto de nuevo? ¿Estos sueños tendrán relación directa con él?», me pregunto arrastrándome a la ducha para dejar que el agua me despeje.

Hoy las clases pasan despacio, tanto que llego a desesperarme. Parece que el tiempo se haya detenido a propósito para alargar mi agonía. Sé que me hará la vida imposible en el aula y, aun así, lo estoy deseando. Cuando subimos tras el descanso, lo veo esperándonos apoyado en su mesa, pero rápidamente rehúyo su mirada.

Empieza con sus explicaciones y a ponernos ejercicio cual tirano y sé que va a sacarme a la pizarra antes de que lo diga.

—¡Olivia! A la pizarra, ¡ya! —me ordena rabioso.

Me acerco a la pizarra apoyándome en las muletas y lo miro con la misma dureza con la que él me está mirando a mí. Llevo los primeros botones de la blusa desabrochados y una trenza ladeada ligeramente desecha y, aunque esta mañana me gustaba mi aspecto cuando he salido de casa, ahora, con su impactante mirada sobre mí, me siento incómoda.

—¿A qué espera? Empiece —masculla, cruzándose de brazos.

Cojo aire para luego soltarlo lentamente, intentando obviar todos los sentimientos que provoca en mí, y comienzo a hacerlo analizando cada paso que voy dando; es complicado, pero voy resolviéndolo poco a poco sin dejar que su mirada me intimide y por fin lo termino.

—¿Han visto todas el desarrollo de su compañera? Pues tienen un claro ejemplo de cómo no deben hacerlo —brama fulminándome con la mirada—. ¿No ha tenido tiempo para estudiar? —me pregunta cabreado, en una clara alusión a lo que sucedió ayer.

—La verdad es que no —miento descaradamente sólo para enfurecerlo aún más, si eso es posible.

—Tiene un negativo. Siéntese —me dice con frialdad.

Paso una hora de perros; bueno, yo y toda la clase. Suena la campana e iniciamos la clase de mates. ¡Ufff! Ésta será peor, seguro.

Como siempre, empieza con mis compañeras y, cuando las tiene saturadas de ejercicios y después de obsequiar a varias con diversos negativos, me llama.

—Olivia, a mi lado. ¡Ya!

Obedezco y, tras sentarme donde me ha indicado, me tiende los ejercicios que le entregué ayer.

—Aquí tiene, están correctos. ¿Ha buscado clases de refuerzo?

—No —contesto rotunda.

—¿Por qué? —me pregunta con el ceño fruncido.

—No quiero que nadie que no sea usted me dé clases —contesto sosteniéndole la mirada.

—No voy a volver a darle clase, y así nunca alcanzará el ritmo de sus compañeras.

—Pues suspéndame —le digo retándolo.

—Como quiera. Cuando finalice el curso, si no cumple los objetivos marcados, estará suspendida —me suelta furioso.

—Muy bien —replico levantando la barbilla—. ¿Puede empezar, por favor?

Me mira ardiendo de rabia, pero finjo no darme cuenta y comienza un tema nuevo. Apenas nos miramos, pero nuestros cuerpos hablan por nosotros: nos rozamos a la menor ocasión y, cada vez que eso ocurre, me enciendo. El deseo me ahoga, pero no lo miro y finjo indiferencia.

—Resuélvalos —me ordena enfadado cuando termina su explicación.

—Espero que no me ponga un negativo si los resuelvo mal. Si al retraso que llevo en su asignatura le voy sumando negativos, ya puedo olvidarme de aprobar con usted —le digo en un susurro mirándolo fijamente.

—Pues estudie más —masculla con la mandíbula tensa.

Paso de él y me pongo a trabajar. Por suerte los resuelvo bien y me ordena que vuelva a mi sitio, no sin antes darme una cantidad desorbitada de deberes.

—¿Son todos para ahora? —le pregunto mirando la barbaridad de folios que me ha entregado.

—Los quiero todos para mañana —sisea entre dientes.

—Esto no hará que me quede en casa —le contesto enfadada, cabreándolo a propósito.

—Puede hacer lo que quiera, pero, como mañana no me los entregue todos hechos, tendrá otro negativo... y tres negativos es un punto menos en la nota del examen.

—Perfecto —suelto, y me levanto sin mirarlo.

Lo ignoro durante el resto de la clase y me apresuro en adelantarlos al máximo. Por fortuna hoy no he quedado con mis amigas, pero eso él no tiene por qué saberlo, que piense lo que quiera.

Como en casa, con Juana haciéndome compañía, y, cuando termino, me encierro en mi habitación para hacer los deberes. Entre los suyos y los del colegio, voy saturada y, a pesar de que me concentro al máximo, no acabo hasta las diez. Estoy cansada y me pongo el pijama dispuesta a acostarme, cuando oigo a mis padres entrar en casa. De pronto me acuerdo de que ayer tuvieron la tutoría con Roberto. ¿Cómo habrá ido? Espero nerviosa, pero mi madre no entra en mi habitación y me acuesto muerta de curiosidad. Y sueño de nuevo...

Estoy sirviendo el café en el saloncito y me acerco a Juan para llenar su taza.

—Está bien, se quedaron con él —murmura sólo para mí.

—¿Qué dices, hijo? —pregunta la señora, quien parece percatarse de todo.

—Nada, madre; sólo le estaba indicando que no quiero mucho café —contesta sonriendo.

—Y casarte, ¿quieres? ¿No te parece que ya va siendo hora de que sientes la cabeza? ¡Eres el futuro marqués de Salabria! Tienes a Cayetana esperando. ¿Por qué no la cortejas de una

vez? —le pregunta la señora, dejando su taza sobre la mesita, con el rictus tenso.

Estoy terminando de servir el café y, a pesar de que intento mostrar indiferencia, todos mis sentidos están puestos en esta conversación que ha surgido de repente. Sabía de los deseos casamenteros de la señora, pero no que le urgiera tanto que Juan diera el paso. Siento su mirada intimidante sobre mí, pero no levanto la vista; no puedo permitirme encontrarme con la profundidad de sus ojos, que esperan una respuesta por mi parte, y menos ahora, con esta conversación de por medio, sabiendo que tarde o temprano será de otra mujer.

—Madre, no empecemos de nuevo.

—Tu madre tiene razón, Juan. Hemos esperado a que finalizaras tus estudios, a que viajaras y a que disfrutaras de la vida, como decís ahora los jóvenes, pero tienes unas obligaciones que cumplir. Mira a tu hermana Beatriz, casada y con una niña, y tú... sólo pensando en salir con tus amigotes. ¿Puede saberse a qué hora llegaste anoche?

—Padre, anoche tuve cosas que hacer. No se preocupe, tranquilo, que cuando llegue el momento, lo haré —les contesta conciliador.

Sé dónde estuvo anoche y nunca podré agradecerle lo que hizo por Pepito. Nuestras miradas se encuentran momentáneamente, pero desvío con rapidez la vista, retirándome discretamente del salón.

He sido una estúpida albergando esperanzas desde que oí la historia de nuestro rey con la infanta Mercedes. La realidad, por mucho que me duela, es que Juan tiene unas obligaciones que cumplir. Dentro de unos años será marqués y yo continuaré siendo una don nadie... sólo podemos estar juntos de una manera, y en mi mano está aceptarlo u olvidarme de él para siempre...

Es miércoles y tengo, a primera hora, clase con Lucía, ¡genial! No puedo con ella, y creo que es algo mutuo. Durante su clase me dedico a pensar en Marcela y en Juan. ¿Aceptará su propuesta? Al fin y al cabo, le está proponiendo ser la otra... su amante, vamos, y, aunque me parece que era algo habitual en aquella época, no creo que yo aceptara algo así.

Con una lentitud horrorosa, pasa la hora y por fin termina, pero ahora nos toca mates. Lo veo entrar y desvío rápidamente la mirada, pero de su voz no puedo librarme; esa voz que se cuela dentro de mí, llegando hasta mi interior... al final sucumbo, lo miro y dejo de respirar momentáneamente. ¡Ojalá me fuera indiferente! Todo resultaría más fácil.

Como siempre, empieza con sus explicaciones y me dedico a revisar todos los ejercicios, intentando normalizar mi respiración. Creo que están bien y me consuela pensar que él también tendrá que emplear un buen tiempo en prepararlos y corregirlos.

—Olivia, venga aquí —me ordena.

Me levanto y me acerco. Su mirada me abrasa y me sonrojo levemente. Llevo el pelo recogido en una cola alta, dejando mi cuello al descubierto y, como de costumbre, los primeros botones desabrochados. Me siento y le tiendo mis deberes.

—Aquí tiene —susurro mirándolo fijamente. Me acaloro cuando me mira así, como si pudiera desnudarme solamente con su mirada. ¿Cómo no se dan cuenta mis compañeras de lo que ocurre entre nosotros, si nuestras miradas hablan a gritos?

—Espero que le diera tiempo a hacerlos todos —murmura rabioso.

—Me dio tiempo a todo —le digo cabreándolo aún más.

Me sostiene la mirada y me humedezco los labios levemente, pero, como siempre, la aparta demasiado rápido. Empieza a explicarme un nuevo tema y lo miro embelesada, acercando mi

pierna a la suya, rozándolo y acalorándome. Miro sus manos y recuerdo la sensación de ellas sobre mis pechos, su lengua enredada con la mía y su erección sobre mi sexo, y siento una humedad creciente entre mis piernas y una necesidad acuciante de más. Mi respiración se torna densa y pesada, y tengo que morderme el labio para no ponerme a gemir. Lo miro acalorada y veo deseo en sus ojos, el mismo que él verá en los míos... y esta vez es la campana la que rompe el momento.

Mis compañeras empiezan a salir en tromba de clase y, mirándolo por última vez, me marcho yo también. Voy con Teresa cuando veo que fuera del colegio están Gabriel, Santiago y Marcelo, además de otros chicos que no conozco, junto a Adriana y Bianca, quienes, felices de la vida, hablan con todos. Nos acercamos a ellos para saludarlos; nos separa únicamente la reja, lo que no es suficiente impedimento como para que podamos hablar.

Gabriel se acerca a mí y se pone a charlar conmigo... cuando noto su presencia antes de oírlo.

—Lo siento, las señoritas están en el colegio y no pueden hablar con ellas. Márchense, por favor —les pide Roberto cortante y, montando en cólera, nos ordena—: Salgan de aquí; les recuerdo, por si lo han olvidado, que están en horario escolar.

—No se preocupe, profesor. ¡Nos vemos por la tarde, chicas! —se despide Gabriel, enfureciéndolo sin pretenderlo.

—Por supuesto, guapetones; luego hablamos —remata Adriana.

Nos despedimos con un tímido «adiós» y unas cuantas sonrisas disimuladas y nos dirigimos al jardín, con Roberto pisándonos los talones.

—Joder... es peor que una monja —me cuchichea Adriana.

—¡Adriana! ¿Tiene algún problema? —brama detrás de nosotras.

—Ninguno.

—Que sea la última vez que las veo tonteando con quien sea dentro del colegio; fuera hagan lo que les dé la gana, pero aquí dentro las quiero cumpliendo las normas, ¿lo tienen claro? —nos pregunta a todas. No me ha mirado en ningún momento, pero de nuevo siento que el rapapolvo va dirigido en exclusiva a mí.

Hiervo de rabia, pero guardo silencio y apenas lo miro. Nos dirigimos al jardín, donde están todas nuestras compañeras, y nos sentamos en el césped; nuestro banco ya está ocupado, pero ¿qué más da?

—Joder con Roberto... qué muermo de tío, pensaba que sería más enrollado —suelta Bianca.

—Y que lo digas, neni. Menudo mosqueo ha pillado; tampoco era para tanto, ¿verdad? —pregunta Teresa con ese tono tan característico suyo.

—Oye, Adriana, ¿qué es eso de que nos veremos por la tarde? —le pregunto intrigada.

—Antes de que llegaras con Teresa, estábamos hablando de ir a tomar algo. ¿Vendrás?

—Mañana tenemos examen de lengua; además, Roberto me ha puesto un montón de ejercicios de mates, no creo que pueda.

—Joder, ¡cómo se pasa el tío!

—Tú qué sabrás... —murmuro mientras lo veo hablando con Lucía, que para variar va colgada de su brazo, y me dejo caer en el césped saturada de él, de ella y de toda esta situación.

Pasan las clases lentamente y la tarde la dedico a estudiar y a los ejercicios de mates, y, como en los últimos días, me dan las tantas entre libros. Me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 17

—¡Ea! Qué ganas tenía de que llegara el domingo y poder salir de esta casa —me dice Rosa terminando de peinarse—. ¡Venga, date prisa, que nos van a dar las burras de leche!

—Dos minutos —murmuro acabando de abotonar mi blusa—. ¿Sabes que Pedro me pidió que paseáramos juntos hace unos días? —le confieso sonriendo.

—¿De verdad? Qué calladito lo tenías, jodía. ¿Y qué le dijiste? Mira que Pedro es un chico bien parecido.

—Na... *déjate, que para pasear con él estoy yo.*

—¿Y por qué no?

—Porque aquí no he venido yo a pasear con nadie, he venido a ganar buen parné y volver cuanto antes a casa, ¿o piensas quedarte aquí toda la vida?

—Pues no lo sé; allí no hay futuro y aquí tengo una buena cama, comida y me gano bien la vida. ¿Por qué quieres volver?

—Porque mis raíces no están aquí. —«Pero Juan, sí», me recuerda mi corazón—. Puede que allí no tengamos un futuro tan bueno como el que tenemos aquí, pero necesito estar cerca de los míos, cuidar de mis padres cuando sean tan viejitos que no puedan valerse por sí mismos, ver a mi niña enamorarse y crear una familia —le confieso suspirando—. Extraño levantarme con el canto del gallo, dar de comer a los animales, el olor de las chimeneas encendidas entremezclado con el del aire puro y pasear acompañada por duendes y hadas; lo echo de menos cada día que pasa.

—Pues yo no... Seré una desarraigada o lo que tú quieras, pero aquí estoy de guinda, y no me malinterpretes, que a mi familia la extraño como la que más, pero sólo eso... me da igual el aire puro, el canto del gallo y todo el rollo que me has soltado, y ahora, ¡humo! ¡Basta de cháchara, que el tiempo vuela!

Salimos a la calle y vemos a Pedro apoyado en el portal.

—¿Adónde van estos dos bellezones? —nos pregunta zalamero.

—Hombre, Pedrito, cualquiera pensaría que estabas esperándonos —le contesta Rosa entre risas, poniéndose el chal con chulería.

—Puede. ¿Me harían el honor de pasear conmigo, señoritas? —nos dice sonriendo y colocándose entre las dos, guiñándonos un ojo.

—Anda, vámonos, que a zalamero no te gana nadie —acepta Rosa riendo.

Nos dirigimos al paseo, que está a rebosar de carretelas, berlinas y galeritas conducidas por cocheros vestidos con elegantes levitas, desde donde las familias adineradas saludan con altivez a la gente que pasea a pie, incapaz de permitirse tal lujo. Vamos vestidas con nuestras mejores galas y, aun así, no podemos ocultar que somos meras criadas; nuestra piel curtida por el duro trabajo en el campo no es pálida como la de las señoritas; no llevamos sombrero a juego con el

vestido, sino un simple pañuelo anudado a la cabeza; nuestros vestidos no son elegantes, ni nuestros modales refinados. Somos unas criadas y hasta un ciego podría darse cuenta de ello.

Pedro va a nuestro lado sin dejar de hablar. Su humor es similar al de Rosa y hacen buenas migas. Yo permanezco en silencio, pensando en la conversación que he mantenido con ella hace un momento. ¿De verdad no necesita regresar a casa? ¿Piensa quedarse a vivir aquí para siempre? Y yo... ¿sería capaz de renunciar a todo y quedarme aquí por mi amor a Juan?

Estamos llegando a la chocolatería donde merienda casi todas las tardes la señora; es muy bonita y tiene mesas en la terraza. La miro cautivada, soñando con ocupar una de esas mesas, cuando lo veo sentado en una de ellas, riendo con Cayetana y su madre, y me detengo con la mirada fija en ellos, muerta de celos, tristeza y una rabia que desconocía que habitaba dentro de mí.

La señorita Cayetana viste un traje color rosa precioso; su pelo rubio brilla con los rayos del sol y sus ojos azules desprenden felicidad, mientras los míos están llenos de celos y tristeza. Pero ¿qué esperaba? Juan nunca me lo ocultó, pero jamás pensé que me afectaría de tal modo.

—Marcela, ¿por qué te paras? —me pregunta Pedro—. ¿Te encuentras bien? Parece que has visto un fantasma, niña. ¿Quieres que nos sentemos?

Cojo aire y dejo de mirarlos.

—No, claro que no, continuemos —murmuro empezando a andar de nuevo.

Pasamos por delante de su mesa y nuestras miradas coinciden; veo dureza en la suya mientras la mía estoy segura de que desprende amargura.

Pasan los días y mi situación con Roberto no mejora en absoluto; al contrario, empeora. Parece rabioso conmigo continuamente y, durante las clases, nos dedicamos a ignorarnos el uno al otro, aunque muchas veces se queda meramente en la intención para terminar devorándonos con la mirada.

Es sábado. No me pongo el despertador y me levanto tarde, es un capricho que desde pequeña me han consentido y que agradezco muchísimo, puesto que durante la semana ya madrugo suficiente.

Últimamente apenas me cruzo con mis padres. Mi padre quiere hacerse con la presidencia del Gobierno y mi madre, cuando no trabaja, se dedica a apoyarlo, por lo que, si antes pasaban de mí, ahora apenas los veo; aunque continúa doliéndome su indiferencia, en estos momentos agradezco tener esta libertad para poder entrar y salir de casa sin tener que mentir continuamente.

Hoy he quedado para comer con mis amigas y por la noche, con Javier y los suyos. Suerte que ya no llevo las muletas, porque tengo más vida social que en todos mis dieciséis años juntos, ¡ya era hora!

Para salir con Javier, elijo un vestido rojo de Andrew GN. Sé que, cuando Montse lo vea, va a alucinar y sonrío imaginando su reacción. Me peino dejándome el pelo suelto y me maquillo ligeramente; en casa de Montse ya profundizaré más.

Javier pasa puntual a recogerme y, tras saludar a mis padres, que también están a punto de salir, nos marchamos. Durante el trayecto hablamos de Roberto y de Toni; cada cual tenemos nuestra historia y el viaje se nos hace corto para todo lo que queremos contarnos.

Llegamos a casa de Montse y, como siempre, nos intercambiamos la ropa. Ella, por supuesto, se pone mi vestido y yo opto esta vez por unos pantalones negros ceñidos con tachuelas en los laterales y una fina blusa también negra. Lo que Cora denominaría un *look total black*. Me

maquillo con sombras ahumadas y, como ya es habitual, me encanta el resultado.

Cenamos en un restaurante japonés y, cuando terminamos, nos dirigimos al ToNigth. Llevo desde que he despertado esta mañana deseando que llegue este momento y esperando encontrármelo allí, porque, a pesar del mal rollo que tenemos, necesito verlo continuamente.

Llegamos y nos volvemos locas; bailamos, bebemos y reímos sin parar, olvidándonos del mundo y sus problemas... pero de él no puedo olvidarme, a él lo tengo grabado a fuego en mi cabeza y, a pesar de que no dejo de buscarlo con la mirada, no lo encuentro por ningún sitio. Sólo me queda la esperanza de que esté fuera y, con la excusa de tener calor, me dirijo a la terraza donde lo vi la última vez. Salgo y el fresco de la noche me revitaliza y, con decisión, voy hacia la barra. Por el camino varios tíos me paran para hablar conmigo, pero me desentiendo rápidamente de ellos, necesito llegar cuanto antes... Mi gozo en un pozo cuando, al llegar, no está... ni él ni ninguno de sus amigos. ¡Qué decepción! Y yo que pensaba que lo vería esta noche...

Me siento en un taburete y me pido un mojito. No quiero volver a entrar, dentro hace demasiado calor; además, para mí la noche ha terminado. Tomo un sorbo y dejo de prestar atención a mi alrededor; está sonando *Need you now*,[5] de Lady Antebellum, una canción muy bonita acorde con esta zona más tranquila. Me evado escuchándola.

—¿Tienes calor? —me pregunta alguien al oído.

Me giro de golpe y veo a ¡Eric!, el amigo de Roberto. ¿Estará aquí él también? ¿Dónde? ¿Dentro, fuera, solo, con alguien? ¿Y por qué no lo he visto? Le haría mil preguntas, pero callo por miedo a parecer desesperada y me limito a contestar.

—Mucho —digo sonriendo.

—Bailas muy bien —me piropea apoyándose en la barra sin quitarme la vista de encima.

—¿Estabas dentro? —Entonces... ¿Roberto también? ¿Y por qué no lo he visto? Los nervios me ahogan y tengo que controlarme para no salir corriendo como una loca hacia el interior a buscarlo.

—Estamos todos dentro; tus amigas y tú sois un espectáculo para la vista.

—Déjala en paz, Eric. Te dije claramente que no te acercaras a ella.

De repente, tengo a Roberto delante de mí, tan increíble y sexi como siempre, y, cómo no, tan cabreado.

—Oye, tío, estás empezando a cansarme. Ni estás ni quieres estar con ella, así que deja el camino libre.

—No pienso repetírtelo de nuevo, aléjate de ella, joder. —Está tan furioso que temo que se líe a puñetazos con Eric, pero por suerte su amigo no tiene ganas de broncas y se marcha, dejándonos a solas.

Nos miramos en silencio y al final soy yo la que exploto.

—¿Qué quieres, Roberto? Eric tiene razón: no quieres estar conmigo, pero tampoco quieres que otros lo estén. ¿Qué puñetas te pasa?

—Me pasa que tienes demasiados moscones rondándote —masculla apretando la mandíbula.

—Y también te tengo a ti para espantármelos a todos —contesto rabiosa, levantándome y dirigiéndome hacia el interior, donde están mis amigas.

Me sigue y, cogiéndome con fuerza del brazo, me lleva con decisión hasta un rincón oscuro de la terraza. Su cuerpo inmoviliza el mío contra la pared y sus manos acogen las mías; mis sentidos están puestos en él, en sus increíbles ojos y en sus labios tan cerca de los míos, a un aliento de distancia.

—No quiero estar contigo, Roberto, no mientras pienses que es un error —susurro sin demasiada convicción, intentando alejarme de él.

—Es un error, Oli —afirma impidiendo que me separe de él—, pero es un error que deseo cometer. Estoy harto de alejarme de ti, de decirme que no puedo estar contigo. —Sus labios vuelven a estar a escasos centímetros de los míos; somos un solo cuerpo fundido en la pared.

—No es un error —musito.

—Sí que lo es; tendremos que escondernos y no podrás contárselo a tus amigas —me dice rozando sus labios contra los míos, haciendo que mi cuerpo se tense y vibre por él.

—Y tú tendrás que dejar de mirarme en el colegio como haces continuamente —murmuro rozando los suyos, conteniéndome para no abalanzarme sobre ellos.

Nuestras respiraciones se tornan densas y pesadas, entremezclándose entre ellas, diciéndonos mil cosas con la mirada, alargando el momento, rozándonos, ardiendo y deseándonos hasta lo indecible, y por fin damos rienda suelta a nuestros deseos más íntimos uniendo nuestros labios en un beso que nos arrastra con la fuerza de un ciclón. Gimo en su boca mientras su lengua posee la mía con decisión y rudeza, y lo recibo gustosa, enredando mis manos en su pelo y pegándome más a su cuerpo, que cubre el mío con posesión. Siento su enorme erección contra mi sexo, que lo reclama húmedo y palpitante, y me froto sobre ella buscando la fricción que mi cuerpo pide a gritos.

—Vámonos a tu casa, Roberto, quiero estar contigo —le propongo casi en un jadeo.

—¿Estás segura, Oli? —murmura con la respiración agitada, apoyando su frente en la mía y envolviendo mi cintura con sus manos, pegándome a él.

—Sí, ya hemos perdido suficiente tiempo —afirmo temblando por el deseo y el miedo.

—Despídete de tus amigas, te espero fuera —me ordena haciendo que mi vientre se contraiga de pura anticipación.

Me despido de todos y quedo con Montse en vernos en su casa a las cuatro y media; sé que es tarde y que Javier va a enfurecerse, pero necesito tener más tiempo para estar con él.

Salgo y lo veo esperándome en la puerta. Sus ojos en llamas atrapan los míos y, cogiéndome posesivamente la mano, me lleva hasta el parking. No veo su coche y me sorprende al acercarse a una moto.

—Una moto... —digo como si no fuera algo obvio.

—Sí, Oli, una moto —contesta dulcemente con una media sonrisa.

—Dame tu dirección, iré en taxi —contesto decidida.

—No tengas miedo, ¿vale? Confía en mí, no quiero que tengas miedo cuando estés conmigo —me pide con seriedad, mirándome a los ojos.

Y aunque odio las motos, confío plenamente en él, así que asiento antes de dejar que me ponga el casco y me subo a ella intentando parecer lo más decidida posible. Me coge las manos para que rodee su cintura con ellas y arranca. Cierro los ojos muerta de miedo, pero poco a poco me relajo; conduce con seguridad y pone una mano sobre las mías a la menor ocasión, tranquilizándome. Sólo cuando empiezo a disfrutar del paseo, para y entramos en un garaje.

—Hemos llegado, Oli —me anuncia quitándose el casco y deshaciéndome con su mirada.

Siento el corazón latir desbocado dentro de mí mientras bajo de la moto; estoy muerta de miedo por lo que viene ahora, deseándolo tanto que me cuesta respirar y, a la vez, aterrada ante lo desconocido, y lo miro paralizada mientras me quita el casco. Sus manos acunan mi rostro y sus labios rozan los míos, infundiéndome confianza y anulando de un plumazo todos mis temores.

—Vámonos —dice cogiendo mi mano con posesión y arrastrándome hasta el ascensor.

Entramos y nos miramos en silencio mientras se cierran las puertas. Ya no tengo miedo; sólo sé que lo necesito y, acercándome a él, enredo mis manos en su pelo con la mirada fija en sus labios; su mano aprieta mi trasero aproximándome a él y siento su erección a través de la tela del pantalón, dura y palpitante, contra mi sexo. Se abren las puertas y, cogiéndome de la mano, me lleva con urgencia hasta su casa.

Abre la puerta y entramos en un pequeño piso; lo siento detrás de mí y apoyo mi espalda en su pecho, con el corazón atronando furioso dentro de mí.

—¿Estás nerviosa? —murmura en mi oído envolviendo mi cintura entre sus brazos.

—Sí —confieso dándome la vuelta y quedando frente a él.

—No lo estés; ven conmigo. —Cogiéndome de la mano, me lleva hasta su habitación.

Entramos y me quedo delante de la cama frente a él. No sé muy bien qué hacer, pero supongo que desnudarme es lo primero, así que empiezo a desabrochar los pequeños botones de mi camisa sin despegar mi mirada de la suya.

Tiene los ojos fijos en mis dedos, en lo que va quedando al descubierto; su mirada arde de deseo y pronto me olvido de mis temores para volcarme en ella y en las miles de sensaciones que despierta en mi cuerpo.

—Eres perfecta —musita con voz ronca con el cuerpo en tensión.

Lo miro con incredulidad... si él lo dice...

—¿Nunca te lo habían dicho? —me pregunta rozando levemente mis pechos en una caricia, estremeciéndome con ese simple roce.

—Nunca he estado con nadie —le confieso en un susurro, mirándolo a los ojos.

—No lo dirás en serio —se sorprende, poniéndose tenso y retirando su mano como si mi tacto lo quemase.

—¿Por qué habría de mentirte? Tú mismo te darás cuenta dentro de poco.

—Hoy no —asegura empezando a abotonar mi blusa.

Lo miro asombrada y empiezo a desabrochar de nuevo los botones.

—Estate quieta, ¿quieres? —me pide sujetando mis manos entre las suyas—. Oli, no tenemos por qué precipitarnos; esto es importante y necesito que estés segura, porque luego no habrá marcha atrás.

—Roberto, ya basta —le ordeno con seriedad—. Si no he estado antes con nadie ha sido porque no he querido realmente; nunca había deseado a nadie hasta que te vi y sé que ha llegado el momento —confieso desabrochando del todo la blusa y dejándola caer al suelo, quedándome con el sujetador negro de encaje—. Sé mi profesor aquí también; enséñame y castígame cuando no haga algo bien —le pido casi en un murmuro.

Me mira maravillado y me besa mientras un ronco gemido sale de su garganta; su lengua acaricia la mía en un beso húmedo y caliente, mientras con sus manos comienza a desabrocharme el pantalón, acariciando mi piel mientras va liberándome de él.

—No tienes ni idea de cómo te deseo, de cómo estoy conteniéndome —susurra atrapando con sus dientes el borde de mis braguitas, tirando de ellas y estremeciéndome—. Desde el primer instante en que te vi —me confiesa con voz ronca, quitándome el pantalón y dejándome únicamente en ropa interior.

Lo hace demorándose en el momento y mirándome fascinado. Él todavía va vestido y, titubeante, empiezo a desabrocharle la camisa para dejar su pecho al descubierto. Necesito sentir su piel junto a la mía. Su mirada me aviva y continúo desnudándolo hasta llegar al botón de su

pantalón, y un débil gemido sale de mi garganta; tiene un cuerpo perfecto y sólo he visto la mitad... ahora viene lo mejor e, imitándolo, empiezo a bajarle los pantalones acariciando su piel en un leve roce, despacio, disfrutando del momento y demorándome en él.

—Estás matándome, Oli —murmura con voz contenida, cogiéndome en brazos y acostándome en la cama—. Empieza la clase, ¿preparada?

—Desde que te vi —susurro.

Me mira con ojos lascivos acercando su boca a mi cuello, besándolo lentamente, sin prisas; llega hasta mis pechos y los libera del sujetador. Tengo los pezones duros como piedras. Sentir su piel contra la mía, su aliento tan cerca de mi cuerpo, es tan increíble... Lleva su boca a mi pecho, atrapándolo y tirando de él mientras con una mano acaricia mi otro pecho, y me arqueo dejándome ir, disfrutando de las miles de sensaciones que con su mano y su boca está provocándome.

—El sexo es una forma diferente de hablar, de comunicarse, de expresar lo que sentimos, donde todo está permitido... quiero que te dejes llevar y disfrutes —me pide con voz ronca mientras va quitándome las braguitas poco a poco.

Me siento tímida, pero lo deseo tanto que ese sentimiento queda anulado y gimo de nuevo cuando su boca vuelve a mis pechos, torturándolos, lamiéndolos y tirando suavemente de mis pezones, haciendo que todas las sensaciones se concentren en mi sexo, humedeciéndolo. Su boca no me da tregua, mientras con una mano abre mis piernas despacio. Estoy sofocada e instintivamente intento cerrarlas.

—Oli, relájate, déjame tocarte —me pide aguijoneado por el deseo.

Lo miro muerta de vergüenza y abro levemente mis piernas temblorosas; su mano llega hasta mi sexo en una dulce caricia y cierro los ojos.

—No los cierres, mírame —murmura mientras su mano se demora en mi clítoris e instintivamente abro más las piernas, sintiendo mi cuerpo vibrar de deseo—. Muy bien, cariño, disfruta —me dice jadeando y llevando su boca hasta mi sexo.

Lo aparto en un acto reflejo. ¿Va a besarme ahí? Sé lo que es el sexo oral, pero que me lo hagan a mí... Me muero de vergüenza y siento toda la sangre concentrada en mi cara.

—Oli, no te avergüences; quiero saborearte, lo estoy deseando —me pide con voz ronca—. Déjame hacerlo.

—Roberto... —farfullo tensando el cuerpo.

—Relájate, confía en mí, te gustará... estás tan mojada... —murmura sin dejar de tocarme.

Y llevando su boca al centro de mi sexo, se pierde en él, chupándome y saboreándome como me ha dicho, ¡Madre míaaa! Es una sensación única y, a pesar de que todavía estoy muerta de vergüenza, lo que estoy sintiendo es superior a todo y, sin darme cuenta, abro más las piernas y me muevo sobre su boca, buscando algo que ni sé, sintiendo únicamente, tal como me ha pedido. Su boca barre mi sexo de arriba abajo, llegando a mi clítoris, succionándolo, lamiendo, entrando y saliendo... y exploto, exploto en mil pedazos sobre su boca, que codiciosa absorbe todo mi placer mientras mi cuerpo se convulsiona. ¿Acabo de tener mi primer orgasmo?

—Parece que tengo una alumna aventajada —bromea subiendo lentamente, rozando su cuerpo con el mío hasta quedar frente a mí—. Ahora viene lo mejor, ¿estás segura, Oli? Podemos parar cuando quieras.

—Espero que no lo digas en serio —murmuro jadeando y atrayéndolo a mí.

Sabe a mí y me excito aún más. Le envuelvo el cuerpo con mis piernas y lo siento; sólo nos separa la tela de sus slips y levanto las caderas frotándome sobre su enorme erección, mientras

una necesidad acuciante de más me desborda. Necesito sentirlo dentro de mí y, tras hacer que se incorpore, acabo de desnudarlo. ¡Señor! «¿Todo eso va a caber dentro de mí? —me pregunto de repente asustada por todo lo que se me viene encima—. ¿Dónde me he metido?»

—Oli, tu cuerpo se adapta... no te preocupes —me comenta cogiendo un preservativo de la mesita y poniéndoselo con destreza.

Toda mi excitación ha desaparecido en un minuto. Y, ahora, ¿qué? Lo tengo desnudo a mi lado, lo que he deseado desde el primer momento, y estoy acojonada.

—Ven —me pide tumbándome de nuevo y cubriéndome con su cuerpo—. Tranquila, ¿vale?

Me besa lentamente, sin prisas; sé que quiere que me relaje como antes, pero no puedo, estoy tensa y asustada... pero es paciente y poco a poco, con su boca y sus manos, consigue relajarme y excitarme por fin y soy yo la que lo busco.

—Roberto, hazme el amor —le pido jadeando.

Lo tengo encajado entre mis caderas y noto su sexo en la entrada del mío. Su mirada ardiente provoca un espasmo entre mis piernas y entreabro los labios deseando que ocurra, deseando ser suya y que sea mío.

—Intentaré no hacerte daño; relájate, Oli —susurra besándome e introduciéndose despacio dentro de mí.

Levanto las caderas saliendo a su encuentro y percibo cómo, poco a poco, se abre paso en mi interior; está yendo despacio, dejando que mi cuerpo se adapte, conteniéndose y besándome con dulzura. Lo noto ponerse tenso y entonces, de una embestida, rompe mi virginidad; grito y para.

—Ya está, Oli. Te va a encantar, te lo prometo —murmura jadeando, completamente encajado dentro de mí, esperando unos segundos a que mi cuerpo se adapte por completo a él.

Comienza a moverse lentamente con movimientos acompasados... fuera, dentro, fuera, dentro, sin dejar de besarme, y mi cuerpo reacciona a él, buscando la fricción; su ritmo lento y tortuoso está haciendo estragos en mí y acelero el ritmo demandando más.

—¿Preparada? —me pregunta con la respiración entrecortada y la mandíbula tensa.

—Por favor —gimoteo sintiendo mi sexo empapado y resbaladizo.

Y de una certera estocada, se hunde más profundamente dentro de mí, haciendo que vea las estrellas. Grito por la invasión, todo me da vueltas y gimo en su boca mientras todo mi ser cobra vida ante sus potentes embestidas. ¡¡¡Dios mío!!! Pronto la necesidad y el placer se imponen con fuerza y soy yo la que sale a su encuentro, dejándome llevar por mi cuerpo... dentro, fuera, más rápido, más profundo; su lengua lasciva se enreda con la mía y gimo levantando las caderas, exigiendo más.

—¡No te corras hasta que yo te diga! ¡Contrólalo, Oli!

«¿Y cómo se supone que debo hacer eso?», pienso sintiendo cómo algo tremendo empieza a formarse en mi interior.

—No voy a poder —farfullo entre jadeos, apretándome más contra su sexo.

—Sí podrás, aprende a dominar tu cuerpo —me pide moviéndose con fiereza.

Siento el placer recorrer mi cuerpo, aniquilando cualquier otra sensación; mi sexo empapado lo recibe gustoso. Gimo, gime, jadeamos, no creo que pueda aguantar más y echo la cabeza hacia atrás, tensando los músculos.

—¡Ahora, Oli! ¡Córrete ahora!

Su voz resuena en mi cabeza como un potente trueno y por fin me dejo ir en un violento orgasmo, arrastrándolo a él conmigo con la fuerza de un tsunami.

Siento el cuerpo desmadejado debajo del suyo, mientras mis piernas le envuelven la cintura...

y sonrío feliz sin poder creer que mi primera vez haya sido con él.

Se incorpora levemente apoyándose en sus codos, aun dentro de mí; me excita sentirlo y que me mire así.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta besándome con dulzura.

—Ha sido increíble, Roberto. Quiero volver a hacerlo.

—¿Ahora? —me plantea soltando una carcajada—. Tengo tantas cosas que enseñarte —murmura—, y no te haces una idea de cómo lo deseo... estoy impaciente. —Siento su sexo palpitar dentro de mí y gimo moviendo las caderas.

Me besa ardiente y gemimos de nuevo, deseando más otra vez, pero entonces suena mi móvil y, separándome de él, me levanto asustada. Miro quién es... Javier.

Capítulo 18

—Dime.

—¿Dónde cojones estás? Habíamos quedado a las cuatro y media y son las cinco y cuarto —brama enfadado.

¡Mierda, mierda, mierda!

—¡Perdona, Javier! En diez minutos estoy ahí. —Cuelgo y miro a Roberto, que no entiende nada—. Tengo que irme. ¿Dónde está el baño? Pídeme un taxi, por favor.

—La primera puerta a la derecha —me contesta con dureza.

—¡Pídeme un taxi! —repito mientras salgo disparada hacia el baño.

Tengo sangre entre las piernas y me limpio sonriendo y sintiéndome mujer, sintiéndome diferente. Me visto más rápido de lo que he hecho nunca y en dos minutos estoy a punto para irme, pero me sorprendo al ver a Roberto vestido en la puerta, esperándome.

—Quiero una explicación; vamos, yo te llevo.

—Roberto, es una larga historia —contesto intentando zafarme del asunto, temerosa de que no lo entienda.

—Resume —me pide cortante mientras entramos en el ascensor—. ¿Por qué ese tal Javier está esperándote? ¿Y quién es?

—Es solamente un amigo, pero mis padres piensan que salgo con él. —Me mira con severidad y me apresuro en aclarárselo—. Roberto, mi vida en casa es una mierda; no me va el rollo de mis amigas y una noche, en una cena con uno de los colegas de mi padre, conocí a Javier. Él vive una situación similar en su casa y, cuando terminamos de cenar, le pidió permiso a mi padre para invitarme a tomar algo. Esa noche, por primera vez, me vestí como una chica de mi edad —le digo mientras subimos a su coche y le indico la dirección de Montse.

—Explícame lo de la ropa.

—¿Crees que mis padres consentirían que vistiera así?

—¿Cómo? ¿Medio desnuda? —me pregunta sonriendo por fin, en una clara alusión al día en que nos dimos nuestro primer beso.

—Muy gracioso —contesto sonriendo yo también—. Esa noche Javier me llevó a casa de Montse, una amiga suya. Allí es donde nos cambiamos y dejamos de ser los chicos megapijos que somos para ser jóvenes normales. Ella me presta su ropa y yo, la mía.

—¿Os cambiáis la ropa? —me plantea con incredulidad.

—Sí. Oye, puede que no lo entiendas, pero, si te dijera que en mi armario tengo ropa de las principales firmas y, en cambio, mataría por tener unas Converse y unos vaqueros, ¿lo creerías?

»Y no es sólo la ropa, es todo... Esa noche, también por primera vez, fui a un pub y probé el alcohol. Algo que para las chicas de mi edad es habitual, es una novedad para mí con dieciséis años. ¡Pero si no sabía que existía el vodka de colores!

—Tus padres piensan que sales con él —masculla apretando el volante, obviando todo lo que estoy contándole.

—Sólo así puedo estar aquí. Mis amigas llevan otro ritmo que a mí no me va... Mira, es ahí —le señalo mientras veo a Javier esperándome en la puerta de casa de Montse junto a ella—. Tengo que irme, nos vemos —me despido y salgo del coche disparada hacia ellos—. Lo siento, lo siento, lo siento —me disculpo mientras entramos en casa de Montse.

—Tía, no metas la pata; recuerda que me arrastras a mí también —me regaña Javier, enfadado.

—Venga, tío... no te preocupes, se ha despistado —intenta conciliar Montse, pero Javier está furioso y no se molesta en disimularlo.

—¡Una hora, Montse! —grita irritado.

—¡Ya te he dicho que lo siento! Te prometo que no se repetirá.

—Eso si no nos pillan y tus padres continúan confiando en mí.

—Tranquilo, tienen la reunión esa y luego la cena.

—¡Olivia, habrán llegado ya a casa! Esas cenas se alargan, pero no tanto; llegamos demasiado tarde. ¿Por qué has quedado con Montse a las cuatro y media? ¡Siempre nos vamos antes!

—¡Porque necesitaba estar más tiempo con él! —Estoy sudando del susto que llevo encima de tan sólo imaginar que mis padres puedan pillarme. ¡Mierda! ¿Por qué no me he dado cuenta de la hora que era?

—Tranquilos, ¿vale? Vuestros padres pasan de vosotros, no se enterarán de nada. Venga, que os pido un taxi.

—Ve inventándote una excusa —sigue regañándome Javier.

Me visto, me retoco el maquillaje después de quitarme las sombras ahumadas, me peino y me perfumo un poco y, en tiempo récord, vuelvo a ser la Olivia de siempre y, a toda prisa, salimos de casa de Montse.

Me quedo asombrada cuando a quien veo en la puerta es a Roberto, que me mira boquiabierto, y le sonrío con timidez.

—Qué elegante, pareces otra —dice devorándome con la mirada.

—Pensaba que te habías ido —susurro en un tímida sonrisa—. Roberto, te presento a Javier.

—Encantado —dice Javier tendiéndole la mano—. Estarás alucinado con todo esto, ¿no?

—Un poco. ¿Queréis que os lleve?

—No, gracias. Si mis padres nos pillan, no sabría cómo justificar que nos llevaras tú. Mira, Javier, ahí está el taxi. Adiós, Roberto.

Voy a marcharme disparada cuando, cogiéndome de la cadera, me acerca a él y, apretándome contra su cuerpo, me besa posesivamente, haciendo que me derrita entre sus brazos.

—Venga, tortolitos, que no vamos sobrados de tiempo.

—Quiero verte mañana —susurra.

—Dame tu número de teléfono, mañana hablamos.

Anoto su número y, como una exhalación, subo al taxi en el que ya está esperándome Javier y, a pesar de los nervios y el temor a ser descubierta, no puedo evitar sonreír.

—Te has acostado con él, ¿verdad? —me pregunta Javier cuando el taxi ya está en marcha.

—Sí —contesto feliz.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo; ha sido increíble, Javier.

—Parece un buen tío.

—Lo es.

—Olivia, siento haberme enfadado contigo. Sé cómo te sientes, pero, si quieres continuar viéndolo, tendrás que ser más cuidadosa.

—Te prometo que nunca más volverá a suceder.

—¿Mañana paso a por ti? —me pregunta sonriendo.

—Por favor —respondo también sonriendo—. Y tú, ¿qué harás?

—Irme con Toni, por supuesto.

—¿Estáis mejor?

—Sí, pero necesitamos pasar más tiempo juntos.

—Yo también, Javier, necesito estar con él todo lo que pueda.

Llegamos a mi casa, me despido y entro sigilosamente con el corazón latiendo desbocado dentro de mí... ¡pum!, ¡pum!, ¡pum! Voy directa a mi habitación y, tras ponerme el pijama, me acuesto con una maravillosa sonrisa en la cara... y sueño de nuevo...

Es tarde, pero no tengo sueño y decido quedarme un poco más en la cocina, tomándome un vaso de leche, envuelta en mi chal. Tanto esta estancia como el resto de la casa están en silencio; todos duermen menos yo, que no puedo dejar de pensar en Juan. Desde que lo vi en la chocolatería con la señorita Cayetana, no he vuelto a cruzar palabra con él y mi corazón se revela. Y, a pesar de que sé que no tengo razón, me siento traicionada y abandonada... «Mira que soy tonta», me regaño levantándome saliendo de la cocina hacia mi habitación.

Pero mis pasos traicioneros me llevan hasta la suya y, a pesar de ser consciente de que son los celos los que los guían, dejo de lado todos mis prejuicios y, tímidamente, abro la puerta sin llamar.

La habitación está a oscuras y diviso su silueta en la cama. El corazón late con fuerza dentro de mí; sé que no debo estar aquí, sé que no debo hacer lo que deseo hacer, sé que estoy siendo libertina e inmoral, pero también sé que no quiero perderlo, que, aunque no pueda ofrecerme una vida junto a él, puede prometerme una parte de su corazón... y con eso tengo suficiente, así que, titubeante, llego hasta su cama.

Me siento sobre ella y lo miro llena de amor. Su rostro masculino está relajado, tan bello como siempre, y, despacio, acerco mis labios a los suyos, con miles de sentimientos bullendo dentro de mí.

Profundizo en el beso y siento cómo, poco a poco, va despertando.

—¿¿¿Marcela??? —me pregunta incorporándose sin entender nada.

—Chis... no digas nada... sólo bésame —murmuro rozando sus labios.

—Marcela, ¿estás segura de que quieres esto? —añade apartándose ligeramente de mí—. Nunca podremos tener un futuro juntos.

—Lo sé, Juan, lo sé. Olvídate de todo y bésame, por favor —le pido intentando olvidarme yo también de todas las razones por las que no deberíamos estar juntos.

Su mano acaricia mi mejilla, haciendo que arda con su simple roce; su mirada enciende mi cuerpo, pero son sus labios los que lo hacen vibrar, apremiantes y anhelantes; son sus brazos los que me levantan, acostándome junto a él, y son sus manos las que suben por debajo de mi falda en busca de mi húmeda intimidad. Es mi gemido el que rompe el silencio de la habitación y mis manos las que tocan tímidamente su cuerpo.

—Te deseo tanto... dime hasta dónde quieres que lleguemos antes de que no pueda parar —jadea con sus labios a escasos centímetros de los míos y con sus manos rozando mi zona más íntima, que lo reclama apremiante.

—No hasta el final... no tan pronto, Juan —murmuro asustada, a pesar de que mi interior me pide más y más.

—Marcela... —susurra besándome—... sólo hasta donde tú quieras, mi niña...

Abro los ojos acalorada, completamente excitada por lo vívido que ha resultado el sueño, sintiendo mi sexo mojado y la necesidad de Marcela ahogándome. ¡Madre mía! ¿Por qué he tenido que despertar? Marcela y Juan juntos por fin, como nosotros... Cojo aire profundamente, intentando serenarme. «Anoche perdí la virginidad con Roberto y Marcela, en mi sueño, ha dado un paso increíble al aceptar ese tipo de relación con Juan, y ambas relaciones están prohibidas a los ojos de los demás —pienso de inmediato—. ¿Cómo podemos tener vidas tan distintas y tan similares en lo esencial?», me pregunto frustrada dirigiéndome a la ducha y dejando que el agua enfríe mi cuerpo acalorado por el sueño, mientras mis recuerdos regresan con fuerza... sus besos, sus caricias y la sensación de tenerlo dentro de mí... Los músculos de mi vagina se contraen de nuevo, necesito estar otra vez con él. Salgo de la ducha y, envolviendo mi cuerpo en una toalla, cojo el móvil y le envío un mensaje.

Estoy deseando verte...

Espero impaciente con la mirada fija en la pantalla, incapaz de moverme... ¡Venga! ¡Venga! ¡Venga! Contesta...

Yo también. ¿Vienes a mi casa a las doce?

Sonrío y le contesto feliz.

Allí estaré.

Miro el reloj; son las once y llamo a Javier.

—¿Quéee? —articula medio dormido.

—¡Javier! ¿Todavía estás durmiendo?

—¿A ti qué te parece, puñetera? ¿Para qué me llamas tan temprano?

—¡Despiértate! Has quedado con Toni a las doce y, como no te des prisa, llegarás tarde.

—¡Capulla! ¡Eres tú la que ha quedado! ¿Adónde vas tan temprano?

—Javier, te lo dije: necesito aprovechar cada segundo con él...

—Qué ansiosa, hija. ¿Sabes que el sexo no caduca, verdad? —me pregunta aún amodorrado.

—¿No me digas? ¡Venga! ¡Levántate, dormilón!

—¡Qué tortura! La que me espera contigo... Déjame dormir un poco más, te prometo que estaré ahí antes de las doce —suelta arrastrando las palabras.

—¡Te dormirás seguro! ¡Venga, levántate!

—¡Que nooo! Cinco minutos más y me espabilo, lo juro —me dice antes de colgar.

¡Mierda! Ojalá no se duerma; no quiero llegar tarde, pero tampoco quiero atosigarlo más y

empiezo a vestirme. Hace fresco y opto por un vestido estampado de Andrew GN, con una americana roja y unas bailarinas. Me peino con una cola ligeramente deshecha, me maquillo suavemente y salgo hacia la cocina. No tengo mucha hambre, pero necesito un café urgentemente.

—Buenos días, Olivia.

Me giro y veo a mi madre en el salón.

—Buenos días, mamá. Qué guapa estás, ¿vas a salir? —le pregunto admirándola durante unos segundos. Lleva un vestido blanco, con unos zapatos *nude* a juego con su cartera de mano, y está radiante, como siempre.

—Sí; tu padre y yo vamos a comer con unos colegas del partido. ¿Y tú? ¿Adónde vas tan arreglada? No sabía que ibas a salir.

—No sabía que estabas en casa, por eso no te lo he consultado. He quedado con Javier. ¿Te parece bien que salga con él?

—Sabes que ese chico me cae muy bien; además, ahora, con el trabajo de tu padre, vamos a estar muy ocupados y Javier es una buena compañía para ti —declara mirándome de arriba abajo —. Me gusta el *look* que has elegido.

—Gracias. Voy a tomar un café, ¿quieres uno? —pregunto deseando que diga que sí y poder compartir unos momentos con ella.

—No, gracias, tengo que irme.

—Vale —murmuro con tristeza, para luego ver cómo abandona el salón sin molestarse en darme un simple beso.

Javier pasa a recogerme puntual a las doce. Mis padres ya no están en casa y, entre risas, nos dirigimos al taxi que espera en la puerta.

—¡Capulla! —me dice riendo. Tiene una risa contagiosa y me río con él.

Hablamos durante todo el trayecto sobre lo de anoche; a él tampoco lo pillaron, pero, aun así, me da la brasa sin descanso.

—Que síii, te prometo que no volverá a suceder —insisto mientras el taxi estaciona delante de casa de Roberto—. ¡Diviértete! ¡Luego nos vemos! —me despido dándole un beso y cerrando la puerta.

Nerviosa e impaciente por verlo de nuevo, llego hasta su piso; llamo y en dos segundos lo tengo frente a mí. Nos miramos con deseo y, cogiéndome del brazo, me mete en su casa y cierra la puerta con un sonoro portazo.

Me apoya contra la pared y me besa con rudeza, mientras sus manos recorren mi cuerpo y me despoja de la americana.

—¿Siempre vas tan elegante, Oli? —murmura rozando sus labios con los míos, torturándome, mordiéndolos y haciendo que me estremezca.

—Siempre —jadeo.

—Estoy deseando quitarte la ropa —me dice mientras me lleva a su habitación sin despegar su boca de la mía—. Ven, comenzamos nuevo tema hoy. —Sus ojos hierven de deseo mirándome y empieza a desnudarme, deshaciéndose del vestido y dejándome sólo con mi ropa interior—. Llevo desde que te fuiste anoche echándote de menos —murmura desabrochando mi sujetador y dejando mis pechos libres y dispuestos para él.

Traza círculos con su lengua alrededor de mis pezones para luego atraparlos, succionarlos y terminar con un mordisco, y gimo acalorada buscando sus labios y fundiéndonos en un beso ardiente y desesperado.

—Desnúdame, Oli —me pide con voz ronca.

Lo miro jadeando... es tan... todo, que no sé por dónde empezar. Le quito la camiseta, que se ciñe a su cuerpo, y le beso el cuello, deslizando luego mi lengua por su pecho hasta llegar al botón de su pantalón; lo desabrocho y me deshago de él, dejándolo únicamente con los slips. Lo miro fascinada y se los quito, liberando su enorme erección. ¡Dios mío! Necesito tocarlo y, dirigiendo mi mano hacia su miembro, lo acaricio... ¡Uau! Es tan suave y tan duro a la vez...

—Éste es el tema de hoy. Oli, ven —me dice sentándose en la cama—. Arrodíllate delante de mí —me pide con voz ronca.

Lo hago y su sexo queda frente a mi cara.

—En la cama, tan importante es que te den placer como que tú lo des. Dame la mano.

Lo hago y la pone alrededor de su sexo, y otra vez me sorprende su suavidad y su dureza.

—Muévela, arriba y abajo, así... presionando —murmura con voz ronca.

Lo hago y gime; incremento el ritmo, pero de nuevo quiero más, quiero descubrir a qué sabe, quiero hacerle sentir lo que él me hizo sentir a mí y, titubeante, acerco mis labios a su sexo, metiéndolo de lleno en mi boca. ¡Uau! Cubro mis dientes con los labios y me dejo llevar, chupando de arriba abajo, presionando, soltando y llevándolo al límite, actuando por instinto.

—Joder, Oli... sí... cariño... —jadea.

Me enciende oírlo e incremento el ritmo, excitándome con la situación. Estoy empapada; mi sexo palpita de anticipación y me demoro en el suyo metiéndolo hasta el fondo de mi garganta, imaginando que me está poseyendo la boca, y me aferro a ese trasero que tantas veces he deseado tocar... es mío, él es mío.

—Para, cariño, no quiero correrme en tu boca —me ruega jadeando, apartándome de él.

—¿Por qué? Yo sí lo hice ayer en la tuya.

—No es lo mismo; no sé si te gustaría. Ven —me dice tumbándome en la cama. Su mirada recorre mi cuerpo y se detiene en mi sexo, oscureciéndose y humedeciéndome—. Me parece que te sobra algo de ropa, ¿no crees? —murmura quitándome las braguitas de un tirón—. Mucho mejor así, completamente accesible para mí —susurra con voz ronca abriéndome las piernas y deslizando su dedo por mi sexo—. Estás tan mojada... —acercando su boca, barre mi sexo de un lengüetazo—, te chuparía durante horas —dice mirándome.

Tengo las piernas abiertas del todo y su cara en mi sexo, pero no siento vergüenza y es el deseo quien habla por mí.

—Hazlo, chúpame. —Mi sexo palpita de deseo; me duele y me arqueo, anhelando que lo haga cuanto antes.

—Me gusta oírte hablar así —susurra mientras succiona mi clítoris, empleándose a fondo.

Mete dos dedos en mi húmeda hendidura y me arqueo aferrándome a las sábanas, mientras su lasciva lengua no me da tregua. Voy a llorar de placer. Mordisquea y chupa mis labios, demorándose en ellos, y un espasmo recorre mi columna; mi hinchado clítoris lo reclama y, como si entendiera mi cuerpo, lo apresa entre sus labios, succionándolo y endureciéndolo; me tenso de pies a cabeza y estallo en un grito.

Se pone un preservativo y nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—Hazme el amor, Roberto —pido jadeando.

—No, Oli. Siguiente lección... hoy voy a follarte.

Y sin darme tiempo a reaccionar, me sorprende dándome la vuelta sin apenas esfuerzo y, tras levantar mi trasero, me penetra desde atrás con fuerza, hasta el fondo. ¡Uau! Tiene una mano en mi cadera y la otra en mi nuca; guía mi cuerpo, que reacciona por instinto a sus potentes

embestidas... dentro, fuera, fuerte, duro, rápido... Miles de sensaciones arrasan mi cuerpo y grito sin contenerme, echándolo de menos cuando abandona mi interior y recibiéndolo con posesión cuando regresa, más, más, más...

—¡No te contengas, quiero oírte! —ruge a mi espalda sin dejar de moverse con fiereza.

La sangre me quema, haciendo que arda. Lo siento llegar profundo; estoy sintiendo demasiado y, antes de que me pida lo imposible, estallo en un increíble orgasmo que me inunda, llenándome de él, mientras Roberto continúa con sus embestidas para dejarse ir conmigo con un rugido que llega hasta mi interior, cayendo sobre mi espalda.

Siento mi cuerpo desmadejado debajo de él; no quiero moverme, me quedaría así el resto de mi vida, con su cara enterrada en mi cuello y su cuerpo cubriendo el mío.

Capítulo 19

—¿Te ha gustado? —murmura apartándose y apoyándome sobre su pecho.

—Todo lo que me haces me gusta, Roberto —confieso ruborizada sin atreverme a mirarlo.

—No te avergüences, Oli —me pide levantando mi barbilla y haciendo que lo mire—. El sexo no es sólo lujuria, es una forma de conectarnos y de sentirnos, y donde todo está permitido. —Me cuesta hablar de sexo con la facilidad con la que lo hace él y me recuesto de nuevo sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón.

—Tengo algo para ti, cierra los ojos —me anuncia sonriendo y levantándose de la cama.

—¿Para qué quieres que los cierre? —pregunto incorporándome curiosa.

—¿Porque es una sorpresa? —se burla divertido—. Venga, ciérralos —me ordena saliendo de la habitación—. No los abras hasta que yo te diga —me pide desde... ¿el baño?, ¿el salón? No acierto a adivinar de dónde proviene su voz, pero obedezco emocionada.

Nunca me dan sorpresas y quiero disfrutar de lo que sea que tenga preparado.

—¿Puedo abrirlos? —quiero saber al notar cómo pone algo entre mis manos.

—Hazlo —me dice en ese tono suyo tan dominante que suele emplear en clase.

Lo hago y veo dos paquetes.

—¿Para mí?

—Y para mí, ábrelos. —Lleva únicamente los vaqueros y me olvido momentáneamente de los paquetes para devorarlo con la mirada.

—Oli... te estás distrayendo, abre los paquetes. —Me guiña un ojo y me mata.

Obedezco y no puedo creerme lo que veo mientras dos lagrimones enormes surcan mis mejillas. Entre mis manos tengo unas Converse, unos pantalones pitillo, una camiseta y una cazadora vaquera, y me echo en sus brazos completamente sobrepasada, abrazándolo y besándolo feliz.

—Doy por hecho que te ha gustado mi sorpresa —me dice riéndose, con sus labios rozando los míos.

—¿Cómo sabías la talla? —pregunto aún sin dar crédito.

—La de la ropa la suponía, pero... la de las zapatillas, no, así que he comprado un par de varias tallas —me confiesa sonriendo.

—¿Cuántos pares has comprado? —le pregunto riendo feliz.

—Unos cuantos —reconoce carcajeándose.

—Estás loco.

—Por ti. Póntelo, Oli, quiero verte —me propone besándome de nuevo—. Verte es mi regalo.

Lo miro maravillada y empiezo a vestirme. ¡Me ha comprado hasta calcetines! ¡Me encanta! Ha clavado la talla de la ropa y me veo tan normal, tan joven... tan... lo que soy. Me pongo las

Converse y lloro mientras las ato.

—¿A qué vienen esas lágrimas? —me pregunta confuso, cogiéndome de la mano e incorporándome.

Pero no puedo decírselo y, abrazándolo, rompo a llorar más fuerte, descolocándolo. Me besa la cabeza guardando silencio y apretándome contra él; no quiero llorar así, pero no puedo parar y durante unos minutos me dejo ir, sacando fuera todo lo que me ha ahogado durante tantos años.

En sus brazos, me lleva hasta la cama, sentándome en su regazo y rodeando mi cuerpo con ellos. Poco a poco consigo tranquilizarme, pero estoy tan abochornada por mi reacción que no me atrevo a mirarlo.

—Lo siento —murmuro.

—¿Qué ha pasado? —Su voz es un susurro, como si temiera que, levantando la voz, pudiera romperme.

—Nada... —Me avergüenza demasiado hablar de ello, no quiero que me tenga lástima...

—Oli, estamos juntos... no es sólo sexo, por lo menos no lo es para mí. Cuéntame qué te sucede, no quiero volver a fastidiarla.

Lo miro sorprendida.

—¡No! Roberto... ¡no lo has hecho! Me ha encantado... en serio —le aseguro mirándolo por fin.

—Pues no lo parece. Habla conmigo... quiero conocerte.

Me levanto de su regazo y me dirijo a la ventana mientras me limpio las lágrimas. Miro hacia la calle porque no puedo mirarlo a él, y las palabras salen solas de mi boca.

—Te lo conté aquel día en la clase de refuerzo. Ellos no me quieren y, desde que murió mi abuela, nadie me había comprado algo que deseara realmente. Mi madre sabe que siempre he querido unas Converse, bueno... y todo esto que llevo puesto, pero, por supuesto, esta ropa no es elegante y nunca formará parte de mi guardarropa.

»Me ahogo en mi casa, Roberto —le confieso enlazando mi mirada con la suya—. A veces siento que mis padres están esperando el mínimo error por mi parte para desembarazase de mí; les estorbo. A pesar de mis esfuerzos, no me quieren, y nunca han intentado disimularlo. Este regalo, que recordaras lo que te conté ayer y te hayas tomado la molestia de ir a comprármelo, es más de lo que ellos han hecho jamás por mí... —murmuro dolida mientras me seco las lágrimas.

—Lo siento, Oli. Siento muchísimo todo lo que te está sucediendo en casa —me dice levantándose de la cama y llegando hasta mí—. Cuando tuve la tutoría con ellos, ya me hice una idea de cómo eran —me confiesa acariciándome.

—¿Qué les dijiste?

—Que tenían una hija muy lista, pero que, por algún motivo que no conseguía entender, habías ido retrasándote. Les hablé de cómo estabas avanzando con las matemáticas y de lo bien que ibas con el resto de las asignaturas, pero estaban más pendiente del reloj que de lo que yo estaba contándoles. Me pasé todo el día cabreado por su culpa —sostiene con la voz acerada—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Estar conmigo, Roberto.

—Siempre —murmura—; siempre estaré junto a ti, mientras tú lo desees. Ojalá fueras mayor de edad, Oli: te sacaría de esa casa hoy mismo y te vendrías a vivir conmigo.

—El día que cumpla dieciocho años, me iré. Mis abuelos me dejaron en herencia bastante dinero, que será mío cuando alcance la mayoría de edad. Mis padres no saben nada de eso, ya se encargaron ellos de dejarlo todo bien atado para que no se enteraran, pero, hasta entonces, tengo

que vivir con ellos, por eso todo el follón de anoche.

»Javier y sus amigos son mi vía de escape; la forma que tengo de huir, aunque sea sólo durante unas horas, de la situación asfixiante que vivo en mi casa.

—Espero formar parte de esa vía de escape.

—Eres más que eso. Tú eres lo que hace que todo esto sea más llevadero, te quiero —le confieso temerosa de su rechazo; por culpa de mis padres, el temor a ser rechazada me acompaña diariamente.

—Yo también te quiero, Oli —murmura sosteniéndome la mirada.

¿Cuánto tiempo hacía que no oía eso? Lo miro sin poder reaccionar, mientras las lágrimas inundan de nuevo mis ojos.

—Acostúmbrate a oírlo, porque vas a hacerlo muchas veces.

Me acerca a él y une su boca a la mía; mis lágrimas mojan su cara, pero no deja de besarme, calmándome en cada beso y en cada caricia.

—¿Nos vamos a comer? —me pregunta cuando consigo tranquilizarme.

—Roberto, pueden vernos...

—Cariño, no creo que tus padres frecuenten esta parte de Madrid. Además, pensaba que querrías estrenar tu regalo.

—Roberto, esta parte de Madrid no tiene nada de malo —le digo levantando una ceja.

—Lo sé; para mí es perfecta, pero no creo que para tus padres lo sea. Además, no te preocupes, comeremos en la cocina: vamos a ir al restaurante de un amigo mío, te encantará.

—Nunca he comido en la cocina de un restaurante —confieso emocionada.

—Pues hoy lo harás; es muy divertido, pruebas casi todos los platos. Espera que termine de vestirme y nos vamos.

Lo veo dirigirse al baño y tengo que frenarme para no salir corriendo detrás de él. Me ruborizo sólo de pensar cómo me ha... follado. ¡Joder con la palabrita! Me da vergüenza hasta pensarla, pero me ha encantado... su rudeza, su fuerza. Me he sentido tan... suya. Estoy excitándome de nuevo y miro su casa para distraerme.

Es tan masculina como él. Las paredes están pintadas en tonos grises y los muebles, negros, blancos y de acero, combinan a la perfección. Me gusta mucho, es pequeña y funcional, para una única persona, máximo dos. Vivir con él me haría tan feliz... y recuerdo cuando lo ha dicho, cuando ha confesado que me quería; exceptuando a Juana, hacía tanto que nadie me lo decía...

—¿Nos vamos? —me pregunta entrando en el salón y sacándome de mis pensamientos.

Lo miro humedeciéndome los labios, está impresionante. Lleva unos vaqueros con un suéter y no puedo apartar mis ojos de su cuerpo.

—Oli... para, te estás distrayendo de nuevo —suelta acercándose a mí con una sonrisa.

—No puedo —confieso apretándome contra él—, quiero que me... —me trabo un momento, pero por fin lo suelto—... folles otra vez.

Su mirada me paraliza durante los microsegundos que tarda en contestarme.

—Joder, quítate la ropa ya —masculla con voz entrecortada deshaciéndose del suéter.

Lo hago rápidamente, con prisas, temblando mientras él se desnuda conmigo.

Lo veo sacar un condón de la cartera y ponérselo rápidamente. Nos miramos jadeando y, tras cogerme con fuerza, me apoya contra la pared, haciendo que enrede mis piernas alrededor de su cintura.

—Repítelo, repite lo que quieres que te haga —me ordena con la voz acerada.

—Fóllame, Roberto. —Noto toda la sangre en la cara, pero me da igual.

—¿Cómo quieres que te folle? —Su mirada arde mientras formula la pregunta.

—Fuerte. —Estoy muriéndome de vergüenza, pero, aun así, lo digo.

De una estocada, me penetra con fuerza; me folla como le he pedido, muy fuerte, muy duro, volviéndose loco y arrastrándome con él en su locura. Entra y sale de mi cuerpo con violencia, haciéndome sentir tanto que temo no ser capaz de soportarlo y me aferro a él.

—¿Te gusta que te folle así? —me pregunta apretando los dientes, sudando por el esfuerzo.

—¡¡¡Síii!!! —grito desesperada, cerrando los ojos, con mis manos en su nuca.

—¡Mírame, joder! ¡Nunca cierres los ojos cuando estés conmigo! —me ordena sin dejar de embestirme.

La intensidad de su mirada humedece mi sexo y lo contraigo en torno a él; voy a correrme, lo necesito, necesito liberarme, y grito mientras un orgasmo inmenso estalla dentro de mí.

Roberto continúa el ritmo de sus potentes embestidas, vaciándose en mi interior con un rugido atronador. Extasiados, nos quedamos apoyados en la pared hechos polvo mientras nuestras respiraciones se normalizan. Todavía lo tengo dentro de mí y por nada del mundo quiero moverme de aquí.

—Me encantan tus clases. —Sonrío entrecerrando los ojos, satisfecha.

—Y a mí, dártelas —me confiesa apretándome contra él; siento su sexo palpitar en mi interior y gimo suavemente.

—Entonces... ¿volverás a darme clases de refuerzo? —le planteo besándolo con dulzura.

—Te espero mañana a las ocho, no te retrases —murmura profundizando en el beso.

—Nunca lo hago —susurro respondiendo gustosa.

—¿Preparada para estrenar tu regalo? —me pregunta mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Ahora sí —respondo sonriendo.

Nos vestimos por segunda vez y salimos a la calle cogidos de la mano. Llevo una sonrisa instalada en mi cara y dudo de que nadie pueda quitármela. ¡Me ha dicho que me quiere y llevo unas Converse!

—¿Vamos a pie?

—Sí, está muy cerca de aquí, así pruebas las zapatillas —me comenta guiñándome un ojo y deshaciéndome.

—¿No parezco yo, verdad? Vestida así, me siento diferente.

—Yo te veo igual de bonita que siempre, aunque es cierto que pareces más joven, me siento un asaltacunas —bromea carcajeándose.

—¡Anda ya! No te pases, Roberto —le contesto riendo yo también.

—Es verdad... tienes esa cara tan dulce, tan aniñada, con esos ojazos que te llegan al alma y esas pequitas tan graciosas; además, vestida así pareces aún más pequeña.

—¡No soy pequeña! Y las pecas apenas se ven. Además, el sábado que me besaste no te parecía tan aniñada, mirabas todo menos mis pecas.

—¡Joder, ibas medio desnuda! ¿Qué querías que mirara? —Me atrae hacia él y me besa en mitad de la acera con lujuria—. Nunca vuelvas a ponerte ese vestido —me ordena sin separar sus labios de los míos.

—No iba medio desnuda y pienso ponérmelo siempre que quiera —murmuro sin dejar de besarlo.

—Ni lo intentes —me dice rotundo, acercándome a la pared y apretando su cuerpo contra el mío.

—¿Cómo? —exclamo incrédula.

—Lo que has oído; estos pechos son míos y sólo yo puedo verlos, ¿está claro?

—Me lo pondré cuando quiera —le rebato besándolo y dando por finalizada la conversación.

—Sigue soñando, enana —me replica guiñándome un ojo y arrastrándome hasta el restaurante entre risas.

Llegamos y vamos directos a la cocina. Hay una barra y nos sentamos en ella. Estamos lo suficientemente alejados de los cocineros como para que nuestra conversación quede en algo íntimo, pero lo suficientemente cerca como para que vayan sirviéndonos los platos según va saliendo la comida de los fogones. No pedimos, simplemente nos sirven lo que van preparando.

—¿Qué sentiste cuando viste que era tu alumna? —le pregunto antes de probar una ensalada tibia de langostinos que acaban de servirnos.

—Que era una putada. Me gustaste desde el primer momento en que te vi; no podía dejar de pensar en ti, en quién serías... y cuando entré en clase y te vi sentada delante de mi mesa mirando por la ventana, ya no pude dejar de mirarte, a pesar de saber que no debía hacerlo.

—Siento cuando me miras...

—¿Cómo? —me pregunta intrigado.

—Me quema el cuerpo cuando lo haces.

Me mira traspasándome de nuevo, quedando unos segundos en silencio.

—¿Y tú? ¿Qué sentiste cuando viste que era tu profesor?

—Yo tampoco había podido dejar de pensar en ti desde que te vi —confieso sonriendo—. Recuerdo que estaba cabreada; no quería ir a ese colegio. Estoy harta de ir a colegios exclusivos y, para más inri, sólo de chicas; encima había llegado tarde y tenía que sentarme en la primera fila... entonces empezó a quemarme el cuerpo, me giré y ahí estabas tú, mirándome fijamente.

»Tú y tus clases me disteis la felicidad que me faltaba en casa, hasta que te apartaste de mí y me dijiste que no me darías más clases... luego pensé que estabas con Lucía.

—Olivia, deja el tema. Lucía es sólo una buena amiga —replica con seriedad.

—Lo que tú digas —suelto enfurruñada apoyándome en el respaldo, poniendo distancia entre los dos.

—Nunca he estado con Lucía —sentencia.

—Puede, pero la defiendes y no se lo dejas claro.

—La defiendo cuando creo que debo hacerlo —masculla cabreado, apoyándose él también en el respaldo y mirándome desafiante.

—¿Y por qué no le aclaras que sólo es una amiga para ti?

—Porque no hay necesidad de eso; deja el tema, ¿vale? No quiero hablar de ella, quiero hablar de ti —murmura acercándose otra vez—. ¿Ya sabes qué vas a estudiar? —Sé que está intentando suavizar el ambiente, pero yo no estoy por la labor en estos momentos.

—Mis padres quieren que estudie ciencias políticas o derecho —gruño enfadada. Me irrita hablar de la tía esa y que sea tan obtuso que no vea lo que yo.

—No te he preguntado qué quieren tus padres que estudies, quiero saber qué quieres estudiar tú. —Me coge la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Voy a ser matrona —contesto decidida sin retirarla.

—Son muchos años de estudios y un trabajo sacrificado.

—Lo sé. Cuatro años la carrera de Enfermería, más el EIR[6] y dos años más como residente. Puede que sea sacrificado, pero estoy segura de que será aún más gratificante.

—Veo que estás informada.

—Roberto, mi vida comenzará cuando cumpla dieciocho años. Sé todos los pasos que voy a

dar a partir de ese momento, y el primero será irme de casa. No voy a consentir que mis padres continúen dirigiendo mi vida como lo están haciendo ahora, ni quiero vivir como si mi vida fuera una pura mentira.

—Espero que esos pasos me incluyan a mí —murmura mirándome y calentándome.

—Siempre —le digo olvidando a Lucía por fin y centrándome en él.

—¿Vivirás conmigo?

—Sí.

Nos miramos creando ese momento mágico en el que sólo estamos él y yo.

—¿Sabes que eres la única mujer que me ha vuelto loco de verdad? —me revela entre susurros.

—¿Has estado con muchas? —pregunto intrigada y celosa a partes iguales.

—Con más que tú —me contesta con una media sonrisa.

—Muy gracioso.

—Pero a ninguna la he deseado como a ti. El día que te hiciste el esguince, realicé todo el descenso maldiciéndome —me confiesa con intensidad.

—¿Por qué? —musito.

—Porque en lo único que podía pensar era en apoyarte contra un árbol y follarte como he hecho antes; no sabes las veces que he fantaseado pensando que te follaba contra una pared —reconoce con voz ronca—. Ese día hice todo el descenso imaginando cómo sería estar dentro de ti; además, no dejabas de provocarme.

—Yo también te deseaba, pero pensaba que no te afectaba mi cercanía.

—Inocente; siempre me afecta tu cercanía, como ahora: estoy deseando follarte de nuevo. —Su voz ha sonado ronca y veo lujuria en su mirada.

—Vámonos, Roberto. —Medio jadeo al decírselo.

Capítulo 20

Salimos del restaurante y llegamos encendidos a su casa. Entramos y nos desnudamos el uno al otro con prisas, casi arrancándonos la ropa.

—Siguiente lección, Oli: vas a follarme tú —me anuncia sentándose en la cama y poniéndose un preservativo—. Ven, enana; introduce mi polla dentro de ti y muévete.

¿Ha dicho polla? Madre mía, esa palabra sí que no puedo decirla en voz alta, pero hago lo que me pide y ¡ahhh! Gimo cerrando los ojos, me duele, lo tengo completamente empalado dentro de mí y espero unos segundos a que mi cuerpo se adapte a él. Pronto el dolor es sustituido por una sensación placentera y empiezo a moverme despacio, escuchando mi cuerpo y cerrando los ojos.

—Ábrelos —me ordena.

Lo hago y me pierdo en la intensidad de su mirada, conectando con él y emprendiendo la marcha hacia la cumbre, llevándolo a él conmigo, sintiendo el placer por mi cuerpo como un torrente ardiendo.

—Joder, Oli, ¡fóllame más rápido!

Sus palabras me excitan y me muevo con fiereza; voy a correrme, el corazón late furioso dentro de mí y me aferro a su cuello temiendo desplomarme, temiendo no soportar tanto placer... y juntos alcanzamos un orgasmo increíble, silenciado por nuestros labios.

Me dejo caer sobre él y me relajo; no puedo moverme, estoy agotada, y cierro los ojos. Siento su cálido aliento, sus caricias en mi espalda, su corazón latiendo cerca del mío, y sonrío feliz, lo quiero...

—¿En qué piensas? —me pregunta sin dejar de acariciarme.

—En que te quiero —le confieso abriendo los ojos y mirándolo fijamente.

—Yo también, enana, pero mañana tendremos que guardar las distancias. Nadie puede enterarse, no puedes contárselo a tus amigas, ni a Teresa —me recalca levantando mi barbilla para que lo mire.

—¿Y por qué piensas que se lo contaría a ella? —planteo dejándome caer de nuevo sobre su pecho, completamente exhausta.

—Porque hasta un ciego podría darse cuenta de que es tu mejor amiga. No puedes contarle nada, Oli.

—No lo hago; ella no sabe nada de ti, ni de Javier, ni de Montse... no sabe nada de mi otra vida.

—¿Sientes que llevas dos vidas? —me pregunta sin dejar de acariciarme la espalda, erizándome en cada roce.

—Sí. La que mis padres y mis amigas creen que llevo y la que llevo realmente; nunca hablaría de esto con nadie, es demasiado preciado para mí, Roberto. Jamás me arriesgaría,

porque, si lo hiciera, arrastraría a Javier conmigo y eso no podría soportarlo.

—¿Qué sientes por Javier? —me demanda con el cuerpo en tensión.

—Es un amigo, Roberto, nunca me ha gustado.

—¿Y por Gabriel Denis?

—¿Estás celoso? —pregunto entre risas.

—¿Tengo que estarlo? —me plantea tensándose aún más si eso es posible y cesando en sus caricias.

—Por supuesto que no —contesto con seriedad—. Roberto, apenas lo conozco; es simpático y me río con él, pero nada más —afirmo antes de darle un dulce beso—. Estoy aquí, ¿no? El resto no me importa.

Pasamos toda la tarde juntos y a las nueve empiezo a arreglarme; me pongo de nuevo mi ropa y guardo la que me ha regalado en un rincón de su armario.

—¿No te importa tener cosas mías en tu casa?

—¿Importarme? Lo que me importa es no tenerlas todas. Ojalá pudiera tener toda tu ropa y a ti aquí conmigo.

—Algún día, te lo prometo. Tengo que irme —le digo emocionada por sus palabras.

—Te acompaño.

Bajamos y, cuando llegamos a la calle, Javier ya está esperándome en el taxi.

—Te veo mañana —me despido para luego darle un beso.

—Nos vemos a las ocho —me recuerda apretándome contra su cuerpo.

—Allí estaré. —Sonrío y, con reticencia, me alejo de él, yendo hacia el taxi donde mi amigo me espera.

—¡Hola! —me saluda riéndose.

—Hola —le contesto sonriendo y acomodándome en el coche.

—¿Qué? ¿Todo el día dale que te pego? —me pregunta descojonándose.

—¡Pues como vosotros! ¿O me dirás que habéis estado planchando camisas?

—Más bien hemos jugado a encajar fichas —me contesta carcajeándose.

—Por favor —murmuro poniendo los ojos en blanco y riéndome con él, contagiada por su risa.

Durante el camino, bromeamos el uno con el otro y pronto llegamos a mi casa. Le doy un beso y salgo del taxi hacia ese lugar llamado hogar.

Es lunes y me despierto temprano. Hoy vuelvo a dar clases con Roberto y estoy emocionada. Me ducho, me hago una trenza ladeada, me visto dejando desabrochados los primeros botones de mi blusa y salgo feliz hacia el colegio.

Llego puntual y me dirijo al aula de refuerzo en un tiempo récord; abro la puerta y ahí está esperándome, tan masculino, tan increíble, tan... Roberto.

—Buenos días, Olivia. ¿Ha pasado buen fin de semana? —me pregunta con una media sonrisa.

¡Uau! ¿Vamos a jugar a profesor y alumna?

—No ha estado mal, ¿y usted? —le contesto con picardía acercándome a él.

—No me quejo. Empecemos y preste atención.

Comienza a explicarme un nuevo tema, pero me cuesta seguirle el ritmo cuando en mi cabeza no dejo de rememorar los momentos vividos junto a él este fin de semana, cuando no dejo de

recordar la sensación de su lengua enredada con la mía y la experiencia de sentirme plena por él. Los músculos de mi vagina se contraen suavemente y se me acelera la respiración, pero está claro que él tiene otros planes para hoy que no incluyen el sexo e intento tranquilizarme y centrarme en sus explicaciones.

—¿Lo ha entendido, Olivia?

—Creo que sí.

—Vamos a comprobarlo. Si se equivoca, la castigaré con deberes extra, muchos deberes extra —me dice con seriedad mirándome fijamente, pero no sé exactamente a qué tipo de deberes se refiere y no quiero parecer demasiado inocente al preguntárselo.

—Y si no me equivoco... —guardo un momento de silencio—, seré yo quien lo castigue a usted —añado mordiéndome el labio; su castigo lo tengo más que claro.

—Empiece —me indica sin dejar de mirarme— y, como ya no se traba, resuélvalos usted sola.

Se coloca detrás de mi espalda y, como siempre cuando me mira, siento como si el cuerpo me ardiera; me excita tenerlo detrás de mí, pero intento ignorar todas las sensaciones que provoca en mi cuerpo y me centro en resolverlos todos bien. Quiero ser yo quien lo castigue.

—Olivia, no tenemos toda la mañana, dese prisa —me reclama impaciente, empezando a cabrearse.

No le contesto, ni lo miro, y continúo; creo que voy bien y por fin los termino.

—Hecho, ¿estoy castigada? —le pregunto sonriendo.

—No —niega posando su mirada sobre mis labios.

—Entonces eso quiere decir que el que está castigado es usted —murmuro acercándome a él.

—¿Y cuál es mi castigo? —me plantea con voz ronca, humedeciendo mi sexo.

—Ya lo sabe, tiene que besarme —murmuro medio jadeando.

Su mirada es caliente y lasciva y, cogiéndome del cuello, me besa posesivamente; sus manos avariciosas recorren mi cuerpo sin dejar un centímetro por tocar, subiendo por mis piernas hasta llegar a mi sexo. Gimo, jadeo y las abro más, y, haciendo a un lado mis braguitas, mete un dedo dentro de mí, empezando a masturbarme. ¡Síii! Gimo en su boca y su beso silencia mis gemidos.

—Cállese, Olivia, no deben oírla.

Mete un segundo dedo y tengo que sujetarme a él para no caerme, pero entonces los aparta y me deja temblando.

—¿Qué haces? —reclamo enfadada sin entender nada y tuteándolo de nuevo.

—¿Usted qué cree? —replica entrecerrando los ojos.

—¡No pares! —exijo molesta.

—Siguiente lección... Va a continuar usted, quiero ver cómo se masturba —me dice yendo hacia la puerta y cerrándola con llave—. Venga, Olivia, empiece —me manda apoyándose sobre la mesa y cruzándose de brazos.

Estoy temblando, nunca me he masturbado y no quiero hacerlo... ¡me muero de vergüenza! Siento otra vez toda la sangre en mi cara y lo miro suplicante. ¡Por favor, que termine él! Necesito buscar una alternativa, hacerle cambiar de opinión, esto es demasiado para mí, yo no soy tan atrevida.

—Hay una nueva regla —contesto siguiéndole el juego—: si me masturbo yo, no va a poder tocarme luego. ¿Aún quiere que lo haga? —le pregunto presionándolo. «Por favor, por favor, di que no, di que no.»

—No pienso volver a repetírselo —contesta con la voz cargada de deseo.

—Muy bien, como desee —susurro dándome por vencida.

Intento olvidarme de la vergüenza que siento y me centro en su mirada, en esos ojos que me abrasan, en la sensación de mi cuerpo ardiendo... y me bajo la falda, dejándola caer en el suelo; abro los botones de mi camisa, pero no me la quito, que sufra, y poco a poco me deshago de las braguitas acercándome a él y quedando a escasos centímetros de su cuerpo.

Me humedezco los labios sin dejar de mirarlo y, llevando mi mano a mi empapado sexo, comienzo a tocarme. Estoy tan mojada que mi dedo se desliza con facilidad en mi interior y meto un segundo dedo. ¡Uau! Su mirada hierve de deseo, pero no puede tocarme, y soy yo la que lo hago, imitándolo y dejándome llevar... gimo y cierro los ojos, olvidando dónde estoy para sentir únicamente.

—Ábrelos —me ordena entre dientes—. Mírame.

Tiene la mirada endurecida y la mandíbula tensa, y entreabro los labios conectando con sus ojos; estoy al límite y acelero el ritmo, llevando mi otra mano a mis pechos completamente desinhibida. El cuerpo me arde, necesito más, necesito abrir las piernas y que me folle muy fuerte, pero callo e incremento el ritmo de mis acometidas, moviendo mis dedos con más rapidez, friccionando mi clítoris y estallando en un orgasmo increíble.

Nos miramos sin poder hablar, yo intentando recuperar el aliento y él... creo que no encuentra las palabras. Respira con dificultad y ahora soy yo la que sonrío mirándolo con prepotencia.

Tiene el cuerpo en tensión, pero finjo no darme cuenta y, cuando voy a empezar a vestirme, me sorprende al cogerme la mano con la que me he masturbado y meterse los dedos en su boca. ¡Uau! Gimo suavemente al sentir la calidez de su lengua rodear mis dedos, succionando y lamiendo, y demoro el momento con nuestras miradas atrapadas, pero no voy a ser débil y los alejo de su boca.

—Lo siento, recuerde que no puede tocarme... además, ¡qué tarde se ha hecho!, tengo que irme. Me ha encantado dar clase de nuevo con usted, profesor —le suelto provocándolo y empezando a vestirme.

—Todavía no es la hora —masculla con voz ronca.

—No querrá que me quede fuera, ¿verdad? Nos vemos en clase —replico y salgo sonriendo del aula de refuerzo hacia el baño para limpiarme antes de entrar en clase.

Llego y me siento a esperarlo, todavía excitada por todo lo que ha sucedido, pero finjo indiferencia cuando lo veo entrar y me centro en mis deberes mientras él se acerca a su mesa, pero donde realmente está acercándose es a la mía y me vuelvo sorprendida.

—Aquí tiene, Olivia; los quiero todos terminados antes de que acaben las clases. —Su voz suena como siempre, pero su mirada todavía está oscurecida y me ruborizo ligeramente por la intensidad que desprende; temo que alguna de mis compañeras pueda darse cuenta y dejo de mirarlo para centrarme en los deberes que me ha entregado, cuando me sorprendo al ver una nota suya en el lateral del primer folio.

Elegiría mil veces lo mismo, a pesar de la condición impuesta... Por cierto, esta tarde voy a resarcirme por completo; prepárate, enana.

Sonrío con disimulado y lo miro de reojo. Está impartiendo la clase a mis compañeras como si nada y me muerdo el labio para evitar que una sonrisa radiante parta mi cara en dos.

Durante la hora que dura la clase, me concentro en resolverlos todos, a pesar de que mi

mirada vuela constantemente a él, a su trasero, a sus brazos, a sus piernas, a su boca... Mi mente va a mil por hora recordando cada uno de los instantes vividos junto a él y mi grado de excitación, en lugar de disminuir, aumenta por momentos, por lo que debo concentrarme como nunca para terminarlos a tiempo y no ponerme a gemir en medio de la clase.

Suena la campana anunciando el final de la clase y, antes de entregarle los deberes, añado una anotación junto a la suya.

Espero que lo hagas... no he podido pensar en otra cosa durante toda la clase.

—Aquí tiene, están todos listos —le digo entregándoselos. Su mirada descarada se posa en mis labios y me ruborizo de nuevo.

—Éstos son para casa —me comunica cogiéndolos y tendiéndome otros, pero esta vez evito mirarlo por miedo a demostrar demasiado.

Los cojo y veo que ha vuelto a escribir algo.

Te espero a las cuatro de la tarde en mi casa.

Le sonrío disimuladamente y guardo los folios antes de que nadie pueda leer la nota.

Durante la clase de alemán, me aburro como siempre y me dedico a releer sus notas cientos de veces, imaginando lo que haré cuando lo vea esta tarde. «Estoy deseando que sean las cuatro para poder besarlo, para poder hacerlo mío y poder ser suya, para resarcirme...», pienso ocultando una sonrisa y, por fin y para gran alivio mío, suena la campana anunciando el final de la clase.

Salimos disparadas hacia el jardín; comienza a hacer fresco, pero al sol aún se está bien y no tenemos ganas de encerrarnos en la cafetería. Veo que, para variar, le toca hacer el patio con Lucía y, para variar, ella tiene que ir colgada de su brazo. ¡Dios, qué pesada! La veo reírse y restregarse a la menor ocasión, apoyar la cabeza sobre su hombro y susurrarle cosas al oído, y lo que verdaderamente no entiendo y me cabrea sobremanera es cómo Roberto no se percata de lo que Lucía busca en realidad. ¡Joder, nos damos cuenta todas menos él!

—Mirad a Lucía, ya está colgada del brazo de Roberto otra vez; esa tía le tiene unas ganas que flipas; tiene una mirada de viciosa que echa para atrás —comenta Bianca sin dejar de mirarlos.

—Menudo callo está hecha; además, es antipática con ganas. Sólo sonríe cuando está con él —comenta Adriana—. ¡Qué mal me cae, coño!

—Muy callo, pero ahí la tienes, venga el sobeteo... seguro que Roberto se la tira, fijo. Ese tío tiene pinta de ser una máquina sexual en la cama —añade Bianca—, debe de moverse como un león salvaje.

—Ya te digo, lo que daría por tirármelo, ¡qué bueno está, coño! ¿Habéis visto qué culo tiene? Ni Beckham tiene un culo así —continúa Adriana, que desde que lo vio está fascinada con él.

—Adriana, por favorrr. ¡A ver si tengo que lavarte la boca con jabón! —interviene Teresa, tan pijita como siempre.

—¿Jabón?... Teresa de mi alma, jabón es el que le pondría yo por toda su anatomía. Te aseguro que no quedaría ni un centímetro de ese maravilloso cuerpo por restregar —bromea descojonándose.

—Y por chupar —sentencia Bianca—. Tú restriégalo, que ya me encargo yo de chuparlo

enterito.

—¡Claro que sí! Ahora lo dejaré brillante y reluciente para que vengas tú y me lo llenes de babas —continúa dale que te pego.

Permanezco en silencio ardiendo de rabia. Si ya estaba obsesionada con este tema, sólo me faltaba oírlas a ellas. Estoy que me subo por las paredes y dejo de mirarlo, ignorándolo a propósito a pesar de sentir sus ojos sobre mí. En estos momentos no quiero saber nada de él ni seguir escuchando a mis amigas y, con la excusa de haber olvidado hacer unos ejercicios de biología, me dirijo a clase, donde me entretengo con Instagram. Los minutos pasan lentamente mientras la rabia me consume y por fin suena la campana y saco mis deberes, dispuesta a soportar las horas que me quedan por delante.

Capítulo 21

Terminan las clases y me dirijo a mi casa. No lo vuelvo a ver y seguro que en estos momentos es lo mejor para ambos, porque lo único que me apetece es abofetearlo con la palma bien abierta. Subo al taxi y suena mi móvil... es él... pero no lo cojo y, a los pocos segundos, tengo un mensaje suyo.

¿Ha pasado algo, Oli? ¿Dónde has estado durante el descanso?

¡Será posible! ¿Cómo puede preguntarme si ha pasado algo? Será capullo... Puede que esté sacando las cosas de quicio, pero me da igual y tecleo más rápido de lo que pienso.

Donde no tuviera que soportar verte con la estúpida esa... ¡Ah!, y otra cosa: que vaya ella a tu casa, porque yo paso.

Si fuera sensata, apagaría el móvil, pero está claro que no lo soy y, además, quiero saber su contestación, así que, para humillación de mi orgullo, permanezco con la mirada fija en el aparato esperando su respuesta.

Suena el teléfono y doy un respingo dentro del taxi. Veo su nombre en la pantalla, pero me mantengo impasible sin cogerlo y en cuestión de segundos tengo otro mensaje escrito.

Estás comportándote como una cría, Olivia. ¿Tenemos que hablar con mensajitos como si fuéramos adolescentes? ¡Claro! Perdona... había olvidado que TÚ sí lo eres.

Será... ¡gilipollas! Dejándome llevar por la rabia, lo llamo a punto de explotar.

—¡Eres un capullo, Roberto! —le grito perdiendo totalmente el control tan férreamente inculcado por mi madre durante años.

—¡Y tú estás comportándote como una cría! —brama cabreado—. Mira, Olivia, no pienso discutir contigo por teléfono; como a las cuatro no estés en mi casa, pasaré a buscarte por la tuya, y me importa una puta mierda si están tus padres o no. Tú verás —me suelta cabreadísimo antes de colgar, dejándome con la palabra en la boca.

Miro el teléfono y, en un arranque de rabia, lo estampo contra el respaldo del conductor. Si pudiera, lo tiraría por la ventana, pero sustituyo el asesinato de mi móvil por una serie de respiraciones largas y profundas en un intento fallido por tranquilizarme.

Llego a mi casa; no tengo hambre, pero, como siempre, Juana me obliga a comer algo y, mientras mareo el contenido del plato de un lado a otro, miro continuamente la hora. Acabo y me dirijo a mi habitación, pero soy incapaz de concentrarme en nada y, al final, a las tres y media me rindo y, con la excusa de tener que ir a la biblioteca, me dirijo a su casa.

Llamo y subo; estoy que me salgo, pero él está igual que yo y me abre antes de que alcance al timbre de su piso. Me agarra del brazo y cierra de un portazo, para luego apretarme contra la pared y besarme con furia.

No quiero besarlo, no quiero desearlo, no quiero sentir, pero mi cuerpo va por su cuenta y respondo a su beso con la misma fiereza, mientras sus manos se deshacen de mis braguitas y las mías van desabrochando su pantalón y, a pesar de que una parte de mí me ordena que me detenga y me largue, la necesidad y el deseo imperan con fuerza frente a otros sentimientos y, antes de que pueda darme cuenta, está poniéndose un preservativo y penetrándome con furia.

—¿Dónde has estado durante el descanso? —me pregunta cabreadísimo sin dejar de embestirme con fuerza.

—¿Qué más te da? Bastante ocupado estabas con la estúpida esa —mascullo colérica, aferrándome a su cuello.

—¿Otra vez? —me penetra furioso, pero yo también lo estoy y nos movemos cegados de rabia.

Entra y sale de mí con rudeza, como un animal salvaje; no puedo contestarle y gimo cerrando los ojos. No sé cómo puede follarme y discutir a la vez.

—¡Contéstame, joder! —vocifera—. ¡Y abre los ojos de una puta vez!

—¡¡¡Síii, otra vez!!! —le grito en un jadeo, obedeciéndolo.

Me besa con saña, haciéndome daño, y correspondo a su beso de igual forma. Sus potentes embestidas me empotran contra la pared, una tras otra, y me aferro a su espalda y a su cintura con fuerza. Está cegado por la rabia y se pierde en mí, entrando y saliendo de mi cuerpo sin control, arrastrándome con él a un sitio oscuro y caliente donde el placer reina implacable. Mi sexo lo reclama palpitando y me muevo con él, con el mismo ímpetu y la misma pasión, llegando juntos al más increíble de los orgasmos.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos recuperando el aliento y, con la misma rapidez con la que ha entrado, sale de mi interior para marcharse al baño y dejarme sola, temblando.

Espero a que salga y, cuando lo hace, entro sin mirarlo. Una vez me limpio, no me siento con ánimos para salir; no quiero verlo, estoy enfadada con él y conmigo, no debería haber dejado que me... follara, y lo peor de todo es que lo he disfrutado. Podría haberlo parado y no lo he hecho, y me siento en el borde de la bañera llorando en silencio.

—Olivia, ¿puedo entrar?

—No, déjame en paz —grito secándome las lágrimas.

No me hace caso y, en dos zancadas, llega hasta donde estoy sentada.

—Oli, ¿te he hecho daño? —me pregunta preocupado, arrodillándose frente a mí y acariciándome la rodilla.

—Sí, pero no de la forma que piensas —afirmo secándome las lágrimas y alejándome de él.

—¿Cómo, entonces? —quiere saber, siguiéndome hasta el salón. Ya no parece enfadado y yo misma me siento una hipócrita por sentirme mal con algo que he disfrutado tanto y a lo que he accedido libremente.

—No me gusta acostarme contigo estando enfadados, aunque lo disfrute; ahora me siento mal —confieso por fin—. Me marcho.

—No, Oli. ¡Mierda! ¡Lo siento! ¡Te juro que no volverá a pasar! —me asegura, desesperado por mi reacción.

—Es que no es sólo eso Roberto... —añado frustrada.

—¿Es por Lucía, verdad? —me plantea con hastío endureciendo las fracciones.

—¿Por qué preguntas algo que no quieres saber?

—¡Porque te equivocas, joder!

—¿De verdad? Dime cómo te sentirías si tuviera constantemente a un tío tocándome a la menor ocasión. ¿Cómo puedes no darte cuenta de algo que es tan evidente? —le grito ofuscada —. Y... ¿por qué tienes que hacer siempre el patio con ella y tiene que acabar colgada de tu brazo? ¿Cómo te sentirías si fuera al revés? ¡Dímelo, Roberto! ¿Te gustaría verlo? —chillo colérica.

—¡Joder, Olivia, es una amiga! Nos conocemos desde hace años y siempre ha sido así entre nosotros. ¿Por qué no dejas de obsesionarte con ella? Estás comportándote como una cría celosa.

—¿Una cría celosa? —espeto ardiendo de rabia.

—Sí, una cría celosa. Te advierto de que nunca en mi vida he estado con una tía celosa, y no voy a hacerlo ahora. O aprendes a confiar en mí o esto se termina ahora. No me van los culebrones —sisea cabreado como pocas veces lo había visto.

Lo miro con la boca abierta sin poder creer que haya dicho eso e incapaz de emitir sonido alguno. Me mira con dureza, esperando una reacción por mi parte, pero yo todavía estoy en el proceso de digerir sus palabras.

—Se termina entonces, Roberto. Si tú no quieres estar con una tía celosa, yo no quiero estar con un tío que no ve más allá de sus narices. No sé con qué tipo de mujeres has estado hasta ahora ni me importa, pero lo que tengo claro es que no me gusta compartir, a ningún nivel.

—Como quieras —sisea entre dientes.

—¿Cómo quiera yo o tú? —le pregunto cogiendo mi mochila y saliendo de su casa, dejándolo en medio del salón, temblando de rabia.

No paro ningún taxi y, caminando, me dirijo a mi casa incapaz de derramar una sola lágrima, con la mirada fija al frente, sin poder creer lo que acaba de suceder. Al final, cansada, me replanteo lo del taxi y cojo uno.

Llego a casa con los ánimos por los suelos, le digo a Juana que no me encuentro bien y, tras darme una ducha, me pongo el pijama y me encierro en mi habitación. Todavía no he podido soltar una puñetera lágrima y no creo que lo haga. Miro mi móvil, ni una llamada, ni un mensaje, nada, y a las ocho me doy por vencida. Me acuesto y sueño una vez más...

Estoy en la habitación de Juan terminando de hacer su cama y aliso las sábanas amorosamente, recordando nuestro último encuentro. Llevo varias noches viniendo y, aunque todavía no hemos llegado hasta el final, conozco de memoria cada fibra de su cuerpo y de su ser. Esta habitación se ha convertido en un santuario para nosotros, donde él deja de ser un futuro marqués y yo una simple criada, para ser únicamente Juan y Marcela.

Acabo de limpiarla y, presurosa, me dirijo a la cocina en busca de Dolores. Desde que Juan la obligó a readmitirme, siento que está esperando un mínimo fallo por mi parte para poder despedirme, y no voy a darle el gusto.

Llego y la veo impartiendo órdenes con la frialdad que la caracteriza; se vuelve y, mirándome con esos ojos de rata que parecen saberlo todo, me dice con desprecio:

—Ya era hora, niña; no puedes echar media mañana en limpiar tres habitaciones. ¡Un poco de brío no te vendría mal!

La miro con seriedad a los ojos, enfrentándola a pesar de estar muerta de miedo.

—¿Qué necesita que haga ahora? —le pregunto sin demostrar mis sentimientos.

—Que limpies la escalera principal de arriba abajo; quiero verme reflejada en ella... y a ver si te das un poco más de prisa, que, a lenta, no te gana nadie —me suelta con desprecio, enfrentándome con la mirada.

—Ahora mismo —murmuro dirigiéndome a la pila para llenar el cubo con la espalda tan recta como me es posible.

Llego al final de la escalera y, arrodillada, me dispongo a fregarla poniendo especial esmero en dejarla perfecta. El agua esta fría y tengo las manos heladas y enrojecidas, pero por lo menos no estoy haciendo la colada, me digo en un intento de consolación.

Estoy a punto de terminar cuando oigo abrirse la puerta principal y me vuelvo instintivamente... para encontrarme con Juan, que acaba de llegar, y me aíslo del mundo, olvidándome del agua fría, de mis dedos entumecidos y del dolor de rodillas y de espalda. Me sonríe y me indica que lo siga, a lo que accedo sin titubear, llegando hasta la fresquera.

Entro y su boca ansiosa devora la mía, haciéndola suya y poseyéndola. Su cuerpo se aprieta al mío y siento sus manos levantarme la falda hasta llegar a mi húmedo interior, donde anoche ya me toco, y, a pesar de que es inmoral, no puedo más que desear que vuelva a hacerlo.

—Quiero volver a tocarte, Marcela —me pide bajándome las enaguas sin esperar una respuesta por mi parte.

—Hazlo —acepto besándolo con urgencia, obviando dónde estamos y que pueden vernos.

Sus dedos llegan a mi húmedo centro, que lo reclama con urgencia, y accede lentamente a mi interior; anoche sangré un poco cuando lo hizo y temo que vuelva a suceder, pero lo deseo tanto que soy incapaz de negarme y, sin percatarme de mi gesto, abro un poco más las piernas mientras sus dedos se pierden en mi interior.

Me apoyo en la pared por miedo a caerme; las piernas me flaquean y es su boca, con sus besos, la que ahoga mis gemidos mientras sus dedos entran y salen de mí y, tal y como me sentí anoche, deseo más, deseo volver a convertirme en un mar de sensaciones y poco a poco esa sensación se forma en mi interior, haciendo que me deshaga entre sus brazos en una explosión de color.

—Marcela, no puedo más, necesito hacerte el amor... dime que sí, mi niña. —Su voz cargada de deseo llega hasta mis entrañas como un torrente, inundando todo mi interior, y accedo a lo inevitable.

—Esta noche, Juan... te prometo que esta noche —murmuro aferrándome a su cuello.

—Has dicho esta noche, Marcela —musita besándome el lóbulo de la oreja—, no puedes volverte atrás.

—Lo sé, quiero que ocurra, Juan —susurro antes de besarlo dulcemente, mientras mi corazón desbocado empieza a calmarse.

—Te esperaré en mi dormitorio. Te quiero, mi niña. ¿Lo sabes, verdad?

—Yo también —murmuro abrumada por la intensidad de nuestros sentimientos.

Juan me ayuda con el vestido y, entre miradas cómplices, salimos a hurtadillas de la fresquera... cuando la voz de Dolores me paraliza.

—¿Dónde se habrá metido esta niña? Se marcha sin terminar la escalera, dejando todo esto hecho un Cristo. Señora, no sabe lo que tengo que soportar —la oigo quejarse. «¿Está con la señora?», me pregunto con el corazón atronándome en el pecho e, indicándole a Juan que no se mueva, salgo hacia el vestíbulo como si no estuviera a punto de darme un soponcio.

—¿Dónde estabas, niña? —me reclama mirándome con odio.

—He bajado un momento a la fresquera. ¿Necesita algo de mí, Dolores? —pregunto arrodillándome y reiniciando mi labor.

—¿Y puede saberse a qué has ido a la fresquera? —me demanda achinando los ojos.

—¡Madre! ¡Qué alegría verla! —La voz de Juan me salva de un aprieto y respiro aliviada.

—¡Juanito, hijo! No sabía que habías llegado. —Veo de reojo cómo la señora se acerca a él para darle un beso en la mejilla, pero finjo no percatarme de nada.

—Acabo de llegar. ¿Y padre? Estaba buscándolo.

—No ha llegado todavía. Por cierto, Juanito, ayer vi a Cayetana y la invité a cenar con sus padres esta noche. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? Madre, usted puede invitar a quien guste —le dice amablemente.

—¡Ay, hijo! ¡Me frustras! ¿Es que acaso no te gusta esa niña? —le pregunta cogiéndole las manos que hace un momento estaban perdidas en mi interior—. ¿Acaso no lo pasaste bien con ella en la chocolatería?

—Madre, no empiece —contesta pacientemente—. Dolores, estaré en el despacho; cuando llegue mi padre, dígale que quiero hablar con él. Si me disculpan, tengo trabajo. —Sin esperar respuesta, se marcha dejando a la señora enfurruñada.

—Ay, Dolores, este hijo mío me tiene de los nervios. ¿A qué espera para cortejar a esa niña? —le plantea como si fuera una cuestión de vida o muerte—. Pero te digo yo que los junto como que me llamo Matilde; buena soy yo cuando me propongo algo.

—Cayetana sería la esposa perfecta; es una joven tan bonita y distinguida, justo lo que necesita nuestro Juan.

Sus voces se alejan, pero sus palabras quedan grabadas en mi corazón. Voy conociendo a la señora y, si se ha propuesto unirlos, lo hará.

Llega la noche y me cambio el uniforme para servir la cena, como va siendo habitual. Entro en el salón y mi mirada va directa a los dos, sentados juntos, y mi corazón deja de latir durante unos segundos.

Forman una pareja increíble. Dolores tiene razón, Cayetana es preciosa y, al lado de Juan, forman la pareja perfecta. Dejo de mirarlos y empiezo a servir la cena junto a Luisa intentando no sentir nada, a pesar de que sé que es un imposible con él tan cerca de mí.

—Juan, ¿sabías que a Cayetana le gusta el teatro tanto como a ti? —interviene la señora dulcemente, mientras se lleva la copa de vino a los labios, con una clara intención.

—¿De verdad? No tenía ni idea —contesta mirándome de reojo.

—Podríais ir un día juntos, ¿no te parece?

—Madre, puede que Cayetana tenga planes —replica sonriendo.

—La verdad es que no... y me encantaría ir al teatro contigo —murmura tímidamente.

—Ves, hijo... anda, invítala, no te hagas tanto de rogar, lo pasaréis bien —le insiste descaradamente antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

—Entonces, iremos —cede sonriendo.

—Cuando quieras, Juan —musita sonrojándose.

«Qué equivocada estaba al creer que teníamos todo el tiempo del mundo para estar juntos, qué equivocada estaba al ver únicamente mis deseos», pienso con tristeza.

Cuando termino con mis obligaciones, me dirijo al patio cubriéndome con el chal. Necesito que me dé el aire y pensar en lo que haré ahora... ¿debo entregarme a él sabiendo que dentro de poco puede que sea de otra mujer?

A pesar del frío de la noche, no entro en la casa y miro al cielo como si en él estuviera

escrita la solución a mis problemas. Tengo tres opciones: irme de esta casa y olvidarme de él; quedarme y olvidarme de él, o quedarme y aceptar la única relación que podemos tener. Una relación de tres, siempre siendo la otra... y, a pesar de mis dudas, la decisión está tomada; la tomé sin saberlo el día en que sus ojos se encontraron con los míos. Sé que Juan es mi destino, mi futuro y el camino que recorreré.

Capítulo 22

Tengo frío y me acurruco debajo de la colcha. Huele a humedad, la misma que está calando en mi interior, helando mi corazón... Juan... «¿Qué será de nosotros? —me pregunto atormentada—. ¿Qué será de mí? ¿Cómo podré verte con otra mujer?» Lentamente abro los ojos y reconozco mi habitación. Ya no huele a humedad, ya no estoy en el patio de la casa, ya no me espera Juan en su dormitorio.

Estoy en mi casa y soy Olivia y, a pesar de estar despierta, la sensación de tristeza y de pérdida no me abandona y pienso en Roberto... ¿Qué voy a hacer ahora? Me ducho y me visto como una autómata y, sin desayunar, me dirijo al colegio.

Entro en el aula de refuerzo y lo veo sentando corrigiendo los deberes; levanta la vista y me observa, pero su rostro hermético no me permite descifrar lo que siente.

—Buenos días —le digo con seriedad dejando la mochila.

—Cierra con llave —me ordena.

—No hace falta, sólo vamos a dar clases.

—He dicho que cierres con llave —masculla con dureza y obedezco sin dudarlo un instante.

Se levanta y, acercándose a mí, me suelta con frialdad:

—Sé que no entiendes mi relación con Lucía, pero estás completamente equivocada, sólo somos amigos. ¿Entiendes lo que es eso? Tú eres amiga de Javier; de hecho, tus padres creen que sois pareja. Con él llegas y con él te vas siempre; probablemente sepa más cosas de ti que yo mismo, pero me esfuerzo por entenderlo todo y aceptarlo. ¿Por qué tú no?

«No puedo creerlo, ¿volvemos a lo mismo? ¿De verdad todavía no lo ha entendido?», me pregunto cogiendo aire profundamente y armándome de paciencia.

—Porque Javier no aprovecha la menor ocasión para toquetearme. La diferencia entre Javier y Lucía es que yo, a él, no le gusto y ella está loca por ti. ¿Manosea a todos sus amigos así o sólo tú tienes ese privilegio? —le planteo cabreándome una vez más.

—Estoy harto de esto, de verdad. No voy a romper mi amistad con ella por unos estúpidos celos. Te lo dije ayer...

—Sí, lo hiciste —lo interrumpo con rabia—. Me dejaste bien claro que no te iban ni los culebrones ni las crías celosas. Empieza la clase —añado enfadada, mirando la pizarra.

—Como quieras —sisea entre dientes.

Nos centramos en las mates. No nos miramos ni nos rozamos, no hay juegos ni castigos y, un poco antes de las nueve, salgo del aula de refuerzo como una exhalación, tan tensa que temo llegar a partirme.

Las clases pasan despacio; me cuesta concentrarme y hoy justamente tiene que darme por llorar. ¡Mierda! ¿Por qué hoy y no ayer? Miro mis deberes intentando centrarme en ellos, pero es imposible y, en más de una ocasión, tengo que secar mis lágrimas con disimulo. ¿Estoy

sacándolo todo de quicio? ¿Tendrá razón y estaré comportándome como una cría celosa?

Llega la hora del descanso y, como siempre, vamos al jardín. Mis amigas van hablando por los codos, pero yo no participo de la conversación, inmersa en mi drama personal y dispuesta a largarme a clase en cuanto los vea. Normalmente la guardia del patio son dos días seguidos, así que me queda uno de tortura, pero me sorprendo al ver a Lucía con... ¿Iris? ¿Y Roberto? Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro. Suena mi móvil y veo que tengo un mensaje suyo.

Ven a mi despacho.

Me sudan las manos y me seco las palmas disimuladamente en mi falda. ¿Y ahora qué? Trago saliva y, excusándome con mis amigas, me dirijo a su despacho con el corazón atronándome en el pecho. Llego y entro.

—Cierra la puerta con llave —me ordena. Está de pie, apoyado en la mesa con los brazos cruzados, y lo obedezco en silencio.

—¿Qué quieres, Roberto? —le pregunto enfrentándolo con la mirada, dispuesta a no variar ni un centímetro mi posición.

—A ti, enana. He hablado con la directora y he cambiado los turnos del patio; de ahora en adelante, los haré con Enrique.

—Roberto, no has entendido nada —replico con seriedad, asombrada de que haya dado este paso después de lo que me dijo ayer.

—¿De verdad? Creía que una de tus quejas consistía en que siempre hacía el patio con ella. ¿Qué me he perdido?

—Lo que ella siente por ti, eso es lo que te has perdido. Aunque tú la veas como a una amiga, ella está loca por ti, por eso no deja de provocarte, pero tú estás ciego y no te enteras de nada —murmuro negando con la cabeza.

—Puede que esté cegado por una rubita consentida.

—No estoy consentida —objeto levantando una ceja.

—¿Y quién ha dicho que seas tú la rubita? —me pregunta sonriendo abiertamente, acercándose a mí.

—¿Y quién ha dicho que no lo sea? —replico sin dejar de mirarlo.

—Nadie —susurra devorándome con los ojos.

Posa sus manos en mis caderas y me acerca a él, apretándome contra las suyas, y un débil gemido escapa de mi garganta.

—Nunca dudes de mí, Olivia. ¿Me has oído? Nunca.

Asiento como una muñeca, incapaz de sumar dos más dos; tengo sus labios a escasos centímetros de los míos y, acortando las distancias, me pierdo en ellos. Mi lengua sale al encuentro de la suya, acariciándola, y me aprieto contra su cuerpo y su erección. Su mano viaja al interior de mi falda hasta llegar a mis braguitas y gimo; acaricia mi sexo por encima de la húmeda tela, pero me sorprende al retirar la mano.

—¿Quieres que termine yo? —pregunto sonriéndole, más que dispuesta a hacerlo.

—No, estás castigada.

—¿Perdona? —exclamo sin dar crédito—. Castigada, ¿por qué?

—Por comportarte como una cría celosa, al patio —me dice volviéndome y dándome una palmada en el trasero.

Me giro de nuevo con la boca abierta, incapaz de decir esta boca es mía, y veo cómo, con

toda la calma del mundo, se sienta en su silla y vuelca toda su atención en lo que sea que esté corrigiendo.

—Al patio —repite sin mirarme—. ¿Estás sorda, Olivia?

Lo miro por última vez queriendo matarlo y, tras darme la vuelta, me dirijo rabiosa a la puerta.

—Te quiero a las cuatro en mi casa.

—¡Y una mierda! —grito cabreada.

El sonido de su risa me paraliza y me giro otra vez con la boca abierta.

—Como no vengas, iré a buscarte; tú decides —afirma con rotundidad.

No ha levantado la mirada de sus papeles en ningún momento y salgo de su despacho dando un sonoro portazo.

Durante las dos horas que duran sus clases, no me mira en ningún instante... ni una notita entre los deberes ni una mísera sonrisa. No lo entiendo; no sé si está cabreado, si está castigándome o burlándose de mí. ¿Cómo ha podido darle así la vuelta? Realmente debería ser yo la que estuviera cabreada y castigándolo, y, en cambio, aquí estoy, mirándolo como si fuera el único espécimen macho del universo y mendigando una simple mirada. ¡Soy una cría!

El resto de la mañana se me hace eterna y, cuando terminan las clases, me dirijo a mi casa; como cada día, mis padres no están y como con Juana.

—¿Qué tal el colegio nuevo? No la veo tan disgustada como antes.

—La verdad es que me gusta mucho, Juana.

—Ya le dije yo que al final no sería tan malo. ¿Esta tarde va a salir también?

—Juana, quien te oyera pensaría que salgo todas las tardes de marcha. Ayer fui a hacer un trabajo a la biblioteca y hoy vamos a terminarlo.

—Si yo no digo nada, señorita, nada de nada...

La miro sonriendo, dando por finalizada la conversación, y a las cuatro menos cuarto salgo de mi casa hacia la suya cargada con mis deberes, sin saber si estoy cabreada, ofendida o ambas cosas a la vez.

Llego y llamo a la puerta, pero no abre y vuelvo a llamar. ¿Será posible? Llamo, espero y me desespero y, cuando voy a darme la vuelta para marcharme, se digna abrir la puñetera puerta.

—Tardas un minuto más en abrir y no me encuentras —mascullo enfadada.

—Hubiera ido a buscarte a tu casa —me contesta tan tranquilo, apoyándose en el marco de la puerta e impidiéndome la entrada.

Lleva unos vaqueros desgastados con una camiseta de cuello pico gris claro y lo miro con la boca abierta.

—Te estás distrayendo, Olivia —murmura medio sonriendo.

—La culpa es tuya. ¿Vas a dejarme entrar o piensas tenerme toda la tarde en la puerta?

—Sería entretenido ver la reacción de los vecinos si nos quedáramos aquí —me contesta con una media sonrisa.

Me sonrojo por la intensidad de su mirada; sus ojos se han oscurecido y están recorriendo descaradamente mi cuerpo, contrayéndolo suavemente a su paso.

—Prefiero no verla —susurro deteniendo mi mirada en el bulto que se adivina a través de la tela de los vaqueros.

—¿Segura? —me pregunta levantando una ceja.

—Completamente —contesto con rotundidad.

Sin añadir nada, se hace a un lado dándome paso, pero, cuando estoy a punto de acceder a su

casa, posa su mano en mi sexo, deteniéndome y enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Lo miro casi jadeando y, apoyándome en el marco de la puerta, me besa sin darme tiempo a reaccionar. Mete su lengua en mi boca, poseyéndola con rudeza, sin permiso, exigiendo y cogiendo, apresándome contra el marco y clavándome su potente erección entre mis caderas, absorbiendo mis gemidos. Su mano descarada llega a mis braguitas, empapadas ahora, y mete su pulgar entre ellas pero sin llegar a mi sexo, arriba y abajo, torturándome a propósito... y cogiendo su mano con rudeza, la poso sobre mi centro, que lo reclama a gritos. Noto su sonrisa formarse en sus labios y abro los ojos deteniendo el beso y alejando mi mano de la suya.

—Veo que mi rubita consentida es una mujer de palabra... creía que no querías que nos vieran los vecinos —me dice sonriendo con su mano todavía en el borde de mis braguitas sin llegar a tocarme.

La aparto de un manotazo, enfadada, y, agarrando mi mochila, que en algún momento del beso he dejado tirada en el suelo, entro en su casa resoplando.

—¿Te crees muy gracioso, verdad? —le pregunto molesta.

—Para nada —me contesta con tranquilidad llegando a la mesa, que está abarrotada de papeles—. Saca tus deberes, me parece que tienes muchos, sobre todo de matemáticas, ¿o me equivoco?

—¿En serio vamos a hacer deberes? —pregunto abriendo tanto la boca que la mandíbula no me llega al suelo de puro milagro.

—Por supuesto, ¿qué creías? —responde medio sonriendo antes de sentarse y apoyarse en el respaldo de su silla.

—¿Te lo estás pasando bien, verdad? ¿Cuándo vas a dejarlo estar?

—No sé a qué te refieres, Oli. Tengo mucho trabajo pendiente y tú, deberes para aburrir; empieza —me ordena con seriedad.

—Tendrás que hacerme un hueco en la mesa, ¿no te parece? —Debe de llevar ya un buen rato trabajando, porque la tiene a rebosar de papeles.

—Ya tienes tu hueco, empieza —me ordena tras apilar gran parte de ellos.

Le hago una mueca y comienzo a sacar mis cosas, todavía excitada por el beso que nos hemos dado. ¿Cómo puede aparentar esa tranquilidad cuando debe de estar tan excitado como yo?

—Oli... te estás distrayendo —murmura sin dejar de trabajar.

—¿Cómo sabes que estoy mirándote?

—No eres la única que lo nota; empieza —me ordena de nuevo, sin levantar la vista de sus papeles.

Obedezco y me pongo con los deberes. Tengo un montón y pronto me centro en todo lo que tengo por delante. Trabajamos en silencio y pienso cómo sería nuestra vida si viviéramos juntos. Yo estudiaría y el trabajaría, discutiríamos y nos reconciliaríamos, como ahora, y mi mirada se posa irremediablemente en él.

—Oli... estás distrayéndote otra vez

—¿Te queda mucho? —pregunto mordiendo la punta del lápiz.

—Sí, y tú, ¿has terminado ya? —Su mirada va directa a mi boca y saco la lengua provocativamente para lamer la punta del lápiz, imaginando que es su sexo lo que tengo entre mis labios.

—No, pero me queda poco —le anuncio levantándome—. Estaba pensando que podríamos hacer un descanso.

—Termina. —Su mirada atrapa la mía y sonrío provocativamente.

—La verdad es que tengo un poco de calor —le confieso desabrochando mi blusa y dejándola caer, captando toda su atención—. Creo que voy a ponerme un poco más cómoda, ¿te importa?

—Estás en tu casa. —Su mirada oscurecida recorre mi cuerpo con descaro, provocando latidos de anticipación entre mis piernas.

—Estás distrayéndote, Roberto; creía que tenías mucho trabajo pendiente —susurro dejando caer mi falda y quedándome únicamente con la ropa interior.

—Acércate —me ordena.

—Vaya, creía que tenías trabajo —le digo sonriendo con chulería—, por lo que veo, tú también eres un hombre de palabra —murmuro devolviéndole el golpe.

—Muy graciosa —me rebate sonriendo.

—Casi como tú —susurro acercándome a él.

—¿No quieres continuar poniéndote cómoda? —me pregunta dibujando una línea imaginaria entre mis pechos y mi sexo con su dedo.

—Puede que lo haga, pero ya sabes que soy una cría consentida y puedo cambiar de opinión en cualquier momento —susurro llevando mis manos a mis pechos, masajeándolos.

—Espero que no lo hagas —musita con voz entrecortada.

—Si no quieres que lo haga, discúlpate —le pido deslizando mi pulgar por debajo del encaje y tirando de mis pezones, que se yerguen triunfantes.

—¿Jugando sucio, señorita?

—Tengo un buen maestro.

—De eso no tengo ninguna duda.

Lleva su dedo índice al elástico de mis braguitas y, tirando de él, me acerca a su cuerpo; su mirada lasciva llega a mi sexo y pasa su dedo por mi entrepierna, caliente y húmeda.

—Estás chorreando; no estás en situación de exigir nada, más bien deberías suplicarme que te follara.

—No hasta que te disculpes —insisto sabiendo que tengo todas las de perder—. Además, tú no estás mejor que yo —murmuro frenándome para no ponerme a gemir.

—Pero yo sé controlarlo y tú, no —me rebate alejando su mano de mi sexo, levantándose y quedando a escasos centímetros de mi cuerpo tembloroso—. No voy a tocarte hasta que me supliques. Hazlo.

—Discúlpate tú primero —le exijo mordiéndome el labio. Va a ganarme, lo sé, y quemo uno de mis últimos cartuchos al desabrocharme el sujetador, dejando mis turgentes pechos listos para él.

—Muy bonitos —susurra posando su increíble mirada sobre ellos, que reaccionan ante ésta endureciéndose—. Estás deseando que te toque, ¿verdad? Hazlo, Olivia, y discúlpate.

—¿Cómo? ¿Por qué habría de hacerlo? —le pregunto asombrada de nuevo por su facilidad para darle la vuelta a la situación.

—Por no confiar en mí —murmura dibujando otra vez esa línea imaginaria entre mis pechos y mi sexo; un simple roce que es como un latigazo entre mis piernas, y gimo finalmente cerrando los ojos—. Ábrelos —me ordena deteniendo su dedo en el borde de mis braguitas.

Los abro y me rindo; me da igual suplicar, disculparme o lo que quiera que haga, sólo anhelo que me toque, necesito que meta ese dedo entre mis piernas y se pierda ahí.

—Fóllame, Roberto; por lo que más quieras, tócame —le pido entre gemidos.

—¿Y la disculpa? —me pregunta arrancándome las braguitas de un tirón.

—¿Qué haces? —farfullo asombrada y excitada por su rudeza.

—Quitando impedimentos; querías que te tocara, ¿verdad? —me dice metiendo su dedo en mi empapado sexo—. Con ellas puestas me resulta complicado.

Mete un segundo dedo y chillo echando la cabeza hacia atrás, poso mi mano sobre la suya y la aprieto más a mi sexo. Si pudiera, metería todos sus dedos en mi interior, que palpita con fiereza.

Con la otra mano hace a un lado todos los papeles y, retirando sus dedos de mi sexo, me alza con ferocidad para depositarme encima de la mesa, donde abre mis piernas y me deja expuesta ante él.

—Todavía estoy esperando la disculpa —susurra soplando suavemente sobre mi centro.

Medio lloriqueo; no puede ser, no puede ser tan hijo de su madre.

—Eres un cabrón, Roberto —musito frustrada.

—¿Es ésa tu forma de disculparte? —me pregunta cerrando mis piernas.

—¿Sabes que podría masturbarme yo, verdad? —le digo incorporándome ligeramente, retándolo con la mirada—, y luego no podrías tocarme.

—Pero no lo disfrutarías tanto como si soy yo quien lo hace; tus dedos, por mucho que quieras, no pueden compararse con mi polla —murmura abriendo de nuevo mis piernas.

—Eres un creído —farfullo enfadada dejándome caer sobre la mesa.

—Y tú estás a punto de correrte sin haberte tocado apenas. Discúlpate —me ordena trazando con su dedo un círculo imaginario entre mi húmeda abertura.

—Perdón —mascullo echando la cabeza hacia atrás, contrariada por ser una débil.

—Vale, te perdono por esta vez, sólo porque eres tú —murmura acercando su sonrisa socarrona hasta mi sexo y enterrándose en él.

Lleva sus dientes a mis labios, mordiéndolos suavemente y tirando de ellos al igual que está haciendo con mis pezones, provocando miles de sensaciones en mi cuerpo. Chillo abriendo más las piernas, sin importarme quién pueda oírme. Su lengua llega a mi clítoris y le da suaves toquecitos, mientras sus manos no dan tregua a mis pechos, que se han tornado densos y pesados; luego mete su lengua en mi centro, hasta el fondo, y me aferro a los bordes de la mesa, arqueándome loca de placer.

—¡Dios mío de mi vida! Ni se te ocurra parar ahora —exijo moviendo las caderas en busca de más fricción.

Me lame, me succiona, me chupa y me corro en un grito desgarrador, asimilando las mil y una sensaciones que aún bullen en mi interior, segura de que éste ha sido, hasta la fecha, mi mejor orgasmo.

—Te equivocas, enana, ahora viene lo mejor —murmura quitándose la camiseta y deshaciéndose de los pantalones de un tirón, dejando libre su enorme erección.

—¿Qué dices? —musito como puedo mientras cojo aire desesperadamente.

—Eres un libro abierto: crees que éste ha sido tu mejor orgasmo, y te equivocas —me asegura orgulloso de sí mismo.

—Joder, Roberto, ahora también sabes lo que pienso.

Su media sonrisa contrasta con la intensidad de su mirada; está tenso, yo también sé leer su cuerpo y no puede más. Lo veo ponerse el condón con seguridad y vibro de anticipación.

—¿Preparada para que te folle? —murmura encajándose entre mis piernas.

—¿Tú qué crees? —pregunto temblando todavía.

Su mirada incendia mi cuerpo; tengo la punta de su sexo en la entrada del mío y sus manos en mis caderas y, de un movimiento certero, me acerca a él mientras sus caderas salen a mi encuentro, embistiéndome hasta el fondo, y chillo por la profundidad de la penetración.

Siento su pene, largo y grueso, copando todo mi ser y echo la cabeza hacia atrás cogiendo el aire que ha escapado de mis pulmones. Repite el movimiento manejándome a su antojo y pronto es mi cuerpo el que, adaptado a su enormidad, lo reclama a gritos, dos, tres, cuatro, diez... Nos movemos enloquecidos, formando un único cuerpo; ráfagas de placer sacuden mi interior, cobrando vida con cada una de sus acometidas, y un orgasmo salvaje asola mi cuerpo, arrastrándolo a él conmigo.

Se deja caer sobre mi cuerpo completamente agotado; su corazón late con la misma ferocidad que el mío y, durante unos segundos, permanecemos quietos, con mis piernas y mis brazos envolviendo su cuerpo.

—Nunca vuelvas a dudar de mí, Oli —me pide, esta vez con dulzura.

—Vale —susurro abrumada por la intensidad de su mirada.

Cogiéndome en brazos, me lleva a su habitación, donde, esta vez con calma, terminamos de reconciliarnos.

Llego a casa feliz. Mis padres no están y ceno en la cocina con Juana haciéndome compañía, como viene siendo habitual, y, durante unos segundos, pienso en ellos...

En mi madre, la mujer a la que tanto me parezco físicamente y a la que siento tan lejana, la mujer que nunca ha demostrado sentir nada por mí, exceptuando las contadas ocasiones en las que me ha mirado con dulzura cuando creía que no me daba cuenta y que, a pesar de mis intentos por acercarme a ella, me mantiene alejada de su vida y de su corazón con la férrea disciplina de un militar.

Y mi padre, ese extraño que nunca ha demostrado sentir nada por mí, que me mira con dureza y me evita continuamente. Ese hombre que a veces siento que me odia, con el que prefiero no coincidir a solas y al que envidio profundamente por ser el dueño del corazón de mi madre.

—¿En qué piensa, señorita? Se ha quedado muy callada —me dice Juana sacándome de mis pensamientos deprimentes.

—En nada, Juana; estoy cansada, sólo es eso. Buenas noches.

—Buenas noches, linda. Vaya con Dios.

Capítulo 23

La casa está en silencio. Hace horas que todo el mundo duerme y entro temblando por el frío.

—Marcela... —Levanto la mirada y lo veo frente a mí—. Si no es Cayetana, será otra, pero no puedo huir de mi destino —murmura llevándome hasta un rincón.

—Ni yo tampoco —susurro.

—Y, aun así, es lo que más deseo. —Su voz atormentada sacude mi interior, removiendo todos mis sentimientos—. No me dejes, Marcela.

—No puedo hacerlo, aunque quiera; tú eres el mío, a pesar de que sea un destino lleno de dolor y sufrimiento.

—¿Crees que te dañaré, Marcela?—me pregunta mortificado.

—Lo harás cada vez que te vea con otra mujer.

—Aunque esté con otra, sólo desearé estar contigo.

—¿Y eso será justo?

—No, jamás —responde rotundo—. Por eso quiero que estés segura de cada paso que des conmigo, porque nunca podré prometerte nada.

—Prométeme que me querrás, aunque llegues a querer a otra mujer; prométeme que nunca dejarás de amarme.

—Promételo tú también, prométeme que, aunque me veas con otra, nunca dudarás de mí ni dejarás de quererme.

—Te prometo que siempre te querré, pase lo que pase —murmuro perdiéndome en sus ojos —. Puede que el futuro no esté en nuestras manos, pero sí nuestro presente. Sé mi presente, Juan. Hazme tu mujer ante nuestros ojos, quiéreme ahora —susurro llena de amor.

—Nunca he deseado nada tanto. No tardes, mi niña.

Dándose media vuelta, se dirige a su habitación por la escalera principal mientras yo lo hago a través de la escalera de servicio. Ese hecho me paraliza momentáneamente... hasta cuando todos duermen y nadie puede vernos, nosotros mismos marcamos las diferencias, y siempre será así. Aunque nuestro destino sea el mismo, lo recorreremos por caminos distintos, él como un marqués y yo, como una sirvienta.

Llego a su habitación con miles de sentimientos encontrados: deseo, remordimientos, amor, nervios, culpa... pero con uno predominante sobre todos los demás, seguridad frente a mis actos. Sé que estamos destinados a estar juntos; pese al destino y pese a todos, él es mi mitad y yo, la suya.

El dormitorio se encuentra en penumbra, iluminado únicamente por la luz de la lámpara de la mesita, y lo miro con timidez. Lleva sólo los pantalones y la camisa; la chaqueta, el chaleco y el corbatín descansan sobre el galán de noche. Titubeante, me acerco a él.

—¿Estás bien, mi niña? —murmura acariciándome dulcemente la mejilla.

—Sí —susurro uniendo mi mano a la suya y entrelazando mis dedos con los suyos.

Nunca nos hemos visto completamente desnudos y esta noche lo haremos. En silencio y casi reverenciándome, Juan me ayuda a quitarme el vestido, la camisola, las enaguas... y quedo ante él totalmente desnuda. Siento vergüenza e intento cubrirme con las manos.

—No, mi niña, déjame verte —me pide con voz entrecortada—. No sabes cuántas veces te he imaginado desnuda —musita depositándome en la cama y desnudándose ante mi mirada avergonzada, que rehúye sus partes íntimas.

Se acuesta a mi lado, recorriéndome con los ojos hasta llegar a mi intimidad y cierro los ojos, abochornada.

—Eres tan bonita, Marcela... —murmura besándome dulcemente e intentando calmar mis temores—. No cierres los ojos, no te avergüences.

Estoy temblando y los abro tímidamente, mientras sus labios descienden despacio hasta llegar a mis pechos, besándolos y llenando de calidez mi interior. Sus manos los acarician y tortuosamente descienden hasta alcanzar mi intimidad, que lo espera anhelante. Mete un dedo dentro y gimo con suavidad; su cálida lengua se demora en mis pechos mientras sus dedos me llevan al cielo, y volvemos a ser únicamente Juan y Marcela.

—Marcela, déjame saborearte —me pide mirándome lleno de deseo.

—¿Qué quieres decir, Juan? —pregunto sin llegar a entenderlo.

—Quiero besar todo tu cuerpo —me explica besando el lóbulo de mi oreja. Me avergüenza y me excita sentir su dureza tan cerca de mí.

—Hazlo, Juan —acepto sin entender por qué me pide permiso para besarme, cuando no ha dejado de hacerlo.

Sus labios descienden otra vez desde mi cuello a mis pechos, bajando por mi estómago hasta llegar a mi ombligo, pero no se detiene y continúa su camino hasta... ¿Cómo? Me incorporo muerta de vergüenza, cerrando las piernas.

—¿Qué haces, Juan? ¿Ibas a besarme ahí? —pregunto escandalizada y roja como la grana.

—Sí, Marcela, déjame hacerlo. No te avergüences, por favor; déjame hacerlo, confía en mí —me ruega acariciando mis piernas y abriéndolas levemente—. Si no te gusta, pararé, te lo prometo.

Sus dedos están acariciando de nuevo mi intimidad y, a pesar de que me avergüenza lo que me está pidiendo, una parte de mí quiere que lo haga... y me recuesto otra vez sobre la cama, mirándolo con una mezcla de temor y deseo.

—No tengas miedo, no quiero que tengas miedo cuando estés conmigo, nunca te lastimaría, mi niña —me dice abriendo por completo mis piernas. Estoy en tensión y a punto de retroceder, cuando siento sus labios besándome ahí abajo. Su cálida lengua lame mi centro y miles de sensaciones sacuden mi cuerpo, revolucionándolo, y, aunque sigo muerta de vergüenza, ya no quiero que pare, quiero que continúe, y levanto las caderas por instinto, gimiendo bajito y dejándome llevar. Mi cuerpo es como la lluvia que empieza suavemente hasta terminar en un diluvio descomunal, donde los rayos, los truenos y el viento sacuden mi interior, haciéndome explotar en un torrente de sensaciones.

—¿Te ha gustado? —me pregunta sonriendo con satisfacción.

—Un poco —murmuro avergonzada.

—¿Un poco? —Me besa enredando su lengua con la mía, dándome a conocer mi sabor y excitándome—. ¿Estás lista para ser mi mujer?

—Sí —contesto mirándolo fijamente.

Despacio, lo siento acceder a mi interior y cómo mi cuerpo lo acoge formando un único cuerpo. Me duele y me tenso instintivamente, pero con sus besos y caricias consigue mitigar el dolor, dando lugar al placer, al deseo, a la necesidad, y soy yo quien empieza a moverse con él, por instinto, entrelazando nuestras manos y nuestros corazones, siendo su mujer y entregándole mi alma en un sacramento íntimo entre nosotros.

Despierto con los sentimientos de Marcela dentro de mí como si de los míos propios se tratara y con una frase grabada a fuego en mi cabeza: «confía en mí, no quiero que tengas miedo cuando estés conmigo»; la misma frase que Roberto me dijo la noche que estuvimos juntos por primera vez, y de nuevo no entiendo nada, no entiendo cómo puedo sentirlos tanto cuando sueño y mucho menos cómo pueden darse estas coincidencias.

Llevo varias semanas investigando sobre ellos, pero es como darme contra una pared: me faltan demasiados datos y también tiempo; las clases, los deberes y Roberto absorben todas mis horas y es imposible sacar nada en claro. Desde que solucionamos el problema con Lucía, apenas nos hemos separado y, aunque en el colegio es mi profesor, fuera de él es mi amigo, mi amante y el culpable de mi absoluta felicidad.

Es viernes, estamos terminando la clase de mates y ya lo echo de menos. Hoy no le toca patio y sé que tiene trabajo pendiente, por lo que supongo que, durante el tiempo de descanso, estará en su despacho... y una idea loca empieza a formarse en mi cabeza, haciendo que sonría para mis adentros mientras lo veo salir de clase.

La clase de literatura se me hace eterna y, cuando suena la campana, no voy al jardín, excusándome con que tengo deberes pendientes, y me dirijo a su despacho.

Llamo, entro y, como suponía, está corrigiendo los exámenes que ayer no pudo acabar.

—¡Oli! ¿Qué haces aquí? —me pregunta sorprendido.

—Me siento culpable pensando que está aquí solo trabajando, y había pensado que quizá podría hacer algo por usted —le digo acercándome a él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensa hacer? —me plantea siguiéndome el juego.

En silencio, llego hasta él y me arrodillo, colocándome debajo de la mesa, desabrochando su pantalón y liberando su enorme erección.

—Esto voy a hacer —murmuro lamiéndolo—, pero usted no puede dejar de trabajar, no quiero ser la causante de que no acabe de corregir esos exámenes a tiempo. Empiece, por favor —le pido cubriendo mis dientes con los labios, chupando, de arriba abajo, presionando y soltando, llegando a la punta y demorándome en ella, excitada con la situación.

Llaman a la puerta y, con la rapidez de un rayo, Roberto agacha mi cabeza antes de que se abra la puerta. ¡Mierda, he olvidado cerrar con llave!

—¡Roberto! ¿No vienes?

¡Lucía! Me tenso asustada, a pesar de que no puede verme. La mesa es cerrada por delante y por los lados, pero aun así contengo la respiración por miedo a ser descubierta.

—Tengo trabajo, luego iré —contesta con rotundidad.

—Oye, Roberto, estaba pensando que podríamos comer juntos, pero no le digas nada a Enrique, ¿vale? Prefiero que comamos los dos solos.

La sangre se hiela dentro de mí. ¿Desde cuándo come con ella? ¿Y por qué no me lo había contado?

—Hoy no puedo —masculla cortante.

—¿Y si cenamos? —pregunta insistente—. Podría preparar esa lasaña que tanto te gusta; tú traes el vino y yo pongo la comida. ¿Qué te parece?

—Deja que termine de corregir estos exámenes y hablamos, ¿de acuerdo? Tengo que entregarlos ahora y me quedan bastantes.

—Vale, estaré esperando.

—Claro, luego hablamos.

—¡Adiós! —Su voz melosa me produce náuseas y contengo una arcada.

Oigo cómo se cierra la puerta, pero estoy paralizada y no puedo moverme.

—Oli, sal de ahí —me ordena abrochándose el pantalón.

Obedezco como puedo; siento el cuerpo entumecido y me aparto rabiosa cuando veo que va a cogerme.

—Ni se te ocurra tocarme —murmuro alejándome de él como si su cercanía quemase—. ¿Qué es eso de que comes con ella? —le espeto ansiando una justificación por su parte, deseando que todo quede en un malentendido.

—Justo lo que has oído: muchos días como con ella y con Enrique, como llevamos haciendo desde que empezamos en este colegio —me confiesa tan tranquilo, apoyándose en la mesa y cruzándose de brazos—. Además, eso no es nada nuevo para ti, recuerda que nos viste varias veces.

—¿Y por qué no me lo contaste? Creía que ya no lo hacíais —respondo descolocada por su contestación.

—¿Por qué no habría de hacerlo? El que tú y yo estemos juntos no cambia nada. Además, no tiene ninguna importancia, Olivia, sólo vamos a comer.

—¿Cenas también en su casa? ¿Por eso sabe cuál es tu plato favorito? —le pregunto sintiendo un dolor punzante en mi pecho.

—¡Qué tontería es ésa! ¡Estás sacando las cosas de quicio! —masculla cabreándose.

—¿De verdad? ¿Quieres explicarme por qué no quiere que Enrique coma con vosotros? Yo te lo diré —le suelto temblando de rabia—: no quiere que se lo digas porque quiere estar a solas contigo. No sabe que tienes pareja, ¿verdad? ¿No se lo has contado?

—No tengo por qué darle explicaciones —masculla mirándome con dureza.

—Con lo amigos que sois, ¿por qué no? —planteo furiosa, alzando la voz.

—¡No grites, coño! —me ordena cogiéndome del brazo—. No se lo he contado porque no le importa; además, nunca me ha gustado hablar de mi vida privada.

—En cambio sí te gusta tener a dos mujeres tras de ti —le digo fulminándolo con la mirada.

—No empieces, Olivia; ya te dije una vez que no me van los culebrones y es la segunda vez que me montas uno por Lucía. —Tiene el cuerpo en tensión; la dureza de su mirada me intimida, pero no retrocedo y continúo.

—Ni tampoco te van las crías celosas y malcriadas, ¿verdad?

Me mira en silencio, apoyándose de nuevo sobre la mesa. Tiene la mandíbula tensa y sé que estoy llevándolo al límite, pero no me importa, porque yo ya estoy allí esperándolo.

—Te pedí que nunca dudaras de mí. ¿Por qué lo haces?

—¿Por qué lo haces tú, Roberto? Me dijiste que hablarías con ella y no lo has hecho, has cont...

—Nunca te dije que hablaría con ella —me corta echando fuego por la boca—, jamás dije eso.

—Pero, cuando discutimos la primera vez, tú me dijiste que...

—No, Olivia, lo que te dije es que es mi amiga desde hace años; que tú no lo entiendas es tu problema, y estás loca si piensas que voy a terminar mi amistad con ella por unos estúpidos celos.

Lo miro alucinada, asimilando cada una de sus palabras. Si tenía alguna duda, desde luego acaba de disipármela y, para variar, me ha puesto en mi lugar sin pestañear siquiera.

—Siempre va a estar en medio, ¿verdad? —le pregunto derrotada— Siempre va a estar entre nosotros.

—Eres tú quien no deja de colocarla ahí.

—En cambio, yo creo que eres tú quien no deja de hacerlo, pero tienes suerte, porque nunca más vamos a volver a discutir por ella —sentencio con frialdad, a pesar de que estoy a punto de derrumbarme.

—¿Qué quieres decir? —masculla tensándose.

—Piensa un poquito, seguro que acabas averiguándolo —le respondo con cinismo.

—Prefiero que me lo digas tú —me contesta con dureza.

—Se terminó, Roberto. Tú no quieres hablarle claro y me parece estupendo, pero yo no tengo por qué aguantar que no deje de insinuarse a la menor ocasión —le replico con rotundidad y, dándome la vuelta, me dirijo a la puerta, pero, antes de abrirla, me giro y apuntillo—: Otra cosa, continúas sin ver más allá de tus narices.

Y entonces sí salgo de su despacho con decisión, ahogando las lágrimas que pugnan por salir.

No me sigue ni vuelvo a verlo. Terminan las clases y miro mi móvil: ni un mensaje, ni una llamada, nada.

Llego a mi casa, me encierro en mi habitación y lloro desconsoladamente sin poder entenderlo. ¿Qué problema tiene en decirle que tiene pareja? ¿Por qué siempre tiene que defenderla, anteponiéndola a mí? No quiere que dude de él, pero ¿cómo no hacerlo cuando parece que le da más valor a su amistad que a nuestra relación?

Paso todo el sábado mirando el móvil, pero, si yo soy orgullosa, él lo es más, y al final asumo que no va a llamarme. Acepto salir con Javier y nuestros amigos en un intento desesperado por animarme y dejar de pensar en él, a pesar de que lo único que me apetece hacer es dormirme y olvidarme de todo.

Como siempre, Javier llega puntual a recogerme, saluda a mis padres y salimos de mi casa dejándolos con una enorme sonrisa. Los tiene en el bote a los dos. Durante el camino a casa de Montse, hablamos de mi situación con Roberto; me tranquiliza hablar con él, no me presiona y puedo expresarme libremente, abriéndome como sólo soy capaz de hacer con Roberto y, cuando llego a casa de Montse, me siento ligeramente mejor.

—¿Qué vas a ponerte hoy? —me pregunta mi amiga, distraída mirando mi ropa.

—El vestido negro —contesto con seguridad.

—Estás preciosa con él, ¿has quedado con Roberto esta noche?

—No, lo he dejado.

—¿Por qué? —exclama asombrada.

—Porque es un capullo —contesto con furia.

—Pero ¿qué os ha pasado, loca?

—¿Que qué nos ha pasado? ¡Lucía es lo que nos ha pasado! ¡Que estoy de ella hasta los ovarios! Te juro que, si pudiera, la empaquetaría en una caja y, con servicio urgente, la enviaría a Marte.

—¿Quieres calmarte y contarme las cosas con tranquilidad? ¿Quién es Lucía?

Me siento en la cama y ella lo hace conmigo en silencio, invitándome a hablar.

—Lucía es mi profesora de alemán y amiga suya desde hace años. No dudo de que, para Roberto, es únicamente una amiga, pero ella quiere más y él... o está ciego o no quiere verlo. ¡De verdad que me pone mala! ¿Cómo puede no darse cuenta, si es la comidilla de todo el colegio? El viernes me enteré de que comen juntos casi todos los días.

—Bueno, pero eso es algo que muchos profesores hacen.

—¿Y también cenan? Tía, que lo invitó a su casa a cenar. ¿Cómo fue?... espera... «Roberto, tú traes el vino y yo, la comida.» ¿Eso es normal?

—No, no lo es.

—Además, si es algo normal que coman juntos, ¿por qué me lo ocultó?

—A lo mejor temía tu reacción.

—No creo. Roberto no es un tío que tema ese tipo de cosas; además, si me he cabreado no es...

—Te has cabreado y lo has dejado —apuntilla Montse.

—Sí. Bueno, me he cabreado y lo he dejado, pero no ha sido por ocultármelo, si lo he dejado ha sido porque se niega a decirle que tiene pareja y porque la defiende a capa y espada, mientras que a mí me tiene como a una cría celosa que no deja de montarle culebrones. Me superó, Montse, no veas cómo me puse, y lo dejé... lo dejé —repito en un lamento, como si ni yo misma pudiera creerlo, a punto de echarme a llorar.

—Tranquila —me conforta abrazándome—. Los tíos pueden estar muy ciegos a veces. Escúchame —me pide haciendo que la mire—: lo que tenga que ser, será, y si Roberto y tú estáis destinados a estar juntos, ni Lucía ni nadie podrá interponerse entre vosotros, así que, ¡venga!, ¡arriba esos ánimos!

—Ya pareces Juana —susurro sonriendo, deseando que tenga razón.

—¿Quién es Juana?

—La mujer que trabaja en casa; te ha faltado decir lo del Altísimo, pero, por lo demás, lo has clavado.

—Esa Juana sabe mucho —me contesta riéndose—. Oye, ¿sabes qué? Que esta noche vamos a olvidarnos de Roberto y a pasarlo de miedo, así que, ¡venga!, ponte ese vestido, que nos vamos de fiesta.

—Tienes razón. Oye, Montse, estaba pensando que Roberto posiblemente estará en el ToNigth y no me apetece verlo. ¿Podríamos cambiar de local?

—Podríamos ir a Cruces; también mola mucho y a éstos les da igual blanco que negro... con tal de que haya bebida y música, como si estamos en medio de la calle.

—Genial —contesto sonriendo y empezando a vestirme; desde luego que el vestido se las trae, pero me da igual.

—Hoy no voy a ponerme tu ropa —me dice Montse sacando una minifalda muy muy cortita del armario—: mira qué chulada me compré ayer.

—Joder, Montse, pero si parece un cinturón ancho —bromeo riéndome por fin.

—Es verdad, pero, lo que tengan que comerse los gusanos, que lo disfruten los humanos.

—¡Pues también tienes razón!

Comenzamos a maquillarnos entre risas cuando entra Javier.

—¿Ya estáis o qué? —Nos mira y, soltando esa risa tan contagiosa que tiene, nos pregunta —: ¿no pensáis vestiros hoy?

—¿No te gusta cómo vamos? —le pregunta Montse girando sobre sí misma.

—A ver: Olivia lleva las tetas fuera y, si se agacha mucho, le veo hasta el carné de identidad, y tú no necesitas ni agacharte. ¿Adónde vais así, locas?

—A pasárnoslo de miedo. ¿Te vienes? —le pregunto riendo.

—Oye, Olivia, como Roberto te vea así, no le va a gustar un pelo —sentencia con rotundidad.

—Roberto no tiene nada que decir, y no me hables de él esta noche.

—Como quieras. ¿Nos vamos?

—¡Nos vamos!

Capítulo 24

Hemos quedado con Toni, Clara, Miguel y María y, cuando llegamos al restaurante, tanto Montse como yo somos el centro de atención; vamos provocadoras hasta lo indecente, pero nos da igual. Pedimos sangría para beber mientras cenamos y pronto empiezan los brindis.

—Clara, ¿no quieres sangría? —le pregunto extrañada, viendo cómo se pone agua.

—No, estoy tomando antibiótico, prefiero beber ahora agua, que luego quiero hacerme un cubata.

—Joder, qué idiota soy, y yo pensando que el cubata llevaba alcohol —replica Toni, picándola.

—¡Imbécil! No es lo mismo beber sangría y luego tomarme un cubata que sólo un cubata; se trata de reducir la dosis de alcohol en sangre. ¡Anda que, a espabilado, no te gana nadie! —le contesta poniendo los ojos en blanco.

—Pues ale, a beber agua, que hace la vista clara —interviene Javier guiñándole un ojo.

Bebemos más que comemos y, cuando salimos del restaurante, no lo hacemos a rastras pero casi.

—Para de beber ya —me reprende Javier cogiéndome del brazo.

—Todavía faltan horas para volver a casa, no seas aguafiestas —replico escabulléndome hacia donde están mis amigas.

Llegamos a Cruces riéndonos como locas y, directas, nos vamos a la barra a pedir nuestra consumición. La música me activa, hace que me sienta viva, y decido olvidarme de Roberto, aunque sólo sea por unas horas, y disfrutar.

Bailo con mis amigas, evadiéndome de mi mundo y sintiéndome feliz, dejándolo fuera de mi cabeza y de mi corazón.

—¡Joder, tía! ¡Mira a Clara! —me grita Montse para hacerse oír.

—¿Dónde está? —La busco con la mirada pero no la veo.

—¡Joderrr! ¡En el pódium! ¡Al lado de la gogó!

Doy con ella y alucino. ¡Mi amiga está bailando al lado de la gogó! Y, por cierto, mucho mejor que ella, que parece un palo a su lado. La miro y, sin pensarlo dos veces, me subo también al pódium, haciendo que la pobre chica tenga que bajar. ¡Estamos desatadas montando el espectáculo madre, pero qué más da! Por fin, desde ayer, estoy disfrutando.

—¡Que pareee! —veo cómo gesticula Montse, pero no la entiendo bien.

—¿Quéee? —pregunto alzando la voz para intentar hacerme oír.

—¡Mírala! —me indica con señas refiriéndose a Clara.

Me giro y estallo en una carcajada cuando la veo en un intento claro de hacer un *striptease*.

—¡Olivia, bájala! —oigo que me gritan desde abajo.

—¡Ayudadme, que no puedo! —La falda se me sube y las tetas se me salen. ¡Joder!

Montse sube al pódium conmigo y la falda deja de ser falda para ser top.

—¡Montse, que se te ve el culo! —le grito descojonada.

—¡Y a ti, las tetas! ¡Guárdatelas, coño! —me suelta riendo mientras bajamos a Clara.

—Tía, para de desnudarte, que de aquí no salimos enteras —le grito a Clara entre risas.

—¡Dejadme! ¡Me he quedado a medias!

—¡No te jode! Si te parece, te desnudas del todo —berrea Montse.

—¿Dónde están los hombres cuando se los necesita? —pregunta María buscando a alguno de nuestros amigos, pero han desaparecido los tres y a saber dónde se han metido.

—Ni idea, pero mira que dan por saco cuando no toca y, cuando hacen falta de verdad, desaparecen —le contesto intentando bajar las escaleras con ella a cuestas.

La llevamos entre Montse y yo, y no nos matamos bajando los puñeteros peldaños de milagro.

—¿Qué hacéis? —nos pregunta Javier llegando con Toni y Miguel hasta donde estamos nosotras y ayudándonos con Clara, que no puede ni tenerse en pie.

—¿Dónde estabais? —le pregunto a Javier, que me mira queriendo matarme.

—¿Qué ha pasado? ¡Joder! ¡No se os puede dejar solas!

—¡Ehhh! ¡No te pases!, que nosotras no hemos hecho nada... Aquí, la maja, que quiere hacerse *striper* —suelto intentando no parecer demasiado borracha, pero fracasando estrepitosamente.

—¿Que no me pase? —me grita enfadado—. Pero ¿vosotras os habéis visto?

—Salgamos de aquí ya, ¡todas a casa! —nos grita Toni—. ¡Y bajaos la falda, que se os ve todo, coño!

Salimos de Cruces entre las maldiciones de los chicos y nuestras risas estridentes; parecemos un grupo de hienas locas, cuando...

—¡Mierda!, ¡apartaos! —grita Javier.

La pobre Clara está vomitando hasta las papillas. ¡Lo que nos faltaba!

—¡Pero si no había bebido nada! ¿Qué ha pasado cuando nos hemos ido? —pregunta Toni preocupado, recogiéndole el pelo y evitando que se lo llene de vómito.

—Te prometo que sólo se ha tomado una copa; le habrá hecho reacción —le digo intentando coordinar dos palabras seguidas sin que se me enrede la lengua.

—El alcohol, ¿reacciona? —me plantea Montse muerta de risa—. ¿Como cuando ves a un tío bueno y te aceleras?

—Montse, cállate, ¿quieres? Y tú, ¿cuántas copas te has tomado? —me pregunta Javier fulminándome con la mirada—. Voy a pedir un taxi —me informa enfadado, obviando nuestras risas y mi respuesta.

—Todos no cabemos dentro, a no ser que nos subamos a la vaca —suelto empezando a descojonarme.

—Ahí tendrías que ir tú, a ver si el aire te despejaba; reza para que no te pillen —me advierte molesto—. ¡Venga! ¡Pedid dos taxis!

Miguel consigue reunirlos, pero, cuando ven a Clara en ese estado, nadie quiere llevarla por miedo a que vomite dentro.

—No se preocupe, le dejaremos la cabeza fuera —propone Javier como si fuera algo habitual.

—¿Como si fuera un perro? —bromeo descojonada de nuevo.

—¿Queréis llevarla hasta su casa a pie? —pregunta Miguel cabreado.

—Irá con la cabeza fuera —le digo al taxista con toda la seriedad que mi situación me permite.

Entre Javier y Toni la meten en el taxi con nuestras carcajadas de fondo, mientras María, Montse y yo subimos en el otro sin poder dejar de reír, demasiado borrachas como para pensar en la pobre Clara, que se encuentra fatal.

Llegamos a su casa y, entre todos, la llevamos camino de su habitación... cuando nos suelta en un quejido:

—Voy a vomitar.

Y nos viene justo llegar al baño entre murmullos y la consiguiente bronca por parte de los chicos.

—Sois unas inconscientes, y tú... —me dice amenazante Javier—... luego hablaremos, guapita.

—¿Qué pasa aquí? —¡Mierda, su madre!

—¡Clara!, ¡hija!

Se acerca preocupada hasta ella, que tiene la cabeza metida dentro del váter, incapaz de controlar las arcadas.

—Encarna, te prometo que no ha bebido casi nada; sólo ha tomado una copa y no estaba cargada. Creemos que le habrá hecho algún tipo de reacción con el antibiótico —le explica Montse intentando sonar convincente.

—¿Y vosotras tampoco habéis bebido nada, Montse? —replica con dureza—. ¿Y adónde vais así vestidas? ¿Vuestros padres os han visto?

—Es que esta falda se sube mucho —le dice Montse descojonándose.

—Pero ¿a eso se lo llama falda?

—Encarna, me las llevo a casa, no se preocupe —interviene Toni con formalidad, cogiéndonos y sacándonos a rastras.

—Joder, qué aguafiestas eres. ¡Yo no tengo ganas de irme tan pronto! —me quejo cruzándome de brazos.

—¿Pronto? Son las tres y cuarto y aún tenemos que cambiarnos y, a ti... tendrá que pasarte un poco el pedo que llevas —replica amenazante Javier.

Dejamos primero a María, a Miguel y a Toni, y llegamos a casa de Montse descojonándonos, recordando el intento de *striptease* de Clara ante la mirada enfurecida de Javier, que si pudiera, nos ahogaría.

—Me parece que no vas a reírte tanto ahora —me advierte cuando el taxi está llegando a casa de Montse, pero paso de él y continúo carcajeándome con mi amiga.

El taxi se detiene y, cuando bajo, veo a Roberto con un mosqueo de dos pares... pero ¿qué hace aquí?

No necesito verme para saber que en estos momentos estoy dejando a mi amiga Adriana a la altura del betún: tengo el rímel corrido, el pelo desecho, los zapatos en la mano y encima estoy borracha. Miro a Montse y me consuelo momentáneamente, ella va peor que yo, porque encima lleva vómito de Clara y la falda, otra vez de cinturón.

—¡Bájate la falda, descarada! —le digo riendo a pesar de que estoy al borde del infarto por verlo de nuevo.

—¡Y tú, guárdate las tetas!

Javier nos lleva a las dos bufando y acordándose de todos nuestros familiares y, entre risas, llegamos hasta donde está Roberto.

—Gracias, tío —le dice a mi amigo tendiéndole la mano sin apenas mirarlo, suficientemente ocupado fulminándome a mí.

«Gracias, ¿por qué?», me pregunto intentando coordinar mis pensamientos.

—Javier, ¿qué ha pasado? —le pregunta con fingida calma, apretando los dientes sin apartar su mirada de mi cuerpo.

—No lo sé, tío. Las dejé bailando y cuando volví... mejor no te cuento.

—Quiero saberlo.

—Oye, no te pases, Roberto... no vengas ahora de machito, que llevas casi dos días sin dar señales de vida —intervengo haciéndole frente.

—No te pases tú —replica cogiéndome del brazo con la voz acerada y haciéndome daño.

—Déjame en paz —le espeto soltándome de un tirón.

—No me cabrees más, Olivia. Estás borracha, vas medio desnuda y tu cara... mejor ve y límpiate.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? —le pregunto furiosa, olvidando lo que le he echado de menos y las ganas que tenía de verlo.

—Si no quieres que lo haga, ¡compórtate, joder!

—Ahora baja; tranquilízate, tío —le comenta Javier intentando apaciguar los ánimos.

Me coge y subimos con Montse, que no ha abierto en ningún momento la boca.

—Joder, Olivia, tu novio está bueno hasta cabreado —me dice por fin sonriendo.

—No es mi novio —contesto furiosa. Ya no tengo ganas de risas; estoy enfadada y, como una exhalación, me dirijo a su habitación—. Montse, ¿te molesta si me ducho?

—Qué va, yo también voy a hacerlo. Toma, te presto unas braguitas, el sujetador lo tienes impecable, ¿ves? Es lo bueno de no llevar nada debajo —observa descojonándose y consiguiendo que me ría con ella.

Me desmaquillo y me meto en la ducha. Realmente tengo mal aspecto y, cuando salgo, me siento mejor; por lo menos no me da todo vueltas; nada como Roberto cabreado para un buen bajón.

Me pongo de nuevo mi ropa, me seco el pelo y me maquillo; por lo menos vuelvo a estar presentable.

—Olivia, ¿qué hago? —me pregunta Javier desde la puerta.

—¿Qué vas a hacer? Llamar a un taxi, no pienso quedarme a hablar con él ahora. —Y, recordando de repente el «gracias» de Roberto, lo cojo del brazo antes de que salga del baño—. ¿No tienes nada que contarme, guapito? —le pregunto achinando los ojos.

—¿A qué te refieres, guapita? —me responde con sorna.

—Lo sabes de sobra, no te hagas el tonto —siseo—. ¿Por qué te ha dado las gracias?

—Porque me ha llamado esta noche; quería saber dónde estábamos y a qué hora vendríamos.

—¿Y se lo has dicho? —No doy crédito.

—Tu novio puede llegar a ser muy insistente; me ha puesto el teléfono verde hasta que le he contestado.

—No es mi novio —aclaro por segunda vez—, y podrías haberme avisado, ¿no te parece?

—El tema es que no he querido hacerlo —me rebate con seriedad—. Esta noche te has pasado en todos los sentidos, Olivia, y, puesto que a mí no me haces caso, lo dejo en sus manos.

—¿Perdona? Pero ¿tú de qué vas? No soy ningún asunto que haya que dejar en manos de nadie.

—Olvidas que yo respondo por ti ante tus padres. El día que no pase a recogerte, puedes

hacer lo que te venga en gana, emborracharte y tirarte en paracaídas si te apetece... pero, mientras yo responda por ti, te comportarás.

—Pareces un caballero andante —me mofo furiosa.

—Olivia, no metas la pata. ¿Has olvidado todo lo que me has contado?

—Todo eso me da igual ahora; nos largamos.

—Qué orgullo tienes, coño —me replica yendo hacia la puerta.

Nos despedimos de Montse, salimos a la calle y mis ojos se encuentran con los suyos, que me miran con dureza.

—Vámonos —me ordena cogiéndome del brazo.

—Suéltame —le digo fulminándolo con la mirada—. Al único sitio que pienso ir es a mi casa.

—¡Por supuesto! ¡Pero conmigo!

—¡Y una mierda! —le contesto soltándome y dirigiéndome al taxi que acaba de llegar.

—¡Y una mierda tú! —me espeta cogiéndome con fuerza del brazo y arrastrándome hasta su coche.

—¡Pero ¿a ti qué te pasa?! ¡Serás capullo! ¡No puedo ir contigo! ¡Javier, díselo tú! —le pido mientras, cegado por la rabia, me lleva hasta su coche.

Veo que mi amigo niega con la cabeza y, harto de mí, se da media vuelta y se sube al taxi. ¡Mierda!

—¡Ya está bien, Olivia! —brama Roberto fuera de sí.

Llegamos a su coche y me mete en él temblando de rabia. Entra tras de mí y, cerrando de un portazo, me mira con tal dureza que hace que quiera desaparecer del mundo.

—Que sea la última vez que te emborrachas y te vistes así, ¿lo tienes claro? —me chilla con el cuerpo temblando de ira.

—¡Vete a la mierda! —le grito furiosa, frenándome para no darle un buen bofetón con la mano bien abierta.

—¡Detrás de ti! —masculla arrancando el vehículo y saliendo disparado.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Qué más te da cómo me vista o lo que haga? ¿Has olvidado que ya no estamos juntos? —le pregunto con dureza—. Y deja de conducir como si estuvieras loco, quiero llegar viva a mi casa —siseo entre dientes aferrándome al asiento.

Me fulmina con la mirada y vuelvo la vista a la ventana, negándome a mirarlo; siento su rabia llenando cada rincón del vehículo y retrocedo en mi chulería.

—¿Sabes que puedo meterme en un lío si mis padres me ven llegar contigo?

—¿Y es eso lo que te preocupa? —me plantea helándome con su frialdad—. Beber como un cosaco e ir medio desnuda no te preocupa, ¿verdad? No me contestes. —Se anticipa a mí, cerrándome la boca con sus palabras—. No quiero oír nada más esta noche, pero mañana te quiero a las tres en mi casa y, como no vengas, iré a la tuya a buscarte, así que mueve el culo si no quieres que lo haga.

Obedezco, manteniéndome callada mientras él conduce como un poseso, acelerando con fiereza y frenando en seco y, en silencio, pido a todos los santos que no nos estampemos. Llegamos a mi casa, bajo de su coche como una exhalación y, durante unos segundos, estoy tentada de tirarme en plancha al suelo y llenarlo con mis besos. ¡Estoy viva!, ¡pedazo de loco!

Capítulo 25

Me despierto tarde, va a explotarme la cabeza y tengo la boca seca, ¡genial! ¡Mi primera resaca! Me arrastro a la ducha sin dejar de pensar en Roberto y en el cabreo monumental que llevará encima después de lo de anoche, y me maldigo en silencio apoyada en la pared, cerrando los ojos y recordando su mirada, esa mirada fría y dura como el mármol de esta ducha.

Me visto lo más informal que puedo y, tras un café, me tomo dos aspirinas de golpe, deseando que deje de dolerme la cabeza de una vez antes de tener que enfrentarme a él y a su furia.

Salgo de casa sin tener que justificar mi salida, pues, al ser domingo, es el día libre de Juana, y mis padres, como siempre, no están. Hoy por lo menos han tenido el detalle de dejarme una nota y, aunque agradezco que no haya nadie en estos momentos, no puedo evitar sentir una punzada de pena en mi interior. Nunca, por mil años que viva, podré entender su carencia de sentimientos hacia mí.

Cojo un taxi, está sonando *Hello*,[7] de Adele, e intento con todas mis fuerzas centrarme en la letra de la canción. Miro a través de la ventana como el mundo sigue su curso y me obligo a no martirizarme más, pero parece un imposible cuando su mirada me persigue aun con los ojos cerrados.

Llego a su casa y, cuando abre la puerta, nos observamos en silencio durante unos segundos. Ya no está furioso, pero, aun así, su mirada me intimida y, armándome de valor, se la sostengo entrando con decisión.

—Ya tienes mi culo donde querías; empieza, no tengo todo el día —suelto con dureza recordando sus palabras de anoche.

—Está bien dejar claro el tono de la conversación —replica con la misma dureza con la que yo le estoy hablando.

—¿Qué quieres, Roberto? ¿Puedes explicarme a qué vino el numerito de anoche? —le pregunto enfadada, cruzándome de brazos.

—Numerito el que montaste tú —objeta con severidad.

—¿Y a ti qué más te da lo que yo haga? Creía que lo habíamos dejado todo claro el viernes.

—El viernes me dejaste. ¿Es eso dejarlo claro para ti?

—No tengo nada más que decirte. Tú dejaste clara tu postura y yo, la mía.

—No me vale la tuya, piensa otra.

—Oye, Roberto, esta conversación está convirtiéndose en un bucle: mientras no estés dispuesto a decirle a Lucía que sólo es una amiga para ti, no vuelvas a llamarme ni a buscarme. Puedes pensar que soy una cría celosa y malcriada, no me importa, pero estoy harta de est...

—Ya lo hice —me corta—. El viernes, cuando fui a comer con ella, le conté que estaba empezando algo con una mujer muy especial. Nunca he pretendido darle falsas esperanzas, ni me

gusta tener a dos mujeres detrás de mí, no soy ese tipo de hombre, aunque lo creas —me contesta con seriedad, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunto sorprendida.

—No muy bien —me contesta sentándose en el sofá, alejándose de mí.

—Gracias por aclarárselo —le respondo cauta, sin moverme. Lo conozco y sé que está conteniéndose y que hay más, mucho más.

—Y, ahora, vamos a aclarar tú y yo lo que sucedió anoche —sisea con rabia contenida entrecerrando los ojos.

—¿Qué sucedió anoche? ¿Que salí con amigos y bebí un poco? —pregunto frustrada.

—¿Un poco? Ibas ebria, Olivia. No te emborrachas bebiendo un poco, ¿se puede saber cuánto pimplaste? —contesta cabreado, levantándose del sofá con los puños apretados.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Siempre has tenido veintiséis años? —le espeto molesta.

—Que tengas dieciséis años no justifica nada de eso; no es preciso emborracharse, ¿sabes? Por no hablar del vestido de los cojones. ¡Joder, vas más discreta desnuda que con él puesto!

Sé que tiene razón en lo de la borrachera y puede que con lo del vestido, es demasiado en todos los sentidos, pero no pienso ceder en lo de la ropa. Con mi madre tengo más que suficiente.

—Siento que no te guste, porque a mí me encanta.

—Ahora eres tú la que no ve más allá de sus narices —masculla irritado sosteniéndome la mirada—. Es muy fácil juzgar a los demás sin ver en lo que nosotros fallamos. ¿Te gustaría que yo fuera borracho y medio desnudo por ahí?

—No, no me gustaría —susurro tragando saliva y sintiéndome una cría estúpida.

—¿Entonces? —Tiene su mirada fija en la mía, pero no se mueve un milímetro y recuerdo cómo me prometió que no me tocaría mientras estuviéramos enfadados.

—Lo siento, tienes razón, pero ¿sabes una cosa? —le pregunto dándome cuenta de repente y necesitando que lo entienda—. Anoche me lo pasé de miedo; tengo dieciséis años, Roberto, y, aunque no es justificación, tendrás que aceptar que a veces haga tonterías como la de anoche, que me vista como posiblemente no te guste y que cometa equivocaciones, porque así es como se crece.

»Tú ya lo has hecho: eres un tío responsable, con su casa y su trabajo... ya has hecho todas las locuras que tenías que hacer, pero yo no, yo empiezo a vivir mi vida ahora y necesito hacerlas, y no puedes mirarme como si hubiera matado a alguien por el simple hecho de haberme emborrachado o haberme puesto un vestido que a ti no te gusta y, por supuesto, no puedes montarme un numerito como el que me montaste anoche.

—Eso lo sé, Olivia, lo sé desde el día que acepté que quería estar contigo. Entre nosotros hay una diferencia de edad importante y ambos debemos ser conscientes de ella y adaptarnos a esas diferencias, pero todo tiene sus límites y el problema es cuando se cruzan. Está bien que quieras divertirte con tus amigas, beber y salir de marcha, eso lo entiendo, no voy a ser tu padre ni quiero serlo, pero el problema es cuando cruzas la línea.

—No voy a convertirme en una alcohólica por emborracharme de vez en cuando.

—¿Piensas que los alcohólicos o los drogadictos pretendían serlo el día que cogieron su primera trompa o se hicieron su primera raya? —me pregunta mesándose el cabello y sentándose de nuevo—. Nadie piensa que vaya a pasarle a él, pero el mundo de la noche es tan atrayente como cruel, créeme, yo he estado en él y he hecho más locuras de las que podrás hacer tú en dos vidas. —Guarda un momento de silencio antes de proseguir—. Yo fui drogadicto, Olivia, y te aseguro que, el día que me hice mi primera raya, ni de lejos pensaba que podría írseme de las

manos.

Lo miro con la boca abierta, incapaz de moverme. Pero ¿qué me está contando?, ¿de qué me habla?

—La suerte que tuve es que mis padres me cogieron a tiempo y me alejaron de ese mundo, me metieron en un centro de desintoxicación y luego me enviaron con mi hermana al extranjero, donde me saqué la carrera. Cuando regresé, no quedaba nada del Roberto que se fue. No quiero verte ahí, Olivia, por nada del mundo quiero que pases lo que pasé yo; por eso me enfurecí tanto contigo anoche —me confiesa con el rostro desencajado—. Verte borracha me cegó, siento haberte gritado.

—Nunca he probado las drogas, Roberto —le aclaro en un susurro, mirándolo como si lo hiciera por primera vez.

—Pero te ha gustado emborracharte, tú misma lo has reconocido. A mí también me gustó, y repetí el sábado siguiente, hasta que no pude parar. —Su mirada atormentada me golpea en el pecho como una puñalada y me arrodillo frente a él, intentando consolarlo con mi cercanía—. Sé que no tiene por qué sucederte lo que a mí, pero mi experiencia domina mis pensamientos. Nunca le echaría un pulso a la droga ni quiero que lo hagas tú, ni a las drogas ni al alcohol, porque ambos son igual de peligrosos.

—Nunca lo haré, Roberto, porque te quiero y me quiero. Que me haya gustado emborracharme no significa nada, lo que me estás diciendo ahora sobrepasa sin ninguna duda lo que pudiera sentir anoche.

—Eso espero —murmura acariciándome el pelo—. Ven aquí —me pide cogiéndome en brazos y sentándome a horcajadas sobre él—. ¿Te he impresionado, verdad? —me pregunta medio sonriendo y acariciando mi rostro.

—Mucho —susurro.

—Prométeme que nunca cruzarás la línea, aunque no estés conmigo.

—Quiero estar contigo —farfullo de inmediato.

—Creía que me habías dejado —me contesta sonriendo con sorna.

—Lo retiro —respondo perdiéndome en su mirada.

—La verdad es que no me importaba mucho lo que dijeras, sabía que terminarías sentada justo donde estás ahora —afirma sonriendo con socarronería—. No me lo has prometido —me recuerda con seriedad.

—Te prometo que nunca cruzaré la línea —susurro deteniendo mi mirada en sus labios.

—Prométeme que nunca dudarás de mí y que, antes de sacar conclusiones precipitadas, me escucharás —murmura posando sus manos en mi cintura y acariciando mi piel por debajo de la camiseta.

—Te lo prometo —le digo acercando mis labios a los suyos, pero me detengo con una sensación de *déjà vu* que me paraliza.

Prométeme... ¿Cuándo he vivido eso?

—Prométeme que me querrás, que pase lo que pase nunca dejarás de quererme —susurra rozándolos con suavidad, acariciando mi espalda y apretándome contra él con posesión.

Más promesas... ¿cuándo he vivido una situación así?

«¡Marcela y Juan! Fueron ellos los que mantuvieron una conversación parecida en mi sueño», pienso con el corazón latiendo desbocado dentro de mí.

—Olivia, ¿estás bien?... ¿Oli? ¿Qué pasa? —me pregunta acogiendo mi rostro, que ha palidecido de repente, entre sus manos.

Lo miro sin hacerlo realmente. «¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo podemos mantener conversaciones tan parecidas con más de cien años de diferencia?», me demando mientras un sudor frío recorre mi espalda. «Prométeme que me querrás... prométeme que nunca dejarás de quererme... te prometo que siempre te querré, pase lo que pase», rememoro con rapidez.

—Oli... contéstame. ¿Estás bien? —insiste preocupado.

—Sí —murmuro sonriendo levemente, a pesar de que todavía estoy impresionada —. Te lo prometo, Roberto; te prometo que siempre te querré... pase lo que pase —susurro repitiendo las palabras que Marcela le dijo a Juan hace más de un siglo, sintiendo las lágrimas formarse en mis ojos y uniendo finalmente mis labios a los suyos en un dulce beso—. Y tú, prométeme que nunca volverás a conducir como lo hiciste anoche.

—Te lo prometo, siempre y cuando no te encuentre borracha perdida —me contesta con seriedad.

Tras decir esto, me coge en brazos y me lleva hasta su habitación, donde, con sus labios y su cuerpo, consigue que me olvide de Juan y Marcela, de Lucía y de todos los que nos rodean, creando con sus besos y sus caricias un lugar alejado del mundo en el que los únicos que importamos somos nosotros y nuestro amor.

Los días se convierten en semanas y las semanas, en meses, y nos volvemos inseparables. Ya no discutimos, ni por Lucía ni por nadie, y nos queremos de una manera que nos desborda, entendiéndonos con tan sólo mirarnos, porque sobran las palabras cuando es el corazón el que habla, y el nuestro habla alto y claro.

Salgo de vez en cuando con mis amigas para no romper el contacto y asisto con mis padres a algún acto electoral para apoyar la candidatura de mi padre. De cara a la galería, somos la familia perfecta y yo, de alguna manera, consigo mantener el equilibrio entre Roberto, Javier, mis amigas y mis padres, que están felices de la vida pensando que estoy viviendo un romance con Javier.

Sólo conocen nuestra relación Javier y sus amigos, que ahora son los nuestros; con ellos vamos a cenar y de marcha los sábados, para luego terminar amándonos desesperadamente en su casa, que se ha convertido un poco en la mía. Ya no me cambio la ropa en casa de Montse, porque ahora tengo la mía propia en casa de Roberto y continuamente hacemos planes de futuro, deseosos de que llegue el momento en que alcance la mayoría de edad para poder vivir juntos.

Estamos a 24 de diciembre. Hoy ceno con mis padres en casa; se supone que porque es Nochebuena, pero, si dejamos a un lado el árbol de Navidad y los bonitos adornos navideños, nadie diría que lo es. Durante la cena me mantengo en silencio mientras ellos mantienen una conversación sin prestarme la más mínima atención. Si no fuera porque respiro, podría pasar por un mueble o por uno de todos estos adornos, y pienso en lo diferentes que eran las Navidades cuando mis abuelos vivían: sólo nosotros tres, los tres mosqueteros, como solíamos llamarnos. La cena de Nochebuena la recuerdo llena de risas, brindis, regalos y mucho amor; «qué suerte tenemos de tenerte como nieta» o «qué orgullosos estamos de ti» eran frases habituales en ellos y que echo tanto de menos que siento que me ahogo.

El timbre de la puerta interrumpe mis lúgubres pensamientos y respiro profundamente. Javier, ya era hora.

—Buenas noches —saluda educadamente cuando accede al salón donde estamos tomando café, para luego darle la mano a mi padre y un beso a mi madre.

—Buenas noches, chico. ¿Te apetece un café? —le pregunta mi padre.

—No gracias, ya he tomado en mi casa.

—¿Nos vamos entonces? —le digo levantándome de la silla y sonriéndole con tristeza, deseando que diga que sí y poder irme con Roberto cuanto antes.

—No lleguéis tarde—le pide mi padre.

—Claro que no. Buenas noches y felices fiestas.

—Igualmente, Javier —le contesta mi madre—. Pasadlo bien.

Casi arrastrándolo, salimos de mi casa; una vez en el portal, respiro profundamente varias veces.

—¿Estás bien, Olivia?

—Llegas a tardar un poco más y me ahogo, ¿contesta eso tu pregunta?

—Más o menos. Venga, vamos —me propone parando un taxi.

Subimos y siento cómo, a medida que me alejo de mi casa y de ellos, voy respirando mejor y, cuando llego a casa de Roberto, los he olvidado por completo.

—¿Seguro que no os apetece venir esta noche? —me pregunta Javier.

—Seguro —contesto feliz.

—Si cambiáis de idea, estaremos en ToNigth.

—Y, si no, me recoges a las cuatro.

Dicho esto, feliz, me dirijo a su casa sintiendo mi corazón ligero. En el ascensor me retoco el pintalabios y, antes de llegar a pulsar el timbre de su puerta, está abriéndola y alzándome bien alto entre sus brazos.

—¡Ya era hora, enana! —me saluda besándome sin soltarme y cerrando de un portazo con un pie.

—Estaba deseando verte —murmuro sin separar mis labios de los suyos, enterrando mis manos en su pelo—. La cena se me ha hecho eterna.

—Como la mía —me dice depositándome en el sofá y cubriendo mi cuerpo con el suyo—. Yo también estaba deseando verte.

—Pero tú estabas con amigos, seguro que la mía ha sido más aburrida —sentencio arrugando el ceño y enroscando mis piernas en torno a su cintura.

—Eso seguro —su mirada me abrasa y siento los músculos de mi vagina contraerse de anticipación—, pero ahora estás aquí y voy a recompensarte.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? —demando con el vello erizado por la intensidad de su mirada.

—Volviéndote loca —me contesta con voz ronca, y me muerde el lóbulo de la oreja —. ¿Preparada?

—Siempre —susurro mientras empieza a bajarme lentamente el pantalón, devorándome con los ojos.

Al pantalón le sigue la camisa y la ropa interior y, en apenas unos segundos, me tiene desnuda frente a él.

—Llevo toda la noche pensando en ti y en lo que te haría cuando te tuviera así —murmura atrapando mi pezón entre sus dientes, succionando y tirando de él.

Me arqueo recibiéndolo mientras sus manos inician un lento y tortuoso recorrido hasta llegar a mi sexo, que lo espera anhelante. Se demora en mi centro, humedeciéndolo y haciéndome desear más y, tras varios movimientos circulares sobre mi clítoris, llega hasta mi húmeda abertura, introduciendo un dedo en mi interior y después repitiendo la operación, pero esta vez

con dos de sus dedos, y gimo completamente desbordada por todo lo que estoy sintiendo.

—No te corras, contrólalo —me pide con voz ronca sin dejar de mirarme.

—No voy a poder —murmuro entre gemidos abriendo más las piernas.

—Oh, nena, claro que podrás —susurra repitiendo el mismo movimiento tortuoso, pero intensificándolo al ejercer presión sobre mi clítoris.

Siento mi sexo latir, me duele, necesito más y muevo las caderas buscándolo, pero entonces los retira mirándome con una sonrisa lobuna.

—¿Quieres que termine yo? —musito entre gemidos, recordando el día que me masturbé delante de él.

—¿Y perderme lo mejor? No, enana, quiero tu placer en mi boca y en mi lengua.

Gimo echando la cabeza hacia atrás... cuando un escalofrío de placer recorre mi columna vertebral con el primer lengüetazo. ¡Dios!, jadeo elevando levemente las caderas, pegándome más a su boca.

—¿Ansiosa de más?

—Por favor —gimoteo.

Siento la calidez de su lengua recorrer mi sexo sin llegar a mi clítoris, que lo reclama ardiendo, iniciando un recorrido tortuoso por mis labios, y me muevo buscándolo.

—Roberto, por favor.

—Por favor, ¿qué? Dime qué quieres que te haga. ¿Quieres esto? —me pregunta pasando su lengua sobre la entrada de mi sexo, trazando un círculo imaginario—, ¿o esto? —añade antes de llevar su boca a mi clítoris.

Y jadeo sin pudor, abriendo más mis piernas a él, deseándolo todo.

—Lo quiero todo, Roberto —farfullo.

—Así me gusta, porque yo también lo quiero todo.

Y por fin me da lo que tanto ansío: su lengua barre mi sexo dando suaves toquecitos sobre mi montículo de nervios, chupando y succionando, y siento el placer recorrer con furia mi cuerpo, quemándome a su paso y haciéndome estallar.

—¿Quieres más? —me pregunta liberándose de su ropa.

—Siempre —murmuro ayudándolo a quitarse la suya y venerando su magnífico cuerpo.

—Vamos a la cama —me propone cogiéndome en brazos, besándome y dándome a probar mi sabor con su lengua.

Me acuesta y, tras colocarse un condón, levanta mis piernas para posarlas sobre sus hombros.

—¿Siempre? —pregunta con el cuerpo en tensión.

—Siempre —jadeo buscándolo.

Y de una estocada, accede a mi interior, volviéndome loca como me ha dicho, entrando y saliendo de mi cuerpo con movimientos controlados, friccionando mi clítoris, que palpita de deseo, y llenándome por completo de él, haciendo que toque el cielo con mis manos. Acelera el ritmo de sus embestidas, enviando ráfagas de placer por todo mi cuerpo, que vibra y se tensa de goce, arrastrándolo conmigo a un orgasmo increíble que nos deja hechos polvo.

—Conseguido —farfullo con mi cuerpo desmadejado debajo del suyo.

—¿Tenías alguna duda? —plantea con una sonrisa socarrona.

—Eres un creído —le digo riéndome feliz.

—Y tú eres mía, siempre —sentencia con seriedad—. Cierra los ojos.

—¿Para qué? —demando enarcando una ceja.

—Hazlo —me pide sonriendo misteriosamente.

Obedezco y noto como pone algo alrededor de mi cuello.

—Ya puedes abrirlos.

Lo hago llevando la mano a mi cuello y, sonriéndole, me dirijo al espejo más cercano, donde, durante unos segundos, mi mirada se detiene en la fina cadena con el símbolo del infinito que rodea mi cuello.

—Infinito, como lo que yo siento por ti. Te quiero, Oli —murmura a mi espalda.

—Hasta el infinito y más allá —susurro mirándolo a través del espejo—. Nadie te querrá más de lo que te quiero yo, Roberto, eres mi vida, siempre —afirmo con los ojos llenos de lágrimas.

—Y tú, la mía, pero no llores, ¿vale? Odio verte llorar. —Seca mis lágrimas con dulzura y, cogiéndome en brazos, me lleva otra vez hasta la cama, envolviéndome con sus brazos.

—Gracias por el regalo, pero yo no tengo nada para ti.

—Ni yo te lo he pedido; tú eres mi regalo, Oli.

Y besándome de nuevo, se pierde otra vez en mi cuerpo, arrastrándome a mí en su locura.

Capítulo 26

Estoy en la cocina ayudando a preparar el desayuno. Hoy es día de fiesta: se casa nuestro rey, Alfonso XII, con la infanta María de las Mercedes y, tanto nuestros señores como la ciudad, celebran el enlace.

—La que hay montada con la boda de su majestad y nosotras sin poder disfrutarlo. Me contaba Pedro que esta noche habrá verbena y fuegos artificiales en su honor, y nosotras aquí, sin poder salir a la calle —se queja Luisa, deteniéndose en sus quehaceres.

—Los festejos durarán hasta tarde; siempre podemos pedir permiso para salir un momento cuando terminemos de limpiarlo todo —comenta Rosa.

—Cuando terminemos de limpiarlo todo ya no quedarán ni las ratas. ¿Tú no sabes que estas cenas se alargan hasta bien entrada la noche?

—A mí, a quien me gustaría ver, es a los novios. La infanta llevará un vestido tan bonito, ya lo imagino... blanco inmaculado, lleno de encaje de Alençon y una cola larguísima —comenta María apoyándose en la pared y soñando despierta, para luego empezar a cantar la coplilla creada en honor a nuestros reyes—: «Quieren hoy con más delirio a su rey los españoles, pues por amor se ha casado como se casan los pobres...»

«Esa canción... lástima que Juan no pueda casarse por amor, lástima que nuestra historia no pueda terminar como la de nuestros reyes», pienso con tristeza sin dejar de amasar el pan.

Desde hace unos meses, lleva viéndose con Cayetana y, a pesar de que no deja de repetirme que no siente nada más que cariño por ella, la realidad es que ella es su novia y yo, la otra, su amante, la que espera en silencio su llegada, a la que besa a escondidas y a la que ama en la oscuridad de la noche y, aunque me duele en el alma, no sé cuánto tiempo podré soportar esta situación por mucho que lo quiera. ¿En qué estoy convirtiéndome? ¿Qué pensarían mis padres de mí? Si llegaran a enterarse, sería su vergüenza.

Trabajo todo el día sin parar. A pesar de que Madrid está de fiesta, aquí, en casa de los marqueses de Salabria, se trabaja a destajo desde el amanecer, pues esta noche los señores van a dar una fiesta a la que asistirá la flor y nata de la ciudad y tiene que salir todo de guinda.

Se hace de noche y empiezan a llegar carruajes y berlinas. Pedro, que en ocasiones como ésta ejerce de mayordomo, no se mueve de la puerta para recibir a marqueses, condes y gente adinerada. Las mujeres lucen preciosas con vestidos maravillosos y valiosos aderezos, y la casa está más iluminada que la propia ciudad, que resplandece mientras los señores, como perfectos anfitriones, saludan a sus invitados.

Rosa y yo nos encargamos de servir la cena mientras Luisa y María trajinan en la cocina a un ritmo frenético bajo la atenta supervisión de Dolores; carne, salsas, verduras, pescado y postres variados, todo regado con los mejores vinos y licores. Con lo que se está sirviendo esta noche, en mi casa comeríamos durante meses, pero ésa es la diferencia entre ser rico o ser

pobre.

Una vez concluida la cena, todos los invitados acceden al salón, donde un piano de cola preside la estancia y varios músicos esperan para comenzar a tocar. Servimos licores y bebidas variadas en copas de cristal tallado; las joyas de las señoras resplandecen con la luz de las lámparas, y el ambiente, poco a poco, va cargándose con el aroma de los perfumes de las damas y de los cigarros y puros de los caballeros.

—Señoras y señores, amigos todos, me gustaría, en esta noche de celebración, anunciar algo que tanto para Cayetana como para mí es importante y motivo de alegría. —La voz segura de Juan inunda la sala y todos guardan silencio, expectantes.

Me quedo en medio de la sala cargada con la bandeja de bebidas, con la mirada fija en él, en esos labios que conozco tan bien y en esa voz que podría reconocer entre un millón, sabiendo de antemano cuál es la noticia y deseando estar completamente equivocada.

—Cayetana y yo tenemos el placer de anunciar nuestro compromiso...

Dejo de oír y de sentir, dejo de ser una criada para ser una mujer con el corazón roto y, colocando la bandeja sobre la mesita, salgo del salón totalmente desprovista de vida hacia el patio, en busca de silencio y soledad, para poder dar rienda suelta a todo el dolor que me corroe.

¿En tan poca estima me tiene que ha sido incapaz de comunicarme una noticia como ésa? ¿Cómo ha podido estar conmigo y no contármelo?

Los festejos de la calle llegan hasta mis oídos y la música por la felicidad de los reyes contrasta con mi llanto desolado. «¿Por qué tanta prisa por contraer matrimonio si apenas hace unos meses que han empezado a verse?», me pregunto arrebujándome en el chal, en un intento fallido de entrar en calor.

—Quieren hoy con más delirio a su rey los españoles, pues por amor se ha casado como se casan los pobres...

Otra vez esa canción... otra vez... y me cubro las orejas: no quiero oírla, no quiero oír los fuegos artificiales que con sus luces de colores iluminan mi oscuro rincón, no quiero oír las risas ni la música provenientes de la calle, no quiero oír nada... no quiero sentir nada.

—Marcela. —Levanto la cabeza de repente y lo veo frente a mí.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto llorando.

—Porque soy un cobarde y por nada del mundo quería verte así —murmura con el rostro contraído por el dolor—. Marcela, esto no cambia nada entre nosotros. Casarme es una mera obligación que debo cumplir, pero nada más. Nuestra sociedad está plagada de matrimonios de conveniencia; no seremos una excepción, nuestra relación no tiene por qué cambiar. He estado pensando en nosotros y creo que lo mejor sería que, cuando Cayetana y yo nos casemos, vengas a nuestra casa como ama de llaves. Te prometo que nunca volverás a lavar, ni a limpiar de rodillas... estas manos —me dice acogiéndolas entre las suyas— no volverán a estar entumecidas por el frío.

No doy crédito a sus palabras y las retiro, alejándome de él. «¿De verdad piensa que sería capaz de algo así? Me importa bien poco la sociedad y sus costumbres, me importa bien poco que sea algo habitual. No pienso irme a vivir a su casa y convertirme en su amante. ¿Cómo podría ver a su esposa a diario siendo la amante de su marido? ¿Cómo pude pensar que sería capaz de algo así?», pienso recordando las promesas que nos hicimos hace unos meses.

—Marcela... ¿Por qué me miras de esa forma? —Nuestras miradas se encuentran y leemos nuestros corazones en ellas—. ¿Vas a dejarme, verdad? —me pregunta con voz rota.

—*Sí.*

Es sábado y me despierto llorando. Reconozco casi al instante mi habitación, pero la tristeza me ahoga y asfixia de tal forma que necesito sacarla fuera de alguna manera y, cubriendo mi cara con la almohada, empiezo a llorar amargamente por Marcela, por Juan y por todos esos sueños rotos; porque, aunque parezca un imposible, tengo su historia grabada a fuego en mi corazón, contada por sus ojos y su alma.

Paso parte del día con mis padres en un acto del partido sin poder dejar de pensar en ellos. Un mal presentimiento me acompaña desde que he abierto los ojos y, a pesar de que me digo que es por el sueño, en mi interior sé que no es así. Es una sensación diferente, amenazante, como si mi corazón intentara avisarme de algo que a mi cabeza se le escapa.

Cuando llego a casa, me ducho y me visto ansiando que llegue Javier cuanto antes. Necesito ver a Roberto y calmarme; sólo cuando esté con él, mis miedos desaparecerán por completo y volveré a sentirme segura. Por suerte llega puntual a las nueve y, tras saludar a mis padres y charlar un momento con ellos, podemos salir de casa.

—¿Qué pasa, Olivia? Llevas todo el día muy rara —me comenta Javier cuando subimos al taxi—. ¿Va todo bien con Roberto?

—Claro que sí, lo que ocurre es que me tienes intrigada. Llevo casi todo el día contigo y no he conseguido que me dijeras de qué se trata. ¿Por qué no me lo cuentas de una vez? —le pregunto por décima vez en lo que llevamos de jornada.

—Ya te he dicho que no pienso contártelo hasta que no esté Roberto delante —me contesta por décima vez él también.

— Mira que te gusta hacerte el interesante —murmuro mirando por la ventana.

—No lo sabes tú bien, y deja de mentirme, ¿qué te pasa?

—Nada —respondo sin apartar la vista de la ventana.

—Mientes fatal.

—Lo sé —murmuro intentando sonreír.

Por mucho que confíe en él, no puedo hablarle de mis sueños; nadie lo sabe, ni siquiera Roberto. Es demasiado personal, demasiado íntimo y también demasiado increíble; si lo contara, pensarían que estoy loca de atar.

—Nos vemos en una hora en el Francesco —susurro cuando el taxi se detiene.

Como una exhalación y como si el aire me faltara, salgo del vehículo para dirigirme a toda prisa hacia casa de Roberto.

—Hola, enana —murmura cuando abre la puerta, acogiéndome entre sus brazos.

—Hola —le contesto cobijándome en ellos, sintiendo la calidez que emana de su cuerpo y deseando que esta horrible sensación que lleva acompañándome todo el día desaparezca de una vez.

—¿Y esa cara? —me pregunta frunciendo el ceño y mirándome fijamente.

—Nada —susurro antes de besarlo con dulzura—, te echaba de menos.

—¿Seguro que es eso? —me plantea desconfiado.

—Por supuesto. —Y a pesar de que intento sonar convincente, fracaso estrepitosamente.

—¿Cómo ha ido el día? —se interesa, llevándome hasta el sofá y sentándome en su regazo.

—Aburrido, como siempre; suerte que también estaba Javier. Y tú, ¿qué has hecho? —murmuro abrazada a su pecho, oliendo su fragancia y reconfortándome.

—Echarte de menos, ¿te parece poco? —me dice besando mi cuello—. ¿Vas a contarme qué te ocurre? —me pide levantando mi barbilla, haciendo que lo mire.

—No lo sé. Tengo una mala sensación, Roberto; desde que he despertado, una sensación que me ahoga.

—Pero ¿te duele algo? —pregunta preocupado.

—No, no es físico; viene de dentro, es como un mal presentimiento.

—No te preocupes, Oli, no va a sucederte nada —me responde despreocupado.

Cierro los ojos sobre su pecho, deseando que tenga razón.

—No quiero ir a cenar —le digo con seriedad.

—Olivia, no vamos a quedarnos en casa por un mal presentimiento; además, sabes que esta cena es importante para Javier. ¿No te ha contado nada?

—No, llevo todo el día con él y no he podido sacárselo.

—Bueno, pues ahora nos enteraremos. Cenamos y volvemos si quieres.

—De acuerdo —susurro cogiendo aire profundamente—. Voy a cambiarme.

Sustituyo el Carolina Herrera que llevo por un vestido verde oscuro ajustado y, cuando estoy terminando de maquillarme, lo veo apoyarse en el marco de la puerta mirándome fijamente.

—Estás preciosa —susurra llegando hasta mí—, estoy deseando quitártelo —añade pegando sus caderas a mi trasero, excitándome en el acto—. Me parece que terminaremos pronto de cenar —murmura en mi cuello, dándome dulces mordiscos.

—Ojalá no fuéramos —insisto dándome la vuelta, deseando quedarme en su casa.

—Te prometo que volveremos pronto —me asegura con la mirada oscurecida, posando sus labios sobre los míos y borrando de un plumazo todos mis miedos.

Siento su erección y me aprieto a ella intensificando el beso, deseando más, pero entonces, separándose ligeramente de mí, me dice mirándome con socarronería:

—Tendrás que esperar, enana, me parece que llegamos tarde.

—Tú también tendrás que hacerlo —replico mirando descaradamente el bulto de su pantalón.

—Te aseguro que, cuando regresemos, voy a resarcirme durante horas —me comenta con seriedad, haciendo que los músculos de mi vagina se contraigan—. Vámonos o no respondo.

Dicho esto, me coge de la mano y salimos de su casa. Hacemos el trayecto a pie; no está lejos y caminamos como cualquier pareja de enamorados, cogidos por la cintura o de la mano... pero, a pesar de sus besos y su amor, la sensación de desasosiego que me acompaña desde que he despertado sigue sin abandonarme, como una sombra amenazante que se cierne sobre mí.

Llegamos al restaurante y vemos a Javier y a Toni en la mesa del rincón. Nos sentamos con ellos y, a pesar de mi mutismo, pronto empiezan a interrumpirse los unos a los otros. Los tres se han hecho muy amigos y se nota en el buen rollo que transmiten.

—Quiero proponer un brindis —interviene Javier—. ¿Recordáis que os dije que esta noche tenía una noticia que contaros?

—¿Por qué te crees que estamos aquí, coño? —le pregunta Roberto—. ¡Venga, suéltalo de una vez! —le dice cogiéndome la mano y dándome un ligero apretón en un intento por hacerme sentir mejor.

—He decidido lo que voy a estudiar cuando termine bachiller —nos anuncia sonriendo y mirando a Toni.

—¡Por fin vamos a enterarnos! ¡Cuánto secretismo! Esto es peor que la fórmula de la Coca-Cola —intervengo, intentando bromear—. ¡Venga, dilo de una vez!

—Voy a ser peluquero. Aunque nunca lo había dicho en voz alta, es lo que siempre he

querido ser, así que ¡está decidido! ¿Qué dices, matrona? ¿Qué te parece? —me pregunta sonriendo con satisfacción.

Lo miro con la boca abierta. ¿Desde cuándo quiere ser peluquero? Sus padres lo matan fijo, ¡la que va a liarse en su casa cuando se enteren!

—No conocía esa faceta tuya —le contesto sin salir de mi asombro—. ¿Tus padres lo saben?

—No, todavía es pronto, pero ya se enterarán... de eso y de esto también —nos dice cogiendo la mano de Toni por encima de la mesa y entrelazando sus dedos con los suyos—: ya no vamos a escondernos más.

—Bien hecho, tío —lo apoya Roberto, pasando luego su brazo por mis hombros con familiaridad, acercándome a él y confortándome con su cercanía.

—¿Olivia?

—¿Javier? Pero ¿qué es esto?

La sangre se congela dentro de mi interior y siento cómo mi corazón deja de latir... esas voces. Levanto la vista y veo a mis padres con los de Javier y varios colegas y, entonces, el suelo se abre bajo mis pies.

—Usted... pero ¿qué hace con mi hija? —le pregunta mi padre a Roberto—. ¡Es una menor! ¡Depravado!

—¿Y tú? ¿Adónde vas así? ¡Pareces una cualquiera! —susurra mi madre mirándome de arriba abajo y temblando de ira ante la mirada asombrada de todos sus acompañantes.

—Javier, ¿puedes explicarnos qué es todo esto? —La voz profunda del padre de Javier llega hasta mis oídos distorsionada por mis miedos.

—Oiga, no se exceda... —masculla Roberto furioso, levantándose y protegiéndome con su cuerpo.

—Roberto, tranquilízate —susurro detrás de él.

Mi padre me sorprende al cogerme del brazo y levantarme de la silla de un tirón y, aun así, Roberto es más rápido y, cogiéndome del otro brazo, tira de mí acercándome a él.

—¡No la toque! ¡Suéltela! —masculla mi padre con odio. Nunca lo había visto tan furioso, ni yo había estado tan asustada—. Como no suelte a mi hija inmediatamente, le prometo que llamo a la policía y le pongo una denuncia por abusos. ¡Le juro que lo hundo en la miseria!

—¿Abusos? Pero, ¿qué dices, papá? Aquí nadie ha abusado de nadie —murmuro muerta de miedo por todo lo que se nos viene encima.

—Puede hacer lo que quiera. ¡Suéltela, le está haciendo daño! —le rebate Roberto haciéndole frente.

—No me diga lo que tengo que hacer; le aseguro que puedo arruinar su vida con tan sólo mover un dedo.

—Hágalo —lo reta desafiante sin soltarme.

—Lo haré, créalo —le contesta con odio.

—Si Olivia está con este hombre, ¡dime que no es cierto lo que estoy pensando! —Oigo la voz escandalizada de la madre de Javier, pero soy incapaz de volverme.

Todo me da vueltas mientras las voces van intensificándose; estoy mareada, tengo la boca seca y, sobre todo, estoy muerta de miedo.

—Roberto, suéltame —murmuro tan bajito que no sé ni cómo ha podido oírme. Conozco a mi padre y sé que es capaz de hacerlo; le arruinaría la vida de un plumazo y no puedo consentirlo —. Por favor, Roberto —le pido a punto de echarme a llorar.

Nuestras miradas se encuentran durante un segundo; veo determinación en ella mientras en la

mía hay terror.

—Por favor —susurro—, por favor, suéltame.

Y rota de dolor, siento cómo afloja la presión en mi brazo y me libera, mientras mi padre, de un brusco tirón, me acerca a él.

—Vámonos. ¡Estamos montando un espectáculo! —murmura mi madre y, como una exhalación, me sacan del restaurante sin permitirme mirar atrás.

Capítulo 27

Durante el trayecto a casa, me quitan el móvil y me machacan a reproches y preguntas, pero me mantengo en silencio, paralizada por el miedo. Llegamos y mi padre, que está fuera de sí, me lleva a rastras al baño, donde me mete de malas formas bajo el chorro de la ducha, vestida y con zapatos, ante la mirada impasible de mi madre.

—¡Lávate y quítate todo eso! ¡Pareces un putón! —me grita con desprecio—. Ven al salón cuando termines —me ordena saliendo del baño y dejándome dentro de la ducha temblando.

Únicamente cuando me quedo sola, me derrumbo. Los dientes me castañetean y lloro ahogando mis sollozos; me desvisto temblando y dejo la ropa y los zapatos empapados en la ducha, pero ¿qué más da la ropa cuando no sé lo que me espera ahora?

Entre lloros, salgo de la ducha y, como una autómata, me pongo el pijama, me seco ligeramente el pelo sin ser realmente consciente de mis actos y, aterrada, me encamino hacia salón, donde están mis padres esperándome y hablando entre ellos. Se giran cuando me ven entrar y siento miedo.

—Siéntate —me ordena con frialdad mi padre—. ¿Desde cuándo estás con ese hombre?

Me siento en el sillón más cercano, pero me mantengo en silencio.

—¡Contéstame! —me grita al oído.

Pero no lo hago y me abofetea con fuerza.

—¡Te he dicho que me contestes! —vocifera fuera de sí.

Me mantengo en silencio, temblando y esperando otro bofetón... y vuelve a hacerlo con tal fuerza que instintivamente mi mirada vuela a su mano para comprobar si me ha abofeteado con ella o con una fusta.

—¡Eres una puta! —me chilla desquiciado, y me encojo en el sillón, llorando.

—Tranquilo —murmura mi madre alejándolo de mí—. Olivia, tu padre ha trabajado muy duro y no vas a venir tú a echar por tierra tanto esfuerzo con tus amoríos. Nunca regresarás a ese colegio; buscaremos un internado en el extranjero y jamás volverás a verte con ese hombre, ¿lo has entendido?, jamás.

—¿Cómo has podido hacerlo? —interviene mi padre—. ¿Cómo has podido mentirnos tan descaradamente? ¿Cómo has podido meter a Javier en todo este embrollo? En estos momentos dejas de ser nuestra hija, y por tu bien espero que te comportes en el extranjero, porque, como nos des otro problema, nos encargaremos de hundirle la vida a ese miserable, ¿lo tienes claro?

Siento el gusto de la sangre y del miedo en la boca. Roberto, ¿qué quieren hacerle?

—Él no ha hecho nada malo, ni yo tampoco —susurro.

—¡Cállate y vete a tu habitación! —me ordena mi madre—. ¡Ahora!

—Un momento —me frena mi padre—: dame tú portátil y la tableta y nunca, ¿me has oído?, nunca, intentes ponerte en contacto con ese tipo o con alguna de tus amigas. Olvida la vida que

has llevado hasta ahora, porque jamás volverás a disfrutar de ella.

Me levanto temblequeando y, como puedo, llego a mi cuarto, donde cojo lo que me ha pedido y luego salgo para entregárselo. No lo miro, ni a él ni a ella, no soy capaz de hacerlo, y, de nuevo en mi habitación, me derrumbo: lloro desconsoladamente, ahogando mis gemidos con la almohada tal y como he hecho esta mañana al despertar, sólo que esta vez mi llanto es por nosotros y no por Marcela, esta vez lloro por mi vida, por la de Roberto y por todos nuestros sueños rotos, deseando poder desaparecer del mundo. ¿Qué será de mí sin él? ¿Cómo podré soportarlo? La mejilla me arde de dolor y tengo el labio hinchado, pero no me importa, realmente no me importa nada.

Mi llanto desesperado es silenciado por la almohada, y durante horas me desgarro, hundiéndome más y más en la oscuridad mientras unas crueles garras envuelven mi corazón sin piedad, desangrándolo.

El domingo no salgo de mi habitación. Oigo ajetreo por casa, pero me quedo acostada todo el día, llorando con la cadena que me regaló Roberto entre mis manos, besándola continuamente y con un único pensamiento en mente... él. No tengo ninguna foto suya, todas están en el móvil; ni siquiera tengo su teléfono, nunca me molesté en memorizarlo, y ahora... ¿qué hago, Dios mío? Lloro, lloro y lloro; duermo a intervalos y no como nada. Mis padres no entran en mi cuarto y casi lo agradezco; no soportaría mirarlos. No son ellos los que renuncian a mí, soy yo la que renuncio a ellos.

Es lunes y espero encontrarme con Juana, necesito contárselo todo para que busque a Roberto y se lo cuente, pero, para mi sorpresa, no viene a trabajar. ¿Por qué? Se abre la puerta y entra mi madre.

—Haz las maletas; coge tanto ropa de invierno como de verano, tu avión sale en unas horas, te marchas a Irlanda.

¿Hoy?, ¡nooo! Necesito despedirme de él, verlo aunque sea una última vez y, en un intento desesperado, salgo corriendo de mi habitación directa a la puerta de casa. Voy en pijama y con calcetines, no tengo dinero, pero no me importa, necesito irme, pero mis padres son más calculadores que yo y han cerrado la puerta con llave.

—¿Adónde ibas? —me pregunta mi padre acercándose a mí y tirándome al suelo de un fuerte bofetón, abriéndome finalmente el labio. Tiemblo tirada en el suelo y, cogiéndome del brazo, me levanta dejándome a su misma altura.

—Que sea la última vez que intentas algo así; vas a comportarte, ¿lo tienes claro? Recuerda lo que te dije: como reciba una sola queja del internado, te hundo la vida a ti y a ese desgraciado, ¡te lo juro!

Por primera vez veo a mi padre realmente, veo su odio y su maldad, y entiendo que, con mi relación con Roberto, le he dado la oportunidad de deshacerse de mí.

—Obedece a tu madre —me ordena con odio.

Me suelta y me dirijo temblando a mi habitación para hacer las maletas. Tengo el rostro surcado de lágrimas y sangre en el labio, mis piernas apenas me sostienen y estoy a punto de derrumbarme, cuando mi mirada se encuentra con la de mi madre, que lo ha presenciado todo. Durante unos segundos me parece ver horror en ella y le pido ayuda en silencio, deseando que, aunque sea por una sola vez, sea mi madre, pero, dándose la vuelta, se marcha dejándome sola de nuevo.

Cierro la puerta de mi cuarto dándome por vencida y, entre llantos amargos, empiezo a preparar mi equipaje. Aparte de ropa y zapatos, cojo todas las cosas que son importantes para mí:

fotos de mis amigas y de mis abuelos, los cedés de Malú que tan buenos recuerdos me traen, el libro *Elijo elegir* que tantas veces he leído, el colgante que me regaló Montse el día en que lo vi por primera vez y, oculto entre todo esto, el sobre que me dio mi abuela con el teléfono del abogado y todas las indicaciones para poder acceder a su herencia cuando alcance la mayoría de edad.

Salgo de mi habitación cargada con tres maletas... mi vida en tres maletas. Me marcho sin despedirme de nadie, como si hubiera cometido un delito, a hurtadillas, de esta casa que nunca lo fue para mí.

No vuelvo a llorar, a pesar de que es lo que más deseo; no vuelvo a dirigirles la palabra, a pesar de que quiero gritarles cuánto los odio, y salgo de esta jaula de oro para no volver jamás.

Al aeropuerto me acompaña únicamente mi padre; mi madre no lo ha considerado necesario. Ella, la mujer que me dio la vida, la mujer que debería haberme querido y protegido como una leona, se ha desentendido de mí como siempre. Ni siquiera ahora, cuando no sé con certeza cuándo volveré a verla, ha sentido la necesidad de despedirse de mí o de darme un simple beso.

Subo al coche de mi padre en silencio, como si fuera una espectadora de mi vida, percatándome de cosas habituales y que hoy, de alguna manera, cobran un sentido excepcional. De reojo veo cómo mi padre se sienta al volante, pero no lo miro y centro mi atención en la ventana y en la ciudad, viendo a los transeúntes continuar con su rutina, a los niños cogidos de la mano de sus padres camino del colegio, a la gente dirigirse a su puesto de trabajo, los atascos tan propios de Madrid... el día a día, porque, a pesar de que la mía se ha detenido, la vida continúa.

Oigo cómo mi padre empieza a hablar, pero no me vuelvo para mirarlo, no soporto hacerlo, y aun así pongo todos mis sentidos en cada una de sus palabras.

—Irás al internado Morrigan College; es un colegio únicamente de señoritas y en el que espero que, por tu bien, no te fijes en ningún profesor. Se encuentra muy cerca de Dublín, pero eso a ti te da igual, porque no tienes autorización para salir de ese recinto. Allí estudiarás los dos cursos de bachillerato y te presentarás al Leaving Certificate. Puesto que no creo que volvamos a vernos, te advierto de que quiero una buena nota, opta a los niveles superiores del examen si lo crees posible; el *pass* es una opción, pero nunca el básico.

»Cuando llegues, te harán un examen, pero es un mero trámite, estás admitida; aun así, no hace falta que te diga que quiero una buena nota. He dado orden a tu tutora de que me envíe la calificación de todos tus exámenes y un informe completo de tu comportamiento y, como no estés a la altura, le arruinaré la vida a ese desgraciado y, a ti, dejaré de mantenerte. A todos los efectos, continúas siendo mi hija y no voy a tolerar que me avergüences. —Siento su dura mirada sobre mí, pero no me giro y continúo mirando por la ventana—. En Irlanda hay dos períodos de descanso, en el primer y en el segundo trimestre, así como las fiestas de Navidad, Semana Santa y las vacaciones de verano; para esos días, y si el colegio cierra, te asignarán una familia con la que poder alojarte. Nunca volverás ni te pondrás en contacto con nadie de aquí, te olvidarás de todo y de todos y tendrás un comportamiento ejemplar. Dentro de dos años hablaremos sobre tu futuro.

«Dentro de dos años no me encontrarás», pienso mientras estaciona el vehículo en el aparcamiento del aeropuerto. Entramos y facturo mi equipaje ante su fría mirada. Sólo cuando estoy a punto de embarcar, me doy la vuelta y, mirándolo con altivez, le espeto con dureza:

—No mereces ser llamado padre; nunca me habéis querido, ni tú ni tu mujer, siempre he sido una molestia para vosotros y habéis aprovechado mi relación con Roberto para quitarme de en medio. No te preocupes, Alfredo, yo tampoco os quiero ni deseo volver a veros. No sois vosotros

los que renunciáis a mí, soy yo quien renuncio a vosotros... y recuerda esto: mi vida está en tus manos hasta que alcance la mayoría de edad. —Dicho esto, tras darme media vuelta, desaparezco de su vista dejando la advertencia flotando en el aire, para encontrarme con un futuro incierto.

Durante el vuelo, lloro sin cesar pensando en Roberto y en todo lo que dejo atrás. Lo imagino entrando en clase y viendo mi sitio vacío delante de su mesa; temo su reacción, temo que vaya a mi casa a buscarme, temo por él y por lo que mis padres puedan hacerle y me prometo que, hasta que cumpla dieciocho años, tendré un comportamiento ejemplar... aunque sólo sea por él.

Capítulo 28

El avión aterriza en Irlanda el 2 de febrero a las cuatro y media de la tarde. A través de la ventanilla veo como las gotas se estrellan contra el cristal; el cielo está encapotado y casi ha anochecido, a pesar de lo temprano que es: una bienvenida deprimente completamente en sintonía con mi estado de ánimo. Me pongo la chaqueta y, pacientemente, espero mi turno para salir del avión e ir a recoger mi equipaje. Ojalá pudiera echar a correr y desaparecer para siempre.

Un empleado, supongo que del internado, está esperándome con mi nombre escrito en un cartel y me dirijo hacia él cargada con todas mis maletas.

—Hola, soy Olivia —le digo con apatía.

—Sígame, por favor.

Coge el carrito con todas mis maletas y salimos del aeropuerto en silencio; fuera, un vehículo con el nombre del internado en un lateral está esperando estacionado en doble fila. Llueve, el viento frío golpea mi rostro sin piedad y subo al coche sin dilación mientras él carga las maletas en la parte trasera.

Arranca en silencio. Veo sin ver el paisaje, arrebujada en mi asiento, sintiendo que estoy viviendo una pesadilla de la cual despertaré en cualquier momento. La pena que siento me ahoga y, a pesar de mis lloros, no desaparece porque está amarrada a mi alma como si de unas crueles garras se tratara.

—Te quiero —susurro sólo para mí, acariciando de nuevo la cadena y cerrando los ojos—. Espérame, por favor. —Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero no las seco; no me importa mi aspecto, no me importa nada, ahora sí que estoy sola de verdad.

—Señorita, hemos llegado —me anuncia deteniendo el vehículo—. En ese edificio se encuentra Secretaría; allí pregunte por la señorita Green; ya me encargo yo de llevar el equipaje a su habitación.

Farfullo un «gracias» y bajo. Por primera vez desde que ha comenzado toda esta pesadilla, miro con interés todo lo que me rodea. Morrigan College es enorme, como un pequeño pueblo con calles y jardines. Está compuesto por varios edificios, todos de piedra, siendo el más imponente el principal, que parece un monasterio. Todo el entorno en sí parece un lugar encantado, posiblemente por la niebla que todo lo envuelve y le confiere ese aura mágica y misteriosa.

Llego al edificio principal y durante unos segundos salgo de mi estado apático para mirarlo todo con la boca abierta; por dentro también es de piedra, pero con toques actuales, como esculturas de madera pintadas de alegres colores, cuadros abstractos colgados estratégicamente o algunas paredes naranjas o verdes, todo lo contrario a lo que esperaba encontrarme.

Entro en Secretaría, donde pregunto a una señora de unos cincuenta años por la señorita

Green y espero paciente sentada en una de las sillas. Miro mi entorno vagamente y termino centrando mi atención en la pared de enfrente, viendo sin ver de nuevo, mientras noto como las lágrimas se forman en mis ojos sin reaccionar, esperando encontrarme con una señora mayor de cara amargada que acabe de hundirme en la miseria.

Se abre la puerta y ante mí aparece una joven, de pelo oscuro, mirada alegre y sonrisa contagiosa.

—¡Hola, Karen! —saluda vivaracha a la mujer que no deja de teclear delante de su ordenador —. ¿Tú eres Olivia? —me pregunta acercándose a mí sin dejar de sonreír.

—Sí —susurro bajando la mirada.

—Bienvenida, soy la señorita Green y tu tutora, pero mejor llámame Alice —se presenta sentándose a mi lado—. Oye, ¿a qué viene esa cara? Si es porque está lloviendo, lo siento, vas a tener que acostumbrarte, cielo, éste es el pan nuestro de cada día —añade riéndose feliz.

La miro sin abrir la boca. «¿Esta mujer es mi tutora?, pero si parece una alumna. ¿Cuántos años tendrá?», me pregunto pensando de repente en Roberto y en el día en que lo vi por primera vez en clase. Lágrimas amargas comienzan a fluir libremente, me tiembla el labio y tengo que mordérmelo para frenar estos temblores humillantes.

—Bueno, si llego a saber que te pondrías así, te miento y te digo que nunca llueve —me dice sonriéndome dulcemente y rodeándome con sus brazos, consolándome como si nos conociéramos de toda la vida... y yo, que nunca he perdido el control de esta forma, no puedo creerme que esté llorando así en los brazos de una desconocida—. Ya sé que puede resultar difícil de creer, pero ya verás como dentro de unos meses lo verás todo diferente.

«Lo dudo —pienso cobijada entre sus brazos, intentando calmarme—; dentro de unos meses nada habrá cambiado para mí y ésa es y será mi tragedia.» Aun así, me mantengo en silencio, tranquilizándome poco a poco.

—¿Mejor? —Asiento y sonríe secándome las lágrimas—. Ven, quiero enseñarte el centro, ya verás como te superencanta —me propone riéndose de nuevo—. De juntarme tanto con vosotras, al final hablo como si tuviera dieciséis años; suerte que la directora ya no me hace caso —me comenta guiñándome un ojo—. ¡Mira, ahí está Elsa! Ella será tu compañera de cuarto.

Estamos saliendo del edificio principal y, acercándose a nosotras, veo a una chica con el pelo castaño, cortito y rizado, con curvas y de cara simpática.

—¡Elsa! ¡Ven aquí, valenciana mía! —la llama Alice.

Veo cómo Elsa se acerca a nosotras sonriendo y rodea la cintura de Alice con familiaridad, como si en lugar de su tutora fuera una amiga.

—Te presento a Olivia, tu nueva compi de cuarto. ¿No decías que estabas harta de estar sola? ¡Pues ya no lo estás!

—Encantada, Olivia, ya verás como te gusta estar aquí —me dice sonriendo.

«¿Porque tienen que sonreír todos en este lugar?», me pregunto con amargura sin poder contestarle.

—¿Cómo llevas el berrinche, Elsita de mis amores? —le plantea Alice obviando mi falta de educación.

—Muy mal —responde cruzándose de brazos—. Alice, queda un mes y pico, ¿de verdad que no puedes solucionarlo? Una semana únicamente, sólo te pido una semana —suplica con todo el sentimiento reflejado en el rostro.

—Nuestra Elsa es la única valenciana y fallera del colegio —me comenta como si con esa mínima explicación estuviera todo claro, aunque sinceramente me da igual que sea valenciana,

fallera o marciana.

—Y voy a perderme las fallas —me aclara la tal Elsa como si eso fuera una tragedia—. Alice, por favor, ¡voy a perderme la ofrenda! ¿Sabes lo que eso significa para mí? ¡Todo! Ese día lloro como una magdalena entregando mi ramo a la *Mare de Déu*...

«¿A quién ha dicho que va a entregarle el ramo? ¡Bah! Como si me importara. Además, qué exagerada, por favor, ponerse así por entregar un ramo», pienso mirándola con antipatía, cegada por mi amargura.

—Sabes que no puedo hacer nada, no puedes cogerte una semana así porque sí.

—¿Y dos días? ¡Dos! ¡Sólo dos!

—Elsa, déjalo, ya sabes que no puede ser —niega paciente.

—Alice, no molas nada —le suelta con el ceño fruncido—. Y tú, ¿de dónde eres? —me pregunta sonriendo de nuevo, olvidando rápidamente su enfado.

Continúo en silencio, sin contestarle y sin reconocerme; estoy siendo antipática y maleducada a más no poder, pero no me sale la voz ni tengo fuerzas ni ganas para ser mínimamente educada.

—Olivia es de Madrid y no está especialmente feliz de estar aquí, así que te dejo a ti la labor de subirle esos ánimos y ayudarme a conseguir que se sienta cómoda entre nosotras —le dice guiñándole un ojo—. Nadie como Elsa para arrancarte una carcajada —me asegura sonriendo—. Anda, vamos a terminar de ver el centro.

—¡Chao, Oli! Nos vemos luego.

—Me llamo Olivia —contesto bruscamente, sorprendiéndome de mi reacción exagerada y porque es lo único que me ha hecho reaccionar desde que he puesto un pie en este país.

—Vale, Olivia, pues —acepta pacientemente—. Bueno, nos vemos luego.

—Olivia, relájate ¿vale? —me recomienda Alice cuando Elsa desaparece por la puerta principal—. Siéntate conmigo un momento —me pide sentándose en uno de los bancos a pesar del frío y de la fina llovizna que poco a poco va calando—. Mira, no sé qué ha pasado en tu vida, ni por qué estas prisas ahora para matricularte cuando tus padres ya estuvieron viendo este internado y lo descartaron... Ni lo sé ni quiero saberlo si tú no deseas contármelo, pero, sea lo que sea, queda fuera de este campus; no importa, porque ahora tu vida es todo esto —me dice abriendo sus brazos y abarcándolo todo—. Tu familia ahora somos nosotras, te guste o no, y tienes la suerte de que vas a compartir habitación con una de las mejores niñas de Morrigan College y quiero que le des una oportunidad... a ella, a mí y a todo esto, aunque ahora lo detestes.

»Yo voy a estar aquí para todo lo que necesites, pero también para corregirte cuando tengas un mal comportamiento —me señala mirándome fijamente y guardando un momento de silencio, dejando que sus palabras calen en mí como la fina lluvia—. Y, ahora, ¡venga, arriba, que nos estamos empapando! —me dice riéndose y tirando de mí para ayudarme a levantarme.

«¿Mis padres ya estuvieron viendo este internado?», pienso asombrada atando cabos; por eso ha sido todo tan rápido.

—Mira, ese edificio de ahí es el de secundaria y éste —me explica señalando el imponente edificio de donde acabamos de salir— es el principal, donde impartimos las clases de educación superior; aquí se encuentra la biblioteca y también los despachos del profesorado. Aquel de ahí es el de ciencias y, el de enfrente, el de música, donde damos conciertos, representamos obras de teatro y, ocasionalmente, nos sirve como cine improvisado —me detalla mientras caminamos hacia ellos a través de un cuidado jardín—. Si te gusta la música, me lo dices y te incluyo en las clases; puedes aprender a tocar cualquier instrumento o apuntarte a la coral del colegio; han

ganado varios premios —apostilla con orgullo—. Además, te vendría bien para canalizar todos esos sentimientos que ahora no sabes cómo gestionar —me recomienda con dulzura—; la música es un buen calmante, te lo aseguro.

No le contesto y durante unos minutos caminamos en silencio. Apenas presto atención a mi alrededor, centrándome en la sensación de las gotitas finas sobre mi cara o el ruido que hacemos al pisar la gravilla del camino. Alice no me presiona y se lo agradezco.

—Mira, aquéllos son los edificios para los residentes; tú estarás en el A, y el de enfrente es el B. El edificio que los une con la pared acristalada es el comedor y la cafetería —me señala un edificio un poco más pequeño que el resto, anexado a ambos; es de piedra, como todos los que integran el centro, pero con un gran ventanal—. Debido a la cantidad de internos que tenemos, hay un menú muy amplio y puedes encontrar desde comida vegetariana hasta comida para celiacos. Ven, vamos y te enseño tu habitación.

Llegamos al edificio de residentes que será mi nuevo hogar. Sigue la misma línea que el principal, de piedra pero con toques alegres, como una pared naranja caldera o un cuadro impresionista en la entrada. Subimos al segundo piso, donde, a través de un largo pasillo lleno de puertas, llegamos a la 215; abre y entro seguida por Alice.

La habitación está bastante bien para ser de un internado; compuesta por una litera, dos armarios y dos escritorios, está pintada en el color naranja que ya he visto anteriormente y que le da ese punto alegre que le falta al entorno. Veo mis maletas en un rincón y las cosas de Elsa esparcidas por todos los sitios; se nota que está sola, porque tiene ambas literas ocupadas por sus pertenencias, así como las dos estanterías, pero no me importa.

—Dime qué talla utilizas y te subiré un uniforme; exceptuando los fines de semana, el resto de los días deberás llevarlo.

Murmuro mi talla y me siento en una de las camas. Alice me imita y, cogiéndome la mano, guarda unos minutos de silencio antes de proseguir.

—Mañana tienes el examen de admisión; por supuesto estás admitida, pero, aun así, no te confíes, ¿vale? —Asiento sin mirarla y continúa—. Deshaz tu equipaje mientras voy a por tu uniforme y a por tu horario —me dice dándome un ligero apretón de manos antes de dejarme sola.

«Roberto... —murmuro como si el simple hecho de decir su nombre en voz alta pudiera consolarme de alguna forma—... Roberto, búscame por favor...», susurro llorando de nuevo, acurrucada en la litera entre los fulares y los gorros de lana de Elsa, sintiéndome más sola y desamparada de lo que me he sentido nunca y dejando que la pena, la presión y la angustia de estos últimos días den paso a un sueño reparador, que calma momentáneamente mi alma.

Capítulo 29

—Olivia, despierta.

Noto como me acarician el pelo y abro ligeramente los ojos... «No era una pesadilla», me digo mirando a Elsa, que sonríe sentada a mi lado y, viendo mi uniforme en una de las sillas, recordando mi primer día en el María Inmaculada.

Rememoro cómo desperté, abrí los ojos y ahí estaba mi uniforme sobre la silla, como lo está ahora... «sólo que hoy no he soñado con Marcela, ni Juana me preparará magdalenas, ni tampoco me encontraré con su increíble mirada, ni volveré a escuchar su voz», pienso sintiendo de nuevo esas garras alrededor de mi corazón y de mi garganta presionando sin piedad, pero no digo nada y me levanto para ir hacia la ventana. Ya ha anochecido por completo, ya ha pasado un día entero, mi primer día sin él...

—Alice quiere que vayas a su despacho para hablar sobre tus clases. ¿Quieres que te acompañe y luego vayamos a cenar juntas? Así puedo presentarte a mis amigas.

—No tengo hambre, pero gracias por el ofrecimiento —le digo sin un ápice de emoción en la voz, viendo todos los edificios que conforman el internado iluminados, y otra vez me recuerda un pequeño pueblo—. ¿En qué planta está el despacho de Alice? —le pregunto volviéndome.

—No te preocupes, yo te acompaño —me contesta con simpatía.

—No hace falta, de verdad, dime solamente dónde está —le digo yendo hacia la puerta, deseando que me deje sola.

—Si te lo digo, te perderás seguro, el edificio principal es enorme. Venga, vamos —responde cabezota pasando por delante de mí—. ¡Ah!, y otra cosa, no puedes saltarte la cena: aquí son muy estrictos con el tema de la comida; bueno, realmente lo son en todo. ¿Sabes que a las nueve tenemos que estar cada una en su habitación? Y cenamos a las siete, ¡imagínate! Eso, en España, es como la merienda —añade riéndose mientras baja alegremente por la escalera—. ¿Te gusta el uniforme? Yo siempre lo he llevado en todos mis colegios, incluso en la guardería, así que estoy acostumbrada ¿Y tú? ¿Lo llevabas?

—Oye, ¿siempre hablas tanto? —murmuro sin dar respuesta a sus preguntas, saturada y a punto de derrumbarme de nuevo.

—No, pero, como tú no lo haces, me toca a mí hablar por las dos; molaría más si tú fueras un pelín más comunicativa, pero voy a darte un poco de cancha hasta que te adaptes —me dice cogiéndome del brazo con familiaridad y saludando a todas las chicas con las que vamos cruzándonos—. Entiendo que hoy es un día difícil para ti, pero, tranquila, este internado mola un montón y Alice es la caña, aunque no me permita ir a Valencia —murmura de repente contrariada—. ¿Has ido alguna vez a Valencia? ¿Sabes lo que son las fallas?

Siguiendo la línea antisocial, maleducada y antipática que he adoptado inconscientemente desde que he llegado aquí, continúo sin contestarle, manteniéndome en silencio y regodeándome

en mi pena.

—Vale, como no me contestas, supongo que la respuesta es no... pues no sabes lo que te pierdes. ¡Valencia es tan luminosa comparada con Irlanda!, raramente llueve. Sí, créeme, allí llueve de uvas a peras comparado con lo que llueve aquí, que cualquier día nos convertiremos en musgo... ¿Sabes? Esto es lo que más me molesta, la lluvia; odio que llueva tanto, te acuestas y está lloviendo, te levantas y está lloviendo... es tan deprimente, por eso está todo tan verde, pero ¿cómo no va estarlo?

La oigo de fondo mientras me dejo guiar entre esta maraña de pasillos que conforman el edificio principal sin prestarle demasiada atención, deseando dormirme de nuevo para poder olvidarme de toda esta pesadilla.

—Mira, ya hemos llegado —me anuncia llamando a una puerta y sacándome de mis pensamientos.

—Adelante.

Abre la puerta y me da paso, quedándose fuera.

—Oli... perdón —rectifica inmediatamente ante mi mirada asesina—. Olivia, te espero en la recepción con Karen, pasa a buscarme cuando termines y cenamos juntas.

No le contesto y entro en el despacho de Alice, cerrando la puerta tras de mí. Desde luego hay que reconocerle el mérito: yo ya hubiera desistido ante tantos desplantes.

—Siéntate, Olivia —me pide Alice—. Estabas durmiendo tan tranquila cuando he llegado a tu habitación que no he querido despertarte. ¿Te sientes mejor?

La miro en silencio y de repente exploto, sacando fuera toda la amargura que, como el ácido, va quemando mi interior.

—Te agradezco que seas tan amable, Alice, pero te pido que no me preguntes más si estoy mejor, porque, ¡¡no!!, no lo estoy —afirmo con rotundidad—, y no creo que vuelva a estarlo hasta que me vaya de aquí, así que limítate a darme mis horarios y, sobre todo, no seas simpática ni cariñosa conmigo, porque me haces sentir mal y porque yo no pienso ser ninguna de esas cosas contigo, ni con Elsa ni con nadie de aquí, así que te agradecería que me cambiases de habitación... preferiría estar sola, porque no soporto tanta sonrisa, tanta felicidad y tanto algodón de azúcar. A cambio te prometo que no daré problemas y sacaré buenas notas, pero no esperes ni me pidas algo que no puedo ni quiero dar —le suelto de sopetón en un arranque de sinceridad que por lo menos hace que me sienta mejor.

—¡Ni lo sueñes! No voy a dejar que te hundas aquí; vas a relacionarte y a formar parte de este centro. No pienses siquiera que voy a permitir que te encierres en ti misma: aunque no haga nada más, vas a salir a flote. ¡Nada!, escúchame bien, nada tiene más valor que nuestra vida y nuestra felicidad. Te lo he dicho antes: no sé qué te ha ocurrido, pero todo pasa, créeme, así que deja de ver esto como un punto y final en tu vida y empieza a verlo como un punto y aparte —me dice levantándose y sentándose frente a mí, cogiéndome de las manos—. Olivia, lo que tienes ante ti es una oportunidad, aunque ahora no lo veas; aprovéchala.

—¿Puedes darme mis horarios, por favor? —le pido harta de todo esto.

—Toma —me dice resignada ante mi actitud, tendiéndomelos—. Me he tomado la libertad de apuntarte a la coral del colegio, así que todos los martes y viernes, a las cuatro y media de la tarde, irás al edificio de música; puedes ir con Elsa, ella también forma parte de ella.

Miro mis asignaturas y veo que muchas de ellas son las mismas que tenía en el María Inmaculada, pero hay otras nuevas, como el irlandés.

—El irlandés es una asignatura imprescindible para poder acceder al Leaving Certificate;

tranquila, es sencillo —se adelanta Alice a mí.

—Muy bien, ¿algo más? —pregunto con seriedad.

—¿Una sonrisa? —me plantea con dulzura.

—No creo que eso sea posible. Gracias, Alice. —Dando media vuelta, salgo de su despacho hacia recepción en busca de Elsa, intentando recordar el camino para no perderme. Por suerte lo localizo a la primera y me felicito por ello.

—¿Nos vamos? —pregunto asomándome a recepción, donde la encuentro charlando animadamente con Karen.

—¡Claro! ¡Hasta luego, Karen!

Salimos del edificio principal y me subo el cuello de la chaqueta hasta la nariz, cubriéndolo del viento helado y cortante de la noche.

—Te acostumbrarás a este frío —me comenta mirándome con simpatía—; además, cuando hace sol, esto es impresionante. Un día podríamos hacer una excursión por la zona, ¡verás qué pasada!

Me mantengo en silencio de nuevo; por muy impresionante que sea todo esto, yo no estoy autorizada para salir de aquí, así que... ¿qué más me da?

Llegamos al comedor y nos acercamos a una mesa llena de chicas que son amigas de Elsa. Me las presenta a todas, pero hablo lo justo para decir mi nombre y poco más y, disparada, salgo hacia el bufé para ver qué hay de cena, deseosa de alejarme de tanta cara feliz.

A pesar de que no tengo hambre, no puedo dejar de admirar la buena pinta que tienen todos los platos y lo bien que huelen. Desde verduras, ensaladas, cremas, jamón asado con clavos y azúcar, estofado de ternera con cerveza, *colcannon* (algo así como un puré de patatas acompañado de col, pimienta, cebolla, leche y mantequilla) hasta salmón o rodaballo, pero tengo el estómago cerrado y, al final, opto por un poco de crema de verduras. Con mi bandeja medio vacía, llego a la mesa, donde me siento frente a Elsa, que ha esperado pacientemente a que eligiera mi cena.

—¿Sólo vas a comer eso? —me pregunta dando buena cuenta de su jamón asado.

—Ya te he dicho que no tenía hambre —susurro llevándome una cucharada de crema a la boca para no tener que hablar más.

—Por eso estás tan delgadita; yo ceno eso y me da una flojera de narices antes de salir del comedor —comenta riéndose y provocando varias carcajadas.

A diferencia del resto, no me río ni contesto. Varias chicas intentan entablar conversación conmigo, pero, ante mi mutismo, desisten, todo lo contrario a Elsa, que no cesa en su empeño de hacerme hablar.

—Me marcho —le anuncio cogiendo la bandeja cuando termino de cenar—. Buenas noches a todas —murmuro y salgo disparada antes de que a Elsa se le ocurra pedirme que la espere.

Salgo fuera y el viento azota nuevamente mi cara, pero esta vez no me sorprende ni me molesta, y, en lugar de regresar a mi habitación, me dirijo al banco que rodea el tronco de un viejo árbol, sentándome a su cobijo y mirando el cielo, el mismo que mirará Roberto, aunque separados por miles de estrellas, y lágrimas amargas surcan mi rostro, mojándolo a su paso.

—Te quiero, Roberto —susurro tapándome la boca con las manos en un intento fallido de silenciar mis lloros.

Las semanas siguientes siguen el mismo patrón las unas de las otras. En clase participo lo

justo y dedico mi día a estudiar, sobre todo la asignatura de matemáticas, en la que me he propuesto ser la mejor.

Aquí no me hacen ninguna adaptación curricular, por lo que dedico todo mi tiempo a ponerme al día en esta asignatura que siempre ha sido un suplicio para mí y que ahora se ha convertido en una de mis favoritas. Estudiándola es el único momento del día en que me siento ligeramente bien y las garras aflojan un poco su presión, porque puedo sentirlo cerca de nuevo y los recuerdos dejan de dolerme para reconfortarme: sus ojos, sus labios y sus explicaciones me acompañan en cada uno de los ejercicios que voy realizando. Pero temo olvidarlo algún día, temo olvidar el sonido de su voz, de su risa, la sensación de sus labios sobre los míos y, sobre todo, temo que se olvide de mí, temo convertirme en un recuerdo difuso en su vida...

Elsa continúa empeñada en hacerse mi amiga, al igual que Alice, que todos los días habla conmigo como si no estuviera haciéndolo con alguien que está más muerto que vivo.

El rechazo de mis padres, sobre todo el de ella, me ha afectado más de lo que nunca hubiera esperado. Echo tanto de menos a Juana que siento como si me hubieran arrancado una parte de mi alma; extraño a mis amigas, a Javier, a Montse, a todos... tanto que no puedo soportarlo y ese sentimiento de pérdida se acentúa cada día al despertar y darme cuenta de que no he soñado con Marcela y Juan. Desde ese fatídico día, no he vuelto a soñar con ellos.

Hoy es sábado y despierto con la luz del sol acariciando mi rostro. «Qué raro sentir esa calidez sobre mí, cuando yo me siento tan fría y tan vacía —pienso llorando y acurrucándome en posición fetal—. ¿Por qué no sueño contigo, Marcela? ¿Por qué has dejado de contarme tu historia? Me siento tan sola, tan abandonada...», me quejo, y un gemido desconsolado sale de mi interior, despertando a Elsa.

—Olivia —murmura levantándose y subiendo hasta mi litera—, ¿otra vez llorando? Llevas semanas así. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? —me pregunta con dulzura acariciando mi pelo —. ¿Lloras por Roberto? —murmura ante mi mirada atónita.

—¿Cómo lo sabes? —susurro sin dar crédito, mirándola a través de las lágrimas.

—Porque hablas en sueños y siempre le pides que te espere.

Oírlo de su boca me rompe y lloro sin consuelo abrazada a la almohada. Elsa me ayuda a incorporarme y me abraza. Me aferro a ese abrazo como si de mi tabla de salvación se tratara; por primera vez desde que he llegado aquí, acepto el cariño de alguien y por fin, después de semanas de silencio, me sincero y le cuento toda mi historia sin omitir nada, incluso le hablo de Marcela y Juan.

Por primera vez narro su historia en voz alta; algo que no le conté a Roberto, ni a Javier ni a nadie, estoy contándoselo a Elsa, a esta chica que apenas conozco pero que no ha dejado de preocuparse por mí, sin importarle mis continuos desplantes y mi silencio.

—¡Vaya!, menuda historia tienes a tus espaldas; no me extraña que llores así, yo también lo haría de estar en tu caso, lo siento muchísimo, Olivia. Cuando los fines de semana te quedabas aquí encerrada, pensaba que era porque no querías salir con nosotras. ¿Alice lo sabe?

—Alice sabe que no estoy autorizada a salir, pero creo que desconoce el motivo, y te agradecería que no se lo contaras; no quiero que esta historia empiece a circular por ahí —murmuro.

—Alice no lo contaría, pero, tranquila, que esto queda entre tú y yo —me asegura sonriendo y dándome un beso—. Gracias por confiar en mí, la verdad es que ya estaba empezando a perder las esperanzas contigo.

—Gracias por no dejar de intentarlo; sé que no te lo he puesto fácil, pero me está resultando

muy difícil poder sobrellevar todo esto.

—Lo imagino, pero me tienes a mí para ayudarte. Olivia, sólo son dos años; Roberto no va a olvidarte ni tú vas a hacerlo tampoco. Vive esta etapa, crece y, si dentro de dos años aún lo quieres, búscalo.

—¿Y si rehace su vida? —pregunto atormentada.

—Le contaste tus planes, ¿no? Sabe que, cuando cumplas dieciocho años, serás tú quien dirija tu vida. Si te quiere, te esperará. Confía en él y que esa confianza sea suficiente como para superarte el día a día... y, ahora, ¡arriba! —me dice bajando y yendo hacia el ordenador—. Te gusta Malú, ¿verdad? Te he oído escuchándola, así que, ¡venga!, ¡canta conmigo! —me propone poniendo la canción *Quiero*,[8] empezando a cantarla y escenificándola como si de la propia Malú se tratara.

«¡Qué loca! —pienso sonriendo y mirándola—, pero ¿esta chica no tiene sentido del ridículo?»

—¿A qué esperas, Olivia? Te la sabes de memoria, ¡venga!, ¡canta conmigo! —e inexplicablemente me bajo de la litera y comienzo a cantarla con ella, creyéndome la letra y sabiendo que saldré de ésta, que podré con todo, porque este simple gesto es el principio para salir de este agujero en el que estoy metida.

Me ducho con su charla incesante de fondo. Elsa es fallera hasta la médula y, ahora que se acercan las fallas, tenemos temita todos los días. Hasta este momento apenas le había hecho caso, pero con el paso que he dado hoy no quiero hacerlo más, así que, por primera vez, la escucho con detenimiento.

—Tienes que venir un año a mi casa en fallas; tienes que vivirlas, Olivia... ir a la *despertà*, a los almuerzos casaleros, a las comidas, a las charangas, vestirte de fallera, hacer la ofrenda... ¡Mira!, ¡los pelos de punta tan sólo de pensarlo! La música, la *mascletà*... ¡¡¡Todooo!!!

—¿Estás llorando, Elsa? —le pregunto asomando mi cabeza de la ducha.

—¡Sí! —me contesta llena de sentimiento—. Soy fallera desde que nací y llevo dos años perdiéndomelas —me comenta con los ojos anegados por las lágrimas.

—¿Quieres que te acompañe y vayamos a hablar con Alice para ver si puede hacer cambiar de opinión a la directora? —le pregunto empatizando por primera vez con su situación y deseando de corazón que pueda ir a las dichosas fallas.

—Llevo desde el mes pasado rogándoselo y sin poder conseguirlo, pero... vayamos, tampoco perdemos nada.

Así que terminamos de vestirnos y, antes de desayunar, nos encaminamos a su despacho en su busca.

—¡Hola, Alice! ¿Podemos pasar? —pregunta Elsa entreabriendo la puerta.

—Hola, chicas. Me pilláis de casualidad —nos dice cogiendo varias cosas de su mesa.

—¿Por qué? ¿Te ibas? —demanda Elsa sentándose cómodamente en uno de los sillones.

—Estaré todo el fin de semana fuera. Mi hermano Rob llega hoy para quedarse unos días en mi casa y necesito estar junto a él; creo que está pasando por un mal momento y no quiero que esté solo. Y tú, Olivia —me pregunta sonriendo—, ¿qué tal? Te veo mejor.

—Bueno, no es que sea la alegría de la huerta, pero hoy ha dado un paso importante, ¿verdad? —me pregunta Elsa sonriendo.

—Más o menos —susurro.

—La insistencia tiene premio —afirma Alice con cariño—. Me alegra que hayas dado ese paso que estoy segura de que es enorme para ti.

—¿Y qué le ocurre a tu hermano, Alice? —se interesa Elsa, olvidando el motivo por el que nos encontramos aquí.

—No lo sé exactamente; no ha querido contármelo, pero lo conozco y su voz sonaba diferente, como si estuviera derrotado... pero es mera intuición, igual son todo tonterías mías. Y, vosotras, ¿qué queríais?

—Que dejes a Elsa ir a Valencia —planteo con decisión—. No sabes la matraca que está dándome todos los días con las dichosas fallas —le digo mirándola con una sonrisa.

—¿Tú también, Olivia? Mira, Elsa, ya sé que tus padres te autorizan a ir, pero la directora no. Las fallas no se consideran algo urgente; imagínate que todas las chicas pidieran volver a su casa cuando fueran las fiestas de su ciudad, esto sería un caos; además, en Semana Santa ya irás a tu casa.

—A mí la Semana Santa me da igual, yo quiero ir ahora —replica enfadada.

—Lo siento, Elsita, sabes que no puede ser. Tengo que irme, chicas, su avión está a punto de aterrizar. —Cogiendo su bolso, sale disparada de su despacho.

—Lo siento, Elsa —murmuro.

—No más que yo. Vamos a desayunar —me dice con tristeza.

Durante el camino al comedor, me propongo integrarme con todas mis compañeras. Alice tenía razón cuando me comentó que esto no era un punto final, sino un punto y aparte, una pausa en mi vida y en mi relación con Roberto, que estoy segura de que se retomará cuando cumpla dieciocho años, cuando sea yo quien dirija mi vida... y, con ese pensamiento, la esperanza crece dentro de mí como una minúscula luz al final de este oscuro túnel en el que se ha convertido mi vida.

Por la tarde, mis nuevas amigas se marchan durante un par de horas a Dublín exceptuando a Elsa, que opta por quedarse conmigo. Hace sol, algo realmente extraño aquí, y decidimos disfrutarlo tumbándonos en el césped del jardín. Si cierro los ojos puedo imaginar que estoy sobre el césped de mi antiguo colegio, con Roberto haciendo las guardias y Lucía colgada de su brazo, sintiendo su mirada fija sobre mi cuerpo, pero la realidad es que no estoy allí, estoy en Irlanda, en un internado, alejada de él y de todas las personas importantes para mí, y una lágrima se desliza silenciosa por mi mejilla.

—Me gustaría que conocieras a mi familia. —La voz de Elsa me saca de mis pensamientos y me aferro a ella antes de que la tristeza me engulla otra vez—. Mi abuela es la caña; te gustaría y estoy segura de que tú le gustarías a ella. Mira si es tremenda que un día, después de sacar dinero del banco, cuando estaba a punto de entrar en casa, la atracaron y, con ochenta años, empezó a forcejear con el asaltante, llamándole todas las perrerías que se le pasaron por la cabeza, y un chico que pasaba por ahí, al oírla, comenzó a forcejear también con él para ayudarla, terminando en el suelo tanto mi abuela como el pobre chaval, con una leche de regalo que flipas. ¿Y sabes qué es lo mejor? —me pregunta sin esperar una respuesta por mi parte e incorporándose—. Pues que mi abuela llevaba el dinero en las tetas —suelta empezando a descojonarse y consiguiendo que me ría con ella—. Imagínate la que montó por un bolso medio vacío que tenía más años que Matusalén. —Se tumba de nuevo sobre el césped sin dejar de reír y guardando un momento de silencio—. Y luego está el señoritingo, mi hermano y el niño mimado de la casa; tiene dieciocho años y no se ha hecho la cama ni un puñetero día; por no hacer, no sabe ni calentarse un vaso de leche. ¡Es inútil con ganas!, y la culpa de todo la tiene mi madre, por consentirlo tanto. ¡Si yo te contara!

—Bueno, yo tampoco me había hecho nunca la cama hasta que llegué aquí —le confieso en

un intento de medio sonreír.

—¡Bah! Tú no cuentas. ¿Para qué ibas a hacerte la cama cuando tenías quien la hiciera por ti? Pero en mi casa es diferente. ¿Te puedes creer que mi madre me levantaba todos los sábados a las diez para ayudarla con las tareas de la casa y encima me pedía que no hiciera ruido porque el huevón de mi hermano estaba durmiendo? ¡Me podía, te lo juro, Olivia! ¡Qué rabia!

—A mí me hubiera encantado tener un hermano o una hermana —le aseguro encogiéndome de hombros—. Hubiera estado bien tener a alguien con quien compartir mi vida y la situación tan estresante que vivía con ellos.

—Yo seré tu hermana a partir de ahora. ¿Qué me dices?

—¡Venga ya! —contesto sonriendo.

—¿Qué pasa? ¿No tengo suficiente *glamour* para ser tu hermana?

—¡Qué tonta eres!, claro que sí, no es por eso. Puede que, mientras estemos aquí, seamos como hermanas, pero luego, cuando todo esto termine y volvamos a casa, tú tendrás a tu familia y yo, bueno, yo no sé ni a quién tendré ni donde estaré.

—Estarás con Roberto, donde esté él. ¿Dónde, si no? Y nunca perderemos el contacto, hablaremos casi todos los días por teléfono y quedaremos algún fin de semana; seremos como hermanas en la distancia.

—Hermanas en la distancia —susurro—. ¿Por qué no? Es más de lo que nunca soñé —le contesto sonriendo de nuevo.

—¿Hecho? —me pregunta.

—Hecho —afirmo mientras los pájaros trinan subidos a las ramas de los árboles y la leve brisa las mueve, creando palabras con cada uno de sus movimientos; «siempre», parece que dicen, pero... ¡qué tontería!

Elsa prosigue su charla incesante, hablándome de sus padres, de sus primos, tías, tíos... Tiene una familia muy extensa y la envidio por ello. «Ojalá yo también la tuviera», pienso mirando el cielo limpio de nubes y recordando a mis abuelos. «Os quiero, allá donde estéis», susurro sólo para mí.

Las horas pasan rápidamente y, antes de que nos demos cuenta, nuestras compañeras ya están de vuelta de su escapada a Dublín y, sentándose con nosotras, formamos un círculo en el que las risas y las bromas son el factor predominante y así, de repente y sin pretenderlo, vuelvo a formar parte de otro núcleo, el de mi nueva familia irlandesa, un núcleo formado por chicas de mi edad, cada cual diferente pero unidas por un presente: Irlanda.

Capítulo 30

Los días pasan a un ritmo lento y veloz a la vez; febrero da paso a marzo, marzo a abril y a las vacaciones de Semana Santa, y la emoción es la nota predominante en el internado. Todas mis compañeras regresan a sus hogares excepto yo, que me quedaré aquí y, aunque lo prefiero mil veces a tener que volver a esa casa, lo haría con los ojos cerrados si con ello pudiera verlo de nuevo.

Voy caminando hacia el pabellón de música cuando la voz de Alice me detiene.

—Olivia, ¡espera!

—¡Hola, Alice! —la saludo con una sonrisa. Ella, junto con Elsa, se ha convertido en un pilar fundamental de mi vida, en la roca en la que apoyarme cuando la negrura regresa amenazando con ahogarme.

—¡Hola, cielo! ¿Tienes cinco minutos? Llevo todo el día queriendo hablar contigo.

—Sí, no te preocupes, todavía falta un poco para que empiece la clase. ¿Qué sucede? —le pregunto sentándome en el mismo banco en el que me senté por primera vez el día que llegué y en el que tantas veces he llorado, cobijada bajo las ramas del árbol que lo ampara.

—He estado hablando con la directora y hemos pensado que, ya que tenemos el permiso de tus padres para que te instales con una familia, podrías venir a mi casa durante las vacaciones de Semana Santa. ¿Qué te parece?, ¿te gustaría? —me propone con dulzura—. Así podrías salir de aquí, aunque fuera por unos cuantos días.

La miro sin poder creerlo: salir de aquí y no estar sola durante las vacaciones...

—¿Qué dices, Olivia? ¿Te apetece? —insiste frente a mi silencio.

—Alice, ¡me encantaría! —respondo emocionada, abrazándola y llenándola de besos.

—¡Pues hecho! Así Elsa puede quedarse tranquila y dejarme de atosigar a mí también, que me tiene frita —me confiesa mordiéndose el labio y poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué? —le pregunto riendo; viniendo de Elsa, me espero cualquier cosa.

—Porque lleva varias semanas insistiendo en que te deje ir con ella a su casa y, frente a nuestra negativa, había optado por llamar a sus padres para decirles que se quedaba aquí contigo.

—¿De verdad? No me ha dicho nada —murmuro sintiendo cómo mi cariño hacia Elsa alcanza cotas impensables.

—A ti no, pero a mí, sí —me dice riendo.

—Gracias, Alice —susurro emocionada.

—¿Por qué, tontina? Si en el fondo es un acto egoísta —me confiesa guiñándome un ojo—. Desde que mi hermano Rob se marchó, me siento muy sola.

—¿Está mejor? Recuerdo que nos dijiste que le sucedía algo... —murmuro evocando el día de su llegada y en el que decidí salir de mi oscuridad.

—Y yo qué sé... —declara derrotada—. ¿Recuerdas cuando llegaste aquí? ¿Lo triste que

estabas? Pues él estaba igual que tú... no, peor —corrige—, porque también estaba cabreado, muy cabreado, como si el mundo le debiera algo, y lo peor de todo es que se ha marchado del mismo modo; estar aquí no le ha beneficiado en absoluto. Además, me frustra que no haya confiado en mí —por primera vez veo a Alice preocupada y triste—: por mucho que insistí, no quiso contarme qué le ocurría; bueno... dejémoslo estar, que tú con lo tuyo ya tienes suficiente. Entonces, ¿le digo a la directora que te vienes conmigo?

—¡Por favor! Necesito salir de aquí —acepto sonriendo.

—¿Qué hiciste, Olivia? No me lo cuentes si no quieres, pero es que... eres tan buena chica, tan formal, tan aplicada, que... por mucho que lo intente, no te imagino haciendo nada que merezca tal castigo.

—Nacer —susurro avergonzada agachando la mirada y sintiendo las garras oprimiendo mi garganta y mi alma—, eso es lo que hice. Mis padres nunca me quisieron y lo que hice no fue nada grave ni extraordinario, pero sí una excusa para deshacerse de mí. —Guardo un momento de silencio recordándolo y dejando que las lágrimas fluyan libremente—. Me enamoré, Alice, de un hombre maravilloso pero mayor que yo, ése fue mi delito.

—Lo siento, cielo, no sabes cuánto —murmura abrazándome mientras lloro desconsolada entre sus brazos, sacando toda la amargura que, a pesar de mis esfuerzos, late acompasada junto a mi corazón día tras día—. Llora y desahógate, cariño, te hará bien.

Las ramas del árbol nos acogen, como si de unos brazos se tratara, moviéndose levemente con la brisa y llevando con ellas palabras creadas por el viento, los pájaros y mi imaginación... «te quiero»... palabras que me calman junto con el abrazo y el cariño de Alice, esta mujer que, sin ser nadie, es, junto a Elsa, mi todo.

Las vacaciones de Semana Santa las dedicamos a visitar Dublín y sus alrededores, algo que después de meses de encierro es como un soplo de aire fresco; además, Alice es la guía perfecta y con ella visito el castillo de Dublín, vamos de compras por Grafton Street, uno de los distritos comerciales más famosos de Irlanda, y nos hacemos la típica foto de rigor junto al Spire, o monumento de la luz, la famosa aguja de acero inoxidable.

En Temple Bar, una zona de estilo medieval, entramos en uno de los muchos pubs de fachada roja y grandes ventanales, donde, sentadas en taburetes y con una barrica de madera como mesa, nos tomamos una pinta de cerveza y un sándwich caliente de jamón y queso frente a una barra flanqueada por miles de botellines de cerveza de todos los tamaños, marcas y colores. Charlamos sin parar, de todo y de nada, bromeamos, reímos y, por unas horas, vuelvo a ser un poco feliz.

Visitamos la catedral de San Patricio y la de la Santísima Trinidad, una de las más antiguas de la ciudad, donde abajo, dentro de su cripta, para mi asombro, se encuentra un café-restaurante, en el que nos tomamos el típico café irlandés.

Otro día lo dedicamos a visitar Howth, un pequeño pueblo costero lleno de pequeñas casas, situado a una media hora de Dublín. Recorremos los restos de fortalezas y castillos, nos hacemos fotos y comemos el salmón más delicioso que he probado en toda mi vida.

Al día siguiente, cargadas con sendas mochilas, nos dirigimos a Glendalough, o valle de los lagos, un parque natural situado en el condado de Wicklow donde dos lagos, el Superior y el Inferior, rodeados de montañas, árboles y las ruinas de un monasterio, me trasportan a tiempos lejanos, de monjes y ermitaños. Y allí, cerca de las ruinas, nos comemos un bocadillo acompañadas de pasado, silencio y naturaleza.

El último día, y como colofón a estas maravillosas vacaciones improvisadas, lo dedicamos a visitar los acantilados de Moher, que, aunque están bastante lejos de Dublín, son una escapada

obligatoria que me deja sin respiración. Esas moles de piedra, con sus entrantes y salientes, cayendo a plomo sobre el Atlántico, como si de una lucha territorial se tratara, tierra contra mar, hacen que me sienta pequeña e insignificante. El viento y la lluvia azotan mi rostro, empapándolo, pero no me importa, me siento tan en conexión en este entorno que, si por mi fuera, me quedaría aquí durante horas, como una simple espectadora de la naturaleza.

El sonido del mar chocando ferozmente contra las rocas compite con el de las miles de aves que anidan entre ellas, trasportando la palabra *siempre* mezclada entre sus graznidos y el estrépito del agua. Puede que sea fruto de mi imaginación o puede que sea real, pero no lo cuestiono y lo acepto, tal y como acepté los sueños de Marcela y Juan, tal y como vengo aceptando mi vida y mi destino.

Mi mirada intenta abarcarlo todo; los colores, tan vivos que parecen competir entre ellos, el verde intenso de la hierba contra el negro de las rocas y el azul profundo del mar, y yo... arriba... sintiéndome tan sola, prometo que volveré aquí con él, con mi otra mitad, cogida de su mano, con mi corazón en calma y sintiéndome completa.

—Olivia, ¿estás bien? —me pregunta Alice rodeándome con sus brazos.

—Dentro de unos años estaré mejor —murmuro sonriendo—. Gracias por traerme aquí, Alice.

—De nada, cielo. Anda, vámonos, que estamos empapadas —me dice riendo y tirando de mí, como viene haciendo desde que llegué a Irlanda.

Gracias a esos tirones y a esa alegría suya, me mantengo en pie, caminando día a día y afrontando esta realidad impuesta frente a un futuro incierto.

Terminan las vacaciones y regresamos al internado: mis amigas, emocionadas y felices por el tiempo pasado con su familia, y yo, mejor. Alice ha sido mi bálsamo y estos días junto a ella han resultado cruciales en mi vida.

Elsa me habla de sus vacaciones, de las comidas en la montaña y de las escapadas a la playa, y yo le hablo de mis días junto a Alice y de nuestras maravillosas excursiones... y así, de nuevo metidas de lleno en nuestra rutina, pasan los días y los meses, con su recuerdo acompañándome imperturbablemente, siempre junto a mí.

Por Elsa me entero de que mi padre se ha convertido en el presidente del Gobierno y gracias a Alice puedo ver varias fotografías suyas junto a mi madre, celebrándolo en el balcón de la sede del partido, felices y unidos. Yo podría estar ahí compartiendo ese momento con ellos, cogida de su mano. «Si todo fuera diferente entre nosotros, yo hubiera formado parte de esa fotografía», pienso con un nudo en la garganta y sintiendo cómo las lágrimas se abren paso a través de mis mejillas. Por mucho que intente engañarme diciéndome que ya no me importa, es una burda mentira: son mis padres y siempre me dolerá su rechazo.

Mis días se llenan de estudio. Me he propuesto ser la mejor en la asignatura de matemáticas y voy consiguiéndolo; para mi sorpresa, empiezo a convertirme en una lumbrera en esa asignatura y ese hecho me llena de felicidad y satisfacción y así, día a día y sin darme cuenta, finaliza el curso.

Veo a mis amigas partir hacia sus hogares, regresar con sus familias, y vuelvo la mirada hacia Alice, que se encuentra subida en su vehículo, esperándome para volver a su casa otra vez. Mi Alice, mi otra hermana, la persona que me cuida y me escucha, la que me abraza cuando siento la necesidad de llorar, la que nunca ha vuelto a preguntarme nada por miedo a hacerme daño, la que tira de mí cuando deseo hundirme de nuevo.

—Olivia, ¿a qué esperas? —me pregunta asomándose por la ventana.

Y sin contestarle y corriendo, vuelo hacia ella.

El verano lo dedicamos a descansar y durante unos días vamos a casa de sus padres, Carrick y Maeve. Allí conozco a su hermana Alana, a su marido Liam y a la pequeña Ceire, una niñita de tres añitos espabilada como ella sola; a Rob, nadie lo nombra y yo tampoco lo hago.

Los días que estamos en casa de los padres de Alice son maravillosos; ellos son todo lo opuesto a los míos, sencillos y cariñosos, y su casa, un hogar de verdad, como el de mis abuelos, donde no importa que las flores estén recién puestas y luzcan perfectas dentro de un jarrón carísimo y divino, donde puedes dormirte cómodamente en el sofá con el perro subido a tus pies, donde huele a galletas recién horneadas, donde la cocina se convierte en lugar de reunión mientras preparamos la comida charlando de nimiedades, como que la hija del vecino se casa o la prima de alguien a quien no he visto en mi vida se separa, y me doy cuenta de que esto es lo que quiero en la vida... lo único que deseo es tener una casa llena de amor, donde pueda sentirme protegida y querida, donde sepa que tengo un refugio, una fortaleza, pero no de bienes, sino de cariño.

Junio da paso a julio, a agosto y a nuestro regreso al internado, pero esta vez estoy feliz por ver de nuevo a Elsa y a mis amigas. El reencuentro está plagado de abrazos y risas; nos interrumpimos continuamente para contarnos todo lo acontecido estos últimos meses en los que hemos estado separadas y, de nuevo, volvemos a nuestra rutina, a nuestras clases y a los exámenes. El frío poco a poco se abre paso y la noche acorta los días. Sentada frente a mi libro de matemáticas, lo recuerdo como siempre.

De vez en cuando, y gracias a la madre de Elsa, que le envía con regularidad revistas del corazón a petición mía, les sigo la pista a mis amigas. Teresa, mi Teresa, tan bonita y tan pijita como de costumbre, da exclusivas con su madre, luciendo sus mejores galas; mi amiga Adriana, novia ahora de Gabriel, el futbolista del Real al que conocí y del que Roberto sintió celos; Bianca, convertida ahora en una *it girl* y con un blog de moda... «La vida sigue para todas —pienso mirando la imagen sonriente de Teresa—, incluso para mí.»

A quien no vuelvo a ver, para mi preocupación, es a Javier. ¿Qué será de él? Esa pregunta me atormenta continuamente; me gustaría saber qué ha sido de su vida, si está con Toni o si sus padres lo enviaron fuera como hicieron los míos. De Montse y el resto tampoco vuelvo a saber nada, pero es normal, a ellos no los sigue la prensa.

De mis padres no tengo noticias. Sé que Alice envía con regularidad mis notas a sus asistentes, pero, exceptuando esas comunicaciones, no hay ningún tipo de comunicación por ninguna de las partes, ni siquiera hoy, el día de mi dieciocho cumpleaños, que lo celebro junto a mi nueva familia irlandesa en este hogar en que se ha convertido el internado.

Estoy en mi habitación, de pie frente a la ventana, cuando entra Elsa.

—¿Cómo te sientes al cumplir los dieciocho? —me plantea sentándose despreocupadamente en la litera.

—Liberada —afirmo con serenidad—; por fin me siento libre, Elsa. Ya no dependo de ellos, ya no estoy obligada a acatar sus órdenes, ahora puedo hacer lo que quiera.

—¿Vas a marcharte? —me pregunta con tristeza.

—Lo he estado pensando y no, sólo nos quedan dos meses para finalizar el curso y presentarnos al Leaving Certificate, y quiero ese título. Si puedo, quiero presentarme al nivel superior en todas las asignaturas, sacármelas con honores... por él, por mí y por estos dos últimos años —le digo enfatizando las últimas palabras y sentándome junto a ella—. Dos meses no son nada para todo lo que he esperado.

La veo respirar con profundidad y abrazarme llena de sentimiento.

—No quiero que te marches, Olivia, no estoy preparada para que nos separemos todavía, pero creía que lo harías y todos los días durante esta última semana he estado mirando tu armario para comprobar que no habías hecho el equipaje —me confiesa en una tímida sonrisa.

—Lo he pensado mucho. Quiero irme, Elsa, cogería mis maletas y saldría ahora mismo por esa puerta sin pensarlo, pero, si lo hiciera, ¿de qué habrían servido estos años de sufrimiento? He estudiado hasta el agotamiento y he tenido un comportamiento ejemplar solamente por él, para que mis padres no cumplieran su amenaza; si ahora me fuera, ¿de qué me hubiera valido? Por eso no salgo pitando por esa puerta ahora mismo y me quedo, porque no voy a echar por tierra dos años de duro trabajo.

»De todas formas, le he pedido permiso a Alice para poder llamar mañana al abogado de mis abuelos. —Guardo un momento de silencio antes de proseguir—. Si dentro de unos meses voy a emprender mi vida por mi cuenta, necesito saber qué me dejaron en herencia para poder planificarla. Mañana, por fin después de tanto desearlo, podré hacer esa llamada y tener mi vida en mis manos.

—Nunca estarás sola, Olivia, siempre me tendrás contigo —me dice sonriendo con cariño y cogiendo mi mano—. Parece mentira que hayan pasado dos años, estabas tan triste cuando llegaste...

—Lo recuerdo —murmuro—; todavía estoy triste, Elsa. Aunque me veas riendo, aunque durante unos instantes pueda parecer feliz, no es una felicidad completa. El dolor por no estar con él y por no saber nada de su vida me acompaña continuamente, la diferencia es que ahora me he acostumbrado a sentirlo junto a mí y puedo sonreír a pesar de todo.

—Ya queda poco para que esa felicidad sea completa —afirma—. Me siento orgullosa de ti.

—Y yo, de ti. Gracias, Elsa... por tu paciencia y por no desistir en tu empeño de hacerte amiga mía a pesar de mis continuos desplantes; no sé qué hubiera sido de mi vida sin ti.

—No me des las gracias, tontina. Ven —me pide abrazándome, llorando ambas—. Te envidio, Olivia: ese amor que sientes por él es extraordinario, ojalá algún día yo me enamore de alguien de esa forma.

—Espero que él también lo sienta por mí todavía —murmuro secando mis lágrimas en un intento vago por sonreír.

—¿Cómo lo dudas? Estoy segura de que te ha esperado y ansiado el momento tanto como tú.

Me acuesto esperanzada soñando en el día en que lo vea de nuevo, imaginando nuestros besos, nuestras caricias, sintiéndolo cerca a pesar de estar separados por miles de kilómetros, sabiendo que, esté donde esté, lo encontraré, porque él es mi destino y, su amor, mi único hogar... siempre.

Despierto antes de que suene el despertador, ansiosa por la llamada que he de realizar y, tras levantarme de mi cama, me dirijo a mi mesa, donde tengo la carpeta con todo lo que me dio mi abuela, y allí, dentro del sobre, un nombre, Pedro de la Torre, y un teléfono. Hoy por fin hablaré con él y mi futuro dejará de ser futuro para ser mi presente.

Capítulo 31

Las clases se me hacen largas y tediosas. Tengo el estómago cerrado y en todo el día apenas pruebo bocado, y por fin llega la hora y, con los nervios a flor de piel, me dirijo al despacho de Alice. Llamo y, sin esperar respuesta, entro.

—Hola, Alice —murmuro con el corazón atronándome en el pecho.

—Hola, corazón. Todo tuyo —me dice sonriendo y señalándome el teléfono.

—Quédate conmigo, Alice, no quiero estar sola.

—¿Segura?

—Sí —musito cogiendo aire profundamente y empiezo a marcar, dejando el manos libres conectado para hacer partícipe a Alice de la conversación.

Un tono, dos...

—Despacho De la Torre, ¿dígame?

—Buenos días. Soy Olivia Sánchez Márquez, la nieta de los señores Márquez; querría hablar con el señor De la Torre, si es posible. —Estoy tan nerviosa que mi voz es un susurro y mi corazón, una apisonadora dentro de mí.

—Un momento, por favor. —La voz eficiente de la señorita contrasta con la mía y me obligo a tranquilizarme.

Alice, entendiendo mi estado de nervios, se sienta junto a mí y coge mi mano con cariño, prestándome todo su apoyo.

—Hola, buenos días. —La voz masculina al otro lado de la línea me activa y me siento erguida, como si pudiera verme.

—Hola, buenas tardes. ¿Es usted Pedro de la Torre?

—Sí, lo soy.

—Encantada, soy Olivia Sánchez Márquez. Mis abuelos me explicaron que habían dispuesto que heredara una cantidad de dinero cuando alcanzara la mayoría de edad y me dieron su teléfono como contacto.

—Así es; me alegra que se haya puesto en contacto conmigo, puesto que llevo desde ayer llamándola al número que me facilitó su abuela, sin éxito. ¿Podríamos reunirnos? Es un tema un poco complejo para hablarlo por teléfono.

—No creo que eso sea posible de momento; me encuentro en Irlanda cursando mis estudios y le agradecería que no llamara más a ese teléfono. De ahora en adelante, si necesita cualquier cosa, puede localizarme en este mismo número hasta que pueda facilitarle otro.

—Muy bien. Le haré un breve resumen de momento; aun así, insisto en reunirme con usted cuando regrese a Madrid. ¿Le parece que nos tuteemos? Me hace sentir mayor hablándome de usted.

—Por supuesto.

—Como sabrás, durante años fui el abogado de tus abuelos. Ellos, en especial tu abuela, estaban preocupados por la relación que tus padres mantenían contigo y querían asegurar tu futuro a sus espaldas; en mi mano quedaba velar por esos intereses —me dice guardando unos minutos de silencio—. Ayer cumpliste dieciocho años y heredaste automáticamente la cantidad de 568.000 euros, repartidos en acciones bursátiles y efectivo a nombre de O.S. Márquez S.L., una sociedad de la que tú eres titular y de la que tanto Miguel, el asesor financiero de tu abuelo, como yo somos apoderados. Estos poderes puedes revocarlos cuando quieras —me informa ante mi sorpresa—. Te preguntarás, supongo, de dónde sacaron tanto dinero tus abuelos, ¿verdad?

—Sí... —murmuro en un hilo de voz.

—Tus abuelos adquirieron, hace muchos años, unas tierras que con el tiempo fueron revalorizándose y que cedieron a una sociedad con el fin de evitar que tus padres la heredasen a su muerte. Mi trabajo y el del asesor financiero de tu abuelo consistía en venderlas ante una buena oferta y gestionar ese dinero hasta que pasara a tus manos. La venta de esos terrenos se realizó hace unos meses y fue entonces cuando decidimos invertir una parte en valores bursátiles fiables, gestionados por Miguel, el asesor del que te hablaba.

»Estas acciones, hoy por hoy, están generando beneficio, pero, si lo deseas, pueden venderse y te transferiremos inmediatamente el efectivo a tu cuenta corriente. Entiendo que, a tu edad, pueda ser difícil gestionar todo esto, pero quiero que sepas que la promesa que tanto Miguel como yo hicimos a tus abuelos no tenía período de caducidad, por lo que siempre velaremos por tus intereses.

»A partir de hoy, recibirás un informe diario en el que podrás comprobar los movimientos bursátiles de tus acciones. No te preocupes si no lo entiendes, porque Miguel siempre estará dispuesto a resolver cualquier duda que pueda surgirte.

—No entiendo nada de valores bursátiles, por lo que, de momento, lo dejo en tus manos, pero una cosa sí tengo clara y es que, a partir de ahora, mi vida se separa de la de mis padres —afirmo con seguridad—. Cuando termine el curso en junio, volveré a Madrid y entonces podremos reunirnos.

—Como te he dicho, mi deber es velar por ti, se lo prometí a tus abuelos, así que voy a tomarme la libertad de darte un consejo, Olivia: no dejes de estudiar y continúa formándote; que te veas con dinero ahora no significa que puedas malgastarlo, porque el dinero sin cabeza desaparece tan rápidamente como aparece. Sé inteligente y haz que tus abuelos se sientan orgullosos de ti.

—No tengo intención de malgastarlo ni de dejar de estudiar, eso nunca: mi deseo es ser matrona y no cesaré en mi empeño hasta conseguirlo —contesto sintiendo inexplicablemente a Marcela cerca de mí después de tanto tiempo sin hacerlo.

—Un bonito trabajo, aunque también sacrificado.

—Es lo que deseo.

—No tengo nada que objetar a eso. Llámame cuando regreses y comeremos juntos. Olivia —guarda un minuto de silencio, como si estuviera midiendo sus palabras—: tu padre es el presidente del Gobierno y un hombre muy influyente. Legalmente no tiene autoridad sobre ti, pero el poder puede ser peligroso, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo si intenta coaccionarte de alguna manera.

—Gracias —susurro entendiéndole de inmediato.

—Muy bien, me despido ya. Nos vemos en unos meses.

—Hasta entonces —murmuro y cuelgo.

—¿Qué te parece, Alice? —le pregunto sin poder reaccionar.

—No puedes hacerlo —me dice mirándome fijamente, obviando mi pregunta.

—¿El qué?

—Irte —susurra sin dejar de mirarme.

—¿Por qué? —le pregunto en un hilo de voz.

—Porque ayer el secretario de tu padre se puso en contacto con la directora para comunicarle que seguirás cursando tus estudios aquí en Irlanda, concretamente en el Trinity College, además de enviarle un detalle con varias carreras para que, una vez sepas tu nota media, elijas entre ellas —musita intentando calibrar mi reacción, a la vez que me tiende un folio con las carreras que mis padres consideran apropiadas para mí y que, de antemano, ya sé que voy a odiar.

—¿Cómooo? ¿Por qué no me lo contaste, Alice? ¿Cómo has podido ocultarme algo así? —le reclamo enfadada sin coger el folio que tiene entre los dedos.

—Porque ayer era tu cumpleaños y no quería estropeártelo.

—Alice, me importa bien poco lo que mis padres deseen que estudie o lo que quieran; por fin soy mayor de edad y puedo decidir por mí misma.

—Porque tienes dinero, ¿verdad? —me pregunta con seriedad y con un punto de crítica.

—Sí, eso facilitará mucho mi vida sin duda, pero, aunque no lo tuviera, me iría igual. ¿No lo entiendes, Alice? —me quejo frustrada—. Durante dos años he sido como una huérfana: no me han llamado ni una sola vez, no han sabido si estaba enferma o sana, triste o feliz; no he leído este listado, pero de antemano ya puedo decirte que la carrera de Enfermería no figura como opción. ¿Crees que es porque no lo saben? Por supuesto que lo saben, pero lo que yo desee no les importa, como tampoco les importa mi vida lo más mínimo. ¿Sabes por qué quieren que estudie en el Trinity? Para mantenerme alejada de su vida, porque les estorbo y porque no me quieren con ellos.

»Alice, tú no sabes nada de mi pasado —murmuro—, no sabes nada de ellos, ni de mi vida antes de llegar aquí, pero créeme cuando te digo que no les debo nada, y luego está el hombre del que te hablé. Alice, necesito encontrarlo, mi vida está junto a él.

—Entonces llámalos y díselo; deben saberlo, Olivia, porque sí les debes algo: tu formación. Entiendo que estés dolida con ellos, yo también lo estaría, pero aun así son tus padres. Haz las cosas correctamente y camina con la cabeza bien alta, porque será de la única manera en la que podrás ser feliz. Además, si te fueras de aquí sin que ellos lo supieran, ¿en qué situación dejarías al internado o a mí? Toda la responsabilidad recaería sobre nosotros.

—Alice, soy mayor de edad, no hay responsabilidad que valga —replico enfadada.

—¡Ni mayor de edad ni leches! Tus padres confiaron en nosotros para tu educación y también para tu bienestar; si te marchas como tienes intención de hacer, vas a dejar en muy mal lugar al internado y a mí como tu tutora. Creía que, durante estos años, este colegio te había aportado algo más que conocimientos, creía que te habíamos ayudado a crecer como persona —me recrimina.

—Eso no es justo, Alice —me quejo alzando la voz—. Sabes de sobra que ha sido así, pero ¿qué quieres que les diga? ¡Dime! ¿Qué les digo a dos personas a las que no les importa lo más mínimo mi vida?

—Lo mismo que me has dicho a mí, ni más ni menos. No te pongas a su mismo nivel, cielo, y haz las cosas bien. No tienes por qué llamarlos ni hoy ni mañana, pero hazlo. Vive tu vida sabiendo que has dados los pasos correctos y, cuando llegues a Madrid o donde esté ese hombre, busca una universidad y continúa estudiando y formándote. Nunca cojas el camino fácil, porque

ése será un camino sin salida, ¿me lo prometes?

—Lo prometo —murmuro un tanto molesta por tener que llamarlos.

—Otra cosa: quiero que me prometas que me llamarás todos los días, quiero saber que estás bien y, sobre todo, quiero que me prometas que volveremos a vernos. —Promesas... más promesas... como en aquel sueño de Juan y Marcela, como las que nos hicimos Roberto y yo hace tanto tiempo, tan distintas pero con el amor como único nexo de unión.

—Te lo prometo —acepto sonriendo por fin—; también quiero volver a verte.

—Y yo —murmura abrazándome—. Te echaré de menos, mi niña.

—Y yo a ti.

Los siguientes meses son frenéticos. El fin de curso está cerca y, con él, el Leaving Certificate. Estudio hasta el agotamiento; me he propuesto sacar todas las asignaturas con honores y dedico hasta el último segundo de mi día a estudiar, sacando fuerzas de flaqueza por él, por mí y por estos dos últimos años.

Estamos en junio; hoy he realizado mi último examen y salgo del edificio principal satisfecha con el resultado, pues, aunque hasta agosto no sabré la nota final, algo en mi interior me dice que me licenciaré con honores. Todo ha terminado y me siento un momento en el banco que rodea el viejo árbol, que tantas veces me vio llorar al cobijo de sus ramas, y miro a mi alrededor, recordando mis primeros días, mi sufrimiento, mi angustia... y lo veo tan lejano... yo misma me veo tan distinta, tan diferente a cuando llegué. Por primera vez me siento en paz conmigo misma.

Los rayos del sol de principio de verano pintan de colores el paisaje... el verde del césped y de las hojas de los árboles, el azul del cielo, el blanco de las nubes... el viento cálido acaricia mi cara y me siento bien y en conexión con este lugar, mi hogar irlandés.

—¿En qué piensas? —me pregunta Alice sentándose a mi lado con una carpeta en la mano.

—Estaba recordando mis primeros días aquí —le digo sonriendo.

—No fue fácil.

—No... no lo fue.

—¿Y ahora?

—Lo echaré de menos, echaré de menos todo eso.

—¡Madre mía! —suelta con una carcajada—. Si llego a decirte eso el primer día que llegaste aquí, estoy segura de que me hubieras dado una buena torta.

—Fijo —le contesto riendo—; la verdad es que estaba muy enfadada —murmuro—. ¿Qué llevas en esa carpeta?

—La reserva de tu vuelo para el viernes. ¿Cuándo llamarás a tus padres?

—El mismo viernes, antes de ir al aeropuerto.

—Perfecto —musita con una cálida sonrisa— aunque ahora no lo creas, estás haciendo lo correcto.

—Gracias por todo, Alice.

—No me las des, sabes que te quiero mucho y haría lo que fuera por ti... y, ahora, vamos a divertirnos, que en el comedor han montado una pequeña fiesta de despedida —me informa riendo y tirando de mí hacia donde se encuentran mis amigas, como ha venido haciendo desde el primer día.

Mi Alice; sus tirones y su alegría son, junto con Elsa, lo mejor que me ha ocurrido estos dos últimos años.

Capítulo 32

—¡Olivia, despierta! —me llama Elsa levantándose de su litera llena de energía—. ¡Venga, arriba!, que hoy volvemos a casa.

Abro los ojos feliz y, sonriendo, me incorporo de un salto.

—¡Elsa, voy a verlo de nuevo! —le digo casi en un chillido—. ¡Por fin, después de dos años, hoy volveré a estar con él! —grito emocionada y asustada a partes iguales—. ¿Qué haré cuando lo vea?, ¿qué hará él? —le pregunto muerta de nervios, con taquicardias incluidas.

—¿Tú qué crees, tontina? Darle un morreo de narices y llevarlo a algún sitio donde puedas hacer todo lo que yo no puedo, a pesar de mis ganas. ¿Me llamarás para contármelo todo, verdad? Quiero detalles, muuuchos detalles, y fotos, ¡eso por supuesto! Necesito ver a ese pedazo de tío.

—Tranquila, que te mandaré muchas fotos —acepto riendo, feliz como hacía tiempo que no me sentía—. Eso sí, coge un pañuelo para limpiarte las babas.

—¿Te imaginas que ha echado tripa y te lo encuentras fondón y calvo? —me chincha descojonándose.

—¡Qué idiota eres! No lo quiero por su físico —le digo haciéndole una mueca—; además, en dos años no va a quedarse calvo.

—No, pero puede echar tripa —bromea riéndose y largándose corriendo a la ducha para evitar la almohada que estoy cogiendo para tirársela a la cabeza.

—¡Olvídate de la foto! —replico riéndome.

Nos despedimos entre lloros, diciéndonos cuánto nos echaremos de menos, prometiendo que nos visitaremos y que mantendremos contacto diario y, antes de que pueda darme cuenta, Elsa está saliendo del internado para no regresar jamás, como todas mis amigas, pero con una excepción: que esta vez yo también lo haré, esta vez no me quedaré en casa de Alice, sino que cogeré un vuelo con destino a Madrid, con destino a él. Pero antes debo realizar una llamada, una llamada muy importante para mí y que, inexplicablemente, deseo hacer, a pesar de mi enfado inicial con Alice. Llego a su despacho, llamo y entro.

—¿Preparada? —me pregunta con una sonrisa, señalándome el teléfono.

—Sí —respondo con decisión, empezando a marcar el móvil de mi padre... un tono, dos, tres...

—Dígame. —Su voz autoritaria detiene mi corazón durante unos segundos y mis recuerdos vuelan al último día en que estuvimos juntos hace dos años, dándome seguridad para continuar.

—Alfredo, soy Olivia. —No lo llamo papá a propósito; nunca lo fue para mí y ahora lo es menos que nunca.

—¿Olivia? ¿Qué quieres? Tengo prisa.

—Yo también te quiero —le digo con ironía—. Te llamo para comunicarte que no tengo intención de proseguir mis estudios en Irlanda. Como te dije hace dos años, mi vida estaba en vuestras manos hasta que alcanzara la mayoría de edad, cosa que gracias a Dios ya ha sucedido, así que, a partir de ahora, voy a vivirla como crea que debo hacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas mantenerte? ¿Vas a ponerte a trabajar? ¿Tú? —me pregunta antes de soltar una carcajada.

—Eso a ti no te importa —contesto muerta de rabia.

—Te equivocas. Soy el presidente del Gobierno y tus actos me incumben y repercuten en mí más de lo que crees, por eso estás ahí... ¿o lo has olvidado? —suelta con dureza.

—No, no lo he olvidado, pero déjame decirte una cosa: como te metas en mi vida o en la vida de las personas que quiero, hablaré con la oposición y les diré qué tipo de padre eres y, si con eso no tuviera suficiente, estoy dispuesta a ir a todos los medios que quieran escucharme para hablarles de ese presidente que aboga por la familia. Qué irónico, ¿no te parece, Alfredo? Tú, que no sabes el significado de la palabra *padre*, defendiendo ese concepto; van a frotarse las manos con mis declaraciones.

—¿Me estás amenazando? —masculla entre dientes.

—Sí, claramente estoy haciendo eso —le digo sonriendo con seguridad—. No te propases, ni tú ni tu mujer, porque os hundo. Tengo historias y vivencias de sobra como para llenar páginas y páginas de revistas y periódicos y horas de programas de televisión.

—No te propases tú o te arrepentirás de haber nacido. Por mi parte, puedes hacer lo que te venga en gana, siempre y cuando no nos nombres ni a tu madre ni a mí. Tu vida me es completamente indiferente, pero mi carrera no, así que mucho cuidado.

—Descuida, no tengo ningún interés en que se sepa quiénes son mis padres y, ahora que ya nos hemos amenazado mutuamente, ¡vete al infierno! Ojalá no vuelva a verte en mi vida —asevero con frialdad, colgando luego el teléfono.

—Eso es lo que yo digo decir las cosas con tacto y clase. ¡Venga ya, Olivia! ¿No había otra forma de hacerlo? —me recrimina Alice enfadada.

—¡No! Con él, ¡¡¡no!!! —contesto rabiosa—. A él sólo le importa su carrera y, amenazándolo con contar nuestras mierdas a la prensa, es de la única forma en que puedo asegurar mi tranquilidad. No intentes comprenderlo, Alice, porque es imposible que lo hagas con un hogar y unos padres como los tuyos. Sólo confía en mí.

—¿Puedo confiar en que no expondrás tu vida a la prensa?

—Siempre y cuando me dejen en paz. Te prometo que es lo último que deseo, pero no me temblará el pulso si debo hacerlo. Alice, voy a defender mi vida con uñas y dientes si es necesario. No pienso volver a pasar por lo que he pasado. Nunca —afirmo con rotundidad.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte y vuelve cuando lo necesites, mi casa siempre será la tuya. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé, y gracias por todo. Voy a echarte mucho de menos; dales un beso a tus padres de mi parte, y a tu hermana y a la peque... bueno, a todos —le digo sonriendo a pesar de estar llorando.

—No llores, tontina; yo también te echaré de menos. Vamos, te ayudaré con las maletas.

Me despido de Alice en la puerta del internado mientras Paul, el hombre que cargó mi equipaje el día de mi llegada, lo hace de nuevo. El cielo plomizo amenaza lluvia, como entonces, con la diferencia de que mi corazón ahora late feliz y tranquilo.

—Mira quién ha venido a despedirse de ti —me anuncia Alice secando sus lágrimas.

Me giro y veo a Carrick y a Maeve bajando del coche y saludándome.

—¡Maeve! ¡Carrick! —Corro hacia ellos y me fundo en un abrazo—. ¡Gracias por venir! —les digo llorando otra vez.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo? Además, mira lo que te traigo —me responde Maeve tendiéndome un paquete—. Ábrelo, ¡que te mueres de ganas! —añade riéndose.

Lo hago y...

—Galletas recién horneadas, con pepitas de chocolate —exclamo con un nudo en la garganta —, mis favoritas.

—Siempre que venías a casa, eras tú la que vaciaba el bote. ¿Cómo no iba a hacerte una hornada entera para ti? —me dice con ternura—. Vuelve pronto, mi niña; Alice te quiere mucho y nosotros también.

—Claro que lo hará —asegura Carrick con esa voz potente que tanto lo caracteriza—, porque, como no lo haga, enviaré a los duendes y a las hadas a por ella —bromea en una clara alusión a las miles de historias y leyendas que me contó cuando iba con Alice a visitarlos durante las vacaciones.

—Claro que volveré. —«Pero no sola», me digo pensando en Roberto—. Os voy a echar de menos —murmuro abrazándolos.

Y por fin subo al avión que me llevará de vuelta a él, a mi único destino posible. «¿Qué pensará de mí cuando me vea? —me pregunto durante el vuelo—, porque yo me siento tan distinta a cuando me fui...»

El avión aterriza en Madrid el 10 de junio a las cinco y media de la tarde, con el sol brillante dándome la bienvenida. Con el corazón henchido de felicidad y mi equipaje a cuestas, subo a un taxi y doy la dirección de su casa. No puedo creerme que por fin esté aquí, tan cerca de él, tan cerca de sus brazos y de su amor.

—Roberto... —murmuro para mí, llevando mi mano a la cadena que ha permanecido en mi cuello desde el día en que él la puso ahí, mirando a través de la ventana el tráfico infernal de Madrid y recordando los paisajes abrumadores de Irlanda mientras mi corazón late a un ritmo veloz.

El taxista tiene la radio encendida y oigo la voz de mi padre a través de ella como presidente del Gobierno y desconecto, volando con unas alas imaginarias hacia su casa, a nuestro reencuentro, fantaseando sobre cómo me echaré en sus brazos, cómo nos besaremos y cómo recuperaremos el tiempo perdido. Nada, ni mi padre ni nadie, podrá arruinar mi vida ahora.

Llegamos a su casa y le pido al taxista que espere mientras, atacada de los nervios, me dirijo al portal, pero mi dedo se queda congelado a escasos centímetros del timbre cuando veo que en su nombre no figura en él. «¿Por qué?», me pregunto leyendo y releyendo todos los nombres sin entender nada y pulsando finalmente el timbre al que tantas veces llamé en el pasado.

—¿Quién es? —pregunta una voz femenina a través del interfono.

—Buenas tardes, estoy buscando a Roberto Arribas.

—Lo siento, creo que se equivoca, aquí no vive ningún Roberto.

—¿Cómo que no? ¡Claro que sí!

—Puede que fuera el anterior inquilino; lo siento, tengo prisa.

No puedo creerlo. «Ha cambiado de domicilio?, ¿por qué?», me pregunto llegando al taxi y dándole la dirección del colegio. «Allí sabrán dónde vive ahora», me animo intentando tranquilizarme.

Durante el trayecto, inexplicablemente, pienso en Marcela y en Juan. Mi primer sueño con

ellos comenzó la noche antes de conocerlo y dejé de hacerlo la última vez que estuve con él, cuando nos separaron. ¿Por eso no estoy soñando con ellos? ¿Porque no voy a volver a verlo? ¡No! ¡No! ¡¡¡Nooo!!! El pánico está haciendo mella en mí y me obligo a convencerme de que no está todo perdido; puede que esté en el colegio o allí puedan indicarme su nueva dirección, seguro que todo tiene una explicación lógica y estoy sacando las cosas de quicio.

El taxista estaciona delante de la reja del colegio y de nuevo le pido que espere. Corriendo, me dirijo a la puerta, llamo, abren y, corriendo esta vez a través del jardín, me encamino a la portería, donde me encuentro con sor María.

—Buenas tardes, madre. ¿Se acuerda de mí? —le pregunto con fingida calma a pesar de que lo único que deseo es preguntarle dónde está a voz en grito.

—¿Olivia? ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás, hija?

—Bien, madre. Venía a ver a don Roberto, ¿está en su despacho?

—¿Roberto Arribas?

—Sí —susurro con el corazón en un puño.

—Don Roberto hace tiempo que no trabaja en este centro; un poco después de que tú te fueras, dejo de hacerlo.

—¿Por qué? —pregunto desgarrándome y temiéndome lo peor.

—No lo sé, hija, eso son temas de dirección.

—¿Puedo hablar con la directora?

—Me temo que no, está de claustro en Granada y no volverá hasta mitad de agosto.

¿Qué sucedió para que se fuera? ¿Lo despedirían? ¿Le harían algo mis padres? ¿No cumplirían su promesa? Empiezo a verlo todo borroso, estoy mareada... ¿Cómo voy a encontrarlo ahora?

—¿Olivia?

¡Lucía! Levanto la mirada de golpe para encontrarme con la que hace unos años fue mi pesadilla y por la que tantas veces discutí con él.

—Lucía, ¿dónde está Roberto? —le pregunto a bocajarro, olvidando mis modales y que tengo a sor María delante.

—Mejor vamos fuera; hasta luego, madre.

La sigo como un perrito faldero, ansiosa de información, dispuesta a vender mi alma al diablo si con ello consigo averiguar su paradero y saber qué sucedió. Salimos del colegio y, entonces, se vuelve para hacerme frente.

—¿Qué haces aquí, Olivia? —me suelta con frialdad.

—Necesito encontrar a Roberto —murmuro a punto de derrumbarme.

—No creo que eso sea posible; él ya no vive en Madrid y además... —me dice cruzándose de brazos—: ¿para qué quieres encontrarlo? —me pregunta con desconfianza, guardando unos minutos de silencio—. Fue por ti, ¿no es cierto? Todo fue por tu culpa.

—¿Qué fue por mi culpa? —quiero saber completamente perdida y a punto de echarme a llorar.

—Tú te fuiste y Roberto lo hizo poco después sin ningún tipo de explicación ni por su parte ni por la del colegio. Siempre imaginé que su marcha tuvo que ver contigo, y el que estés aquí ahora me lo confirma. ¿Estabais juntos, verdad? ¿Fue eso?

—¡Sí! ¡Estábamos juntos! —le confirmo desesperada—. Por favor, Lucía, sé que no me tienes simpatía, pero, si eres su amiga, por favor, dime dónde está. ¡Necesito encontrarlo! Si sucedió algo, debo saberlo —le pido desesperada, dispuesta a plantarme en el Congreso de los

Diputados y montar el Dos de Mayo como le hayan hecho algo.

—Por eso, porque soy su amiga, no pienso decírtelo. Él ha rehecho su vida y está feliz, y no vas a venir tú a poner su mundo del revés.

—¿Cómo que ha rehecho su vida? ¡Eso no puede ser! —grito fuera de mí sin poder controlarme.

—¿Crees que miento? —me pregunta con calma, hurgando en su bolso y sacando su móvil —. ¡Mira!

Me tiende su teléfono, donde veo su imagen por fin después de dos años y mi mundo se paraliza, abriéndose la tierra bajo mis pies. Está sonriendo feliz junto a una mujer y con un bebé entre sus brazos.

—Esta foto es de hace unos días, tú misma puedes comprobarlo; mira el mensaje que me envió junto a ella.

Digan lo que digan, yo la veo igualita a mí.

—Déjalo en paz, Olivia. No sé qué ocurrió ni importa ahora, ¿no te parece? Él está feliz, no te metas en su vida y continúa con la tuya. Tu padre es el presidente del Gobierno, no creo que tengas problemas para conseguir todo lo que quieras.

—¿Cómo puede ser? ¿Cómo ha podido olvidarlo todo tan fácilmente? —murmuro para mí, obviando sus palabras y sin poder despegar la mirada de la fotografía.

—Tengo que irme, que te vaya bien —me dice cogiendo el móvil que aferro entre mis dedos.

No le contesto, no puedo articular palabra. Mi mundo se ha hecho trizas de repente... mis esperanzas, mi futuro, todo ha terminado. ¿Tan poco signifiqué en su vida? Durante todo este tiempo en el que estuve en Irlanda aferrándome a su amor, él estuvo con otra, incluso ha sido padre... y yo, ¿qué haré sin él?, ¿cómo podré continuar?

Oigo de fondo el sonido del claxon del taxi, pero no puedo reaccionar, no puedo moverme y, arrodillándome en el suelo, empiezo a llorar desconsolada, sin importarme quién pueda verme, sin importarme nada.

—¡Señorita! ¿Está bien? Por favor, suba al coche —me pide el taxista llegando hasta mí y ayudándome a levantarme.

Entre lloros, subo al taxi y le pido que me deje en cualquier hotel, no me importa cuál, pues sólo deseo hundirme en ese pozo de tristeza del que salí hace unos meses con tanto esfuerzo.

El taxista me deja en el primer hotel que le viene de paso y, como una autómata, cojo una habitación y, con mis maletas a cuestas, llego a ella como lo haría una muerta, dándome igual blanco que negro, más o menos. Abro la puerta y me siento en la cama. Siento tanto dolor, tanta pena, que me duele el alma, pero no lloro, para frustración mía soy incapaz de derramar una sola lágrima y la ira, poco a poco, se abre paso dentro de mí como una fiera hambrienta. «¿Tan poco signifiqué para él? ¿Eran mentira sus palabras? ¿O fui yo la que se aferró a ese sentimiento porque necesitaba sentirme querida? ¿Lo magnifiqué al alimentar ese amor durante tanto tiempo?», me pregunto levantándome y tirando al suelo todas las cosas que se encuentran sobre la mesa, para luego caer de rodillas. «¿Cómo ha podido olvidarlo todo tan fácilmente?»

—¡Te odio, Roberto! —exclamo, y de un tirón arranco la cadena con el símbolo del infinito de mi cuello—. ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! —grito empezando a llorar desesperada, acurrucándome en el suelo hasta quedarme dormida en el suelo, completamente agotada.

Despierto en medio de la noche; tengo frío, me duele todo y, como puedo, me arrastro hasta

la cama, para quedarme dormida de nuevo.

Capítulo 33

Abro los ojos con la luz del día y lo primero que ven mis ojos es la cadena tirada en el suelo. Me levanto y la recojo, arrepentida de habérmela arrancado anoche; no puedo deshacerme de ella, como tampoco puedo hundirme otra vez. «Si algo he aprendido durante estos dos últimos años es que, aunque me duela el alma, yo puedo; saldré de ésta como hice entonces», me digo secando mis lágrimas e intentando ponérmela con manos temblorosas, pero tiene el cierre roto, lo rompí anoche... está rota... como nuestra historia.

Me ducho y me cambio, obligándome a no sentir más, a confinar el amor y el odio que siento por él en un rincón de mi corazón y de mi alma, decidida a seguir caminando, aunque sea sola.

Tengo muchas cosas que hacer y, cuanto antes las haga, mejor. Lo primero es adquirir un móvil, necesito estar comunicada con el mundo y, sobre todo, llamar a Elsa; necesito oírla y hablar con ella, así que, tras vestirme, me dirijo a una tienda de telefonía donde adquiero un teléfono y la llamo. No necesito buscar su número de teléfono porque lo he memorizado, como el de Alice y el de todas las personas que me importan.

—¡Hombre! ¡Pero si estás viva! ¿Cómo ha ido el reencuentro? —me pregunta feliz.

—Elsa, él ya no está en Madrid —murmuro empezando a caminar sin rumbo.

—¿Cómo que no está en Madrid? ¿Y dónde está?

—No lo sé ni me importa tampoco.

—¿Perdonaaa? ¿Qué me he perdido? ¿Cómo que no te importa? —me demanda, asombrada por mi respuesta.

—Fui al colegio a buscarlo y me encontré con Lucía. ¿Te acuerdas que te hablé de ella, verdad?

—Sí, la sobona que se colgaba de su brazo a la mínima ocasión.

—Justo. Me contó que él había rehecho su vida con otra mujer.

—¿Y vas a creerla? Olivia, no podías con ella ni ella contigo. ¿Por qué vas a creer lo que te diga? Búscalo, seguro que es mentira, seguro...

—Elsa —la corto antes de que pueda seguir—: vi una fotografía suya; estaba con una mujer y un bebé recién nacido, ha sido padre.

—¿Cómooo? Perdona, pero en dos años no hay tiempo material suficiente como para sufrir, enamorarte y ser padre; nadie es padre a la primera de cambio. ¡No me jodas, Olivia! ¡No me digas que te lo has tragado! Seguro que es un montaje.

—Elsa, Lucía no sabía que iba a verme, no es ningún montaje: era él con una mujer y un bebé; además, ponía algo así como «digan lo que digan, yo la veo igualita a mí». Más claro, agua. Además, se lo veía tan feliz y tan orgulloso...

—¡Joderrr! Cuánto lo siento... ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé, ahora no sé nada.

—¡Vente a Valencia! ¡Hasta que sepas qué hacer con tu vida! ¡Ven a mi casa! Pasa el verano conmigo o vuelve a Irlanda con Alice, pero no te quedes sola, por favor.

—Tengo que reunirme con el abogado de mis abuelos. Además, necesito saber qué ocurrió, voy a buscar a Javier o a mis amigas... alguien tiene que estar al corriente de lo que pasó.

—¿Y qué más da lo que sucedió?

—Necesito saberlo para poder continuar. ¿Y si mis padres le hicieron algo? Ellos me prometieron que, si estudiaba y no les daba disgustos, lo dejarían en paz. ¿Y si no cumplieron su promesa? Necesito saberlo porque, como sea así, soy capaz de ir al Congreso de los Diputados y avergonzarlo delante de todos.

—Olivia, para, que estás haciendo chispa. ¿Qué tonterías estás diciendo? Como hagas eso, vas a ponerte en el ojo del huracán... la oposición, la prensa, todos se harían eco. Tu padre es el presidente, ¿sabes el alcance que tendrían tus palabras? Nunca volverías a ser anónima y todos te perseguirían, ¿así quieres empezar tu nueva vida? Además, ¿de qué serviría? Él ha rehecho su vida; olvídalo, vente a Valencia, reponte y continúa. La vida no termina por un tío, eso te lo aseguro.

Cojo aire profundamente intentando tranquilizarme mientras pienso en sus palabras.

—¡Olivia! ¿Me estás escuchado? No hagas tonterías, en serio, no arruines tu vida.

—Tranquila, no pienso hacerlo; luego te llamo.

Cuelgo y, parando un taxi, me dirijo a casa de Teresa. Si alguien lo sabe, sin duda es ella.

Llamo al timbre y responde Sabina, la asistenta de sus padres.

—Buenas tardes. ¿Está Teresa en casa?

—Sí. ¿Quién es?

—¿Puede decirle que una amiga está aguardándola abajo?

Espero durante unos segundos, cuando...

—¿Sí? ¿Quién es? —Reconocería la voz pijita de mi amiga entre un millón y, sonriendo, me muestro a la pantalla.

—Ni una palabra, Teresa, no digas que estoy abajo.

No me contesta y en cuestión de minutos la tengo frente a mí, echándose a mis brazos medio llorando.

—¡Olivia! ¡Olivia! ¡Eres tú! ¡Neniii! ¡Me moría por verte de nuevo! ¿Dónde has estado durante tanto tiempo?

—¿Nos tomamos un café y te lo cuento? Es un poco largo para hacerlo aquí —le digo secando mis lágrimas, que no dejan de fluir.

Llegamos al Starbucks y allí nos sentamos en una mesa alejada de las miradas de todos, donde le cuento de principio a fin toda mi historia con Roberto y mi estancia en Irlanda.

—¿Estuviste con Roberto? ¿Con el Bombonazo? —me pregunta asombrada—. ¡Dios míooo! Los rumores eran ciertos... —añade llevándose las manos a la cara y mirándome como si no me reconociera—. ¡¡¡Oliviaaa!!! ¿Cómo pudiste ocultarme algo así?

—Teresa, no te enfades, por favor. No podía contarlo, todo era demasiado delicado: él era mi profesor, yo, una menor, y estaba Javier, quien se suponía que era mi chico. ¿Cómo iba a explicártelo? Por favor, si era de traca... no podía hacerlo, compréndelo —le pido suplicante.

—¿Pensabas que lo contaría? ¿Es que no confiabas en mí? —me plantea dolida por mis palabras.

—Claro que confiaba en ti, pero le prometí a Roberto que no lo explicaría. Por favor, Teresa, cuéntame qué sucedió cuando me fui. ¿Qué clase de rumores circularon por el colegio?

Me mira con desaprobación; la conozco y sé que le ha dolido mi falta de confianza. Ella también ha cambiado. A pesar de que continúa igual de pijita que siempre, ha madurado, se ha hecho mujer, como yo, y después de un largo silencio, comienza a contarme lo que tanto ansío oír, dejando de lado reproches inútiles.

—Me acuerdo de todo como si fuera ayer, para mí también fue muy doloroso. Recuerdo que me dormí y casi llegué tarde a clase. Tu sitio estaba vacío e imaginé que estabas enferma; no habíamos hablado en todo el fin de semana y pensé en llamarte a la salida. A primera hora teníamos clase con él y fue muy extraña... estaba distraído y ausente. Varias veces consultó su teléfono en mitad de clase y se lo veía preocupado. Ese día nos cargó muchísimo de deberes y, casi al final de la clase, se acercó a mí para preguntarme si sabía dónde estabas. Por supuesto no supuse que su pregunta fuera más allá de la preocupación de un profesor por su alumna y no le di mayor importancia.

»Esos días fueron diferentes, había tensión en el ambiente. Roberto tenía muy mal aspecto... estaba descuidado, ojeroso, apenas nos prestaba atención y un día, sin ningún tipo de explicación, dejó de darnos clase.

—¿Pasaron muchos días desde que me fui hasta que dejó de daros clase?

—No, no llegaría a una semana. No fueron muchos y hubo habladurías en el colegio. Tú habías desaparecido y él abandonó el centro poco después. ¿Cómo no iba a llamar la atención algo así? Te llamé infinidad de veces, te dejé mensajes, fui a tu casa, pregunté por ti a todo ser viviente que pudiera ayudarme, pero sin éxito...

—¿Dónde dijeron mis padres que estaba? —le pregunto, cortándola.

—Ese día te llamé cuando terminaron las clases; tenías el móvil apagado y fui a tu casa. Nadie me abrió, ni siquiera Juana, y me preocupé. Llamé al fijo de tu casa sin éxito y, al día siguiente, volví; ese día sí estaba Juana, y me abrió la puerta llorando. Tus padres no estaban y me dijo que no sabía nada, que tu madre le había dicho que estabas en un internado en Suiza. Según le contó, habían estado viéndolo en verano, pero no había plazas y, cuando una chica se dio de baja y los llamaron para ofrecérsela, no lo dudaron y te matricularon, por eso las prisas.

Juana no se lo tragó. No dejaba de repetirme que todo era muy raro, que algo no iba bien, pero ni ella sabía el qué, ni yo tampoco, y con el tiempo todo se olvidó. A Roberto lo sustituyó Joaquín, y en tu lugar entró otra chica. Si sucedió algo, el colegio y tus padres se encargaron de silenciarlo.

»Durante un tiempo fui a tu casa para preguntar por ti, pero me daba la sensación de que mis visitas no eran bien recibidas y dejé de aparecer. Te busqué por Facebook, por Instagram, por Twitter... pero nunca te encontré.

—Y a él, ¿no volviste a verlo?

—No, nunca.

—¿Qué sucedería, Teresa? ¿Por qué dejaría de dar clase? —me pregunto con la vista fija en el café.

—¿Y por qué tuvo que suceder algo? A lo mejor te echaba de menos y no quiso continuar dando clases en un colegio que tanto le recordaba a ti, o quizá fue a buscarte a Suiza o simplemente se largó.

—¿Le contaste tú que estaba en Suiza?

—No, pero era algo que se supo en el colegio; puede que lo oyera. No lo sé, Olivia, todo esto es hablar por hablar. Exceptuando ese día en que me preguntó por ti, no volví a hablar con él.

Durante dos horas, charlamos sin cesar de lo que pudo ser y no fue, de su vida, de la mía y de

nuestros planes de futuros. Cómo es la vida: yo regreso del extranjero y ahora es ella la que se marcha a estudiar a París, con la diferencia de que ella ansía hacerlo.

Nos despedimos entre besos, dándonos nuestros teléfonos y prometiéndonos que nos llamaremos y estaremos en contacto. Durante estos días, he prometido tantas veces lo mismo que siento que mi vida es un bucle continuo.

De allí me dirijo a casa de Montse, la única que podrá darme el teléfono de Javier. Necesito saber que está bien y poder encajar las piezas del puzle que me faltan para poder entender a Roberto. Montse no está en su casa y me dirijo al restaurante de sus padres, que me saludan con cariño, se interesan por mi vida y me facilitan su teléfono.

La llamo y, al segundo tono, contesta.

—¿Sí?

—¿Montse?

—Sí... ¿Quién es?

—¿Ya no te acuerdas de mí? —le pregunto con tristeza al percatarme de que ha olvidado el tono de mi voz.

—¿Olivia? ¡Madre mía, tíaaa! ¡Por fin das señales de vida! ¡Ya verás cuando se lo cuente a Javier! ¡Tenemos que vernos ya! ¿Estás en Madrid?

—Sí. ¿Javier está bien? —le pregunto, preocupada por mi amigo.

—Claro. ¡Venga!, dime dónde estás, que voy.

—Estoy en el restaurante de tus padres —respondo feliz por verla de nuevo.

—¡Tardo diez minutos! Voy a llamar a Javier. ¡Diosss! ¡Le va a dar algo, seguro!

—Por favor, llámalo y pídele que venga, necesito verlo.

—No lo dudes, jodida. ¡No te haces una idea de cuánto te hemos echado de menos!

Cuelgo y me siento a esperarlos, mirando el reloj a cada segundo. Estoy tan nerviosa que siento que los minutos retroceden en lugar de avanzar y finalmente se abre la puerta y veo a Javier, tan guapo como siempre, y atropelladamente me levanto de la silla para ir a su encuentro. Sus brazos me envuelven con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer por segunda vez, y durante unos segundos nos evadimos del mundo.

—¡Olivia! ¡Es verdad! ¡Estás aquí! ¡Por fin! —me dice mirándome de arriba abajo—. ¿Estás bien? ¿Por qué estás tan ojerosa? —me pregunta abrazándome de nuevo con fuerza.

—Es una larga historia...

—¡Oliviaaa! —Montse está entrando a mil por hora por la puerta, corre hacia nosotros, se echa encima de mí y me llena de besos—. ¡Locaaa! ¿Dónde has estado?

Nos abrazamos y besuqueamos, lloramos y reímos y, cuando nos sentamos, me abro en canal, como hace unas horas con Teresa, llorando otra vez como si con cada palabra reviviera cada momento, esa fatídica noche, la reacción de mis padres y mi estancia en Irlanda, mi regreso, su paternidad... y, entre lloros y como puedo, finalizo mi historia.

—¿Roberto ha rehecho su vida? —me pegunta Javier con desconfianza.

—Eso parece —susurro.

—¿Y te lo has tragado, tía? —me pregunta Montse mirando a Javier.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Vi una fotografía suya, con una mujer y un bebé.

—Todo fue muy raro —interviene Javier—. Tenías que haberlo visto... esos días, después de tu desaparición, fueron tremendos para él. Te juro que nunca había visto a un tío tan desesperado y tan hecho polvo, lo pasó realmente mal... Luego sucedió algo y se largó.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sucedió? —lo interrumpo como si mi vida dependiera de su

respuesta.

—No lo sé, pero un día lo llamé para ver cómo estaba y me dijo que muy equivocado, que había estado muy equivocado y que se marchaba, que estaba hasta los huevos. Intenté que me lo contara, pero no hubo forma y no supe reaccionar. Su ira me dejó clavado en el suelo, tía; hablaba sin sentido y me pidió que no lo llamara más, que necesitaba olvidarte como fuera. Ese día rompimos todo contacto y ya no volví a verlo.

—Pero ¿por qué te dijo que estaba equivocado? —le planteo sin poder entender nada—. ¿Y por qué quería olvidarme?

—No lo sé, no tengo ni idea. Estaba como loco, pero del cabreo que llevaba encima, y yo me cabreé con él. No dejaba de gritarme y le colgué, furioso, jurando que nunca más lo llamaría.

—Pero ¿qué te gritaba?

—Ya te digo que decía cosas sin sentido. Yo creo que estaba medio borracho, porque no dejaba de repetir que había estado muy equivocado... no lo sé, hace demasiado tiempo.

—¿Mis padres le harían algo? ¿Tienes forma de averiguarlo?

—Mi padre ya no pertenece al partido y, tanto él como mi madre ya no son amigos de los tuyos.

—¿Nooo? ¿Por qué? —exclamo asombrada.

—Esa noche, cuando nos pillaron, fue decisiva para ti, y también para mí. Por suerte mis padres no reaccionaron como los tuyos y, para asombro mío, con el tiempo aceptaron mi relación con Toni y mi deseo de estudiar peluquería. Pero, que yo fuera gay, fue un mazazo tremendo en la carrera de mi padre; el tuyo intentó presionarlo para que intercediera en mi relación con Toni y, ante su negativa, digamos que lo dejó de lado y, al final, mi padre abandonó el partido.

—¿Y ahora? ¿Qué está haciendo? —me intereso, preocupada.

—Después de que mi padre abandonara el partido, otros colegas suyos también lo hicieron. Tu padre es muy radical en ciertos temas y se ha ganado bastantes enemigos, así que, entre mi padre, otros colegas y gente que ha ido sumándose al proyecto, han creado otro partido político: TsU o, lo que es lo mismo, Todos somos uno, ¿te suena?

—Te recuerdo que, durante dos largos años, he estado en un internado en Irlanda —le digo sonriendo—. Me alegro por ti, Javier, me alegro de que tus padres no reaccionaran como los míos y respetaran tus deseos. ¿Por eso ya no vas vestido tan pijito? —le pregunto, pues va vestido como lo hacía cuando nos cambiábamos en casa de Montse.

—Sí, por fin soy yo mismo y, aunque en un principio les costó aceptarlo y fueron días de reproches por parte de mi padre y de lloros por parte de mi madre, cuando vieron que la cosa iba en serio y que podían perderme, lo aceptaron y me dieron la mayor lección que podían darme, no sabes cómo me han sorprendido.

—Te han dado una lección de amor, la de unos padres que quieren a su hijo y están dispuestos a renunciar a lo que sea por él; no los decepciones nunca, Javier, no se lo merecen.

—Lo sé, yo mismo he cambiado mi actitud y ahora les digo continuamente cuánto los quiero... yo, que era un borde con ellos, ahora soy un amor —me dice riéndose feliz—. Además, peino a mi madre y a sus amigas gratis. A ellas las tengo encantadas y yo estoy haciéndome clientas para el día en que abra mi propio centro.

—Listillo —bromeo sonriendo.

—No lo sabes bien... ¿Y tú? ¿Qué harás ahora? ¿Vas a buscarlo?

—No, nunca me metería en medio de una pareja y menos en una que acaba de tener un bebé. Sucediera lo que sucediese, no cambiará mi presente. Él ha rehecho su vida y yo tengo que vivir

la mía, no hay más —sentencio con tristeza—. Lo superaré; si superé a mis padres y mis primeras semanas en Irlanda, superaré esto.

—Déjame que se lo cuente a mis padres. Si saben algo, me lo dirán; ahora somos una piña y confío plenamente en ellos, por favor.

—Claro, por mí no hay problema —acepto encogiéndome de hombros.

Poco a poco comienzan a llegar todos, Toni, María, Clara y Miguel, tan ansiosos de saber de mí como yo lo estoy por saber de ellos.

—Y ahora, ¿qué? —me pregunta Clara después de oír toda mi historia.

Lo pienso detenidamente. Podría quedarme aquí, pero, haciéndolo, me arriesgaría a ver a mis progenitores de nuevo y eso es lo último que quiero. Cuanto más lejos de ellos, mejor, siempre.

—Necesito empezar de cero y aquí, con mis padres tan cerca, no creo que eso sea posible. Además, me he acostumbrado demasiado a Elsa y, aunque suene egoísta, necesito su alegría para encontrar la mía. Creo que me iré a vivir una temporada a Valencia y conoceré por fin las fallas, veremos si es para tanto —les digo sonriendo, recordando la matraca que durante estos dos últimos años me ha dado sin darme tregua—. Pero antes tengo que ver a Juana, ¿me ayudaréis? Ni muerta me acerco allí yo sola. ¿Alguno de vosotros podría acompañarme a esa casa y conseguir que bajara para poder saludarla? No puedo irme sin despedirme de ella, y hasta el domingo no librará.

—¿Quieres que vayamos ahora? Tus padres no me conocen; yo misma podría ir y hacerla bajar con alguna excusa —se ofrece Montse.

—Sí, por favor, necesito verla —acepto agradecida.

—Pues vamos.

Me despido de todos prometiendo que nos veremos antes de mi marcha y, tras subir a un taxi, nos dirigimos a ese lugar. Durante el trayecto no articulo palabra, no puedo; estoy demasiado nerviosa y me dedico a respirar profundamente en un intento fallido por calmarme.

Llegamos y, con decisión, Montse se baja del taxi y llega hasta el portal de esa casa. La veo pulsar el timbre y empezar a hablar por el interfono. Tengo el cerebro embotado por los nervios, las manos sudadas y la boca seca, temo que la pillen. En apenas unos minutos, se abre la puerta y aparece mi Juana, intercambia cuatro palabras con Montse y, corriendo, llega hasta el taxi, abre la puerta y en dos segundos está abrazándome, hecha un mar de lágrimas.

—Arranque, por favor, rápido —le pido al taxista entre lloros.

Nos lleva un buen rato tranquilizarnos... mi Juana, la única que me quiso en esa casa, conmigo por fin.

—Mi niña, cuéntemelo todo. ¿No estuvo en Suiza, verdad? —me pregunta secando mis lágrimas.

—No, Juana, estuve en Irlanda.

Y de nuevo vuelvo a contar la historia de mi vida durante estos dos últimos años, con la diferencia de que ahora la cuento con calma; lo bueno de explicar lo mismo tantas veces es que, al final, llegas a inmunizarte.

—Ya sabía yo que su señora madre me ocultaba algo... tanto secretismo tenía que ser por algo, pero no se preocupe, señorita, porque ya le digo yo que, quien siembra vientos, recoge tempestades, aquí y en Pekín; no lo olvide, algún día todo esto se volverá en su contra.

—Me da igual, Juana, lo que pueda sucederles me es indiferente, me marcho.

—¿Adónde, mi niña? ¿Adónde va a ir usted?

—A Valencia.

—¿Con esa joven?

—Sí, con Elsa. Necesito empezar de cero y alejarme de ellos todo lo que pueda.

—La casa no es la misma sin usted. Hay demasiado silencio. Sus padres apenas están por casa y, cuando lo hacen, todo es demasiado forzado entre ellos. El poder ha cambiado a su padre... pero no me haga mucho caso, señorita, que aquí una se hace vieja y, lo que no ve, lo imagina.

—Juana, tú no eres vieja —le digo sonriendo.

—Ya, pero me queda poco para serlo; cualquier día me jubilan, lo que yo le diga, aunque tampoco me importaría, que ya estoy muy *cansá* de sus reproches. A su señora madre nada le parece bien y yo, cualquier día, la mando a freír espárragos.

—Me gustaría ver su cara si algún día lo hicieras.

—Y a mí —reconoce sonriendo.

—Juana, cuando me fui, ¿Roberto fue a casa a buscarme?

—No, exceptuando a sus amigas y a Javier, nadie más vino, pero ahora que lo nombra... esos días me crucé varias veces en el portal con un hombre barbudo y mirada de ido. Me asusté, temía que fuera mala gente, ya sabe usted que una no puede fiarse de nadie, pero no dije nada. Por aquel entonces sus padres siempre estaban reunidos o trabajando y no quise meter más leña al fuego.

—¿Con quién se reunían?

—No lo sé, pero durante unas semanas todo fue muy extraño. Se encerraban en el despacho de su señor padre y no salían durante horas; ya le digo que todo fue muy raro cuando usted se fue. Luego, poco a poco, todo volvió a la normalidad. Tengo que regresar, señorita, llevo fuera demasiado tiempo.

—Claro, vamos. —Le indico al taxista de nuevo la dirección y regresamos a ese lugar.

—¿Volveré a verla, señorita?

—No lo sé, Juana, espero que sí. Dime tu número de teléfono, así, por lo menos, podremos hablar de vez en cuando.

Memorizo su teléfono y, entre lloros por tener que despedirnos y a través de las lágrimas, la veo bajarse del taxi y alejarse de mí.

—Arranque.

Capítulo 34

Los días siguientes los aprovecho al máximo. Me reúno con el abogado y con el asesor de mis abuelos para concretar todos los temas de los que ya hablamos cuando me encontraba en Irlanda, y me rodeo de gente para no pensar más en él y volver a ser medio persona. Necesito recuperar, en la medida de lo posible, el tiempo perdido, por lo que quedo en varias ocasiones con mis amigas, con Javier y con el resto de la pandilla y, aunque me esfuerzo por ser feliz otra vez, la decepción y la tristeza anidan en mi interior, latiendo de nuevo acompasadas con mi corazón.

Llega el día de mi partida y me despido de todos, con la tranquilidad de saber que no es un adiós definitivo y, con ese convencimiento, me presento en la estación de tren acompañada por Javier, Toni y Montse.

—Próximo destino, Valencia; allá voy —les digo sonriendo y abrazándolos.

—Por lo menos no dirás que te aburres, menuda marcha llevas, tía —bromea Montse.

—Mi vida parece una telenovela de las malas.

—¿De las malas? Yo diría que de las buenas, lo tiene todo: lujuria, amor, desengaños, dramas... ¿Qué más se le puede pedir? —me pregunta Javier guiñándome un ojo.

—¿Risas y felicidad?—murmuro con amargura.

—Entonces no sería una telenovela —me recalca dándome un codazo cariñoso.

—Eso llegará, no lo dudes —me asegura Toni antes de darme un beso.

—Tengo que irme, os echaré de menos —musito abrazándolos.

—Y nosotros a ti, loquita. Llámanos cuando llegues —me pide Montse.

—Eso siempre, nunca volveremos a perder el contacto.

Subo al tren, dejo mis maletas en la zona destinada a los equipajes y, tras sentarme en mi asiento, saco mi mp3, lo conecto y empieza a sonar *Cenizas*,[9] de Malú, mientras me recuesto en el asiento y el tren inicia su marcha.

Puede que sea masoca y me guste torturarme, pero necesito oírla, necesito oír esta canción que tan bien describe mi realidad. Noto cómo las lágrimas pugnan por salir y cómo las garras presionan mi corazón y mi garganta, y me llevo una mano al cuello, donde de nuevo descansa la cadena que él puso ahí hace tanto tiempo, donde siempre estará, pase lo que pase.

—Siempre te querré —murmuro sólo para mí.

Y entonces, viendo el paisaje pasar veloz a través de la ventana, me reconcilio con él, porque, aunque he sufrido mucho, también he sido muy afortunada. Durante un tiempo amé con toda mi alma y supe lo que era el amor verdadero, esa clase de amor que no necesita sumar años ni acumular experiencias, porque un segundo es suficiente para que cale en tu interior, latiendo acompasado junto a tu corazón durante días, semanas y años, inalterable y duradero a pesar de las tormentas, el fuerte viento y los días soleados y, aunque he aprendido a vivir sin él, su recuerdo permanecerá tatuado en mi alma, acompañándome en mi camino y en cada una de mis

paradas.

«Si nuestra alma pertenece a una sola persona, la mía le pertenece por completo a él y, aunque ahora no estemos juntos, sueño con el momento en que el destino lo ponga en mi camino nuevamente; hasta el último de mis días, desearé que él sea mi destino», pienso cerrando los ojos mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas, sanándome con mi llanto.

Durante el trayecto pienso en él, como siempre, y en mi vida, la que empieza ahora, alejada de todo lo que conozco y de mis amigos. Hoy parto de cero en una nueva ciudad y con una nueva familia. Otra vez, personas que no me conocen de nada van a acogerme en su casa, como hicieron Alice, sus padres... y ahora los de Elsa. «¿Y si no les gusto? ¿Y si detesto vivir en Valencia?», me torturo mientras el tren estaciona y recojo mi equipaje.

Bajo del tren siguiendo la marea de gente y allí, saludándome y dando saltos de júbilo, está mi Elsita, la alegría hecha mujer, y acelero el paso cargada con mis maletas.

—¡Por finnn! ¡Qué largo se ha hecho! —me dice llenándome de besos—. Papá, mamá, ésta es Olivia.

Levanto la vista y me encuentro con una pareja de unos cincuenta años, tan sonrientes como mi Elsa.

—Bienvenida, cielo —me saluda su madre dándome dos besos—. Yo soy Paqui. Bruno, cógele el equipaje a la niña, ¿no ves lo cargada que va?

—Mujeres, siempre dando órdenes —me dice su padre con simpatía para luego darme dos besos y coger mis bártulos—. Soy Bruno, padre, criado, chófer y a veces ginecólogo, ¿y tú?

—Yo soy Olivia, de momento sólo aspirante a matrona —contesto sonriendo.

—¡Hombre! ¡Alguien de mi rama!

—¡Madre mía, la que nos espera con estos dos, mamá! Vamos a tener vaginas, niños y embarazos hasta en la sopa.

—¡Qué pesadez, por Dios! Cuando la tortura empiece, podemos irnos tú y yo de compras, ¿qué te parece?

—Oye, oye, la tarjeta dejadla tranquilita, que luego vienen los disgustos —protesta su padre dándole una palmada en el trasero a su madre ante sus risas.

«No me extraña que Elsa sea tan feliz con una familia así», pienso sonriéndoles a pesar de la tristeza que siento.

El camino hacia su casa lo hago con una sonrisa en la cara. Elsa tiene una relación fantástica con sus padres; además, Bruno es un bromista nato dispuesto a hacer un chiste de la nada y así, entre risas, llegamos al que será mi nuevo hogar durante un tiempo, hasta que encuentre el mío.

Elsa me enseña su casa a mil por hora; es como la de los padres de Alice, un hogar.

—¡Tete! ¡¡Mira quién ha llegado!! —grita.

—¿Tete? —le pregunto sonriendo—. ¿Eso es un nombre?

—¡Nooo! —me contesta descojonándose—. Es una expresión cariñosa que utilizamos mucho en Valencia; ya te enterarás y seguro que acabas utilizándola tú también. ¡Tete, baja o subimos a por ti!

—*Que ja vaig, recollons. Què passa?* —pregunta bajando por las escaleras. ¿Qué ha dicho? Reco, ¿qué?

Su hermano es alto y desgarbado, con una ligera barba y moreno de piel; físicamente no tiene nada que ver con mi amiga, pero el brillo y la afabilidad de sus ojos me dicen que es igual de simpático que Elsa y sus padres.

—No pienso contestarte como no hables en castellano; recuerda que Olivia va a vivir con

nosotros y no entiende el valenciano —le advierte cruzándose de brazos.

—¡Che! Pues eso tiene fácil solución; si quieres, en unos días, te lo enseño yo —me dice con un acento abierto que me hace muchísima gracia antes de darme dos besos.

—No puede ocultar que es valenciano, ¿verdad? —me pregunta riéndose.

—Ni tú, que eres una pija —le dice empezando a hacerle cosquillas—. A ver qué acento tienes tú, pijaaa.

—Oye, tú también podrías haber estudiado en el extranjero, pero no quisiste —le recuerda riéndose y esquivándolo.

—Porque no soy tan torpe como tú y no necesito irme a Irlanda para hablar bien el inglés... que tú mucho burlarte de mi acento, pero hablo inglés igual o mejor que tú sin tanto internado ni tanta leche —replica riéndose y apoyándose despreocupadamente en la barandilla.

—¡Eres un idiota! —le grita mi amiga dándole un empujón.

—*I tu, una pija! Amb lo tranquil que estava jo abans de que vingueres, i ja et tinc açí de nou donant-me la llanda.*

—¡Y dale! ¡Que no hables en valenciano, que Olivia no se entera! Es muy inútil el pobre, ya te darás cuenta —me dice, pinchándolo.

—¡Vosotros dos! ¿Ya vale, no? Menuda impresión estáis dando —los reprende Paqui llegando hasta nosotros.

—¡Es él, que es muy inútil!

—Elsa, suficiente —la amonesta su madre.

—¡Es él, que es muy inútil! —repite su hermano imitándola y descojonándose.

—Siempre igual, siempre discutiendo... parece que todavía tenga dos niños pequeños —me comenta su madre cogiéndome del brazo y llevándome a la cocina seguida por ambos.

—Pero si es él, mamá, siempre está molestándome.

—¿Tú tienes hermanos, Olivia? —me pregunta ignorándolos a ambos.

—No, pero...

—No sabes la suerte que tienes —me corta Elsa entrando a la cocina—. Humm, qué buena pinta. Olivia, mi madre hace los mejores bocadillos de brascada[10] que hayas probado en tu vida.

—Venga, lavaos las manos y sentaos —nos pide su madre sonriendo.

—Humm, huele a bocata de brascada —exclama su padre entrando en la cocina, seguido por la abuela.

—Madre, le presento a Olivia, la niña que vivirá con nosotros.

—Hola, bonita —me saluda con cariño. Es bajita y aparentemente endeble, y digo aparentemente porque recuerdo la anécdota que me contó Elsa de su abuela con el atracador y tengo que controlarme para no sonreír al imaginar a esta dulce viejita soltando perrerías por la boca y forcejando con un encapuchado.

—Madre, usted quiere bocadillo o prefiere que se lo ponga en el plato.

—En el plato, hija —murmura sentándose a mi lado—. Llevo dentadura postiza y me cuesta horrores comerme un bocadillo —me aclara sonriendo mientras todos van tomando asiento.

—Por cierto, David, ayer, cuando saliste por la noche, ¿a que te limpiaste los zapatos en tu habitación, bajaste, fuiste a la cocina, volviste a subir a tu habitación, cogiste algo de la cómoda y volviste a bajar? —le pregunta Paqui intentando ocultar una sonrisa.

—¡Síii! ¿Cómo lo sabes? —demanda asombrado.

—Porque me he hecho adivina —le dice con fingido enfado, sentándose—. Piensa un poco,

¿cómo te limpiaste los zapatos, Einstein?

—Con betún —responde tan tranquilo, dando buena cuenta de su bocadillo.

—¡No lo jures! ¡Hijooo, por el amor de Dios! El betún no se pone en la suela, ¡marcaste todo el suelo! Esta mañana me ha costado horrores quitarlo, ¡a punto he estado de levantarte para que lo limpiaras tú!

—¡Mira el *espabilao* de la casa! —se mofa Elsa, empezando a descojonarse y yo con ella—. ¡Haberlo hecho, mamá! ¡Tenías que haberlo despertado y haberle puesto de rodillas a frotar el suelo con un cepillo de dientes, como en la mili!

—*Ei, no... que anit em vaig gitar molt tard...* perdón... decía que anoche me acosté muy tarde —rectifica sonriendo y comenzando a descojonarse con mi amiga—. La próxima vez, límpiamelos tú, mamá.

—¡Halaaa! ¡No te pases y límpiatelos tú! ¿Sabes que no se hace la cama porque se marea? —me comenta mirando al techo y alzando las manos—. ¿Puedes creértelo? ¡Se marea!

—¿De verdad? —le pregunto riéndome sólo de imaginarlo.

—De verdad, tanta vuelta me marea. Yo no sé cómo no os mareáis vosotras —asegura mordiendo su bocadillo tan tranquilo.

—Ay, hijo mío, si algún día te casas, durarás dos días, porque al tercero te traerá tu mujer de la oreja para que acabe de criarte —sentencia Paqui mirándolo con cariño.

—¡Éste no se nos casará en la vida!, pero si vive mejor que un marqués —afirma su padre riéndose.

—Oye, que no es para tanto —replica David.

—Mira, así vamos a llamarte a partir de ahora, el Marqués.

—Y a ti te llamaremos la Pija, no te jode.

La cena es una charla continua. Elsa se pasa todo el tiempo discutiendo con su hermano por tonterías que a mí me hacen gracia, mientras sus padres intentan mediar en esas discusiones absurdas. Y, entre discusión y discusión, hablamos de nuestra vida en Irlanda, de Alice, de las fallas que Elsa se perdió, del perro que van a adoptar y, de pronto y sin darme cuenta, vuelvo a formar parte de otro núcleo, el de esta familia valenciana que me ha acogido con los brazos abiertos sin formular una sola pregunta.

Los siguientes días los pasamos a remojo entre la playa y el chalet en la montaña que tienen los padres de Elsa. Mi amiga está empeñada en que me divierta y, aunque Roberto va conmigo allá donde yo vaya, estar con Elsa y su familia me sienta bien; formar parte de una familia como la suya es un bálsamo para mi dañado corazón.

De la mano de Elsa y de su madre, conozco esta preciosa ciudad. Juntas vamos al Mercat Central a hacer la compra; caminamos por el casco antiguo, donde, en la plaza de La Verge y frente a la catedral, nos tomamos una horchata con *fartons*; vamos de compras por la calle Colón, donde me compro por fin la ropa que tanto me gusta... vaqueros rasgados, camisetas básicas, mis Converse, capazos y vestiditos ligeros, todo *low cost.* Callejeamos y descansamos cuando nos apetece, y un día Alice nos envía un mensaje anunciándonos que ya están publicadas las notas del Leaving Certificate; me da la enhorabuena, pues soy la alumna con la nota más alta de toda mi promoción. ¡Madre míaaa! He conseguido sacar todas las asignaturas con honores, pero a mí la que realmente me interesa es la de matemáticas, la suya... ojalá pudiera contárselo.

Con la nota del Leaving Certificate, me matriculo en la universidad pública para cursar la carrera de Enfermería, para orgullo del padre de Elsa, que ve en mí a alguien a quien transmitir sus conocimientos, y satisfacción mía por estudiar algo que tanto me llena y me acerca de alguna

manera a Marcela, con la que no he vuelto a soñar.

Estamos a finales de septiembre, pero aquí, en Valencia, hace el mismo calor que podría hacer en pleno agosto. Estoy despierta con los ojos cerrados, oyendo la respiración acompasada de mi amiga y recordándolo. Todavía me duele el alma hacerlo, pero, aun así, no permito que se aleje de mí, reteniéndolo con fuerza a pesar del dolor que me provoca y, aunque durante el día ese dolor se hace llevadero, por la noche, cuando me acuesto y cierro los ojos, los recuerdos regresan con fuerza y las garras presionan de nuevo mi corazón, dañándolo. Su risa, su mirada, cómo me tocaba, cómo me hacía sentir... ¿Alguna vez volveré a sentirme así con otro hombre? ¿Alguna vez volveré a enamorarme? No, no mientras él esté tan dentro de mí. Lloro en silencio, como todas las noches, hasta que, rendida, me dejo vencer por el sueño, por un sueño vacío y oscuro donde ni Marcela se atreve a entrar.

Capítulo 35

Despierto con los rayos del sol y me levanto dejando a mi amiga durmiendo como una bendita. Me aseo y bajo a la cocina, donde Paqui está preparando el desayuno.

—¡Buenos días, Paqui! ¿Te ayudo?

—Sí, hija, prepara el café, que hoy llego tarde seguro. —Aunque sé que no lo soy, me gusta que me llame hija.

—¿Y Bruno?

—Se marchó hace un par de horas; hoy tenía el día a tope entre consultas y partos —me contesta poniendo a calentar la leche.

—Entre partos estaré yo dentro de unos años —digo sonriendo—. Estoy deseando comenzar la universidad, pero antes tendré que encontrar piso —añado tendiéndole el café.

—Siéntate aquí conmigo —me pide dándole un sorbo—. ¿Para qué quieres buscar piso cuando esta casa es tan grande? ¿No te sientes a gusto aquí?

—Claro que sí, no es por eso —murmuro.

—Entonces, ¿por qué quieres irte?

—Paqui, vine para unos días y llevo apoltronada en tu casa casi tres meses —respondo sonriendo.

—Como si fueran tres años o treinta... bueno, treinta no, por favor —se corrige riéndose con ganas—. En serio, estamos encantados contigo, tanto Bruno como yo, la abuela, David... todos te hemos cogido cariño y nos encanta tenerte con nosotros, quédate. A no ser que quieras vivir sola, ahí ya no me meto.

—No, no... qué va, pero no quiero ser un estorbo.

—¡Anda ya! ¿Cómo se te ocurre pensar algo así? Quédate, en serio. Elsa te quiere mucho y nosotros también.

—Y yo... —susurro emocionada—. Vale, ¡me quedo! —acepto riendo para ahogar las ganas que siento de llorar.

—¡Estupendo! ¡Ya verás cuando se entere Elsa! Bueno, me marcho, que llego tarde —me dice despidiéndose con un beso—. Nos vemos luego.

La veo salir de la cocina y me llevo una mano a la mejilla que ha besado; todavía me sorprende cuando me dan besos así de espontáneos, Paqui sobre todo, y ese simple gesto, que mi amiga o David pasan por alto, para mí es sorprendente y siempre me pregunto ¿a mí también?

Septiembre da paso a octubre y a nuestro comienzo en la universidad. Elsa va a estudiar también la carrera de Enfermería, posiblemente contagiada por mi entusiasmo, pero teniendo claro, para frustración de Bruno, que su especialización no será la de matrona, así que juntas y de la mano, continuamos nuestros estudios como en Irlanda.

Acompaño a Bruno todas las tardes que puedo a su consulta privada, donde absorbo como

una esponja cada una de sus explicaciones y, aunque no le digo nada, para asombro mío, muchas de ellas no son nuevas para mí; no sé si es instinto, como él piensa, o porque, durante las veces que soñé con Marcela, era yo la que palpaba, la que atendía las indicaciones de Inés, la partera, o la que ayudaba a nacer a la sobrina de Juan; sea lo que sea, esos conocimientos permanecen en mí, inalterables a pesar del tiempo.

Salimos los fines de semana con los amigos de Elsa, que terminan siendo los míos, pero sólo eso, pues soy incapaz de fijarme en ningún hombre, para cabreo de Elsa, que no deja de repetirme que no puedo pasarme la vida viviendo de recuerdos. Pero ¿de verdad no puedo? Porque yo estoy bien así; estudiando lo que quiero y viviendo con una familia que me quiere más de lo que me ha querido la mía, exceptuando por supuesto a mis abuelos.

—Hoy Carlos me ha pedido tu número de teléfono —me comenta Elsa mientras entramos en la cafetería de la uni.

—¿No se lo habrás dado, verdad? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Por supuesto que sí —me contesta tan tranquila, sentándose en nuestra mesa.

—¿Por qué? —me quejo enfadada, sentándome frente a ella.

—¿Por qué va a ser? ¡Para que te llame!

—¿Y si yo no quiero que lo haga?

—¿Y por qué no vas a querer? Es guapo, divertido y buen tío. ¿Qué más quieres?

—Elsa, no me gusta —contesto armándome de paciencia.

—No lo conoces, ya te gustará. Esto es como el comer: aunque no tengas hambre, mientras vas comiendo, te va entrando —me dice guiñándome un ojo.

—Que no, tía, que no... que me conozco y sé que no va a gustarme.

—¿Por qué? ¿Por Roberto? Olivia, ese hombre está casado y es padre, ¿vas a guardarle luto de por vida? No me jodas —me replica haciendo una mueca.

—No se trata de eso, es solamente que todavía no estoy preparada.

—¿Y cuándo vas a estarlo? ¿Cuando tengas ochenta años?

—¿Y yo qué sé? La verdad es que no me apetece nada estar con alguien.

—Entonces, hazte monja —me riñe enfadándose conmigo.

—No lo entiendes, Elsa. Él era mi todo; no es tan fácil olvidar a alguien a quien has querido con toda tu alma.

—Y al que te aferras como un clavo ardiendo, ¿a qué esperas para dejarlo ir?

—No quiero hacerlo —susurro.

—¿Por qué? —me pregunta frustrada alzando la voz.

—Porque no puedo; no me presiones, yo soy feliz así.

—¿Feliz? ¿En serio? ¿Llorando todas las noches?

—Es una felicidad agridulce —murmuro encogiéndome de hombros.

—Vete a hacer puñetas; no pienso decirle nada a Carlos, ya te apañarás tú con él.

Respiro profundamente, no pienso salir ni con Carlos ni con nadie. Por suerte, poco a poco comienzan a llegar nuestras compañeras y Elsa deja el tema para centrarnos en los estudios y en mi primer traje de fallera.

Aconsejada por ella y por Paqui, he comprado la tela para que su modista de toda la vida me lo haga: el cancán, las manteletas, los zapatos, la mantilla, el aderezo... un sinfín de cosas para lucir como una auténtica fallera. Y así, entre nuestros estudios, las comidas esporádicas en el casal, punto de encuentro entre falleros de una misma comisión, y nuestras salidas los fines de semana, van transcurriendo los meses.

Por primera vez paso mis Navidades con una familia unida... tíos, primos, sobrinos, todos me acogen con los brazos abiertos, haciéndome sentir una más, y las disfruto de verdad, patinando en la pista de hielo que montan en la plaza del ayuntamiento, comprando regalos para todos, yendo al cine y saliendo de marcha con Elsa y nuestras amigas y, sin darme cuenta, los días pasan volando entre risas, comidas, cenas y unión... y siempre esperando, esperando encontrarme de nuevo con él.

Diciembre y enero dan paso a febrero y, con él, la primera vez que me visto de fallera para la *presentació,* y, de su mano, marzo y las fallas, que en casa de Elsa se viven intensamente; a casa sólo vamos a dormir, porque el resto del día lo pasamos metidas en el casal.

La *despertà,* que como el propio nombre indica en valenciano es ir por las calles tirando petardos y despertando al vecindario, la *plantà* de la falla, las comidas en el casal —la paella, el arroz al horno, los buñuelos...—, la *mascletà* con el *terratremol* final, el olor a pólvora, las charangas, las cenas, la ofrenda, la *cremà* de la falla... Por fin entiendo que Elsa no quisiera perderse nada de todo esto. Yo, que no soy valenciana, estoy viviéndolo como si lo fuera; lo más emocionante es la ofrenda, en la que, junto a Elsa, entrego mi ramo de flores a la *Mare de Déu* llorando, presa de la emoción.

Entrar en la plaza vestida con este maravillo traje, con la música, las flores... y ver a la Virgen en medio de ella, con su manto creado con todos nuestros ramos, y con Elsa a mi lado llorando como una magdalena, me emociona de tal forma que acabo llorando yo también al entregar el mío y, frente a esta Virgen con su niño en brazos, siento que todo es posible y pido mi deseo, «haz que pueda estar con él», entre lágrimas.

Los días se convierten en semanas; las semanas, en meses, y la familia de Elsa, en la mía. Sus padres velan por mí como lo hacen por Elsa y David, y esa preocupación me emociona y me llena por completo. Por primera vez desde que murieron mis abuelos, no me molesta que me digan qué debo hacer, porque sé que esos consejos o normas son fruto de la preocupación y del amor, algo tan valioso para mí.

Capítulo 36

Cinco años después

—Cómo sobrevivir al EIR y no morir en el intento —sentencia Elsa levantándose y estirándose —. Si no nos volvemos majaras estos días, ya no lo haremos nunca. ¿Preparo otra cafetera?

—¿De verdad crees que otra cafetera nos espabilará? Estoy muerta, en serio; llevamos varias noches durmiendo lo mínimo. Yo voy a acostarme, Elsi, mañana más —le digo cerrando mis libros, completamente agotada.

—Tienes razón, pero es que estoy de los nervios. El examen es dentro de una semana... ¡Olivia, nos queda una semana para enfrentarnos a 235 preguntas en cuatro horas y media! ¿Cómo vamos a hacerlo? —me pregunta presa del pánico.

—Lo haremos porque llevamos un año estudiando como locas, porque le hemos dado la vuelta tres veces al temario y hecho cursos y miles de simulacros y porque lo sé, tranquila, estoy segura de que nos irá bien.

—Más nos vale, porque las plazas de matrona y de pediatría son las más demandadas; necesitamos sacar una buena nota si queremos elegir centro; yo no quiero irme de Valencia.

—Elsa, sabes que eso es una posibilidad.

—Ya lo sé, por eso tenemos que hacer el *sprint* final.

—Mañana, Elsi, mañana hacemos el *sprint* que quieras —le digo saliendo por la puerta seguida por ella.

—Vale, pero nos levantamos temprano —continúa su machaque incesante, a pesar de que apenas puedo tenerme en pie ni prestarle atención.

—Que sí —murmuro tirándome en plancha en la cama y quedándome dormida al instante.

La siguiente semana la dedicamos a estudiar desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, volcando todas nuestras energías en este examen que es la culminación de todos nuestros esfuerzos y, antes de que podamos darnos cuenta, estamos a 6 de febrero, el día en que se decidirá nuestro futuro.

—¿Preparada, Elsita? —pregunto a mi amiga antes de acceder a la sala donde realizaremos el examen.

—No, ¿y tú? —me responde atacada de los nervios.

—Tampoco —reconozco con una risa histérica—. ¡Venga! ¡Para dentro!

Entramos y me siento en un pupitre observándolo todo e, inconscientemente, me llevo una mano a la cadena que descansa en mi cuello, a este símbolo del infinito que no lo fue para nosotros. Esta cadena es lo único que me queda de él y, a pesar de los años, no he olvidado ni uno de los momentos vividos y su rostro permanece grabado inalterable en mi alma, como el sonido de su voz o de su risa... «¡Basta!», me ordeno volviendo de nuevo a esta sala repleta de

gente que, como yo, aspira a conseguir una plaza.

Aunque para mí es algo más que una plaza, es un sueño, el único sueño al que aspiro y el único que depende de mí. Por este sueño llevo cinco años estudiando hasta el agotamiento, volcando toda mi energía e ilusión en él y relegando a un segundo plano mi vida personal, para frustración de Elsa y de la gente que me rodea.

Por fin tengo ante mí este ansiado examen... tantos simulacros, tantas horas de estudio para llegar hasta aquí, para demostrarme a mí misma que puedo hacerlo y que todo el esfuerzo ha merecido la pena.

Durante cuatro horas y media me evado del mundo, para centrarme en dar respuesta a estas 235 preguntas, y respiro aliviada cuando marco la última respuesta. «Chapó.» No he dudado en ninguna de ellas y lo más increíble es que, durante estos trescientos minutos, me he sentido completa, sabiendo que estoy en el camino correcto, haciendo lo que deseo.

Estamos a 15 de febrero, un día después de San Valentín. Posiblemente él ayer lo celebró con su pareja y, en cambio, yo hoy lo voy a celebrar con Elsa y mis amigas, pero no San Valentín... hoy vamos a celebrar que puede que lo hayamos conseguido, pues por fin el Ministerio ha publicado las respuestas del examen y, salvo error, nos ha salido de escándalo, así que, por primera vez en muchísimo tiempo, nos dedicamos a ser jóvenes, a desinhibirnos, a reír, a bromear y a salir de marcha. Necesitamos quitarnos de encima tanto estrés acumulado y de qué mejor manera que bailando hasta el amanecer como tantas veces deseé hacer en el pasado.

Llegamos a casa agotadas, pero felices. Me acuesto... y, después de siete años sin hacerlo, sueño de nuevo...

—Todo Madrid la llora, no puedo creerme que haya muerto —murmura Luisa mientras prepara la comida.

—Dicen que el rey está desolado —interviene Rosa—. Me contaba Trini, la carnicera, que algunas niñas van a cantar por las tardes a la plaza de la armería; es tan triste... —susurra antes de empezar a tararearla—: «¿Dónde vas, Alfonso XII? ¿Dónde vas, triste de ti? Voy en busca de Mercedes, que ayer tarde no la vi. Ya Mercedes está muerta, muerta está, que yo la vi. Cuatro duques la llevaban por las calles de Madrid...»

—Cállate, jodida, que nos harás llorar a todas —le espeta Luisa secándose las lágrimas—. Cinco meses les ha durado la felicidad; pobre niña, morir tan joven cuando estaba empezando a vivir... en el alma la tengo.

—No importa que seas rico o pobre, aquí cada cual tiene su ración de penas, guardaditas para cuando nos toque sufrirlas —sentencio con amargura, tragándome las lágrimas.

Cinco meses han estado casados, el mismo tiempo que nosotros separados. Desde que lo dejé, no hemos vuelto a estar juntos y la pena por esta separación me mata día a día. Lo echo tanto de menos que a veces estoy tentada a desdecirme y correr junto a él, pero entonces el sentido común se impone y retrocedo en mis deseos, porque, aunque él no ha muerto como nuestra reina, si lo ha hecho para mí.

Camino a través de las montañas, acompañada por el crujir de las ramitas al romperse a mi

paso, por el sonido de los árboles al mecer el viento sus ramas y por el águila que planea sobre mi cabeza extendiendo sus imponentes alas...

Despierto con el corazón atronándome en el pecho, sudada, confusa y dándome cuenta de que, después de tantos años, durante unos momentos he vuelto a ser Marcela; durante este breve sueño, he hablado con Rosa y Luisa sobre la muerte de la reina Mercedes y he sentido su dolor desgarrador, el mismo que durante tantos años he sentido yo. ¿Cómo puede ser? Todavía lo siento, tan fuerte, tan brutal, tan doloroso... como las garras que durante tanto tiempo aprisionaron mi corazón sin piedad. Debo respirar profundamente varias veces hasta que consigo calmarme y entonces me doy cuenta... Tantas coincidencias, su dolor y el mío, tan idénticos que podrían ser el mismo, separada de Juan como yo lo estoy de Roberto... y ahora, al soñar de nuevo con ella, «¿significa que voy a verlo?», me pregunto llevando instintivamente la mano a la cadena.

—¡Elsa, Elsa! ¡Despierta, por favor! —susurro yendo hasta su cama, donde la zarandeo ligeramente—. Elsa, despierta.

—¿Qué pasaaa? —susurra arrastrando la voz, incapaz de abrir los ojos.

—¡Elsa, he vuelto a soñar con Marcela! —le confieso emocionada como hacía años que no estaba, llorando y riendo al mismo tiempo.

Esa simple confesión es más que suficiente para espabilar a mi amiga.

—¿Cómo que has soñado con Marcela? ¿Qué has soñado? —me demanda incorporándose, completamente despierta.

—No lo sé, ha sido un poco confuso y, sobre todo, muy rápido. Estaba en la cocina con Luisa y Rosa, hablando sobre la muerte de la reina Mercedes. ¿Recuerdas que te conté que Marcela vivió en esa época? Rosa ha cantado una canción y yo estaba allí, Elsa, te juro que durante ese breve sueño he estado en esa cocina, oyendo esa canción y tragándome las lágrimas, consciente de que no debo estar con él y deseándolo tanto que me dolía el corazón al igual que me duele a mí cada vez que pienso en él —murmuro secando mis lágrimas—. ¿Te das cuenta, Elsa? Mis sueños siempre han estado asociados a él, mi historia con Roberto siempre ha ido a la par con la de Marcela y Juan.

—Tú no, Olivia; tú no has estado en esa cocina, ha estado Marcela. No te confundas, es alguien posiblemente creado por tu imaginación —me dice con seriedad.

—¿De verdad crees que Marcela y Juan son fruto de mi imaginación? —le pregunto levantándome de su cama y mirándola con resentimiento.

—Olivia, yo también sueño mucho, es normal, pero puede que tú le des un significado que yo no le doy a mis sueños.

—¡No me jodas, Elsa! No compares sueños esporádicos con esta historia que me persigue desde hace tantos años. Además, yo no he vivido en esa época y podría describirte hasta el último detalle de esa casa, cómo huele la calle, cómo visten, incluso expresiones de esa época... ¡no son sueños normales, Elsa! ¡Encima están esas canciones populares que estoy segura de que existen y que por mi vida te juro que nunca había escuchado! —le explico, dolida por su insinuación.

—Muy bien, olvida lo que te he dicho e interpretemos esos sueños. ¿No te das cuenta?

—¿De qué tengo que darme cuenta? —le pregunto sentándome en mi cama, todavía molesta con ella.

—De que tienes que olvidarte de él. Suponiendo que, por lo que sea... ni me preguntes —me dice alzando sus manos y negando con la cabeza—, estés soñando con una historia ocurrida en el pasado, Marcela ya no está con Juan, y la historia de amor entre esos reyes ha sido truncada por la muerte de ella... Son todas historias rotas, Olivia, sin vuelta atrás. No significa que vayas a verlo, significa que debes dejarlo ir y vivir tú de una puñetera vez —murmura levantándose de su cama enfadada y sentándose a mi lado—. ¿Cómo puedes aferrarte así a un amor de adolescencia? ¿No te parece un poco obsesivo por tu parte? Tenías dieciséis años, Olivia, ¡dieciséis años! Le quisiste, y mucho, no necesito que me lo recuerdes otra vez, pero ahora tienes veintitrés, ¿a qué esperas para vivir?

—Ya lo hago, Elsa; posiblemente no como a ti te gustaría, pero ya lo hago, y estás completamente equivocada: no es obsesión, es amor, aunque no lo entiendas —suspiro cogiendo aire—. Elsa, no puedo estar con otro hombre que no sea Roberto porque mi corazón lo ocupa él por completo y, si tuviera dos corazones, los ocuparía ambos. No me importa que hayan pasado días o años, porque mis sentimientos son los mismos. ¡Y otra cosa! Estás equivocada, estoy segura de que era una señal —afirmo con convencimiento.

—¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! Una señal para que lo olvides.

—No he terminado de contarte el sueño —le replico enfadándome con ella, cansada de tener que justificar mis sentimientos.

—Sorpréndeme, por favor —me dice armándose de paciencia.

—De repente estaba caminando por un sendero lleno de musgo y hojas, un águila volaba extendiendo sus alas, sólo se oía el crujir de las ramitas a mi paso y había muchas montañas.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Has soñado con un paseo por la montaña. ¿Ibas con Juan o sola?

—Sola... —susurro sabiendo de antemano adónde quiere ir a parar.

—Ya lo tienes —suelta con exasperación levantando las manos de nuevo—. Puedes buscar mil interpretaciones posibles, pero la realidad está más que clara: has soñado con un camino, Olivia; un camino que podría ser tu vida. Dices que caminabas sola... tal cual estás haciendo ahora; llevas desde que llegaste aquí caminando sola sin dejar que ningún hombre se acerque a ti... ¿Puedes darme una interpretación distinta a ésta?

—Podría estar caminando hacia él —contraataco encogiéndome de hombros—. Además, supongamos que tienes razón. ¿Por qué lo he soñado ahora y no cuando volví de Irlanda?

—¡Porque no reaccionas, atontada! ¿Con cuántos hombres has estado desde que volviste de Irlanda?

—Hace unos años salí unas cuantas veces con Sergio.

—¿Eso lo consideras salir con alguien? Por favor, pero si fuisteis un par de veces al cine... ¿Te acostaste con él?

—Pero ¿qué empeño tienes en que me acueste con alguien? —le pregunto harta de este monotema que siempre acaba enfrentándonos—. Tampoco se trata de ir acostándome con el primer tío que me lo proponga.

—¿Con el primer tío? Ni con el primero, ni con el segundo, ni con nadie ¡Pero si parece que hayas hecho voto de castidad! ¡Que debes tener telarañas ahí abajo, tía!

—Elsa, te estás pasando —murmuro echando chispas—. ¿Te digo yo si te acuestas con muchos o con pocos? Sabes que, para mí, lo primordial son mis estudios. ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Nada! ¡No hay nada de malo si tuvieras vida! Olivia, estás desaprovechando tu juventud y ahora no puedes culpar a tus padres, porque eres tú quien elige.

—Perdona, pero, que yo sepa, salgo lo mismo que tú, y no metas a mis padres en esto.

—Mira, dejémoslo. Saca las conclusiones que quieras... voy a ducharme —me dice enfadada saliendo de la habitación.

La miro derrotada mientras la sigo. Sé que está equivocada y que este sueño es una señal, pero no para que lo olvide, para otra cosa, aunque ahora no tenga ni idea de qué.

—¿Puedo pasar? —pregunto asomando la cabeza al baño.

—Qué pregunta, sabes que sí —me contesta desde dentro de la ducha.

—No nos enfademos, ¿vale? Sé que no lo entiendes, pero yo soy feliz así. Puede que algún día encuentre a alguien que me vuelva loca y que me haga olvidar a Roberto y, si llega ese día, te prometo que me lanzaré en picado, pero, hasta entonces, no me presiones.

—Olivia, es que me preocupas. Sé que los estudios son primordiales para ti, pero también lo son para mí y, aun así, durante estos años yo he mantenido varias relaciones. ¿Tan malo es que quiera verte completamente feliz? —me pregunta asomando la cabeza chorreante por la mampara.

—No, no lo es —murmuro apoyándome en el marco de la puerta.

—Pues olvídalo, tía; que un sueño no condicione tu vida y ábrete de una vez.

—¿De piernas? —la corto riendo.

—No estaría mal, pero eso es mucho pedirte de momento; abre tu corazón para que Roberto salga y otro hombre pueda entrar. Olvídate de él, porque seguro que a estas alturas es padre de dos niños y ha echado tripa.

—Venga, sal de ahí de una vez, que yo también necesito ducharme —murmuro negándome a creer nada de eso.

Los siguientes días los paso junto a Bruno siempre que tiene consulta, empapándome de todos sus conocimientos, y soñando sin cesar con montañas, ríos, bosques frondosos, ermitas, construcciones de piedra y una casa en particular. Es muy bonita, de dos plantas y con una enredadera en la fachada; al lado se levanta lo que parece una iglesia, pero, a diferencia de las otras imágenes, ésta no parece de otra época... y lo que me confunde es que, a pesar de que sólo son imágenes, exceptuando las de la casa de la enredadera, en las otras siento que formo parte de ellas, como si hubiera paseado entre esos bosques o hubiera estado en esas ermitas.

Capítulo 37

Estamos a 14 de abril y llevamos dos días en Madrid, dos días increíbles durante los cuales le he presentado a Elsa a todos mis amigos y a Juana; dos días de reencuentros y de emociones, de ponernos al día en tantas, tantísimas, cosas y un día definitivo en nuestras vidas, pues hoy por fin elegiremos nuestra plaza en el Ministerio.

Seré la primera en hacerlo. Sí, para asombro mío, fui la que obtuvo la nota máxima en el examen y Elsa, la quinta; todo un premio al esfuerzo y que nos permitirá elegir plaza en el hospital que deseemos para hacer la residencia. A pesar de que he esperado este día durante años, no consigo levantarme, dándole vueltas al sueño de esta noche y sintiéndome intranquila, como si estuviera pasando por alto algo de lo que debiera darme cuenta. Hoy he vuelto a soñar con ese bosque, ese sendero y esas ermitas, pero, a diferencia de los anteriores sueños, he visto un pueblo a lo lejos. «¿Por qué he dejado de soñar con Marcela y Juan y no dejo de soñar con montañas y ermitas? ¿Qué significa? Y ese pueblo, ¿debo saber dónde es?», me pregunto estrujándome el cerebro.

—Olivia, ¿estás bien? —me pregunta Elsa desde su cama.

Vuelvo la cabeza y la miro sonriendo, mi hermana del alma y de mi corazón.

—¿Has vuelto a soñar? —me plantea apoyándose sobre sus codos.

—Sí —susurro mirando al techo y rememorándolo—. Iba caminando por el sendero de siempre y entraba en la ermita, donde rezaba una oración. Siempre es lo mismo: el sendero a través de la montaña, el águila sobrevolando mi cabeza, la misma ermita pequeñita y oscura en la que sólo hay un altar con una Virgen... con la excepción de que hoy he salido de la ermita y he continuado por el sendero hasta llegar a lo alto de una colina, donde me he detenido. El viento agitaba mi falda, estaba muy triste y miraba el pueblo a lo lejos, mi pueblo... bueno, el suyo—rectifico—. Es pequeño, como si fuera una aldea; sus casas son de piedra... y ahí he despertado. ¿Qué significa, Elsa? —le pregunto completamente perdida.

—Dices que es su pueblo, pero ¿vuelve, se marcha o está viviendo allí?

—No lo sé, no tengo ni idea. Solo sé que está triste, pero, aun así, se siente en paz, estando donde tiene que estar... no sé si me explico —le digo profundizando en sus sentimientos, que todavía anidan en mí—. Como cuando tomas una decisión que te duele, pero que sabes que es la correcta; puede que esté triste porque se marcha a Madrid o porque regresa, no lo sé.

—Ni yo —comenta sentándose—, pero, venga, pasemos a temas más terrenales: ¿tienes clara ya la plaza que vas a elegir?

—Sí, Barbastro —le confieso incorporándome yo también.

—¡Qué tonta! Si eligieras La Fe, te quedarías en Valencia y seguro que atenderías muchos más partos que en el hospital de Barbastro.

—Ya lo sé, pero mi abuela era de Huesca y me apetece vivir una temporada allí, conectar con

mis raíces —le explico sonriendo y omitiendo que algo tira de mí hacia esa plaza—. Necesito un cambio, y no porque esté mal en casa, sabes que os quiero como si fuerais mi familia, pero me apetece hacer la residencia allí. Además, no vais a libraros de mí, pienso ir en vacaciones y hablaremos por teléfono.

—Más te vale si no quieres que papá vaya a buscarte y te traiga de las orejas —bromea riendo.

—Os voy a echar mucho de menos, Elsa, sobre todo a ti —le confieso yendo hasta su cama y sentándome en el borde.

—Y yo a ti, tontina. ¿Sabes que durante dos años vas a perderte las fallas, verdad?

Me río con ganas; ese punto es muy importante en la vida de mi amiga.

—Sí, lo sé —afirmo sonriendo—, pero ya estarás tú para disfrutarlas por las dos.

—Eso no lo dudes y ahora, chata, ¡vamos a vestirnos o llegaremos tarde al Ministerio!

Nos arreglamos entre emoción y risas, y olvido de momento mis sueños para vivir el mío, y así, presas de los nervios, llegamos al Ministerio, donde, tras mostrar nuestro DNI, nos entregan la identificación que deberemos enseñar cuando subamos al estrado para solicitar nuestra plaza.

—No extravíen el papel o se quedarán sin plaza. Números pares, a la derecha; impares, a la izquierda —nos informa sin un ápice de emoción la responsable que nos entrega las acreditaciones.

Por suerte tanto Elsa como yo tenemos números impares y, emocionadas y aferrando la identificación como si nos fuera la vida en ello, accedemos al salón donde decidiremos nuestro futuro.

Empiezan con la asignación de plazas nombrándome a mí la primera y, con orgullo, nervios, emoción y seguridad, llego al estrado, donde decido mi futuro eligiendo la especialidad de matrona en el hospital de Barbastro. ¡Conseguido! Mi vida y mi futuro en mis manos, siendo lo que quiero ser desde hace tantos años. Matrona.

Elsa elige la especialidad de pediatría en La Fe y, con nuestras elecciones, nuestros caminos se separan de momento; lloro en silencio mientras la veo escoger su futuro.

Salimos del Ministerio felices por haber conseguido la especialidad y la plaza en el hospital que deseábamos y nos hacemos la típica foto de rigor delante del Ministerio con el signo de victoria para inmortalizar este momento tan importante en nuestras vidas, nuestro sueño hecho realidad, la cual enviamos a Alice y a todos nuestros amigos con un mensaje: «¡¡¡Conseguido!!!»

Lo celebramos yendo a comer con Javier, Toni, Montse y el resto del grupito, con el que Elsa ha hecho muy buenas migas. En secreto me reúno con Juana para contarle mis planes de futuro y por ella me entero de que el matrimonio de mis padres no atraviesa por su mejor momento, pero no me importa. Paqui, Bruno, Elsa, David y la abuela han cubierto esa carencia con creces; ellos, sin ser mis padres, me han querido y se han preocupado más que mis progenitores en toda su vida.

Cenamos con Teresa y mis amigas y al día siguiente volvemos a Valencia, a nuestra casa, hasta que llegue el momento en que tengamos que despedirnos de nuevo.

Y ese día llega el 1 de junio, un día crucial, pues con él inicio un nuevo recorrido en mi vida y, entre lágrimas, me despido de toda mi nueva familia. Abrazada a Elsa, lloro sin consuelo mientras Bruno espera paciente en el coche.

—Te echaré de menos —le digo entre sollozos.

—Y yo a ti. Llámame cuando llegues, resi.

—No lo dudes —le aseguro secándome las lágrimas—. ¡Qué fuerte! ¡Vamos a ser residentes

por fin! —murmuro entre lloros.

—Lo séee. Estoy impaciente; llámame para contarme tu primer parto.

—Serás la primera en saberlo, y tú llámame para hablarme de tus bebitos.

—¡Chicas! ¡Llegamos tarde! —nos apremia Bruno desde el coche—. Si sabéis de sobra que no vais a soltar el teléfono, ¡vamosss!

—¡Adiós! ¡Os quiero a todos! —me despido abrazándolos una vez más y subiendo al vehículo que me llevará al aeropuerto.

Llego a Barbastro cargada de sueños, esperanzas e incertidumbre. Tengo alquilado el tercer y último piso de una pequeña casa delante del río Vero, cerca de la iglesia de San Francisco, casi pegada al casco antiguo y con la réplica de una prensa justo delante. Si ya me gustó cuando la vi por Internet, en vivo y en directo aún me gusta más.

—Bueno, aquí estoy —murmuro bajándome del taxi cargada con mis tres maletas.

Pulso el segundo timbre y espero.

—¿Sí? —me contesta una voz femenina.

—Buenas tardes, soy Olivia, la chica a la que ha alquilado el tercer piso.

Abre y llego hasta el segundo piso, donde me recibe una mujer con una cálida sonrisa que me transmite simpatía al instante.

—Bienvenida, pasa.

—No quisiera molestar.

—¿Molestar? ¡Uy, qué tontería! ¿Te apetece un café?

—No, gracias. La verdad es que estoy cansada —le digo intentando no sonar maleducada al rechazar su ofrecimiento.

—Claro, perdona, hija. Vamos, te enseñaré el piso —me propone yendo hasta el ascensor y cogiendo una de mis maletas—. Me llamo Carmen y estoy para todo lo que necesites.

—Gracias, igualmente —contesto sonriendo.

—Esta casa era una finca familiar donde vivíamos ciento y la madre. En el primer piso vivía mi hermana con su marido y sus hijos, y en el segundo, yo con mi familia. Pero ya sabes lo que pasa, los hijos crecen y van marchándose y, por desgracia, hace unos años mi cuñado y mi marido murieron en un accidente de tráfico, dejándonos solas, así que, tras mucho pensarlo, decidimos sacar unos eurillos de este piso, que estaba vacío. Vas a ser la primera inquilina. ¿Te gusta? —me pregunta abriendo la puerta—. No es que sea muy grande, pero, para ti sola, es más que suficiente.

¿Si me gusta? No, ¡me encanta! Tiene vigas de madera en el techo y las paredes están pintadas en tonos cálidos que contrastan con la madera de las puertas y el parqué del suelo. Dos grandes ventanales con vistas al río proporcionan luz natural y, frente al sofá, hay una chimenea donde ya me imagino leyendo. ¡Dios mío! ¡Es una pasada!

—Me gusta mucho, Carmen, es precioso —le digo completamente feliz.

—Gracias. Me dijiste que eras matrona, ¿verdad? —me pregunta dejando las llaves sobre la mesa.

—Bueno, realmente soy residente.

—Mi hija pequeña está embarazada —me anuncia feliz.

—Enhorabuena, ¿y de cuánto está?

—De poquito, pero, si Dios quiere, para enero lo tendremos con nosotros. Bueno, hermosa, te dejo para que te instales.

—Gracias, Carmen; hasta luego.

La veo cerrar la puerta y, corriendo, me tiro en plancha sobre mi cama. ¡Madre míaaa! La habitación es superbonita... las cortinas, blancas, y las paredes de color verde en contraste con la madera oscura de los muebles, y las vigas del techo le dan ese aspecto rústico que siempre me ha gustado tanto. ¡Uauuu! ¡Qué alucine!

Me levanto y lo inspecciono todo de prisa. La cocina es pequeña, pero no le falta detalle, al igual que el baño y el salón. Como me ha dicho Carmen, el piso es pequeñito pero perfecto para mí.

Llamo a Elsa mientras deshago mis maletas, feliz y entusiasmada con este pequeño pisito que es tan grande para mí y, tras casi media hora de cháchara con ella y Paqui, y una vez instalada por completo, me doy una ducha y me marcho de excursión a conocer esta ciudad en la que haré realidad mis sueños.

Mi casa está muy cerquita del casco antiguo y me pierdo entre sus calles, caminando en silencio, empapándome de sensaciones, ruidos y olores, feliz por fin.

Ceno en mi pisito y, por primera vez después de varios meses soñando con ermitas y montañas, no sueño con nada, despertando tranquila en mi nuevo hogar. Desayuno un café mirando por la ventana de mi salón el maravilloso paisaje que tengo frente a mí; el río Vero, los pájaros sobrevolándolo, los árboles... sintiéndome en paz y pensando en lo que haré hoy.

Necesito un coche como el respirar. El hospital está fuera de la ciudad y me hace falta un vehículo para poder desplazarme, así que, una vez vestida con mis vaqueros, mi camisa a cuadros y mis tan queridas Converse, me dirijo a un concesionario, donde me compro un Fiat 500 color rojo, una monada y mi sueño desde que me saqué el carné.

Visito también el hospital donde haré mi residencia y conozco a dos de las matronas del centro. Chary, una mujer de raza, con el pelo largo, rizado y tan oscuro como lo son sus ojos, es toda dulzura, y Aroa, simpatiquísima, dueña de unos ojos preciosos y enamorada hasta la médula de su marido, Enrique Cavill. Con ambas congenio al instante y, puesto que parece que tienen un día tranquilo, me muestran la sala de dilatación, el paritorio y las habitaciones de posparto. Me emociono viéndolo todo e imaginándome entre estas paredes haciendo talleres y guardias, estudiando como una loca de nuevo y empezando mi andadura en este mundo tan apasionante que ya conozco gracias a Marcela y a Bruno.

El hospital, compuesto por varios edificios, me recuerda ligeramente al internado en Irlanda, pero lo que más me gusta es el ambiente familiar que aquí se respira y la cálida acogida de estas matronas, que sin conocerme de nada me han hecho sentir parte de su mundo.

El mes de junio lo dedico a estudiar el manual que tanto Chary como Aroa me han aconsejado, y a conocer la ciudad y a Carmen, mi casera, vecina y ahora también amiga.

Madre de dos hijos y abuela de una niña, me recuerda a Paqui, y con ella como a menudo; según ella, para hacerle un favor, ya que se siente sola y, según yo, porque cree que soy incapaz de cuidarme sola.

Mañana empiezo mi residencia y decido invitarla a comer al bar de Teo, que se encuentra cruzando el río, y en su terraza degustamos una de las mejoras lasañas que he probado en mi vida.

—¿Y tus hijos, Carmen? ¿Dónde viven? —le pregunto mientras esperamos los postres.

—Mis hijos, dice... mi hijo es un sinvergüenza, contenta me tiene —me contesta con ese genio suyo que tanta gracia me hace—. Vive en Aínsa, y no me malinterpretes, que bien orgullosa estoy de él, pero se acuerda de que tiene madre de uvas a peras.

—¿Y eso? —le pregunto riéndome.

—El trabajo, siempre el trabajo; esa excusa le viene de perlas. Es dueño de varios hoteles y hace unos años adquirió un antiguo monasterio que restauró, convirtiéndolo en uno de los mejores hoteles de la zona.

—O sea, que es un hombre de negocios... un trajeado, vamos —le digo guiñándole un ojo.

—Sí, hija, sí, y completamente volcado en ellos. A veces echo de menos cómo era hace unos años; ahora es demasiado serio, necesita reírse y divertirse. ¿Sabes?, creo que harías buena pareja.

—¿Me estás diciendo que soy seria y aburrida? —le pregunto con fingido espanto.

—Más bien madura y formal; tú también necesitas soltarte un poco. Lo que yo te diga, tal para cual.

—¡Lagarto, lagarto! No, gracias, no quiero parejas.

—¿Por qué no? Con lo guapa que eres, los llevarás a todos de calle.

—¡Qué va! Y ni ganas, ¿eh? Que así estoy muy bien. ¿Y tu hija? —le planteo intentando cambiar de tema, pues sólo me falta que, ahora que no tengo a Elsa para darme la tabarra, le dé a Carmen por emparejarme con su hijo.

—Mi hija es todo lo contrario a su hermano: es alegre, risueña y familiar. Está casada y vive con su marido y su niña, también en Aínsa.

—¿Y qué hacen todos en Aínsa y tú aquí sola? —me intereso, mirando con glotonería la tarta de queso que acaban de dejarme delante.

—En Aínsa vivimos durante su infancia; luego trasladaron a mi marido y nos vinimos todos aquí. Las circunstancias de la vida han hecho que mis hijos regresen, pero Barbastro es mi hogar ahora; mi hermana también vive aquí y está tan sola como yo, así que supongo que me da pena dejarla. Por otra parte, no me apetece abandonar mi casa y a mis amigas cuando no hay necesidad. Además, niña —añade como si terminara de darse cuenta—, si yo me voy, ¿quién cuidará de ti cuando vengas agotada después de esas guardias infernales que harás en el hospital?

Me río feliz. Puede que no haya tenido unos padres como los que hubiera deseado, pero he caminado por la vida en compañía de personas que me han querido con todo su corazón. Primero mis abuelos; luego Juana, Alice, Elsa y su familia, y ahora, poco a poco, Carmen. Porque no es ella la única que se siente sola, y estos momentos de charla, saber que está en la vivienda de abajo, siempre lista para tomarse un café conmigo y ya pensando en que tiene que cuidar de mí cuando tenga mis guardias, hace que me sienta querida y acompañada.

No tenemos prisa y alargamos la sobremesa, contándonos la vida. Bueno, la mía un poco a medias, pues no le cuento quién es mi padre y de puntillas le menciono la relación tan complicada que mantuve con ellos, omitiendo por completo mi historia con Roberto y mi estancia en Irlanda. Esos años son demasiado duros e íntimos para mí y los tengo guardados bajo llave en mi corazón. En cambio, le hablo de mis abuelos, de Paqui y Bruno, de David, de la abuela y de Elsa; esos años en Valencia han sido tan felices e importantes para mí que no tengo ningún reparo en hablar de ellos con pelos y señales.

Capítulo 38

Estamos a 1 de julio y despierto feliz. Hoy es mi primer día como residente y de un salto salgo de la cama directa a la ducha, donde canto pletórica sin percatarme de que hacía años que no lo hacía. Me visto con mi ropa preferida: unos vaqueros oscuros, un suéter rosa palo y mis Converse. Atrás quedaron la ropa, los zapatos y los complementos de marca. Ahora visto informal, con ropa *low cost,* vivo de alquiler y nadie diría que soy dueña de una pequeña fortuna.

Llego al hospital, donde Chary, que está de guardia, me saluda con afecto y me presenta a mis compis residentes, quienes, como yo, iniciarán su residencia aquí.

Marisa, locuela y vivaz, con el pelo castaño cortito y un mechón rosa a juego con sus gafas, es murciana y supersimpática. Silvia, con el pelo rubio ligeramente ondulado y unas piernas de escándalo, es catalana como Emma, un torbellino de mujer, y Patricia, asturiana y la más dulce de todas. Con todas ellas conecto al instante; somos las nuevas resis, las novatillas, y pronto hacemos piña.

Aroa es la matrona que nos imparte nuestro primer taller de los muchos que haremos: registros cardiotocográficos, lactancia materna, episiotomía, suelo pélvico y un largo etcétera, y así, sin prisa pero sin pausa, empieza mi residencia y mi sueño.

—¿Preparada? —me pregunta Chary mientras caminamos a través del largo pasillo hacia la sala de dilatación.

—Impaciente —le contesto con una gran sonrisa, y además de verdad. ¡Me muero de ganas por empezar!

—El trabajo de matrona es fundamental en el proceso del parto; ten en cuenta que la mujer llega asustada, y más si es primípara; no sabe a qué va a enfrentarse y para eso estamos nosotras, para calmarla, para hacerla sentir lo más cómoda posible y para explicarle cada proceso del parto; definitivamente, para cuidarla desde que llega hasta que se va.

»Nunca olvides presentarte, eso es fundamental. Ellas se ponen en tus manos, con lo más sagrado e importante de su vida, su bebé y su cuerpo. Respétalo, jamás metas la mano sin explicar qué vas a hacer, ve despacio, respetando, protegiendo y tranquilizando; ésas deben ser siempre tus reglas sagradas. Las habrá más resistentes al dolor y menos, las que te pedirán la epidural a gritos mientras entran por la puerta y las que se negarán en redondo... respétalo. Alaba cuando hagan bien los pujos o te faciliten el trabajo y aconseja con cariño cuando no lo hagan y, sobre todo, nunca hagas que se sientan mal. Eso es algo que no soporto. Cuando yo era residente como tú, trabajé con una matrona que parecía una veterinaria: nunca se presentaba, metía la mano a saco, sin respetar y sin tener en cuenta los sentimientos de la mujer... y jamás voy a tolerar eso a ninguna de mis residentes, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, nunca tendrás ese problema conmigo.

—Entonces nos llevaremos bien; empecemos pues.

Entramos en la sala de dilatación y llegamos a la cama de una chica muy joven.

—Hola, corazón, me llamo Chary y seré tu matrona, y ella es Olivia, residente de primer año. ¿Cómo vas? —le pregunta con dulzura.

—Muy mal, ¿es normal que me duela tanto? —responde quejosa.

—Por supuesto, lo que no sería normal es que no lo hiciera. ¿Cómo te llamas?

—Rocío. ¿Me podéis poner ya la epidural?

—Claro, pero primero tenemos que sacarte sangre y enviarla a analítica.

—¡Pero es que la quiero yaaa! ¿Vais a tardar mucho? ¡Que yo no quiero enterarme de nada!

—Pero, mujer —le contesta sonriendo—, ¿cómo que no quieres enterarte de nada? ¡Si esto es lo más bonito que vas a vivir en tu vida! Con tu permiso, voy a explorarte.

—¿Lo más bonito? ¿Con lo que duele? ¡Yo lo que quiero es la epidural! ¡Y a litros, si puede ser! —le dice alzando ligeramente la voz.

—Olivia, ven un momento —me pide Chary, que ha comenzado a explorarla—. Mira, está dilatada de tres centímetros, fíjate —me indica introduciendo dos de sus dedos—: ahora es cuando podemos hablar de período activo de parto. Rocío, vamos a monitorizarte a ti y al bebé para controlaros y asegurarnos de que estéis bien —le comenta mientras va preparándolo todo—. Olivia, sácale sangre y envíala al laboratorio.

Hago lo que me pide intentando disimular lo nerviosa que estoy, mientras ella prosigue con sus explicaciones y me centro en el sonido de su voz para calmar mis nervios descontrolados.

—Tienes buenas contracciones, así que de momento no vamos a ponerte la oxitocina. Vamos a tomárnoslo con calma, ¿te parece?

Lo que me gusta de Chary es la tranquilidad que transmite y lo natural que le gusta que sea el parto; no quiere poner oxitocina si la mami lleva unas buenas contracciones, ni utilizar la epidural y, si puede evitar la episiotomía, la evita sin dudarlo. Le gustan los partos tranquilos, con cariño, con sus tiempos y lo más íntimos posible.

—Olivia, quiero que le controles el suero, los monitores y la dilatación, ¿de acuerdo? Rocío, ¿necesitas algo? ¿Tienes frío?

—Un poco. ¿Podría entrar mi pareja? Está fuera.

—Por supuesto. ¿Cómo se llama? Olivia, tráele una manta, por favor.

—Carlos.

—Venga, dos minutos y tienes a Carlos contigo.

La cubro con una manta, busco al tal Carlos, llevo los botes de sangre para la analítica y, volando, regreso donde está Chary, que se encuentra en paritorios. ¡Ay señorrr! ¡Un parto por fin!

—Muy bien, cielo, estás haciéndolo muy bien; cuando sientas la contracción, quiero que empujes fuerte.

La mamá está sentada en la silla de parto con un espejo enorme delante suyo para poder ver el nacimiento de su bebé, con una barra para poder cogerse y las piernas puestas en las pieceras, nada de perneras, nada de frialdad, todo en un ambiente perfecto para traer a su bebé al mundo, eligiendo en todo momento su plan de parto, tal y como debería ser.

Me coloco al lado de Chary. Llevo los guantes puestos por si me pide algo y la miro emocionada. Habla con calma, infundiendo tranquilidad. Las puertas del paritorio están cerradas, y se respira tal paz que lo último que parece es un hospital.

—A un parto no se le puede dar prisa —me comenta—. El cuerpo es sabio y debe adaptarse a la situación, y la mujer tiene que actuar por instinto, pujando cuando su cuerpo se lo pida.

Cuando se pone la epidural, a veces se anula la sensación de pujo y no sienten las contracciones, y entonces debemos ser nosotras las que lo guiemos, pero Elisa no la lleva puesta y vamos a dejar que sea ella la que dirija su parto, escuchando su cuerpo. Acércate, palpa su cabecita, con cuidado... tanto el bebé como la mamá están haciéndolo de maravilla; el bebé ha rotado él solo buscando su camino, tócalo. ¿Qué sientes?

¿Qué siento? No puedo contestarle, porque siento que he retrocedido más de cien años a casa de Manuela, la hermana de Rosa, mientras Inés, la partera, me pide que palpe la cabecita del bebé... y la toco con cuidado, sintiendo lo mismo que sintió Marcela hace tantos años, sintiendo esta vida entre mis manos mientras se abre camino por instinto, ayudada y guiada por nosotras.

Demasiados sentimientos bullen dentro de mí y lloro emocionada con la voz de Chary de fondo.

—Hay que proteger el periné para evitar desgarros; si lo protegemos bien, podremos evitar la epi, aunque eso a veces es algo inevitable cuando un bebé tiene la cabecita grande o el periné de la mami es estrecho o poco elástico; aun así, no es lo mismo cortar la mucosa de la vagina que cortar parte del músculo transverso —me comenta mientras absorbo sus explicaciones ansiosa de más—. Muy bien, mami, lo estás haciendo muy bien... en la siguiente contracción nos sale la cabecita, así que quiero que empujes con fuerza; míralo en el espejo.

Veo cómo Chary la ayuda a rotar con cuidado, desprende el hombro anterior, el posterior y ¡fuera! Oigo a la niña llorar, pero no llora ella sola, porque ahí dentro estamos llorando casi todos, mientras Chary pone a la criatura piel con piel con su madre.

—Ahora la placenta: vamos a masajear el fondo uterino para que la parte fúndica de la placenta se desprenda. Atenta, Olivia —me pide Chary, y tengo que obligarme a bloquear todos mis sentimientos para centrarme en sus explicaciones—, fíjate bien.

Y seguidamente veo cómo, tras un sangrado, se expulsa una masa gelatinosa.

Ha sido tan íntimo, tan tranquilo, tan emocionante... tan primitivo. Veo cómo el bebé busca instintivamente el pezón de su madre y empieza a succionar, tan pequeñito, tan calentito y tan resbaladizo. Lo tapo con una mantita para que no se enfríe; no quiero romper este momento tan especial entre madre e hija, un momento de conexión total entre ellas, y lloro mirándolas. ¿Mi madre haría eso? ¿Sería así con nosotras?

—Ve y comprueba cómo está Rocío, pero antes sécate esas lágrimas —me pide Chary con cariño ante el sofocón que llevo.

No tiene que repetírmelo dos veces y salgo del paritorio, donde lloro sacando fuera todos los sentimientos que me ahogan.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Marisa, mi compañera.

—Acabo de asistir a mi primer parto —le digo entre lloros, abrazándome a ella.

—Pero ¿ha salido algo mal? —me demanda preocupada.

—¡No!, ¡qué va!, ha sido superemocionante, increíble, maravilloso...

—¡Lo séee! ¡Qué pasada, ¿verdad?! Yo estoy con Aroa y es la caña; no veas cómo sabe la tía, pero a Patri le ha tocado con Isabel y me ha dicho que es más seca que un esparto.

—Pues Chary es todo lo contrario, ya verás cuando te toque con ella. Bueno, te dejo, que estoy vigilando a una chica en dilatación —le comento secándome las lágrimas.

Llego a dilatación y compruebo el suero y los monitores de Rocío. El anestesista, que acaba de llegar, está preparándolo todo para ponerle la epidural, mientras ella llora en posición fetal.

—¿Por qué lloras, Rocío? —le pregunto cogiendo su mano.

—Porque tengo miedo.

—Bueno, eso es normal, es tu primer parto y no sabes a qué vas a enfrentarte, pero no te preocupes, porque nosotras vamos a estar contigo todo el tiempo. Venga, encórvate más para que puedan ponértela mejor —le pido modificando ligeramente su postura—. A lo mejor tienes frío, pero eso es por la anestesia; si es así, dímelo y te traeré otra manta.

Cuando el anestesista termina, la exploro otra vez y compruebo que apenas ha dilatado. Le traigo otra manta y me marcho en busca de Chary, que se encuentra en el paritorio de nuevo, atendiendo a una chica que acaba de entrar por urgencias con contracciones, dilatada de diez centímetros y con la cabeza del bebé casi medio fuera.

—Venga, cielo, empuja, así... no pares... muy bien.

Veo cómo sale la cabeza, un hombro, el siguiente y el cuerpo. La mami tiene un microdesgarro que se soluciona con un puntito de nada y, aunque ha sido un parto muy rápido y precipitado, me emociono tanto como en el anterior.

El día transcurre básicamente en la sala de dilatación, poniendo vías, monitorizando, resolviendo dudas, cambiando sueros, dando ánimos y prestando mi apoyo. Chary me ha pedido que controle a Rocío y, tras casi ocho horas, durante las cuales ha caminado, ha utilizado la pelota y se ha desesperado, por fin está lista y la llevamos al paritorio.

—Ponte cómoda y, sobre todo, escucha a tu cuerpo. Sé que tienes miedo, pero nadie mejor que tú para traer a tu niño al mundo. ¿Sientes las contracciones? —le pregunta Chary, ya que Rocío lleva la epidural puesta.

—Sí, o eso creo.

—Muy bien. Cuando las sientas, quiero que pujes como yo te diga, ¿vale? Algunas veces te pediré que lo hagas con fuerza y, otras, que lo hagas soplando, así. —Se lo muestra, cogiendo aire y soltándolo lentamente—. Acércate, Olivia, fíjate cómo la cabeza va abombando el periné y cómo éste va cambiando de color, cómo la piel se va tensando y cómo terminará poniéndose de color blanquecino. Nosotras, guiando los pujos durante la contracción, podemos ir protegiéndolo, intentando que la piel y el músculo se vayan distendiendo, evitando el desgarro por arriba o por abajo —me explica con paciencia, masajeándolo.

Las contracciones se suceden unas a otras y, tras una última, veo cómo sale la cabecita ayudada por Chary, que tiene sus manos puestas en cada parietal, a continuación el cuello, desprende un hombro hacia abajo y el siguiente hacia arriba y, aunque parece una locura, nada de todo esto es nuevo para mí, porque ya lo he vivido con anterioridad, en mis sueños.

—Muy bien, mami, ya tenemos medio cuerpecito fuera; venga, otro empujón y sale por completo... ¡Biennn! ¡Ya lo tenemos con nosotras! —le anuncia colocándole el bebé sobre el pecho y emocionándome de nuevo.

¡Gracias, Marcela! Gracias por guiarme y por mostrarme el camino que debía seguir, el de matrona.

Con Rocío doy por finalizada mi jornada. Llevo metida en el hospital doce horas, pero no estoy cansada; al contrario, si me dijeran que puedo asistir a más partos, me quedaría con los ojos cerrados.

Subo al coche, pongo la llave en el contacto y empiezo a llorar, dejando salir libremente todos los sentimientos que bullen dentro de mí, pensando en Roberto y en la fotografía que me mostró Lucía, su hija... Él vivió lo que han vivido estos padres hoy. «¿Cómo se sentiría al ver nacer a su bebé?», me pregunto con un nudo en la garganta arrancando el motor y obligándome a no pensar más en él.

Llego a mi casa y, después de darme una buena ducha, llamo a Elsa para contarle este día que

quedará en mi memoria para siempre, porque, aunque ha sido Chary quien ha asistido los partos, yo he estado allí con ella, viviendo mi sueño y sabiendo que algún día serán mis manos las que ayudarán a traer niños al mundo.

Me acuesto y sueño de nuevo...

—Qué poquito queda para la boda del señorito Juan con la señorita Cayetana.

Es de noche y estamos en la cocina terminando de limpiar. Las escucho en silencio parlotear, pero no participo de la conversación, demasiado triste para hablar. Dentro de un mes contraerán sagrado matrimonio y, aunque ya nada queda entre nosotros, sé que sus sentimientos hacia mí no han cambiado y son tan intensos como los míos.

—Coincidirá con la boda de nuestro rey con doña Cristina —comenta Luisa.

—No me gusta esa mujer, es demasiado formal —sentencia Rosa.

—¿Y cómo no va a ser formal compitiendo con un fantasma? —pregunta Luisa—. A la vista está que el rey no ha olvidado a la reina Mercedes, bastante aguanta pobrecita.

—Dicen que tiene amantes por doquier —continúa Rosa.

—E hijos... —apostilla Luisa.

Su historia y la nuestra son tan parecidas... El matrimonio con Cristina de Orleans es meramente un matrimonio de conveniencia con un claro objetivo, un heredero para la corona. Como Juan y Cayetana, una boda por conveniencia y que lo alejará de mí para siempre cuando se den el sí quiero; entonces no habrá marcha atrás y, con el tiempo, acabaremos siendo como dos desconocidos.

Salgo de la cocina cabizbaja hacia mi habitación. La casa se encuentra en silencio y nuestro trabajo ha finalizado por hoy. Debería marcharme a servir a otra casa o volver a la mía, pero no me veo capaz de alejarme de él de momento. El sentimiento de pérdida es tan fuerte que siento cómo, día a día, voy muriendo por dentro.

Capítulo 39

Entre sueños y partos, los días y los meses se suceden y, a pesar de que he dejado de creer que mis sueños tengan relación alguna con él, me gusta soñar con Marcela y saber de su historia, porque, de alguna forma, estos sueños son un nexo de unión con la mía, que, aunque truncada por mis padres, todavía late acompasada con mi corazón.

Hoy estoy con Aroa, quien, junto con Chary, es una de mis matronas favoritas, y nuestro día se desarrolla entre la sala de dilatación y el paritorio, mi lugar preferido del mundo.

—Olivia, este parto quiero que lo atiendas tú —me dice bajito mientras nos lavamos las manos como antaño hicieron Inés y Marcela, tan presentes en mi vida desde que empecé mi residencia.

—¿Yo... sola? —pregunto titubeante empezando a asustarme.

—Sí, pero conmigo a tu lado. Tienes mucho instinto y te manejas muy bien —me anima guiñándome un ojo—. Ya has alumbrado varias veces la placenta y hemos hecho juntas varios partos a cuatro manos, así que hoy te estrenas.

«¡Ay, Señor! ¿Seré capaz?», me pregunto medio histérica poniéndome los guantes y llegando hasta la mami.

—Vamos a dejar que el bebé se abra camino —me dice Aroa colocándose a mi lado—; a veces lo más complicado es no hacer nada, porque nuestro instinto nos pide tocar el periné o hacer un tacto, pero la naturaleza es sabia y no hay que tener prisa. Dejemos que el cuerpo se adapte a la situación —me indica.

Guío a la mami con los pujos, recordando las enseñanzas tanto de Chary como de Aroa, masajeando el periné y respetando los tiempos del parto; tranquilizando, protegiendo y respetando, mis tres reglas sagradas ahora.

—Muy bien, mami; en la próxima contracción, quiero que empujes —le pido viendo cómo la cabecita empieza a abombar el periné.

Y retrocedo de nuevo en el pasado al parto de la señorita Beatriz, con Juan tras de mí y esa vida abriéndose camino ayudada por mis manos, sintiendo lo mismo que sintió Marcela: miedo, responsabilidad, emoción. Las gotas de sudor se deslizan por mi espalda y no aparto la vista de esa cabecita que lucha por abrirse camino a la vida... tan conectada con Marcela que podríamos ser una única persona, a pesar de los más de cien años que nos separan.

Sale la cabecita ayudada por mis manos y siento cómo me embarga la emoción, pero me trago mis lágrimas, desprendo los hombros y lo saco por completo, poniéndolo sobre el pecho de la mami, piel con piel... Espero a que el cordón deje de latir, lo pinzo, lo corto, alumbro la placenta y... ¡¡¡hecho!!! ¡Dios míooo! ¡Dios míooo! ¡Mi primer parto! Y ahora sí lloro emocionada, dejando salir todos mis sentimientos.

—Muy bien hecho —me felicita Aroa sonriendo.

Y con este maravilloso parto y flotando en una nube de endorfinas, doy por finalizado mi día, demasiado feliz como para dejar que termine tan pronto.

Cojo mi pequeño Fiat y, con la canción *Quiero*,[11] de Malú, conduzco feliz de regreso a casa cantándola a pleno pulmón, recordando el día que la canté con Elsa por primera vez en Irlanda. ¡Claro que sí! Estoy pletórica. ¡He ayudado a un bebé a nacer! ¡Por fin mi sueño hecho realidad! «Tengo que contárselo a Carmen», pienso emocionada mientras aparco el coche cerca de casa, y, corriendo, subo los escalones de dos en dos, sin calma para esperar el ascensor, y entro en su casa como un vendaval.

—¡Carmen! No te lo vas a creer, hoy he asistido mi...

No puedo concluir la frase porque ante mí está Roberto. Después de siete largos años, lo tengo frente a mí hablando por teléfono y, durante unos segundos, nuestras miradas quedan atrapadas como en el pasado, demasiado impresionados como para reaccionar.

—Roberto... —murmuro en un hilo de voz acercándome a él sin podérmelo creer.

—No te acerques a mí, Olivia —me pide con dureza, retrocediendo y guardando su teléfono.

Me quedo paralizada por el tono de su voz y su mirada de odio. ¿Por qué? Lo miro sin poder articular palabra, sintiendo la sangre helarse dentro de mí, anulando toda capacidad de expresión.

—¡Olivia! ¡Qué alegría que estés aquí! Mira quién ha venido a visitarme —me dice Carmen entrando en la habitación, acompañada de una mujer—: mi hijo con su pareja.

¿Roberto es hijo de Carmen? Los miro a ambos sin entender nada. ¿Y ha dicho su pareja? Pero esta mujer no es la misma de la fotografía que me mostró Lucía...

—Olivia, ¿estás bien, hija? —me pregunta Carmen, preocupada por mi mutismo y mi cara descompuesta.

—¿Él... él es tu hijo? —murmuro por fin, incapaz de pensar con claridad. Durante todo este tiempo he estado viviendo en su casa sin saberlo. Carmen apenas tiene fotografías, sólo alguna de sus hijos de pequeños o de su nieta... Dios mío... no puedo creerlo...

—¿Os conocéis? —nos pregunta tan descolocada como lo estoy yo.

—Durante un tiempo fui su profesor, pero de eso hace muchos años, apenas la recuerdo —contesta con frialdad—. Y... ¿puedes explicarme por qué entra sin llamar? Mamá, no puedes meter en tu casa a cualquiera —masculla con rabia.

«¿Apenas me recuerda? Y... ¿yo soy cualquiera?», me pregunto llevando mi mano a la cadena con el símbolo del infinito que él puso ahí hace tantos años.

—¡Roberto! Olivia vive alquilada en el piso de arriba y es alguien a quien quiero mucho, las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ella y, por supuesto, no necesita llamar para poder entrar —lo reprende con seriedad—. Discúlpalo, hija, los hoteles se le han subido a la cabeza —farfulla mirándolo con dureza.

Tengo la mirada fija en él, sólo en él, en esos ojos verdes que brillan con furia, en ese cuerpo tenso que vibra de rabia, y siento el suelo abrirse bajo mis pies. No puedo moverme, no puedo reaccionar; siete años esperándolo, siete años imaginando nuestro reencuentro, alimentando mi amor y negándome a olvidarlo, ¿para esto?

—¿Estás bien, hija? —me pregunta Carmen acercándose a mí—. Quédate a cenar con nosotros, seguro que no has comido nada de provecho en todo el día.

—Mamá, he venido a verte a ti, no a cenar con esta mujer.

—Roberto, ya está bien —lo riñe Carmen alzando la voz—. ¿Puede saberse qué te pasa? No le hagas caso, Olivia, quédate, necesitas comer, haces muy mala cara.

—No... —susurro sintiendo las paredes moverse—... no te preocupes, Carmen, estoy muy

cansada y sólo quiero dormir —murmuro con la mirada fija en la suya, incapaz de moverme a pesar de que mi cerebro me ordena que salga corriendo de una vez.

¿Dónde está el hombre del que me enamoré? ¿Dónde está ese hombre que dijo que siempre me querría? ¿Dónde está? ¿Dónde? Tengo el cuerpo paralizado por el dolor; me duele el alma y mis sueños cobran sentido de repente. ¿Cómo no me di cuenta cuando siempre han ido tan a la par con mi vida? Ese sentimiento de pérdida tan fuerte que siente Marcela, idéntico al que estoy sintiendo yo ahora. Ella pierde a Juan, yo le pierdo a él... para siempre.

—Debo irme —susurro dirigiéndome a la puerta.

—Olivia, ¡espera! —me pide Carmen, pero no me detengo y salgo de su casa a punto de derrumbarme—. Olivia, ¿qué ha pasado?

—Nada, estoy cansada, sólo eso —respondo empezando a subir los escalones.

—¿Crees que soy idiota o que estoy ciega? Niña, ¡si estás a punto de echarte a llorar!

—Sólo estoy cansada —murmuro llegando a mi piso.

—¿Quieres que te suba la cena? —me pregunta alzando la voz desde su rellano.

Pero no contesto, no puedo, y con manos temblorosas abro la puerta de mi piso, entro y la cierro, derrumbándome por fin apoyada en ella, llorando rota de dolor y de rabia, sin poder entender su reacción y con miles de preguntas martilleando en mi cabeza. ¿Qué pasó durante mi estancia en Irlanda? ¿Por qué se fue? ¿Por qué me odia?

Lloro sin consuelo completamente destruida, sintiendo cómo caigo en picado en ese agujero negro que tanto miedo me da. ¿Apenas me recuerda? ¿Es eso posible con lo que nos quisimos? ¡No! ¡No! Me niego a continuar con tantas dudas y me levanto y me dirijo hacia el baño, donde me lavo la cara. Estoy cansada, pálida y con los ojos irritados, pero no me importa, no me importa nada, porque, después de siete años preguntándome dónde estaría, por fin lo sé y yo... yo necesito respuestas; aunque no me quiera, aunque me odie, necesito saber por qué no me esperó, qué sucedió para que se marchara de Madrid rompiendo su amistad con Javier y Toni y, armándome de valor, me dirijo a la puerta, abriéndola de golpe y quedando de nuevo frente a él.

Pero esta vez no hay sorpresa en nuestra mirada y es él quien entra como un vendaval en mi casa.

—¿Cómo pudiste, Olivia? ¿De verdad merecía algo así? —suelta cegado por el dolor y la rabia.

—¿A qué te refieres? —le pregunto completamente perdida.

—No te hagas la tonta ahora, ¡entre tus padres y tú me jodisteis la vida! Por vuestra culpa perdí mi trabajo, me abrieron un expediente y jamás pude volver a trabajar como profesor. ¿Por qué, Olivia? ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué? Cuando regresé, tú ya no estabas y...

—¡No mientas más! —me grita con furia—. Lo que hicisteis fue tremendo, ¡me hundisteis, joder!

—¡No sé de qué me hablas! —le grito yo también, fuera de mí y a punto de echarme a llorar.

—¿No? ¿De verdad no lo sabes? —me espeta rabioso—. ¿Ya no recuerdas la carta que escribiste donde contabas cómo te forcé en las clases de refuerzo para que te aprobara matemáticas? Pero no tuviste valor para dar la cara... cobarde, eres una cobarde y un ser despreciable —me escupe con desprecio—. Tú y tus padres sois lo peor que me ha sucedido en la vida. Aléjate de mi madre, no te acerques a ella o seré yo quien te hunda a ti esta vez.

«Estoy viviendo una pesadilla —pienso en un intento por protegerme—. Voy a despertar, esto no es real.» Todo me da vueltas, siento náuseas, un sudor frío cubre mi cuerpo y me

tiemblan las piernas. «¿De qué carta habla? Mis padres... seguro.»

—¿Sabes? —me escupe con desprecio—. Durante años he imaginado este momento, necesitaba oírte, saber por qué, pero ahora que te tengo delante no me importa. Aléjate de nosotros; no te lo repetiré, Olivia, aléjate de mi madre y de mí.

Estoy mareada, su voz suena a lo lejos y me apoyo en la mesa para no caer, pero me giro y, como puedo, le hago frente.

—¿Cómo pudiste creer que yo haría algo así? —le pregunto a punto de desplomarme.

—Porque conozco tu letra y yo mismo vi esa carta —me dice cegado por el odio, llegando hasta mí—. Voy a quedarme en Barbastro una temporada y no quiero volver a verte. Tienes una semana para largarte o seré yo quien te eche a patadas de esta casa, ¿está claro?

Lo veo salir por la puerta, veo las huellas de mis manos sudadas en la mesa, veo el salón, mi piso, todo en un segundo, y mi cuerpo se revela ante tanto dolor y se desploma, cayendo desmayada, dejando de ver y de sentir.

Despierto en el suelo; tengo náuseas y, sin darme tiempo a levantarme, vomito sobre el parqué. Me tiembla todo el cuerpo y, como puedo, me arrastro hasta el baño, donde me echo agua fría sobre la cara y los brazos. Tengo una pequeña brecha en la frente y, como una autómata, me quito la cadena mientras las lágrimas fluyen silenciosas secando mi alma. ¿Cómo pudo pensar que yo haría algo así? ¿Acaso no vivió conmigo la situación que tenía en casa? Curo mi frente, me lavo los dientes y limpio el vómito en estado de *shock,* mientras la ira va abriéndose paso en mi interior como una corriente roja y burbujeante... ¡Idiota!, ¡idiota! ¿Cómo pudo creerlos? Necesito salir de aquí y, cogiendo mi chaqueta, salgo de casa fundiéndome en la oscuridad y caminando sin rumbo, dejando que el aire fresco revitalice mi cuerpo. «Por eso se fue, por eso le dijo a Javier que estaba equivocado... conmigo, estaba equivocado conmigo», pienso llorando de nuevo.

Después de andar durante horas sin rumbo, regreso a mi casa, pero no entro y me siento en los escalones de la fuente que hay frente a ella, oyendo el suave sonido del agua y viendo las luces de la casa de Carmen. Roberto estará allí con ella, con su pareja, con la mujer que ocupa su corazón ahora, y entonces los veo salir y me levanto haciéndoles frente.

—¿Otra vez tú? No sé nada de ti durante siete años y hoy no dejo de encontrarme contigo, maldita suerte la mía —masculla con rabia.

—¿Cómo pudiste creerlos? ¿Cómo pudiste ni por un momento creer que yo haría algo así? —le pregunto temblando—. ¿Acaso no llegaste a conocerlos durante el tiempo que estuvimos juntos? —Percibo el tono desesperado de mi voz, pero me da igual, así como que vaya de la mano de otra mujer.

Sé que mi estado es lamentable: tengo una tirita en la frente, el rímel corrido, no queda rastro del maquillaje que me puse hace ya tantas horas, tengo el pelo deshecho y estoy pálida y ojerosa, pero me importa una mierda, en estos momentos todo me trae sin cuidado.

—Lo único que sé es lo que vi y viví. Para mí eres una desconocida y no me interesa nada que pueda venir de ti; no voy a repetírtelo, aléjate de nosotros. Tienes una semana para mudarte.

Lo miro de nuevo, paralizada por el dolor. Él ya no es el mismo, su voz ya no es la misma; ahora es dura y fría, como su mirada. Su desprecio y su ira son sus compañeros actuales, y hablo desde la rabia, la misma rabia que posiblemente sienta él.

—En eso coincidimos, porque tú también eres un desconocido para mí —le digo fulminándolo con la mirada, rompiéndome con cada una de mis palabras—. ¿Sabes lo que más me duele? —le pregunto ignorando otra vez a su pareja, demasiado asombrada con todo lo que

está presenciando como para poder reaccionar—. No haberte dejado marchar como tantas veces me pidió Elsa y haberme aferrado a lo que sentía por ti durante tantos años, como si mi vida dependiera de ello. —Durante unos momentos fijo mi mirada en la chica que lo acompaña; es bonita, morena y de ojos oscuros como el carbón, pero... ¿qué más me da? Dándome la vuelta, me marcho alejándome de ellos, pero entonces me giro y añado con toda la dureza de la que soy capaz—: Otra cosa, hace años que nadie me dice lo que tengo que hacer; tengo firmado un contrato de alquiler para un año, así que déjame en paz y olvida que me has visto.

—Para eso no tengo que hacer un gran esfuerzo —masculla con odio.

—Bien por ti —suelto y, dándome la vuelta de nuevo, entro en mi casa.

Pero donde realmente voy es a casa de Carmen. Llamo y espero a que me abra.

—Entra, cielo. Diga lo que diga el malhumorado de mi hijo, no tienes por qué llamar, sabes que ésta es tu casa. ¿Qué te ha pasado en la frente? —me demanda llevando su mano a la tirita que cubre la pequeña brecha.

—Carmen, ¿tengo que irme? —planteo a bocajarro ignorando su pregunta—. Ya sé que tengo un contrato firmado, pero, si tú me pides que busque otra casa, lo haré —murmuro rota de dolor.

—Pero ¿qué dices? —responde sin entender nada.

—Tu hijo quiere que me mude, ¿lo quieres tú también?

—Por supuesto que no. Ésta es mi casa, no la suya, y tú de aquí no te mueves como que me llamo Carmen, y, ahora, empieza a soltar por esa boquita de piñón qué te une a mi hijo, porque, si creéis por un momento que me he tragado esa sarta de mentiras, es que tenéis en muy poca estima mi intelecto. ¿Estuvisteis juntos, verdad?

—Carmen, deberías hablar con tu hijo primero, luego te prometo que te lo contaré todo, pero, hasta que él no lo haga, yo tampoco puedo hacerlo —murmuro deseosa de que lo entienda—. Gracias por dejar que me quede.

Sin esperar contestación por su parte, salgo de su casa hacia la mía. Llego y me acuesto en la cama sin ducharme ni cambiarme, carente totalmente de fuerzas y de ánimo, vaciándome por dentro con mis lloros desconsolados hasta que, agotada, me quedo dormida y sueño de nuevo...

Hoy se casa Juan y estoy en la habitación de la señora, ayudándola a arreglarse, tragándome mis lágrimas.

—¡Niña! ¿Puede saberse qué te pasa? Menuda cara de duelo me traes. ¿Acaso no sabes que hoy es día de celebración?

—Claro que sí, señora, pero no me siento bien —murmuro sin dejar de peinarla.

—Por Dios bendito, no te me pongas mala ahora, que nos faltan manos. Mañana, si quieres, ya te enfermarás, pero hoy te quiero sana.

Lo que la señora no sabe es que yo ya estoy enferma y que, para mi enfermedad, no hay cura posible, pues viene de dentro, del interior del alma.

Para la ocasión, la señora ha elegido un vestido verde a juego con el aderezo de esmeraldas, regalo del señor, y, cuando acabo de vestirla, es todo un espectáculo a la vista.

—¡Arrea! Ve a ver si Juanito necesita algo y dile que estoy abajo esperándolo.

—Sí, señora —murmuro saliendo de sus aposentos con el corazón atronándome en el pecho de pensar en verlo de nuevo a solas en esa habitación que tantos recuerdos me trae.

Un año y medio llevamos separados, un año y medio desde que anunció su compromiso, un

año y medio de dolor y sufrimiento, de anhelo y deseo reprimido, de sentimientos ahogados por unos principios que a veces me pregunto si merecen la pena.

Llego y llamo a la puerta, esperando su respuesta.

—Adelante. —Su voz suena firme y accedo a la estancia, como tantas veces hice en el pasado.

Está de pie delante de la cama, listo para convertirse en el marido de otra mujer, guapísimo como siempre, pero sin un ápice de alegría en la mirada.

—Señorito, la señora lo está esperando abajo.

—Entra y cierra la puerta, por favor.

—No puedo, señorito, tengo trabajo.

—No me importa, hazlo —me ordena acercándose a mí.

Obedezco y quedo frente a él.

—Marcela, no tiene por qué terminar; este matrimonio no significa nada para mí, tú eres la única mujer a la que amo —me declara acariciando mi mejilla—. Por Dios que he intentado olvidarte, pero ha sido imposible, ¿lo has hecho tú? Porque te prometo que, si ya no me quieres, no volveré a molestarte.

—No utilices el nombre de Dios, te lo pido por favor —le ruego en un hilo de voz—. Vas a casarte, Juan; un matrimonio ante los ojos de Dios es sagrado. Respétalo y respétala a ella también. Tengo que irme —le digo con firmeza sin contestar su pregunta.

—Ven a mi casa, sé mi ama de llaves, aunque no estemos juntos; por favor, Marcela, no me niegues también poder verte.

—Posiblemente sea lo mejor. Dese prisa, señorito, sus padres aguardan en el vestíbulo.

Me doy la vuelta y salgo de su habitación, dejando mi alma y mi corazón en ella.

Una casa de piedra con una enredadera, una plaza... Llueve, oigo las campanas de una iglesia... veo una puerta...

Capítulo 40

Despierto con las primeras luces del día, recordando mi sueño... otra vez esa casa, llovía, hacía frío y sonaban las campanas... y Juan... hoy se casará con Cayetana y se alejará de Marcela para siempre, como Roberto está de mí ahora.

Me levanto y me dirijo al sofá, desde donde contemplo el río Vero y pienso en mis padres. Al final no importó que tuviera un buen comportamiento en el internado o que sacara buenas notas, fueron a por él, consiguiendo que me odiara, rompiendo de raíz nuestro amor. «¿Por qué tanto odio? —me pregunto secando mis lágrimas—. ¿No fue suficiente alejarme de sus vidas, que tenían que arruinar también la suya?» Cierro los ojos y durante un momento valoro contactar con la prensa, contar quién es mi padre realmente y arruinar su vida, pero entonces arruinaría la mía. Poner al presidente en tela de juicio sería salir de mi amado anonimato y... ¿para qué? Él no quiere escucharme y ese hecho, en sí, ya dice mucho de él.

Con lo que nos quisimos, con lo que sabía de mi vida, no tenía que haberlos creído, por muchas cartas que hubiera leído. ¿Acaso no podían haber imitado mi letra? ¿Acaso no podían haberme obligado a escribirla como me obligaron a ir a Irlanda? Tenía que haber sabido que nunca hubiera hecho tal cosa por voluntad propia y haberse preguntado qué estaba sucediendo en mi vida al leerla; en cambio, se dejó llevar por la obviedad, haciendo que mis padres consiguieran su objetivo, separarnos y arruinarnos la vida... demasiadas molestias para alguien que no te importa en absoluto.

Me tomo el café más por costumbre que por ganas. Siete años esperándolo, siete años queriéndolo mientras él estuvo siete años odiándome; las lágrimas se deslizan de nuevo por mis mejillas y las garras presionan sin piedad mi corazón una vez más.

Me visto sin poder dejar de pensar en él, sintiendo las garras ahogándome mientras veo mi cuello libre de esa fina cadena y seco mis lágrimas con dolor; se terminó, para siempre. Cojo mi bolso y salgo presurosa de casa; necesito rodearme de gente y, si puede ser, de muchos partos, para no pensar más en él ni en nada. Llego a nuestra pequeña sala, donde mis compañeras residentes Patricia, Marisa, Silvia y Emma están tomándose un café, y me uno a ellas.

—Qué careto traes, niña. ¿Puede saberse qué has hecho esta noche, loca? —me pregunta Marisa sonriendo.

—No preguntes —murmuro llevándome la taza de café a los labios, deseando que su calidez alivie el nudo de mi garganta.

—¿Estás bien? —se interesa Silvia acercándose a mí.

—No he descansado bien esta noche; he tenido unas cuantas pesadillas y luego no he podido volver a dormirme, sólo eso —miento incapaz de contarles la verdad.

—Eso es porque no lees erótica; ya te recomiendo yo unos cuantos libros de autoras amigas mías que te harán tener sueños húmedos y alejarán por completo esas pesadillas —me dice

Marisa entre risas.

—Y si con eso no tienes suficiente, ya te diré una página de Facebook llena de buenorros para que te alegres la vista todos los días y todas las noches —remata Emma guiñándome un ojo —. Además de las risas que te echarás con todas nosotras; eso sí, a los maridos, ni tocarlos —me dice descojonándose.

—¿Qué maridos? —pregunta Patricia—. Si tú estás soltera.

—Nuestros maridos los ficticios, que aquí cada una tiene a su buenorro asignado y las demás sólo miramos; bueno, las integrantes de la cooperativa podemos compartir un poquito a Justice Joslin, el marido de mi amiga, pero eso ya os lo cuento otro día, que Chary me matará como llegue tarde —nos dice dirigiéndose a la puerta.

—¿Una cooperativa de buenorros? ¿Y has dicho Justice Joslin? ¡Joder, que ese tío está muy bueno! —la bombardea Marisa muerta de curiosidad saliendo con ella.

—¿Y quién es esa amiga tuya que tiene tanta suerte? —continúa Patricia en su asalto a Emma, que va descojonándose ya al otro lado de la puerta.

Las veo salir en silencio mientras me tomo el café. Para Facebook y novelas eróticas estoy yo.

—¿Por qué me parece a mí que no es eso? —me pregunta Silvia—. Para lo que necesites, estoy aquí, ¿vale? —añade acariciando mi brazo y saliendo por la puerta sin presionarme.

Mi día transcurre entre la sala de dilatación y el paritorio, pero, como no tengo la atención puesta en lo que toca, me gano varias broncas por parte de Isabel, la matrona con la que me toca estar hoy. Ella es intervencionista como la que más, seca y bruta, y lleva los partos con tal rapidez que la mami que tenga la mala suerte de caer en sus manos va a cargar con oxitocina a tutiplén, va a poner las piernas en las perneras se sienta cómoda o no, del espejo mejor ni hablamos y va a llevarse una epi de campeonato, aunque no la necesite.

No me gusta trabajar así; además, me siento mal haciéndolo cuando sé que hay otra forma de proceder, pero sólo soy una residente de primer año y ella, la matrona, así que me toca callarme y sobrellevar mi día como pueda... mi largo día, porque tengo una guardia esta noche, pero mejor eso que ir a mi casa, donde puedo tropezarme con él.

Esta mañana no lo he visto y, aunque sé que es lo mejor, mi parte masoca se muere por hacerlo. ¿Dónde vivirá? ¿En casa de Carmen o en otro sitio con su pareja? «Y a mí, ¿qué me importa? ¡Olvídate de él!», me ordeno mientras coloco una vía tan mal que la pobre chica me mataría si pudiera.

—Lo siento... —me disculpo avergonzada; parezco una recién llegada, ¡mierda!

La noche es tan movida como el día. Llegan varios partos de urgencia que atienden las gines de guardia, uno por ser cesárea y otro por ser gemelar, y con Isabel asisto a dos más, y digo *asisto* porque apenas me deja hacer nada. Suerte que tengo a Chary y Aroa, porque, si fuera por ella, terminaría mi residencia sin llegar al mínimo de partos.

Por fin termina mi día... mi largo y asqueroso día, porque apenas he hecho otra cosa que poner vías, cambiar sueros, sacar sangre, dar ánimos e ir de aquí para allá como una loca. Además, llevo metida en este hospital desde ayer y estoy muerta. Lo único que deseo es tirarme en plancha en la cama y dormir durante horas, sin pensar, sin sentir y sin ver.

Cojo mi coche y bajo las ventanillas, dejando que el aire fresco de la mañana me despeje y, medio zombi, llego a mi calle.

Todavía es temprano y apenas hay gente, y durante unos minutos contemplo el río Vero, con el dibujo del niño jugando con su barquito. «Por fin sé qué ocurrió», pienso deteniéndome unos

momentos sola en mitad de la acera, observado cada detalle del río; el agua brillante con los primeros rayos del sol, los árboles, los pájaros, el lento despertar del día... ¿Qué ocurrirá ahora?, y entonces lo veo salir del portal y me quedo hipnotizada mirándolo, incapaz de apartar mis ojos de él.

Lleva unos pantalones azules con la camisa blanca y el cinturón marrón a juego con los zapatos y su maletín; va sin chaqueta, a pesar del frío que hace, y lo miro fascinada. Si dijera que no ha cambiado, mentiría, porque sí lo ha hecho, pero para mejor. Estos años lo han convertido en un hombre. Un hombre interesante, atractivo... y un completo desconocido para mí. Ya no sé leer su mirada, ya no me siento conectada con él, ya no conozco su cuerpo, esos músculos que se adivinan a través de la tela de su camisa no estaban antes, como tampoco estaba su frialdad... sí, ha cambiado tanto que ya no sé quién es.

Va caminando mirando su móvil, sin percatarse de mi presencia. Antes podía sentir cuándo lo miraba, igual que podía hacerlo yo, cuando con su mirada era suficiente para que mi cuerpo, tan frío ahora, ardiera. Y entonces alza la mirada y se encuentra con la mía, dejándome sorda y ciega a nada que no sea él. No es un desconocido, nunca lo será, porque mi alma reconoce la suya, a pesar de los años y el dolor.

—¿Otra vez tú? —me pregunta con dureza, deteniéndose frente a mí.

—La mala suerte te persigue —contesto con seriedad y un poco harta de que me vea siempre con tan mal aspecto.

—Eso tendré que decidirlo yo —me rebate con la misma seriedad con la que yo le estoy hablando—. Mi madre me ha dicho que no vas a mudarte.

—Así es.

—La tienes tan cegada como me tuviste a mí —me replica con dureza—, pero no olvides que te conozco, así que no te propases, porque entonces no tendré en cuenta su opinión y te echaré de su casa por muchos contratos que tengas firmados, y créeme que estoy deseando hacerlo.

—Que te vaya bien —le digo con toda la firmeza de la que soy capaz, empezando a caminar y pasando por su lado.

Pero me frena sujetándome por el brazo. Su tacto es como una corriente electrizante que, a toda velocidad, fluye por mi cuerpo, despertándolo después de tantos años dormido. Levanto la mirada, que se encuentra con la suya, y durante unos instantes vuelvo a estar en sintonía con él, volviendo a ser los mismos que fuimos hace unos años, pero entonces, endureciéndola, se convierte de nuevo en un desconocido para mí.

—Suéltame, Roberto.

—Vamos a vivir en el mismo edificio y, porque quiero a mi madre, voy a tolerarte, pero nunca olvidaré lo que hiciste —masculla con rabia, liberándome.

—Tú no sabes nada —contesto con dolor sin apartar mi mirada de la suya—: ni lo supiste ni has querido saberlo ahora; eres un estúpido y te juro que, aunque sea lo último que haga, voy a arrancarte de mi vida para siempre.

Y sin darle opción a reaccionar, reanudo la marcha hacia el portal de la casa que compartimos, entro y, sólo entonces, dejo que las lágrimas alivien el peso de mi alma. En la escalera perdura el olor a su fragancia; la reconozco, es la misma que utilizaba cuando estábamos juntos, pero bloqueo mis recuerdos mientras subo las escaleras sin dejar de llorar.

Una vez en mi casa, bajo las persianas, me acuesto y sueño de nuevo...

«La añoranza me duele, la casa no es la misma sin él, lo echo tanto de menos...», pienso mientras paso por delante de su habitación sin detenerme. Hace un mes que contrajo matrimonio y desde entonces lo he visto en contadas ocasiones y siempre acompañado por ella, por su esposa.

He terminado con las habitaciones y empiezo con la colada; hace frío y tengo las manos enrojecidas, pero no me importa y froto con fuerza, sacando mi rabia y dolor.

Debería aceptar su oferta e irme a servir a su casa, podría verlo todos los días... no... no... olvídate de eso.

Despierto sintiéndome tan vacía como Marcela. De nuevo sus sentimientos perduran dentro de mí, entremezclándose con los míos, arañándome el alma: tristeza, añoranza, dolor, vacío...

Me levanto y me dirijo a la cocina, donde me preparo un café que me tomo sentada en el sofá mientras miro por la ventana, pensando en nuestras vidas y en cómo hemos padecido por culpa de mis padres, recordando mi estancia en Irlanda y cómo sufrí... Alice, cuánto tiempo sin hablar con ella; aunque no sé si estará ocupada, la llamo, deseosa de escuchar su voz.

—¿Olivia?

—¡Hola, Alice!

—¡Hombre! ¡Pero si estás viva! —me regaña entre risas.

—Perdona, la residencia me tiene absorbida.

—¡A ti y a Elsa! Desde que me enviasteis la fotografía delante del Ministerio, no he vuelto a saber nada de ninguna de las dos. ¡Anda que contenta me tenéis!

—Perdona, Alice —le pido sonriendo y sintiéndome bien por fin. Antídoto Alice sin lugar a dudas, mi mejor medicina—. De ahora en adelante prometo llamarte más a menudo. ¿Cómo estás?

—Como siempre, ¿y tú? ¿Cómo va esa residencia?

—Dura, pero bien. Me encanta ser matrona, no te imaginas cómo me siento cuando ayudo a nacer a un bebé, es una sensación increíble. ¿Te crees que lloro cada vez?

—¿Llorar tú? ¡Nooo! —bromea descojonándose.

—¡Alice!

—¿Qué? ¡Es verdad! Eres la tía más llorona que he conocido en mi vida. Y de novietes, ¿cómo vas? ¿Ya te has decidido a dar el gran paso y has levantado la veda?

—¡Qué pesadas sois, en serio! Además, para eso estoy yo ahora... —murmuro con tristeza.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Olivia?

—Nada, déjalo... es muy largo —farfullo intentando zafarme del asunto.

—Tengo tiempo, cuéntame.

—¿Te acuerdas del hombre del que te hablé?

—Sí, llegaste a Madrid y ya no estaba. ¿Lo has visto?

—Más que eso, resulta que la madre de Roberto es mi casera y me enteré ayer cuando volvió a Barbastro por negocios. Además...

—¿Estás en Barbastro? ¿Y dices que se llama Roberto? —me interrumpe.

—Sí, ¿por qué? ¿Nunca te había dicho su nombre?

—Nunca —susurra—; siempre decías *él* y yo nunca quise preguntarte. ¿Cómo se llama tu casera, Olivia? —me pregunta cauta.

—Carmen —respondo sin entender la relevancia que pueda tener su nombre.

—¡Carmen es tu casera! ¡¡¡Carmennn!!! ¿Morena, pelo corto, con gafas... y vive delante del río Vero? ¿Estamos hablando de la misma Carmen? —demanda entre gritos.

—¡Sí! ¿Cómo sabes todo eso? —le pregunto yo a mi vez alzando la voz.

—¡Ay, Dios míooo! ¡Dios míooo! ¡Mierda, Olivia! ¡Roberto es mi hermano!

—¿Cómooo? ¿Rob es Roberto? ¡Pero si tú eres irlandesa! ¿Qué te has fumado, Alice? —suelto levantándome del sofá y empezando a dar vueltas por el salón.

—Cállate y escucha. ¡Mierda! ¡Tendría que haberme dado cuenta!

—¿De qué? —quiero saber ahogándome por los nervios.

Coge aire y prosigue.

—No es que sea mi hermano de sangre, pero, cuando era jovencita, fui durante varios años a España en verano para aprender el idioma y me alojé en casa de Carmen. Ellos son mi familia española. ¿Por qué piensas que lo hablo tan bien? Olivia, ¿te das cuenta? Rob, bueno, Roberto, vino a mi casa cuando tú hacía apenas unos meses que habías llegado al internado. ¿Recuerdas que estaba hecho polvo? ¿Cómo tú?

No puedo contestarle, estuvimos tan cerca... Recuerdo el día que llegó, recuerdo estar en el despacho de Alice con Elsa, enfadada por no poder ir a las fallas, recuerdo mi necesidad de salir a flote y cómo Alice nos dijo que se iba al aeropuerto a recoger a su hermano. Estábamos tan cerca el uno del otro sin saberlo... todo podría haber cambiado entre nosotros si ella lo hubiera sabido.

—¡Olivia! ¿Estás ahí?

—Sí —susurro clavada en el suelo sin poder moverme.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Como una autómata, empiezo a relatarle mi historia, como debería haber hecho en Irlanda, hasta que llego al momento de mi regreso a Madrid, en el que me corta.

—Para un momento, mi hermano no tiene ninguna hija...

—Lucía me engañó, supongo que la mujer de la foto era su hermana. Carmen sólo tiene una nieta, así que está más que claro. Me di cuenta la noche en que nos vimos de nuevo, mientras me pateaba medio Barbastro intentando encajarlo todo. Supongo que yo también me rendí a la evidencia; pensábamos que nuestro amor era indestructible y dudamos el uno del otro a la primera de cambio.

—¡Qué hija de puta! —masculla con rabia.

—La culpa fue nuestra: suya, por creer a mis padres, y mía, por creerla a ella. Tendríamos que haber luchado por nosotros y no lo hicimos.

—¿Por qué dices lo de tus padres? ¿Qué creyó él? ¿Y por qué se fue de Madrid?

—Porque lo despidieron del colegio y nunca más pudo volver a ser profesor. Lo acusaron de forzarme, Alice —murmuro todavía horrorizada—. Mis padres, o alguien de su entorno, escribió una carta falsificando mi letra, en la cual yo contaba cómo me había forzado para poder aprobar su asignatura. Por eso estaba tan hecho polvo. Le abrieron un expediente, lo acusaron de forzarme y nunca más pudo trabajar de profesor, y lo peor de todo es que creyó que lo había hecho yo, que lo había traicionado —susurro llorando nuevamente.

—Joder, ¡la madre que los parió! ¡Qué hijos de perra! ¿Cómo pudieron hacerle algo así? Pero se lo habrás explicado todo, ¿verdad?

—No, él no quiere escucharme —siseo sin dejar de llorar.

—Déjame que hable con él, a mí sí me escuchará.

—No, Alice, no quiero que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque no —le contesto reafirmándome—. Sé que es muy duro lo que le hicieron y que tiene motivos para estar cabreado, pero ¿por qué no se cuestionó nada cuando sabía lo que ocurría en mi casa? Incluso ahora, después de tantos años, continúa sin hacerlo, cegado por su odio y negándose a ver más allá. No quiero que lo sepa por ti ni por nadie, quiero que lo sepa por mí cuando llegue el momento. De todas formas, él ahora tiene pareja y...

—No me importa; déjame que hable con él, por favor.

—¡No!... No lo hagas, en serio. Él ha rehecho su vida y yo estoy fuera de ella.

—Pero si lo supiera todo, cambiaría.

—El día que quiera saberlo, lo sabrá por mí, ni por ti ni por nadie; prométeme que no se lo contarás.

—¡Es que no te entiendo! —me replica frustrada—. Es tan fácil como que se lo cuente.

—Alice, pude escribir esa carta antes de ir a Irlanda... aunque se lo cuentes, ante sus ojos nada habrá cambiado. Se cargaron su carrera y su vida, y durante siete años me ha odiado por ello.

—Pero tú no lo hiciste.

—No, pero él no está preparado para oírlo todavía; me odia demasiado y yo no voy a suplicarle que me escuche, jamás. Posiblemente nuestro destino sea no estar juntos. Él ahora tiene su vida y yo, la mía, y te prometo que, hasta el día en que lo vi de nuevo, era feliz con ella. Démonos tiempo.

Durante unos segundos guardamos silencio, sumidas ambas en nuestros pensamientos.

—Todo podría haber cambiado si me lo hubieras contado todo en Irlanda, si al menos me hubieras dicho su nombre y que era tu profesor.

—Lo sé; he estado rodeada de personas relacionadas con él sin saberlo: primero tú y luego Carmen.

—El mundo es un pañuelo.

—El mundo es una mierda —susurro frustrada.

—¿Me mantendrás al corriente?

—Claro. Gracias por estar siempre ahí, Alice.

—Ojalá me dejaras ayudarte —me dice con tristeza.

—Ya lo haces, tú eres mi mejor medicina: cuando hablo contigo siempre me siento mejor. —Oigo de fondo el teléfono de su despacho—. Atiende la llamada.

—Recuerda llamarme.

—Lo haré, adiós.

—Adiós, cielo.

Capítulo 41

Cuelgo y veo que tengo un wasap de Carmen.

Carmen: Baja a comer, he hecho espaguetis para medio Barbastro y tú tienes que alimentarte.
Olivia: No tengo hambre, pero gracias.
Carmen: O bajas o subo.
Olivia: ¿Está él?
Carmen: No, él viene únicamente a dormir.
Olivia: Me cambio y bajo.

Me ducho y, después de varios días hecha una piltrafa, me veo bien y, aunque apenas he dormido seis horas, me siento descansada. Me visto con unos vaqueros rasgados y un suéter blanco, mis Converse blancas y el pelo suelto y lacio cayendo por mi espalda.

Bajo a casa de Carmen y veo que ya está esperándome con todo listo.

—Carmen, son casi las tres. ¿Estabas esperándome para comer? —le pregunto sonriendo.

—¡Sí! ¿Qué pasa? Te echo de menos —me dice con esa mezcla de cariño y reprimenda tan propia de ella—. Desde que mi hijo llegó, apenas te he visto. ¿Te parece bien? ¿Qué culpa tengo yo de los problemas que tengas con él? —me pregunta poniendo un plato de espaguetis a la boloñesa delante mí.

—Lo siento, pero no es por tu hijo: ayer tuve guardia y acabo de levantarme, y no hace tanto que no me ves —contesto sonriendo.

—Me alegro de que mi hijo no sea impedimento para que bajes. ¿Mañana tienes guardia?

—No, ¿por qué? —le pregunto llenando mi boca de espaguetis.

—Tienes turno de ocho de la mañana a ocho de la tarde, ¿verdad?

—Sí, Carmen. ¿Qué estás tramando? —planteo con desconfianza.

—¿Yo? Nada; mañana te quiero aquí para cenar, que es mi cumpleaños.

La miro espantada. Cenar con él y su pareja... ¡uyyy, ni muerta!

—Carmen, no creo que eso sea posible.

—¿Por qué? No tienes guardia y terminas a las ocho, no veo dónde está el problema. Hasta las nueve y media no cenaremos, así que tienes tiempo de sobra para arreglarte y ponerte bien guapa antes de bajar.

—Carmen, de verdad, sabes que te quiero muchísimo, pero no fuerces las cosas entre nosotros.

—Mira, Olivia —me dice con rotundidad—: o bajas a cenar o subimos todos a tu casa. Además, estará mi hermana y vendrá mi hija, su marido y mi nieta. ¿No decías que querías conocerlos? Pues ahora puedes hacerlo. No tienes por qué sentarte a su lado, seremos muchos, y tampoco tienes por qué hablar con él si no te apetece, pero te quiero conmigo celebrando mi

cumpleaños.

—Carmen, de verdad, no creo que sea buena idea. ¿Tu hijo lo sabe?

—¿Desde cuándo tengo que darle explicaciones a mi hijo o alguien? Decidido, a las nueve y media te quiero aquí.

Ya no tengo hambre; pensar en compartir mesa con él y su pareja es demasiado y busco mil excusas que darle.

—Deja tu cabecita quieta, que tus excusas no me valen, y otra cosa: olvídate, aunque sea por una noche, de los vaqueros y las zapatillas y ponte un vestido. ¡Enseña chicha, niña!, que la tienes muy bien puesta.

Me río por su comentario. Hace mil años que no me pongo un vestido y unos tacones, y la verdad es que me apetece que me vea bonita; las pocas veces que nos hemos visto me he asemejado más a un adefesio que a una mujer y, suspirando profundamente, acepto ir a esa cena, que sea lo que Dios quiera.

Acabamos de comer y me marcho a un centro comercial, donde compro unos pendientes de perlas para Carmen y una minifalda de piel negra con una blusa de seda y unos botines para mí. ¡Cuánto tiempo sin llevar falda y tacones! Espero recordar cómo se camina con ellos, porque, después de que me haya visto ojerosa, con el rímel corrido y hecha unos zorros, ya sólo me faltaría darme una leche delante de él y la estupenda de su novia para hundirme definitivamente en la miseria.

La noche trae consigo sueños confusos, otra vez la casa de la enredadera entremezclándose con Juan y Cayetana vistos a través de los ojos de Marcela; sueños sin sentido y sin orden y con muchos sentimientos encontrados... otra vez el anhelo, intenso y doloroso, entremezclado con un deseo tan fuerte que hace que me despierte mojada. Hacía tanto tiempo que no me excitaba, que ya había empezado a pensar que algo fallaba en mí, pero, por suerte, ahí está de nuevo, desgarrándome por dentro de la misma forma en que podría hacerlo el dolor.

Gracias a Dios el día en el hospital es de locos y pronto me olvido de mis sueños y de la cena en casa de Carmen. Hoy parece que todas las mujeres se han puesto de acuerdo para dar a luz y los paritorios son un caos, por lo que rápidamente me veo sumergida en una vorágine de la que no salgo hasta las ocho y media, completamente exhausta y feliz, pues he asistido a tres partos con Chary, siendo los dos últimos asistidos únicamente por mí bajo sus indicaciones.

Con mi pequeño Fiat, vuelo a mi casa, nerviosa de repente por lo que se me viene encima y valorando durante todo el trayecto si dar marcha atrás y regresar al hospital, pero eso sería fallarle a Carmen y por nada del mundo quiero hacerlo, así que, haciendo de tripas corazón, llego a mi casa, donde empiezo a arreglarme medio agonizante.

«Eres una mujer madura, independiente y residente de matrona, puedes con esta cena, con Roberto y con la pánfila de su novia, todo irá bien», me digo intentando tranquilizarme mientras salgo de la ducha y comienzo a vestirme.

Me pongo la minifalda de cuero con la blusa blanca, dejando los primeros botones desabrochados tal y como me gustaba hacer hace tantos años para provocarlo. Me maquillo discretamente, evitando las sombras ahumadas que tanto me gustaban en el pasado, y me peino con una cola alta, dejando mi nuca al descubierto, recordándome vagamente a la Olivia de años atrás. «Estos años nos han cambiado a ambos —pienso mirándome en el espejo—, porque, si él se ha hecho hombre, yo me he hecho mujer.»

Cojo mi regalo y, cuando voy a salir, retrocedo y me dirijo a mi habitación, donde busco la cadena con el símbolo del infinito que hace tanto tiempo él puso en mi cuello y me la pongo.

Luego, con toda la seguridad que mi situación me permite, empiezo a bajar las escaleras.

Desde el rellano se oye el griterío proveniente de la casa de Carmen. Me sudan las manos y tengo la boca seca, pero me trago mis miedos y pulso el timbre de su puerta.

Y entonces mi mundo se detiene de nuevo. Ante mí está él, tan increíble como siempre, tan... Roberto, porque mi vocabulario se queda corto para describirlo. Él también lleva desabrochados los primeros botones de la camisa, tal y como solía hacer cuando estábamos juntos, y, aunque quiero reaccionar, no puedo... creo que es algo mutuo, pues tengo su mirada recorriendo mi cuerpo, despertándolo a su paso como antaño, haciendo que arda por él, y me muerdo el labio sin percatarme de mi gesto, deseosa de hundir mis manos en su pelo y redescubrirlo, pero entonces el deseo de su mirada se convierte en furia y retrocedo instintivamente.

—Roberto, ¿quién ha llamado? —pregunta una voz femenina llegando hasta nosotros.

—¡Hola! ¿Eres Olivia, verdad? Soy Celia, su hermana. —Y ante mí tengo a la mujer de la foto, la que yo creí su pareja.

La miro con tristeza, su hermana... cómo me engañó Lucía y cómo sufrí por su culpa.

—¡Mami, mami! ¿Quién ha llegado?

Una niña morenita con los ojos verdes igualita a Roberto se acerca a nosotros, supongo que es la cría que él tenía en sus brazos y mi mente reproduce las palabras del mensaje que me mostró Lucía: «Digan lo que digan, yo la veo igualita a mí», y siento cómo los ojos se me humedecen.

—¿Estás bien? —me pregunta Celia.

—Claro, lo siento... soy Olivia —contesto dándole dos besos y, dirigiéndome a la niñita, le digo sonriendo—: Yo te vi cuando eras un bebé, entonces ya eras muy guapa. ¿Cómo te llamas?

—Sara —me contesta con dulzura—. ¿Cuándo me viste?

—Hace muchos años. —Siento su mirada sobre mí, pero no me vuelvo mientras veo cómo su pareja, la tal Mónica, se acerca a nosotros colgándose de su brazo de la misma forma que hacía Lucía. «¡Otra vez igual!», pienso con amargura.

—Hola, Mónica, encantada de verte de nuevo —saludo con sequedad, marcando las distancias con ella.

—Igualmente. —Su mirada es dura, como la de Roberto, y paso a ignorarlos en busca de Carmen, acompañada de esta niñita que parece mi sombra.

—Eres muy guapa, ¿tienes novio? —me interroga con la curiosidad propia de los niños.

—No, pero espero tenerlo pronto. ¿Y tú? —le pregunto sonriendo con franqueza ante este bichejo que me recuerda tanto a él.

—No, Santi y Víctor quieren ser mis novios, pero a mí no me gustan.

—¿Dos chicos? ¡Madre mía! —exclamo riéndome y sintiendo su mirada otra vez sobre mí, con la diferencia de que mi cuerpo ya no arde, sino que tiembla por su furia.

—¡Pero bueno! ¡Qué guapa! —me piropea Carmen llegando hasta mí—. Sígueme la corriente —murmura en mi oído.

—Esta mañana ha venido Arturo buscándote, lo he mandado al hospital. ¿Ha ido?

¿Arturo? Pero ¿qué dice?

—Sí... ha venido —farfullo totalmente perdida, ¡la mato!

—Deberías darle una oportunidad a ese chico, ¡si vieras lo majo que es, hija! —le dice a Celia, pero haciéndolos participes a todos—. Guapo, joven y educado, ¡un partidazo!

—¿Y por qué no ha venido a cenar? ¡Un chico guapo! *Fiu fiu* —suelta Celia entre risas.

—Oye, cielo, ¿conmigo no tienes suficiente? —bromea un hombre bastante atractivo

acercándose a ella y tocando su abultada barriga.

—Pablo, son las hormonas, que me tienen revolucionada. ¿Verdad que es normal, Olivia? Me ha dicho mi madre que eres matrona.

—Completamente normal —digo sonriendo—. Ya te queda poquito, ¿de cuánto estás?

—Me toca para Reyes, esta niña será nuestro regalo.

—Vas a tener una hermanita, Sara. ¿Estás contenta? —le pregunto sonriendo.

—Mucho, mi mamá me ha dicho que podré cuidarla.

—Claro, porque ya eres mayor.

—¿Tú tienes hermanas?

—No, pero hace años conocí a una chica a la que quiero como si lo fuera.

—¿Cómo se llama? —me interroga, curiosa.

—Elsa, ella es mi hermana del alma.

—¿Qué es eso? Yo no tengo —refunfuña haciendo un puchero.

—Una hermana del alma es alguien que te quiere y te cuida y a la que tú quieres y cuidas como si fuera tu hermana, como harás tú con tu hermanita.

—No dejes que mi hija te avasalle a preguntas. Soy Pablo, que aquí nadie nos presenta —me dice sonriendo el marido de Celia.

—Encantada.

De reojo veo a Roberto apoyado en el marco de la puerta, tan sexi que podría pasar por modelo y, a su lado, a Mónica haciéndole arrumacos, y desvío la mirada; no quiero verlos y prefiero centrarme en esta niñita y en el resto.

—Aconséjame para el parto, estoy asustada —me pide Celia mientras nos sentamos a la mesa.

—¿Ya has pensado en tu plan de parto? —me intereso antes de dar un sorbo a mi vino, más por tener las manos ocupadas que porque me apetezca. Lo tengo sentado cerca de mí y miles de sentimientos bullen en mi interior.

—No... ¿Qué se supone que es eso? —me pregunta con temor—. Yo tengo seguro médico y mi parto lo atenderá mi ginecólogo, como ya hizo con Sara.

Rápidamente pienso en los partos atendidos por los ginecólogos de mi hospital, tan diferentes a los atendidos por Chary y Aroa, pero me callo, pues es una opción tan válida como cualquier otra.

—Seguro que todo irá bien. Tu gine te conoce y sabrá cómo llevarte.

—Por tu cara, parece que valoras más un parto atendido por una simple matrona que por un ginecólogo —suelta Mónica con maldad.

¿Una simple matrona? ¡Será imbécil! La miro achinando ligeramente los ojos, pero tantos años viviendo con mis padres tenían que servirme de algo y, con calma y empezando a cortar mi carne, le contesto ante el silencio sepulcral que se ha hecho de repente.

—Todas las opciones son válidas, las *simples* matronas, como yo —le recalco sonriendo y avergonzándola ante todos—, llevamos los partos sin complicaciones, estamos con la mujer desde que entra en el hospital hasta que se marcha, la calmamos, la controlamos y, durante todo el proceso, estamos en sintonía con ella, ayudándola a dar a luz, siempre con tranquilidad, dejando que sea su cuerpo el que guíe todo el proceso y, en mi caso como residente y en el de mis matronas, creando ese ambiente tan íntimo que la mami necesita en ese momento tan crucial para ella.

»Los partos atendidos por ginecólogos son diferentes. A ellos sólo los ves en el momento del

alumbramiento, porque durante todo el proceso anterior la mujer ha estado con nosotras; por eso, durante el alumbramiento, seguimos acompañándolas, porque se sienten seguras con nosotras a su lado.

»Son formas distintas de trabajar: los partos atendidos por los gines son más fríos y más quirúrgicos, a diferencia de los nuestros, pero, como en todo, puedes encontrarte *simples* matronas cafres como ellas solas y ginecólogos maravillosos como Bruno, el mejor ginecólogo que he conocido y además un gran profesor —y mi padre del alma, aunque omito ese detalle—, y viceversa; al final nos necesitamos los unos a los otros, y lo bonito es saber trabajar juntos.

—Si no tuviera seguro, elegiría que me atendieras tú —me dice Celia sonriendo con calidez y recordándome a Carmen.

—Estarías atendida por la mejor, seguro —sentencia ésta con rotundidad y orgullo.

—Bueno, ella es residente todavía, pocos partos habrá atendido —apuntilla Mónica sonriendo con frialdad.

—Mi experiencia no es comparable con la de una matrona, pero todos los partos que he atendido han sido muy satisfactorios —respondo con orgullo levantando el mentón, sintiendo de nuevo su mirada sobre mí.

—Cuéntame cómo nace un niño —me pide Sara aligerando el ambiente—: sale por ahí abajo, ¿verdad? —me pregunta con cara de asco.

—O por la tripa, depende —le explico sonriendo, centrándome en ella en un intento de olvidarme de la imbécil de Mónica—. Si todo va bien, el cuerpo de la mujer se adapta y poco a poco se abre para que pueda nacer el bebé y, si algo va mal o creen que puede haber complicaciones, abren la tripa de la mami y lo sacan por ahí.

—Qué asco, yo no quiero tener bebés.

—Ya querrás —le digo riendo, y entonces siento mi cuerpo arder... como en el pasado.

Durante la cena evito mirarlo, demasiados sentimientos bullen dentro de mí, y me centro en las mujeres, excluyendo a Mónica a propósito, aunque no me supone ningún esfuerzo, pues he conectado muchísimo con Celia, y a Carmen y a su hermana Virtu ya las conocía, así que no me siento extraña entre ellas.

Estamos en el café cuando suena mi móvil y me levanto para cogerlo. Bruno, ¿habrá sucedido algo?

—¿Bruno? —contesto preocupada, olvidándome del resto y alejándome del salón hasta la cocina—. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Tiene que suceder algo para que llame a mi residente de matrona favorita?

—Por supuesto que no, me alegra muchísimo oírte. Te llamé hace unos días, ¿lo viste? —le pregunto dando la espalda a la puerta y mirando los imanes que Carmen tiene en la nevera.

—¿Y por qué crees que estoy llamándote? Llevo unos días horrorosos entre las guardias y la consulta y, ahora que he llegado a casa, ha sido lo primero que he hecho, sin darme cuenta de lo tarde que es. ¿Estabas durmiendo?

—¡No, qué va! No te preocupes, estoy en una cena.

—¿Y cuándo vas a cenar con nosotros? Te echamos de menos.

—Y yo. ¿Sabes que siempre que atiendo un parto pienso en ti y en cómo me gustaría que estuvieras conmigo? —De repente siento mi espalda arder... Roberto... pero no me vuelvo y continúo hablando con Bruno, deseando que sea él quien dé el paso.

—¿Te gusta, verdad? Tienes instinto, serás una gran matrona.

—Eso espero, para mí no hay nada mejor... sentir ese cuerpecito salir ayudado por mí es tan

increíble que, si por mí fuera, no saldría nunca del paritorio —respondo mientras me doy cuenta de que ya no siento mi cuerpo arder, y me vuelvo hacia la puerta con la risa de Bruno al teléfono. ¿Mis deseos me habrán traicionado? Seguro...

—Arréglalo para venir, Olivia, tengo muchas ganas de que me lo cuentes todo; prométemelo.

—Te lo prometo —le contesto mirando la solitaria puerta fijamente.

—Lo has prometido; como no vengas, iré a buscarte y te traeré de las orejas. Buenas noches, mi niña.

—Buenas noches, Bruno.

Cuelgo y llego al salón, donde lo que primero ven mis ojos es a él rodeándola con los brazos y besándola, y mi corazón se hace añicos de pronto.

—¿Ha sucedido algo, Olivia? —se interesa Carmen, creyendo que la tristeza de mi rostro se debe a la llamada de Bruno.

—¡No, qué va! Todo está bien —le digo sentándome en mi sitio y empezando a pensar en una excusa para largarme cuanto antes.

—¿Bruno es tu novio? —me demanda con curiosidad Sara. ¡Pero bueno! ¿A esta niña no se le escapa nada?

—No, yo no tengo novio —afirmo sintiéndome el centro de atención de la mesa.

—¿Y quién es? —quiere saber, insistente.

—¡Sara! No seas maleducada, deja a Olivia —la reprende Pablo.

—No te preocupes, no pasa nada. Bruno es alguien a quien quiero mucho, pero no es mi novio —le aclaro a la peque sonriendo—. Oye, ¿y aquí no hay tarta? Tendremos que cantarle *Cumpleaños feliz* a tu abuela, ¿no te parece? —le pregunto deseando que esto termine cuanto antes.

—¡Síii! ¡¡¡Abuela!!! ¿Y la tarta?

—¡Anda! Si lo había olvidado —contesta Carmen entre risas yendo hasta la cocina y llegando luego al salón con una enorme tarta de chocolate.

—Carmen, ¿y las velas? —digo guiñándole un ojo con picardía.

—¿Velas? Deja, deja, que si debo poner tantas velas como años tengo, me falta tarta.

—¿Sabes que las velas de números existen, verdad? —comento riéndome y sacándolas de mi bolso—. Sabía que no las pondrías y una tarta de cumpleaños no es lo mismo sin velas y sin deseo; venga, pídelo y sopla —la animo mientras las enciendo con cuidado.

—Si mi deseo se cumple, seré la mujer más feliz del mundo —me contesta mirando a Roberto y soplando.

Le cantamos *Cumpleaños feliz*, con Sara cogida a mi cintura y mis manos sobre sus hombros... sobre los hombros de esta niña que hace años creí que era su hija.

—Me gusta tu collar —me dice Sara mientras estamos comiendo la tarta, que casi se me atraganta al oírla.

—Gracias —murmuro sintiendo su mirada sobre mí.

—Es el símbolo del infinito, ¿verdad? —me pregunta Celia.

—Sí —contesto incómoda de que toda la mesa esté haciéndose eco de una minúscula cadena.

—Como *Toy Story*: ¡hasta el infinito y más allá! —suelta Sara entusiasmada.

—Exacto, hasta el infinito y más allá —musito con tristeza recordando el día en el que la puso en mi cuello y yo misma dije esa frase.

—¿Alguien quiere más tarta? —pregunta Carmen mirándome con preocupación.

—Yo no, gracias —rechazo levantándome—. Gracias por todo, Carmen, pero estoy muy

cansada. Encantada de haberos conocido a todos —digo y, dirigiéndome a Celia, añado—: Si alguna vez necesitas algo, estoy en el hospital de Barbastro; estaré encantada de ayudarte.

—Muchas gracias —contesta sonriendo.

—¡Yo no quiero que te vayas! —se queja Sara levantándose de la silla y acercándose a mí—. ¿Puedo dormir en tu casa?

—¡Sara! Deja a Olivia, ¿no ves la cara de cansada que hace la pobre? —la reprende Pablo.

—Hoy no puede ser, corazón, pero ¿te gustaría venir un día que tenga libre?

—¡Síii! ¿Puedo, mamá? ¿Puedo? —pregunta insistente.

—Sara, no puede ser: nosotros vivimos en Aínsa... pero, si Olivia no tiene planes y libra para esas fechas, podría venir a casa y celebrar Año Nuevo con nosotros. ¿Qué dices? Será como hoy, pero en mi casa.

—¡Qué idea tan estupenda, Celia! ¡Di que sí! —me ordena Carmen con esa autoridad suya tan de madre y que tanta gracia me hace—. Me dijiste que librabas del 31 al 2, y con tan poco tiempo no tiene sentido que vayas a Valencia. ¡Venga, que no quiero dejarte sola!

Instintivamente lo miro, encontrándome con su mirada, una que no sé descifrar... ¿pasar el Fin de Año con él y su novia?

—Gracias por el ofrecimiento, lo pensaré. Buenas noches —contesto dándole un beso a la niña—. Encantada de haberos conocido.

—Y nosotros. Mi madre tenía razón, eres un encanto —me halaga Celia acercándose a mí y dándome dos besos—. Vente, así verás el megahotel que tiene Roberto en Boltaña y conocerás Aínsa, te gustará.

—Te lo confirmaré más adelante, con mi trabajo nunca se sabe —le digo intentando escabullirme, aunque algo en mi interior me grita que acepte inmediatamente el ofrecimiento.

No me vuelvo a mirarlo y, sólo cuando cierro la puerta, respiro profundamente. ¡Madre mía, qué noche! Llego a mi piso y lo primero que hago es librarme de los tacones. ¡Qué dolor! Ni recuerdo la última vez que me los puse. Desabrocho mi blusa y suelto mi pelo, deseosa de quitarme la ropa y ponerme el pijama, pero entonces llaman a la puerta y, sin percatarme de que la llevo prácticamente desabrochada, abro sin pensar y me encuentro con él, que entra en mi casa hecho una furia.

—¿Qué pretendes, Olivia? —me demanda deteniendo su mirada en mis pechos y dándose la vuelta de inmediato hacia la ventana—. Me jodes la vida, desapareces durante siete años y, ahora, ¿qué quieres? —brama dándose la vuelta de nuevo y llegando hasta mí—. ¿Qué significa todo esto? —me pregunta cogiendo la cadena entre sus dedos y tirando de ella, acercándome a él —. Aléjate de mí —masculla entre dientes.

Estamos tan cerca que mis pechos casi rozan su cuerpo. Veo deseo e ira en su mirada y reacciono por instinto deslizando mi mirada hasta sus labios, a esos labios que tanto he echado de menos, y, dejándome llevar por mis sentimientos, lo beso olvidándome de todo, de todos y, pegándome a él... pegándome a este cuerpo que ya no reconozco pero que atrae el mío como si fuera suyo. Mi lengua busca la suya y enredo mis manos en su pelo, acercándolo más a mí, como si de mi tabla de salvación se tratara, mientras las suyas se anclan en mi cintura, uniéndome a él con posesión, con rudeza, como su beso. Siento su furia entremezclada con su deseo, un deseo irracional que nos consume como el primer día, y nos besamos desesperados, con ansia, exigiendo y deseando más del otro. Nada ha cambiado entre nosotros a pesar de los años, somos los mismos de siempre, el mismo deseo caliente y burbujeante, como una corriente de lava que nos quema por dentro, pero entonces, de un empujón, me aparta.

—No has cambiado en absoluto —me recrimina con desprecio limpiándose la boca como si le diera asco haberme besado—. No voy a repetírtelo: aléjate de mí, estoy con Mónica y tú, por suerte, ya no formas parte de mi vida.

—Entonces ¿qué haces aquí? ¿Sabe Mónica que estás en mi casa? —le espeto dolida por su gesto y sus palabras.

—Ni se te ocurra ir a casa de mi hermana en Navidad —me ordena con furia alejándose de mí e ignorando mi pregunta—. No te confundas, que te lleves bien con mi madre no significa que seas de la familia.

—Ha sido tu hermana quien me ha invitado a ir y haré lo que me dé la gana, ¿lo tienes claro? Nadie me da órdenes. ¡¡¡Nadie!!! Y ahora sal de mi casa y no vuelvas nunca —le pido abriendo la puerta, iracunda, invitándolo a marcharse.

Nos miramos ardiendo de rabia y, antes de que pueda darme cuenta, está saliendo de mi casa, dejándome temblando de deseo y de ira, y con un fuerte sentimiento de pérdida de nuevo.

Lo quiero, quiero sus besos, sus risas, su mirada, su tiempo y sus sentimientos. «¿Qué hace con una mujer como Mónica?», pienso cerrando los ojos apoyada en la puerta, sintiendo aún sus manos en mi cuerpo y su sabor en mi lengua.

—Te quiero —susurro empezando a llorar.

Me cambio obligándome a no sentir más, a no pensar en el increíble beso que acabamos de darnos y deseando olvidar sus palabras hirientes. Me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 42

Estoy sirviendo la cena junto con Rosa. Hoy es día de celebración en la casa, pues es el cumpleaños de la señora y sus amistades más cercanas, junto con su familia, han asistido a tan grato acontecimiento.

Siento su mirada sobre mí mientras voy sirviendo la carne y me ruborizo; yo también deseo mirarlo y perderme en esos ojos oscuros que me devoran, pero temo hacerlo y que alguien pueda descubrir mi deseo, y continúo mi labor sin levantar la vista.

El comedor va llenándose de conversaciones y de olores, el de la comida entremezclado con el de los perfumes de las señoras, de risas y de aspavientos, pero yo sólo puedo sentirlo a él, su mirada, su deseo y su anhelo, tan fuerte como el mío. Tanto tiempo obligándome a alejarme de él, obligándome a no sentir, a olvidarlo, y ha sido imposible, el tiempo no ha borrado mis sentimientos hacia él; al contrario, los ha fortalecido e intensificado de tal manera que siento que voy a flaquear, que de nada sirve tener unos principios que tanto dolor provocan. ¿Acaso es justo que no podamos estar juntos porque soy una criada? ¿Es justo que los sentimientos tengan que regirse por la posición social?

Terminamos de servir la cena y me dirijo a la cocina. Estoy tensa y excitada; me excita que me mire así aun estando rodeados de gente, ¿soy una libertina acaso? Ojalá pudiera encontrar la paz y el sosiego que mi alma tanto necesita.

—Luisa, ¿podrías servir tú las copas en el salón?

—Pero ¿tú has visto cómo está esto? Imposible.

—Ya me encargo yo de la cocina; no te preocupes, que te la dejaré como los chorros del oro —le aseguro, deseosa de poder alejarme de él y de mis tentaciones.

—Que no, que no, ¡mira cómo voy!, ¡si estoy hecha un Cristo! —me dice en una clara alusión a su pelo deshecho y su uniforme manchado—. Que de aquí no salgo como no sea para irme a mi habitación.

Suspirando, hago de tripas corazón y me encamino otra vez al salón, donde la señorita Beatriz está empezando a tocar una canción en el piano de cola.

Voy cargada con la bandeja llena de bebidas, cuando me encuentro frente a él.

—En media hora te veo en mi habitación, sin excusas —me ordena haciendo que mi estómago se contraiga de anticipación.

—Señorito, lo siento, pero...

—No te lo estoy pidiendo, Marcela, ya basta con esto —susurra en mi oído, erizándome.

Me sudan las manos, estoy nerviosa y miro continuamente la hora, sintiendo su mirada sobre mí y sabiendo de antemano que voy a ir y, cuando lo veo salir del salón, espero unos minutos para abandonarlo yo también y llego a su habitación por la escalera de servicio, no sin antes haberme excusado con Rosa alegando fuertes dolores.

No llamo y entro, encontrándome con él, con su mirada abrasadora que me devora sin tocarme y con sus labios, que con urgencia se unen a los míos, que lo reciben ansiosos después de tanto tiempo, olvidándome de todo y fundiéndome en él. Nos desnudamos con prisas, tocando, besando y descubriéndonos de nuevo con amor, un amor inalterable a pesar de las circunstancias, que nos separan, y con una dulzura que nos sobrepasa.

—Te quiero, sólo deseo esto en la vida —murmura encajándose dentro de mí, y gimo al recibirlo.

—Yo también te quiero Juan, siempre... —Y con esas palabras y con sus besos, encuentro mi calma por fin, porque él es mi bálsamo y mi único destino posible.

Nos movemos como si fuéramos un único cuerpo, queriéndonos y creando un mundo aislado de los demás, donde sólo nosotros importamos.

—Te quiero... te quiero... Siempre serás mía.

Camino por una calle empedrada hasta llegar a un pequeño jardín donde dos bancos invitan a sentarse al calor de los tenues rayos del sol; está nublándose y temo que empiece a llover. Detrás de ellos, un muro con forma de escalera y, tras él, la casa de la enredadera... suenan las campanas mientras empiezan a caer las primeras gotas y me cubro de la repentina lluvia...

Despierto con esas palabras resonando en mi mente... «Te quiero... te quiero... Siempre serás mía», y abro los ojos sintiendo la felicidad de Marcela iluminando mi interior. «Han vuelto a estar juntos, ¿significa eso que nosotros también lo estaremos? —me pregunto esperanzada—, ¿o lo que teníamos que vivir ya lo vivimos anoche con ese beso?»

Confusa, me dirijo a la ventana mirando sin ver realmente. «¿Qué sentirá él? ¿Por qué no quiere saber nada de lo que sucedió en mi vida? Y, esa casa, ¿existirá de verdad? Porque en mi sueño no era Marcela la que caminaba por esa calle empedrada, era yo la que lo hacía; no era el pasado, sino el presente... ¿o el futuro?», me pregunto desconcertada por no entender nada y sintiendo por enésima vez que algo se me escapa.

Los siguientes días los paso entre el hospital y mi casa, sin volver a encontrarme con él. Como con Carmen de vez en cuando y a menudo hablo con Alice y Elsa, con las que me desahogo. Gracias a ellas y a esos momentos de charla, consigo mantener la calma que tanto necesito, y por la noche sueño con ellos, con Juan y Marcela, sueños húmedos y ardientes, despertando excitada y frustrada porque mi cuerpo me pide sexo a gritos como el que ellos están teniendo.

Despierto con náuseas y, cubriéndome con el chal, me dirijo corriendo al baño que compartimos todas las criadas, donde vomito arrodillada en el suelo mientras un sudor frío cubre mi cuerpo. Hace días que me siento realmente mal y no me ha venido el periodo; estoy asustada, no puedo estar embarazada. «¿Qué será de esta criatura?», me pregunto mientras mi cuerpo se sacude por las arcadas.

—¿Marcela? ¿Estás bien? —se interesa Rosa desde el otro lado de la puerta.

—Sí, tranquila —murmuro con voz ronca mientras seco el sudor de mi frente y abro con manos temblorosas—. Estoy bien, no es nada.

—Pero qué mala cara llevas, jodía; seguro que has pillado un resfrío por la tripa.

—Sí, será eso. ¡Ea!, volvamos a la habitación, hace frío.

Tras un intenso día en el que no dejo de valorar todas las opciones posibles, salgo por la puerta del cobertizo amparada por la oscuridad de la noche para encontrarme con él; debe saberlo, al igual que debe saber que no voy a renunciar a mi hijo, por nada del mundo voy a dejarlo en ningún orfanato y dejar que se críe sin mi amor, eso jamás...

Me cubro con el chal y, cuando subo a su carruaje, de inmediato sé que sucede algo.

—Marcela, tengo algo que contarte —me anuncia con seriedad, haciendo que la sangre se hiele dentro de mí—. Voy a ser padre, Cayetana está embarazada.

Lo miro a punto de llorar y, sin poder guardar por más tiempo mi secreto, murmuro:

—Yo también, Juan, yo también estoy embarazada.

—Marcela...

—Y quiero que sepas que no voy a renunciar a mi hijo; aunque tenga que volver a mi casa con la cabeza gacha, nunca renunciaré a él; no me lo pidas, por favor —le ruego interrumpiéndolo, pues necesito que lo entienda.

—Jamás haría tal cosa; tranquila, mi niña, todo irá bien —me anima dándome cobijo entre sus brazos—. Ya pensaremos qué hacer.

Despierto con mis manos en la barriga, sintiendo el inmenso amor que siente Marcela por ese bebé... está embarazada. ¿Qué hará ahora? Juan nunca podrá darle sus apellidos; además, Cayetana también lo está. ¡Madre míaaa! ¿Por qué he tenido que despertar? Necesito saber qué ocurrirá ahora, ¿continuará de criada?, ¿volverá a su casa? Cierro los ojos intentando por todos los medios volver a dormirme, aunque únicamente sean quince minutos, pero no lo consigo y acabo corriendo como una loca para no llegar tarde al hospital.

El día es de locos: un parto sucede a otro; cambio sueros, vigilo dilataciones y monitores, ayudo, tranquilizo y hago todo lo que Chary, que es la matrona con la que estoy hoy, me va pidiendo.

Entra una mujer por urgencias y directa la llevamos al paritorio; está dilatada de diez centímetros y presenta borramiento completo y bolsa rota.

—Este parto lo asistes tú —me comenta Chary mientras nos ponemos los guantes.

La miro sonriendo y feliz de que confíe de nuevo en mí, y me olvido de todo para centrarme en este momento que tanto me gusta.

—¿Lista para tener a tu bebé? —le pregunto a la mami, que nerviosa se aferra a la mano de su pareja.

—¿No me podéis poner la epidural? —nos pregunta con el rostro desencajado por el dolor.

—Tu bebé está a punto de nacer y no da tiempo, pero, tranquila, tendrás un parto cortito —le aseguro colocándole durante unos minutos el monitor de frecuencia cardiaca para comprobar los latidos del bebé—. ¿Cómo te llamas?

—Berta —me contesta mientras empuja con fuerza al sentir la contracción, y el periné comienza a abombarse.

—Muy bien, Berta, en nada lo tenemos aquí. En la siguiente contracción, empuja como has hecho ahora —le indico emocionada, deseosa de ver esa cabecita que lucha por abrirse paso a la vida—. Empuja con fuerza. ¡Venga, Berta, lo estás haciendo muy bien! ¡Sigue, sigue, empuja! —le pido viendo cómo empieza a asomar—. En la siguiente contracción, sale. ¡Venga, que nos

viene!, ¡empuja! —le digo preparada para ayudar al crío a salir.

Pongo mis manos sobre cada parietal para ayudarlo a rotar y entonces es cuando, tanto Chary como yo, lo vemos y, haciéndome a un lado, es ella quien ocupa mi lugar, cortando rápidamente el cordón, que está asfixiando al bebé, pero ya no respira y, a pesar de que intentan reanimarlo, ha fallecido y entro en una espiral de pánico. Oigo de fondo a los padres amenazándonos entre lloros, pero no puedo reaccionar. ¿Ha sido culpa mía?

Como puedo, me acerco a ellos.

—Lo siento, lo siento mucho —murmuro sintiendo el suelo moverse y cómo la pena y la responsabilidad me ahogan.

—¡Y más que lo sentirás! Por tu culpa mi hija está muerta —me grita el padre.

Lo miro sin poder reaccionar, oyendo sus amenazas y los gritos y los lloros de la madre, y entonces alguien me saca de quirófano.

Lo veo todo borroso; no puedo soportarlo, no puedo quedarme aquí y, sin cambiarme y como una autómata, subo a mi coche en un intento de alejarme de tanto dolor y tanta responsabilidad, pero es imposible, porque son mis compañeros de viaje y, sin saber cómo, estaciono el vehículo cerca de mi casa, donde veo a la gente caminar por la calle, reír y continuar con sus vidas, ajenos al drama de esos padres y al mío propio, pues sólo puedo pensar que un bebé ha muerto mientras yo lo ayudaba a nacer, muerto entre mis manos... ha muerto, ha muerto... ese angelito ha muerto entre mis manos, y me derrumbo llorando sin consuelo aferrada al volante, sacando fuera todo el dolor que me ahoga mientras mi cuerpo se sacude con mis llantos. Oigo sonar mi teléfono, pero no lo cojo y me hundo en mi pena, deseando desaparecer del mundo.

Abren la puerta del coche y me sacan de él... Roberto, pero sigo sin poder reaccionar y lloro aferrada a él, oyendo su voz a lo lejos, pero no puedo contestarle, no puedo enfrentarme a un hecho así, no puedo coordinar mis palabras y me hundo más y más en mi oscuridad.

—¡Olivia! ¡Reacciona, joder! ¡Me estás asustando! ¿Te han hecho algo? ¿Alguien te ha hecho algo? —me pregunta sujetándome con firmeza entre sus brazos.

Lo miro sin dejar de llorar, oyéndolo en eco, viéndolo borroso a través de mis lágrimas y entonces, cogiéndome en brazos, me lleva hasta mi casa y me deja en el sofá, acurrucada en posición fetal, donde me hundo por completo.

Suena mi móvil de nuevo y veo cómo abre mi bolso y atiende la llamada. No dice nada, sólo escucha, y entonces pone el manos libres.

—Repítelo, por favor... lo que has dicho, vuelve a decirlo —ordena a quien esté al otro lado de la línea.

—Olivia, no fue culpa tuya —afirma Chary a través del manos libres—. El bebé ha muerto por asfixia perinatal, ¿sabes lo que es, verdad? Casi todos los bebés llevan vuelta de cordón, pero, cuando es más corto de lo normal, ellos mismos se asfixian al nacer. Este bebé llevaba una vuelta de cordón prieta y eso es algo que no podíamos saber ni tú ni yo, ni siquiera en las ecografías se podría haber detectado. No fue culpa tuya, ¿me escuchas? ¡Olivia! ¿Estás ahí? ¡Contéstame!

La escucho sin poder contestarle, con la vista fija en la pared, llorando en silencio. El parto lo asistía ¡yo! ¿Cómo puede consolarme cualquier explicación?

—Gracias por llamar, ya me encargo yo de ella —le contesta Roberto.

Cuelga y se sienta frente a mí, sin tocarme y sin abrazarme, tan cerca y tan lejos a la vez.

—Nunca he vivido algo así y no puedo imaginar cómo te sientes, pero no puedes hundirte —me dice con seriedad—. Hoy has conocido la cara amarga de tu trabajo; en algún momento tenía

que suceder y, por desgracia, ha sido hoy, pero debes continuar. Ya has escuchado a tu compañera, no ha sido culpa tuya.

—¿Y eso debe consolarme, Roberto? —le pregunto reaccionando por fin.

—No lo sé —reconoce mirándome fijamente, apoyando sus antebrazos en sus piernas—. Realmente ya no sé quién eres ni lo que sientes, pero legalmente no pueden hacerte nada, eso debería ser suficiente para ti. Tu vida y tu carrera no terminarán hoy; supéralo y continúa —me espeta con frialdad.

Lo miro atónita por sus palabras y me levanto furiosa, volcando todo mi dolor en él.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Yo no terminé con tu carrera, aunque no quieras oírlo. ¡¡¡No lo hice!!! Sal de mi casa ahora mismo —le ordeno yendo hacia la puerta, abriéndola con furia e invitándolo a salir—. Nunca, ¿me oyes?, nunca —recalco temblando de rabia— vuelvas a mi casa, pase lo que pase, nunca vuelvas mientras no quieras escucharme ni saber qué sucedió. Dices que no sabes quién soy, cuando soy yo la que no te reconoce. Vete —le exijo sin dejar de mirarlo ni un segundo, viendo cómo se levanta y desaparece.

No puedo más, no puedo con tanto dolor, y me acuesto en la cama sin cambiarme y sueño de nuevo...

Capítulo 43

Vivo en una casita a las afueras de la ciudad, donde Juan viene a visitarme todos los días.

Cuando le dije que estaba embarazada, insistió en que dejara de trabajar como sirvienta y compró esta preciosa casita para mí y para el bebé y, aunque se lo agradezco, la realidad es que mi hijo será un bastardo, no podrá llevar sus apellidos, y yo soy la amante de un hombre casado, lo que siempre aseguré que no sería.

¿Qué futuro le espera a esta criatura? Siempre tendrá mi amor, pero ¿será suficiente?

Llevo varios días con dolores, hoy tan intensos que temo que pronto nacerá y, aunque a Juan y a Rosa, la única conocedora de nuestra situación, les preocupa el momento del parto, yo estoy tranquila, segura de que todo irá bien.

Estoy en el saloncito de mi casa sentada en el sillón retorciéndome de dolor, como llevo haciendo todo el día; me duele mucho y siento un líquido deslizarse entre mis piernas, ha llegado el momento.

Como puedo, me levanto y me dirijo a la cocina, donde me lavo las manos y preparo toallas y mantas entre fuertes dolores. Varias veces debo apoyarme en la pared para no caer al suelo y, con dificultad, llego hasta la cama y me acomodo en ella. Oigo cómo se abre la puerta y sus pasos acercarse, mientras yo empujo dejándome guiar por mi cuerpo, haciendo lo que por naturaleza me pide.

—¡Marcela! —me grita preocupado llegando hasta mí—. ¡Dios mío! ¿Ha llegado el momento?

—Síii —contesto sin dejar de empujar—. ¿Dónde estabas? —quiero saber, pues llevo varias horas esperándolo.

—Cayetana ha tenido hoy al niño, un niño muerto —me dice con el rostro desencajado por el dolor—. Ella está muy débil y ha perdido mucha sangre, no sé si podrá superarlo.

¿Su hijo ha muerto? Entonces un dolor intenso recorre mi cuerpo sin piedad y me olvido de todo, empujando con fuerza y sintiendo cómo la cabeza se abre paso y cómo su cuerpecito se desliza hasta salir por completo, ayudado por mis manos y por las de Juan, que con cuidado lo deposita sobre mi pecho, donde corto el cordón, tal y como Inés me enseñó a hacer hace tanto tiempo.

Mi hijo llora, pero más lloro yo, pues voy a cometer el mayor acto de amor que una madre pueda cometer por su hijo: voy a darle un futuro y una vida mejor de la que pueda tener conmigo. Voy a renunciar a él, haciendo lo que siempre dije que no haría.

—Llévatelo, Juan. Si Cayetana no sabe que su hijo ha muerto, llévatelo y criadlo como si fuera vuestro —murmuro rota de dolor por tener que renunciar a mi hijo, a mi bebé.

—Pero ¿qué dices? Nunca te alejaría de tu hijo; no te preocupes, Marcela, te prometo que nunca le faltará de nada.

—Le faltará un padre, será un bastardo, Juan; siempre vivirá siendo señalado por unos y por otros, y eso es algo que no puedo consentir. Llévatelo, y críalo como tu hijo, como lo que es —susurro besando su cabecita y estrechando entre mis brazos este cuerpecito, entre lloros.

—Entonces le faltaría su madre. Si quieres que haga eso, tú también vendrás a casa conmigo y serás su nodriza. Nunca te alejaría de él, eres su madre y serás tú quien lo críe.

—Entonces renuncio a ti por él —murmuro entre lloros—. Juan, no puedo ser tu amante viviendo bajo el mismo techo que tu mujer. No puedo hacerlo.

Nos miramos destrozados, sabiendo que esta vez sí será para siempre, que es el precio que debemos pagar para que esta criatura tenga un futuro.

—Te ayudaré a cambiarte, nos vamos.

Despierto llorando aferrada al cojín, sintiendo a Marcela aún dentro de mí, incapaz de separarme de ella, y con el peso de su decisión en mi conciencia, sabedora de que es lo mejor para el niño y que, con su renuncia, le está dando un futuro mejor a su hijo. Y, aunque nunca podrá decirle quién es, lo querrá y lo cuidará como sólo una madre puede hacer.

Cuando consigo calmarme, me levanto y me visto. Tengo que ir a trabajar, aunque sea lo último que desee. Cojo mi coche y, muerta de pena, llego al hospital, donde mis compañeras se vuelcan conmigo intentando que me sienta mejor. Veo entrar a Chary y la miro empezando a llorar en silencio.

—Dejadme sola con ella —pide al resto de mis compañeras llegando hasta mí y cogiendo mi mano—. Olivia, mírame: lo que viviste ayer es muy doloroso, pero es algo que forma parte de nuestro trabajo; alguna vez tendrás que atender partos de niños muertos y otros morirán en tus manos, como sucedió ayer, y no puedes marcharte como hiciste. Sus padres necesitaban respuestas y apoyo por nuestra parte, y tú te fuiste, huiste de una situación que te sobrepasaba y, aunque lo entiendo, no es lo correcto. Por muy duro que sea, debes quedarte y hacerle frente; enciérrate en el baño, llora, berrea y da puñetazos contra la pared si lo necesitas, pero luego sal ahí fuera y afronta lo que te venga. No huimos, Olivia, nunca. ¿Lo has entendido?

—Lo siento —murmuro secando mis lágrimas.

—Lávate las manos, nos vamos a quirófano. Vas a atender un parto, hoy esto está movidito y tengo a una a puntito de caramelo.

—¡No! No puedo, Chary, déjame en dilatación, no me hagas entrar ahí.

—Vas a hacerlo, vas a superarlo y a no cogerle miedo, ¡venga! —me ordena tirando de mí y recordándome a Alice.

Llego a quirófano temblando, sudando y con taquicardias. No puedo, no puedo, no puedo hacerlo.

Me coloco delante de la madre sin presentarme, sin hablar con ella y muerta de miedo por volver a vivir lo de ayer.

—Valóralo, Olivia.

Lo veo todo borroso; no sé hacerlo, quiero irme y miro a Chary a punto de entrar en pánico.

—Valóralo, ¿necesita una epi o no? —me pregunta con autoridad.

Vuelvo mi mirada a ese periné a punto de desgarrarse y entonces me doy cuenta de que no puedo rendirme, de que este bebé y esta mamá están en mis manos y que haré lo que sea para ayudarlos a ambos.

—Sí —murmuro empezando a practicársela y a hablar con la madre—. Me llamo Olivia y

estás haciéndolo muy bien; cuando sientas la contracción, quiero que empujes, tu bebé está a punto de nacer.

Sale la cabeza rotando ligeramente ayudada por mis manos, desprendo un hombro, el otro y, a continuación, el cuerpo, que coloco sobre el pecho de la madre piel con piel, entre los lloros de los padres y el del pequeñín, que me suenan a gloria. Pinzo el cordón, lo corto y respiro por fin, siendo consciente de que, a partir de ahora, no estaré tranquila hasta que oiga esos llantos que para mí son una confirmación de vida.

Alumbro la placenta, coso a la mami y salgo del quirófano dirigiéndome al baño, donde rompo a llorar sacando fuera toda la presión y los miedos que durante todo el parto he bloqueado férreamente, entendiendo que no todos los partos serán como el de hoy y que, a diario, me enfrentaré con la muerte, la cara dolorosa de mi trabajo, y debo ser fuerte porque ésta ha sido mi elección, como la de Marcela fue renunciar a su hijo por amor.

Estoy mirando a esta niñita que lucha por vivir, aferrándose a la vida, y algo en mi interior me dice que sobrevivirá, que esta chiquitina de veinticinco semanas saldrá adelante.

Estamos a 30 de diciembre y llevo varias semanas alternando el paritorio con el rotatorio de neonatos, el más duro sin duda, pues, aunque tenemos a los bebés de cuidados intermedios, los de «engorde», que me tienen enamorada y que no corren riesgo alguno, luego están los prematuros y grandes prematuros, como Sandra... niños tan pequeñitos que parece que vayan a romperse con tan sólo mirarlos y otros que están tan malitos que, de antemano, ya sabes que es complicado que puedan superarlo, y con ellos es con los que más sufro.

No me gusta este rotatorio y con él me reafirmo en que mi futuro está en los paritorios, pienso mirando a esta chiquitina que me tiene robada el alma mientras la acaricio a través del látex de los guantes con un nudo en la garganta.

—Venga, Sandrita, sé que puedes conseguirlo, lucha por tu vida —murmuro acariciando su minúscula manita.

—Tienes debilidad por esta peque, ¿verdad? —me pregunta Silvia, que comparte rotativo conmigo.

—Es que la veo tan pequeñita y cómo se aferra a la vida con uñas y dientes, es una peleona... mi peleona. ¿Verdad que lo superarás, pequeñaja? —pregunto al bebé, que lleno de cables duerme plácidamente en la incubadora ajeno a nuestra conversación.

—Ojalá lo haga... ¿Nos vamos ya?

—¿Puedes creerte que me cuesta dejarla? Pensar que voy a estar varios días sin verla y sin saber cómo estará... —susurro sin dejar de acariciarla.

—A mí me pasa igual, ese niñito de ahí, David, me tiene pillada. Además, se llama como mi chico y es morenito como él. Lo malo de este rotativo es que les cogemos demasiado cariño a estos peques.

—Yo lo llevo fatal con los que son tan prematuros. Venga, vámonos, que no quiero llegar muy tarde a Aínsa.

—¿Te marchas ahora? —me pregunta mientras nos dirigimos a los vestidores para cambiarnos.

—Sí. Iba a hacerlo mañana, pero, cuando Aroa nos confirmó que hoy terminaríamos antes, decidí cambiar mis planes: necesito vacaciones urgentemente. Hasta llevo la maleta en el coche. Así que... próximo destino, Aínsa —le digo entre risas.

—Ya me contarás si te gusta ese pueblo, para ir algún día de excursión. ¿Está lejos?

—Carmen me ha comentado que no llega a la hora, pero ya te lo diré con certeza cuando regrese. Bueno, Piernas —le digo sonriendo, pues tiene unas preciosas—, nos vemos el año que viene.

—Hasta el año que viene, compi.

Subo a mi Fiat y emprendo la marcha hacia Aínsa, hacia su pueblo y hacia él, mientras en la radio suena *De vez en cuando*,[12] de Malú, y la escucho en silencio reconociéndome en la letra de la canción.

A mí también me duele... tanto, que me impide continuar con mi vida a pesar de que él ya ha rehecho la suya. Yo tampoco puedo olvidarlo y continuamente me pregunto si de vez en cuando me extrañará, si de vez en cuando pensará en mí, si... De un manotazo, la apago, negándome a escuchar lo que es una realidad latente en mi vida, alejándolo de mis pensamientos.

Conduzco a través de las montañas y de este paisaje abrumador, mientras pienso en mis sueños. Desde que acepté la invitación de Celia, no he dejado de soñar con el sendero a través de la montaña, con las ermitas y con la casa de la enredadera. Anoche soñé que se abría la puerta, pero no vi quién salía de ella, y algo en mi interior me dice que mis sueños son el camino que debo recorrer, como el sendero de la montaña; sólo tengo que encontrarlo para saber dónde me llevará, para saber cuál será mi destino.

Durante el trayecto, al lado mismo de la carretera, veo caballos, vacas y ovejas pastando, desfiladeros impresionantes, rocas gigantes junto al río, pendientes de vértigo, naturaleza en estado puro. Abro la ventana para respirar este aire tan puro que podría decirse que huele a verde, y detengo el vehículo varias veces para fotografiarlo todo, sin dejarme nada; no tengo prisa, nadie me espera hasta mañana, y me empapo de las vistas pensando de nuevo en él, en Roberto, en el único hombre al que he amado y que pertenece a este lugar, ahora el mío también.

Llego al hotel y, tras deshacer la maleta, me dirijo a conocer el casco antiguo de este pueblo que tira de mí como si de un imán se tratase. Llego a la plaza tras subir una pendiente y la miro maravillada; es preciosa. Las casas, todas iguales unas a otras, son de piedra, dando un punto de color las flores, que, con sus alegres colores, llenan los balcones de los hostales o viviendas, y me da la sensación de haber retrocedido en el tiempo hasta llegar al medievo, pues cerca de ella se encuentran los restos de un castillo con su foso y sus torres.

Cruzo la enorme plaza con un sentimiento de paz que no sentía en años y llego a una calle empedrada, como todo el casco antiguo, llena de tiendas, donde compro una hadita para Sara. «Aquí vive Roberto, en este pueblo», pienso mientras voy caminando a través de sus calles. Éste es el lugar donde pasó su infancia y al que regresó hecho un hombre creyendo que lo había traicionado... y entonces me quedo clavada en el suelo al oír las campanas, las mismas de mis sueños, reviviéndolos, y corro hacia ellas, hacia ese sonido. ¡La casa estaba junto al campanario! Y ahí está... la casa de la enredadera.

Veo el pequeño jardín, los dos bancos, la fuente, los árboles, el muro con forma de escalera y, tras él, la casa de dos pisos unidos por la enredadera, tan bonita como en mis sueños. La respiración se me acelera y un sudor frío recorre mi cuerpo mientras veo, atónita, cómo se abre la puerta y mi mente vuela a mi sueño, recordándolo y reviviéndolo mientras, expectante, contengo la respiración esperando para ver quién sale de ella... ¡Roberto! ¿Ésta es su casa? ¿Durante todo este tiempo he estado soñando con su casa? ¿Cómo es eso posible?

Y entonces lo entiendo... Marcela. Ella, a través de mis sueños, ha guiado mis pasos todo el tiempo hasta llevarme junto a él. Elegí ser matrona por ella, por lo que me hacía sentir en mis

sueños, y mi trabajo me ha traído hasta aquí, hasta Roberto, porque él es mi destino, su amor es mi único destino posible.

Me oculto entre las paredes del campanario al verlo, tan increíble, tan intenso, tan... hombre, irradiando tal magnetismo que nuevamente quedo ciega y sorda a cualquier otra cosa que no sea él, reviviendo nuestro beso y lo que me hizo sentir. «Su fuerza, su pasión, su deseo y su furia», pienso con tristeza mientras empieza a llover y suenan las campanas otra vez...

Ese sonido, la lluvia, la calle empedrada, el frío... yo soñé con esto, yo estuve aquí oculta como lo estoy ahora entre estas paredes.

—Gracias, Marcela, gracias por mostrarme el camino —susurro cubriéndome la cabeza con la capucha de mi chaqueta, tal y como hice en mis sueños, incapaz de moverme a pesar de que cada vez llueve con mayor intensidad, mientras veo cómo Roberto se aleja con su vehículo.

Con reticencia y con miles de sentimientos dentro de mí, regreso al hotel, donde pido al servicio de habitaciones un sándwich de jamón y queso con un té y me lo tomo sentada en la cama sin dejar de pensar en él y en mis sueños. ¿Qué intentas mostrarme, Marcela? ¿Qué significado tienen las ermitas y el sendero de la montaña en todo esto?

Estoy cansada y, tras darme una larga ducha, me acuesto y sueño de nuevo...

Capítulo 44

—¡Juanito! ¡Ven aquí, pequeñajo! —Llamo a mi niño, que ya tiene seis años y es un diablillo de cuidado.

Hace sol y estamos en el jardín de la casa, mientras la señora Cayetana se echa la siesta. Desde que tuvo aquel parto tan fatídico, está muy débil y, aunque la pobre se esfuerza por hacer una vida lo más normal posible, necesita descansar, pues se fatiga con el mínimo esfuerzo.

Veo corretear a mi niño, como yo lo llamo, infatigable y desbordante de energía y sonrío; me tiene agotada, y aun así no conozco otro cansancio más placentero que éste, pues jugar con él me da la vida y la felicidad.

Juan y Cayetana no han tenido más hijos, por lo que han volcado todo su amor en Juanito, tal y como he hecho yo, por lo que mi hijo, una copia de su padre, es un niño muy querido por todos, listo, vivaz y mi mayor orgullo. Y, aunque sufrí mucho por tener que renunciar a él como madre, sé que esa noche hice lo correcto, pues con mi renuncia le di un gran futuro y una vida maravillosa llena de amor.

Veo salir a Juan por la puerta de la terraza y mirarme sonriendo; nos queremos, siempre lo haremos, pero no estamos juntos. Ese día no renuncié sólo a mi hijo, también renuncié a mi amor, pero me consuela verlo a diario y hablar con él sobre Juanito, sobre su trabajo o sobre cualquier nimiedad, al igual que hago con la señora Cayetana, pues poco a poco se ha ganado mi corazón con su dulzura, y supongo que yo también un poquito el suyo, pues en mí ve a alguien en quien poder confiar los cuidados de su amado hijo.

Puede que nuestra alma esté condenada desde esa noche, pues, aunque Juan le dio sagrada sepultura a su hijo y nunca ha dejado de ir a rezarle, hemos vivido una mentira fruto del amor más puro, arrastrando con ella a otra persona, a Cayetana, esa mujer a la que tanto odié en el pasado y por la que ahora me desvivo, esa mujer que ha criado a mi hijo creyéndolo suyo.

—¡Papiii! —grita corriendo nuestro hijo tirándose en sus brazos y sacándome de mis pensamientos.

—¡Hijo mío! ¿No quieres descansar un poco y dejar que Marcela descanse también? —le pregunta haciéndole cosquillas.

—No tengo sueño, ¿a que tú tampoco, Tati?

Me río feliz; me gusta que me llame Tati, pues es similar a mami, y nunca lo corrijo.

—No, mi niño, no estoy nada cansada —miento, pues él, con sus juegos y sus risas, es el único capaz de aliviar el peso de mi alma.

—¿Se marcha ya? —le pregunto a Juan.

—Sí, tengo trabajo. Dile a Cayetana que no vendré a cenar; vigílala, por favor, está muy fatigada últimamente.

—No se preocupe, señor. Juanito, ven a darle un beso a tu padre —le digo al pequeñajo, que

no deja de corretear por el jardín...

Hace tanto tiempo que caminé por este sendero para rezar en mis amadas ermitas y encender una vela a san Juan y a san Pablo, a la Virgen de Fajanillas y a la Virgen de La Peña. A todos ellos pedí por mi regreso y a todos prometí que encendería una vela en acción de gracias el día que fuera una realidad... y hoy, después de tantos años, ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

Estoy enferma, siento cómo la enfermedad se abre paso en mi interior, dañando lo sano a pesar de los cuidados médicos, y no quiero ocasionar más dolor a las personas que tanto amo; mi hijo Juanito, hecho un hombre y mi mayor orgullo, y Juan, mi amor por siempre, mi amor en el silencio de mi corazón, mi todo, junto con nuestro hijo.

Por desgracia, la señora Cayetana murió hace muchos años de una mala enfermedad, y me temo que ahora ha llegado la hora de mi partida y quiero hacerlo en mi casa, en la casa que me vio nacer y que ahora me verá morir, pero antes deseo hacer este camino de nuevo, aunque sea por última vez, para dar las gracias por la vida que he tenido, una vida plena, llena de amor, de renuncia y de aceptación, y también por mi hijo, mi mayor tesoro y futuro marqués de Salabria, un orgullo para sus padres y también para mí, su madre, aunque nunca haya podido decirlo en voz alta.

A ambos les ha costado entender mi decisión, pues era su deseo que me quedara en la casa bajo los cuidados del doctor, pero sé que he hecho lo correcto; sé que no sanaré y quiero que mis restos yazcan aquí, entre estas montañas, entre este aire puro y tan cerca de mis vírgenes y de los míos, porque Tella es mi hogar, mi última parada.

Despierto llorando, un llanto desgarrado que sacude mi cuerpo, presa de miles de sentimientos... «Marcela va a morir... va a morir», pienso secándome las lágrimas y sintiendo el mismo dolor que podría sentir por una persona querida. A pesar de estar despierta, todavía perduran en mí sus sentimientos, como cada vez que sueño con ella; tristeza y aceptación por su inminente destino, felicidad por estar de nuevo en su casa y un inmenso orgullo de madre.

Tella... ¿de qué me suena? «¡Claro!», me digo incorporándome de repente. Vi la indicación un poco antes de llegar a Aínsa; está muy cerca de aquí y juraría que esas ermitas existen, y de un salto salgo de la cama hacia la pequeña mesa donde tengo mi portátil. Me conecto a Internet para buscar información sobre ese pueblo y ahí está, la ruta de las ermitas. ¡Dios míooo! Estoy tan cerca de caminar por el sendero que tantas veces he visto en sueños y de encontrarme con sus raíces y... de pronto la siento cerca, conectada a mí sin estar soñando, y me visto con prisas sin detenerme a desayunar.

Salgo del hotel y miro el cielo; está negro y encapotado, como si estuviera a punto de caer el diluvio universal y, corriendo, regreso a mi habitación, donde cojo un impermeable y un paraguas por si acaso.

Con mi pequeño Fiat y acompañada por la canción *Mi mundo en el aire*,[13] de Malú, salgo de Aínsa y conduzco hasta llegar a la indicación de Tella, donde, con los sentimientos a flor de piel, empiezo el ascenso a través de la montaña y, aunque la carretera es buenísima, voy en tensión y con los cinco sentidos puestos en ella.

Tella está en lo alto de una montaña y tengo el precipicio continuamente a mi lado; además,

puede que para alguien de la zona esta carretera sea mejor que una autopista, pero, para mí, con mi experiencia al volante, está siendo una tortura. ¿Caben dos coches por ella? Porque, como me venga alguno de cara, ya puede buscarse la vida, pues yo aquí no doy marcha atrás ni por todo el oro del mundo.

Por fin llego y estaciono el vehículo en la entrada de este pequeño pueblo, su pueblo. Por estas calles paseó Marcela hace tantos años y siento cómo la emoción embarga cada fibra de mi ser.

—Marcela, estoy aquí —murmuro mientras el viento agita mi pelo, dándome la bienvenida y sintiéndola otra vez cerca de mí.

Hace frío. El cielo, pintado de gris, muestra toda la paleta de tonos posibles, desde el oscuro casi negro al más claro, y, delante de mí, majestuosa en su sencillez, se alza una iglesia con un pequeño cementerio anexado a ella.

Una sensación fuerte y poderosa me lleva hasta allí. En el interior de ese cementerio hay algo que debo ver o saber. Tengo el vello erizado, estoy nerviosa y a punto de echarme a llorar, incapaz de gestionar todos los sentimientos que bullen dentro de mí y, sin saber con certeza qué me espera ahí dentro, abro la puerta de hierro que da acceso y entro como abducida por él, rodeada de silencio en este lugar sagrado.

Una simple cruz de hierro sobre el suelo atrae mi atención. No puedo despegar mi mirada de ella y son mis pasos los que me llevan hasta esa cruz, que tira de mí con fuerza.

Aquí yace
Marcela Romero Ruerpolas,
madre de Juan Villaverde Alcaraz, marqués de Salabria,
fallecida el 15 de agosto de 1898
a la edad de 37 años.
R.I.P.

«¡Dios mío!», pienso cayendo de rodillas sobre su tumba. «No eran sólo sueños, era tu vida contada por ti y tan real como puede ser la mía —murmuro llorando desconsoladamente sobre el césped que cubre sus restos—. ¿Por qué me elegiste a mí para contarme tu historia?»

—*Porque eres sangre de mi sangre... hija mía...*

Oigo su voz claramente, como si el viento susurrara en mi oído lo que ella no puede decirme, y leo por segunda vez la inscripción de su lápida. Mi abuela siempre decía que provenía de marqueses. «¿Marcela es mi antepasada? Entonces, ¿Juan también lo es?», me pregunto temblorosa secándome las lágrimas. Ella fue la nodriza del señorito Juan y su madre y, aunque nunca pudo decirlo en voz alta, lo dejó escrito para la posteridad: madre de Juan Villaverde Alcaraz.

—*Lucha por tu amor...*

De nuevo su voz entre el viento, entre la brisa que mueve las ramas de los árboles, entre el trinar de los pájaros, sólo para mis oídos, sólo para mí... y me rompo, dejando salir de mi interior toda la angustia que me desborda mientras una calma placentera la sustituye poco a poco.

—Lo haré. Gracias por guiar mis pasos —susurro acariciando su lápida.

Quiero volver a oír su voz, pero lo único que me llega es el trinar de los pájaros; aun así, me siento tan bien que, pese al frío y al viento, permanezco un poco más sentada sobre el césped con ella. No tengo prisa y no quiero irme; aquí es donde puedo sentirla más cercana. Tella, su pueblo,

donde nació y donde murió, y un lugar sagrado para mí, envuelto en magia y amor.

Salgo del cementerio y miro mi coche. No quiero volver a la realidad, no quiero marcharme de este lugar, necesito más, y entonces veo una ruta ascendente: la ruta de las ermitas, sus ermitas, y sin pensarlo dos veces me encamino hacia el sendero, el mismo con el que tantas veces soñé.

Es una ruta larga y la hago en silencio, empapándome de las vistas tan maravillosas que conforman el lugar. El sendero está claramente delimitado para que nadie pueda extraviarse y me siento en paz... los mismos sonidos con los que soñaba me acompañan ahora: el viento moviendo las ramas de los árboles, el trinar de los pájaros y el sonido de mis pasos, y, a pesar de que nunca he creído en hadas, estoy segura de que, si existen, éste es su hogar, «como lo es el de Marcela, mi antepasada», pienso mientras diviso la primera ermita.

Está en lo alto de una llanura, acompañada por los picos de las montañas y las nubes empeñadas en cubrirlos. Entro y la calma me invade de nuevo. Es muy pequeña y está en penumbra, puesto que, a excepción de los escasos rayos que entran por la minúscula ventana que hay cerca del altar, no hay más iluminación posible; enfrente de éste, descubro dos imágenes de la Virgen, con flores dejadas por alguien recientemente, y el olor a incienso envolviéndolo todo, y siento otra vez esa paz dentro de mí.

Rezo una pequeña oración en su memoria y salgo dispuesta a encontrarme con las siguientes ermitas con el silencio como único acompañante, junto con el águila que sobrevuela mi cabeza como un vigía protector de mis pasos. He caminado miles de veces por este sendero en mis sueños y ahora, por fin, estoy aquí, sabiendo quién soy en realidad y de quién provengo... de ellos, del amor.

Las siguientes ermitas son parecidas a la primera y en cada una de ellas rezo una oración por mis antepasados, por mí y por él, por Roberto. Qué injusta ha sido la vida con nosotras: ambas pagamos con creces el haber mantenido una relación con alguien que la sociedad, en su caso, y mis padres, en el mío, no aprobaban, y ambas hemos sufrido lo indecible... y, aunque Marcela fue feliz asumiendo su destino, ¿lo seré yo? «Le he prometido que lucharé por él, pero ¿cómo hacerlo cuando tiene pareja y no quiere escucharme?», me pregunto llegando a lo alto de la colina, desde donde se divisa Tella.

El viento agita mi pelo y siento como si retrocediera en el tiempo hasta llegar al día de su partida hacia Madrid. Ese día fue a despedirse de sus vírgenes y, sobre lo alto de esta colina, mientras el viento agitaba su vestido, lo observó por última vez; las casas de piedra con sus altísimas chimeneas decoradas con los espantabrujas, el paisaje abrumador, sus colinas, el águila sobrevolando su cabeza...

—Adiós, abuela, volveré —susurro reanudando mi marcha.

Y con esa promesa nacida de lo más profundo de mi corazón, desando el camino y subo a mi coche.

Durante el trayecto empieza a nevar y, a pesar de que apenas son las doce del mediodía, está oscureciendo de tal forma que da la sensación de que está anocheciendo. El viento sacude mi vehículo con fuerza y me aferro al volante con miedo y todos mis sentidos puestos en la carretera.

—Por favor, por favor... que llegue entera... que no me estampe —murmuro muerta de miedo encendiendo las luces, pues cada vez tengo menos visibilidad.

Tras un descenso agonizante, llego a la carretera principal y respiro profundamente, pero no me detengo en Aínsa y continúo mi trayecto hasta Boltaña, tentando a la suerte. Necesito ver,

aunque sea de lejos, el hotel de Roberto, y ahí está... Hotel Convento de Boltaña; realmente es eso, un megaconvento restaurado.

«Lo hiciste bien, Roberto. Carmen no había exagerado en absoluto, este hotel es impresionante», musito mirando su hotel con admiración, y entonces sí doy media vuelta y regreso a Aínsa.

Capítulo 45

Son las ocho y media del 31 de diciembre y el momento de verlo de nuevo.

Todavía estoy en la habitación del hotel, intentando calmarme mientras con ojo crítico examino mi atuendo. Llevo un pantalón negro con un suéter ceñido color crema decorado con minúsculas estrellitas doradas, a juego con las estrellas que luzco en mis orejas. Arreglada, pero informal, como diría Elsa.

Me pongo la chaqueta, me envuelvo con un fular y, tras coger mi bolso junto con la hadita que le compré ayer a Sara, salgo del hotel hacia mi coche, enfrentándome a la furia de los dioses, pues hace un viento que da miedo y nieva como si con esos copos quisieran cubrir el mundo.

Celia vive en el casco antiguo, muy cerca de donde lo hace Roberto. Su casa, de piedra como todas las que conforman el lugar, se encuentra en la misma plaza, sobre su pequeño negocio, Sabores de siempre, una tienda de *delicatessen* en la que venden tanto confituras como vinos, embutidos y chocolates. Aparco lo más cerca posible y, tiritando, llego hasta ella.

—¡Oliviaaa! —me recibe Sara tirándose encima de mí tras abrirme la puerta—. ¡Mamiii, Olivia está aquí!

Entro y la calidez del hogar provoca un escalofrío placentero que recorre mi cuerpo entumecido por el frío.

—¡Qué frío! —le digo a la niña aún tiritando y dándole un beso.

—¿Qué llevas ahí? —me pregunta señalando la bolsa donde tengo su hadita guardada, tan curiosa como siempre.

—Una cosita —respondo cogiéndola de la mano y llegando hasta el salón, donde delante de la chimenea se encuentra Roberto, de espaldas a mí.

—Buenas noches —murmuro intimidada por su presencia con un hilo de voz.

Se vuelve y, sin percatarme de mi gesto, deslizo la mirada por su cuerpo, por sus brazos, por sus abdominales, por sus caderas y, antes de continuar mi descenso, me detengo ruborizándome y alzando la vista hasta encontrarme con la suya.

—¿Qué cosa? ¡Dímelo, Olivia! —insiste Sara.

Pero no puedo contestarle, pues tengo mi mirada atrapada por la suya, fija en esos ojos verdes en los que me perdería para siempre y en ese rostro perfecto que no he podido olvidar a pesar de los años.

—Vaya, vaya... pero mira a quién tenemos aquí.

¡No puede ser! ¡No puede ser! Me doy la vuelta sin poder creer que esté escuchando esa voz que reconocería entre un millón y la veo llegar hasta mí, sonriendo.

—¡¡¡Aliceee!!! Pero ¿qué haces aquí? —le pregunto prácticamente corriendo hacia ella, llorando y riendo a la vez.

—Como no vienes a verme, he tenido que venir yo —me dice llorando abrazada a mí.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Puede saberse de qué os conocéis vosotras? —nos pregunta Carmen entrando en el salón junto a Celia, tan atónita como lo está el resto.

—No puedo contarlo; lo siento, Olivia no me deja —contesta cruzándose de brazos y mirando con dureza a Roberto.

Y de repente todas las miradas están puestas en mí y valoro qué hacer; no es el momento, pero tampoco puedo quedarme callada.

—Hace unos años estudié en el Morrigan College y Alice fue mi tutora —aclaro sin soltarme del brazo de Alice, mi querida Alice.

—¿Y por qué no querías que Alice lo contara? —me pregunta Roberto con frialdad, tensando su cuerpo perfecto.

—No preguntes lo que no quieres saber —replico con la misma frialdad con la que él me está hablando a mí.

—Alice es mi tía —me dice Sara tirando de mi chaqueta para llamar mi atención.

—Dame tu chaqueta, Olivia —me pide Celia como buena anfitriona—. ¿Quieres un poco de vino?

—Claro —acepto tendiéndosela—. ¿Estás bien? —le pregunto preocupada, pues no tiene buen aspecto.

—Llevo todo el día con molestias; supongo que será lo normal con el embarazo tan avanzado —me contesta entre susurros.

—¿Tienes contracciones? —me intereso, preocupada.

—De vez en cuando, pero son esporádicas; no te preocupes y desconecta, estás de vacaciones —me dice alejándose con mi chaqueta.

—¿Y por qué me parece que hay más de lo que cuentas? —me pregunta Roberto sin dejar de mirarme cuando Celia abandona el salón, acercándose a mí y quedando a escasos centímetros de mi cuerpo.

—Porque lo hay —murmuro perdiéndome de nuevo en sus ojos, mientras fuera de la casa el viento aúlla con fuerza—; porque, cuando se quiere escuchar, se descubre que siempre hay más y las cosas no son lo que parecen —susurro dándome cuenta de que, muy convenientemente, nos hemos quedado a solas.

—Lo que tenía que escuchar ya lo hice hace años —me asegura con dureza—. No tengo necesidad de revivir el pasado.

—Eso me ha quedado muy claro —contesto envarándome—, pero no preguntes, ya que corres el riesgo de darte cuenta de que has vivido una mentira —añado cubriendo mi corazón con una coraza y mirando a mi alrededor—. No he visto a la estupenda de tu novia. ¿Dónde te la has dejado?

—Eso a ti no te importa —responde sin dejar de mirarme y tan cerca de mí que puedo sentir la calidez de su aliento.

—Ni lo más mínimo —replico con desdén.

—¿Conoces a alguien más de mi familia que deba saber? —me pregunta cabreado.

—Eso a ti no te importa —le contesto a mi vez, alzando el mentón.

Y dando media vuelta, salgo del salón sin saber adónde ir, pero guiándome por las voces provenientes de la cocina, donde se encuentran todos alrededor de la barra tomando jamón con queso.

—Ya veo por qué estáis todos aquí —les digo intentando sonreír.

—Y porque necesitabais intimidad, ¿ya lo has arreglado con el zopenco de mi hijo? —quiere

saber Carmen.

—No sé de qué me hablas —miento con tristeza, sintiendo la mirada de Alice y rehuyéndola.

—¿Qué tienes que arreglar con mi hermano? —me pregunta Celia sin entender nada.

—Nada, paranoias de mujer mayor —contesta Carmen con genio, cogiendo una de las bandejas de comida y saliendo de la cocina.

—¿Y por qué no podía ir al salón? ¿Y qué hay en esa bolsa que has traído? —me bombardea a preguntas Sara.

—Ayudadme con las bandejas —solicita Celia sin poder caminar apenas.

Cargada con la comida, accedo de nuevo al salón, hablando con Alice y seguida por Sara y sus miles de preguntas y, al final, ante su insistencia y antes de empezar a cenar, me rindo y le entrego el regalo.

—Es una tontería. Ayer estuve paseando por aquí y entré en una tienda muy bonita... y vi esto —le explico tendiéndole por fin la bolsa—: me recordó a ti y te lo compré. Puede que tengas miles de ellas, pero me gustó y espero que te guste a ti también.

La mira en silencio con esos ojitos que parecen analizarlo todo y, arrugando su pequeña naricita y sin decir una palabra, sale del salón con la hadita entre sus manos.

—¿Significa eso que le gusta? —pregunto a Celia sin entender la reacción de la niña.

—Supongo —murmura respirando profundamente.

—¿Estás bien, cielo? —le pregunta Pablo con preocupación a su mujer.

—Claro, ya sabes que últimamente, de noche, se me carga mucho la barriga.

—¿Qué quieres decir con que se te carga? —demando preocupada yo también.

—Ya sabes: siento presión; supongo que será por el peso de la niña.

Entonces Sara reaparece en la estancia, interrumpiendo nuestra conversación.

—Mira, Olivia —me pide con esa vocecita suya tan infantil y tan dulce, haciéndose un hueco en la mesa entre tantos platos—: tu hada es la novia del hado que me regaló mi tío hace unos días; fíjate, sus manos se unen —explica poniendo ambas figuras una al lado de la otra y encajando sus manos.

—Formando una única figura... comprasteis, por separado, dos figuras que realmente deberían haber ido juntas; suerte que han terminado uniéndose finalmente —nos dice Carmen mirándonos a ambos.

Mi mirada se encuentra con la suya, con esos ojos que a pesar de los años siguen teniendo el mismo efecto en mí, y me pierdo nuevamente en ellos durante unos instantes, conectando otra vez con él antes de quedarnos a oscuras, con la tenue iluminación de las llamas de la chimenea.

—Estupendo, un apagón, lo que nos faltaba; iré a buscar velas —anuncia Pablo levantándose.

—Mejor busca un médico —suelta Celia en un hilo de voz—, he roto aguas.

Y entonces la casa se convierte en un caos. Todos quieren atender a Celia, no hay luz ni cobertura telefónica, fuera la tormenta arrecia con fuerza como si el mundo fuera a terminar esta noche y me quedo clavada en mi silla, envuelta en un bucle que me arrastra a través de los recuerdos al día en que la señorita Beatriz dio a luz.

Había una tormenta como la de hoy, el médico no llegaba y fue Marcela la que atendió el parto... Oigo las voces de fondo, sabiendo de antemano que el médico no llegará a tiempo y que tendré que atender este parto como antaño hizo Marcela: sin instrumental, sin anestesia y sin nadie a mi lado que guíe mis pasos. «Puedes hacerlo... mira en tu interior», murmura una vocecilla en mi cabeza.

—Olivia, tú eres matrona —susurra Alice en mi oído, sacándome de mis pensamientos—,

atiéndela tú.

—Alice, no puedo —siseo muerta de miedo mirando a Celia retorcerse de dolor e incapaz de reaccionar.

Veo a través del pánico cómo Roberto se acerca a mí con decisión; siento su mano sobre mi brazo, siento su fuerza y su ira mientras me levanta y me arrastra hasta el pasillo, sumido en la más completa oscuridad.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —me pregunta con furia mientras mis ojos van adaptándose y puedo ver la forma de su rostro—. Tú eres matrona, tú puedes ayudarla. ¿Por qué no reaccionas, joder?

—¡Porque no lo soy! ¡Sólo soy una residente!

—Pero has atendido partos, ¿verdad? —masculla entre dientes.

—¡Sí! En el hospital, con instrumental y bajo la supervisión de mi matrona. ¡No puedo atenderla aquí!

—¿Sabes que la gente antes paría en su casa sin instrumental y sin tanta hostia? —me pregunta con voz contenida.

—¿Y sabes que continuamente morían mujeres y niños? ¡No puedo monitorizar al bebé ni a tu hermana! No sé cómo están. ¿Y si muere por mi culpa? —planteo por fin, sacando todos mis miedos al recordar al bebé que falleció entre mis manos.

—¡Aquí no va a morir nadie! —me asegura sujetándome entre sus manos—. Sabes tan bien como yo que, sin cobertura y con la que está cayendo, es imposible salir de aquí. Olivia, mírame —me pide atrapando mi mirada con la suya—: confío en ti, sé que puedes hacerlo; piensa en los pasos que tengas que dar y dalos con seguridad, yo te ayudaré. —Con sus palabras, recuerdo nuestros comienzos como profesor y alumna, recuperando la calma y la confianza en mí misma.

—Está bien —acepto respirando profundamente—. Necesito vaselina; un protector para la cama, si no lo encuentras busca toallas o mantas; un cubo o algo parecido; velas y linternas o cualquier cosa que alumbre, y luego lávate bien las manos y ven a buscarme. Vamos a traer a esa niña al mundo —le digo antes de dirigirme a la cocina, donde, a oscuras, me lavo las manos concienzudamente, rogándole a Marcela que guíe mis pasos.

Capítulo 46

Entro en el salón de nuevo, donde Celia, acostada en el sofá, resopla muriendo de dolor.

—Muy bien, cielo. Vamos a ponerte cómoda primero, ¿te parece? Vamos a quitarte esa ropa mojada y a ponerte un camisón —le digo intentando sonar lo más tranquila posible.

—¿Voy a tener a mi hermanita ahora? —me pregunta Sara—. ¿Vas a ayudarla a nacer? ¿Tardará mucho?

—Sara, ven conmigo; tienes que cenar y tu hermana aún tardará un poquito —le comenta Carmen, llevándosela.

Subimos a la habitación, orientando nuestros pasos con la linterna. Entre Alice y yo ayudamos a Celia a cambiarse, mientras Roberto prepara la cama y va iluminando la habitación con velas y Pablo enciende la chimenea.

—Quiero que te relajes y escuches tu cuerpo; sé que el dolor puede ser muy invalidante, pero no puedo hacer nada. Te guiaré en los pujos y, entre las dos, lo conseguiremos. ¿Recuerdas cuando dijiste que te gustaría que yo atendiera tu parto? —le pregunto sonriendo—. Los dioses te escucharon, vaya si lo hicieron —le digo bromeando—. Voy a hacerte un tacto para ver cómo tienes el cuello del útero y saber cómo está tu bebé —murmuro—. Muy bien, vamos a ver cómo va esto. Roberto, alúmbrame, por favor —le pido con seguridad.

—Joderrr, cómo me duele —se queja aferrándose al cojín—. ¡Olivia, por Dios!

—Estás teniendo una contracción. ¿Tienes algún enema en casa?

—¿Crees que esto es una farmaciaaa? —me pregunta arqueándose de dolor.

—¿Quieres ir al baño? —le pregunto con delicadeza.

—Nooo.

—Estás dilatada de cinco centímetros —susurro.

—¿Y eso es mucho o poco? —me pregunta Alice.

—Hasta que no lo esté de diez, no podemos hacer nada, sólo esperar.

—Estamos todos contigo, cielo —interviene Pablo con semblante serio, cogiéndole las manos.

—Olivia, háblame, cuéntame algo para que olvide este dolor de los cojones —me ruega Celia apretando los dientes—, que a todos éstos los tengo muy vistos.

—¿Por qué no le cuentas tu historia, Olivia? Con lo joven que eres, has vivido y sufrido más que muchos de nosotros; cuéntalo, cielo —me pide Alice.

La habitación queda en silencio con su petición. Lo tengo a mi lado, me vuelvo y enlazamos nuestras miradas, y siento que ha llegado el momento de contar mi historia.

—Lo que os cuente esta noche, me gustaría que quedara entre nosotros; para mí es importante mantener mi anonimato y continuar con la vida que tengo.

—Eso ni lo dudes; empieza, cielo —me apremia Alice.

—Me llamo Olivia Sánchez y mi padre es el presidente del Gobierno —murmuro desvelando quién soy realmente en esta habitación que me recuerda tanto a la habitación de la señorita Beatriz, alumbrada por las llamas de la chimenea y por las velas, mientras, fuera, el viento arrecia con furia, como entonces.

—¿Cómooo? —exclama Celia incorporándose de repente—. ¿El presidente... ¡¡¡de España!!!? ¿Te refieres a eso, verdad?

—Celia, no la interrumpas —la reprende Alice.

—Sí, pero eso no es nada de lo que sentirse orgullosa. Mis padres nunca me quisieron y fueron mis abuelos quienes me criaron —relato levantándome de la cama y dirigiéndome a la chimenea. Necesito alejarme de él—. Cuando ellos murieron, comenzó mi suplicio. Mi vida era puro teatro. De mí sólo se esperaba que vistiera bien, que fuera educada, que sacara buenas notas y que no los avergonzara... Nunca, jamás que yo recuerde, me dieron un beso de verdad, ni me quisieron, y con el tiempo aprendí a vivir con su indiferencia.

Veo cómo una fuerte contracción sacude el cuerpo de Celia y cómo contiene la respiración hasta que cesa el dolor.

—No contengas la respiración; aunque te duela, tienes que hacer respiraciones cortas y rápidas —la corrijo con firmeza.

—¡No me digas cómo respirar cuando quiero morirme! —me grita.

—¡Papi, papi! ¡Quiero estar contigo! —chilla Sara entrando en la habitación, seguida por Carmen.

—Estaré fuera, llamadme si llega la hora. ¡Ánimo, cariño!

—¡Y una mierda ánimo! —espeta furiosa—. ¡Aquí querría verte yo a ti!

—¿Cómo vas, hija? Ya hay cobertura y hemos hablado con los de emergencias, pero nos han dicho que algunas carreteras están cortadas... que Dios te ilumine —me dice Carmen, posando su mano sobre mi hombro.

—Todo irá bien, mamá, siéntate —le pide Alice—. Te estás perdiendo la historia de Olivia.

Miro de reojo a Roberto, que se ha levantado también y está frente a la ventana de espaldas, tan lejos como puede de mí.

—¡Mamá, que Olivia es la hija de Sánchez, el presidente! —le cuenta Celia apretando los dientes.

—¿Del Gobierno? —me pregunta Carmen mirándome asombrada.

—Sí —murmuro, sentándome después en la cama.

—¿Quieres continuar? Me tienes a punto del infarto —me reclama Celia mientras otra contracción recorre su cuerpo.

—Todo cambió el día que conocí a mi profesor de matemáticas y me enamoré de él.

—Como en las novelas —dice Celia sonriendo, tranquila después de la fuerte contracción—. ¿Y estaba bueno?

—Buenísimo —afirmo sonriendo—; todas en el colegio estábamos locas por él, pero se fijó en mí.

—¿Y os enamorasteis? —me pregunta Carmen empezando a atar cabos.

—Sí, nos quisimos mucho durante un tiempo, pero entonces mis padres se enteraron de todo y nos separaron. Esa noche y el día siguiente lo recuerdo con terror —murmuro mirando fijamente el fuego—: mi padre estaba fuera de sí, parecía que se había vuelto loco y me golpeó en repetidas ocasiones. Me quitaron el móvil y me separaron de él y de todas las personas a las que quería, enviándome a Irlanda, donde conocí a Alice —relato yendo hasta Celia y

realizándole un nuevo tacto.

—¡¡¡Mierdaaa!!! —se queja ella.

—Tranquila, respira, pronto pasará la contracción —susurro mientras compruebo la rapidez con la que está dilatando.

—Recuerdo el día que su padre nos llamó —murmura Alice mirándome con ternura—: nos prohibió dejarla salir del internado, además de regresar a Madrid durante dos años, algo muy duro para una niña de dieciséis años. Cuando llegó, no hacía nada más que llorar... no hablaba, ni se relacionaba, y llegué a preocuparme seriamente por ella.

—Gracias a Alice y a Elsa, mi compañera de cuarto, logré salir adelante. Ellas hablaban diariamente conmigo como si no estuvieran haciéndolo con una persona que estaba más muerta que viva, y, con su paciencia, lograron que recuperara las ganas de vivir. Con Alice pasaba las vacaciones y con ella conocí Irlanda. —No puedo mirarlo, a pesar de sentir su mirada sobre mí, y me evado momentáneamente comprobando de nuevo la dilatación de Celia—. Estás de ocho centímetros y tienes el cuello del útero prácticamente borrado, estás a puntito de caramelo, esto va a la carrera —le comento sintiendo a Marcela junto a mí guiando mis pasos—. Carmen, por favor, pon agua a hervir y mete dentro unas tijeras y algo con lo que poder pinzar el cordón.

—Sigue... ¿Qué paso? ¿Volviste a verlo? —me pregunta Celia entre dientes ante una nueva contracción.

—Roberto, alúmbrame, por favor, necesito más luz —le pido ignorando su pregunta mientras las gotas de sudor se deslizan por mi espalda y Alice prosigue mi historia, la que él no quiso oír.

—Olivia fue la alumna de su promoción con la nota más alta en el Leaving Certificate —manifiesta con orgullo—. Saco todas las asignaturas, incluso la de matemáticas, con honores.

Lo noto tenso a mi lado y continúo mi relato fijando mi atención en Celia, pues a él no puedo mirarlo.

—Y entonces regresé a Madrid para buscarlo, creyendo que me habría esperado y que por fin podríamos estar juntos, pero él no estaba ni en su casa ni en el colegio y... allí me encontré con Lucía, *su amiga* —digo con ironía—, que me mostró un mensaje suyo donde aparecía con una mujer y un bebé. Me hizo creer que él había rehecho su vida, y yo la creí —confieso encogiéndome de hombros.

Veo cómo se levanta y se dirige otra vez a la ventana con el cuerpo en tensión y lo observo durante unos segundos, olvidándome de todos. Tiene los puños cerrados; conozco esa postura y sé que, si pudiera, se liaría a puñetazos con el primero que encontrara; lástima o suerte que se encuentre en una habitación llena de mujeres, pero por fin ya sabe la verdad.

—Oliviaaa, me dueleee —me reclama Celia y centro mi atención en ella.

—Estás teniendo otra contracción. ¡Roberto! ¡Alúmbrame! Celia, escúchame: quiero que, en la próxima contracción, respires como si soplaras; no hagas fuerza, por favor, sopla, así —le explico antes de coger aire y soltarlo lentamente—. Necesito que tu periné se adapte para que no se desgarre —añado mientras voy masajeándolo.

—Continúa entoncesss —me pide soplando como le he pedido.

—Me derrumbé al pensar que había rehecho su vida. No quería quedarme en Madrid, donde estaban mis padres, y me fui a Valencia. Elsa era de allí y me convenció para que fuera a su casa a pasar unos días que terminaron siendo años. En Valencia estudié la carrera de Enfermería y supe lo que era pertenecer a una familia de verdad. Luego me saque el EIR y...

—Olivia fue la que sacó la nota más alta también —apuntilla Alice con orgullo mientras sujeta la mano de Celia.

—Y elegí el hospital de Barbastro.

—Pero ¿no volviste a verlo? —me pregunta Carmen.

Me giro y la veo apoyada en la pared. Estaba tan absorta que no me había percatado de su presencia.

—Sí, pero ya no importa, él ha rehecho su vida —murmuro.

—¿Y ya está? —quiere saber Celia mientras las gotas de sudor se deslizan por su rostro.

—Sí, ya está —murmuro con la vista fija en el periné, que poco a poco va adaptándose—. Es un cuento sin final feliz. Mis padres, o posiblemente alguien de su entorno, escribieron una carta en la que, imitando mi letra, relataron cómo me obligó a mantener relaciones sexuales con él para poder aprobar su asignatura, por lo que lo despidieron, además de abrirle un expediente, y, durante los siete años que yo estuve queriéndolo y esperando reencontrarme con él, él estuvo odiándome con todas sus fuerzas... —relato con tristeza, sintiendo las garras envolviendo mi corazón.

—¡Joder con tus padres! Y él, ¿los creyó? —farfulla Carmen.

—Sí, nunca se cuestionó nada, como yo tampoco lo hice —le digo saliendo en su defensa—. Yo también creí a Lucía y me rendí demasiado pronto; tenía que haberlo buscado, pero no lo hice, y ahora ya no importa. Llamad a Pablo, es la hora. ¿Pasamos al paritorio, Celia? —bromeo intentando animarla—. Estás dilatada de diez centímetros. Todos a sus puestos —les pido cogiendo aire.

Estoy sudando y, sin pensarlo, me quito el suéter, quedando con la camiseta interior de tirantes sin darle importancia a mi gesto; es blanca y de algodón. Luego me recojo el pelo en una cola de caballo. ¡Mejor! ¡Dios, qué calor! Y entonces siento mi cuerpo arder, reconozco esa sensación... ¿cómo olvidarla?, y me ruborizo.

—Roberto, alúmbrame, por favor —susurro sin atreverme a mirarlo, sintiendo las gotas de sudor deslizarse entre mis pechos y por mi espalda—. Celia, en la siguiente contracción, quiero que empujes con fuerza —le indico encomendándome a todos los santos y a Marcela para que todo salga bien—. ¿Estás cómoda así o prefieres cambiar de postura?

—Estoy bien —me dice agotada por las contracciones.

—Venga, ¡ahora! ¡Empuja! Así, no pares, ¡sigue hasta que finalice la contracción! ¡Muy bien!

Tengo a Roberto completamente inmóvil a mi lado, blanco como la cera, y le pregunto bajito:

—¿Estás bien? ¿Quieres que Alice ocupe tu lugar?

—No te preocupes por mí, céntrate en ella —masculla.

—Como quieras —acepto volviendo mi vista a esta vida que lucha por abrirse paso—. Celia, necesito que empujes más fuerte —le explico comprobando el periné sin dejar de masajearlo con vaselina—. No dejes de empujar mientras dure la contracción.

—¡Venga, hija! Puedes hacerlo, empuja como te pide Olivia —la anima Carmen, que se encuentra a mi lado sin perder detalle.

—¡Y una mierda! Joderrr, ¡quiero la epidural, un quirófano y toda la anestesia que me toque!

—Nos viene otra, ¡ahora! ¡Empuja fuerte! Así... muy bien, ¡sigue empujando!, ¡no pares! Celia, necesito que te pongas en cuclillas y no dejes de empujar mientras dure la contracción —mascullo colocándome de rodillas en el suelo—. ¡Alice! Sustituye a Roberto y alúmbrame —le ordeno temiendo que se caiga redondo por la impresión.

—¿Qué puedo hacer? —me pregunta Pablo con preocupación.

—Entre Roberto y tú, ayudad a Celia sujetándola para que no se canse. Celia, cuando comience la contracción, quiero que empujes como si te fuera la vida en ello, ¿está claro?

—¿Y si la niña lleva vuelta de cordón? ¿Y si es corto? ¿Y si se ahoga al intentar nacer? —nos bombardea a preguntas Carmen, paralizándome momentáneamente y dando en la diana de todos mis miedos.

—¡Mamá, cállate, joder! —la reprende Roberto cabreado.

—¿Y si nos cae un meteorito, Carmen? —intervengo reaccionando por fin—. ¡Ahora! ¡Empuja, Celia! Alice, alúmbrame mejor. ¡Muy bien, sigue, sigue, no pares! Celia, estás haciéndolo muy bien, sigue así.

—No puedo más, Olivia —murmura cansada y dolorida.

—Pues haz por poder, necesito que me ayudes, yo sola no puedo. —Y entonces la siento tan cerca, tan conectada a mí... «Ayúdame, Marcela.»

Tras una serie de largas y agotadoras contracciones, la niña se encaja por fin, pero Celia no puede más y se deja caer sobre la cama, demasiado exhausta como para seguir manteniéndose en cuclillas.

—Ya está, Celia, en la siguiente contracción te prometo que sale. ¿Preparada? ¡¡¡Empujaaa!!! —le pido viendo cómo la cabecita lucha por abrirse paso a la vida, ayudada por toda su familia.

Y poniendo mis manos en cada parietal y cogiendo ligeramente el cuello, protegiendo al máximo el periné, la ayudo a conseguirlo.

—¡Te tengo, enana! Ahora ya no te me escapas —murmuro entre lloros de felicidad.

—Joderrr —Oigo a Roberto tras de mí, pero no puedo girarme, centrada como estoy en esta niñita.

—¡Nos viene otra! ¡Empuja ahora! ¡Muy bien, Celia! Eres una campeona. —Desprendo un hombro hacia abajo, el siguiente hacia arriba y saco el cuerpecito de la criatura, que coloco sobre Celia, piel con piel, llorando de emoción y alivio mientras oigo a la niña llorar... está bien... está bien... todo ha salido bien.

Pinzo el cordón, lo corto y alumbro la placenta. «¡Hecho!», me digo mientras todos rodean a Celia y al nuevo miembro de la familia.

—Te llamarás Olivia —susurra Celia muerta de cansancio.

Levanto la mirada y la observo completamente embargada por la emoción, mientras lágrimas de felicidad surcan mi rostro.

—¿Cómo yo? —musito.

—Sí, como tú, como la mujer que la ayudó a nacer. Gracias por traer a mi hija al mundo.

—No lo he hecho yo, has sido tú, y, aunque ahora no lo creas, has tenido un parto precioso: en tu casa, rodeada de los tuyos y en completa intimidad. Enhorabuena, Celia.

—¡Están llamando a la puerta! ¡Serán los de emergencias! ¡A buenas horas! —dice Alice saliendo disparada para abrir—. ¡Y ya tenemos luz!

Y en apenas unos segundos, la habitación se llena de personal sanitario.

—¿Quién ha atendido el parto? —nos pregunta el médico mientras reconoce a Celia.

—Yo; le daría la mano, pero mire cómo la tengo —bromeo sonriendo mientras observo mis manos manchadas de sangre—. Ha ido todo bien, pero la paciente necesita que la reconozcan, al igual que la niña. ¿A qué hospital la llevan?

—Al de Jaca.

—¿Puedo ir con ustedes?

—En la ambulancia sólo puede ir una persona.

—Que vaya Pablo —nos interrumpe Roberto—, yo te llevaré en mi coche.

—Muy bien, trasladamos a la paciente y al bebé —anuncia el médico mientras, con cuidado, pasan a Celia a la camilla.

—Tengo que ir a lavarme —murmuro muerta de nervios por estar de nuevo a solas con él tras mi pequeño relato.

—Te espero abajo, no tardes —susurra mirándome fijamente.

—Alice y yo nos quedaremos aquí, hija, así te limpiamos todo esto y cuidamos a Sara —le comenta Carmen ocultando una sonrisa.

A punto del infarto, me dirijo al baño, donde contemplo mi reflejo en el espejo. Tengo la mirada brillante, el rostro arrebolado y la camiseta manchada de sangre. ¡Sexi a rabiar! Me lavo y me quito la camiseta sucia y me pongo únicamente el suéter; suelto mi pelo y, tras coger aire profundamente, salgo dispuesta a encontrarme con él.

—Toma, ponte la chaqueta —me dice, tendiéndomela—, hace frío.

En silencio, llegamos hasta su coche, que se encuentra aparcado cerca de la casa. Entro y me arrebujo en el asiento, tiritando por el frío y los nervios.

—¿Estás bien? —me pregunta arrancando el motor.

—Estoy helada —susurro temiendo que pueda oír los latidos desbocados de mi corazón.

—Los asientos son calefactables, pronto entrarás en calor —me comenta emprendiendo la marcha—. Siento haberte gritado antes —murmura—. Lo has hecho muy bien, gracias por ayudar a mi hermana.

—No te preocupes, necesitaba que me hicieran reaccionar y tú lo has hecho, por suerte todo ha ido bien —contesto pensando en todas las complicaciones que podrían haberse presentado.

—No sé cómo puedes hacerlo —dice con la mirada fija en la carretera, sacándome de mis pensamientos.

—Me gusta, es una sensación increíble ver cómo una criaturita nace ayudada por mí, sacar ese cuerpecito y ponerlo sobre la madre; no hay nada más primitivo y más natural que eso... y tú has estado a punto de caerte redondo —bromeo riéndome, sorprendida por estar tan relajada con él.

—Me ha faltado bien poco —me asegura riéndose conmigo en una carcajada... «Cuánto tiempo sin oír ese sonido», pienso con tristeza—. Creo que en mi vida volveré a ver una vagina sin recordar ese momento. ¡Joder, si me duele solamente de pensarlo!

—Estoy segura de que eso será lo último que pienses llegado el momento —le digo mirando cómo salimos del pueblo, sumergiéndonos en la oscuridad de la noche.

—Eso depende de la vagina que sea —me contesta burlón.

No puedo creerme que estemos hablando de vaginas...

—La de tu novia, ¿cuál va a ser? —lo reprendo mirándolo sin llegar a entenderlo.

—Mónica y yo ya no estamos juntos —me contesta con la mirada fija en la carretera.

—Vaya, no lo sabía, pensaba que estabas con ella —musito incapaz de apartar la mirada de su rostro.

—Y yo, que sabías cuánto te quería. ¿Cómo pudiste creer a Lucía? —me suelta de repente, aparcando su coche en el arcén con brusquedad y poniendo los cuatro intermitentes.

—¿Y me lo preguntas tú? ¡Túuu! —le grito cabreada de pronto—. ¿Cómo pudiste pensar que yo te haría algo así? ¡¿Cómo, Roberto?! —le pregunto con dolor—. Y, aunque lo hubiera hecho, ¿por qué no te cuestionaste nada? No tienes ni idea de cómo fueron esos días en mi casa, ¡joder! ¡No tienes ni idea! —le digo saliendo furiosa del coche y cerrando de un portazo, a pesar del frío

tremendo que hace.

—¡Porque no podía pensar! —me grita a su vez saliendo tras de mí—. ¡Porque en mi vida he sufrido tanto como esos días! ¡Desapareciste, joder, y pensé que iba a volverme loco!

—Entonces ya sabes cómo me sentí yo —le digo mirando ese rostro cubierto de sombras—. Si no hubiera dado con Alice y Elsa, no sé qué hubiera sido de mi vida —añado a punto de echarme a llorar.

—En cambio, yo te saqué de la mía a la fuerza con otras mujeres, porque no podía soportar quererte tanto después de lo que me habías hecho y, aun así, nunca te olvidé. ¿Lo has hecho tú? —me demanda posando sus manos en mis brazos, acercándome a él y haciendo que mi cuerpo arda con ese simple gesto—. ¿Piensas realmente que nuestra historia es un cuento sin final feliz? —me plantea con el rostro tenso.

—No lo sé, Roberto; no te reconozco, tú has cambiado tanto... ¿por qué no quisiste escucharme? —le pregunto con dolor.

—Porque soy un estúpido —afirma uniendo su frente a la mía, tan cerca que su aliento es como una caricia—, porque verte fue como una puñalada y no pude reaccionar; me cegué y reviví cada momento desde que te fuiste y, aun así, no podía dejar de quererte y de desearte —murmura acariciando mi mejilla—. Me marcaste, Oli, y nadie, ni siquiera Mónica, ha podido nunca borrar esa marca, por eso la dejé la noche que nos besamos, porque no podía estar con ella cuando sólo deseaba estar contigo.

—Tú también me marcaste, Roberto, pero, al contrario que tú, yo nunca pude estar con otro hombre—le confieso mirando sus labios.

—Te estás distrayendo, Oli —susurra medio sonriendo—. ¿Nunca? ¿Con nadie? —musita con sus labios a escasos centímetros de los míos y sus manos ancladas en mi cintura, apretándome contra él.

—Con nadie —siseo con la respiración entrecortada, sintiendo cada parte de su cuerpo.

—Me gusta oír eso; no quiero que estés con nadie que no sea yo —susurra uniendo sus labios a los míos, encajando, como las figuritas que ambos regalamos a Sara—. Te quiero, enana, y no voy a dejar que te escapes otra vez —murmura sin separar sus labios de los míos.

—Nunca lo haría —musito besándolo como tantas veces soñé hacer—. Te quiero, más que a mi vida.

Y me entrego a ese beso temblando, ardiendo de deseo y amor, estrechándome contra su cuerpo y deseando fundirme en él.

Volcamos toda nuestra desesperación en el otro, gimiendo y tocando, reconociendo y conociendo, con ansia, con pasión y necesidad, bajo un cielo estrellado después de la tormenta, las mismas estrellas donde desde un principio estuvo escrita nuestra historia.

—Vámonos al hospital y termina cuanto antes; no veo el momento de tenerte desnuda debajo de mí —farfulla mordiendo dulcemente mi labio inferior, con su mano en mi espalda.

—Vámonos —murmuro mientras una deliciosa sensación recorre mi columna vertebral.

Capítulo 47

Subimos al coche y lo miro feliz, sin poder creerme que esté con él. Arranca y nos sumimos en la oscuridad de la carretera, mientras en la radio empieza a sonar *Better Place*,[14] de Rachel Platten, y sonrío escuchando la letra. Por fin en mi vida también brillan los colores y mi mundo está completo, porque él está conmigo.

Hablamos de todo y de nada, y nos tocamos a la mínima ocasión, como si necesitáramos comprobar que es cierto y que no es un sueño, y, antes de que pueda darme cuenta, estamos en el hospital de Jaca.

—Termina pronto, Oli —me pide cogiéndome por la cintura y besándome con posesión, anclándome a su cuerpo sin importarle quién pueda vernos y volcando en ese beso todos sus sentimientos, erizándome y emocionándome al mismo tiempo.

—Te lo prometo —susurro pegada a su cuerpo, incapaz de moverme un centímetro.

Y con reticencia, me alejo de él, de sus besos, de su mirada y de la persona a la que pertenece mi alma.

Tras cumplir con todo el protocolo, me reúno con él en la habitación de Celia y de la pequeña Olivia, que duerme plácidamente en su cuna.

—Hola —murmuro mirándolo mientras sonrío—. ¿Cómo estás, Celia? —le pregunto acercándome a la cama.

—Pues bien... ¿Qué me he perdido? —plantea mirándonos sorprendida, pues Roberto me tiene fuertemente cogida de su mano.

—Roberto era mi profesor de matemáticas —confieso sonriendo.

—¿Mi hermano es el profesor cañón?

—El mismo —afirmo riéndome.

—Anda que, si supieras lo feíllo que era de pequeño... —me dice riéndose.

—¿Feíllo? —le pregunta carcajeándose—. Perdona, pero en mi vida he sido feíllo, no como tú, que parecías un palillo. Además, ¿sabes que eres una acaparadora? ¿Nos das permiso para irnos de una vez? —le pregunta bromeando.

—¿Iros? ¿Adónde? —se burla Celia, guiñándonos un ojo y descojonándose.

—A resarcirnos durante horas —le contesta mostrándome una mirada más que significativa —. Nos vamos, hermanita, cuídate.

—Eso es lo que íbamos a hacer esa noche cuando volviéramos de la cena —murmuro con tristeza una vez fuera de la habitación, recordando cada detalle como si estuviera viviéndolo de nuevo.

—Lo sé —me dice abrazándome en mitad del pasillo—. Esa frase me ha perseguido durante años; pensaba que nunca más podría volver a decirla —susurra mirándome con dulzura—. No voy a dejar que te alejes de mí, ¿lo sabes, verdad?

—Yo tampoco voy a dejar que tú lo hagas —musito mirándolo con amor—. ¿Lo sabes, verdad? —añado medio sonriendo.

Y enlazando su mano con la mía, me saca del hospital en dirección a su coche. Conduce con seguridad y rapidez, ansioso por llegar cuanto antes y, en tiempo récord, estamos ascendiendo la pendiente que nos llevará al casco antiguo de Aínsa, a la casa de la enredadera, a su casa.

Salgo del vehículo en silencio. Cuántas veces he soñado con esta casa... y entonces suenan las campanas anunciando la hora y las miro deteniéndome, paralizada y con el vello erizado, envuelta en la oscuridad de la noche, con el viento agitando mi pelo y sintiéndola junto a mí.

—¿Qué pasa, Oli? ¿Por qué te detienes? —me pregunta Roberto desde la puerta.

Las campanas, la puerta abierta, su casa... él; he llegado al final del camino, por fin he llegado a mi destino y sé que nunca más volveré a soñar con ella.

—Adiós, Marcela —murmuro con un nudo en la garganta mirando al cielo—. Gracias.

Dicho esto, reanudo la marcha hacia él, que me espera en la puerta, y de su mano entro en la casa con la que tantas veces he soñado.

—¿Estás bien? —me pregunta encendiendo las luces.

—Sí —susurro pensando en Marcela y en cómo la echaré de menos.

—¿Sucede algo? ¿Estás cansada? —me demanda ayudándome a quitarme la chaqueta.

—No es eso, Roberto; ya te lo contaré, pero no esta noche, esta noche es nuestra —sentencio acariciando su rostro perfecto, que tanto amo y tanto he echado de menos.

Nos decimos mil cosas con la mirada, conectando de nuevo, y desbordados por nuestros sentimientos; nos besamos con dulzura, sin prisas, frenando nuestras ansias y saboreándonos, sabiendo que tenemos toda la noche y toda la vida por delante, y de la mano me lleva hasta su habitación.

Lo miro mientras enciende la chimenea; observo ese cuerpo perfecto, esos abdominales que me muero por tocar, esa cintura estrecha que sé que encaja tan bien entre mis caderas... y me acerco a él. Su mirada ardiente me excita y le tiendo una mano, que acepta, levantándose y quedando frente a mí mientras las llamas de la chimenea empiezan a caldear la estancia.

—Has cambiado, Oli; en estos años te has hecho mujer, y yo me lo he perdido —murmura con seriedad deslizando su mirada por mi cuerpo.

—Tú también lo has hecho, Roberto —susurro a mi vez, empapándome de él—, y yo también me lo he perdido.

—Llevo siete años soñando con esto —dice antes de besarme dulcemente y posar sus manos en mi cintura, amarrándome a él—, echándote tanto de menos que creía que me volvería loco, incapaz de olvidarte a pesar de todo... y ahora estás aquí, conmigo, y no puedo creerlo.

—Llevo siete años soñando con estar contigo de nuevo —susurro enredando mis manos en su pelo y correspondiendo a su dulce beso—, soñando con tus besos y con tu amor, y ahora estás aquí y tampoco puedo creerlo.

Con mimo y dulzura, nos deshacemos de la ropa, besándonos y acariciándonos al calor de las llamas, adorándonos, descubriendo y reconociendo, y, dejándonos caer sobre la alfombra delante de la chimenea, creamos nuestra propia burbuja de felicidad.

Sus labios recorren mi cuerpo, despertándolo a su paso después de tantos años adormecido; con ellos vuelvo a sentir el placer y la necesidad, y gimo suavemente cuando, con sus labios y sus dedos, me lleva a toda velocidad hasta la cresta de la ola, desde donde estallo en mil pedazos con un grito desgarrador.

Lo miro maravillada mientras, sin demora, se coloca un preservativo y, sentándome a

horcajadas sobre él y con la chimenea caldeando mi espalda, me encajo por completo, sintiéndolo llegar profundo.

—Nunca te muevas de aquí —murmura con voz ronca.

—Nunca —susurro besándolo dulcemente.

Nos miramos emocionados con nuestros cuerpos unidos formando uno solo y, hundiendo mis dedos en su pelo, apoyo la frente sobre la suya cerrando los ojos, sintiéndolo dentro de mí.

—Hasta el infinito, Oli...

—Y más allá...

Y empiezo a moverme lentamente, deseando alargar al máximo este momento tan íntimo, tan especial y tan ansiado por ambos, pero mi cuerpo me pide rapidez y comienzo a acelerar el ritmo, dejándome guiar por la necesidad. Sus manos en mi trasero se mueven conmigo; gemimos, jadeamos, nos sentimos de nuevo, dentro, fuera, dentro, fuera, más, más, más rápido... su boca apremiante atrapa la mía, ahogando mis gemidos con urgencia, con fuerza, y, haciéndome rodar, se coloca sobre mí, encajándose entre mis caderas, cubriendo mi cuerpo con el suyo e iniciando una marcha frenética que me lleva a lo más alto de la cumbre, desde donde nos tiramos en picado de la mano al llegar al más increíble de los orgasmos.

Siento el cuerpo flácido debajo del suyo y su respiración entrecortada en mi nuca, acariciándola, y sonrío feliz.

—Pensaba que no me acordaría de cómo hacerlo después de tantos años —bromeo.

—Me gusta saber que nunca has estado con nadie, que este maravilloso cuerpo sólo lo he disfrutado yo.

—En cambio, yo no puedo decir lo mismo de ti —recrimino con dulzura.

—Pero sí puedes decir que eres la única que ha ocupado mi corazón —me contesta dándome un dulce beso a la vez que sale de mi interior, para luego deshacerse del preservativo.

—Quien no se consuela es porque no quiere —le digo riéndome feliz y apoyándome sobre su pecho.

A pesar de que tenemos la cama a escasos centímetros, no nos movemos de la mullida alfombra, cubriendo nuestros cuerpos con una manta, sin querer separarnos un centímetro del otro.

—¿Te das cuenta de que pudimos habernos encontrado en Irlanda —murmura acariciándome la espalda— y todo hubiera cambiado?

—Sí —susurro—; no he dejado de pensarlo desde que me enteré de que eras Rob.

—Joder con Alice y con su costumbre de traducirme el nombre —se queja apretándome contra su cuerpo—. Estabas tan cerca de mí, y yo sin saberlo —me dice con seriedad—. Siento que pasaras por todo eso. ¿No has vuelto a saber nada de ellos?

—¿De mis padres? —le pregunto mirando fijamente las llamas de la chimenea.

—Sí.

—No, nunca. Renuncié a ellos el día que cogí el avión que me llevó a Irlanda y, cuando cumplí los dieciocho años, fui libre al fin. Llamé a mi padre por insistencia de Alice, pues pretendía que continuara mi formación allí, y mantuve una conversación más que desagradable con él. Ese día rompí todo contacto y hasta ahora. Nunca he vuelto a saber nada de ellos; no me interesa, ni como presidente ni como padre. Además, como apenas veo la televisión por mis horarios y mis estudios, lo tengo fácil.

—¿Entonces no sabes que se han separado?

—¿Quiénes? —me sorprendo, incorporándome y mirándolo fijamente.

—Tus padres —afirma con seguridad.

—¿De verdad? —planteo sorprendida—. La última vez que estuve en Madrid y vi a Juana, me contó que no estaban pasando por su mejor momento, pero no tenía ni idea.

—¿Te importa? —me pregunta pegándome de nuevo a su pecho y rodeándome con sus brazos.

—Ni lo más mínimo —murmuro sintiéndolo así realmente—. Roberto... ¿qué sucedió cuando te despidieron del colegio? —digo titubeante.

—Nada de lo que pretendían. No tenían suficientes pruebas, esa carta no probaba nada, tú no estabas y el asunto no llego a nada... pero, después de eso y gracias a tu padre, ningún colegio quiso contratarme, así que, después de vivir el más absoluto de los infiernos, hice las maletas y me fui a Irlanda con Alice; necesitaba un cambio, y allí fue donde decidí dejar de ser profesor y volver a casa.

»Empecé abriendo un pequeño hotel, a ése le siguieron otros más y, cuando el monasterio salió a subasta, pujé por él sin dudarlo, para luego volcarme en su restauración y en hacerlo funcionar, obligándome a olvidarte.

—Fui a verlo esta mañana —le confieso sin dejar de acariciarlo mientras percibo los latidos de su corazón—, es increíble.

—Como tú —murmura mirándome con ternura—. A pesar de que me odiaba por ello, cada habitación que restauraba la hacía pensando en ti y en si te gustaría. Como ves, fracasé estrepitosamente en mi intento de olvidarte, porque estás en cada una de las paredes de ese monasterio.

—Yo tampoco pude olvidarte nunca. Estudié hasta el agotamiento para poder aprobar las matemáticas... por ti, para que te sintieras orgulloso de mí, y más tarde me propuse aprobarlas con honores y así ha sido siempre, siempre intentando superarme y pensando qué dirías si algún día nos reencontrábamos.

—Eso es muy fácil, estoy tremendamente orgulloso de ti y de ver la mujer en la que te has convertido —murmura besando mi sien.

Durante unos minutos, nos mantenemos en silencio sin dejar de acariciarnos, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Oli, ¿qué te preocupaba cuando hemos llegado?

—Nada —murmuro sin atreverme a mirarlo.

—Mentirosa. A pesar de los años, todavía sé leer tu rostro, y estabas triste; además, me has dicho que me lo contarías. Confía en mí, por favor.

—Siempre me pides eso —le digo sonriendo, recordando nuestras discusiones.

—Y tú nunca lo has hecho —me regaña con seriedad—. Necesito que lo hagas, saber que, pase lo que pase, te digan lo que te digan, confiarás en mí siempre.

—¿Lo dices porque creí a Lucía?

—Sí —masculla entre dientes poniéndose tenso.

—Tú creíste a mis padres.

—Lo sé, y nunca volveré a cometer tal equivocación; por eso necesito saber que tú tampoco lo harás.

—Te prometo que confiaré en ti —le aseguro perdiéndome en sus ojos, que me miran con determinación—, pero, si quieres que te lo cuente, vas a tener que abrir mucho tu mente —murmuro.

—Tengo una mente muy abierta, eso no es problema: empieza.

Y entonces le narro la historia de Marcela y Juan, de cómo, a través de mis sueños, ella me mostró el camino hasta él. Le hablo de su tumba en Tella, del sendero de la montaña, de las ermitas y de cómo he sentido que se despedía de mí al llegar a su casa.

—¿Estás diciéndome que tu antepasada te ha contado su historia de amor en sueños? —me pregunta con el cuerpo en tensión.

—Sí, justo eso. Una historia de amor que ha ido paralela a la nuestra, además de mostrarme el camino que debía seguir.

—¡Joder!

—Te dije que tenías que tener la mente abierta.

—No, no me malinterpretes, es que... yo... también he soñado —me confiesa.

—¿Con ellos? —pregunto incorporándome y mirándolo atónita.

—No, contigo, unos días antes de verte. Soñaba todos los días contigo y con ese sendero del que me hablas; caminabas por él y, de repente, estabas delante de mi casa, pero yo no te veía.

—Estuve, Roberto —le aseguro con el corazón latiendo veloz dentro de mí—. Cuando llegué a Aínsa ayer, salía de comprar la hadita para Sara cuando oí las campanas, como en mi sueño, y corrí hacia ellas... y ahí estaba tu casa, la casa de la enredadera con la que tantas veces había soñado, y entonces abriste la puerta y apareciste. No me viste porque me escondí.

—¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé; supongo que quería ayudarnos, por eso a mí me mostró tu casa y a ti, mi llegada. Intentó unirnos de la única forma que podía hacerlo, mediante los sueños.

—¿Y por qué estabas triste cuando has llegado a mi casa?

—Porque he sentido que se despedía de mí. Supongo que, lo que tenía que hacer, ya está hecho, y no creo que vuelva a sentirla ni a soñar con ella.

—Da un poco de miedo, ¿no te parece? Que una antepasada tuya te cuente su vida y te muestre mi casa y este pueblo... Joder, hay que tener la mente más que abierta.

—Nunca me dio miedo, Roberto, ni ahora que sé quién es... al contrario —afirmo recostándome de nuevo sobre su pecho—. Ella no sólo me contó su historia, me hizo sentirme querida cuando más lo necesitaba y, a pesar de que durante unos años no soñé con ella, había momentos en que podía sentirla cerca. Además, saber que procedo de ellos, de una historia de amor tan intensa, hace que me sienta bien.

—¿Me llevarás allí? ¿A su tumba y a ese sendero? Necesito verlo.

—Claro, yo también quiero volver y llevarle flores. Además, hay otro sitio al que también quiero ir contigo —murmuro medio sonriendo—, un lugar al que prometí volver hace años.

—¿Adónde?

—A Irlanda, a los acantilados de Moher. Alice me llevó una vez y me gustaron tanto que, allí arriba, prometí que volvería contigo; dime que iremos, Roberto —le pido apoyando mi barbilla sobre su pecho.

—Siempre iré adonde tu vayas, nunca más voy a dejar que te separes de mí.

Nos miramos perdiéndonos en el otro y nos fundimos en un dulce beso que desata una explosión de sentimientos que alargamos durante toda la noche, deseosos de recuperar tanto tiempo perdido.

Capítulo 48

Despierto sola en la cama, cubierta con un nórdico. En el suelo, sobre la alfombra, donde anoche tanto nos quisimos, está la manta y, cubriéndome con ella, salgo de la habitación en su busca.

—¿Cómo pudiste? ¡Creía que éramos amigos, joder!

Me quedo paralizada en la puerta del salón. Roberto está hablando por teléfono de espaldas a mí y, aunque mi reacción inicial es darme la vuelta y regresar a la habitación, me quedo de piedra al oírlo.

—¡Lucía, coño! Pero ¿qué me estás contando? Fue a buscarme y tú le hiciste creer que estaba con otra mujer, que en realidad era mi hermana, y que mi sobrina era mi hija. ¿Por qué? —Guarda silencio mientras la escucha y le veo apretar los puños—. ¡¡¡Eso es algo que tenía que haber decidido yo, ¿no te parece?!!! —brama—. Oye, no pienso seguir discutiendo contigo, sólo voy a decírtelo una vez para que te quede claro: en mi vida soy yo quien decide quién está en ella y quién no, y tú ya no lo estás. ¡Vete al infierno!

Cuelga el teléfono con rabia, temblando por la ira, y me acerco lentamente a él.

—Lo siento, Roberto —murmuro apoyándome en su espalda y rodeando su cintura con mis brazos.

—Yo no —me dice dándose la vuelta y abrazándome—. Durante años necesité una explicación, saber por qué lo habías hecho, incluso verte a pesar de todo. Ella lo sabía, sabía cómo me sentía y, cuando pudo hacer que las cosas cambiaran entre nosotros, no lo hizo, además de mentirme descaradamente durante todo este tiempo. No quiero a alguien así en mi vida.

—¿Ella lo sabía? —pregunto con incredulidad.

—Sí, no podía más y, al final, se lo conté todo. ¿Por qué haces esa cara?

—Porque me hizo creer que no sabía nada —susurro recordando ese día tan doloroso para mí.

—¡Qué hija de puta! Lo sabía todo y, durante años, ha sabido cómo me sentía.

—Posiblemente lo sea, pero lo hizo porque te quería, siempre te quiso, aunque tú nunca lo vieras.

—Eso no le daba derecho a ocultarme algo así —masculla cabreado.

No quiero hablar más de ella y, acercando mis labios a los suyos, le doy un dulce beso, dejando que la manta caiga al suelo para quedar completamente desnuda entre sus brazos, y profundizo el beso enredando mi lengua con la suya.

Sus manos me anclan a su cuerpo y mueve las caderas clavándome su erección. Gimo suavemente.

—Estás empapada —murmura mientras desliza un dedo en mi húmedo interior—. ¡Joder! ¡Nunca quedaré saciado de ti! —susurra arrodillándose entre mis piernas y llevando su boca a mi sexo, que palpita de deseo.

Gimo y las abro más, sin pudor alguno, mientras con su boca inicia un recorrido por mi sexo, chupando, lamiendo y succionando con ansia, con sus manos en mis caderas, sujetándome con firmeza. Gimo de nuevo y, dejándome llevar, me muevo sobre sus labios y su lengua, explotando de placer mientras su boca absorbe hasta el último de mis pálpitos con avaricia.

Lo ayudo a incorporarse mirándolo con lujuria y, con decisión, le quito el pantalón. Tiene la mirada oscurecida y me pierdo en ella mientras, lentamente, le quito los slips, dejando libre su enorme erección, y me arrodillo hasta quedar frente a ella.

Meto su sexo en mi boca y, cubriendo mis dientes con los labios, empiezo a chupar, presionando y soltando al llegar a la punta, de arriba abajo, llenándome de él.

Mueve las caderas poseyéndome la boca, demandando más profundidad, y acelero el ritmo llevándolo al límite como él ha hecho conmigo, deseosa de que se corra en mi boca, pero, antes de llegar a hacerlo, me coge con ímpetu y, empotrándome contra la pared, me penetra con todas sus fuerzas por primera vez piel con piel; mirándome loco de deseo y besándome con rudeza, inicia una marcha frenética dentro y fuera de mí, haciéndome enloquecer con cada una de sus acometidas.

Su sexo, duro y suave como el terciopelo, se desliza en mi cálido interior, que lo acoge con ansia; sus besos, rudos y exigentes, mezclan el dolor con la pasión, y me aferro a su espalda clavándole las uñas y dejando mi marca en ella, tal y como él está haciendo conmigo. Tras una serie de potentes estocadas, me lleva al más increíble de los orgasmos, vaciándose en mi interior por primera vez.

Sólo cuando consigo recuperar la calma, y con él aún dentro de mí, pienso en lo que acabamos de hacer: sexo sin protección, genial... mierda.

—Roberto...

—Lo sé...

—¿Y si...?

—¿Te quedas embarazada? —me pregunta atrapando mi mirada con la suya.

—Sí —susurro muerta de miedo, pues siento que todavía no es el momento.

—¿Te importaría? —demanda con el rostro inexpresivo, ocultando sus sentimientos.

—¿Y a ti? —farfullo evitando responderle.

—No, no me importaría, pero para ti no ha llegado el momento, ¿verdad? —me plantea con seriedad.

—Ni para nosotros como pareja; apenas hace un día que estamos juntos de nuevo, sería una locura.

—No necesito sumar días para tener claro que te quiero y que deseo estar contigo —me responde con seriedad.

—Ni yo tampoco, Roberto, pero no es el momento.

—¿Entonces?

Y entonces lo sé... enroscada en sus caderas, con él aún dentro de mí y con su mirada abrasadora sobre la mía, veo lo que él ha visto antes que yo, que no necesitamos sumar días como pareja, porque los sumaremos igual, con bebé o sin él.

—Estás a tiempo de decidir —murmura buscando una respuesta en mi mirada.

—No tengo nada que decidir, te quiero y querré a nuestros hijos, siendo matrona o residente, sumando un día o sumando años —susurro antes de besarlo dulcemente.

—Yo también te quiero, más que a mi vida —me dice correspondiendo a mi beso.

Y entre besos, llegamos a la ducha, donde nos enjabonamos con mimo, volcándonos en el

otro y, cuando salgo, envuelta en la toalla, miro mi ropa esparcida por el suelo. «¿Y ahora qué me pongo?», pienso arrugando el ceño.

—Creo que tengo la solución a tus problemas —me dice sonriendo, vestido únicamente con sus vaqueros.

—¿Y cuáles se suponen que son mis problemas? —pregunto levantando una ceja y demorándome en ese cuerpo perfecto.

—Está claro, enana: eres chica y no sabes qué ponerte —contesta burlón, apoyado en el marco de la puerta sin dejar de sonreír.

—¡Qué gracioso! No es que no sepa, es que no tengo qué ponerme —mascullo recalcando mis palabras y cruzándome de brazos—. Podrías ir al hotel y traerme algo de ropa... por favor —le pido haciéndole un puchero, llegando hasta él y enroscando mis brazos en su cuello—, por favor.

—No veo para qué tengo que ir, cuando aquí hay ropa de sobra.

—¿La tuya? —le pregunto burlona.

—Ven conmigo —me propone sin contestarme, cogiéndome de la mano y sacándome del baño.

En silencio, llegamos a otra habitación alejada de la suya, compuesta por una cama y un armario empotrado. No sé qué hago aquí, pero me mantengo en silencio mientras veo cómo abre las puertas y posa su increíble mirada sobre mí.

Lo miro sin entender nada, fijando mi vista en la ropa que, cuidadosamente plegada y colgada, se encuentra en el interior del armario, y entonces algo hace clic en mis recuerdos: ese vestido, esa chaqueta, esas Converse, esos vaqueros... y me acerco titubeante hasta allí sin poder creerlo; ésa es mi ropa, la que hace años guardaba en su casa y que utilizaba cuando estaba con él.

—Miles de veces quise deshacerme de todo esto. Ponía las prendas en cajas, que cargaba en mi coche, pero, luego, nunca encontraba el momento de desprenderme de ellas: o me cargaba de trabajo inconscientemente, diciéndome que ya lo haría otro día, o fingía que lo había olvidado y, al final, siempre volvían a casa conmigo, hasta que un día acepté que, a pesar de todo, no quería deshacerme de tu ropa y la guardé de nuevo.

—Lo guardaste todo y, aun así, cuando me viste, no quisiste escucharme. ¿Por qué? —pregunto mirándolo fijamente sin poder entenderlo.

—Toda esta ropa formaba parte de mi pasado, como tú, y, aunque nunca te olvidé, tampoco podía olvidar lo que habías hecho. Te quería y te odiaba al mismo tiempo, además de detestarme a mí por quererte, así que la guardé en esta habitación y nunca volví a entrar en ella.

—Yo no lo hi... —lo recrimino con dureza llegando hasta él.

—Ya lo sé, Oli —me corta sin dejarme terminar—, pero yo lo creí —masculla con la misma dureza con la que yo le estoy hablando—, como tú creíste a Lucía. Oye —me propone cogiendo aire y pegándome a su cuerpo—: olvidémonos de lo que nos hicieron creer y de lo que creímos, eso ya no tiene importancia; estás aquí conmigo y es lo único que me interesa. Pruébatela, quiero verte con ella puesta otra vez.

—Me encantaban estos vaqueros —murmuro separándome de él y sacándolos con cuidado —. ¿Crees que todavía me valdrán? —le pregunto sonriendo y escarbando entre la ropa—. Pero si hasta está mi ropa interior —exclamo atónita al abrir un cajón y ver mis braguitas y mis sujetadores perfectamente doblados—... todo... lo guardaste todo.

—Y allí donde me mudaba, las cajas con tu ropa venían conmigo —me aclara mirándome

con ternura.

—Gracias por conservarlo —farfullo antes de darle un beso y empezar a vestirme—. Me viene un poco justa —añado ligeramente ruborizada ante su mirada descarada—, pero no está mal después de tantos años —concluyo girando sobre mí misma.

—No, no está nada mal. Sin embargo, a mí me gustas más desnuda —me dice con su sonrisa de canalla más auténtica—. Me gusta cómo te sientan estos pantalones, hace que tenga pensamientos sucios contigo.

—¿Cómo de sucios? —pregunto acercándome a él, provocándolo.

—Muy muy sucios —afirma dándome una palmada en el trasero y apretándome contra él y su erección.

—Humm... sucísimos —jadeo rozando sus labios—. ¿Quieres quitármelos? —murmuro excitada, refregándome contra él y mordiéndole el labio.

—No es que quiera, es que voy a hacerlo, pero no ahora.

—¿No?

—No, quiero ir allí —me dice con seriedad.

—¿A Tella?

—Sí. ¿Te importa que vayamos ahora? Me gustaría ir contigo antes de que te vayas.

—Me voy esta tarde —recuerdo con tristeza.

—Lo sé.

—¿Y qué haremos ahora? —pregunto atormentada.

—¿A qué te refieres?

—Roberto, vivimos a casi una hora de distancia y tengo un horario complicado, apenas podremos vernos.

—Mírame —me pide atrapando mi mirada con la suya—: ¿crees que voy a permitir que algo o alguien me aleje de ti? Oli, tengo hoteles repartidos por ambas comarcas; me da igual vivir en Aínsa o en Barbastro, porque, por mi trabajo, voy y vengo continuamente. Te lo dije ayer: adonde tú vayas, iré yo.

—¿Y esta casa?

—Para los fines de semana o para las vacaciones, pero siempre juntos.

—Siempre juntos —susurro besándolo y perdiéndome entre sus brazos.

De la mano y haciendo planes de futuro, llegamos hasta la luminosa cocina, donde desayunamos un café con leche. No tenemos hambre y estamos ansiosos por llegar a Tella cuanto antes, así que, después de pasar por mi hotel, donde me pongo unas botas más apropiadas para pasear por la montaña y cojo un anorak, una bufanda y un gorro de lana, vamos a la única floristería abierta que hay en Aínsa, donde compro un ramo de flores para Marcela, antes de iniciar el ascenso hacia Tella, mientras admiro el increíble paisaje que va quedando a nuestros pies.

La nieve cubriéndolo todo, como si de un manto inmaculado se tratara, resplandece con los rayos del sol sobre las increíbles montañas que, majestuosas, se alzan unas al lado de otras, compitiendo en altura entre ellas y consiguiendo que me sienta pequeña, tal y como me sentí en los acantilados de Moher en Irlanda, con la diferencia de que ahora no estoy sola; ahora estoy con él y me vuelvo para mirarlo, para cerciorarme de que es cierto, admirándolo en silencio... sus intensos ojos verdes, su nariz recta y sus labios, esos labios que con sólo mirarlos es suficiente para que mi cuerpo se tense y desee más.

—Oli, te estás distrayendo —me pica sonriendo con la mirada fija en la carretera.

—Estaba admirando el paisaje.

—¿Y te gusta lo que ves? —pregunta mirándome al fin y guiñándome un ojo.

—Me encanta, nunca me cansaré de mirarlo.

—En eso coincido contigo —sentencia cogiéndome de la mano—, porque yo tampoco me cansaré nunca de hacerlo.

Y sin soltarnos de la mano, llegamos a Tella. Roberto aparca en la entrada, tal y como hice yo ayer, y, de la mano, llegamos a la puerta del cementerio.

—Es aquí —murmuro abriendo la pequeña puerta de hierro y entrando seguida por él.

La nieve lo ha cubierto todo, exceptuando la cruz, que, brillante por los rayos del sol, se alza resistente al paso de los años y las inclemencias del tiempo, y nos acercamos a ella, juntos por fin.

Arrodillada y con cuidado, retiro la nieve que cubre la placa con su nombre y deposito sobre ella mis flores.

—Gracias, Marcela —susurro acariciando su nombre e, incorporándome, me acerco a él.

«Cómo ha cambiado mi vida desde que ayer estuve aquí; lo que era un imposible, hoy es una realidad», pienso cercando su cintura entre mis brazos mientras él rodea mis hombros entre los suyos frente a su tumba.

—Pensaba que aquí podría sentirla de nuevo, pero la conexión que manteníamos ha desaparecido —murmuro con tristeza.

—Provienes de ella; aunque no la sientas, siempre estará contigo.

—Nunca la olvidaré; ella nos unió y me mostró mis raíces —digo bajito para luego guardar un momento de silencio, en el que rezo una oración por ella.

De la mano, salimos del cementerio envueltos en la paz de este lugar sagrado, pasando por delante de la iglesia anexa al mismo, la iglesia de San Martín, e iniciamos el ascenso que nos llevará a la ruta de las ermitas, dejando Tella a nuestros pies.

—¿Era éste el sendero con el que soñaste? —quiero saber cuando estamos a punto de llegar a la primera ermita.

—Sí, pero no era sólo el sendero: eras tú caminando por él, como estás haciendo ahora, con ese águila sobrevolando tu cabeza —me confiesa con voz contenida, deteniéndose en mitad del mismo—. ¿Qué explicación lógica tiene todo esto, Olivia?

—Si buscas una explicación lógica, no puedo dártela, pero, si me preguntas cuál es la explicación ilógica, te diré que tus sueños te mostraron tu destino, como a mí el mío.

»Ella te reveló mi llegada en sueños, como a mí me mostró tu casa y tu pueblo, tan cerca del suyo, donde reposaban sus restos... y, al encontrarlos, te encontré a ti y mis raíces —le digo con convencimiento—. Este sendero simboliza el camino que debía recorrer hasta encontraros.

—¿Y el águila?

—Marcela, vigilando nuestros pasos, guiándonos y asegurándose de que llegábamos a nuestro destino.

—Joder, Oli, ¿no te parece que eso es echarle demasiada imaginación? —me plantea mirándome un poco sobrepasado.

—¿Después de soñar con la historia de amor de mis antepasados y ver tu casa en sueños? Es lo mínimo que se me ocurre después de todo eso. Ven —le pido tirando de él y llegando a la pequeña pradera, donde, sobre una colina y con los picos de las montañas a sus pies, se encuentra la primera ermita—, es ahí.

—¿Ésa es la ermita? —pregunta siguiéndome a través de la pradera cubierta de nieve—.

¡Qué pequeña!, creía que sería más grande.

—Las tres lo son —comento deteniéndome antes de iniciar el ascenso, observando el increíble paisaje que nos envuelve.

—Qué vistas más increíbles, parece que estemos solos en el mundo —murmura a mi espalda envolviendo mi cintura entre sus brazos y pegándome a su pecho.

—¿Nunca habías estado aquí? —me intereso, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Aunque te parezca increíble, nunca —susurra con sus labios a escasos milímetros de mi oreja, erizándome con ese leve contacto.

—Ha tenido que venir alguien de fuera para mostrártelo —le digo volviéndome y quedando frente a él.

—Cásate conmigo, Olivia —me pide de repente, sorprendiéndome—. Te quiero como nunca he querido a nadie; cásate conmigo y sé mi destino —murmura haciendo que mi mundo se detenga—. Permíteme acompañarte en el sendero de tu vida y acompáñame tú en el mío. Sé mi pareja, mi amiga y la madre de mis hijos. Crece junto a mí y sumemos años juntos.

Veo el águila volar en círculos sobre nuestras cabezas, como si esperara mi respuesta, y entonces siento el amor envolviéndonos con sus brazos protectores.

—¿Los sientes, Roberto? Están aquí —murmuro embargada por la emoción.

—Sí, y están esperando una respuesta, como yo; no nos hagas esperar más, Oli —susurra emocionándome.

—Quiero casarme contigo y ser tu destino, como tú eres el mío; quiero que caminemos juntos por el mismo sendero, acompañados por nuestros hijos, y crecer junto a ti —declaro llorando y luego uniendo mis labios a los suyos, rodeados de naturaleza, en una promesa nacida desde lo más profundo de nuestros corazones, mientras Juan y Marcela, abrazados en lo alto de la colina, junto a la ermita, nos observan llenos de amor... su descendiente, su sangre y su eternidad, porque, mientras nosotros vivamos, su amor será eterno.

Capítulo 49

Un año después

Despierto con el olor a café recién hecho y sonrío. Llevo un año viviendo con Roberto en esta preciosa casa y abro los ojos lentamente para pasar a observar cada detalle de esta habitación que con tanto mimo hemos decorado entre los dos, donde la calidez de la madera contrasta con el blanco de las paredes, y me arrebujo durante unos instantes entre las sábanas, disfrutando del momento.

Estamos a 2 de junio y dentro de unos meses nos daremos por fin el «sí, quiero». Ante mí tengo todo un día libre de obligaciones para disfrutar de mi casa, cuidar del jardín y preparar la receta de galletas que Maeve me ha mandado y, aunque me quedaría un rato más aquí, quiero verlo antes de que se marche a trabajar. Así que, con reticencia, abandono la comodidad de la cama y me dirijo al baño. Después de asearme me encamino a la cocina, donde lo encuentro sentado en la barra, hojeando el diario, y lo miro deslumbrada durante unos segundos.

Lleva un traje azul con una camisa blanca y deslizo la mirada por su cuerpo mientras los recuerdos de anoche regresan a mí, cuando sobre esa barra me hizo el amor apasionadamente.

—Oli, te estás distrayendo —dice con una media sonrisa sin dejar de leer el periódico.

—Estaba pensando en lo que me gusta esa barra —murmuro acercándome y sentándome a horcajadas sobre él.

—Y yo estaba pensando en cómo me gustas tú —replica apretándome contra su erección—. Tenía que haberte despertado antes —susurra antes de besarme y estimular cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—¿Y por qué no lo has hecho? —me quejo gimiendo suavemente.

—Porque quiero que descanses; trabajas demasiado y apenas duermes —comenta llevando sus manos a mis pechos por debajo de la camiseta.

—Hubiera preferido que me despertaras —musito desabrochando su corbata—. Vas demasiado vestido, demasiados impedimentos —añado entre jadeos.

—Debo irme, Oli, tengo una reunión. —Sus manos en mi trasero me mueven, frotándome sobre su erección.

—Hazlo entonces. —Me friego sobre ella, quitándole al fin la corbata y empezando a desabrochar los botones de su camisa.

—Me voy —murmura levantándose y sentándome sobre la barra.

—Te echaré de menos —susurro desabrochándole el pantalón y dejándolo caer al suelo sin parar de besarlo.

—Te llamaré luego —me dice con voz ronca, liberándome del pantalón de pijama.

—Estaré esperando —jadeo quitándole los *slips* y envolviendo mis piernas alrededor de su

cintura, besándolo con frenesí.

Y de una certera estocada, accede a mi interior con toda la enormidad de su sexo perdiéndose en el mío, arrastrándome a la locura más absoluta y llevándome al límite con cada una de sus embestidas... demasiadas sensaciones ahogándome, más fuerte, más rápido, más profundo, gimo, gime, nos besamos con rudeza exigiendo más del otro, deseando más, insaciables, sintiendo el placer recorrer nuestro cuerpo como si de una ola se tratase y, en su cresta, nos rompemos estallando en mil pedazos.

—Creía que te ibas —bromeo burlona con él aún dentro de mí, recuperando la respiración.

—¿Y quién ha dicho lo contrario, enana? —me contesta riendo mientras sale de mi interior —. Me voy ahora mismo.

Entre risas llegamos al baño, donde nos limpiamos. Llevamos una semana sin utilizar protección, decididos a tener un hijo y, si no me quedo embarazada, no será por no ponerle empeño al asunto.

—¿Vendrás tarde? —le planteo abotonando su camisa.

—Me temo que sí, y tú, ¿qué harás? —me demanda antes de darme un beso en la punta de la nariz.

—Voy a ejercer de perfecta amita de casa. Quiero poner algunas plantas en el jardín, podar otras y hacer galletas. ¿Qué te parece?

—Me parece que te echaré mucho de menos —murmura besándome—. Tengo que irme, cielo, ahora sí que llego tarde.

Lo acompaño a la puerta. Allí le doy un beso de despedida y, feliz, me dirijo al baño, donde, tras darme una ducha, me pongo mis vaqueros rasgados con una camiseta y mis Converse, me recojo el pelo en una trenza y, una vez lista, bajo a la cocina para preparar esas galletas que tanto me gustan y tanto me recuerdan a Alice y a su familia. En ese momento llaman a la puerta y, corriendo, la abro con una sonrisa radiante en el rostro.

—Hola, Olivia.

Durante unos segundos miro a mi madre sin poder moverme, con la sonrisa congelada en la cara, segura de que ese pelo tan cortito no lo lleva siguiendo ninguna moda.

—¿Me permites pasar? —pide permiso en voz baja.

Sin poder contestar, me hago a un lado. «¿Qué hace aquí?», me pregunto cerrando la puerta, demasiado impresionada como para poder reaccionar.

Mi casa tiene la entrada conectada con el salón y la cocina en un único espacio y, sin atreverme a mirarla, me dirijo a la cocina temblando por los nervios.

—¿Te apetece algo? —le pregunto por cortesía y por mantener las manos ocupadas en algún quehacer.

—No, gracias. Sólo quiero hablar contigo, si tú quieres, claro.

¡Vaya, mi madre dándome opción! En silencio, me siento en el sofá con ella a mi lado.

—Tienes una casa preciosa, Olivia.

—Gracias —contesto sin saber cómo sentirme con ella. La última vez que la vi iba a coger un avión con destino a Irlanda y entonces, de repente, el dolor regresa con fuerza, desde el rincón de mi alma donde yacía dormido, como una fuerte puñalada—. ¿Qué haces aquí? ¿Y qué quieres? —suelto con frialdad, sintiendo sus garras envolviendo mi corazón como hace tantos años.

—Quiero tu perdón —murmura bajando la mirada.

—¿Ahora? ¿Por qué? ¿Porque estás enferma? —le espeto con una dureza que no sabía que

existía en mí.

—Ya no estoy enferma; lo estuve, pero por suerte la vida me dio otra oportunidad y necesito aprovecharla.

—¿Y qué pinto yo ahí?

—Eres mi hija, Olivia.

—¿Ahora soy tu hija? ¿Te das cuenta de que tienes una hija después de veinticuatro años? Un poco tarde, ¿no te parece, madre? —La ira bulle dentro de mí y ni puedo ni quiero frenarla, deseosa de dañarla en lo más profundo, como ella hizo conmigo durante tantos años.

—Nunca lo es cuando se quiere rectificar. Olivia, no sé si algún día podré obtener tu perdón, pero al menos me gustaría que me escucharas. Luego prometo desaparecer de tu vida si así lo deseas.

—No tengo nada que escuchar —escupo llena de rencor yendo hacia la enorme puerta cristalera que da acceso al jardín— . Después de lo que hicisteis, ¿cómo te atreves a venir a mi casa? —En ese instante recuerdo la reacción que Roberto tuvo conmigo cuando nos reencontramos. ¡Joder! ¿Qué broma del destino es ésta? ¿Se supone que ahora debo escucharla porque Roberto no quiso escucharme a mí?

—Por favor, Olivia, diez minutos, sólo te pido diez minutos de tu vida.

—Tú nunca me los diste —farfullo sintiendo el rencor subiendo por mi garganta, amargo como la bilis.

—Lo sé y no sabes cómo lo siento.

—Tienes diez minutos, ni uno más. Empieza —mascullo con rabia sin mirarla.

—Tu padre no te quiere —me dice suavemente.

—Dime algo que no sepa —murmuro entre dientes.

Y a pesar del tiempo pasado y de que yo misma lo sé, me duele oírlo de su boca.

—Lo que no sabes es por qué.

—Sorpréndeme, madre —declaro con ironía haciéndole frente.

—No te quiere porque le recuerdas su incapacidad y mi traición.

—¿Cómo?

—Tú no eres su hija, él es estéril, pero eso es algo que nunca me importó. Lo quería y acepté que con él nunca tendría hijos biológicos.

»Cuando llevábamos unos dos años casados, conocí a Marcos, un cliente que me deslumbró y, a pesar de que amaba a Alfredo y me resistí todo lo que pude, al final sucumbí a sus muchos encantos. Él tenía mucha labia, además de un físico impresionante, y obtuvo lo que había querido desde el primer momento, a mí —me confiesa mirándome expectante por mi reacción—. Tuvimos una aventura que dio sus frutos... tú.

»Estaba asustada y se lo conté a tus abuelos. Era joven y no sabía qué hacer, temía la reacción de Alfredo, temía perderlo, y le pedí a tu abuela que me acompañara a alguna clínica a abortar, pero entonces no era tan sencillo como lo es ahora; además, ella se opuso en redondo, al igual que tu abuelo, y me obligaron a confesárselo.

»Ese día y los siguientes fueron horrorosos para ambos. Me disculpé, lloré y le hice miles de promesas; estaba desesperada y él, furioso conmigo, y durante días no me dirigió la palabra.

—Supongo que es lo normal cuando tu pareja se queda embarazada de otro hombre —la recrimino con dureza.

—Supongo que sí —balbucea rehuyendo mi mirada—. La situación era insostenible y, cuando pensaba que iba a dejarme, me sorprendió al aceptar a mi bebé como suyo, con una única

condición: lo criarían mis padres.

»Ese día tenía que haberlo dejado —reconoce con los ojos anegados en llanto—. Ahora lo sé, pero entonces estaba cegada, además de quererlo con todas mis fuerzas.

—¿Lo querías y te liaste con otro? Una forma curiosa de querer la tuya, pero no sé de qué me extraño contigo —murmuro mirándola con odio.

—Esa aventura fue una forma de llamar su atención; él estaba centrando en su carrera política y yo me sentía muy sola —me revela con tristeza.

—Y aceptaste —susurro con dolor, mirándola fijamente.

—Sí, lo hice y renuncié a ti cuando aún no eras ni un minúsculo granito dentro de mí. Y ese día empezó la mentira que fue nuestra vida... durante los nueve meses que duró mi embarazo, fingimos ser los ilusionados padres primerizos de cara al exterior, pero dentro de casa... bueno, eso ya lo sabes.

—Sí, madre, he tenido la gran suerte de vivirlo en primera persona —censuro con dureza.

—Me obligué a no sentir nada por ti —prosigue secándose las lágrimas—, a no emocionarme cuando te moviste por primera vez dentro de mí y a no llevar la mano a mi tripa cuando me dabas pataditas. El día que naciste y te pusieron en mis brazos, me obligué a no quererte ni a enternecerme con esa carita tan perfecta que me miraba llena de amor y me volqué en él, en el hombre que me tenía absorbida por completo.

»Por eso te criaron tus abuelos. Ellos lo sabían todo y nunca me perdonaron que renunciara a mi hija, como yo no puedo perdonármelo ahora. Lo siento, Olivia; sé que es tarde, pero quiero que sepas que me arrepiento de la decisión que tomé ese día y, sobre todo, de haberla mantenido durante tantos años.

La miro horrorizada. Yo, que ahora estoy buscando quedarme embarazada y quiero a Roberto más que a mi vida, ¿renunciaría a mi bebé por él? Jamás, a pesar de quererlo como lo quiero.

—Nunca me quisiste... —murmuro rota de dolor—. No mereces que te mire a la cara. ¿Cómo pudiste aceptar que un hombre te obligara a renunciar a tu hija? Y esa noche, mientras él me golpeaba, ¿cómo pudiste aceptarlo? ¿Cómo pudiste aceptar todo lo que vino después? ¡Lárgate de mi casa y no vuelvas nunca! —le grito con la furia y el dolor entremezclados.

—Sé que te he dicho que aceptaría tu decisión —me dice entre lloros—, pero no puedo. ¡No voy a renunciar de nuevo a ti, hija!

—¡No me llames hija! —chillo enloquecida—. ¡Tú no eres mi madre! ¡Nunca lo fuiste y no tienes ningún derecho a esperar nada!

—¡Olivia, por favor! —me ruega llorando y acercándose a mí—. ¡Estás equivocada! ¡Siempre te quise! Aunque guardé ese sentimiento en lo más profundo de mi alma por él. Sólo cuando te fuiste a Irland...

—¡No me fui! —le espeto fuera de mí—. ¡Vosotros os deshicisteis de mí! No cambies las cosas ahora, madre, ¡yo no elegí ir a Irlanda!

—Lo siento, tienes razón... Cuando nosotros te obligamos a ir y él llegó a la presidencia del Gobierno, empecé a abrir los ojos y a percatarme de la clase de persona que era, pero ya era tarde... mis padres habían muerto, tú no estabas y entonces me di cuenta de lo sola que estaba.

—Así me sentí yo durante años gracias a vosotros —le reprocho con dureza.

—Lo sé, y no tengo vida suficiente para purgar mi culpa.

—¿Y qué pintaba Roberto en todo este asunto? ¿Por qué escribisteis esa carta y terminasteis con su carrera?

—Yo no quería hacerlo, per...

—Claro, seguro que no querías —murmuro con desprecio.

—Créeme hija, yo n...

—No me llames hija —mascullo entre dientes apretando los puños.

—Olivia, me creas o no, nunca quise nada de todo eso, pero Alfredo se cebó con tu novio. Él te odiaba y nunca tenía suficiente, quería hacerte daño haciéndoselo a él y lo consiguió, como todo lo que se propone —susurra tan bajito que apenas puedo oírla —. Empecé a alejarme de él, creando una barrera entre los dos, y el resentimiento creció con fuerza con los años y con él, mi enfermedad.

»Dicen que no es posible, pero yo estoy segura de que el dolor y los sentimientos negativos dañan nuestro cuerpo, enfermándolo, y yo tenía demasiado de ellos dentro de mí.

»Lo dejé cuando enfermé y cambié mi vida por completo. Juana estuvo conmigo todo el tiempo. Ella fue la única persona que se mantuvo a mi lado cuando todos nuestros amigos me dieron la espalda, dejándome sola.

—No puedo decir que lo sienta, yo he estado sola muchos años.

—No es cierto: tú tenías a tus abuelos para quererte y cuidarte y, aunque no quieras creerme, para mí era un consuelo que estuvieras con ellos, porque sabía que te harían feliz.

—¡Vete a la mierda! —bramo con dolor—. Por supuesto que los tenía a ellos, pero me faltaba lo más esencial en la vida, unos padres que me quisieran, que me arroparan por la noche, que me dieran un beso y me dijeran que me querían, y eso nunca lo tuve.

—Lo siento, Olivia. Pagaste por mi error sin tener culpa alguna.

—Ya te he escuchado —digo mirándola con la misma altivez con la que tantos años estuvo mirándome ella a mí—. Vete de mi casa; ni quiero ni puedo perdonarte, como tampoco quiero volver a verte ni saber nada de ti. Perdiste a tu hija el día que renunciaste a ella, no quieras recuperarla ahora.

—Renuncié a ti, ¡sí!, pero siempre te seguí la pista... primero en Irlanda, luego cuando volviste a Madrid y más tarde cuando te instalaste con esa familia valenciana. Siempre seguí tus pasos, porque necesitaba saber que estabas bien. Sé que fuiste la que saco la mejor nota en el EIR, y fui feliz cuando supe que estabas de nuevo con Roberto. Nunca renuncié del todo a ti, porque, aunque te duela y no quieras oírlo, eres mi hija y te quiero.

—¡No digas eso! ¿Me oyes? ¡¡¡No lo digas ahora, después de veinticuatro años!!! —vocifero fuera de mí, cogiéndola del brazo y arrastrándola hasta la puerta, que cierro en toda su cara.

Me desplomo y me arrodillo en el suelo, rota de dolor y de rabia; luego, temblando, me dirijo a la cocina en busca del teléfono entre amargos sollozos. Necesito hablar con Roberto y, sin dejar de llorar, marco su número: un tono, dos, tres...

—Oli, estoy reunido, luego te llamo.

Lloro aferrada al teléfono, lágrimas amargas por mi vida y por mi pasado, incapaz de articular palabra.

—¿¡¡Olivia!!? ¿Qué pasa? Lo siento, tengo que irme —se despide de alguien—. Olivia, háblame, por favor. Dime que estás bien. ¿Estás en casa, cielo? ¡Contéstame! ¿Estás en casa? —me pregunta desesperado.

—Sí —respondo como puedo.

—¿Alguien te ha hecho algo? ¿Ha pasado algo? —me pregunta mientras conecta el manos libres del coche.

—Ha venido mi madre —farfullo entre lloros.

—¿Tu madre? ¡Joder! Tranquila, cariño, ahora voy.

—No corras, por favor —susurro entre sollozos, temiendo que pueda sucederle algo.

—No te preocupes —masculla con voz contenida cortando la llamada.

Me quedo en el sofá mirando al vacío sin dejar de llorar y analizando cada una de sus palabras. Renunció a mí por amor a un hombre... ¿qué clase de madre puede hacer eso?

Antes de que pueda darme cuenta, Roberto está entrando por la puerta como un vendaval y envolviéndome entre sus brazos, donde me rompo de nuevo.

No sé durante cuánto tiempo permanezco abrazada a él, pero finalmente consigo tranquilizarme y se lo cuento todo.

—¿Y ahora? —me pregunta acariciando mi pelo.

—Ahora nada.

—¿Segura?

—¿Por qué me preguntas eso? —demando mirándolo con incredulidad.

—Olivia, aunque tarde, te está ofreciendo lo que tanto has necesitado durante toda tu vida.

—¿Crees que puedo perdonarle lo que me hizo? ¿Lo que nos hizo a los dos? Roberto, a diario atiendo partos y veo a los padres emocionarse con su bebé, llorar cuando lo cogen por primera vez y le ven la carita... y, a mí, ni siquiera entonces me quisieron. Él me odió desde el primer momento y ella renunció a mí cuando era un ser minúsculo formándome en su interior. ¿Cómo pretendes que olvide eso? —le pregunto llorando desconsolada—. ¿Sabes lo que es no sentirse querido? No, no lo sabes —murmuro destrozada—, no puedes saberlo.

—Lo siento, cielo —dice apretándome contra su cuerpo y tranquilizándome con sus besos—. ¿Sabes qué?

—¿Qué? —pregunto secándome las lágrimas.

—Que hoy voy a tomarme el día libre; vamos a hacer esas galletas que tanto te gustan entre los dos —me propone levantándose y quitándose la chaqueta y la corbata, para luego arremangarse.

—¿Qué dices? Tranquilo, ya estoy mejor. Vete, en serio, no tendría que haberte llamado, ha sido un momento tonto —me excuso levantándome yo también, un poco avergonzada por mi reacción desmesurada después de tantos años.

—¡Ehhh... para, para! —susurra acunando mi cara entre sus manos—. ¿Qué es eso de que no tendrías que haberme llamado? Escúchame, Oli: quiero que lo hagas; cuando ocurra algo como lo de hoy, quiero que me llames, ¿está claro? Y ahora tú y yo vamos a hacer esas galletas. Venga, límpiate la cara, que te espero en la cocina.

Sin darme opción, lo veo dirigirse con decisión a la despensa y empezar a sacar los ingredientes de la receta que está sobre la encimera.

En el baño, me lavo la cara respirando profundamente y pensando en las palabras de Roberto... «Te está ofreciendo lo que tanto has necesitado.» «¿Lo necesito ahora?», me interrogo apretando los puños y mirando mi reflejo en el espejo, viéndola a ella en mí...

—No, no lo necesito —me digo convenciéndome y saliendo del baño en dirección a la cocina.

Hacemos las galletas entre ambos, sin volver a nombrar a mi madre. Roberto me habla de su trabajo y yo lo escucho sin intervenir demasiado y, cuando terminamos y una vez horneadas, me lleva a comer a uno de nuestros restaurantes favoritos con el fin de animarme un poco, aunque me temo que hoy nada pueda hacerlo.

Los siguientes días los paso fingiendo que no ocurre nada y obligándome a no pensar más en

ella, pero la realidad es que mi cabeza se empeña en llevarme la contraria continuamente.

—Hoy ha venido tu madre a verme —me anuncia Roberto mientras estamos en la cocina preparando la cena.

Me quedo clavada en el suelo, reaccionando a cámara lenta, con el corazón latiendo frenético dentro de mí.

—¿Cómo sabía en qué hotel estabas? —pregunto con un hilo de voz, apartando la cena del fuego.

—No lo sé, el caso es que he hablado con ella.

—¿Por qué? —murmuro sintiéndome traicionada.

—Porque ya cometí una vez el error de no escuchar lo que alguien tenía que decirme y no voy a hacerlo de nuevo —me explica apoyándose en la barra.

—Muy bien, haz lo creas, pero no me lo cuentes; no me interesa nada de lo que te haya dicho —le digo, engañándolo.

—¿De verdad? Mentirosa —replica con dulzura.

—¿Mentirosa? ¡Y una mierda! Por mil años que viva, no olvidaré lo que me hicieron. ¡¡¡No!!! ¡¡¡Rectifico: lo que *nos* hicieron!!! ¿Acaso tú lo has hecho? —le espeto llena de rencor.

—No, nunca olvidaré lo que hicieron, pero la mujer que tenía frente a mí no tenía nada que ver con la que vi esa noche en el restaurante.

—Te he dicho que no me interesa —mascullo enfadada, volviendo a poner la sartén en el fuego.

—Entonces, si no te interesa, ¿por qué llevas una semana ausente? Deja de mentirte, Olivia. Es tu madre; aunque haya sido una madre pésima, tú siempre la has querido y la has echado de menos.

—Ahora tengo a la tuya y a Paqui, con ellas me basta y me sobra —murmuro con cabezonería, removiendo la cena.

—Ellas nunca podrán cubrir tus carencias y lo sabes. Mira, Oli, no vamos a hablar de ella si no quieres, pero tendrás que vivir con la decisión que tomes el resto de tu vida, como hizo ella. En tu mano está darle la espalda y renunciar a lo que siempre has querido... o perdonarla y conocer a esa madre que siempre has echado de menos.

—¿Me estás diciendo que lo olvide todo y me siente a cenar con ella como si no hubiera pasado nada?

—No, nunca te diría lo que tienes que hacer. Sólo te pido que seas sincera contigo misma y actúes en consecuencia.

—Lo estoy haciendo, Roberto. No quiero saber nada de ella, ya te dije que renuncié a ellos el día que cogí el avión que me llevó a Irlanda, fin de la conversación.

—Como quieras. ¿Cenamos? —me pregunta armándose de paciencia.

—Cenamos.

Los siguientes días me esfuerzo por olvidarme de todo el asunto de mi madre volcándome en Roberto, en su familia que es la mía, en mi trabajo y en mis compañeras, que empiezan a ser mis amigas. Por suerte no vuelvo a saber nada de ella y mi vida recupera poco a poco la normalidad.

Estoy en el hospital. Hoy está siendo relativamente tranquilo y, aprovechando un pequeño descanso que tengo, me dirijo a una máquina expendedora a comprarme uno de esos sándwich de jamón y queso calientes que saben a todo menos a sándwich, pero tengo hambre y menos da una

piedra, cuando al darme la vuelta la veo pasar por detrás de mí sin percatarse de mi presencia. ¿Qué hace aquí? La curiosidad me puede y la sigo hasta llegar al edificio de oncología. «¿Irá a hacerse una revisión?», me pregunto sin dejar de seguirla hasta llegar a una doble puerta por la que entra. Esto no es una consulta y, además, ¿a mí que me importa? Me doy media vuelta e inicio mi regreso al edificio de maternidad cuando, a medio camino y maldiciéndome, retrocedo hasta llegar de nuevo frente a la doble puerta. ¡Mierda, mierda, mierda de curiosidad! Entro escabulléndome entre las mujeres que poco a poco van llenando la sala y se sientan hasta quedar en silencio. ¡Joder! ¿Cómo salgo de aquí ahora sin que me vea? En ese instante empieza a hablar.

—Buenas tardes, chicas. ¿Qué tal hoy? Veo que hay algunas caras nuevas; bienvenidas. Hoy quiero hablaros del...

«¿Perdónnn? —pienso saliendo de mi escondite y quedando totalmente visible—. ¿De qué habla? ¿Está dando charlas en mi hospital?

—... cáncer. Sólo quieres escuchar que no está en un estadio avanzado y que vas a curarte. Sientes pena, miedo, rabia... y te planteas las dos grandes preguntas: ¿por qué yo? y ¿voy a morir? —Guarda un momento de silencio y prosigue—. Y, ¿sabéis qué?, no tiene por qué ser así, y la actitud con la que afrontéis esta enfermedad será clave en todo el proceso de recuperación. No os estoy diciendo que no lloréis; hacedlo, llorad cuando lo necesitéis, enfadaos y maldecid si así os sentís mejor, estad solas o rodeadas de gente, pero luego secaos las lágrimas y seguid hacia delante, diciéndoos que sois fuertes y que podréis superarlo.

»Si algo tengo que agradecerle a esta enfermedad es que, a partir de mi diagnóstico, cambié por completo; fue como si diera un frenazo en mi vida y de repente viera lo que me estaba perdiendo, empezando a valorar las pequeñas y las grandes cosas, dando las gracias por cada día que abría los ojos. —Entonces se percata de mi presencia; no puedo moverme y le sostengo la mirada sin reconocer a la mujer que con tanta dulzura habla a estas mujeres. ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está su altivez, su frialdad y su orgullo?—. Sé que es duro, sobre todo al principio, que las sesiones de quimio os dejarán hechas polvo y...

No quiero oír más y salgo de la sala con un nudo en la garganta, triste por ella y por todas las mujeres que llenan la sala, porque, aunque sé que esta enfermedad no tiene por qué ser el fin, a veces, y por desgracia, sí lo es.

Llego al edificio de maternidad y me dirijo a paritorios, pero no puedo quitármela de la cabeza y, cuando termino mi turno, me dirijo a las oficinas del hospital, donde trabaja Noelia, una chica muy maja con la que me llevo muy bien.

—¡Hola, Noe! ¿Qué tal? —le pregunto entrando en su pequeño despacho.

—Pues aquí estamos; dime, guapetona —me dice sonriendo.

—Oye, quería hacerte una pregunta: ¿quién da las charlas en oncología?

—Los propios médicos o algunos pacientes que han superado un cáncer. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que esta tarde la ha dado una mujer que me suena de algo, pero no caigo —miento descaradamente.

—Debes referirte a Mercedes; colabora con el hospital desde hace un par de meses.

«¿Un par de meses? Pero ¿cuánto tiempo lleva en Barbastro?», alucino sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas? ¿La conoces? Es un amor, siempre está lista para colaborar en lo que sea.

¿Mi madre es un amor? Anda que... ¡lo que hay que oír!

—No, no sé quién es. La habré confundido. Gracias, Noelia —murmuro sin entender nada

mientras me dirijo a la puerta—. ¿Viene todas las semanas o es esporádico? —insisto volviéndome antes de salir.

—Los martes y los jueves, a las cinco. Yo fui a una por curiosidad y tengo que decirte que, cuando salí de allí, me sentí mejor. Mercedes es de esa clase de persona que transmite paz y sabe escuchar.

La miro con los ojos desorbitados. ¿Que transmite paz y sabe escuchar? ¿Estamos hablando de la misma Mercedes?

—Olivia, ¿puede saberse por qué haces esa cara? ¡Y cierra la boca, que te entrarán moscas! —me dice bromeando ante mi cara de asombro.

—Tengo que irme. Gracias, Noe.

Salgo de su despacho completamente descolocada. Si lleva un par de meses dando charlas en Barbastro, ¿cuánto tiempo llevará viviendo aquí?

Llego a casa sin poder quitármela de la cabeza y me dirijo al sofá como una autómata. Estoy cansada y me duele la cabeza, así que me acuesto y cierro los ojos, intentando conciliar el sueño y olvidarme de ella de una vez, pero no puedo hacerlo, realmente ha cambiado tanto que... «¿estoy haciendo lo correcto?», me pregunto cogiendo mi móvil para llamar a Juana. Un tono, dos...

—¿Señorita Olivia? ¡Qué alegría! —me saluda con afecto.

—¿Qué tal estás, Juana? —le pregunto, feliz de oírla de nuevo.

—Muy bien, señorita. ¿Y usted?

—Muy bien también. Necesito hablar contigo, ¿tienes un momento?

—Para usted, todos los que necesite. ¿Qué le ocurre?

—¿Sabes quién vino a visitarme hace unos días y está viviendo en Barbastro?

—Su señora madre.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto, señorita.

—No sé por qué me parece que tú sabes mucho de todo esto. Empieza a contarme, ¿quieres?

—Su madre ha cambiado mucho en estos últimos años, señorita. Cuando le diagnosticaron su enfermedad, dejó a su padre y dio un cambio radical a su vida. Le digo yo que su madre no es la misma. Usted no sabe cómo ha llorado la pobrecita, se le juntó todo: su enfermedad, verse sola y, sobre todo, darse cuenta de que había perdido a su hija. Yo estuve con ella todo el tiempo, apoyándola en lo que podía, y le aseguro que fueron meses muy duros, pero por suerte salió adelante, por usted.

—Por mí, no, por ella —sentencio con dureza.

—No, señorita, yo creo que hubo un momento en que hubiera preferido morir, pero pensar en usted y en recuperarla le dio las fuerzas que necesitaba para salir adelante.

—Vino a verme —le digo intentando sonar indiferente.

—Ya lo sé, me llamó para contármelo.

—Y está dando charlas en el mismo hospital donde yo trabajo.

—Bueno, pero eso ya lo hacía al final de su enfermedad aquí en Madrid. Descubrió que se sentía bien compartiendo su experiencia y ayudando a los demás, y no ha dejado de hacerlo. Hágame caso, señorita, su madre no es la misma; si le da una oportunidad, descubrirá la clase de mujer que es y se sorprenderá tanto como lo hice yo.

—¿Y olvidarme de todo, Juana? —me quejo dolida.

—¿Y de qué sirve vivir con rencor si con él nos negamos la felicidad? Señorita, ¿cuántas

veces echó de menos a su madre? Contésteme —me pide con dulzura.

—Muchas.

—Bueno, pues ahora tiene la oportunidad de tenerla con usted; piénselo.

—Juana, no quiero pensar nada y no es que sea obtusa, es que ya es tarde.

—Nunca es tarde, señorita, si la dicha es buena.

—Para nosotras, sí —susurro mientras dos enormes lagrimones se deslizan por mi mejilla.

—Entonces, ¿por qué llora, mi niña? La conozco y, aunque intente disimular conmigo, sé que está llorando.

—No digas bobadas, Juana, no lo estoy haciendo —miento secando mis lágrimas—. ¿Ya tienes el vestido para la boda? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—Por supuesto, señorita. Estoy ansiosa por verla vestida de novia.

Sonrío imaginando el momento y durante un instante me olvido de mi madre.

—Y yo. Aunque vivamos juntos, para mí es importante dar este paso.

—Por supuesto que sí, y yo que lo vea. Hágame caso, señorita. Usted quería mucho a su abuela, ¿verdad? Pues su madre es como ella, sólo que durante muchos años olvidó quién era y cambió demasiado por él, pero...

—Juana, para, no me interesa —miento otra vez, sin demasiada convicción.

—¡Pues debería! Pero ¿quién soy yo para meterme? Sólo el Altísimo será quien provea, en sus manos estamos todos.

—¡Adiós, Juana! Te quiero —me despido sonriendo.

—Adiós, mi niña.

Cuelgo y me acuesto de nuevo, esta vez en posición fetal, abrazada a los cojines y pensando en sus palabras. ¿Qué hago? ¿Lo olvido todo y conozco a esta madre que nunca lo fue para mí o continúo con mi vida como hasta ahora? Con la duda instalada en mi alma, me abandono a mis sueños.

El miércoles lo paso pensando en mi madre y en las palabras de Juana y, tras hablarlo con Roberto, por fin tomo una decisión.

Es jueves y estoy en el edificio de oncología esperando a que termine su charla. Estoy tranquila, como siempre después de decidir algo importante, y veo cómo, tras abrirse las puertas de la sala, las asistentes van abandonándola una tras otra hasta que finalmente sale ella y me ve.

Estoy apoyada en la pared de enfrente, con los brazos cruzados y la mirada resuelta, sabiendo que voy a hacer lo correcto, y veo cómo, titubeante, llega hasta mí.

—Hola, Olivia —me saluda con cautela.

—Hola, Mercedes. —Veo confusión en su mirada y prosigo—. Lo siento, no puedo llamarte mamá porque no lo siento así; han sucedido demasiadas cosas entre nosotras y no puedo olvidarlas, pero tampoco quiero negarme la oportunidad de conocerte ni quiero forzar las cosas entre nosotras, así que he pensado que podríamos tomarnos un café de vez en cuando y conocernos. ¿Te parece bien?

Su mirada azul como un día de verano, vidriosa ahora por las lágrimas que pugnan por salir, y su gesto contenido me emocionan, pero me freno y consigo mantener las distancias.

—¿Podemos tomarnos ese café ahora? —me propone con dulzura.

—Claro, vamos —murmuro intentando sonar indiferente.

Durante el camino a la cafetería del hospital me siento incómoda; no sé de qué hablar con ella y me mantengo en silencio. Por suerte y alivio mío, es Mercedes la que, contándome su experiencia como colaboradora del hospital, consigue que poco a poco me relaje y, sin darme

cuenta, un café lleva a otro y durante más de una hora hablo con esta mujer que durante tantos años fue mi madre sin serlo, disfrutando por primera vez de su compañía.

Y así, sin prisas y sin presiones, creo un nuevo vínculo con ella, con Mercedes, mi madre, una mujer que dejó que el amor que sentía por un hombre guiara su vida, renunciando a lo más esencial, su hija y su yo, algo que, poco a poco, con paciencia y con tesón, va recuperando, acortando la distancia entre ambas, porque, después de un tiempo, los cafés ocasionales han dado paso a una llamada diaria, en la que nos contamos nuestro día y ocasionalmente hablamos de mi boda, aún sin estar invitada.

Y hoy, a unas semanas para la ceremonia, Roberto y yo la hemos invitado a cenar en nuestra casa por primera vez.

—¿Ya estás, cielo? —me pregunta entrando en el baño, donde estoy terminando de vestirme.

—Sí —contesto dándome la vuelta y maravillándome de que este hombre vaya a convertirse en mi marido dentro de poco.

—Eso que tienes en el horno huele que alimenta.

—Ni se te ocurra meterle mano —murmuro colgándome de su cuello y besándolo.

—A lo del horno no, pero a ti, enana... a ti sí voy a meterte mano —me dice sentándome sobre la encimera del baño y haciendo que rodee su cintura con mis piernas—. Me gusta cómo te sienta el azul —susurra deslizando una mano por debajo de mi camiseta.

—Mercedes está a punto de llegar —siseo empezando a besarlo.

—Vaya... si viene ahora, estará ejerciendo el papel de suegra a la perfección —suelta con una media sonrisa, llevando sus labios a mi cuello, mordiéndolo, besándolo y despertando mi cuerpo con su boca.

—Para —murmuro jadeando y bajándome de la encimera con reticencia—. Mercedes es muy puntual, vamos a esperarla abajo —le propongo tendiéndole la mano.

—Y la suegra llegó a nuestras vidas —bromea entre risas.

—No es tu suegra, no te pases.

—Que tú no quieras llamarla mamá no significa que no lo sea. Escúchame, Oli —me dice tirando de mí y haciendo que me detenga—, mírame —me ordena atrapando mi mirada con la suya—. Estoy orgulloso de ti, de la oportunidad que le diste y de la que le das todos los días.

—Te equivocas. Puede que al principio fuera así, pero ahora ya no, simplemente estoy con ella porque me gusta y porque hace que me sienta bien. Además, me recuerda tanto a mi abuela... ¿cómo pudo cambiar tanto cuando estuvo con ese hombre?

—Porque el amor nos cambia, para bien o para mal; ella cambió por tu padre y ahora ha cambiado de nuevo por ti.

—Me hubiese gustado que no lo hubiera hecho, que hubiera sabido cuáles eran sus prioridades desde el principio y haber disfrutado de ella desde niña. Me he perdido muchas cosas, Roberto, cosas que ningún niño debería perderse.

—Tenías a tus abuelos, eso es más de lo que muchos niños tienen.

—Y menos de lo que otros; esa carencia nunca desaparecerá.

—No, pero por lo menos no se acrecentará con los años. Disfruta de tu madre, Oli, y deja atrás el pasado.

—Ya lo hago, créeme —afirmo llegando a la cocina y sirviéndome una copa de vino—. ¿Te apetece?

—Oye, no bebas mucho, a ver si estás embarazada y mareas al niño —me dice guiñándome un ojo.

—¿Quieres o no? —le pregunto riéndome.

—Claro —acepta, de repente serio—. ¿Has visto las noticias hoy?

—No, he ido un poco liada y no he encendido la televisión.

—Entonces, ¿no sabes que han detenido a Alfredo?

No me atraganto con el vino de milagro. ¿Cómo?

—¿Qué dices? ¿Cómo que lo han detenido?

—Blanqueo de capital, fraude, extorsión y no sé cuántos delitos más... No me gustaría estar en su pellejo. Ya puede empezar a contratar a los mejores abogados del país si quiere librarse de la cárcel.

Me quedo muda. ¡Madre mía! ¡No sólo era un lujazo como padre, sino que también lo era como presidente!

—Bendito karma —murmuro mientras llaman a la puerta y me dirijo a abrir a Mercedes.

—Buenas noches, Mercedes, pasa —la saludo para luego darle un beso, una reciente costumbre que inició ella hace unos días y que cada vez disfruto más.

—Buenas noches, Olivia. He traído los postres, tarta de chocolate —me anuncia sonriéndome.

—¿Malcriándome ahora a los veinticuatro años? —pregunto riendo sin un ápice de rencor.

—Bueno, más vale tarde que nunca. Durante dieciséis años te críe más fresca que una lechuga, comías únicamente comida sana y ecológica, ya va siendo hora de que nos demos un capricho, ¿no te parece?

—Hace años que me los doy, Mercedes, pero me gustará dármelos contigo —contesto llegando con ella hasta la cocina, donde nos espera Roberto.

—Buenas noches, suegra. ¿Cómo estás? —le pregunta sonriendo y dándole dos besos.

—Muy contenta y, ¿sabes qué?, me encanta que me llames suegra —le dice acunando su cara entre las manos y dándole un beso en la mejilla de esos que sólo dan las madres y que a mí todavía no se ha atrevido a darme.

—¿Te apetece vino, Mercedes? —le pregunto ignorando la necesidad acuciante de que me bese así y sintiéndome celosa. Pero ¿cómo va a hacerlo si aún sigo llamándola por su nombre?

—No, gracias, prefiero agua. Eso que tenéis en el horno huele de maravilla. ¿Qué es? —plantea mientras coge el vaso de agua que le tiende Roberto.

—Pescado con verduras. ¿Todavía te gusta, no? —pregunto con fingida indiferencia.

—Por supuesto, gracias por recordarlo —responde con cariño.

—Venga, vamos a sentarnos —nos propone Roberto, cogiendo a mi madre con familiaridad y acompañándola a la mesa—. ¿Cómo van las charlas en el hospital?

—Muy bien, aunque a veces es muy duro; vivo con ellas su enfermedad y, cuando mejoran, es maravilloso, pero cuando no lo hacen, es terrible y lo paso realmente mal.

—Piensa en lo que las ayudas con tu experiencia —le recuerdo sentándome a su lado.

—A mí me ayuda también. Cuando estuve enferma, tuve que ir al psicólogo durante una temporada y fue cuando descubrí que exteriorizar mis sentimientos me ayudaba... y así empezó todo.

»Roberto, antes que nada, quería darte las gracias por lo bien que te has portado conmigo a pesar de lo que hicimos.

—Mercedes, lo que teníamos que aclarar ya lo aclaramos aquel día que viniste a hablar conmigo; por mi parte está todo zanjado. Estoy con Olivia y, para mí, es lo único que importa; dejemos el pasado donde está y sigamos adelante con nuestras vidas.

—Gracias, y a ti también, Olivia. Poder estar sentada aquí esta noche es más de lo que merezco.

—Roberto tiene razón, creo que es hora de que nos olvidemos del pasado. Tú has cambiado y ya no eres la mujer que conocí, y yo siempre te he echado de menos —le confieso segura del paso que voy a dar—. Me alegro de que estés aquí, mamá, y me gustaría que vinieras a nuestra boda —murmuro mirando a Roberto, que me mira lleno de orgullo mientras mi madre empieza a llorar en silencio.

—¿Me has llamado *mamá?* —me pregunta rota por la emoción.

—Sí, mamá —le respondo abrazándola y llorando con ella, mientras Roberto se dirige a la cocina para dejarnos a solas.

Durante unos minutos lloramos una en brazos de la otra, reconciliándonos con nuestro pasado y abrazadas a nuestro futuro y, por primera vez en veinticuatro años, recibo los besos que siempre he ansiado, los besos que sólo pueden dar las madres, llenos de amor y sentimiento, y lloro recibiéndolos, consciente de que nunca más volverán a faltarme.

—Gracias, hija, no sabes lo feliz que me has hecho —me dice secándome las lágrimas mientras yo, a mi vez, seco las suyas.

—Oli, esto tiene una pinta estupenda —exclama Roberto cargado con la fuente de la cena y depositándola sobre la mesa—. Mercedes, tu hija es una cocinera increíble.

—Lo habrá sacado de su abuela, porque de mí te aseguro que no. Ahora, casi en la vejez, es cuando estoy empezando a defenderme —nos confiesa sonriendo, aún con lágrimas en los ojos —. Esta receta era de tu abuela, ¿verdad? —me pregunta con ternura.

—Sí, me gustaba cocinar con ella y tengo una pequeña libreta que todavía conservo donde anotaba las recetas que más me gustaban.

—Cuántas cosas me he perdido —murmura con tristeza.

—Nunca es tarde para recuperar el tiempo perdido, mamá. Si quieres, puedo enseñarte a cocinar, es más fácil de lo que parece.

—Me encantaría, hija. Cuanto más ocupada tenga la cabeza, mejor.

—¿Por qué? ¿Te ocurre algo?

—¿Has visto las noticias?

—¿Te refieres a lo de Alfredo?

—Sí.

—¿Estás involucrada en sus asuntos?—le pregunta Roberto con seriedad.

—No, nunca lo hice; me mantuvo en todo momento muy al margen de sus cosas, a pesar de que siempre fui su máximo apoyo.

—¿Entonces? —demando sin entender nada.

—Las cosas no son tan sencillas, hija. Yo le entregué mi vida a ese hombre y renuncié a ti por él, y ese sentimiento tan fuerte nunca podrá desaparecer del todo, siempre quedará en mi interior... como las brasas de una hoguera, que, aunque no ardan, queman si las tocas.

—Pensaba que ya no lo querías.

—Renuncié a mi vida por él y volví a cambiarla también por él, cuando por fin abrí los ojos, pero, a pesar de todo, nunca podrá serme indiferente nada de lo que le ocurra.

—Siento decírtelo, pero, por mí, como si se pudre en la cárcel —suelto con dureza, viendo cómo Roberto empieza a servir el pescado.

—Entiendo que te sientas así, pero entiéndeme tú a mí, por favor.

—¿Y el padre de Olivia? —interviene Roberto—. ¿Qué fue de él?

—No lo sé. Cuando me enteré de que estaba embarazada, corte todo contacto con él. ¿Te gustaría buscarlo, hija? —me pregunta ante mi mirada descolocada.

—¿Para qué voy a hacerlo?

—No lo sé... para saber de dónde vienes, cuáles son tus orígenes. ¿No sientes un poco de curiosidad?

—Sé de dónde vengo y cuáles fueron mis orígenes —murmuro emocionada pensando en Juan y en Marcela y en el intenso amor que sintieron el uno por el otro—. Para mí, ese hombre es un completo desconocido, mamá; buscarlo no hará que me sienta más plena o más feliz, porque ya sé lo que tengo que saber.

—Si algún día cambias de opinión, dímelo. Con hacer unas cuentas preguntas a las personas indicadas, sabré dónde está.

—No creo que nunca llegue a interesarme, pero gracias —le digo antes de llevarme el pescado a la boca—. Está bueno, ¿verdad? —les pregunto cambiando de tema, deseosa de dejar de hablar de padres que nunca lo fueron para mí.

—Está muy rico, hija —me halaga uniendo su mano a la mía en un ligero apretón—. Eres igual de buena cocinera que tu abuela.

—Gracias, mamá.

Durante la cena hablamos de la boda y de nuestro viaje a Irlanda, un sitio especial para ambos, sobre todo para mí, pues estoy ansiosa de compartir con Roberto todo lo que Alice en su día me mostró... además de volver al internado, ese lugar en el que, en la medida de lo posible, fui tan feliz.

Y en un ambiente relajado, entre risas y cariño, empezamos a forjar una unión que nunca debería haberse roto, la de la familia, la de una madre y una hija, conscientes de que aún tenemos un largo camino por recorrer, pero que, con tiempo, paciencia y amor, lograremos fortalecer.

Epílogo

Estamos a 3 de septiembre, el día de nuestra boda, y despierto feliz. Anoche Roberto durmió en casa de su madre, mientras en la mía lo hicieron Paqui, Bruno, David, la abuela y Elsa, que llegaron ayer por la mañana para la ceremonia, y que tan buenas migas han hecho con mi madre y con la familia de Roberto.

—¡Oliviaaa! ¡Despierta! ¡Es el gran día! —me dice Elsa empezando a hacerme cosquillas.

—¡Estoy despierta! ¡Paraaa! —le pido entre risas.

—¡Que vas a casarte!, ¡por finnn!

—¡Lo séee! —suelto entre risas.

—¡Venga! ¡Arriba! —me ordena tirando de mí y sacándome de la cama.

Entre bromas y sonriendo, llegamos a la cocina, donde Paqui ya está preparando el desayuno.

—Paqui, que eres mi invitada, deja eso —la riño con cariño.

—De eso nada —me contesta poniendo los brazos en jarras—. Hoy es tu día, así que, siéntate, hoy me toca malcriarte.

Desayuno un café y gracias, tengo el estómago cerrado por los nervios, y, después de darme una ducha, me siento en el tocador mientras Javier, que llegó hace unos días, empieza a recogerme el pelo y la casa comienza a llenarse de gente que me quiere y a la que tanto quiero: mi madre, tan cercana a mí ahora; Alice, mi ángel de la guarda, con sus padres Maeve y Carrick; Celia, Pablo, la pequeña Olivia y Sara, la encargada de llevarnos los anillos; mis compañeras Chary, Aroa, Emma, Patricia, Marisa y Silvia, y todos mis amigos de Madrid: Toni, Clara, María, Montse, Miguel, mi querida Teresa, venida de París expresamente para mi boda, Bianca y Adriana... todos conmigo, acompañándome en este día tan especial para mí.

—La casa está hasta los topes, cariño— me comenta mi madre mientras me ayuda a ponerme el vestido junto con Paqui.

—Como continúe llegando gente, nos tocará vestirla en el jardín —bromea Paqui a la vez que abrocha los botones de la espalda.

—¡Estás tan bonita! —me piropea Elsa, sentada en la cama con un precioso vestido rosa chicle—. Roberto se caerá de culo cuando te vea.

—Si no me caigo yo antes, de los nervios —bromeo viendo cómo las locas de mis amigas empiezan a entrar en la habitación.

—¡Madre mía, cuanto *glamour!* —suelto entre risas, pues no han cambiado en absoluto y mi habitación parece un desfile de moda.

—No pretenderás que llevemos cualquier cosa para tu boda —me dice Adriana poniendo los ojos en blanco—. Estás divina, Olivia, aunque todavía no te he perdonado que te cases con el Bombonazo —bromea.

—¡Pero si tú estás con Gabriel! ¡No seas avariciosa! —la recrimino entre risas.

—No le hagas ni caso, estás preciosísima —interviene Teresa, dándome un beso.

—Gracias, cielo —contesto a punto de llorar.

—¡Hombre! ¡Pero si te has quitado las Converse! —Oigo de fondo a Javier y su risa contagiosa, y lo veo en el marco de la puerta junto con Toni—. Había apuestas para ver si te casabas con el dichoso vestido negro o las Converse.

—O con ambas cosas —remata Toni, acercándose a mí seguido por Javier—. Me gusta cómo te ha peinado mi chico.

—¡No creo que me atreviera ahora a ponérmelo! —les digo entre risas, abrazándome a ellos — A mí también me encanta; ya sabía yo que me ponía en las mejores manos —lo alago guiñándole un ojo.

—Entonces no tenías tanta vergüenza —interviene Montse uniéndose a nuestro abrazo seguida por el resto del grupo—. Estás impresionante.

Y abrazada a todos ellos, me doy cuenta de lo grande que es la amistad cuando es sincera, porque, a pesar de que ahora apenas nos vemos, el inmenso cariño que sentimos permanece ahí, inalterable, «como las brasas que queman cuando las tocas», pienso recordando las palabras de mi madre mirándola de reojo.

Está en un rincón de la habitación, al lado de Paqui y Elsa, secándose las lágrimas, y sonrío feliz por tenerla conmigo, por tenerlos a todos conmigo.

Nerviosa y del brazo de Bruno, mi padre del alma, subo en el coche que me llevará hasta él, a mi destino.

Vamos a casarnos en la iglesia de San Martín, en Tella, en ese pequeño pueblo que es tan inmenso para mí, cerca de Marcela, mi origen y mi antepasada, la mujer que encaminó mis pasos y guió mi vida para que me reencontrara de nuevo con él y, presa de los nervios, llegamos a la entrada del pueblo, donde ya está su vehículo estacionado junto con el del resto de los invitados.

—¿Lista para convertirte en una mujer casada? —me pregunta Bruno ofreciéndome su brazo.

—Lista —murmuro aferrándome a él y sujetando con fuerza el ramo.

Con la canción *El oboe de Gabriel*,[15] accedo a la iglesia —unos pasos por detrás de Sara, que lleva nuestros anillos—, repleta por nuestra familia y por nuestros amigos, aunque yo sólo puedo verlo a él, junto a Carmen, de pie frente al altar, esperándome... y uno mi mirada a la suya, sabiendo que estoy en casa, porque él es mi hogar, y mi destino, y que hoy formalizaremos lo que en nuestros corazones es una realidad desde que nos reencontramos. Camino hacia él con el corazón henchido de felicidad por el sendero que es ahora esta alfombra roja, uniendo mis manos a las suyas, sintiéndolos junto a nosotros, en este lugar sagrado tan cerca de donde reposan sus restos y con un pequeño secreto guardado en mi interior, esperando el momento adecuado para ser compartido.

—Yo, Roberto, te quiero a ti, Olivia, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida —me declara haciendo que mi mundo gire únicamente en torno a él.

—Yo, Olivia —le digo perdiéndome en su mirada—, te quiero a ti, Roberto, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Y en este día soleado, nos convertimos en marido y mujer, ante Dios, ante nuestros familiares y amigos y ante mis antepasados, sintiéndome la mujer más feliz del universo, porque en este pequeño rincón del mundo se encuentran las personas que más quiero y querré toda mi vida.

Tras una maravillosa comida al aire libre, nos despedirnos de nuestras familias y amigos para

coger un avión que nos llevará a Irlanda, el lugar donde nuestra vida podría haber cambiado y no lo hizo, posiblemente porque no era el momento.

Despierto con el sol acariciando mi rostro y sus brazos envolviendo mi cuerpo y, pegándome a él, sonrío feliz frotando con dulzura mi barriga, donde nuestra pequeña hija crece dentro de mí.

—Buenos días, cielo —murmura en mi oído aún con los ojos cerrados.

—Buenos días. —Me vuelvo y miro su rostro, tan perfecto aun estando dormido —. Te quiero —susurro besándolo con suavidad.

—No más que yo —me contesta intensificando el beso.

—Levántate, quiero llevarte a un sitio —le digo separándome de él y ansiosa por llegar cuanto antes.

—¿Adónde vamos? —me pregunta curioso—. Estás muy misteriosa desde que nos casamos. ¿Qué escondes? —Se levanta de la cama y camina hacia mí desnudo mientras, entre risas, llego a la ducha—. No vas a escabullirte de mí tan fácilmente —murmura abriendo el grifo y, cogiéndome en volandas, me apoya contra la pared y me besa con amor—. Nunca tendré suficiente de ti, Oli —susurra penetrándome despacio y uniendo su mirada a la mía mientras mi cuerpo lo acoge con mimo.

—Nunca lo tengas —siseo jadeando y apretándome contra su cuerpo, mi lugar favorito del mundo.

Sin separar su mirada de la mía y diciéndome mil cosas con ella, inicia un ritmo lento y tortuoso, entrando y saliendo de mí con cariño y dulzura, como si pudiera romperme entre sus brazos, queriéndome y haciéndome sentir el centro de su universo, erizándome y emocionándome, besándome con amor y llevándome de su mano a las estrellas, donde lo arrastro conmigo.

—¿Qué escondes, Oli? —me pregunta de nuevo aún dentro de mí.

—No sé a qué te refieres, no te estoy escondiendo nada —miento con una sonrisa, arrimándome más a su cuerpo.

—¿Y por qué no te creo? —me plantea mirándome fijamente.

—No lo sé. La verdad es que estás muy desconfiado desde que nos casamos —le digo, picándolo.

—Será porque tú sonríes sin motivo y sueñas despierta. ¿Qué pasa por ahí dentro? —insiste, para luego morderme ligeramente el cuello sin separarse un milímetro de mí.

—Miles de cosas —murmuro besándolo con suavidad—. Quiero llevarte a un sitio; vamos y te lo cuento —le propongo, ansiosa por llegar cuanto antes.

—¿Y por qué no me lo explicas aquí?

—Porque no. Vamos, vístete —le pido saliendo de la ducha y envolviéndome con la toalla.

Y, entre sonrisas y miradas cómplices, nos vestimos. Llevo dos impermeables en el bolso por si acaso y me mira sin entender nada.

—No preguntes —me anticipo sonriendo.

Tras desayunar y con nuestro coche alquilado, lo llevo a ese sitio tan especial para mí y al que prometí volver con él, los acantilados de Moher.

Los rayos del sol nos dan la bienvenida, junto con el graznido de las aves y el estruendo de las olas, y me aferro a su mano cerrando los ojos y recordando cuando vine por primera vez a este lugar en compañía de Alice. Era un día gris, hacía viento y llovía, totalmente en sintonía con

mi estado de ánimo, tan diferente al de hoy, cuando mi interior y mi vida brillan con la misma fuerza con la que lo hace este sol que, con sus rayos, ilumina todo lo que toca.

—Es increíble —murmura a mi espalda, rodeándome la cintura y a nuestra hija con sus brazos, sin saberlo aún, y me apoyo sobre su pecho.

—Lo sé. Alice me trajo cuando estuve aquí. Ella fue la roca en la que sostenerme esos años, mi tabla de salvación, y ese día me prometí que volvería contigo, que volvería a sentirme pequeña entre tanta grandeza.

—Y lo has cumplido —afirma apretándome más contra su cuerpo.

—He hecho más que eso —susurro dándome la vuelta y quedando frente a él, mientras el viento nos envuelve con sus brazos protectores.

—¿A qué te refieres? —me pregunta sin entender el significado de mis palabras.

—No estamos solos, Roberto.

—¿Los sientes ahora?

—¿A Juan y Marcela? —digo enarcando una ceja.

—Sí.

—No, no me refiero a eso.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir?

—Lo que siento ahora es mucho más fuerte —contesto emocionada—. Estoy embarazada, Roberto, de una niña.

—¿Embarazada? —exclama posando su mano sobre mi tripa—. ¿De verdad? —Su sonrisa de felicidad se une a la mía y a mis lágrimas.

—¡¡¡Síii!!! ¡Vamos a ser padres! —le anuncio entre lloros, colgándome de su cuello.

—¿De una niña? —quiere saber emocionado—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque la he soñado —respondo entre risas—. Hace unas semanas soñé con una niñita, de ojos verdes y pelo rubio, y a los pocos días tuve un retraso. Me hice la prueba y ahí estaban, las dos rayitas —le confieso aferrada a su cuello—. Quiero que se llame Marcela, si tú aceptas, claro.

—Quiero lo que tú quieras, Oli. Mientras estés junto a mí, lo que tú quieras —murmura besándome—. Te quiero, cariño, y te prometo que seré el mejor padre del mundo.

—Y yo te prometo que seré la mejor madre del mundo, y que la querré y protegeré más que a mi vida.

El sonido del viento entremezclado con el estruendo de las olas y el graznido de las aves transporta un mensaje que sólo nosotros y esta niñita que crece protegida en mi interior, y que dará continuidad a su linaje, podemos oír... *Os quiero*

Biografía



Mis estudios y mi trabajo poco tienen que ver con el mundo de las letras. Soy contable, por lo que me paso el día rodeada de números y peleándome con clientes y proveedores. A pesar de que siempre me ha gustado leer y escribir, nunca me lo había planteado como opción laboral, hasta que llegó *Elijo elegir*, una novela que escribí para mí, sin esperar nada, con la que toqué el cielo con las manos y con la que descubrí mi gran pasión.

Dicha pasión me llevó a abrir mi alma, a soñar despierta y a sentir de una forma que no creía posible, porque no hay nada más maravilloso que inventar una historia de la nada y dar vida a unos personajes que pueden llegar a instalarse en tu corazón para no abandonarte jamás.

Encontrarás más información sobre mí en:
https://www.facebook.com/profile.php?id=100009698947240&fref=nf

Notas

[1] *Qué bonita la vida*, Sony Music Entertainment, interpretada por Dani Martín. *(N. de la E.)*

[2] *Mi nuevo vicio*, © 2015 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Paulina Rubio. *(N. de la E.)*

[3] *Me encanta*, WM Spain, interpretada por Nancys Rubias. *(N. de la E.)*

[4] *Mi nuevo vicio*, © 2015 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Paulina Rubio. *(N. de la E.)*

[5] *Need you now*, Capitol, interpretada por Lady Antebellum. *(N. de la E.)*

[6] El examen EIR es una prueba a nivel nacional que se convoca cada año y que consta de 235 preguntas tipo test con 5 posibles respuestas cada una. Tiene una duración de 4 horas y media e incluye preguntas de cualquier tema de enfermería, pues el temario es abierto. De las notas obtenidas en este examen, junto con el expediente académico, resulta una puntuación que es la que determinará el acceso a las especialidades.

[7] *Hello*, © 2015 XL Recordings Limited, interpretada por Adele. *(N. de la E.)*

[8] *Quiero*, Ariola, interpretada por Malú. *(N. de la E.)*

[9] *Cenizas,* Ariola, interpretada por Malú. *(N. de la E.)*

[10] La brascada es un bocadillo clásico especialmente en la zona de Valencia. Sus componentes son filete de ternera, jamón serrano, cebolla a la plancha o pochada y en ocasiones tomate natural rallado que le da jugosidad.

[11] *Quiero*, Ariola, interpretada por Malú. *(N. de la E.)*

[12] *De vez en cuando,* Ariola, interpretada por Malú. *(N. de la E.)*

[13] *Mi mundo en el aire*, Ariola, interpretada por Malú. *(N. de la E.)*

[14] *Better Place*, Columbia, interpretada por Rachel Platten. *(N. de la E.)*

[15] *El oboe de Gabriel*, © 2004 Virgin Records Ltd This label copy information is the subject of copyright protection. All rights reserved. © 2004 Virgin Records Ltd, interpretada por Ennio Morricone. *(N. de la E.)*

Soñaré que te sueño
Ana Forner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Aleshyn_Andrei / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ana Forner, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16056-4

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!